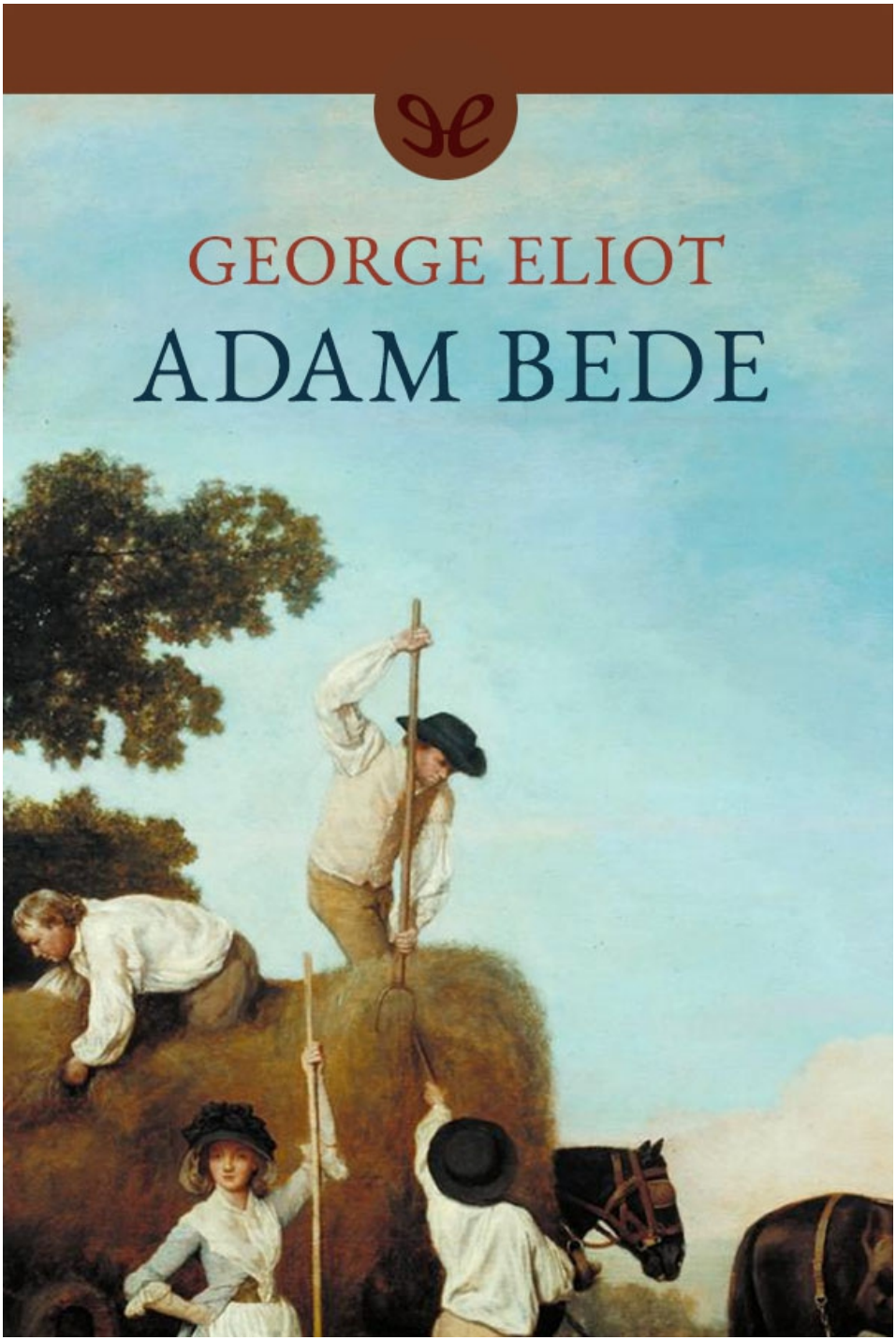

GEORGE ELIOT

# ADAM BEDE

Adam Bede es el intenso y minucioso retrato de un mundo de gentes humildes, campesinos, obreros, seres que viven con fidelidad una vida oculta. Es también la historia de un joven apuesto y con las ideas muy claras, que sin saberlo se ve inmerso en un torbellino de pasiones que difícilmente consigue controlar con su férrea voluntad. Y también es la crítica del ideal femenino de la época, centrado sólo en la belleza de las mujeres. En esta novela, George Eliot rechaza con un fino sentido del humor la clasificación de buenos y malos propia de la literatura victoriana, pues si nos compadecemos de la pobre y coqueta Hetty, no llegamos a aborrecer nunca al seductor Arthur, y a veces la entereza y el sentido de la justicia de Adam nos resultan irritantes.

George Eliot

# Adam Bede

**ePub r1.0**
**Titivillus** 20.01.17

Título original: *Adam Bede*
George Eliot, 1859
Traducción: Manuel Vallvé
Ilustración de cubierta: *Haymakers* (1785), de George Stubbs

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A fin de que puedas tener
claras imágenes ante tus alegres ojos
del generoso bosque bajo de la naturaleza
y de las flores que viven en la sombra. Y cuando
hablo de eso entre la grey que se ha desviado de su camino
o que ha caído, solamente serán separados
aquellos cuyo error o desliz necesite algo más
que indulgencia fraternal.

WORDSWORTH

# LIBRO PRIMERO

# I

## El taller

Utilizando una sola gota de tinta a guisa de espejo, el mago egipcio se dispone a revelar, a cualquier cliente casual, lejanas visiones del pasado. Esto mismo es lo que me dispongo a hacer por ti, lector. Con esta gota de tinta en la punta de mi pluma, te mostraré el espacioso taller del señor Jonathan Burge, carpintero y constructor, en el pueblo de Hayslope, según aparecía el día 18 de junio del año de Nuestro Señor 1799.

El sol de la tarde daba calor a los cinco obreros que estaban ocupados en construir puertas y marcos de ventana, así como entablados. El olor de la madera de pino, procedente de un montón de tablones dispuestos en forma de tienda que había junto a la puerta abierta, se confundía con el aroma de los saúcos que extendían su nieve estival junto a la ventana abierta del lado opuesto; los inclinados rayos del sol atravesaban las virutas transparentes que surgían ante el laborioso cepillo, y hacían brillar el fino grano de un panel de roble apoyado contra la pared. En un montón de aquellas blandas virutas había hecho su agradable cama un perro pastor, de pelaje gris y rudo, que estaba tendido con el hocico entre las patas anteriores, frunciendo alguna vez las cejas al dirigir una mirada hacia el más alto de los cinco obreros, que tallaba un escudo en el centro de un panel de chimenea. A este obrero pertenecía la fuerte voz que dominaba los ruidos del cepillo y del martillo cantando:

*Despierta, alma mía, y con el sol*

*empieza tu deber diario;*
*sacude toda pereza…*

Se interrumpió ante la necesidad de tomar unas medidas con mayor atención, y la voz sonora se convirtió en leve silbido; mas luego se dejó oír otra vez con redoblado vigor:

*Haz que tus palabras sean sinceras*
*y tu conciencia clara como el mediodía.*

Tal voz podía proceder solamente de un pecho amplio, y éste pertenecía a un hombre de huesos bien desarrollados y cubiertos de excelentes músculos, de un metro ochenta de altura, de espalda recta y cabeza tan bien equilibrada que, al incorporarse para examinar su trabajo desde alguna distancia, tenía el aspecto de un soldado en posición de descansen. Con los brazos arremangados hasta más arriba del codo, mostraba unos músculos dignos de alcanzar el primer premio en un concurso de fuerza; sin embargo, la larga y esbelta mano, con las yemas de los dedos bastante anchas, parecía más apropiada para las tareas de destreza. Adam Bede, con su cuerpo alto y fornido, era sajón y tenía aspecto de tal; pero el cabello, de color negro azabache, resultaba más notable por su contraste con el gorro de papel delgado y la mirada aguda de los ojos oscuros que brillaban bajo unas cejas muy marcadas, prominentes y móviles, lo cual indicaba que por sus venas corría también alguna sangre celta. El rostro era grande, de facciones poco delicadas, y en su actitud de reposo no tenía otra belleza que la expresión propia de un semblante inteligente, honrado y alegre.

Con toda evidencia, el obrero que estaba a su lado era hermano de Adam. Tenía casi su misma estatura, el mismo tipo de facciones, igual color del cabello y de la piel; pero el parecido familiar hacía aún más visible la notable diferencia de expresión, tanto en la figura como en el rostro. Los anchos hombros de Seth estaban ligeramente encorvados; sus ojos eran grises, las cejas menos prominentes y más apacibles que las de su hermano, y su mirada, en vez de aguda, era confiada y benigna. Se quitó el gorro de papel, y así pudo verse que no tenía el cabello grueso y lacio como el de Adam, sino fino y ondulado, de manera que permitía discernir el

contorno exacto del arco coronal que predominaba muy decididamente sobre el semblante.

Los vagabundos tenían siempre la certeza de que recibirían una moneda de cobre de Seth; pero, en cambio, apenas se atrevían a dirigir la palabra a Adam.

El concierto de las herramientas y de la voz de Adam fue interrumpido al fin por Seth, quien, levantando la puerta en la que había estado trabajando intensamente, la dejó apoyada en la pared y dijo:

—Bueno, hoy ya he terminado mi puerta.

Los obreros levantaron los ojos; Jim Salt, corpulento individuo de pelo rojo conocido por el apodo de Sandy Jim, interrumpió su labor con el cepillo, y Adam, dirigiendo una mirada de intensa sorpresa a Seth, le dijo:

—¡Cómo! ¿Te figuras que ya la has terminado?

—Sin duda —contestó Seth sorprendido a su vez—. ¿Qué le falta?

Un coro de carcajadas de los otros tres obreros obligó a Seth a mirar muy confuso a su alrededor. Adam no tomó parte en la hilaridad general, pero en su rostro hubo una leve sonrisa y, en un tono más suave que antes, observó:

—¿No ves que te has olvidado de los paneles?

Estalló de nuevo la risa cuando Seth se llevó las manos a la cabeza y se ruborizó intensamente.

—¡Hurra! —gritó un individuo pequeño y flexible llamado Wiry Ben, adelantándose para coger la puerta—. La colgaremos en el extremo del taller con un cartel que diga: «Obra de Seth Bede, el metodista». Oye, Jim, trae el pote de la pintura roja.

—Callaos —dijo Adam—, y tú, Ben Cranage, déjale en paz. No me extrañaría que te ocurriera algo así el día menos pensado. Entonces no tendrás tantas ganas de reírte.

—Me gustará que me lo digas, Adam. Y eso me ocurrirá mucho antes de tener la cabeza llena de tonterías metodistas —replicó Ben.

—Pero a veces la tienes llena de bebida, lo cual es peor.

Mientras tanto, Ben había tomado el pote de pintura roja y se disponía a empezar su inscripción, dibujando en el aire una o a modo de prueba.

—Déjale en paz, ¿quieres? —Adam abandonó sus herramientas

para acercarse a Ben y cogerlo por el hombro derecho—. Déjale en paz, o te sacudiré de lo lindo.

Ben se estremeció bajo la presión de las manos de hierro de Adam; pero, como hombrecito valeroso que era, no parecía dispuesto a desistir. Con la mano izquierda tomó el pincel, que empuñaba en la impotente derecha, e hizo un movimiento como si se dispusiera a pintar las letras con la izquierda. Un momento después Adam le hizo dar media vuelta, lo cogió por el otro hombro y, empujándolo, lo sujetó contra la pared. Entonces habló Seth:

—Suéltale, Adam. Ben sólo quería bromear. La verdad es que tiene derecho a reírse de mí, y aun yo mismo no puedo evitar reírme de mi tontería.

—No lo soltaré hasta que prometa dejar en paz la puerta —dijo Adam.

—Vamos, Ben —dijo Seth en tono persuasivo—. No vayamos a tener una pelea por esta causa. Ya sabes que a Adam le gusta salirse con la suya. Te resultaría más fácil dar la vuelta a un carro en un callejón estrecho. Dile que vas a dejar la puerta, y olvidémoslo.

—Adam no me asusta —dijo Ben—. Pero puesto que tú me lo pides, Seth, no tengo inconveniente en prometerlo.

—Así me gusta, Ben —exclamó Adam riéndose y aflojando la presión de sus manos.

Todos reanudaron sus trabajos, pero Wiry Ben, que había llevado la peor parte en la pugna física, parecía dispuesto a compensar tal humillación con el éxito que pudiera alcanzar gracias a sus sarcasmos.

—¿En qué pensabas, Seth? —empezó diciendo—. ¿Tenías la mente ocupada por el precioso rostro de la predicadora o por su sermón? ¿Cuál de las dos cosas te hizo olvidar el panel?

—Más valdría que me acompañases a oírla, Ben —replicó Seth con tono afable—. Esta noche va a predicar en el parque; tal vez entonces podrías pensar un poco más en ti mismo, en vez de perder el tiempo con esas canciones inmorales que tanto te complacen. Podrías tener un poco de religión, y eso sería la mayor y mejor ganancia que hicieras en tu vida.

—Ya vendrá el tiempo de eso, Seth. Pensaré en ello cuando quiera establecerme en la vida; a los solteros nos importan poco esas ganancias. Quizás podré cortejar a una mujer y a la religión a

un mismo tiempo, siguiendo tu ejemplo, Seth; y seguramente no querrás que me convierta y me interponga entre ti y la hermosa predicadora para acabar conquistándola yo.

—No temas, Ben; estoy seguro de que ni tú ni yo podremos conquistarla. Lo único que debes hacer es ir a escuchar sus sermones. Entonces ya no volverás a hablar de ella tan a la ligera.

—Casi me dan ganas de ir esta noche, si no encuentro buena compañía en el Holly Bush. ¿Qué tema ha elegido para su sermón? Sin duda será: «¿Qué habéis venido a ver? ¿Una profetisa? También os digo, y más que profetisa». En todo caso, tú podrías repetirme el sermón, Seth, si yo no llegase a tiempo.

—Mira, Ben —dijo Adam con cierta severidad—, deja en paz las palabras de la Biblia, porque te estás pasando.

—¡Cómo! ¿Te molesta lo que he dicho, Adam? Hace muy poco tiempo eras totalmente contrario a que las mujeres predicasen.

—No es que haya cambiado —replicó Adam—. No he dicho una palabra acerca de las mujeres predicadoras, sólo te he rogado que dejaras en paz la Biblia. Vale más que te dediques a leer ese libro humorístico del que tan orgulloso estás, y que no te ocupes de otra cosa.

—Veo que te estás volviendo tan santo como el mismo Seth. No me extrañaría nada que esta noche quisieras predicar. Estoy seguro de que harás muy buen papel iniciando los cánticos. De todos modos, me gustaría saber lo que dirá el párroco de Irwine en cuanto sepa que su gran favorito Adam Bede se está convirtiendo al metodismo.

—Mira, mejor será que me dejes en paz, Ben. No soy más metodista que tú mismo, y estoy seguro de que tú, en cambio, te convertirás en algo peor. El párroco Irwine tiene el suficiente buen sentido para no intervenir en lo que la gente pueda hacer en asuntos de religión. Es algo que les atañe a ellos y a Dios, según me ha repetido varias veces.

—Sí, sí. Pero, de todos modos, no le gustan mucho los disidentes.

—Es posible. Por mi parte, no tengo ninguna afición a la cerveza espesa de Josh Tod, mas no por eso te impido que te vuelvas tonto bebiéndola.

Hubo una carcajada general al oír esta réplica de Adam, pero

Seth añadió muy serio:

—No, no, Adam. No conviene comparar nunca la religión con la cerveza espesa. No hay por qué creer que los disidentes y los metodistas no sean tan dignos de respeto como los que asisten a la iglesia.

—No creas, Seth, que me río de la religión, sea de quien sea. Que cada uno siga los dictados de su conciencia y ya está. De todos modos, me parece que sería mejor que inclinasen sus conciencias a permanecer fíeles a la iglesia, pues allí hay que aprender mucho. Es preciso tener en cuenta algo más que el espíritu, pues hay otras muchas cosas aparte del Evangelio. Fíjate en los canales, en los acueductos, en las máquinas que se emplean en las minas de carbón y en las fábricas de hilados que hay en Cromford; el hombre debe aprender algo más que el Evangelio para poder ganarse la vida. En cambio, he oído decir a algunos de los predicadores que el hombre no ha de hacer nada más que cerrar los ojos y contemplar lo que ocurre en su interior. A mi juicio debemos guardar en nuestra alma el amor a Dios y las palabras divinas de la Biblia. Pero ¿qué dice la Biblia? Pues que Dios puso su espíritu en el obrero que construía el tabernáculo, a fin de que ejecutase el trabajo de talla y las demás cosas que requerían una mano hábil. Este es, pues, mi modo de ver las cosas; creo que el espíritu de Dios está en todo y en todos los tiempos, en cualquier día de la semana y también en el domingo; así como en las grandes obras e invenciones, en los cálculos y en las máquinas. Y Dios nos ayuda dándonos la cabeza y las manos, así como el alma; y si un hombre hace algún trabajillo en horas extraordinarias, es decir, si construye un homo para su mujer a fin de que no se vea obligada a ir a la tahona, o se dedica a cultivar el jardín y hace crecer dos patatas en vez de una, realiza un bien mayor y está tan cerca de Dios como si anduviese corriendo detrás de un predicador y se dedicase a rezar y a gemir.

—¡Bien dicho, Adam! —exclamó Sandy Jim, que había interrumpido el movimiento de su cepillo para tomar otras tablas mientras aquél hablaba—. Éste es el mejor sermón que he oído en mucho tiempo. Por eso mismo quiere mi mujer que le construya un horno.

—Hay mucha razón en lo que has dicho, Adam —observó Seth con grave acento—. Pero no me negarás que, gracias a haber

escuchado a los predicadores, quienes les han convencido de su culpabilidad, muchos perezosos se han transformado en hombres activos. Con gran frecuencia el predicador vacía la taberna; y si un hombre adquiere un poco de religión, no por eso trabajará peor.

—Aunque a veces se olvide de los paneles de las puertas. ¿No es verdad, Seth? —preguntó Wiry Ben.

—Bueno, Ben, ya tienes contra mí un motivo de burla que te durará toda la vida. Aunque en eso la religión no tuvo ninguna culpa. Se debió a que Seth Bede es un individuo muy distraído y, por desgracia, la religión no lo ha curado todavía.

—No me hagas caso, Seth —dijo Wiry Ben—. Eres un buen muchacho, tanto si te olvidas de los paneles como si no; además, no te molestan las bromas, como a otras personas que yo conozco y que se creen demasiado listas.

—Mira, Seth —observó Adam haciendo caso omiso de aquel sarcasmo dirigido a él—. No debes guardarme rencor, pues con nada de lo que he dicho pretendía censurarte. Cada uno tiene su modo especial de considerar las cosas.

—Sí, ya sé que no te dirigías a mí, Adam —replicó Seth—. Eso me consta. Haces como tu perro Gyp. Algunas veces me ladra, pero inmediatamente me lame la mano.

Todos los obreros trabajaron en silencio durante algunos minutos hasta que el reloj de la iglesia empezó a dar las seis. Antes de que se hubiese apagado la vibración de la primera campanada, Sandy Jim dejó el cepillo y tomó su chaqueta. Wiry Ben, que en aquel momento estaba dando vueltas a un tornillo, dejó la operación a medio concluir y arrojó al capazo de las herramientas el destornillador con que trabajaba; Mum Taft, que, haciendo honor a su nombre[1], había guardado silencio durante toda la conversación anterior, dejó caer el martillo en el momento en que se disponía a levantarlo; y también Seth enderezó la espalda y llevó la mano hacia su gorro de papel. Tan sólo Adam continuó con su trabajo como si no hubiese ocurrido nada; pero al observar que todos cesaban en la tarea levantó los ojos y, con la mayor indignación, dijo:

—Me resulta muy desagradable ver que los hombres abandonan de este modo sus herramientas en cuanto el reloj empieza a dar la hora, como si no hallasen ningún placer en su trabajo y temiesen

dar un golpe de más.

Seth se quedó algo avergonzado y prosiguió con mayor lentitud sus preparativos de marcha; pero Mum Taft interrumpió su silencio y dijo:

—Mira, Adam. Hablas como un joven. Cuando tengas cuarenta y seis años como yo, en vez de veintiséis, no tendrás tantas ganas de trabajar porque sí.

—¡Tonterías! —replicó Adam todavía irritado—. ¿Qué tiene que ver la edad con todo eso? Creo que todavía no eres incapaz de trabajar. Me fastidia ver que los brazos de un hombre se quedan colgando, igual que si acabara de recibir un balazo, antes de que dé la hora en el reloj, como si nunca hubiese experimentado la menor satisfacción en su tarea. Hasta la misma muela continúa girando unos momentos después de dejarla.

—Cálmate, Adam —exclamó Wiry Ben—, y deja tranquilos a los compañeros. Hace un momento criticabas a los predicadores, y la verdad es que te gusta mucho predicar. Es posible que prefieras el trabajo al juego, pero a mí me sucede lo contrario. Es una compensación, y de este modo te dejo más trabajo para ti.

Con estas frases finales, que consideró muy eficaces, Wiry Ben tomó el cesto y abandonó el taller, seguido rápidamente por Mum Taft y Sandy Jim. Seth se entretuvo un poco, mirando a Adam muy apurado como si esperase que le dijera algo.

—¿Irás a casa antes de asistir al sermón? —preguntó Adam levantando los ojos.

—No. Ya tengo el sombrero y mis cosas en casa de Will Maskery. No iré a casa hasta las diez, porque acompañaré hasta la suya a Dinah Morris, si ella quiere. Como ya sabes, ninguno de los Poyser la acompaña.

—Entonces diré a nuestra madre que no te espere —contestó Adam.

—Y tú, ¿no irás esta noche a casa de Poyser? —preguntó Seth con alguna timidez cuando se disponía a abandonar el taller.

—No. Yo iré a la escuela.

Hasta aquel momento Gyp había permanecido en su cómodo lecho, pero ahora que los otros obreros se marchaban, levantó la cabeza para observar a Adam. En cuanto éste se metió el nivel en el bolsillo y empezó a quitarse el delantal, Gyp avanzó y se quedó

mirando pacientemente el rostro de su amo. De haber tenido rabo, Gyp lo habría meneado, pero como carecía de tal medio de exteriorizar sus emociones, se veía, como otros dignos personajes, obligado a parecer más flemático de lo que le hiciera la naturaleza.

—¿Qué? ¿Estás ya dispuesto a tomar el cesto, Gyp? —preguntó Adam con la misma voz afable con que hablaba a Seth.

Gyp saltó y emitió un corto ladrido, como para decir: «Desde luego». El pobrecillo no tenía muchos medios de expresión.

El cesto servía para transportar la comida de Adam y de Seth en los días laborables, y ningún concurrente a una procesión podría haber demostrado menos atención a sus conocidos que Gyp cuando llevaba el cesto y trotaba detrás de su amo.

Al salir del taller, Adam cerró la puerta, quitó la llave y fue a dejarla en una casita que había en el lado opuesto del patio. Era una vivienda baja, con tejado de bálago gris y paredes ocres, cuya visión resultaba agradable y suave a la luz de la tarde. Las ventanas con vidrios emplomados estaban brillantes y sin manchas, y la losa que había ante el umbral estaba tan limpia y blanca como un canto redondo de la playa al retirarse la marea. Sobre esta losa se hallaba una mujer limpia y anciana que llevaba una bata de listas oscuras, un pañuelo rojo y un gorro de hilo; en aquel momento hablaba a unas gallinas de plumaje moteado que, sin duda, se habían acercado a ella con la ilusoria esperanza de que les diese unas patatas frías o un poco de cebada. La vista de la anciana no parecía ser demasiado buena, porque no conoció a Adam hasta que éste le dijo:

—Aquí está la llave, Dolly. ¿Querrá hacerme el favor de guardarla en su casa?

—¡Ya lo creo! ¿No quieres entrar, Adam? Está la señorita Mary y maese Burge volverá pronto. Estoy segura de que les gustaría mucho cenar contigo.

—No puedo, Dolly. Muchas gracias. Me voy a casa. Buenas tardes.

Adam emprendió el camino a largos pasos y seguido de cerca por Gyp; salió del patio del taller y tomó la carretera en la dirección que le alejaba del pueblo y le llevaba al valle. Al llegar a la parte inferior de la pendiente, un jinete de cierta edad, que llevaba la maleta sujeta en la parte posterior de la silla, detuvo el caballo después de pasar Adam por su lado y se volvió para contemplar otra

vez al fornido obrero, que aún conservaba el gorro de papel en la cabeza y vestía calzones de cuero y medias de lana de color oscuro.

Adam, sin sospechar la admiración que había despertado, continuó andando a campo traviesa y entonó el canto que durante todo el día había ocupado su mente:

*Haz que tus palabras sean sinceras*
*y tu conciencia clara como el mediodía;*
*porque Dios, que lo ve todo, vigila*
*tus secretos pensamientos, tus obras y tus costumbres.*

# II

## El sermón

Hacia las seis y cuarto se observó una excitación extraordinaria en el pueblo de Hayslope, y a todo lo largo de su pequeña calle, desde el Donnithorne Arms hasta la puerta del cementerio, se hacía evidente que los habitantes habían salido de sus casas por alguna razón más importante que el placer de gozar del sol de la tarde. El Donnithorne Arms se hallaba a la entrada del pueblo, y la era y los pajares inmediatos a la posada indicaban que ésta poseía algunas tierras, lo cual daba al viajero la promesa de obtener una buena comida para él y un buen pienso para el caballo, quizás para consolarle de la ignorancia en que le dejaba el letrero, descolorido y despintado por las inclemencias del tiempo, con el escudo de armas de la antigua familia de los Donnithorne. El señor Casson, dueño de la posada, se asomó un rato a la puerta; con las manos en los bolsillos, apoyándose alternativamente en los talones y en la punta de los pies, contemplaba un campo sin cercar con un arce en el centro a cuyo alrededor se iban reuniendo algunos hombres y mujeres de expresión grave a quienes antes había visto pasar.

La persona del señor Casson no pertenecía, de ningún modo, al tipo de las que pueden dejarse pasar sin descripción. Vista de frente, parecía estar compuesta principalmente por dos esferas, relacionadas entre sí como lo están la tierra y la luna: la esfera inferior vendría a tener unas trece veces el volumen de la superior que, naturalmente, ocupaba el lugar de satélite y era tributaria de la otra. Pero aquí terminaba el parecido, porque la cabeza del señor Casson no era un satélite de aspecto melancólico, ni tampoco un «globo lleno de manchas», según Milton llamó irreverentemente a la

luna; por el contrario, ninguna cabeza y rostro podrían haber tenido un aspecto más resplandeciente y saludable, y en cuanto a su expresión, en gran parte confinada a un par de mejillas redondas y rojizas, al leve nudo y a las interrupciones que formaban la nariz y los ojos, de los que apenas valdría la pena hablar, era alegre y satisfecha y estaba templada tan sólo por el sentimiento de dignidad personal que usualmente se exteriorizaba en su actitud y en su porte. Este sentido de la dignidad no podía considerarse excesivo en un hombre que fue mayordomo de «la familia» por espacio de quince años, y que, en su situación actual y distinguida, estaba, necesariamente, en frecuente contacto con sus inferiores. Y el modo de reconciliar su dignidad con la satisfacción de su curiosidad, dirigiéndose hacia el parque, era, precisamente, el problema que el señor Casson resolvía en su mente desde cinco minutos antes; pero cuando lo hubo resuelto en parte, sacó las manos de los bolsillos y las metió en las sisas del chaleco, inclinó la cabeza a un lado y adoptó una actitud de desdeñosa indiferencia por cuanto pudiese observar. En aquel momento sus ideas fueron distraídas por la aproximación del jinete a quien últimamente vimos detenerse para contemplar a nuestro amigo Adam, y que a la sazón se encaminaba directamente hacia la puerta de el Donnithorne Arms.

—Quítale la brida y dale de beber, palafrenero —dijo el viajero a un muchacho que llevaba una blusa de obrero y que salió al patio al oír el ruido de los cascos del caballo.

—¿Qué ocurre en este bonito pueblo, hostelero? —continuó, echando pie a tierra—. Parece que reina cierta agitación…

—Una metodista va a predicar, señor. Es una joven que va a predicar en el parque —contestó el señor Casson con voz trémula y jadeante, de acento algo afectado—. ¿Quiere entrar, señor, y tomar algo?

—No. Debo continuar hacia Drosseter. Sólo quería dar de beber a mi caballo. ¿Y qué dice vuestro párroco de que una joven se disponga a predicar casi en sus mismas barbas?

—El párroco Irwine, señor, no vive aquí, sino en Broxton, más allá de esa colina. La casa parroquial del pueblo se halla en muy mal estado y no podría ofrecer una vivienda apropiada para un caballero. Él viene aquí a predicar todos los domingos por la tarde y siempre deja el caballo en la posada. Monta una jaca gris, a la que

tiene en gran aprecio. Desde mucho antes de que yo fuese el dueño de el Donnithorne Arms, tiene la costumbre de dejar aquí su montura. Yo no soy del país, según podrá apreciar por mi modo de hablar, señor. En esta tierra hablan de un modo muy raro y a los caballeros les resulta difícil comprenderles. Yo me eduqué entre caballeros, señor, y desde mi infancia adquirí la costumbre de hablar como ellos. Aquí, en cambio, se habla un dialecto muy difícil de comprender. Y muchas veces le oí decir al caballero Donnithorne que lo que hablan aquí es eso: un dialecto.

—Sí, lo sé muy bien —contestó sonriendo el desconocido—. Pero en esta región agrícola no debéis de tener muchos metodistas. Y la verdad es que me habría parecido en extremo difícil encontrar a uno de ellos por estos lugares. Aquí todo el mundo es agricultor, ¿verdad? Los metodistas suelen hacer pocos prosélitos entre los labradores.

—Hay bastantes obreros aquí, señor. Por ejemplo, el maestro Burge, que posee una carpintería y se dedica a reparaciones y construcciones. Tampoco están lejos unas canteras de piedra; de manera que hay muchos empleados en la región. Los metodistas abundan en Treddleston, o sea, la ciudad que hay a cinco kilómetros de distancia. Es posible que hayáis pasado por ella, señor. Ahora quizás tenemos ya una veintena de estos metodistas en el parque procedentes de allá. Y nuestra gente va ahora a oírles, aunque en Hayslope sólo tenemos dos metodistas: Will Maskery, el carretero, y Seth Bede, joven carpintero.

—De modo que la predicadora procede de Treddleston, ¿no es así?

—No, señor. Viene de Stonshire, a unos cincuenta kilómetros de aquí. Ha venido a hacer una visita a maese Poyser, en Hall Farm, esa granja que ve entre esos pajares y grandes nogales a la izquierda, señor. Esa joven es sobrina de la esposa de Poyser, quien está un poco disgustado de que la muchacha haga esas tonterías. Sin embargo, he oído decir que nada es capaz de contener a los metodistas cuando se han metido una idea en la cabeza. Muchos de ellos empiezan a dar señales de locura religiosa. A pesar de ello, esa muchacha parece muy apacible, según me han dado a entender, porque yo no la he visto todavía.

—Me gustaría mucho esperar para tener ocasión de verla, pero

debo continuar mi viaje. Ya me he alejado de mi camino más de veinte minutos para contemplar el valle. Creo que pertenece al caballero Donnithorne, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Es Donnithorne Chase. Tiene unos robles magníficos, ¿no es verdad? Yo conozco eso muy bien, porque he vivido allí durante quince años como mayordomo. El heredero actual es el capitán Donnithorne, nieto del caballero Donnithorne. Alcanzará la mayoría de edad en cuanto se recoja la cosecha del heno, y entonces creo que habrá una celebración. El caballero Donnithorne posee todas las tierras de los alrededores.

—Lo cierto es que el lugar es muy bonito, cualquiera que sea su dueño —replicó el viajero mientras montaba a caballo—. Y también por aquí se ven unos jóvenes magníficos. Hace cosa de media hora, antes de llegar a la cima de la colina, vi al mozo más fornido que he contemplado en la vida. Es un individuo de anchos hombros, de cabello y ojos negros, y que anda con paso militar. Nos convendrían muchos individuos como ése para dar un disgusto a los franceses.

—Ese, señor, es Adam Bede, estoy seguro. Hijo de Mathias Bede. Aquí lo conoce todo el mundo. Es un muchacho muy inteligente y que tiene una fuerza maravillosa. Así Dios os bendiga, caballero, y dispénseme si hablo de este modo, pero el caso es que es capaz de recorrer sesenta kilómetros por día y de levantar un peso de cien kilos. Los caballeros le quieren mucho; el capitán Donnithorne y el párroco Irwine le aprecian mucho, pero él es un poco altanero y orgulloso.

—Buenas tardes, hostelero. He de marcharme.

—Soy su servidor, señor. Buenas tardes.

El viajero obligó a su caballo a tomar un paso rápido para atravesar el pueblo, pero al llegar al parque, la belleza del paisaje que tenía a la derecha y el singular contraste que ofrecían los grupos de aldeanos con el otro más pequeño de los metodistas, que estaban al lado del arce, y quizás también la curiosidad de ver a la joven predicadora, le hicieron detenerse y olvidar el deseo de concluir su viaje.

El parque se hallaba en el extremo del pueblo, y allí se bifurcaba el camino; de una parte ascendía zigzagueando por la colina y pasaba por el lado de la iglesia, y de otra, serpenteando suavemente, descendía hasta el valle. Por el lado del parque que

conducía hasta la iglesia, la línea interrumpida de cabañas continuaba casi hasta llegar a la puerta del cementerio; pero por el lado opuesto, es decir, hacia el noroeste, nada ocultaba la vista de los suaves prados y del valle cubierto de bosque, así como de las oscuras masas de las enormes montañas distantes. Aquel rico distrito de tierra ondulada del Loamshire a que pertenecía Hayslope se hallaba junto a uno de los feos límites de Stonyshire y dominado por sus peladas montañas, del mismo modo como una hermosa y lozana muchacha puede verse a veces cogida del brazo de su hermano, moreno y de rostro arrugado; y en dos o tres horas más de viaje, el jinete abandonaría una región pelada y desprovista de árboles, cruzada por grandes fajas de piedra fría y gris, para hallarse en el camino que corría al abrigo de los bosques o trasponía las suaves montañas cubiertas de matas y de hierba, así como de algunos trigales, donde a cada recodo del camino podría ver un precioso pueblo acurrucado en el valle o en lo alto de una pendiente, una casa solariega con su era y el montón de gavillas doradas o algún campanario gris surgiendo de la confusión de las copas de los árboles, de los tejados de bálago y de tejas de color rojo oscuro. Este fue el espectáculo que le ofreció la iglesia de Hayslope cuando el viajero empezó a subir por la suave pendiente que conducía a sus agradables tierras altas, y ahora, al hallarse cerca del parque, tenía ante sí, y en un solo panorama, casi todos los rasgos típicos de aquella agradable comarca. A gran altura y hacia el horizonte, se veían las masas enormes y cónicas de las montañas, semejantes a murallas gigantescas que fortificaban aquella región de trigo y hierba contra los fuertes e implacables vientos del norte; no estaban lo bastante lejanas para quedar envueltas en un purpúreo misterio, sino que sus laderas tenían un color verdoso, claramente tachonado por las ovejas, cuyo movimiento podía observarse haciendo uso de la memoria y no de la vista; el transcurrir de las horas parecía cortejar a las montañas día tras día, pero ellas no respondían con ningún cambio en sí mismas y permanecían tristes y silenciosas, después de ruborizarse por la mañana, de resplandecer al mediodía en el mes de abril y de verse envueltas por la rojiza gloria del sol del verano, que parecía haber alcanzado toda su madurez. E indirectamente, debajo de ellas, la vista se fijaba en una línea más avanzada de bosques

colgantes, divididos por brillantes fajas de pastos o de campos de labor, y, sin embargo, no confundidos en la frondosa y uniforme cortina del verano, sino que aún mostraban las cálidas tintas de los robles jóvenes y el tierno verde de los fresnos y de los tilos. Luego se extendía el valle, donde los bosques eran más espesos, como si hubiesen rodado montaña abajo para ocupar las fajas de tierra de la pendiente a fin de cuidar mejor de la alta mansión, que levantaba sus parapetos y, entre ellos, enviaba al cielo el humo azul del verano. Sin duda en la parte delantera de tal vivienda debía de haber una gran extensión de césped y un dilatado y brillante espejo formado por las aguas del estanque; pero la suave pendiente de los prados no permitía a nuestro viajero verlo desde el prado del pueblo. En vez de eso, vio una faja de tierra, también muy bella, en la que el sol brillaba como oro transparente entre los tallos ligeramente encorvados de la hierba suave y los de color rojo de las acederas y las blancas umbelas de las píceas que rodeaban los espesos setos. Era aquel momento del verano en que el ligero ruido de la guadaña, cuando la afilan, nos obliga a dirigir con mayor intensidad la mirada sobre las flores que salpican el tono verdoso de los prados.

De haberse vuelto un poco sobre la silla para mirar hacia el este, más allá de los pastos y del depósito de madera de Jonathan Burge, hacia los verdes campos de trigo y los nogales de Hall Farm, habría podido observar otras bellezas del paisaje; mas, al parecer, le interesaban principalmente los grupos de personas que tenía cerca. Allí estaban representadas todas las generaciones del pueblo, desde el viejo tío Taft, que se cubría la cabeza con un gorro de noche de estambre, y que, con el cuerpo encorvado, aunque bastante sólido para sostenerse en pie, se apoyaba en su corto bastón, hasta los niños de redondas cabecitas que avanzaban llevando sus gorros acolchados. De vez en cuando llegaba alguno más, quizás un labrador que andaba inclinado y que después de cenar iba a presenciar la extraordinaria escena con mirada lenta y bovina, dispuesto a oír cualquier explicación que le diesen de la escena, pero no lo bastante excitado para hacer pregunta alguna. Sin embargo, todos tenían mucho cuidado de no unirse a los metodistas que había en el parque, y se reunían con el expectante público, pues si se les hubiese preguntado ninguno habría admitido que acudía

allí para oír a la «predicadora», sino sólo para ver lo que ocurría. Los hombres se agrupaban principalmente cerca de la herrería. Pero no se imagine el lector que formaban un grupo. Los aldeanos nunca se congregan así. El conversar en voz baja es cosa desconocida entre ellos y parecen ser tan incapaces de hablar en un tono apagado como las vacas o los ciervos. El verdadero rústico vuelve la espalda a su interlocutor y le dirige una pregunta por encima del hombro, cual si se dispusiera a huir de la respuesta, y aun le precede uno o dos pasos al llegar al punto más interesante del diálogo. Así, el grupo que había en la vecindad de la herrería no era muy compacto y no ocultaba la fachada de Chad Cranage; el herrero, que estaba de pie con sus bronceados brazos cruzados, apoyado en la jamba de la puerta, riéndose de vez en cuando con fuertes carcajadas de sus propias bromas, que prefería a los sarcasmos de Wiry Ben, quien había renunciado a los placeres del Holly Bush por el gusto de ver la vida bajo una nueva forma. Pero el señor Joshua Rann trataba con igual desprecio aquellas dos muestras de ingenio. El delantal de cuero del señor Rann y su relativa suciedad no podía ofrecer ninguna duda respecto a su condición de zapatero del pueblo; además, su estómago y su barbilla salientes, y sus pulgares, que giraban uno en torno al otro, eran otras tantas indicaciones sutiles encaminadas a advertir a los forasteros imprudentes que se hallaban en presencia del sacristán de la parroquia. El viejo Joshua, según le llamaban sus vecinos con la mayor irreverencia, se hallaba en un estado de contenida indignación; pero aún no había abierto los labios, excepto para decir, con sonora voz de bajo, afinando como un violoncelo, «Sehón, rey de los amontas, porque para siempre es su misericordia, y Oh, rey de Bashan, porque para siempre es su misericordia», cita que aparentemente no era aplicable a aquella ocasión, pero, como ocurre con otras rarezas, un conocimiento adecuado demostrará que era una consecuencia natural. El señor Rann sostenía en su interior la dignidad de la Iglesia ante aquella irrupción escandalosa del metodismo, y como tal indignación era expresada con sus citas sonoras de los responsos, su alegato evocaba, naturalmente, el salmo que había leído el domingo anterior por la tarde.

La curiosidad más viva de las mujeres las llevó al borde del parque, donde podrían examinar de cerca el traje, semejante al de

los cuáqueros, y el porte extraño de los metodistas del género femenino. Debajo del arce se veía un cochecito traído desde el taller del carretero para que sirviese de púlpito, y en torno a él había un par de bancos y algunas sillas. En ellas se sentaban algunos metodistas con los ojos cerrados, como si se hubiesen entregado al rezo o a la meditación; otros prefirieron continuar de pie y dirigieron sus rostros hacia los aldeanos, con expresión compasiva y melancólica, que resultaba muy cómica para Bessy Cranage, la regordeta hija del herrero, conocida por sus vecinos como Bess Chad, que se extrañaba de la curiosidad de la gente. Bess Chad era objeto de especial compasión porque llevaba el cabello peinado hacia atrás, bajo un gorro encajado en la parte alta de la cabeza, dejando al descubierto un adorno del que se enorgullecía más que de sus rojas mejillas y que consistía en un par de grandes y redondos pendientes con granates falsos, adorno condenado no sólo por los metodistas, sino también por su prima y tocaya Bess Timothy, quien, haciendo gala de la envidia propia entre las primas, deseaba a menudo poseer otros pendientes semejantes.

Bess Timothy, aunque entre sus parientes conservaba su nombre de soltera, hacía muchos años que se había casado con Sandyjim y poseía una hermosa colección de joyas matronales, de las cuales basta mencionar la regordeta criatura que mecía en sus brazos y el vigoroso muchacho de cinco años, con pantalones hasta la rodilla y rojas piernas, que, a guisa de tambor, llevaba un oxidado pote de leche colgado del cuello, y a quien evitaba con el mayor cuidado el pequeño *terrier* de Chad. Este joven ramo de olivo, muy famoso y conocido por el nombre de Ben Timothy, era muy curioso, carecía de falsa modestia y avanzó, alejándose del grupo de mujeres y de niños, hasta hallarse junto a los metodistas; les miraba con gran curiosidad y con la boca abierta, y, al mismo tiempo, golpeaba con su palito el pote de hojalata, a guisa de acompañamiento musical. Pero en cuanto una de las mujeres de edad se inclinó hacia él para cogerlo por el hombro, con expresión enfadada, Ben Timothy le propinó una vigorosa patada y luego echó a correr para buscar refugio detrás de las piernas de su padre.

—Mira, travieso —dijo Sandyjim con cierto orgullo paternal—, si no te estás quieto con ese palo, te lo voy a quitar. ¿Quién te ha enseñado a dar puntapiés?

—Mándamelo aquí, Jim —dijo Chad Cranage—. Lo ataré y le pondré herraduras, como hago con los caballos. ¡Hola, maese Casson! —continuó diciendo al ver que este personaje se acercaba al grupo de los hombres—. ¿Cómo está? ¿Ha venido a sumarse a la protesta? Dicen que la gente siempre lo hace cuando predican los metodistas.

—Mejor será que no diga tonterías, Chad —replicó el señor Casson con cierta dignidad—. A Poyser no le gustaría oír que se trata con poco respeto a la sobrina de su mujer, a pesar de que le disguste su afición a predicar.

—Es una muchacha muy agradable —dijo Wiry Ben—. A mí me gusta más que prediquen las mujeres bonitas, y estoy seguro de que me convencerán antes que los hombres feos. No estoy seguro de que no acabe convirtiéndome al metodismo y cortejando a la predicadora, como Seth Bede.

—Yo creo que Seth apunta demasiado alto —observó el señor Casson—. Los parientes de esa joven no consentirían que se casara con un vulgar carpintero.

—¿Y qué tienen que ver en eso los parientes? —dijo Ben con voz trémula—. Nada. Lo mejor que puede hacer la esposa de Poyser es no meterse en eso. Además, esta Dinah Morris, según me dicen, es tan pobre como lo fue su tía; trabaja en una fábrica de hilados, y bastante le cuesta ganarse la vida. Por eso, un joven carpintero convertido al metodismo, como Seth, no sería un mal partido para ella. Además, los Poyser quieren a Adam Bede como si fuese su propio sobrino.

—Esto no tiene nada que ver —observó el señor Joshua Rann. Adam y Seth son muy distintos, y no hay que confundir uno con otro.

—Es posible —contestó Wiry Ben con desdeñoso acento—. Pero yo prefiero a Seth, aunque fuera dos veces metodista. Es un muchacho que me gusta y, a pesar de que siempre le estoy haciendo bromas en el trabajo, no me guarda el más mínimo rencor. Además, es un joven de gran corazón, como lo demuestra el hecho de que una noche, al cruzar los campos, vimos incendiado un árbol viejo y, aunque nos figuramos que era cosa del otro mundo, Seth no se asustó y acudió a apagar el incendio con gran valor. Pero ahora sale de casa de Will Maskery; le acompaña este último y se muestra tan

humilde como si no fuese capaz de dar un martillazo en la cabeza de un clavo por no hacerle daño. Aquí está también la hermosa predicadora. ¡Caramba! Se ha quitado el gorro. Voy a acercarme un poco más.

Varios hombres siguieron a Ben, y el viajero condujo su caballo al parque, mientras Dinah andaba, algo presurosa, precediendo a sus compañeros y en dirección al coche que había bajo el arce. Al lado de Seth, que era de alta estatura, parecía bajita, pero en cuanto subió al coche y se halló lejos de toda comparación posible, se vio que tenía la estatura corriente de las mujeres aunque, en realidad, no la aventajaba, o al menos así lo parecía por el aspecto que daban a su figura las líneas sencillas de su traje negro. El forastero se quedó sorprendido al verla mientras se acercaba y cuando hubo subido al coche; su sorpresa era hija no tanto de la femenina delicadeza del aspecto de la joven, como de la indiferencia con respecto a sí misma que sus movimientos parecían indicar. Se había imaginado que avanzaría con paso mesurado, grave, con solemnidad; estaba seguro de que su rostro tendría la sonrisa de la santidad consciente, o que, por el contrario, estaría cargado de amargura y de severidad. Sólo conocía dos tipos de metodistas: los que parecían estar en éxtasis constante y los biliosos. Pero Dinah andaba con la misma sencillez que si se dirigiera al mercado y parecía tan poco preocupada de su aspecto exterior como pudiera estarlo un muchacho. No había en ella rubor ni temblor que dijeran: «Sé que todos vosotros opináis que soy una mujer hermosa y demasiado joven para predicar». Y tampoco se advertía un acentuado movimiento de los párpados, ninguna compresión de los labios, ni una actitud de los brazos que dijese: «Pero también debéis creerme una santa». No sostenía libro alguno en sus manos sin guantes, sino que las llevaba caídas y ligeramente cruzadas ante ella, y así subió al coche y volvió sus ojos grises hacía el auditorio. En sus ojos no se advertía ninguna mirada intensa y aguda. Más parecían derramar amor que observar. Tenían aquella mirada líquida que indica que la mente está llena de lo que se va a exteriorizar, en vez de dejarse impresionar por los objetos externos. Permanecía de pie y con la mano izquierda tendida al sol poniente; unas ramas frondosas la protegían de sus rayos, pero a aquella luz tenue el delicado color de su rostro parecía cobrar una apacible

vivacidad, como se advierte en las flores al avanzar la tarde. Tenía un rostro pequeño, de blancura uniforme y transparente, y sus mejillas y barbilla dibujaban un óvalo perfecto; la boca era firme y graciosa; la nariz, fina y suave, y la frente, no muy alta, era recta y estaba coronada por un arco de suaves rizos de color pálido rojizo. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y recogido mas allá de las orejas; estaba cubierto, a excepción de unos milímetros por encima del rostro, por un gorro cuáquero en forma de red. Las cejas, que eran del mismo color del cabello, describían una línea casi horizontal y muy fina. Las pestañas, aunque no parecían más oscuras, eran largas y abundantes, y, en una palabra, en todo su aspecto nada se advertía desordenado o sin terminar. Era uno de aquellos rostros que hacen recordar las flores blancas con ligeros toques de color en sus puros pétalos. Los ojos no tenían ninguna belleza peculiar, aparte de su expresión. Parecían sencillos, cándidos, serios y amorosos, y ningún rostro acusador o burlón era capaz de resistir su mirada. Joshua Rann tosió largamente, como si quisiera limpiarse la garganta a fin de llegar a un nuevo entendimiento consigo mismo. Chad Cranage se quitó el gorro de piel y se rascó la cabeza, mientras Wiry Ben se preguntaba cómo podía Seth tener el valor de cortejarla.

«Es una mujercita dulce —se dijo el viajero—. Pero estoy seguro de que no la hizo predicadora la naturaleza».

Tal vez él era uno de aquellos que creen que la naturaleza tiene ciertas dotes teatrales y que, a fin de facilitar el arte y la psicología, caracteriza a sus personajes con objeto de que no pueda existir duda alguna acerca de ellos.

En aquel momento Dinah empezó a hablar.

—Queridos amigos —dijo con voz clara, aunque no muy alta—. Oremos solicitando una bendición. —Cerró los ojos e, inclinando un poco la cabeza, continuó en el mismo tono suave, como si hablase a alguien que estuviese muy cerca de ella—. ¡Salvador de los pecadores! Cuando una pobre mujer, cargada de pecados, salió en dirección al pozo con objeto de sacar agua, te encontró a Ti, sentado al pie del pozo. Ella no te conocía y tampoco te había buscado. Su mente se hallaba sumida en la sombra y su vida no era santa. Mas Tú le hablaste, Tú le enseñaste, Tú le demostraste que su vida no podía estar oculta a tus ojos y que, sin embargo, estabas

dispuesto a darle la bendición que ella nunca buscó. ¡Jesús! Estás entre nosotros y conoces a todos los hombres. Si hay aquí algunos semejantes a aquella pobre mujer, si sus mentes están sumidas en las tinieblas y sus vidas no son santas, si han venido, no a buscarte, y tampoco deseosos de ser enseñados, trátales de acuerdo con la misericordia que demostraste con ella. Háblales, Señor, abre sus oídos a mis palabras, haz que recuerden sus pecados y obra de modo que sientan el deseo de la salvación que estás dispuesto a ofrecerles.

»Señor, estás aún en tu pueblo, te ven en las horas de vigilia de la noche y sus corazones arden dentro de sí mismos cuando Tú hablas. Y Tú estás cerca de aquellos que no te han conocido; abre sus ojos para que puedan verte, para que puedan contemplarte mientras lloras por ellos y dices: "¿No queréis venir a Mí para alcanzar la vida?". Para que te vean colgado de la cruz y diciendo: "Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen". Y para que te vean cuando estés dispuesto a volver rodeado de gloria para juzgarlos definitivamente. Amén.

Dinah abrió de nuevo los ojos e hizo una pausa, mirando al grupo de aldeanos que se había reunido a menor distancia y a su derecha.

—Queridos amigos —empezó diciendo con una voz un poco más alta—. Todos vosotros habéis estado en la iglesia y espero que habréis oído cómo el sacerdote lee estas palabras: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar el Evangelio a los pobres». Jesucristo pronunció estas palabras y dijo que había venido a predicar el Evangelio a los pobres; ignoro si habéis reflexionado alguna vez acerca de estas palabras, pero os diré cuándo recuerdo haberlas oído por primera vez. Era en una tarde muy parecida a ésta, yo era pequeña y mi tía, que me crió, me llevó a oír a un hombre que predicaba al aire libre, precisamente como estamos ahora. Recuerdo bien su rostro: era muy viejo y tenía el cabello largo y blanco; su voz era suave y hermosa, muy distinta de cuantas había oído hasta entonces. Yo era muy pequeña y apenas sabía nada; sin embargo, aquel anciano me pareció tan diferente de todas las personas que había visto hasta entonces, que incluso llegué a creer en la posibilidad de que hubiese bajado del cielo para predicar entre nosotros. Y dije: «Oye tía, ¿volverá esta noche al

cielo, como se ve en aquel dibujo de la Biblia?».

»Aquel hombre de Dios era el señor Wesley, que pasó la vida haciendo lo mismo que Nuestro Señor; es decir, predicando el Evangelio a los pobres, y hace ocho años alcanzó el descanso eterno. Años después pude saber algo más acerca de él, pero aún entonces yo era una niña irreflexiva y sólo recuerdo una cosa de las que nos dijo en su sermón. Dijo que Evangelio significa "buenas noticias". El Evangelio, según ya sabéis, es lo que la Biblia nos cuenta acerca de Dios.

»Ahora reflexionad sobre esto. Jesucristo descendió del cielo del mismo modo como yo, tonta criatura, creí que había bajado el señor Wesley, y precisamente nuestro Señor descendió con objeto de comunicar a los pobres las buenas noticias acerca de Dios. Porque, en realidad, vosotros y yo, queridos amigos, somos pobres. Nos hemos criado en casitas pobres; nuestra comida ha consistido muchas veces en tortas de avena, y, en general, nuestra existencia ha sido algo ruda; hemos ido poco a la escuela, no hemos leído libros y lo ignoramos casi todo, a excepción de lo que ocurre a nuestro alrededor. Somos, pues, precisamente la clase de gente que necesita oír buenas noticias. Porque cuando alguien se halla en una situación agradable, no le importa conocer nuevas de los países distantes; pero si un hombre o una mujer pobres se hallan en una dificultad y tienen que ejecutar un trabajo pesado para vivir, gustan de recibir una carta que les comunique la existencia de un amigo que está dispuesto a ayudarles. Indudablemente algunas veces sabemos algo de Dios, aunque nunca hayamos oído el Evangelio, las buenas noticias que nuestro Salvador quiso traernos. Sabemos que todo procede de Dios. ¿No decimos, por ejemplo, todos los días, "Ocurrirá esto o lo otro, si Dios quiere", o también: "Pronto empezaremos a segar la hierba, quiera Dios mandarnos unos días buenos"? Sabemos muy bien que estamos por completo en manos de Dios; nosotros no hemos venido al mundo por nuestra voluntad, y somos incapaces de conservarnos vivos mientras dormimos; la luz del día, el viento, el trigo y las vacas que nos dan leche…, todo cuanto tenemos procede de Dios. Y Él nos dio nuestras almas, puso el amor entre padres e hijos y entre marido y mujer. Pero ¿es eso todo cuanto deseamos saber acerca de Dios? Vemos que es grande y poderoso y que puede hacer cuanto quiere; y nos vemos perdidos,

como si luchásemos con las aguas en alta mar, al tratar de pensar en Él.

»Mas quizás nacen en vuestras mentes algunas dudas como ésta: ¿Puede Dios fijarse mucho en la pobre gente como nosotros? Tal vez hizo el mundo para los grandes, los sabios y los ricos. Probablemente no le cuesta mucho damos nuestro puñado de comida y algún vestido; pero ¿cómo sabemos que cuida de nosotros más de lo que nosotros mismos cuidamos de los gusanos y de las alimañas del jardín al sembrar nuestras zanahorias y nuestras cebollas? ¿Cuidará Dios de nosotros en cuanto muramos? ¿Nos reserva algún consuelo cuando estamos heridos, enfermos o inválidos? Tal vez también está irritado contra nosotros, pues, de no ser así, ¿para qué haría aparecer el pulgón, o por qué razón habría malas cosechas, liebres o enfermedades y mil formas de dolor y de inquietud? Porque nuestra vida está llena de inquietud, y si, al parecer, Dios nos manda el bien, del mismo modo nos envía el mal. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es eso?

»¡Ah, queridos amigos! Tenemos grandísima necesidad de recibir buenas nuevas acerca de Dios. Mas ¿qué significarán otras buenas nuevas, si no hemos recibido éstas? Porque, al final, todo acaba, y cuando morimos, mal de nuestro grado, nos vemos obligados a abandonarlo todo. Pero cuando todo ha terminado ya, aún nos queda Dios. ¿Qué haremos, pues, si Él no es nuestro amigo?

Entonces Dinah les dijo cómo se habían recibido aquellas buenas nuevas y cómo los propósitos de Dios, con respecto a los pobres, se habían hecho manifiestos en la vida de Jesús, e hizo mención, particularmente, de su humildad y de sus actos de misericordia.

—Ya veis, pues, queridos amigos —continuó—, que Jesús pasó casi toda su vida haciendo bien a los pobres; predicaba para ellos al aire libre, buscaba la amistad de los pobres obreros y les enseñó y se ocupó de ellos. Y no por eso debe entenderse que abandonase a los ricos, porque amaba por igual a todos los hombres, si bien comprendió que los pobres necesitaban más su ayuda. Así, curó a los impedidos, a los enfermos y a los ciegos, y realizó milagros para alimentar a los hambrientos, porque, según dijo, le inspiraban compasión; y fue muy bondadoso con los niños, y consoló a quienes habían perdido a sus amigos, y hablaba con la mayor ternura a los pobres pecadores que se arrepentían de sus pecados.

»¡Ah! ¿No amaríais a un hombre como ése si le vierais aquí en este mismo pueblo? ¡Qué hermoso corazón debía de tener! ¡Qué amigo para los desgraciados! ¡Cuán agradable debía de ser recibir sus enseñanzas!

»Y ahora, queridos amigos, ¿quién era ese hombre? ¿Era tan sólo un hombre bueno, un hombre excelente, y nada más… como, por ejemplo, nuestro querido señor Wesley, que nos ha sido arrebatado? Nada de eso. Era, el Hijo de Dios. A imagen de su Padre, según dice la Biblia; eso significa que se parecía a Dios, que es el principio y el término de todas las cosas, es decir, del Dios a quien queremos conocer. Por consiguiente, todo el amor que Jesús demostraba a los pobres es el mismo amor que Dios tiene para nosotros. Podemos comprender los sentimientos de Jesús porque descendió a la tierra en un cuerpo semejante al nuestro y pronunciaba palabras semejantes a las que nosotros cruzamos entre nosotros. Antes los hombres temían pensar en Dios, en el Dios que hizo el mundo y el cielo, el trueno y los rayos. Nunca pudieron verlo y sólo les fue dable contemplar sus obras. Algunas de éstas eran terribles, y, por consiguiente, era natural que los hombres temblaran al pensar en Él. Pero nuestro bendito Salvador nos ha demostrado que Dios es, en cierto modo comprensible para la gente pobre e ignorante. Nos ha demostrado cómo es el corazón de Dios y cuáles son sus sentimientos por nosotros.

»Pero examinemos un poco más la razón de que Jesucristo viniese a la tierra. En una ocasión dijo: “Vine a buscar y a salvar lo que estaba perdido”. Y en otra ocasión dijo: “No he venido a llamar a los rectos de corazón, sino a infundir el arrepentimiento entre los pecadores”.

»¡Lo que se había perdido…! ¡Los pecadores…! ¡Ah, queridos amigos! ¿Seremos vosotros y yo?

Hasta entonces el viajero había permanecido clavado en su sitio contra su voluntad, sujeto por el encanto de la voz trémula y suave de Dinah, que tenía una gran variedad de modulaciones, como un fino instrumento tocado con la habilidad inconsciente del instinto musical. Las cosas sencillas que decía llegaban a parecer novedades, como una melodía nos proporciona una nueva sensación cuando la oímos entonada por la voz pura de un cantor juvenil; la apacible profundidad de la convicción con que hablaba parecía, por sí

misma, un prueba de la verdad de sus afirmaciones. Observó que la joven se había apoderado por completo de sus oyentes. Los aldeanos estaban ya más cerca de ella y en todos los rostros no se advertía otra cosa sino grave atención. Ella hablaba con lentitud, aunque sin ninguna vacilación, deteniéndose tan sólo después de hacer una pregunta o antes de variar el curso de sus ideas. No había en ella ningún cambio de actitud o de gesto; el efecto de su oración lo produjeron enteramente las inflexiones de su voz, y cuando llegó a formular la pregunta «¿Cuidará Dios de nosotros cuando muramos?», lo hizo con tal tono de quejumbrosa súplica que se asomaron las lágrimas a los ojos de los oyentes más recalcitrantes. El viajero había cesado ya de dudar, como en un primer momento, si aquella muchacha sería o no capaz de conquistar la atención de sus rudos oyentes, pero aún se preguntaba si tendría la facultad de despertar sus emociones más violentas, lo que, sin duda, debía ser un sello, una condición necesaria en su vocación de predicadora metodista, hasta que, por fin, pronunció las palabras «¡Lo que se había perdido…! ¡Los pecadores…!», pues entonces hubo un cambio notable en su voz y en su actitud. Antes de esa exclamación había hecho una larga pausa, llena sin duda de pensamientos inquietos, a juzgar por la expresión concentrada de su pálido rostro, que palideció más aun; los círculos de sus ojos se acentuaron, como ocurre cuando asoman lágrimas que no llegan a caer; y los ojos, suaves y cariñosos, tomaron una expresión de súplica compasiva como si repentinamente hubiesen visto a un ángel destructor volando por encima de las cabezas de la gente. Su voz se tornó grave y velada, pero no hizo ningún gesto. Nadie estaba más lejos que Dinah del tipo corriente de orador. No predicaba como los demás, sino que exteriorizaba sus propias emociones dejándose llevar por la inspiración de su propia fe sencilla.

Pero en ese momento se había aventurado ya en una corriente de sentimiento distinta. Sus maneras eran menos apacibles; su pronunciación, más rápida y agitada, mientras se esforzaba por mostrar a los oyentes su culpa, su voluntaria permanencia en las tinieblas y su desobediencia a Dios y hacía hincapié en el carácter odioso del pecado, en la santidad divina y en los sufrimientos del Salvador, gracias a los cuales se había abierto un nuevo camino para la salvación de la gente. Por fin pareció como si, impulsada

por su ardiente deseo de salvar a las ovejas perdidas, ya no estuviese satisfecha al dirigirse a sus oyentes en conjunto, porque primero apeló a uno y luego a otro, suplicándoles, con lágrimas en los ojos, que se volviesen a Dios mientras aún estaban a tiempo; pintándoles la desolación de sus almas, hundidas en el pecado, que sólo hallaban su alimento en la basura de este mundo miserable, muy lejos de su Padre divino; y luego les hablaba del amor del Salvador, que esperaba y deseaba su vuelta al redil.

Entre sus compañeros metodistas hubo numerosos suspiros y gemidos, pero el alma colectiva de un pueblo no se inflamaba con tanta facilidad; de manera que una leve ansiedad, una diminuta chispa que podría morir fácilmente, fueron todo el efecto que, por un momento, causó en ellos la predicación de Dinah. Sin embargo, nadie se había retirado, a excepción de los niños y del viejo tío Taft, que, como era demasiado sordo y se le escapaban muchas palabras, hacía ya un buen rato que se había vuelto a su rincón junto a la chimenea. Wiry Ben sentía una gran inquietud y deseaba con toda su alma no haber ido a escuchar el sermón de Dinah; se dijo que las palabra que ella acababa de pronunciar le dejarían turbado por algún tiempo. A pesar de eso no apartaba los ojos de su rostro, ni dejaba de escuchar lo que decía, aunque temía el momento en que la joven fijara la mirada en él y se le dirigiese particularmente. Ya lo había hecho con Sandy Jim que, a la sazón, tenía en brazos al chiquillo para que su mujer descansara, y aquel hombre corpulento y de buen corazón se había limpiado algunas lágrimas con el puño, casi decidido a portarse mejor, a ir con menos frecuencia al Holly Bush, cerca de las canteras de piedra, y a lavarse con mayor regularidad los domingos.

Frente a Sandy Jim se hallaba Bess Chad, que demostró extraordinaria inmovilidad y fijeza de atención desde el momento en que Dinah empezó a hablar. No porque el asunto del sermón hubiese solicitado su interés, sino porque no acababa de comprender qué placer y satisfacción podía ofrecer la vida a una muchacha joven que llevase un gorro como el de Dinah. Por fin, desesperando de comprenderlo, empezó a fijarse en la nariz, en los ojos, en la boca y en el cabello de la predicadora, preguntándose si era preferible tener un rostro pálido como aquél o las rojas mejillas y los ojos negros y grandes como los suyos propios. Pero

gradualmente se apoderó de ella la influencia de la gravedad general y acabó por atender a lo que decía Dinah. El tono cariñoso, la afable persuasión no le impresionaron en lo más mínimo, pero cuando la predicadora dirigió a sus oyentes algunos apostrofes severos, empezó a asustarse. La pobre Bess siempre fue considerada como algo díscola y traviesa; ella lo sabía, y puesto que era necesario ser muy buena, no hay duda de que seguía una mala conducta. En la iglesia no se hallaba a gusto, como, por ejemplo, Sally Rann, y, con mucha frecuencia, se había reído entre dientes del señor Irwine; tales deficiencias religiosas se veían acompañadas de una flojedad correspondiente en la moralidad, porque Bess pertenecía, sin duda alguna, a ese grupo de mujeres perezosas y sucias con quienes uno puede permitirse alguna libertad. Ella lo sabía y hasta entonces no se había avergonzado gran cosa. Sin embargo, ahora experimentaba la sensación de que se le había presentado un agente de policía para llevarla ante la autoridad a responder de una falta imprecisa. Acababa de sentir la terrible presencia de aquel Dios, al que siempre creyó muy lejos, y que ahora veía a su lado y hasta le parecía que Jesús la estaba mirando, aunque ella no pudiese verle. Dinah tenía una profunda convicción, común entre los metodistas, de las manifestaciones visibles de Jesús, y lograba comunicarla a sus oyentes de un modo irresistible. Les hacía sentir la seguridad de que se hallaba corporalmente entre ellos y que en cualquier momento se les aparecería de un modo u otro para despertar la angustia y la penitencia en sus corazones.

—¡Mirad! —exclamó la predicadora, volviéndose hacia la izquierda con los ojos fijos en un punto sobre las cabezas de la gente—. Mirad dónde se encuentra nuestro bendito Señor, que llora y extiende los brazos hacia vosotros. Oíd lo que dice: «¡Cuántas veces habría querido ampararos, como la gallina protege a los polluelos bajo las alas! ¡Y vosotros no quisisteis…! ¡Y vosotros no quisisteis…!» —repitió en tono de suplicante reproche y volviendo de nuevo la mirada hacia sus oyentes—. Ved las huellas de los clavos en sus manos y en sus pies. Vuestros pecados se los clavaron. ¡Qué pálido y desencajado está su rostro! Sufrió toda la agonía posible en el huerto, cuando su alma estaba agobiada por el dolor y por la muerte, y las grandes gotas de sudor caían al suelo semejantes a gotas de sangre. Y le escupieron, le abofetearon, le

azotaron y se burlaron de Él, y luego, sobre sus doloridos hombros, cargaron la pesada cruz. Más tarde le clavaron en ella. ¡Ah, qué dolor! Sus labios estaban secos y sedientos, y aún en su gran agonía se burlaban de Él; no obstante, con aquellos labios resecos oraba por ellos, diciendo: «Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen». Luego le envolvió el horror de las tinieblas y sintió lo mismo que los pecadores cuando se ven alejados de Dios para siempre. Ésa fue la última gota en la copa de la amargura. «¡Dios mío, Dios mío!», exclamó. «¿Por qué me has abandonado?».

»¡Y todo eso lo sufrió por vosotros! ¡Por vosotros! Y, sin embargo, vosotros no pensáis en Él. Por vosotros… que le volvéis la espalda, sin importaros lo que sufrió por vuestra causa. Sin embargo, aun no está cansado de sufrir por vuestra causa, porque se levantó entre los muertos, y a la diestra de Dios Padre suplicó: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen". Y también está en la tierra, entre nosotros, cerca de vosotros en este momento. Yo veo su cuerpo herido y su amorosa mirada.

Entonces Dinah se volvió a Bess Cranage, cuya alegre juventud y evidente vanidad le habían infundido la mayor compasión:

—¡Pobre muchacha! ¡Pobre niña! Está rogándote, y tú no le haces caso. Sólo piensas en pendientes, en trajes y en gorros bonitos, y no te acuerdas siquiera de que el Salvador murió por salvar tu alma preciosa. Vendrá el día en que estarás arrugada, con el cabello gris, con tu pobre cuerpo flaco y tembloroso. Entonces empezarás a darte cuenta de que tu alma no está a salvo. Entonces tendrás que presentarte ante Dios, vestida con tus pecados, con tus accesos de malhumor y tus vanos pensamientos. Y Jesús, que ahora esta dispuesto a ayudarte, no te ayudará entonces, y como no quieres que sea tu Salvador, se convertirá en tu juez. Ahora te mira con amor y misericordia y dice: «Venid a mí para gozar de la vida eterna». Pero luego se alejará de ti, y dirá: «Apartaos de mí para hundiros en el fuego eterno».

Los grandes y negros ojos de Bess, abiertos en extremo, empezaron a llenarse de lágrimas, palidecieron sus mejillas y sus labios, y todo el rostro quedó alterado y convulso, como el de los niños que están a punto de llorar.

—¡Ah! ¡Pobre y ciega niña! —prosiguió Dinah—. ¡Que no te suceda lo que le ocurrió a una servidora de Dios en los días de su

vanidad! Ella no pensaba más que en gorros de encaje y ahorraba todo el dinero posible para comprarlos; no pensaba siquiera en tener el corazón limpio y el alma pura, pues sólo deseaba tener mejores encajes que las demás muchachas. Y un día, cuando se puso un nuevo gorrito y se miró al espejo, vio un rostro ensangrentado y coronado de espinas. Este mismo rostro es el que te está contemplando —y Dinah señaló un lugar muy cercano a Bessy—. ¡Ah! ¡Arráncate esas galas y arrójalas lejos de ti, como si fuesen venenosas víboras! ¡Te están mordiendo, están envenenando tu alma, te arrastran a un pozo oscuro y sin fondo en el que te hundirás para siempre y cada vez más, así como también cada vez más lejos de la luz y de Dios!

Bessy no pudo resistir más. Se apoderó de ella un terror extraordinario y, arrancándose los pendientes de las orejas, los arrojó ante ella, sollozando a gritos. Su padre, Chad, temeroso de que la predicadora se metiera con él, pues la conducta de la rebelde Bess le parecía debida a un milagro, se alejó rápidamente y empezó a dar martillazos en el yunque diciéndose: «A la gente le conviene herrar los caballos, tanto si predica alguien como si no. Es seguro que el diablo no me cogerá porque yo me dedique al trabajo».

Entonces Dinah empezó a describir las alegrías reservadas a los penitentes y con sus sencillas palabras habló de la paz divina y del amor que llenan el alma del creyente, y de que el amor de Dios convierte la pobreza en riqueza y satisface el alma de modo que desaparecen los deseos malsanos, los temores y la alarma; que, al fin, la misma tentación del pecado se extingue, y ya en la tierra comienza el cielo, porque ninguna nube se interpone entre el alma y Dios, que es el sol eterno.

—Queridos amigos —dijo por fin—, hermanos y hermanas, a quienes amo como aquellos por quienes murió mi Dios, creedme cuando os digo que conozco ese estado de bendición y, como lo conozco, deseo que lo compartáis conmigo. Soy pobre como vosotros. He de vivir gracias al trabajo de mis manos, pero no existe ningún señor ni ninguna dama que puedan ser tan felices como yo si en sus almas no existe, como en la mía, el amor de Dios. Fijaos lo que significa no odiar a nadie ni a otra cosa que el pecado; estar penetrado de amor por toda criatura; no tener nada; estar seguro de que todas las cosas se convertirán en bien; no dar importancia al

dolor, porque tal es la voluntad de nuestro Padre; saber que nada, ni siquiera en el caso de que la tierra se incendiase o las aguas viniesen a ahogarnos, que nada en absoluto puede separarnos de Dios, que nos ama y que llena nuestras almas de paz y de alegría porque estamos seguros de que todo lo que Él quiere es santo, justo y bueno.

»Queridos amigos, venid a tomar parte de esta bendición que se os ofrece. Éstas son las buenas nuevas que Jesús vino a predicar a los pobres. No son como las riquezas de este mundo, que cuantas más se conquistan, menos descanso se tiene. Dios es eterno y también lo es su amor.

*Sus rayos llegan a toda la creación*
*porque su fuerza es enorme;*
*bastan a todos y a cada uno*
*y bastan para siempre.*

Dinah había estado hablando por espacio de una hora y la luz rojiza del día que acababa pareció dar una importancia extraordinaria a sus palabras finales. El viajero, a quien había interesado el curso de su sermón como si hubiera presenciado una representación dramática, pues hay cierta fascinación en toda elocuencia sincera e impremeditada que descubre el drama interior de las emociones del orador, hizo que su caballo tomase de nuevo el camino y prosiguió el viaje mientras Dinah decía: «Vamos a cantar un poco, mis queridos amigos». Y cuando el viajero descendía por la pendiente, llegaron a sus oídos las voces de los metodistas, elevándose y descendiendo en aquella extraña mezcla de entusiasmo y de tristeza propia de la cadencia de un himno.

# III

## Después del sermón

Menos de una hora después del sermón, Seth Bede caminaba al lado de Dinah por el sendero bordeado de setos que corría a través de los pastos y los verdes campos de trigo situados entre el pueblo y Hall Farm. Dinah se había quitado nuevamente su gorrito cuáquero y lo sostenía en sus manos para gozar de la frescura del crepúsculo, y Seth, mientras andaba a su lado, podía contemplar claramente la expresión de su rostro, mientras pensaba tímidamente en algo que quería decirle. En el rostro de la joven había una expresión de plácida e inconsciente gravedad; parecía absorta en pensamientos que nada tenían que ver con el momento actual ni con su propia personalidad: una expresión desalentadora en extremo para un enamorado. Incluso su modo de andar era desalentador pues tenía aquella apacible elasticidad que no necesita la ayuda de nadie. Seth, que lo comprendía vagamente, pensó: «Es demasiado buena y santa para cualquier hombre, exceptuándome a mí, tal vez». Y las palabras que había reunido retrocedieron antes de llegar a sus labios. Pero una idea le dio valor: «No existe hombre que pueda quererla más que yo y que la deje más libre de seguir la obra de Dios». Habían guardado silencio durante varios minutos, después de haber hablado de Bess Cranage. Dinah parecía haber olvidado la presencia de Seth y su paso se apresuraba tanto que la idea de estar ya a pocos minutos de distancia de las puertas de Hall Farm dio al fin a Seth el valor suficiente para hablar.

—¿Está ya decidida, Dinah, a volver el sábado a Snowfield?

—Sí —contestó la joven—. Me han llamado. Mientras meditaba el domingo por la noche, vi con toda claridad que la hermana de

Alien, que está enferma, me necesita. La vi con la misma claridad con que estamos viendo esa nubecilla blanca, y cómo levantó su mano flaca para llamarme. Esta mañana, al abrir la Biblia en busca de consejo, mis ojos se fijaron en las palabras que dicen: «Y en cuanto hubimos contemplado la visión, nos apresuramos a ir a Macedonia». Si no fuese por esta clara indicación de la voluntad de Dios, no tendría prisa en ir allá, porque mi corazón me inclinaría a acompañar a mi tía y a sus hijitos, y a esa pobre oveja errante de Hetty Sorrel. Últimamente he rezado mucho por ella, y creo que aún podrá gozar de la misericordia divina.

—Dios lo quiera —dijo Seth—, porque el corazón de Adam está tan prendado de ella que nunca podrá fijarse en ninguna otra mujer. Aunque yo sentiría en el alma que se casara con ella, porque no creo que pueda hacerle feliz. No deja de ser un profundo misterio el camino que toma el corazón de un hombre cuando elige a una mujer entre todas las demás que ha visto en el mundo, y cuando le resulta más fácil trabajar siete años por ella, como Jacob hizo por Raquel, que conseguir a otra mujer cualquiera sin más trabajo que solicitarla. Muchas veces pienso en las palabras: «Y Jacob sirvió siete años por Raquel; y a él sólo le parecieron unos días por el amor que sentía por ella». Estas palabras serían ciertas con respecto a mí, Dinah, si me diera la esperanza de conquistarla en cuanto hubiesen trascurrido siete años. Sé que le parecerá que un marido ocuparía una parte demasiado considerable de sus pensamientos, porque san Pablo dice: «La que se casa cuida de las cosas del mundo para complacer a su marido». Y quizás me creerá demasiado atrevido cuando le hablo de eso, después de lo que me dijo el sábado pasado acerca de sus ideas. Mas he pensado en ello día y noche, y he rezado para no dejarme cegar por mis propios deseos y para no creer que lo que es bueno para mí ha de ser bueno también para usted. E incluso creo que hay más textos que aconsejan el matrimonio que los que pudieran encontrarse en contra de él. Porque san Pablo dice en otro lugar, con la mayor claridad: «Deseo que las mujeres jóvenes se casen, tengan hijos, gobiernen la casa y no den ocasión a que las censure nadie». Y luego: «Dos son mejor que uno». Lo cual se refiere tanto al matrimonio como a otras cosas, porque nosotros, querida Dinah, tendríamos un solo corazón y una sola mente. Ambos servimos al mismo Señor y luchamos por tener

iguales dones; yo nunca sería el marido que exigiera de usted lo que pudiera interrumpir la obra para la que Dios la ha creado. Por mi parte le daría toda la libertad posible, más de la que ahora goza, puesto que en la actualidad ha de ganarse la vida, y yo soy lo bastante fuerte para trabajar para los dos.

Como Seth había empezado ya a defender su causa, continuó con la mayor vehemencia y casi con apresuramiento, a fin de impedir que Dinah pronunciase alguna palabra decisiva antes de que él expusiera todos los argumentos que tenía preparados. Mientras hablaba se sonrojaron sus mejillas, se llenaron de lágrimas sus ojos grises y bondadosos y la voz le temblaba al pronunciar la última frase. Habían llegado a un paso estrecho, ente dos altas rocas, que en Loamshire hacía las veces de portillo. Dinah se detuvo para mirar a Seth y, con su voz tierna, tranquila y fina, le dijo:

—Le doy las gracias, Seth Bede, por su amor hacia mí, y si yo fuese capaz de pensar en un hombre de otro modo que como un hermano en Cristo, no hay duda de que pensaría en usted. Pero mi corazón no está libre y no puedo casarme. Eso queda para otras mujeres, puesto que no deja de ser algo grande y una bendición el ser esposa y madre. Pero «así como Dios ha distribuido a todo hombre, también ha llamado a cada uno y, por consiguiente, conviene dejarle obrar». Dios me ha llamado para que sea ministro de los demás, no para tener alegrías o pesares propios, sino para regocijarme con los que están alegres y llorar con los tristes. Me ha llamado para que predique sus palabras y Él es el dueño de mi trabajo. Y solamente obligada por una clara visión puedo abandonar a mis hermanos y hermanas de Snowfield, que han sido tan poco favorecidos por los bienes de este mundo. Allí los árboles son tan escasos que hasta un niño puede contarlos, y la vida en invierno es muy dura para los pobres. A mí me ha sido concedido el ayudarles y el consolarles, el dar ánimos a ese pequeño rebaño y llamar a los que van errantes; y mi alma está llena de estas cosas desde que me levanto hasta que me acuesto. Mi vida es demasiado corta y la obra de Dios excesivamente grande para que piense en constituir mi propio hogar en este mundo. No he escuchado sus palabras con oídos sordos, Seth, porque al ver que me dedicaba su amor, pensé que ello podría ser una indicación de la Providencia para que cambiase el camino de mi vida y nos ayudásemos

mutuamente. Por eso dejé la decisión a mi Señor, pero cuantas veces trataba de fijar mi mente en el matrimonio y en nuestra vida en común, se interponían otros pensamientos; recordaba las veces en que he rezado con los enfermos y moribundos y las felices horas que pasé predicando, cuando mi corazón estaba lleno de amor y la Palabra me era concedida con toda abundancia. Y al abrir la Biblia en busca de consejo, siempre he encontrado alguna palabra clarísima que me indica cuál es mi tarea. Creo, Seth, lo que dice, que procuraría ser un auxiliar mío y no un obstáculo para mi obra; pero comprendo que Dios no quiere nuestro matrimonio, pues conduce a mi corazón por otro camino. Deseo vivir y morir sin marido ni hijos. Al parecer, no hay en mi alma lugar para mis propias necesidades y temores, pues Dios ha querido llenar mi corazón con las necesidades y sufrimientos de los pobres.

Seth se sintió incapaz de contestar y continuaron en silencio. Por fin, cuando ya estaban cerca de la puerta del patio, dijo:

—Está bien, Dinah, trataré de encontrar fuerza para soportarlo y para ver a Dios invisible. Ahora comprendo, sin embargo, qué débil es mi fe. Me parece que cuando se marche usted ya no podré estar contento ni alegrarme por nada. Lo que siento es, al parecer, algo superior al amor por una mujer, porque me contentaría, aun cuando no se casara conmigo, con ir a vivir a Snowfield y estar a su lado. Confié en que el intenso amor que Dios me inspiró por usted sería, para ambos, un camino; mas, al parecer, sólo es una prueba para mí. Quizás siento por usted más de lo que debería sentir por cualquier criatura, ya que muchas veces no tengo más remedio que decir de usted como el himno:

*Si aparece en profundas sombras*
*ya ha empezado mi aurora.*
*Es la brillante estrella de la mañana de mi alma*
*y también es mi sol naciente.*

»Tal vez esté equivocado y me convenga obrar de otro modo; pero supongo que no se enfadaría conmigo si las cosas ocurriesen de manera que yo pudiese abandonar este país para ir a vivir a Snowfield.

—No, Seth, le aconsejo esperar con paciencia y no abandonar a

la ligera su país y sus parientes. No haga nada sin orden expresa y clara del Señor. Aquélla es una región estéril y pobre, no como este país de Goshen[2] al que está acostumbrado. No debemos tener impaciencia por escoger y decidir por nosotros mismos, sino esperar y dejarnos guiar.

—Supongo, sin embargo, que me permitirá escribirle una carta, en caso de desear decirle algo.

—Sin duda, infórmeme de sus dificultades y preocupaciones. Por lo demás, le aseguro que siempre estará en mis oraciones.

Habían llegado ya a la puerta del patio y Seth dijo:

—No quiero entrar, Dinah; por consiguiente, adiós. —Se detuvo y vaciló después de que ella le hubo dado la mano, y añadió—: Cabe en lo posible que dentro de algún tiempo vea las cosas de un modo distinto. Quizás tenga alguna nueva indicación.

—Dejemos eso, Seth. Conviene vivir un solo momento a la vez, según he leído en uno de los libros del señor Wesley. Ni a usted ni a mí nos corresponde hacer planes. Lo único que debemos procurar es obedecer y esperar. Adiós.

Dinah oprimió su mano con mía mirada triste en sus ojos cariñosos y luego atravesó la puerta mientras Seth se volvía para dirigirse despacio a su casa. Pero en vez de tomar el camino directo, resolvió volver a través de los campos y por los mismos lugares que acababa de recorrer en compañía de Dinah, y creo que su pañuelo azul estaba empapado de lágrimas antes de comprender que ya era hora de encaminarse a casa sin demora. No tenía más que veintitrés años y acababa de saber lo que es el amor. El amor que, a la vez, es adoración que el hombre joven profesa a la mujer a quien considera más grande y mejor que él mismo. Un amor así apenas se diferencia del sentimiento religioso. Es el amor profundo y digno, ya se dedique a una mujer, a un niño, al arte o a la música. Nuestras caricias, nuestras tiernas palabras, nuestro éxtasis bajo la influencia de las puestas de sol otoñales, de la contemplación de una columnata o de majestuosas estatuas, o bajo el efecto de las sinfonías de Beethoven, todo eso trae consigo la sensación de que son solamente ondulaciones de un océano de amor y de belleza insondable. Nuestra emoción, en el momento de mayor exaltación, se expresa través del silencio. Nuestro amor, en su momento culminante, va más allá de su objeto y se pierde al sentir el misterio

divino. Y este don bendito de amor, que, al mismo tiempo, venera, ha sido concedido a muchos humildes artesanos, desde que empezó el mundo, para que no nos sorprendamos de que existiese también en el alma de un carpintero metodista, hace más de cincuenta años, cuando aún se percibía el resplandor del tiempo en que Wesley y sus compañeros de trabajo se alimentaban con los frutos del escaramujo y las acerolas de los setos de Cornualles, después de fatigar sus miembros y sus pulmones llevando el divino mensaje a oídos de los pobres.

Aquel resplandor lejano se ha desvanecido ya; y el cuadro que podemos pintar en nuestra imaginación sobre el metodismo no es ya un anfiteatro de verdes colinas, ni la sombra profunda proyectada por los sicómoros de anchas hojas donde una multitud de hombres rudos y mujeres de corazón fatigado bebían una fe que, en realidad, era cultura rudimentaria, que fundía sus pensamientos con el pasado, elevaba sus imaginaciones sobre los detalles sórdidos de sus angustiadas vidas y llenaba sus almas con el sentimiento de una Presencia compasiva, amante e infinita, dulce como el verano para el necesitado que carece de hogar. Es muy posible que para algunos de mis lectores el metodismo no signifique nada más que calles sórdidas de casas bajas, abaceros rollizos, predicadores gorrones y un lenguaje hipócrita, elementos que, en ciertos barrios elegantes, son vistos como un exhaustivo análisis del metodismo.

Eso sería una lástima, porque no puedo pretender que Seth y Dinah fuesen algo más que metodistas. Y tampoco que perteneciesen al tipo moderno que lee revistas trimestrales y asiste a las funciones religiosas de las capillas provistas de pórticos y columnas; y tampoco quiero dar a entender que perteneciesen a una clase distinguida y secular. Creían en los milagros, en conversiones instantáneas, en revelaciones a través de los sueños y las visiones; echaban suertes y buscaban el consejo divino abriendo la Biblia al azar. Tenían un modo literal de interpretar las Escrituras que no sancionan los comentaristas ortodoxos; y me resulta imposible dar a entender que su dicción fuese correcta o liberal su instrucción. Sin embargo, si he leído debidamente la historia religiosa, la fe, la esperanza y la caridad no han existido siempre en relación directa con la mayor o menor sensibilidad hacia estas tres virtudes; y es posible, a Dios gracias, sostener teorías muy erróneas y poseer

sentimientos sublimes. El tocino rancio que la torpe Molly separa de su escasa provisión para llevarlo a casa de su vecino, a fin de curar los ataques de su niño, puede ser quizás un remedio eficaz; pero el movimiento generoso y la bondad que inspiró el acto poseen una radiación beneficiosa que no se pierde.

Teniendo en cuenta todo eso, no podemos considerar a Dinah y a Seth indignos de nuestra simpatía, aunque estemos acostumbrados a llorar por los pesares más elevados de las heroínas que calzan zapatitos de satén y llevan miriñaque, o de los héroes que montan caballos casi salvajes y que, a su vez, sirven de montura para pasiones más salvajes todavía.

¡Pobre Seth! Jamás en su vida montó a caballo, excepto una vez, durante su infancia, cuando Jonathan Burge le subió en la grupa del suyo, diciéndole que se agarrase bien. Y así, en vez de prorrumpir en palabras acusadoras contra Dios y el destino, mientras volvía a casa a la luz de las estrellas, resolvió contener su tristeza, no desear tanto hacer su voluntad y vivir más en beneficio del prójimo, como hacía Dinah.

# IV

## El hogar y sus tristezas

Era un verde valle con un arroyo que lo atravesaba, tan crecido a causa de las últimas lluvias que estaba a punto de desbordarse. Unos sauces no muy altos inclinaban sus ramas sobre la corriente, atravesada por un tablón por el que cruzaba entonces Adam Bede con paso firme, seguido de cerca por Gyp, que llevaba el cesto. Sin duda se dirigía hacia la casa con tejado de bálago, junto a la cual se veía un montón de madera, que se hallaba a unos veinte metros de distancia en la pendiente opuesta.

La puerta de la casa estaba abierta y desde ella miraba una mujer entrada en años; pero no contemplaba plácidamente el paisaje iluminado por el sol de la tarde; con ojos no muy claros observaba la manchita, cada vez mayor, que durante los últimos minutos le pareció que era su querido hijo Adam. Lisbeth Bede amaba a su hijo con el amor de una mujer que tiene a su primogénito en la madurez de su vida. Era una mujer llena de ansiedad, frugal, vigorosa, anciana y limpia como un copo de nieve. Su cabello gris estaba peinado hacia atrás y quedaba cubierto por un gorro de hilo, que rodeaba una faja negra; cubría su ancho pecho un pañuelo de color pardo y debajo de éste se divisaba una especie de bata de cuadros azules atada en la cintura y que descendía hasta las caderas, de las que partía una larga falda de hilo y lana. Lisbeth era alta como su hijo y guardaba una gran semejanza con él en muchos otros detalles. Sus ojos oscuros ya no eran muy transparentes, quizás de tanto llorar; pero sus cejas, anchas y bien dibujadas, seguían siendo negras, sus dientes firmes, y mientras, aún de pie, continuaba haciendo calceta rápida e inconscientemente

con sus manos endurecidas por el trabajo, se mantenía tan erguida como cuando llevaba un cubo de agua en la cabeza desde la fuente. Tanto en la madre como en el hijo se observaba la misma figura e igual temperamento activo, pero Adam no había heredado de ella su frente ancha y su expresión de inteligencia y bondad.

Los parecidos familiares conllevan, a veces, una gran tristeza. La naturaleza, esa autora grande y trágica, nos relaciona por medio de los huesos y de los músculos y nos divide por el tejido mucho más sutil de nuestros cerebros; mezcla la simpatía y la repulsión, y ata nuestro corazón a los seres que nos molestan a cada momento. Oímos una voz que tiene el mismo timbre que la nuestra y que expresa las ideas que más nos molestan, y vemos ojos —¡ah, cuán parecidos a los de nuestra madre!— que se alejan de nosotros con la mayor frialdad; y nuestro último hijo querido nos sorprende con los movimientos y los gestos de la hermana de quien muchos años atrás nos separamos con gran amargura. El padre a quien debemos nuestra mejor herencia, el instinto mecánico, la aguda sensibilidad de la armonía, la habilidad inconsciente de la mano que modela, nos irrita y nos avergüenza con sus diarios errores; la madre perdida mucho tiempo atrás, cuyo rostro empezamos a ver en el espejo cuando aparecen nuestras primeras arrugas, muchas veces indignó nuestras almas juveniles con sus enfados y con sus insistencias poco razonables.

Se oyó una voz maternal, cariñosa y ansiosa a un tiempo cuando Lisbeth dijo:

—Bueno, hijo. Ya han dado las siete. Siempre eres el último en salir. Debes de querer cenar. ¿Dónde está Seth? Probablemente habrá ido a alguna ceremonia religiosa.

—No te preocupes por Seth, madre. ¿Dónde está padre? —preguntó rápidamente Adam al entrar en la casa y después de registrar con la mirada una habitación que había en la izquierda y que se utilizaba como taller—. ¿No ha hecho el ataúd para Tholer? Aquí veo la obra como la he dejado esta mañana.

—¿Que si ha hecho el ataúd? —Lisbeth siguió a su hijo sin dejar su labor ni de mirar al joven con ansiedad—. Se ha marchado a Treddleston y no ha vuelto. Supongo que ha ido de nuevo al Waggin Overtrow.

El rostro de Adam se congestionó de ira. Sin embargo no dijo

una palabra, se quitó la chaqueta y se arremangó de nuevo.

—¿Qué vas a hacer, Adam? —preguntó la madre con cierta alarma—. ¿Supongo que no vas a trabajar sin haber cenado antes?

Adam, demasiado irritado para hablar, entró en el taller. Su madre abandonó entonces la labor de calceta y, acercándose a él, le cogió por el brazo y le dijo con un tono quejumbroso de reproche:

—No, hijo mío. Antes has de cenar. Tienes patatas con salsa, como a ti te gustan. Las he hecho expresamente para ti. Ven a cenar.

—Déjame en paz —replicó Adam con energía, librándose de su madre y tomando uno de los tablones que estaban apoyados en la pared—. No hay tiempo para cenas cuando hemos prometido tener listo el ataúd y entregarlo en Broxton mañana por la mañana a las siete. Ya tendría que estar acabado, y no se ha clavado ni un clavo. No estoy de humor para cenar.

—Pero comprende que hoy no vas a poder terminarlo —dijo Lisbeth—. Te vas a matar trabajando. Y no podrás descansar durante toda la noche.

—¿Qué importa el tiempo que tarde? ¿No hemos prometido el ataúd? ¿Acaso pueden enterrar el cadáver sin él? Antes me cortaría la mano que engañar a la gente de este modo. Sólo de pensarlo me vuelvo loco. Pero no pasará mucho tiempo antes de que acabe con todo eso, porque ya estoy harto.

La pobre Lisbeth no oía esa amenaza por primera vez y, de haber sido una mujer juiciosa, se hubiese alejado sin decir nada y habría procurado no hablar durante la hora siguiente. Pero una de las lecciones que la mujer aprende con más dificultad es la de no contradecir a un hombre enojado o borracho. Lisbeth se sentó en el banco de carpintero y empezó a llorar. Y en cuanto lo hubo hecho lo suficiente para conseguir una voz más lastimosa, dijo:

—No, hijo mío, no. No te marcharás, destrozando el corazón de tu madre y condenando a tu padre a la ruina. No querrás que me lleven al cementerio y tú no puedas acompañar mi cadáver. Yo misma no descansaría en paz en la tumba si no pudiera verte hasta el último momento de mi vida, porque ¿cómo podría hacerte saber la gravedad de mi estado si te hubieras marchado lejos, muy lejos, y Seth te siguiera? Porque tu padre no es capaz de manejar una pluma, pues la mano le tiembla en extremo y, además, no sabríamos

tu paradero. Has de perdonar a tu padre y no guardarle rencor. Antes de que se entregara a la bebida era un buen padre para ti. Era un buen trabajador y recuerda que te enseñó tu oficio y que nunca me dio un golpe ni me dirigió una mala palabra… No, nunca lo ha hecho, ni aun estando borracho. Estoy segura que no querrías que tu propio padre acabe en un asilo de indigentes. Piensa que, hace veinticinco años, cuando tú eras todavía un niño de pecho, tu padre era un hombre muy bueno, hábil en toda clase de trabajos, como lo eres tú hoy.

La voz de Lisbeth aumentó en volumen, aunque la entrecortaban los sollozos, y empezó a proferir una especie de gemido, que es el más irritante de todos los ruidos cuando hay que soportar verdaderas penas y ejecutar algún trabajo. Por eso Adam exclamó impaciente:

—Ahora, madre, hazme el favor de no llorar y de no hablar de ese modo. ¿Acaso piensas que no tengo ya bastantes problemas? ¿Para qué me sirve que digas las mismas cosas que no consigo sacarme de la cabeza en todo el día? Y si no pensara en ellas, ¿por qué haría lo que hago, por el placer de ver que todo sigue igual? Pero me molesta que me hablen cuando no hace falta y, por otra parte, me conviene no malgastar las fuerzas en hablar, porque he de trabajar.

—Ya sé que te portas como nadie, hijo mío; pero eres duro con tu padre y siempre estás más enojado con él que con nadie. En cambio, todo lo de Seth te parece bien y te enfadas cuando yo le encuentro alguna falta.

—Eso es mejor que hablarle con suavidad y permitir que se comporte desagradablemente, ¿no crees? Si yo no le diese a entender mi disgusto, sería capaz de vender toda la madera que tenemos y de gastarse el dinero bebiendo. Sé de sobra que tengo deberes que cumplir con mi padre, pero de ninguna manera he de permitir que vaya derecho a la ruina. ¿Y qué tiene que ver Seth con todo eso? Que yo sepa, el pobre muchacho no hace ningún daño a nadie; y ahora, madre, déjame tranquilo, que tengo mucho trabajo.

Lisbeth no se atrevió a decirle nada más; se levantó y llamó a Gyp, deseosa de consolarse por la negativa de su hijo de tomar la cena que le había preparado con la esperanza de contemplarle amorosamente mientras comía, alimentando al perro de Adam con

extraordinaria liberalidad. Sin embargo, Gyp observaba a su amo con cierta preocupación y las orejas erguidas, extrañado, tal vez, por el desacostumbrado curso que tomaban los acontecimientos; y aunque miraba a Lisbeth cuando ella le llamaba y movía intranquilo sus patas delanteras, pues sabía que la buena mujer le invitaba a cenar, se hallaba sumido en la mayor indecisión; y así, continuó sentado sobre su cuarto trasero y con los ojos fijos en su amo. Adam observó el conflicto mental de Gyp, y aunque su enfado le había forzado a comportarse con su madre menos cariñoso que de costumbre, no impidió que cuidase como solía de su perro. Lo cierto es que estamos más inclinados a portarnos con bondad con los animales que nos quieren que con las mujeres que nos aman. ¿Será porque los primeros son mudos?

—Anda, ve, Gyp, ve —dijo Adam en tono alentador y autoritario a un tiempo.

Y Gyp, al parecer satisfecho de cumplir con su deber a la vez que satisfacía su placer, siguió a Lisbeth a la cocina.

Apenas había terminado su cena y acabado de lamer el plato, cuando volvió al lado de su amo, en tanto que Lisbeth se sentaba a solas, a fin de llorar sobre su labor de calceta. Las mujeres que nunca se muestran resentidas y amargadas son, con frecuencia, las más inaguantables, y si Salomón era tan sabio como dice la tradición, estoy seguro de que cuando comparó a la mujer pendenciera con la gota que continuamente cae en un día lluvioso, no lo dijo porque tuviera ante sus ojos a una furia de largas uñas, violenta y egoísta. Por el contrario, se refería a una buena mujer, que sólo era feliz con la dicha de las personas a quienes amaba, y a las que procuraba toda suerte de comodidades preparándoles los mejores bocados y sin gastar nada para sí misma. Es decir, una mujer como por ejemplo Lisbeth, que, a la vez, era paciente y amiga de quejarse, estaba desprovista de egoísmo pero no de exigencias, que se pasaba el día entero quejándose de lo que ocurrió el anterior y de lo que había de suceder el siguiente, y que, con gran facilidad, se echaba a llorar por lo bueno y por lo malo. Pero con su amor idólatra por Adam se confundía cierto respeto, y así, cuando él le ordenaba que le dejase en paz, se quedaba silenciosa.

Así trascurrieron las horas mientras resonaba el tictac del viejo reloj y el ruido de las herramientas de Adam. Por fin, éste pidió luz

y un trago de agua (pues la cerveza sólo se bebía en día de fiesta) y Lisbeth, al servirle, se aventuró a decirle:

—Cuando quieras puedes cenar. Lo tienes todo preparado.

—No esperes, madre —contestó Adam con más afabilidad.

Ya le había pasado la cólera y deseaba mostrarse bondadoso con su madre. Por eso apeló de nuevo a su acento y dialecto nativo, que en otras ocasiones no empleaba.

—Ya veré a padre cuando vuelva a casa, aunque tal vez pase la noche fuera. Y entonces me gustaría mucho que estuvieses acostada.

—Esperaré hasta que vuelva Seth. Creo que no tardará.

El reloj señalaba entonces más de las nueve, pero iba adelantado. Antes de que dieran las diez, se levantó el picaporte y entró Seth. Había oído el ruido de las herramientas al acercarse a la casa.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó—. ¿Por qué trabaja padre a estas horas?

—El que trabaja no es tu padre y ya lo habrías notado si no vinieses con la cabeza llena de oraciones. Es tu hermano quien lo hace todo, porque los demás siempre encuentren la manera de no hacer nada.

Lisbeth se disponía a continuar, porque no temía a Seth y casi siempre vertía en sus oídos las quejas que se veía obligada a contener por el respeto que le inspiraba Adam. Seth en su vida había dirigido una palabra dura a su madre, y las personas tímidas siempre desahogan su malhumor en las afectuosas. Pero Seth, con ansiosa mirada, entró en el taller y dijo:

—¿Qué es eso, Adam? ¡Cómo! ¿Acaso padre se ha olvidado del ataúd?

—Ha ocurrido lo que siempre sucede, muchacho, pero yo lo terminaré —dijo Adam levantando los ojos y dirigiendo una brillante mirada a su hermano—. ¿Qué te pasa? Pareces preocupado.

Los ojos de Seth estaban enrojecidos y en su bondadoso rostro se advertía cierta depresión.

—Sí, Adam; pero hay que aguantarse, y no puedo remediarlo. ¿De modo que no has ido a la escuela?

—¿A la escuela? No. Eso puede esperar —contestó Adam.

—Déjame trabajar ahora a mí y así tú podrás acostarte —dijo

Seth.

—No, muchacho, ya que estoy metido en harina prefiero continuar. Ya me ayudarás a llevarlo a Broxton cuando esté terminado. Te llamaré al amanecer. Ahora ve a cenar y cierra la puerta, para que no me molesten las palabras de nuestra madre.

Seth sabía muy bien que su hermano Adam jamás dejaba de realizar lo que dijera y que no había nadie capaz de hacerle desistir de sus propósitos. Por eso se volvió con el corazón apesadumbrado y entró en la cocina.

—Adam no ha comido siquiera un bocado desde que ha llegado a casa —dijo Lisbeth—. En cuanto a ti, supongo que habrás cenado con tus compañeros metodistas.

—Nada de eso, madre. No he cenado todavía.

—Pues entonces, ven —dijo Lisbeth—; pero no te comas las patatas, pues quizás a Adam le entren ganas de comérselas luego. Le gustan mucho con salsa. Hace un momento estaba tan irritado que no ha querido comer, a pesar de que yo las he guisado expresamente para él. Me ha vuelto a amenazar con marcharse —continuó con voz quejumbrosa—, y estoy segura de que lo hará cualquier día sin avisar, antes de que yo me levante de la cama, y también sé que en cuanto se haya marchado no volverá a poner los pies en casa. Créeme que preferiría no haber tenido ningún hijo como él, que no tiene igual por su habilidad y su laboriosidad, que es tan bien considerado en todas partes, alto y erguido como un álamo, en caso de que tenga que verme separada de él y no vuelva a verlo en la vida.

—Vamos, madre, no te angusties en vano —dijo Seth con voz afable—. No hay ninguna razón para creer que Adam quiera marcharse y, en cambio, las hay muy buenas para tener la seguridad de que continuará a tu lado. Es posible que diga esas cosas cuando está enojado y has de reconocer que muchas veces le sobran motivos, pero su propio corazón le impediría marcharse. Recuerda cuánto nos ayudó cuando estábamos apurados, y cómo empleó sus ahorros en pagarme un sustituto para que no fuese al servicio militar, y también cómo compró tanta madera como le fue posible para que nuestro padre pudiera trabajar; y si obró así, no fue porque no supiera qué hacer del dinero. Ten en cuenta que hace ya mucho tiempo que habría podido casarse y establecerse casa

propia. Pero no hay que tener miedo, porque no es hombre que se vuelva para derribar su propia obra y hasta ahora todo el empeño de su vida ha sido apoyar a su familia.

—No me hables de su matrimonio —dijo Lisbeth echándose a llorar otra vez—. Se ha enamorado de esa Hetty Sorrel, que es incapaz de ahorrar un penique y de demostrar el más mínimo respeto por mí. ¡Y pensar que habría podido casarse con Mary Burge, asociarse con el padre de ésta y ser una persona importante, que tuviese obreros a sus órdenes como el mismo maese Burge! Dolly me lo ha dicho varias veces. ¡Y si no fuese porque se ha enamorado de esa mozuela que no sirve para nada…! Él, en cambio, es un muchacho muy inteligente, que sabe escribir y calcular muy bien; pero el caso es que de poco le sirve todo eso.

—Pero, madre, ya sabes que los hombres no podemos querer a las mujeres que nos indiquen otras personas. Solamente Dios puede mandar en el corazón del hombre. Yo mismo podía haberme enamorado de ella y Adam de otra mujer, y por esta razón jamás le reprocharé lo que no puede impedir. Estoy convencido, sin embargo, de que él se esfuerza en vencer su inclinación. Pero nosotros hemos de procurar no hablar de eso, limitándonos a rogar al Señor que le bendiga y le dirija.

—Sí. Tú siempre estás dispuesto a rezar, y no sé qué sacas de tanto rezo. No por eso ganarás doble sueldo en la Navidad próxima. Los metodistas no son capaces de lograr que llegues a valer ni siquiera la mitad de lo que vale tu hermano, a pesar de tus esfuerzos de convertirte en predicador.

—Tienes mucha razón en lo que dices, madre —contestó Seth con afabilidad—. Adam vale mucho más que yo y por mí ha hecho bastante más de lo que yo hice nunca por él. Dios distribuye el talento y las habilidades entre los hombres según su voluntad. Pero no por eso has de desdeñar la oración. Es posible que no nos proporcione dinero, pero en cambio nos da algo que no pueden comprar las riquezas de la tierra, es decir, la facultad de alejarnos del pecado y de conformamos con la voluntad de Dios, cualquiera que sea la cosa que Él nos mande. Y si tú quisieras rogar a Dios que te ayudase, confiando en su bondad y misericordia, ten la certeza de que no estarías tan inquieta.

—¿Inquieta? Bastantes motivos tengo para estarlo. En cambio,

tú jamás demuestras sentir inquietud. Te gastas todo cuanto ganas y nunca recuerdas que no tienes ningún dinero ahorrado para un día de apuro. Si Adam hubiese sido como tú, nunca habría tenido lo suficiente para pagarte un sustituto. ¡No pienses en el día de mañana, no te apures! Eso es lo que dices siempre. ¿Cuál es el resultado? En cambio Adam ha de pensar en el día de mañana y también en ti.

—Estas son palabras de la Biblia, madre —contestó Seth—. No significan que debamos ser perezosos, sino que no hemos de preocuparnos demasiado acerca de lo que ocurrirá mañana, pues tan sólo debemos cumplir nuestro deber y dejar lo demás a la voluntad de Dios.

—Sí. Tú siempre hablas de ese modo. No piensas en otra cosa que en las palabras de la Biblia. No comprendo cómo sabes que «el no pensar en el día de mañana» significa todo eso. La Biblia es un libro muy grande y tú no puedes haberlo leído entero, ni sabes elegir los versículos. Y me extraña que no encuentres en ella palabras que tengan un significado más agradable. Adam, por su parte, encontró en la Biblia un consejo muy bueno y que repite con gran frecuencia: «Ayúdate y Dios te ayudará».

—No, madre. Estas palabras no son de la Biblia. Se encuentran en un libro que Adam compró en la tienda de Treddleston. Lo escribió un hombre muy sabio, pero el libro es mundano, según creo. Sin embargo, ese consejo tiene razón en parte, porque la Biblia nos dice que debemos trabajar en unión de Dios.

—Bueno, ¿y qué sé yo? Parecen palabras de la Biblia. ¿Y a ti qué te pasa, muchacho? Apenas has cenado. ¿No quieres comer un poco más y tomar un pedazo de torta de avena? Estás blanco como el papel, ¿qué te pasa?

—Nada importante, madre. Es que no tengo apetito. Voy a ver a Adam y a proponerle que me deje continuar la construcción del ataúd.

—Toma antes un poco de caldo —dijo Lisbeth, cuyos sentimientos maternales dominaron por un momento su costumbre de quejarse—. En un minuto te lo prepararé.

—No, madre, gracias. Eres muy buena —dijo Seth con gratitud. Y alentado por aquel tierno sentimiento, continuó—: Quisiera rezar contigo un poco por nuestro padre, por Adam y por todos nosotros.

Es posible que esto te consuele más de lo que tú te figuras.

—Como quieras. No tengo por qué oponerme.

Aunque casi siempre Lisbeth se inclinaba a llevar la contra en sus conversaciones con Seth, tuvo entonces una vaga sensación de que encontraría consuelo a través de aquel acto de piedad y de que, de un modo u otro, obtendría algún alivio en sus apuros espirituales.

Así, madre e hijo se arrodillaron y Seth rogó por su desgraciado y errabundo padre y por todos los que en la casa no se preocupaban por él. Y cuando llegó la petición de que jamas Adam se sintiese inclinado a establecerse en otra comarca, sino que permaneciese al lado de su madre para hacer apacibles los días de ésta en su peregrinación por la tierra, los ojos de Lisbeth se llenaron de nuevo de lágrimas. Cuando se levantaron, Seth acudió de nuevo al lado de Adam y le dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de descansar una o dos horas y dejar que yo continúe entre tanto?

—No, Seth, no. Haz que madre se meta en la cama y vete también a descansar.

Mientras tanto, Lisbeth se había secado los ojos y seguía a Seth llevando algo en las manos. Era un plato de color pardo y amarillo que contenía las patatas con salsa, así como unos pedacitos de carne que había picado y mezclado con aquéllas. En aquellos tiempos el pan de trigo y la carne fresca eran un lujo para los trabajadores. La buena mujer dejó el plato en el banco, al lado de Adam, y le dijo:

—Mientras trabajas, puedes ir picando. Te traeré otro vaso de agua.

—Sí, madre —contestó Adam con afabilidad—. Tengo mucha sed. Por espacio de media hora todo estuvo tranquilo. En la casa no se oía ningún ruido más que el fuerte tictac del reloj y el que producían las herramientas de Adam. Era una noche serena, y cuando el joven a las doce abrió la puerta para asomarse al exterior, sólo parecían moverse las estrellas, porque todos los tallos de hierba estaban dormidos.

El ejercicio físico y el trabajo suelen dejar nuestros pensamientos a merced de las sensaciones y de la imaginación. Esto fue lo que le ocurrió a Adam aquella noche. Mientras sus músculos trabajaban con gran actividad, su mente estaba poblada de escenas de un triste

pasado y de un futuro probablemente no menos triste, que pasaban flotando ante él y se sucedían con rapidez.

Se imaginó lo que ocurriría a la mañana siguiente, cuando hubiese llevado el ataúd a Broxton y se viese de nuevo en su casa desayunando; tal vez su padre habría vuelto y estaría avergonzado ante la mirada de su hijo. El desgraciado se sentaría, pareciendo más viejo que nunca y más tembloroso que la mañana anterior, e inclinaría la cabeza y contemplaría las losas, en tanto que Lisbeth le preguntaría cómo se figuraba que se terminó el ataúd después de marcharse él dejándolo sin acabar. Hay que tener en cuenta que Lisbeth, pese a que censuraba la severidad de Adam con su padre, era siempre la primera en pronunciar palabras de reproche.

«Y así continuará, cada vez peor —pensó Adam—. Ya no es posible devolverle al buen camino, ni siquiera contenerle, porque ya ha empezado a descender».

Y recordó los días en que era todavía niño y corría al lado de su padre, orgulloso de ir a trabajar y más todavía de oír cómo su padre se envanecía ante sus compañeros de que «este pequeño tiene una habilidad extraordinaria en la carpintería». ¡Qué hombre tan activo y digno era entonces su padre! Cuando la gente preguntaba a Adam de quién era hijo, él contestaba con la mayor satisfacción «Soy hijo de Mathias Bede», seguro de que todos le conocían. ¿No construyó, acaso, el maravilloso palomar de la parroquia de Broxton? Aquellos eran días muy felices, especialmente cuando Seth, que tenía tres años menos que él, empezó a salir para trabajar a su vez y Adam era, al mismo tiempo, maestro y discípulo. Pero luego llegaron los días tristes, cuando Adam no había cumplido aún los veinte años, pues Mathias empezó a adquirir la costumbre de pasar las horas en las tabernas y Lisbeth, por consiguiente, lloraba en casa y exteriorizaba sus quejas sin tratar de evitar que la oyeran sus hijos.

Adam recordaba muy bien la noche de vergüenza y de angustia en que, por primera vez, vio a su padre borracho, cantando una canción en compañía de sus compañeros embriagados en el Waggin Overthrow. Al cumplir los dieciocho años se escapó de su casa un amanecer llevando un fardo con su ropa y el libro de medidas en el bolsillo, decidido a no aguantar más las humillaciones de su casa. Se dijo que iría a buscar fortuna y que en cuanto se hallase en una bifurcación del camino pondría el bastón de pie en el suelo y

tomaría la dirección según el lado en que cayese. Mas al llegar a Stoniton el recuerdo de su madre y de Seth, que se quedaban en casa, obligados a soportar todos los pesares sin el apoyo que él podía darles resultó intolerable y le faltó resolución. Regresó al día siguiente, y desde entonces le remordía la conciencia por el disgusto y el terror que su madre había sufrido durante aquellos dos días.

«No —se dijo Adam aquella noche—. Eso no ha de volver a suceder. Y sería una pobre compensación si, al terminar la vida, supiese que mi pobre madre murió en la miseria y en la desolación. Mi espalda y mis hombros son bastante fuertes y robustos; daría muestras de ser un cobarde marchándome y dejando que las penas agobiasen a quienes son menos fuertes para soportarlas. “Los fuertes han de cargar con las enfermedades de los débiles y no pensar solamente en divertirse”. Estas palabras no necesitan ninguna explicación, pues son extraordinariamente claras. Y es evidente también que, cuando solamente se persigue el placer en este mundo, se sigue un camino equivocado. Un cerdo puede meter la cabeza en la artesa sin pensar en nada más; pero cuando se tiene el corazón y el alma de un hombre, hay que pensar en otras cosas y no sólo en uno mismo. No, no; nunca separaré mi cuello del yugo para que los más débiles arrastren la carga. Mi padre es para mí una cruz y seguirá siéndolo durante muchos años. Pero ¡qué importa! Tengo salud, vigor y ánimo para soportarla».

En aquel momento se oyó en la puerta un leve roce como de ramita de sauce, y Gyp, en vez de ladrar, como habría podido esperarse, profirió un largo aullido; Adam, muy sobresaltado, fue en el acto hacia la puerta y la abrió. En el exterior no había nada ni nadie. Todo estaba tranquilo como una hora antes; las hojas continuaban inmóviles y la luz de las estrellas mostraba con gran claridad los apacibles campos que había a un lado y otro del arroyo, privados en aquel instante de todo movimiento y de vida. Adam dio una vuelta en torno de la casa y no vio nada más que una rata que se metió entre los matorrales cuando él pasó. Volvió de nuevo al taller, preguntándose cuál habría sido la causa del ruido; éste era tan especial, que en el momento había despertado en él la idea de una varita de sauce tocando en la puerta. No pudo contener un ligero estremecimiento, pues recordó con cuánta frecuencia su madre le había dicho que se oye ese ruido cuando alguien va a

morir. Adam no era supersticioso, pero por sus venas corría la sangre de los campesinos y de los artesanos, y un campesino no puede evitar creer en ciertas supersticiones, lo mismo que un caballo no puede evitar el temblor de su cuerpo cuando ve un camello. Además, su mente ofrecía la curiosa combinación de humillarse en la región del misterio y de ser muy activa, fría y razonable en la del conocimiento. La profundidad de su reverencia era tan grande como la de su sentido común, y muchas veces contenía los argumentos espiritualistas de Seth diciéndole: «Si, hay grandes misterios y tú apenas conoces una mínima parte de ellos». Y así se daba el caso de que Adam era, a la vez, sagaz y crédulo. Si se desplomara una casa recién construida y le hubiesen dicho que ello se debía a un castigo divino, él habría contestado: «Puede ser, pero la inclinación del tejado y de las paredes no era la debida; de lo contrario, eso no habría ocurrido». Sin embargo, creía en los sueños y en los pronósticos, y hasta el día de su muerte se sentiría inundado de un sudor frío cuando refiriera la historia de la varita de sauce que había llamado a su puerta esa noche.

Pero Adam, en la necesidad de acabar el ataúd, tenía el mejor antídoto contra el miedo imaginario, y durante los diez minutos siguientes, su martillo resonó de un modo tan continuado, que habría apagado cualquier otro ruido en caso de haber existido. Sin embargo, hubo un momento de pausa al coger la regla y, en aquel instante, volvió a oír la extraña llamada y nuevamente Gyp profirió un aullido. Adam abrió la puerta sin perder un instante, pero, como antes, todo estaba tranquilo y la luz de las estrellas no le permitía ver otra cosa sino la hierba cargada de rocío que crecía en tomo a la casa.

Por un momento Adam pensó en su padre con alguna inquietud. En los últimos tiempos nunca regresaba de Treddleston después de anochecer, aunque había muchas razones para creer que estaría durmiendo el vino en el Waggin Overthrow. Además, para Adam la concepción del futuro era tan inseparable de la lastimosa imagen de su padre que el miedo de que pudiese ocurrirle algún accidente fatal quedaba excluido por el constante temor a su degradación continua. La siguiente idea que se le ocurrió le obligó a descalzarse y a subir en silencio la escalera para escuchar detrás de las puertas de los dormitorios, pero tanto Seth como su madre respiraban con

regularidad.

Luego bajó la escalera y se entregó de nuevo al trabajo, diciéndose: «No volveré a abrir la puerta, pues no sirve de nada intentar averiguar la causa de ese ruido. Quizás exista un mundo superior al nuestro, al que no podemos ver, pero del que el oído, que es más rápido que la vista, perciba de vez en cuando alguno de sus ruidos. Ciertas personas creen percibir algo de él pero, en general, son gentes cuyos ojos no les sirven de gran cosa. Por mi parte, creo que vale más saber apreciar si una línea es perpendicular o no que ser capaz de ver un espectro».

Tales ideas adquirieron mayor peso a medida que aumentaba la luz del día, debilitando el resplandor de las luces artificiales, y también en cuanto empezaron a cantar los pájaros. En el momento en que la rojiza luz del sol brilló sobre los clavos de latón que formaban las iniciales de la tapa del ataúd, la impresión agorera del roce oído en la puerta quedó olvidada ante la satisfacción que le producía la idea de haber terminado el trabajo y cumplido con su compromiso. No había necesidad de llamar a Seth, pues ya le oía moverse en el piso superior; en efecto, tardó muy poco en bajar la escalera.

—Ahora, muchacho —saludó Adam en cuanto Seth apareció por la puerta—, el ataúd ya está terminado; podemos llevarlo a Broxton y volver antes de las seis y media. Tomaré un poco de torta de avena y saldremos.

Pronto el ataúd estuvo sobre los fornidos hombros de los dos hermanos, que emprendieron el camino seguidos por Gyp y salieron del patio trasero de la casa para tomar el sendero. Tenían que recorrer cosa de dos kilómetros y medio para llegar a Broxton, que se hallaba en la vertiente opuesta, y su camino serpenteaba de un modo muy agradable a través de los campos y por senderos aromatizados por las madreselvas y por los escaramujos, en tanto que los pájaros piaban y cantaban en los altos y frondosos chaparros y olmos. Era un espectáculo muy hermoso el que ofrecía el despertar de la mañana estival en ese paisaje paradisíaco por el que atravesaban los dos fornidos hermanos, en sus trajes de faena y llevando en hombros el ataúd. Se detuvieron por última vez ante una pequeña granja situada a la entrada del pueblo de Broxton. A las seis de la madrugada quedó terminado su cometido, clavado el

ataúd, y Adam y Seth pudieron emprender el regreso a casa. Para ello escogieron un camino más corto, que les obligaría a atravesar los campos y el arroyo que corría por delante de su casa. Adam no había mencionado a Seth lo ocurrido durante la noche, pero aún estaba bastante impresionado y le dijo:

—Mira, Seth, si nuestro padre no ha regresado a la hora del desayuno, creo que lo mejor será que vayas a buscarle a Treddleston; de paso podrás traerme el alambre de latón que necesito. No te importe perder una hora de trabajo, porque ya la compensaremos. ¿Qué te parece?

—No tengo inconveniente —contestó Seth—. Pero mira las nubes que se han reunido en el cielo desde que salimos. Sin duda tendremos más lluvia. Será una lástima, porque no se podrá trabajar el heno si los campos quedan cubiertos de agua. Ahora el arroyo está bastante crecido, pero un día más de lluvia cubrirá el puente y tendremos que dar un rodeo por el camino.

A la sazón atravesaban el valle y habían entrado en el prado que cruzaba el arroyo.

—¿Qué es aquel bulto que hay junto al sauce? —preguntó Seth echando a correr al mismo tiempo.

Adam tuvo un profundo sobresalto y la ansiedad imprecisa que había sentido con respecto a su padre se convirtió en un temor definido. No contestó a Seth, pero echó a correr, precedido por Gyp, que empezó a ladrar con inquietud. Y así, un momento más tarde, ambos hermanos se hallaban junto al puente.

¡Así que el augurio era cierto! Su pobre padre de cabellos grises, en quien pocas horas antes había pensado con dureza, como en una espina clavada en su costado, quizá estaba ya entonces luchando contra la muerte que le acechaba en el agua. Esta fue la primera idea que atravesó la conciencia de Adam antes de tener tiempo de agarrar la chaqueta y sacar a tierra el cuerpo largo y pesado. Seth estaba ya a su lado, ayudándole, y en cuanto hubieron llevado el cadáver a la orilla, los dos hermanos se arrodillaron y miraron asustados los ojos vidriosos de su padre, olvidando la necesidad de hacer algo, olvidándolo todo, a excepción de que su padre estaba muerto frente a ellos. Adam fue el primero en hablar en un susurro:

—Voy a ver a nuestra madre. En un momento estaré de vuelta.

La pobre Lisbeth estaba muy ocupada preparando el desayuno

de sus hijos, y en el fuego humeaba el potaje que les había hecho. Su cocina estaba siempre extremadamente limpia, pero aquella mañana la buena mujer se esforzaba más que nunca en conseguir que tanto el hogar como la mesa fuesen más atractivos.

—Los muchachos tendrán hambre —dijo para sí, aunque en voz alta, mientras revolvía el potaje—. Hay un buen trecho de aquí a Broxton y en la colina sopla un airecillo que despierta el apetito… Sin tener en cuenta que iban cargados con el ataúd. Pero aun pesará más después de haber metido en él al pobre Bob Tholer. Sin embargo, esta mañana he hecho un potaje más abundante y más bueno que nunca. También es posible que el padre se presente de un momento a otro, aunque él, en realidad, no come mucho. En cambio bebe bastante cerveza. Así se gasta los cuartos, como le he dicho muchas veces y volveré a decirle antes de que acabe el día. La verdad es que el pobre no me contesta nunca, tengo que reconocerlo.

Pero Lisbeth había oído ya el ruido de precipitados pasos sobre la hierba, y al volverse rápidamente hacia la puerta, vio entrar a Adam, y le pareció tan pálido y asustado que no pudo menos que echarse a gritar y acercarse a él antes de que tuviese tiempo de empezar a hablar.

—¡Deprisa, madre! —exclamó Adam con voz ronca—. No te asustes. Padre se ha caído al agua. Creo que podremos reanimarlo. Seth y yo vamos a traerlo enseguida. Prepara una manta y caliéntala.

En realidad, Adam no dudaba de que su padre estaba muerto, pero comprendió que el único modo de contener el dolor de su madre consistía en procurar que se ocupase de algo que le infundiera esperanzas.

Volvió al lado de Seth y los dos hijos levantaron la triste carga en sucio y con los corazones apenados. Aquellos ojos abiertos y vidriosos grises como los de Seth, más de una vez habían contemplado odiosos a los mismos muchachos ante los cuales Mathias inclinaría la cabeza impulsado por la vergüenza. Los sentimientos principales de Seth eran el sobresalto y el dolor por la repentina muerte de su madre, pero Adam recordaba los tiempos pasados y sentía a la vez compasión y cariño. Cuando llega la muerte, la gran reconciliadora, jamás nos arrepentimos de nuestra

ternura, sino de nuestra severidad.

# V

## El rector

Antes de las doce cayeron varios chaparrones y el agua llenó las cunetas de los senderos de grava que había en el jardín adyacente a la rectoría de Broxton; las grandes rosas de Provenza fueron cruelmente agitadas por el viento y batidas por la lluvia, y las florecillas de delicados tallos quedaron tronchadas y manchadas de barro. Era una mañana melancólica. Había llegado el tiempo de segar el heno, pero no era posible hacerlo pues los prados estaban inundados.

Las personas que tenían una vivienda confortable se entregaron a diversiones caseras en las que no habrían pensado si no fuera por la lluvia. Si la mañana no hubiese sido lluviosa, el señor Irwine no se habría quedado en el comedor jugando al ajedrez con su madre: era lo bastante aficionado a su madre y a jugar al ajedrez como para pasar un buen rato de lluvia con la ayuda de los dos.

Y habrá de permitirme el lector que le introduzca en aquel comedor para presentarle al reverendo Adolphus Irwine, rector de Broxton, vicario de Hayslope y vicario de Blythe; así pues, poseía varios beneficios y ni siquiera el más severo reformador eclesiástico era capaz de ponerlo de malhumor. Entraremos sin hacer ruido y nos quedaremos en la puerta, sin despertar al *setter* de color pardo y de pelo brillante que está tendido ante el hogar con sus dos cachorros al lado; o al perdiguero de negro hocico que dormita como un presidente agobiado por el sueño.

La habitación era espaciosa y de techo elevado y en uno de sus extremos tenía una ventana mirador dividida por una columna. Las paredes, según verá el lector, eran recientes y no estaban pintadas

aún. Pero los muebles, aunque de estilo original y costoso, eran viejos y escasos y tampoco en la ventana se descubría ningún cortinaje. El tapete carmesí extendido sobre la mesa estaba ya muy gastado, aunque contrastaba de un modo agradable con el tono apagado del yeso de las paredes; sin embargo, sobre aquel tapete había un servicio de plata maciza con un jarro de agua del mismo dibujo que otros dos, también grandes, que estaban en el aparador y que en sus respectivos centros tenían labrado un escudo de armas. Era evidente que los habitantes de aquella estancia habían heredado más sangre noble que riqueza, y así, no resultaba sorprendente el hecho de que el señor Irwine tuviese una nariz muy bien dibujada y el labio superior distinguido, aunque, en aquel momento sólo podía verse su espalda ancha y recta y el abundante cabello empolvado peinado hacia atrás y atado con una cinta negra, moda conservadora que indicaba sobradamente que ya no era joven. Tal vez se volviese a mirar, y mientras tanto podríamos contemplar a la majestuosa anciana, es decir, a su madre, que era aún hermosa y trigueña, y cuyo cutis lozano resaltaba gracias a la tela blanca y a los encajes que rodeaban su cuello y su cabeza. La buena señora se mantenía erguida como una estatua de Ceres y su rostro moreno, su nariz delicada y aguileña, la boca firme y orgullosa y los ojos negros, pequeños y de intensa mirada, tenían una expresión tan aguda y sarcástica que, involuntariamente, se inclinaba uno a imaginársela con una baraja en la mano disponiéndose a decir la buenaventura. La mano pequeña y morena con que levantaba a la reina estaba adornada con perlas, brillantes y turquesas; y en lo alto de su cabeza se veía cuidadosamente ajustado un gran velo negro, cuyos pliegues creaban un intenso contraste con los de la tela blanca que rodeaba su cuello. Era evidente que la anciana dama había empleado mucho rato en vestirse esa mañana. Pero casi parece obedecer a una ley natural al vestir de aquel modo: subraya su lugar entre las hijas de la realeza que jamás han dudado de su divino origen y que no han encontrado nunca a nadie tan atrevido que llegase a dudarlo.

—Veamos qué te parece, Dauphin —dice la magnífica y anciana dama depositando sobre el tablero la reina y a continuación cruzando los brazos—. Sentiría mucho pronunciar una palabra desagradable.

—¡Ah, madre hechicera, bruja! ¿Cómo podría un cristiano ganarte en el juego? Ojalá hubiera rociado el tablero con agua bendita antes de empezar. Está claro que has hecho trampa; no me convencerás de lo contrario.

—Sí, eso es lo que dicen siempre los vencidos de los grandes conquistadores. Y mira, ahora cae un rayo de sol en el tablero para demostrarte claramente la mala jugada que has hecho al mover ese peón. ¿Quieres que te dé otra oportunidad?

—No, madre. Dejaré que te remuerda la conciencia, ahora está saliendo el sol. Vayamos a pisar un poco el barro, ¿de acuerdo, Juno?

Estas últimas palabras fueron dirigidas al *setter* de color pardo, que se puso en pie al oír su nombre y apoyó el hocico de un modo insinuante sobre la pierna de su amo.

—Pero antes —prosiguió éste— debo ir arriba a ver a Anne. Tuve que salir para asistir al entierro de Tholer cuando me disponía a subir.

—Es inútil, hijo; no podrá hablarte. Kate dice que esta mañana tiene uno de sus peores dolores de cabeza.

—Por muy enferma que esté, siempre agradece que vaya a verla.

Si el lector sabe hasta qué grado la conversación humana no es más que un impulso inútil de la costumbre, no se maravillará cuando yo le diga que ya se había hecho idéntica objeción y que había recibido la misma respuesta centenares de veces en el curso de los quince años que hacía que duraba la enfermedad de Anne, hermana del señor Irwine. Las ancianas damas espléndidas que emplean largo rato en vestirse por la mañana, suelen demostrar muy poca simpatía para con las hijas enfermas.

Mientras el señor Irwine continuaba sentado, con la espalda apoyada en el respaldo de la silla y acariciando la cabeza de Juno, apareció un criado en la puerta y dijo:

—Señor, si no tiene inconveniente y dispone de tiempo, Joshua Rann desea hablar con usted.

—Hazle entrar aquí —contestó la señora Irwine tomando su labor de calceta—. Siempre me agrada oír lo que el señor Rann tiene que decir. Como llevará los zapatos sucios, procura que se los limpie antes, Carrol.

Dos minutos más tarde apareció el señor Rann en la puerta e

hizo dos deferentes reverencias que, sin embargo, no bastaron para conquistar el agrado del perdiguero Pug, que profirió un fuerte ladrido y atravesó corriendo la estancia para reconocer las piernas del forastero, en tanto que los dos cachorros, contemplando las gruesas pantorrillas y las medias de estambre desde un punto de vista más voluptuoso, se arrojaron sobre ellas y empezaron a gruñir muy divertidos. Mientras tanto, el señor Irwine se volvió sobre su asiento y dijo:

—¿Qué hay, Joshua? ¿Ocurre algo grave en Hayslope, que le ha hecho venir en una mañana lluviosa como ésta? Siéntese, no se preocupe por los perros. Deles un amistoso puntapié. Aquí, Pug, sinvergüenza.

Resulta muy agradable ver a determinadas personas dar media vuelta sobre su asiento; parece como si, en pleno invierno, se sintiese un soplo cálido o el resplandor del hogar en el frío del anochecer. El señor Irwine era uno de esos hombres. Tenía, como su madre, el mismo parecido que el amado recuerdo del rostro de un amigo guarda con el rostro verdadero de éste. Las facciones eran más generosas, más brillante la sonrisa y más cordial la expresión. Si el perfil no hubiese sido tan fino, su rostro podría haberse calificado de alegre, pero ésta no era la palabra apropiada para aquella mezcla de humor apacible y de distinción.

—Muchas gracias, reverendo —contestó el señor Rann procurando mostrar cierta indiferencia con respecto a sus piernas, aunque sacudiéndolas alternativamente para alejar a los cachorros —. Si no tiene inconveniente, continuaré de pie, porque me resulta más apropiado. Espero que tanto usted como la señora Irwine estén bien y que la señorita Irwine…, quiero decir que la señorita Anne, estará tan bien como de costumbre.

—Sí, Joshua, gracias. Ya ve qué aspecto excelente tiene mi madre. Pero ¿qué ocurre?

—Pues es el caso, señor, que tuve que venir a Broxton a entregar un trabajo y creí conveniente venir a visitarle para informarle de lo ocurrido en el pueblo, pues nunca había visto cosa semejante en mis tiempos, a pesar de que el día de Santo Tomás hará ya sesenta años que vivo allá, y pese a que yo ya estaba encargado de cobrar los derechos de Pascua para el señor Blick antes de que su reverencia viniese a la parroquia, y a pesar de que oí tocar todas las campanas,

presencié la apertura de todas las tumbas y canté en el coro mucho antes de que Bartle Massey llegase, de no se sabe dónde, con su modo especial de cantar y sus motetes, en los que se pierden todos menos él, pues cada uno continúa el canto del anterior, como las ovejas balan en el campo una tras otra. Y me consta muy bien cuáles son los deberes del sacristán de la parroquia y también que faltaría al respeto de su reverencia, de la Iglesia y del rey, si guardase silencio acerca de lo que ocurre. Me cogieron de sorpresa y nada sabía por anticipado, de modo que me quedé tan asombrado y atónito cual si hubiese perdido mis herramientas. La noche pasada apenas pude dormir cuatro horas, pues tuve muchas pesadillas y me desperté más cansado que al acostarme.

—Pero ¿qué ocurre, Joshua? ¿Han vuelto a entrar los ladrones en la iglesia?

—¿Ladrones? No, señor. Y sin embargo puedo decir que realmente son ladrones y también que han robado la iglesia. Lo que ocurre es que los metodistas se apoderarán de la parroquia, si su reverencia y su señoría, el caballero Donnithorne, no creen apropiado decir una palabra y prohibirlo. No crea, señor, que me propongo darle instrucciones, porque aún no me he olvidado tanto de quién soy como para no hablar como es debido a mis superiores. Sin embargo, el caso es que no tengo más remedio que referirle lo que ocurre. Así, he de decirle que una mujer metodista, que habita en casa de maese Poyser, predicó ayer tarde en el parque, y eso es tan verdad como que estoy ahora delante de su reverencia.

—¿Qué predicó en el parque? —exclamó el señor Irwine sorprendido aunque tranquilo—. ¿Aquella muchacha pálida y bonita a quien vi en casa de Poyser? Desde luego resultaba evidente que era metodista, cuáquera o algo por el estilo, a juzgar por su traje; pero ignoraba que fuese predicadora.

—Pues digo la verdad, señor —replicó el señor Rann, comprimiendo su boca en forma semicircular y haciendo una pausa para subrayar sus palabras—. Predicó en el parque ayer tarde y se apoderó de Bess Chad, pues la pobre muchacha ha tenido varios ataques desde entonces.

—Bueno, Bess Cranage es una muchacha muy sana y estoy seguro de que se repondrá, Joshua. ¿Ha tenido ataques alguien más?

—No, señor. Por lo menos, que yo sepa. Pero nadie sabe lo que ocurrirá si continúan estas predicaciones semanales. Estoy seguro de que acabarán con la vida tranquila del pueblo. Porque el caso es que los metodistas hacen creer a la gente que si se bebe un vaso más de cerveza o si gozan de alguna comodidad, irán con toda seguridad al infierno. Yo no soy vicioso ni borracho, y estoy seguro de que nadie podrá acusarme de eso; pero creo que un litro de cerveza en Pascua o en Navidad, aunque exceda lo acostumbrado, es una cosa naturalísima, como cuando vamos cantando y la gente nos invita a beber un trago, o cuando voy a cobrar los derechos y me tomo una pinta de cerveza, fumo una pipa y charlo un rato en casa de maese Casson, porque yo, gracias a Dios, me he educado en la Iglesia y hace ya treinta y dos años que soy sacristán, de manera que sé de sobra lo que es la religión.

—Muy bien. ¿Y qué me aconseja, Joshua? ¿Qué cree que podría hacerse?

—Pues bien, reverendo. Yo no tomaría ninguna medida contra esa joven, porque nada malo resultará de que predique sola y, además, me han dicho que muy pronto volverá a su país. Es sobrina del señor Poyser y no quisiera demostrar ninguna falta de respeto a la familia de Hall Farm, pues desde que soy zapatero los he calzado a todos, grandes y pequeños. Pero en cambio, Will Maskery es un furioso metodista y no dudo de que fue él quien hizo predicar ayer a esa joven y que traerá a otros predicadores de Treddleston si no le paramos los pies. Creo que le podríamos dar a entender que no volverá a construir ni arreglar los carruajes y las cosas de la iglesia y que se quedará solo en su casa, como le ocurre al caballero Donnithorne.

—Muy bien. Pero usted mismo, Joshua, ha dicho que antes nunca había predicado nadie en el parque y, por lo tanto, no le consta que ello tenga que volver a ocurrir. Los metodistas no van a predicar a aldeas como Hayslope, donde sólo hay un puñado de labradores demasiado fatigados para hacerles caso. Eso sería como ir a predicar en las montañas de Binton. En cuanto a Maskery, no es predicador, según creo.

—No, señor. Es incapaz de decir dos palabras seguidas sin ayuda de los libros, y estoy persuadido de que no hablaría mejor que una vaca. Pero en cambio tiene una lengua muy larga para hablar sin

respeto de alguno de los vecinos, pues dijo que yo era un fariseo ciego y, además, utiliza la Biblia para encontrar apodos destinados a personas superiores a él en sabiduría y edad; y lo peor es que se ha atrevido a pronunciar palabras desagradables acerca de su reverencia; puedo jurar que le llamó «perro mudo» y «pastor perezoso». Espero que su reverencia me perdonará que repita estas palabras.

—Hace mal, Joshua. Hay que dejar que las malas palabras mueran después de haber sido pronunciadas. En cuanto a Will Maskery, podría ser mucho peor de lo que es. Antes era un bribón borracho que abandonaba el trabajo y pegaba a su mujer, según me dijeron; ahora es laborioso y decente, y lleva una buena vida junto a su esposa. Si puede darme pruebas de que se mete con sus vecinos y es causa de alguna querella o disgusto, entonces creeré que mi deber, como clérigo y como magistrado, me obliga a intervenir. En cambio, no sería conveniente que las personas sensatas, como usted y yo, nos preocupásemos de tonterías y creyésemos que la Iglesia corre peligro porque Will Maskery hable de modo imprudente, o una joven predique en serio a un puñado de personas en el parque. Es preciso vivir y dejar vivir, y no sólo en lo que se refiere a la religión, sino también con respecto a otras cosas. Cumpla con su deber como sacristán y enterrador, como siempre ha hecho, confeccionando el calzado estupendo que hace para sus vecinos, y le aseguro que no ocurrirá en Hayslope nada desagradable.

—Su reverencia es muy bueno; aunque como no vive en la parroquia, el asunto pesa más sobre mis propios hombros.

—No hay duda, pero es preciso tener siempre en cuenta que no hay que rebajar a la Iglesia a los ojos de la gente, dando a entender que nos asustamos por poco, Joshua. Confío en su sentido común y en que no dará importancia a lo que Will Maskery diga de usted o de mí. Usted y sus vecinos pueden seguir bebiendo un vaso de cerveza, aunque con sobriedad, y una vez hayan terminado sus tareas, como buenos feligreses; y si Will Maskery no se reúne con ustedes y, en cambio, asiste a las reuniones religiosas de Treddleston, hay que dejarle en paz; eso no ha de importarnos mientras no nos impida hacer lo que queramos. Y en cuanto a la gente que diga cosas tontas de nosotros, no hay que hacerles caso, de la misma manera que el campanario de la iglesia no da

importancia a las cornejas que revolotean en torno a él. Will Maskery va a la iglesia todos los domingos por la tarde, y durante la semana se dedica a su trabajo de construcción y reparación de carros, y así, mientras obre de este modo, hay que dejarle en paz.

—Sí, señor. Pero en cuanto entra en la iglesia y se sienta, empieza a menear la cabeza, a poner mala cara y a demostrar su disgusto, de tal manera que me dan ganas de ir a su encuentro y romperle la cara de un puñetazo. Dios me perdone y su reverencia también, por hablar de este modo en su presencia. Además, dijo que nuestros cánticos de Navidad parecían una olla de grillos.

—Todo eso obedece a que tiene muy mal oído, Joshua. Ya sabe que cuando la gente tiene un tarugo por cabeza es imposible remediarlo. Con seguridad no logrará que los habitantes de Hayslope participen de su opinión, mientras siga cantando como lo hace.

—Sí, señor. Pero a uno se le revuelve el estómago cada vez que oye hablar así de las Escrituras. Conozco tan bien como él las palabras de la Biblia y sería capaz de recitar los Salmos en sueños, si me pellizcaran. Pero comprendo que no hay que pronunciar en vano sus palabras. Lo mismo sería llevarse a casa el cáliz y utilizarlo para beber en las comidas.

—Ésta es una buena observación, Joshua. Pero como decía antes…

Mientras hablaba el señor Irwine, se oyó un ruido de pasos y el sonido de una espuela que resonaba contra el pavimento de piedra de la entrada, y Joshua Rann se hizo a un lado en la puerta para dejar paso. Se oyó una vigorosa voz de tenor:

—¿Puede entrar el ahijado Arthur?

—Adelante, ahijado —contestó la señora Irwine con el tono de voz profundo y casi masculino característico de la vigorosa anciana.

En el acto entró en la estancia un joven caballero que vestía traje de equitación y llevaba en cabestrillo el brazo derecho; inmediatamente se produjo una agradable confusión de risas, interjecciones y apretones de mano, así como algunas palabras de saludo mezcladas con los alegres y breves ladridos y con los meneos de los rabos por parte de los miembros caninos de la familia, confusión que da a entender la buena acogida dispensada al recién llegado. El joven caballero era Arthur Donnithorne, conocido en

Hayslope con varios nombres, como, por ejemplo, «el joven caballero», «el heredero» y «el capitán». Solamente disfrutaba de ese grado en la milicia de Loamshire; mas para los terratenientes de Hayslope era el más capitán de todos los jóvenes caballeros del mismo grado en el ejército regular de su majestad y los eclipsaba con su resplandor, del mismo modo que el planeta Júpiter destaca entre todos los planetas de la Vía Láctea. Y si el lector desea saber cuál era su aspecto, procure recordar a un joven inglés de patillas de color pardo, cabello de igual tono, rizado, y cutis claro, a quien pueda haber encontrado en alguna ciudad extranjera, enorgulleciéndose de ser su compatriota. Iba limpio, estaba bien criado, tenía las manos blancas y, al parecer, se bastaba para vencer y derribar a un enemigo utilizando la mano izquierda. No mereceré ser llamado sastre por la molestia que dé al lector describiendo su traje, y así sólo diré que llevaba un chaleco a rayas, un levitón de largos faldones y botas bajas.

El capitán Donnithorne se volvió para tomar una silla y dijo:

—No quiero interrumpir a Joshua, pues sin duda tiene algo que decir.

—Pido humildemente mil perdones a su señoría —dijo Joshua haciendo una profunda reverencia—, pero hay una cosa que quiero decir a su reverencia, aunque las demás se me han ido ya de la cabeza.

—Pues dígala pronto, Joshua —contestó el señor Irwine.

—Supongo, señor, que no se habrá enterado de que ha muerto Mathias Bede. Se ha ahogado esta mañana, o, más probablemente, ayer noche, en el arroyo del Sauce, junto al puente y delante de su propia casa.

—¡Oh! —exclamaron a la vez los dos caballeros, como si les interesase mucho aquel suceso.

—Y Seth Bede ha venido a verme esta mañana para informarme de que desea decir a su reverencia, según su hermano Adam ya os rogó, que les concediera usted el favor de que la tumba de su padre sea excavada en White Thorn, porque su madre así lo desea a causa de un sueño que tuvo; ellos habrían venido a solicitarlo en persona, pero no pudieron hacerlo por estar ocupados con el coroner y todo lo demás; y su madre desea obtener cuanto antes su permiso, por miedo de que alguien se le anticipe. Si su reverencia no tiene

inconveniente, les mandaré a mi hijo tan pronto como llegue a casa. Por eso me he atrevido a molestarle con tal petición en presencia de su señoría.

—Habrá que complacerles, Joshua. Yo mismo iré a ver a Adam. Sin embargo, mándeles a su hijo para decirles que pueden disponer de la tumba, a no ser que algo me lo impida. Y ahora, buenos días, Joshua. Vaya a la cocina y tome un vaso de cerveza.

—¡Pobre viejo Mathias! —dijo el señor Irwine en cuanto Joshua se hubo marchado—. Temo que la bebida ayudó al arroyo para acabarlo de ahogar. Ojalá hubiese desaparecido de forma menos penosa la carga de los hombros de mi amigo Adam. Ese muchacho excelente ha estado manteniendo a su padre y evitándole la ruina durante los cinco o seis últimos años.

—Es un buen sujeto, ese Adam —dijo el capitán Donnithorne—. Cuando yo era pequeño y Adam tenía quince años y me enseñó carpintería, yo solía decirme que si alguna vez llegaba a ser un rico sultán nombraría gran visir a Adam. Y ahora creo que después de ser elevado a tan alto rango se comportaría igual que cualquier hombre pobre y sabio de la historia oriental. Y si vivo lo bastante para ser un gran propietario, en vez de un pobre diablo que goza de una mísera pensión, haré de Adam mi mano derecha. Cuidará de mis bosques, pues parece saber de esas cosas mucho mejor que todos los hombres que he conocido y me consta que sacaría de ellos el doble de lo que obtiene mi abuelo por culpa de la dirección de ese miserable viejo Satchell, que no sabe una palabra acerca de la madera. Varias veces he hablado de este asunto con mi abuelo pero, por alguna razón, siente antipatía por Adam y yo no puedo hacer nada al respecto. Pero vamos a ver, reverendo, ¿quiere salir un poco a caballo conmigo? Hace un tiempo espléndido. Si quiere, podríamos ir juntos a visitar a Adam; pero quisiera también detenerme en Hall Farm para ver los cachorros que me reserva Poyser.

—Vale más que te quedes y almuerces, Arthur —dijo la señora Irwine—. Son casi las dos. Carrol te servirá en el acto.

—Yo también quisiera ir a Hall Farm —dijo el señor Irwine—, a fin de ver otra vez a la pequeña metodista que vive allí. Joshua me ha dicho que ayer tarde estuvo predicando en el parque.

—¡Por Júpiter! —exclamó el capitán Donnithorne echándose a

reír—. ¡Pero si parece ser una muchacha de lo más tranquila! Sin embargo, hay en ella algo que llama la atención. Realmente me intimidó cuando la vi por primera vez: estaba sentada e inclinada sobre su labor, al sol, en la parte exterior de la casa, cuando yo llegué a caballo y pregunté sin darme cuenta de que era forastera: «¿Está Martín Poyser en casa?». Y declaro que en cuanto ella se levantó, me miró y me contestó «Está en casa, creo. Voy a llamarle», me avergoncé de haberle dirigido la palabra con tanta rudeza. Parecía santa Catalina vestida con un traje de cuáquera. Tiene un rostro que pocas veces se ve entre la gente de por aquí.

—Me gustaría ver a esa joven, Dauphin —dijo la señora Irwine—. Haz que venga aquí con un pretexto cualquiera.

—No sé cómo podré arreglarlo, madre. No será muy apropiado que yo proteja a una predicadora metodista, en caso de que ella consienta en ser protegida por un pastor perezoso, según me llama Will Maskery. Deberías haber venido un poco antes, Arthur, para oír cómo Joshua denunciaba a su vecino Will Maskery. El viejo quiere que excomulgue al carretero y lo entregue al poder civil, es decir, a tu abuelo, para que sea despojado de su casa y de su taller. Si yo me prestase a intervenir ahora en este asunto, daría origen a una historia de odio y de persecución que a los metodistas les gustaría publicar en el próximo número de su revista. Poco me costaría persuadir a Chad Cranage y a otra media docena más de cabezas duras de que prestarían un buen servicio a la Iglesia arrojando a palos del pueblo a Will Maskery, y luego, después de regalarles medio soberano para emborracharse gloriosamente una vez hubiesen realizado la hazaña, habría cometido la misma torpeza que mis compañeros en sacerdocio han llevado a cabo en sus parroquias respectivas durante los últimos treinta años.

—Sin embargo, ese individuo ha estado insolente al llamarte «pastor perezoso» y «perro mudo» —dijo la señora Irwine—. Por otra parte, creo que deberías pararle los pies. Eres demasiado bueno, Dauphin.

—¡Cómo, madre! ¿Crees que sería un modo apropiado de defender mi dignidad querer desmentir las palabras de Will Maskery? Por otra parte, no estoy seguro de que no tenga razón. Soy un poco perezoso y me cuesta mucho montar a caballo; eso sin mencionar que siempre gasto más de lo que puedo en ladrillos y

cemento y, en cambio, me enfado si un mendigo lisiado me pide seis peniques. Esos desgraciados que creen poder contribuir a la regeneración de la humanidad saliendo a predicar al despuntar el día y antes de empezar la jornada de trabajo, pueden tener, si gustan, una pobre opinión de mí. Pero, en fin, vamos a almorzar. ¿Bajará Kate?

—La señorita Irwine dijo a Bridge que hoy almorzaría en su cuarto —replicó Carrol—. No puede abandonar a la señorita Anne.

—Muy bien. Di a Bridge que comunique a la señorita Anne que iré a verla enseguida—. Veo que ya puedes mover muy bien el brazo derecho, Arthur —continuó diciendo el señor Irwine, al observar que el capitán Donnithorne sacaba el brazo del cabestrillo.

—Sí. Muy bien, pero Godwin insiste en que lo lleve así durante algún tiempo. Espero poder volver al regimiento a principios de agosto. Es muy aburrido verse encerrado en el cazadero durante los meses de verano, cuando no se puede cazar nada, y no estar bastante cansado al anochecer para dormirse apaciblemente. Sin embargo, haremos estremecer a las piedras el 30 de julio. Por una vez mi abuelo me ha dado *carte blanche*, y os prometo que la diversión valdrá la pena. El mundo no verá dos veces la gran ocasión de que yo llegue a la mayoría de edad. Me dispongo a prepararle un elevado trono, madrina, o, mejor dicho, dos: uno en el prado y otro en la sala de baile, a fin de que pueda sentarse y contemplarnos como si fuese una verdadera diosa del Olimpo.

—Pues yo me pondré mi mejor traje de brocado, el mismo que llevé hace veinte años, el día de tu bautizo —dijo la señora Irwine —. ¡Ah! Y creo que veré a tu pobre madre flotando por allí, con su traje blanco, que aquel mismo día me pareció una mortaja, y, en efecto, fue su mortaja tres meses más tarde. Con ella enterraron tu gorrito y tu ropa de bautizo. La pobrecilla se empeñó en ello. Gracias a Dios te pareces a la familia de tu padre, Arthur; si hubieses sido un niño amarillento, flaco y pequeño, yo no me habría prestado a ser tu madrina, pues, sin duda alguna, al crecer te hubieses parecido a los Donnithorne. En cambio tenías entonces un semblante tan regordete y un pecho tan desarrollado y gritabas con tanta fuerza, que no tuve la menor duda de que llegarías a ser un verdadero Tradgett.

—Tal vez se expuso, madre, a obrar con cierta precipitación —

dijo sonriendo el señor Irwine—. ¿No se acuerda de lo que ocurrió con los cachorros de Juno? Uno de ellos era la misma imagen de su madre, aunque de todos modos tenía tres o cuatro cosas de su padre. La naturaleza es lo bastante inteligente incluso para engañarla a usted misma, madre.

—Tonterías, hijo. Jamás he visto convertirse en hurón al que tenga el tipo de mastín. Nunca podrás persuadirme de que soy incapaz de adivinar por su aspecto exterior los sentimientos de un hombre. Si un individuo no me gusta, puedes tener la seguridad de que nunca llegará a agradarme. No quiero conocer ni tratar a las personas feas y desagradables, del mismo modo como me niego a probar los platos que no me gustan a primera vista. Y si al verlos me estremezco, pueden marcharse. Unos ojos feos, de cerdo o de pez, me ponen verdaderamente enferma, como un olor desagradable.

—Ya que hablamos de ojos —observó el capitán Donnithorne—, eso me recuerda que quería traerle un libro, madrina. Llegó el otro día, en un paquete, de Londres. Me consta que le gustan las historias raras y extraordinarias. Es un volumen de poemas: *Baladas líricas*.

Muchas de ellas parecen tonterías; pero la primera es de un estilo muy distinto. Se titula «El viejo marinero»[3]. Si es una historia, he de confesar que no la comprendo, pero desde luego es algo raro, que impresiona. Se lo mandaré y también algunos otros libros que le gustará ver, Irwine. Son unos folletos acerca del antinomianismo y el evangelismo, o lo que sean. No sé por qué ese tipo me habrá mandado tales cosas. Le he escrito diciéndole que en adelante no me mande ningún libro ni folleto ni nada cuyo titulo termine en «ismo».

—A mí tampoco me gustan mucho, pero, de todos modos, examinaré esos folletos, pues siempre sirven para enterarse de lo que ocurre. Y ahora tengo algo que hacer, Arthur —continuó diciendo el señor Irwine, poniéndose en pie para salir de la estancia —. Luego estaré preparado para salir contigo.

El asunto en que tenía que ocuparse el señor Irwine le obligó a subir la vieja escalera de piedra (pues una parte de la casa era muy antigua)ˆ a detenerse ante una puerta, a la que llamó con suavidad. Una voz femenina le dio permiso para entrar y penetró en una

estancia tan oscurecida por las cortinas y los visillos que la señorita Kate, la flaca señora de cierta edad que estaba de pie junto a la cama, no habría tenido luz suficiente para otra clase de trabajo que la labor de calceta que había dejado en una mesa cercana; pero en aquel momento se ocupaba en algo para lo que no hacía falta luz, pues humedecía con vinagre la dolorida cabeza que reposaba en la almohada. Era el de la enferma un rostro muy pequeño; quizás en algún tiempo fue hermoso, pero ahora estaba flaco y desencajado. La señorita Kate se acercó al hermano de la enferma y murmuró:

—No le dirijáis la palabra, pues hoy no puede sufrir que se le hable.

Anne mantenía los ojos cerrados y contraídas las cejas, como si sufriese un dolor intenso. El señor Irwine se acercó a la cama y tomó una de las delicadas manos de la enferma y la besó; una ligera presión de los pequeños dedos de ésta le indicó cuánto le agradecía que hubiese subido la escalera para hacer aquella caricia. Él permaneció un momento mirándola y luego salió de la estancia andando con pasos quedos. Se había quitado las botas y puesto unas zapatillas antes de subir. Y quien recordase las muchas cosas que había renunciado a hacer, incluso por sí mismo, antes de molestarse en ponerse o en quitarse las botas, no creerá que éste sea un detalle insignificante.

Las hermanas del señor Irwine, según hubiera podido atestiguar cualquiera de las personas que habitaban en un radio de quince kilómetros de Broxton, no tenían nada de interesantes. Era una lástima que la hermosa e inteligente señora Irwine hubiese tenido unas hijas tan mediocres. Valía la pena recorrer quince kilómetros, en cualquier ocasión, por el gusto de contemplar a aquella refinada y anciana dama. Su belleza, sus facultades bien conservadas y su dignidad, propia de otros tiempos, la convertían en un agradable objeto de conversación, junto a la salud del rey, los nuevos modelos de trajes de algodón, las noticias de Egipto y el pleito de lord Dacey, que atormentaba a la pobre lady Dacey. Pero nadie se acordaba de mencionar siquiera a las señoritas Irwine, excepto los pobres del pueblo de Broxton, que las consideraban muy instruidas en la ciencia médica y hablaban de ellas de un modo vago, llamándolas «las señoritas». Si alguien hubiese preguntado al viejo Jacob Dummilov quién le dio su chaqueta de franela, habría

contestado: «Las señoritas, el invierno pasado». Y en cuanto a la viuda Steene, confiaba mucho en las virtudes de la «medicina» que las señoritas le dieron para la tos. Este mismo nombre servía también, y con gran éxito, para domar a los niños traviesos, de modo que al ver el pálido rostro de la señorita Anne, varios arrapiezos de la piel de Barrabás quedaron convencidos de que estaba enterada de todos sus crímenes y de que conocía el número exacto de piedras que habían arrojado contra los patos del granjero Britton. Mas para quienes las conocían desde un punto de vista menos mítico, las señoritas Irwine eran personas cuya existencia resultaba superflua, figuras nada artísticas que ocupaban un lugar en el tejido de la vida, aunque sin ningún efecto. Si las cefalalgias crónicas de la señorita Anne hubiesen podido atribuirse a una patética historia de desengaño amoroso, la joven habría tenido cierto interés romántico, pero como jamás se conoció ni se inventó semejante historia con respecto a ella, la impresión general era que ambas hermanas continuaban solteronas por la razón prosaica de no haber recibido jamás una proposición de matrimonio aceptable. Sin embargo, paradójicamente, la existencia de las personas insignificantes tiene en el mundo consecuencias de mucha importancia. Eso puede demostrarse por el hecho de que influyen en el precio del pan y en el de los salarios, despiertan el malhumor de los egoístas, dan ocasión a actos de heroísmo por parte de las personas bondadosas y de otros muchos modos representan papeles de bastante interés en la tragedia de la vida. Y si el guapo y generoso clérigo, el reverendo Adolphus Irwine, no hubiese tenido aquellas dos hermanas, solteronas sin remedio, su suerte habría sido muy distinta. Es muy posible que en su juventud se hubiese casado con una esposa agradable, y ahora, cuando ya empezaba a encanecer su cabello bajo los polvos que lo cubrían, tendría hijos de alta estatura y hermosas y lozanas hijas; en una palabra, todas aquellas posesiones que los hombres consideran una justa compensación de los trabajos que realizan bajo el sol. Pero tal como estaban las cosas —y en vista de que sus tres beneficios solamente le daban setecientas libras esterlinas al año, y de que no habría sido posible sostener a su espléndida madre y a su hermana enferma, sin contar a la otra hermana, de la que se hablaba sin anteponer a su nombre ningún adjetivo—, puesto que era imposible, repetimos,

sostenerlas en la vida cómoda y digna de unas verdaderas señoras, según les correspondía por su nacimiento y por sus costumbres, y, al mismo tiempo, mantener una familia propia, a la edad de cuarenta y ocho años continuaba soltero, sin creer que fuese ningún mérito aquella renuncia, de la que hablaba risueño cuando alguien aludía a ella y la ofrecía como excusa de muchas pequeñas debilidades que una esposa no habría consentido jamás. Y quizás fuese la única persona del mundo que no creyera que sus hermanas carecían de interés y además eran superfluas; porque poseía un gran corazón, un carácter cariñoso y afable, y jamás abrigaba ningún pensamiento gruñón ni mezquino. Era epicúreo, si se quiere, y carecía de entusiasmo por sus deberes; sin embargo, y como ya habrá visto el lector, poseía una fibra moral sutil y suficiente para sentir una incansable ternura por el sufrimiento oscuro y monótono. Precisamente su generosa indulgencia le hacía ignorar la rudeza de su madre con respecto a sus hermanas, que contrastaba enormemente con el cariño que le demostraba a él, quien, por su parte, no fruncía el ceño ante las faltas irremediables.

Obsérvese la diferencia entre la impresión que un hombre causa en nosotros cuando vamos a su lado, hablando familiarmente, o cuando le vemos en su casa, y el aspecto que adquiere al contemplarle desde un nivel elevado e histórico; e incluso según le juzga un vecino crítico que le considera un sistema personalizado o una opinión, en vez de un hombre. El señor Roe, «el predicador viajero» metodista establecido en Treddleston, había incluido al señor Irwine en una afirmación general referente a la clerecía eclesiástica del distrito, que describía a los párrocos como hombres entregados a los apetitos de la carne y al orgullo, que cazaban y se ocupaban del adorno de sus casas, preocupándose de qué debemos comer y beber y con qué nos vestimos, sin cuidarse de dispensar el pan de la vida a sus rebaños, predicando, en el mejor de los casos, una moralidad carnal encaminada a adormecer el alma, y traficando con las almas de los hombres al recibir dinero a cambio de desempeñar el oficio pastoral en algunas parroquias por las que no se dejaban ver más que una vez al año. El historiador eclesiástico, al examinar las comunicaciones parlamentarias de aquel periodo, encuentra honorables y celosos miembros de la Iglesia desprovistos de toda simpatía por la tribu de los gazmoños

metodistas que hacen afirmaciones raramente menos desagradables que las del señor Roe. Y es imposible para mí decir que el señor Irwine no mereciese en absoluto la clasificación genérica que se le había asignado. En realidad no tenía propósitos elevados ni ningún entusiasmo teológico. Si se me sometiera a un minucioso interrogatorio, me vería obligado a confesar que no sentía grandes desasosiegos por las almas de sus feligreses y que habría considerado que era perder el tiempo hablar de un modo doctrinal a fin de despertar los buenos sentimientos del tío Taft o de Chad Cranage, el herrero. De haber tenido la costumbre de hablar teóricamente, quizás hubiese dicho que la única forma conveniente que la religión podía tener en tales mentes era la de ciertas emociones imprecisas aunque fuertes, que se confundieran entre sí como influencia santificadora sobre los sentimientos familiares y los deberes para con los vecinos. Consideraba más importante la costumbre del bautismo que su doctrina, y que los beneficios religiosos que el campesino obtenía de la iglesia a que pertenecían sus padres y del sagrado trozo de tierra en que yacían enterrados, dependían muy ligeramente de la clara comprensión de la liturgia o del sermón. En una palabra, el rector no era lo que hoy se llamaría un hombre celoso en el cumplimiento de sus deberes. Le gustaba más la historia de la iglesia que la divinidad, y tenía mayor discernimiento de los caracteres de los hombres que interés en sus opiniones. No era laborioso, abnegado, ni demasiado caritativo; como se comprende, su teología era floja, su paladar mental era más bien pagano y encontraba más sabor en una cita de Sófocles o de Teócrito que en cualquier texto de Isaías o de Amos. Pero si se da de comer carne cruda al perro cazador, ¿por qué hemos de extrañarnos de que le guste luego la perdiz cruda durante toda su vida? Y los recuerdos del señor Irwine de su entusiasmo y ambiciones juveniles estaban asociados con la poesía y la ética, que nada tenían que ver con la Biblia.

Por otra parte, debo hacer constar, pues tengo cierta parcialidad cariñosa hacia la memoria del rector, que no era vengativo, según han sido algunos filántropos; que no era intolerante, en tanto que corre el rumor de que algunos celosos teólogos no se han visto libres de esa mancha; y si bien habría declinado, con toda probabilidad, el entregar su cuerpo para que lo quemasen en honor

de cualquier causa pública, y a pesar de que estaba muy lejos de donar todos sus bienes para alimentar a los pobres, tenía, sin embargo, esa caridad que algunas veces le falta a la virtud más ilustre: la de otorgar toda su ternura a las debilidades del prójimo y nunca sentirse inclinado a atribuirlas a la maldad. Era uno de aquellos hombres, poco frecuentes, sin duda, de quienes tanˆsólo podemos llegar a conocer sus mejores cualidades siguiéndolos cuando se alejan de la plaza, del mercado, de la plataforma y del púlpito, y entrando con ellos en sus propias casas, oyendo la voz con que hablan a los pequeños y a los viejos, y presenciando el cuidado que ponen por las necesidades diarias de sus compañeros, que aceptan sus bondades como algo normal y corriente y no sujeto al panegírico.

Tales hombres vivieron felizmente en tiempos que florecieron los grandes abusos, y algunas veces fueron los representantes vivos de esos mismos abusos. Hay una idea que puede consolarnos un poco si la vemos por el otro lado: la de que a veces es mejor no seguir a los grandes reformadores de abusos más allá del umbral de su propia casa.

Pero cualquiera que sea la idea que se tenga ahora del señor Irwine, si el lector lo hubiese visto aquella tarde de jimio cabalgando en su jaca gris y con los perros corriendo a su alrededor, digno, erguido, viril, con una bondadosa sonrisa en sus labios bien dibujados, mientras hablaba a su atrevido compañero montado en la yegua baya, seguramente se habría dicho que por mal que armonizara con las sólidas reglas de la dignidad clerical, armonizaba muy bien con aquel apacible paisaje.

Veámosle a la luz brillante del sol, interrumpida de vez en cuando por las masas de nubes que circulaban por el cielo, y mientras subía la montaña por la pendiente de Broxton, donde los altos aleros y los olmos de la rectoría parecían dominar la pequeña iglesia encalada. Pronto se hallarían en la parroquia de Hayslope; en efecto, la torre gris de la iglesia y los tejados del pueblo se hallaban ante ellos, hacia la izquierda, y más allá, a la derecha, podían divisar ya las chimeneas de Hall Farm.

# VI

## Hall Farm

Evidentemente aquella puerta no se abría nunca, porque la alta hierba y las píceas crecían muy cerca de ella y, de ser abierta, como estaba muy oxidada, la fuerza necesaria para hacer girar sus goznes habría bastado sin duda para derribar los pilares de piedras cuadradas, con gran detrimento de los dos leones de piedra que sonreían con dudosa afabilidad carnívora sobre un escudo de armas que coronaba cada uno de los pilares. Gracias a las muescas y a las mellas de los pilares, resultaría muy fácil encaramarse hasta lo alto de la cerca de ladrillos provista de una albardilla de piedra; pero sólo con acercarse a los oxidados barrotes de la puerta podía verse bastante bien la casa, a excepción de los rincones del jardín cubiertos de hierba que las tapias encerraban.

Era una posesión antigua y muy hermosa, de ladrillo rojo suavizado por un liquen de color pálido que se había dispersado con feliz irregularidad para relacionar, en términos de amistoso compañerismo, los rojos ladrillos con los adornos de piedra caliza que rodeaban los tres aleros, las ventanas y la puerta. Pero las ventanas estaban cubiertas con postigos de madera y la puerta de la casa, según creo, se parecía a la exterior: nunca se abría. ¡Cómo gemiría y rascaría el suelo de piedra si se abriese! Porque era una puerta sólida, pesada y hermosa, que, en otros tiempos, debía de tener la costumbre de cerrarse con sonoro portazo detrás de un lacayo de librea que acababa de despedir a su señor y a su señora al salir en el coche arrastrado por dos caballos; pero en la actualidad cualquiera hubiera deducido que la casa se hallaba en la primera fase de un pleito y que los frutos de la doble fila de nogales que

había a mano derecha del cercado caerían y se pudrirían entre la hierba; sin embargo el ladrido de los perros, que resonaba en las grandes construcciones de la parte superior, convencía de lo contrario. En ese momento salieron unos terneros a medio destetar de un cobertizo de aulagas que había a la izquierda y dieron una estúpida respuesta a aquellos terribles ladridos, quizás imaginándose que se referían a irnos cubos de leche.

Sí, la casa debía de estar habitada, y pronto veremos por quién; porque la imaginación tiene licencia para penetrar en todas partes; no teme a los perros y puede subirse por las paredes y, con impunidad, asomarse a las ventanas. Ponga el lector los ojos junto a uno de los cristales de la ventana de la derecha. ¿Qué verá? Una enorme chimenea, con oxidados morillos, y un pavimento de madera desnudo por completo. En el extremo más lejano, una gran pila de vellones de lana, y en el centro de la estancia, algunos sacos de trigo vacíos. Este es el mobiliario del comedor. ¿Y qué se ve desde la ventana de la izquierda? Varias mantas de caballos, una grupera, un torno de hilar y una caja vieja, abierta por completo y llena de trapos de varios colores. En el extremo de esa caja puede apreciarse una gran muñeca de madera que, por lo que se refiere a las mutilaciones sufridas, tenía gran parecido con las mejores esculturas griegas, especialmente por la pérdida total de la nariz. A poca distancia hay una sillita y el mango de un largo látigo infantil.

La historia de aquella casa era bastante clara. En otro tiempo fue la residencia de un caballero rural, cuya familia se vio mermada a causa de la soltería continuada y fue absorbida en el nombre más territorial de Donnithorne. En otro tiempo fue el Hall y ahora se había convertido en Hall Farm. Como algunas ciudades de la costa, que en otro tiempo fueron balnearios y hoy se han convertido en puertos, y donde las calles apartadas permanecen silenciosas y cubiertas de hierba y en cambio los muelles y almacenes son ruidosos y están llenos de actividad, la vida del Hall había cambiado su foco y ya no radiaba desde la sala, sino desde la cocina y la era.

Mucha vida había allí, aunque aquél era el tiempo más soñoliento del año, es decir, el que antecede a la siega del heno; y también era la hora más soñolienta del día, esto es, las tres de la tarde, aunque el magnífico reloj de ocho días de cuerda de la señora

Poyser señalaba las tres y media. Pero siempre hay cierta expresión de vida cuando el sol vuelve a brillar después de la lluvia, y ahora derramaba sus rayos y producía centelleos entre la paja mojada, alumbrando toda la faja de musgo verde sobre las tejas del cobertizo para las vacas e incluso convirtiendo el agua fangosa que corría por el canalillo en magnífico espejo para los patos de amarillos picos que aprovechaban la oportunidad de ir a beber reunidos en pelotón. Había un completo concierto de ruidos; el gran *bull-dog*, encadenado junto a los establos, fue presa de furiosa exasperación a causa de la imprudente conducta de un gallo que se acercó demasiado a la entrada de su perrera, y emitió un horrible ladrido, al que contestaron dos mastines encerrados en el establo de vacas que había enfrente; las viejas gallinas, que iban de un lado a otro con sus polluelos por entre la paja, profirieron un afable cacareo cuando el asustado gallo fue a reunirse con ellas; una marrana con su lechón, ambos con las patas llenas de barro y con los rabos enroscados, emitieron a su vez algunas notas agudas; nuestros amigos los terneros balaban desde la heredad y, dominándolo todo, un oído fino habría podido percibir el rumor continuo de las voces humanas.

Las grandes puertas del granero fueron abiertas de par en par y dentro aparecieron algunos hombres muy ocupados remendando los arneses bajo la dirección del señor Goby, el talabartero, que les refería entonces los últimos chismes de Treddleston. Sin duda Alick, el pastor, había elegido un mal día para que se realizase aquel trabajo pues había llovido demasiado por la mañana. La señora Poyser se quejó con vigor del barro que llevarían al interior de la casa a la hora de comer todos aquellos trabajadores. Y no había recobrado aún su ecuanimidad acerca del asunto, a pesar de haber trascurrido ya tres horas desde la comida y de que el suelo de la casa volvía a estar tan limpio como cualquier otra cosa de aquella maravillosa vivienda. En efecto, para hallar en la casa unas motas de polvo había que encaramarse sobre el cofre de la sal y pasar el dedo sobre la alta tapa de la chimenea, donde las brillantes palmatorias de bronce gozaban de su descanso estival, porque en este tiempo del año, como se comprenderá, todo el mundo se acuesta antes de ponerse el sol o, por lo menos, cuando todavía hay bastante luz para distinguir el perfil de los objetos después de

haberse golpeado las canillas contra ellos. Es seguro que en ninguna otra parte podría existir una caja de roble para el reloj y una mesa de la misma madera que hubiesen gozado de igual pulimento manual; verdadero barniz de «muñeca», según lo llamaba la señora Poyser, quien daba gracias a Dios de que jamás hubiese entrado en su casa un barniz ni otra porquería por el estilo. Hetty Sorrel aprovechaba que su tía volvía la espalda para contemplar su agradable rostro en aquellas pulimentadas superficies, porque la mesa de roble estaba usualmente levantada, como sí fuese un biombo, y servía más de adorno que como el objeto a que estaba destinada. Y muchas veces podía mirarse también en los grandes y redondos platos de peltre, alineados en el vasar frente a la larga mesa del comedor, o en las repisas interiores del hogar, que siempre brillaban como si fuesen de jaspe.

Todo estaba reluciente en aquel momento, pues el sol brillaba sobre los platos de peltre y desde sus superficies pulimentadas surgían rayos de luz reflejada que iban a parar a los objetos de roble y de brillante cobre. Y aun iban a parar sobre un objeto más agradable que éstos, puesto que algunos de los rayos iluminaban la mejilla suave de Dinah y doraban su cabello rojizo pálido, mientras ella tenía la cabeza inclinada sobre la gruesa tela de hilo que remendaba para su tía. Habría sido una escena en extremo pacífica si la señora Poyser, que planchaba algunas prendas de la colada del lunes, no hiciera ruido con su plancha ni fuera de un lado a otro cuando quería enfriarla; dirigía la aguda mirada de sus ojos grises azulados desde la cocina a la lechería, donde Hetty batía la manteca, y desde la lechería al otro lado de la cocina, para vigilar a Nancy, que sacaba los pasteles del horno. No se crea, sin embargo, que la señora Poyser poseía un aspecto muy astuto o solemne. Era una mujer bien parecida, que no tendría más allá de treinta y ocho años, de cutis sonrosado y cabello de color de arena, bien conformada y de andar ligero. El objeto más notable de su vestimenta era un amplio delantal de hilo a cuadros que casi le cubría toda la falda, y nada habría podido parecer más sencillo o menos llamativo que su gorro y su traje, porque no había debilidad en la vanidad femenina que ella tolerase y tampoco permitía que se prefiriese el adorno a la utilidad. La señora Poyser y su sobrina Dinah, con su parecido familiar y el contraste que había entre la

agudeza de la una y la seráfica suavidad de expresión de la otra, podían haber servido a un pintor de excelentes modelos para Marta y María. Sus ojos tenían el mismo color, pero ofrecía una notable prueba de la diferencia que había entre ellos la conducta de Trip, el *terrier* negro y pardo, cuando éste, sospechoso de varios delitos de poca cuantía, se exponía, con la mayor imprudencia, a las irritadas miradas de la señora Poyser. La lengua de ésta no era menos aguda que sus ojos, y siempre que alguien se ponía al alcance de su voz, reanudaba un sermón no acabado, del mismo modo que un organillo continúa una melodía precisamente en el punto en que la interrumpió.

El hecho de que aquél fuese el día dedicado al remiendo era otra razón que hacía inconveniente la presencia de los talabarteros, y de que, por consiguiente, la señora Poyser regañase a la criada Molly con desacostumbrada severidad. Al parecer ésta había realizado de un modo ejemplar todo el trabajo que le correspondía después de comer, ella misma se limpió y adecentó con rapidez y luego fue a preguntar, humildemente, si podía sentarse en su compañía hasta la hora de ordeñar. Pero esta conducta intachable envolvía, según la señora Poyser, la satisfacción secreta de unos deseos impropios, que se apresuró a proclamar y a descubrir a Molly con incisiva elocuencia.

—A hilar, ¿eh? No es hilar lo que quieres, estoy segura, sino otra cosa muy distinta. Nunca he visto una desvergüenza semejante. Nadie creería que una chica de tu edad quiera ir a sentarse en compañía de seis hombres. De estar en tu lugar me habría avergonzado de pedirlo. En cambio tú no, a pesar de que estás en la casa desde el día de San Miguel, que te contraté en las calles de Treddleston, careciendo de condiciones como careces; que tendrías que estarme agradecida por haberte contratado a trabajar en una casa respetable, y que no sabías hacer nada antes de venir aquí… Piensa que antes no tenías en el mundo más que tus manos. ¿Quién te ha enseñado a limpiar el pavimento? Me gustaría saberlo. De no ser por mí aún dejarías montones de polvo en los rincones y nadie creería que te has educado entre cristianos. Y en cuanto a hilar, has estropeado más de lo que ganas, con el lino que echaste a perder mientras te enseñaba. Además, debes tener en cuenta que no te permitiré ir de un lado a otro, como una tonta, y con la misma

imprudencia que si no vieses a nadie. Lo que quieres es cardar la lana para los talabarteros. Eso te gustaría, ¿verdad? Todas hacéis lo mismo y ése es el camino que seguís hasta que alcanzáis vuestra ruina. No estarás contenta hasta que te hayas echado un novio tan tonto como tú. Y ya verás qué risa cuando os hayáis casado y no tengáis por muebles más que un taburete de tres patas y una sola manta con que taparos. Y por toda comida un pedazo de torta para tres mocosos que se la disputarán hambrientos.

—Yo no quería ir con esos hombres —replicó Molly llorosa y anonadada por aquella visión dantesca de su futuro—. Siempre cardamos la lana para el señor Ottley, y esto es lo que le he pedido. Por lo demás, no quiero mirar de nuevo a los talabarteros. ¡Así me muera si deseaba tal cosa!

—¡El señor Ottley! Bonita cosa hiciste en su casa. Allí tal vez a tu señora le gustase que los talabarteros ensuciasen la casa, a juzgar por lo que sé. Por mi parte, nunca he tenido a una chica que sepa lo que es limpiar. Eso me hace creer que todo el mundo vive como si fueran cerdos. Y en cuanto a esa Betty que estaba empleada en la lechería de Trent, antes de venir a mi casa dejó los quesos sin limpiar, de una semana a otra, en los estantes de la lechería, hasta el punto de que yo pude escribir mi nombre en ellos con la punta del dedo cuando bajé por primera vez la escalera después de mi enfermedad, que el médico dijo ser una inflamación. Fue un milagro que me repusiera. Y a pesar de que hace nueve meses que estás aquí, no vales mucho más, Molly, y no por falta de observaciones por mi parte. ¿Y qué haces aquí plantada, en vez de ir en busca del torno de hilar? Si no empiezas enseguida, llegará la hora en que tengas que dejarlo.

—Mamá, mi plancha está fría. Haz el favor de ponerla al fuego.

La suave y musical voz que hizo esta petición procedía de una niña de cabello rubio que contaría tres o cuatro años y que se sentaba en una silla muy alta, en el extremo de una tabla de planchar, ocupada, con gran ardor, en manejar una plancha diminuta que agarraba con su manita regordeta, planchando unos cuantos trapos con tal afán que sacaba la lengua tanto como le era posible.

—¿Está fría, querida mía? ¡Dios bendiga tu dulce rostro! —dijo la señora Poyser, cuya facilidad en abandonar su tono regañón

oficial para adoptar otro cariñoso o familiar era proverbial—. No importa, tu madre ya ha terminado de planchar y ahora va a guardar la tabla y las planchas.

—Mamá, me gustaría ir al granero de Tommy para ver a los talabarteros.

—No, no, Totty se mojaría los pies —dijo la señora Poyser llevándose la plancha—. Vete a la lechería a ver cómo bate la manteca la prima Hetty.

—Me gustaría que me dieses un poco de *plum-cake* —replicó Totty, que parecía estar provista de una serie escalonada de peticiones. Al mismo tiempo, y aprovechando la oportunidad de su inacción momentánea, metió los dedos en una palangana de almidón y los sacó a fin de vaciar su contenido en la sábana de planchar.

—¿Se ha visto nunca cosa semejante? —gritó la señora Poyser corriendo hacia la mesa en cuanto sus ojos cayeron en la azulada corriente de líquido—. Esta niña no hace más que travesuras en cuanto una vuelve la espalda. Ahora verás lo que hago contigo, niña tonta y mala.

Sin embargo, Totty había descendido de su silla con rapidez y emprendió la retirada hacia la lechería, mostrando un paso muy semejante al de los ánades y una cantidad de grasa en el cogote que la hacía parecer una metamorfosis de un lechón blanco.

En cuanto fue recogido el almidón con ayuda de Molly, y así que se hubieron guardado los artefactos de planchar, la señora Poyser reanudó su obra de calceta, que siempre tenía al alcance de la mano y que era el trabajo que más le gustaba porque podía realizarlo de un modo automático, yendo de un lado para otro. Pero en esa ocasión fue a sentarse frente a Dinah, a quien se quedó mirando con expresión meditabunda, mientras continuaba entretejiendo los hilos de su media de estambre gris.

—Te pareces mucho a tu tía Judith, Dinah, cuando te sientas a coser. A veces me parece verme treinta años atrás, en mi casa, y cuando aún era niña, contemplando a Judith mientras cosía sentada, después de haber terminado de hacer la casa; sólo que aquélla, que pertenecía a mi padre, era pequeña y no una vivienda enorme de esas que se ensucian por un extremo mientras te ocupas de limpiar el otro; a no ser por eso podría imaginarme que eras tú

Judith, si bien su cabello era un poco más oscuro que el tuyo y, además, tenía los hombros más anchos y robustos. Judith y yo estábamos siempre juntas, aunque ella tenía unas costumbres muy raras, tanto que tu madre y ella jamás pudieron ponerse de acuerdo. ¡Ah! Qué poco se figuraba tu madre que tendría una hija que se parecería a Judith y que se quedaría huérfana, para que Judith la criase, dándole la leche a cucharadas, cuando ella estuviese enterrada en el cementerio de Stoniton. Yo siempre dije que Judith era capaz de cargar con un peso de una tonelada para evitar que los demás tuviesen que transportar un kilo. Y ya desde el principio, cuando la vi por primera vez, era así, y no advertí ningún cambio en ella, o por lo menos no me di cuenta, cuando se convirtió al metodismo. Sólo hablaba de un modo distinto y llevaba un gorro diferente. Pero nunca en su vida gastó en ella un penique más de lo necesario para vestirse con decencia.

—Era una mujer excelente —replicó Dinah—. Dios le había dado un carácter cariñoso y generoso y lo perfeccionó por medio de la gracia. Y te quería mucho, tía Rachel. Con gran frecuencia le oí hablar de ti con gran afecto. Cuando tuvo aquella grave enfermedad y yo contaba solamente once años, solía decir: «Si el cielo nos separa, tendrás una buena amiga en la tierra en la persona de tu tía Rachel, porque tiene un corazón bondadoso». Y estoy segura de que la pobre tía Judith tenía razón.

—No sé por qué, hija. Todo el mundo haría por ti lo que pudiese. Eres como los pájaros del aire y vives no se sabe cómo. Yo habría tenido mucho gusto de portarme contigo como corresponde a la hermana de tu madre, si vinieses a vivir aquí, donde hay medios de subsistencia para hombres y animales y la gente no vive en montañas peladas donde su vida es como la de las gallinas cuando picotean el suelo. Luego podrías casarte con un hombre decente, pues aquí abundan los que quisieran tenerte por mujer, en el caso de que abandonases tus predicaciones, que son diez veces peores que todo cuanto llegó a hacer tu tía Judith. Y hasta si te casabas con Seth Bede, que es un visionario metodista y que nunca sabrá ahorrar un penique, me consta que tu tío os ayudaría con un cerdo y quizás con una vaca, porque siempre ha querido mucho a mis parientes pobres y los ha recibido muy bien en la casa. Y por ti haría, estoy segura, tanto como ha hecho por Hetty, aunque ésta sea

sobrina carnal. También en la casa tenemos ropa blanca que yo podría reservarte, porque tengo gran cantidad de sábanas, de manteles y de toallas que todavía no están hechas. Hay un juego de sábanas que hiló Kittk, una hilandera estupenda a pesar de que era bizca y los niños no podían sufrirla; y además, como ya sabes, nunca se deja de hilar, y en la actualidad se teje más del doble de la ropa vieja que se gasta. Pero comprendo que es inútil hablar, porque no te dejarás persuadir ni querrás establecerte como una mujer de buen sentido, en vez de fatigarte, yendo y viniendo, para predicar, y dando hasta el último penique de lo que ganas, de manera que no tienes nada ahorrado en caso de enfermedad; y estoy segura de que todo lo que has reunido en el mundo formaría un paquete no mayor de un par de quesos. Y todo eso porque has aprendido algunas cosas de la religión que, en resumidas cuentas, no llegan siquiera a lo que se encuentra en el catecismo o en el libro de oraciones.

—Y también en la Biblia, tía —dijo Dinah.

—Sí, y en la Biblia también —replicó la señora Poyser con sequedad—. Si no fuese así, ¿cómo se comprende que los párrocos y la gente que han de dedicarse a estudiarla no sepan de la Biblia más que tú misma o, por lo menos, tanto? Y, por otra parte, fíjate en que si todos hicieran lo que tú, el mundo se detendría y vendría el fin, porque si todos los hombres probasen a vivir sin casa y sin hogar, con poca comida y escasa bebida, y hablasen siempre de despreciar, como tú, las cosas del mundo, me gustaría saber quién se ocuparía de cuidar el ganado, el trigo y de hacer quesos. Todo el mundo mendigaría el pan y también irían al encuentro del prójimo con objeto de predicarle, en vez de dedicarse a criar a sus hijos y ahorrar para el caso de una mala cosecha. Ya se comprende, pues, que esta no podría ser la verdadera práctica de la religión.

—No, querida tía. Nunca me habrás oído decir que todo el mundo deba abandonar su trabajo y a sus familias. Está muy bien que la tierra sea arada y sembrada, almacenado el precioso trigo y cuidadas todas las cosas necesarias de la vida, y también conviene que la gente se complazca en criar sus hijos, en darles de comer y en vestirlos, pero es preciso que hagan todo eso por temor de Dios y sin olvidarse de las necesidades del alma mientras cuidan de las del cuerpo. Cualquiera que sea nuestra suerte podemos ser servidores

de Dios; pero Él nos da distintas clases de trabajo de acuerdo con nuestra capacidad y según cree necesario. Yo no puedo dejar de emplear mi vida en hacer cuanto pueda por las almas de los demás, así como tú tampoco puedes evitar el echar a correr si oyes que la pequeña Totty llora en el extremo opuesto de la casa; su voz penetra en tu corazón y en el acto te figuras que la pobrecilla se halla en peligro y no gozarías de tranquilidad alguna si no fueses a socorrerla o a consolarla.

—¡Ah! —replicó la señora Poyser levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Comprendo que aunque te hablase horas enteras, siempre contestarías igual. Si quisiera persuadir al arroyo de que detuviese su curso, obtendría el mismo resultado.

La calzada que había en la parte exterior de la puerta de la cocina estaba ya lo bastante seca para que la señora Poyser pudiese permanecer en ella y observar lo que ocurría en el patio. Y mientras tanto, la labor de calceta hacía grandes progresos en sus manos. Mas apenas hacía cinco minutos que estaba allí, cuando volvió a entrar y dijo a Dinah en tono presuroso y asustado a un tiempo:

—Aquí vienen el capitán Donnithorne y el señor Irwine. En este momento atraviesan el patio. Apostaría la cabeza a que han venido a hablar de tu predicación en el parque, Dinah. Debes contestarles tú, porque yo soy muda. Ya he dicho suficiente de los disgustos que acarrearás a la familia de tu tío. Poco me importaría si fueses sobrina del señor Poyser, pues todo el mundo se ve obligado a apoyar a sus parientes consanguíneos, de la misma manera como se defiende la nariz propia, ya que son de la misma carne y de la misma sangre. Pero el hecho de que una sobrina mía sea la causa de que echen a mi marido de su granja, y que yo no haya aportado otra cosa que mis ahorros…

—Nada de eso, querida tía Rachel —replicó Dinah con acento cariñoso—. No debes abrigar esos temores. Estoy segurísima de que ningún mal os ocurrirá, ni a ti y ni a mi tío, ni tampoco a los niños, por culpa de cualquiera de mis actos. Has de saber que no predico sin dirección.

—¿Dirección? Ya sé lo que quieres decir con esta palabra —replicó la señora Poyser haciendo calceta con mayor agitación y rapidez—. Cuando en tu cabeza tienes una fantasía mayor que de costumbre, le das el nombre de «dirección» y entonces nada sería

capaz de conmoverla. Te pareces a las estatuas que hay en la fachada de la iglesia de Treddleston: siempre estás con los ojos abiertos y sonriente, tanto si hace tiempo bueno como malo. Créeme que a veces me haces perder la paciencia.

Mientras tanto los dos caballeros habían llegado a la empalizada y echaron pie a tierra. Era evidente que se disponían a entrar en la casa. La señora Poyser fue a la puerta a recibirles e hizo una reverencia, temblando al mismo tiempo a causa de su enojo contra Dinah y de la ansiedad que le producía el deseo de conducirse de un modo apropiado. En aquellos tiempos las más despiertas gentes del campo sentían un asombro y un pasmo extraordinarios al ver a una persona de buena cuna, es decir, lo mismo que los antiguos podían experimentar cuando se ponían de puntillas para observar el paso de los dioses en forma humana.

—¿Qué hay, señora Poyser? ¿Cómo está después de esta tempestuosa mañana? —preguntó el señor Irwine con majestuosa cordialidad—. Llevamos los pies secos y no le ensuciaremos su limpio suelo.

—¡Oh, no vale la pena! —dijo la señora Poyser—. ¿Quieren entrar en el salón, señores?

—No, muchas gracias, señora Poyser —contestó el capitán mirando con gran interés la cocina, como si sus ojos buscasen algo que no pudieran hallar—. Me gusta mucho moverme en su cocina y me parece la estancia más encantadora de cuantas conozco. ¡Ojalá todas las esposas de los granjeros viniesen a tomarla por modelo!

—Es usted muy bondadoso, señor. Háganme el favor de tomar asiento —dijo la señora Poyser algo tranquilizada por este cumplido y por el evidente buen humor del capitán, aunque aún seguía mirando con ansiedad al señor Irwine quien, según pudo ver, miraba a Dinah y se adelantaba hacia ella.

—Poyser no está en casa, ¿verdad? —preguntó el capitán Donnithorne sentándose de tal manera que pudiese ver el corto espacio que había ante la puerta de la lechería.

—No, señor. No está. Ha ido a Rosseter a ver al señor West, el factor, para hablar de la lana. Pero si lo necesita para algo, señor, mi padre está en el granero.

—No, muchas gracias. Me limitaré a ver los cachorros y luego dejaré un recado al pastor con respecto a ellos. Otro día vendré a

ver a su esposo. Deseo hablar con él acerca de caballos. ¿Sabe cuándo tendrá un momento?

—Casi siempre le encontrará, señor, a excepción del día de mercado en Treddleston que, como sabe, es el viernes. Si estuviera por la granja podríamos hacerle llamar y le veríamos aquí al cabo de un minuto. Si pudiéramos vendernos los Scantlands, no tendríamos ningún campo situado a tanta distancia; y yo me alegraría mucho, porque cuando ocurre algo no tiene más remedio que ir a esos campos. Parece que las cosas tengan empeño en ocurrir de un modo desagradable, no es natural tener una parte de la hacienda en un condado y el resto en otro.

—¡Ah! Los Scantlands le convendrían mucho más a la granja de Choyce, especialmente en vista de que él necesita tierra de pastos y a ustedes les sobran. De todos modos, creo que la suya es la granja más hermosa de la propiedad, y ya sabe, señora Poyser, que sí yo me sintiera inclinado a casarme y a establecerme, me vería tentado a hacerle salir de la granja, hacer arreglar esta hermosa casa antigua y convertirme yo mismo en granjero.

—¡Oh, señor! —exclamó alarmada la señora Poyser—. No le gustaría. Y en cuanto a los trabajos de la granja, créame si le digo que consisten en meterse dinero en el bolsillo con la mano derecha y sacarlo con la izquierda. La experiencia me ha demostrado que este trabajo no tiene otro resultado que producir víveres para los demás, sin que le quede a uno para sí mismo y para sus hijos más que un bocado. Desde luego usted no es un pobre hombre que necesite ganarse el pan y podría permitirse el lujo de perder todo el dinero que le diera la gana explotando la hacienda, pero, sin embargo, es muy triste perder dinero, según creo, aunque tengo entendido que los grandes personajes de Londres no se dedican casi a nada más que al juego. Mi marido oyó decir en el mercado que el hijo mayor de lord Dacey ha perdido miles y miles de libras jugando con el príncipe de Gales, y también dice la gente que milady se disponía a empeñar sus joyas para pagar las deudas de su hijo. Pero usted lo sabrá mejor que yo, señor. Y en cuanto a ocuparse de la granja, no comprendo cómo puede gustarle. Y esta casa… tiene unas corrientes de aire capaces de dejarle a uno tieso. Además, creo que los pavimentos del piso están podridos, y en cuanto a las ratas que hay en la cueva, exceden a toda ponderación.

—Me describe un cuadro horrible, señora Poyser; tanto que casi me parece que sería una obra de caridad sacarles de aquí. Pero no hay cuidado. Por lo menos han de pasar veinte años antes de que piense establecerme, es decir, cuando sea un corpulento caballero de cuarenta años. Por otra parte, mi abuelo jamás consentiría en desprenderse de unos arrendatarios como ustedes.

—Pues bien, señor; si tan buena opinión tiene del señor Poyser como arrendatario, me gustaría que influyese en él para que mande poner puertas nuevas en los cercados de Five, porque mi marido se ha cansado ya de pedírselo. ¡Y pensar en lo mucho que él ha hecho por la hacienda sin que jamás le hayan dado un solo penique, tanto si los tiempos han sido buenos como malos! Según he dicho muchas veces a mi marido, estoy persuadida de que si el capitán tuviese algo que ver con ello, las cosas no irían de esta manera. No es que quiera faltar al respeto al amo; pero créame, señor, que muchas veces hemos de aguantar más de lo que consienten las fuerzas humanas. No paramos un momento, nos levantamos temprano y nos acostamos muy tarde, y aun cuando estamos en la cama apenas logramos cerrar los ojos, porque hay que pensar en que se cuaje el queso, en que las vacas pueden malparir o el trigo estropearse en la gavilla. Y luego, al terminar el año, es como si hubiéramos estado guisando la comida de un festín y por toda recompensa sólo nos hubiesen permitido oler los platos.

Una vez la señora Poyser había empezado a hablar, seguía haciéndolo sin pensar ya en el respeto que al principio exteriorizaba por la nobleza. La confianza que sentía en sus propias facultades de exposición era la fuerza motriz que vencía toda resistencia.

—Me temo que si yo hablase de las puertas, señora Poyser, les haría más mal que bien —dijo el capitán—, aunque le aseguro que no hay hombre en la propiedad en favor de quien hablaría con más gusto que de su marido. Me consta que esta granja está mejor regida y ordenada que otra cualquiera en quince kilómetros a la redonda, y en cuanto a la cocina —añadió sonriendo—, no creo que en todo el reino exista otra que la aventaje. Y, ahora que me acuerdo, nunca he visto su lechería, y quisiera visitarla, señora Poyser.

—En realidad, señor, no se halla en el estado debido para que vaya a verla; ahora Hetty está ocupada en batir la manteca porque

hoy se ha retrasado todo, y me da vergüenza.

Eso lo dijo la señora Poyser ruborizándose y convencida de que el capitán estaba interesado de veras en sus cubos de leche y la pobre mujer no deseaba otra cosa que hacer concordar la opinión que el caballero tenía con el aspecto de la lechería.

—¡Oh, no tengo ninguna duda de que estará muy ordenada! Haga el favor de acompañarme —dijo el capitán echando a andar y seguido por la señora Poyser.

# VII

## La lechería

Ciertamente valía la pena visitar la lechería; entrar en ella obligaba a recordar con disgusto las cálidas y polvorientas calles: tal era la fresca fragancia del queso recién prensado y de la dura manteca, la limpieza de los recipientes de madera, constantemente bañados en agua pura, de las vasijas de arcilla, de suave color rojo, llenas de manteca amarillenta, de la madera, de color pardo, de los objetos de estaño pulimentado de las pesas, los ganchos y las bisagras, cubiertos totalmente de óxido de hierro de un tono gris y anaranjado. Pero sólo se recibe una impresión confusa de todos estos detalles cuando rodean a una preciosa muchacha de diecisiete años, calzada con zuecos diminutos, que estira su brazo lleno de hoyuelos para sacar una libra de manteca del platillo de la balanza.

Hetty se sonrojó cuando el capitán Donnithorne entró en la lechería y le dirigió la palabra, pero no fue un sonrojo desagradable, pues lo acompañaban sonrisas y algunos centelleos de la mirada que surgían entre las largas y rizadas pestañas. Entre tanto, su tía hablaba con el caballero acerca de la escasa cantidad de leche que podía reservar para hacer manteca y queso mientras los terneros no hubieran sido destetados, y de la leche de inferior calidad que daban las vacas de cuernos cortos que habían llevado a la granja para hacer un experimento; así como de otros asuntos que pudieran ser interesantes para un joven caballero que un día sería el propietario. Mientras tanto, Hetty seguía manejando su libra de manteca con aire coquetón y totalmente convencida de que no pasaba inadvertido ni uno solo de los movimientos de su cabeza.

Existen varias categorías de belleza que obligan a los hombres a

cometer diferentes tipos de tonterías, desde mostrarse desesperado a dejarse dominar por la timidez; pero hay una clase de belleza que parece hacer perder la cabeza no sólo a los hombres, sino también a todos los mamíferos inteligentes, incluyendo las mujeres. Es una belleza semejante a la de los gatitos o a la de los polluelos de pato que emiten leves y suaves ruidos con sus blancos picos, o a la de los niños que empiezan a gatear y a hacer travesuras conscientes. Es una belleza contra la que nadie puede enojarse, pero que, a veces, nos sentimos inclinados a destruir, comprendiendo la imposibilidad de formarnos una clara idea del estado en que nos sume. Hetty Sorrel poseía esta belleza. Su tía, la señora Poyser, que se envanecía de despreciar todos los atractivos personales y deseaba parecer la más severa de las memoras, continuamente contemplaba a hurtadillas los encantos de Hetty, fascinada a pesar de sí misma; y después de dirigirle una reprimenda, hija de su deseo de hacer bien a la sobrina de su esposo, pues la pobrecilla carecía de madre que pudiese regañarla, solía confesar a su marido, cuando nadie podía oírles, que tenía la convicción de que cuantas más tonterías hiciese aquella muchacha más guapa estaba.

Es, pues, inútil que me moleste en decir que las mejillas de Hetty parecían pétalos de rosa, que los hoyuelos jugaban en tomo a sus carnosos y bien dibujados labios, que sus enormes ojos negros escondían una suave expresión traviesa bajo sus largas pestañas y que su cabello rizado, aunque lo llevaba peinado hacia atrás y debajo de su gorrito, mientras se entregaba al trabajo formaba unos preciosos rizos en la frente y alrededor de las nacaradas orejas; también es inútil que me esfuerce en dar a entender cuán hermoso era el contorno de su pañuelo rojo y blanco, que rodeaba la armoniosa parte superior de su cuerpo, o cómo el delantal de hilo que llevaba, mientras se ocupaba en batir la manteca, parecía algo digno de ser imitado en seda por una duquesa, pues caía con unos pliegues encantadores, o cómo sus medias de color pardo y sus zapatos con hebilla perdían toda la vulgaridad que sin duda alguna tendrían si no calzaran aquellos pies y aquellos tobillos; es decir, que todo cuanto yo pudiera escribir ahora sería inútil si el lector no hubiese visto a una mujer que, como Hetty, impresiona a todos cuanto la miran, ya que, de otra suerte, aunque resultara posible imaginarse a una mujer hermosa, no se parecería en nada a aquella

encantadora muchacha de gracia felina. Podría mencionar también los divinos encantos de un hermoso día de primavera, pero si el lector no se hubiese olvidado jamás de sí mismo para entretenerse contemplando el vuelo de la alondra o jamás hubiese recorrido los tranquilos senderos, cuando las flores recién abiertas los llenan de una belleza sagrada y silenciosa como la de las calladas naves de una iglesia, ¿de qué serviría el uso de mi catálogo descriptivo? Jamás podría explicar lo que entiendo por un brillante día de primavera. Hetty era una belleza primaveral, poseía la hermosura de las cosas jóvenes y retozonas, sus miembros eran redondeados y su humor juguetón, y daba a quien la miraba la impresión falsa de ser inocente en grado sumo, de poseer la inocencia de un ternerillo que tiene una estrella en la frente, por ejemplo, y que al ser llevado a pasear obliga a su acompañante a emprender con él una dura carrera de obstáculos, saltando los setos y las zanjas, y deteniéndose tan sólo al llegar al centro de un pantano.

Existen hermosísimas actitudes y posturas que puede adoptar una hermosa joven cuando se ocupa de preparar la manteca: algunas dan una curva encantadora a los brazos y una inclinación lateral al redondo y blanco cuello. Otras veces se ve obligada a golpear o a amasar con la palma de la mano, a realizar pequeños movimientos y a dar toques finales que no pueden llevarse a cabo sin que en ellos participe el fruncimiento de los labios y las miradas de los negros ojos. Además, la misma manteca parece proporcionar un encanto adicional. ¡Es tan pura, tiene un aroma tan suave, sale del molde con una superficie tan bella y firme! ¡Parece mármol alumbrado por una luz amarillenta! Hetty era asimismo muy hábil haciendo manteca; precisamente era aquélla una de sus ocupaciones que la tía dejaba pasar sin pronunciar crítica alguna, y así la joven manejaba la manteca con toda la gracia de una maestra.

—Espero que estará dispuesta para una gran fiesta el día 13 de julio, señora Poyser —dijo el capitán Donnithorne en cuanto hubo admirado lo bastante la lechería y dado algunas opiniones improvisadas acerca de los nabos suecos y de las vacas de cortos cuernos—. Ya sabe lo que ocurrirá entonces, y espero que usted será una de las invitadas que venga antes y se marche más tarde. ¿Quiere prometerme su mano para dos bailes, señorita Hetty? Si no tengo ahora su promesa, me consta que apenas tendré luego una

oportunidad, porque los jóvenes granjeros se apresurarán a comprometeros todos los bailes.

Hetty sonrió y se sonrojó, pero antes de que pudiera contestar se interpuso la señora Poyser, escandalizada ante la idea de que el joven pudiese quedar excluido por otros muchachos de menor categoría.

—Realmente, señor, es demasiado bondadoso para fijarse en ella. Y estoy segura de que cuando se digne aceptarla por pareja, ella se sentirá orgullosa y agradecida, aunque no baile más durante el resto de la fiesta.

—¡Oh, no, no! Eso sería una crueldad para todos los muchachos que desean bailar con ella. Pero me promete dos bailes, ¿verdad, Hetty? —continuó diciendo el capitán, decidido a obligar a la joven a mirarle y a responderle.

Hetty esbozó una preciosa sonrisa y le dirigió una mirada tímida y coqueta a la vez.

—Sí, señor, muchas gracias.

—Y también quiero que lleve a todos sus hijos, señora Poyser, tanto a la pequeña Totty como a los muchachos. Quiero que concurran a la fiesta todos los niños de la propiedad, todos los que serán espléndidos muchachos y preciosas jóvenes cuando yo me haya convertido en un viejo calvo.

—¡Oh, señor, para eso ha de pasar todavía mucho tiempo! —replicó la señora Poyser anonadada al ver que el joven caballero hablaba con tanta ligereza de sí mismo, y pensando que su marido sentiría interés por oír su relato de aquella notable muestra de distinguido buen humor.

Se decía del capitán que era muy bromista y en toda la propiedad se le quería a causa de sus maneras afables. Todos los arrendatarios estaba seguro de que las cosas cambiarían en extremo cuando las riendas fuesen a parar a sus manos, pues entonces habría una extraordinaria abundancia de puertas nuevas, grandes cantidades de cemento y beneficios del diez por ciento.

—¿Dónde está hoy Totty? —dijo—. Me gustaría verla.

—¿Dónde está la pequeña, Hetty? —preguntó la señora Poyser —. Hace un momento ha venido para acá.

—No sé. Se ha ido con Nancy a la cervecería.

La orgullosa madre, incapaz de resistir a la tentación de exhibir

a su Totty, se dirigió en el acto a la cocina de la parte posterior en busca de la niña, aunque no sin temerse que hubiese ocurrido algo que pusiera a la pequeña en un estado poco apropiado para ser presentada.

—¿Y lleva usted la manteca al mercado después de hacerla? —preguntó mientras tanto el capitán a Hetty.

—¡Oh, no, señor! Pesa mucho y no soy lo bastante fuerte para llevarla. Alick la transporta a caballo.

—No. Estoy seguro de que sus bonitos brazos no fueron creados para llevar tales pesos. Pero supongo que alguna de estas tardes agradables saldrá a dar un paseo. ¿Por qué no va alguna vez al cazadero, ahora que está tan verde y agradable? Apenas la veo en ninguna parte, salvo en su casa y en la iglesia.

—A mi tía no le gusta que vaya a pasear y sólo me deja salir para hacer alguna cosa. Pero algunas veces he atravesado el cazadero.

—¿Y no va nunca a visitar a la señora West, el ama de llaves? Me parece que una vez la vi en su habitación.

—No voy a ver a la señora West, sino a la señora Pomfret, la doncella. Me enseña un punto de bordado y a componer encajes. Mañana por la tarde iré a tomar el té con ella.

La razón de que hubiese habido tiempo suficiente para aquel *tête-à-tête* sólo puede comprenderse mirando en la cocina posterior, donde Totty fue hallada en el acto de frotarse contra la nariz un saquito de azul para la ropa; algunas gotas de índigo habían caído en su delantalito. Pero pronto apareció en la lechería de la mano de su madre y con el extremo de su redonda naricita brillante, a causa del rápido lavatorio con agua y jabón de que acababa de ser objeto.

—Aquí está —dijo el capitán levantándola y sentándola en el estante de piedra—. Aquí está Totty. ¿Y cómo se llama, en realidad? Porque estoy seguro de que no la bautizaron con este nombre.

—Mucho sentimos, señor, no llamarle con el suyo propio. En el bautizo se le puso Charlotte, bastante frecuente en la familia del señor Poyser: así se llama la abuela de la niña. Pero empezamos a llamarla Totty y al final su nombre se ha convertido en Totty. Es nombre de perro más que de una niña cristiana.

—Nada de eso. Totty es un nombre estupendo y tiene aspecto de *totty*[4]. ¿Tiene algún bolsillo la niña? —preguntó el capitán

buscando en los de su chaleco.

Inmediatamente Totty se levantó el delantal con gravedad y mostró un diminuto bolsillo rojo que, a la sazón, estaba vacío por completo.

—No tengo nada dentro —dijo muy seria contemplándolo.

—¿No? ¡Qué lástima! ¡Un bolsillo tan bonito! En fin. Le pondremos unas cosas que harán un ruido agradable. Sí. Aquí tenemos cinco cosas redondas, de plata, que sonarán de un modo muy agradable en el bolsillo rojo de Totty.

Agitó el bolsillo con las cinco monedas de seis peniques, y Totty enseñó los dientes y arrugó la naricita con inmensa alegría; pero adivinando que de allí ya no sacaría más, saltó al suelo y fue a agitar su bolsillito a oídos de Nancy, mientras su madre gritaba:

—¡Oh, qué niña tan mala! ¿No te da vergüenza? Su padre no quiere que se la regañe, y así no hay modo de educarla. Hay que tener en cuenta que es la más pequeña y, además, la única niña de la familia.

—¡Oh! Es muy graciosa y parece un rollo de manteca. No me gustaría que fuese de otro modo. Ahora supongo que debo marcharme, porque el rector me está esperando.

Después de decir adiós y de dirigir una brillante mirada y una inclinación de cabeza a Hetty, Arthur salió de la lechería. Pero se equivocó al figurarse que el rector le estaría esperando, pues éste estaba interesado hasta tal punto en la conversación con Dinah que, por su gusto, no la habría interrumpido antes; y a continuación sabrá el lector lo que se dijeron.

# VIII

## UNA VOCACIÓN

Dinah, que se había puesto en pie cuando entraron los dos caballeros sin dejar de sostener la sábana que estaba remendando, hizo una reverente inclinación al ver que el señor Irwine la miraba y avanzaba hacia ella. Jamás le había hablado, y al cruzarse ahora su mirada con la de la joven, su primer pensamiento fue: «Tiene aspecto de ser una muchacha de muy buenas cualidades. ¡Oh, si en este suelo cayese la buena semilla con seguridad germinaría!». Y se inclinó ante ella con la misma deferencia que podría haber mostrado a cualquiera de las dignas señoras que conocía.

—Según tengo entendido, está usted de paso en esta vecindad —dijo al sentarse frente a la joven.

—Sí, señor. He venido de Snowfield, en Stonyshire. Mi tía, que es muy buena, ha querido que descanse aquí unos días de mi trabajo, porque he estado enferma.

—¡Ah! Recuerdo muy bien Snowfield. Una vez tuve ocasión de ir allá. Es un lugar muy triste y desolado. Entonces construían una fábrica de hilados de algodón, pero ya han pasado muchos años de eso. Supongo que el lugar habrá cambiado gracias al trabajo que proporcionará la fábrica.

—En efecto, ha cambiado. La fábrica ha atraído a mucha gente, que se gana la vida trabajando en ella; también los comerciantes hacen mejores negocios. Yo misma trabajo allí y tengo razones para estar agradecida, porque gano lo suficiente para vivir e incluso ahorrar algo. Pero sigue siendo un lugar muy triste, como usted dice, caballero, y muy distinto de esta región.

—Probablemente tiene allí algunos parientes, y se siente atada

al lugar, considerándolo como suyo.

—En otro tiempo tuve allí una tía, que me crió, pues yo era huérfana. Pero murió hace siete años y ahora no tengo parientes conocidos si se exceptúa a mi tía Poyser, que es muy buena conmigo y que desearía que viviese en este lugar, sin duda excelente y donde abunda el pan. Pero no estoy en libertad de abandonar Snowfield, donde parece que me plantaron y he crecido como la hierba en lo alto de la colina.

—Quizás tiene allí muchos amigos y compañeros de religión. Creo que es metodista…, y que sigue las doctrinas de Wesley.

—Si, mi tía de Snowfield pertenecía a la Sociedad y tengo razones para agradecer el privilegio de haber formado parte de ella desde mi primera infancia.

—¿Y hace mucho tiempo que predica? Porque tengo entendido que ayer tarde lo hizo en Hayslope.

—Hace cuatro años que emprendí este trabajo; cuando tenía veintiuno.

—De modo que su Sociedad sanciona la predicación de las mujeres… —dijo él.

—No lo prohíbe, señor, cuando hay una decidida vocación por este trabajo y cuando tal ministerio está encaminado a la conversión de los pecadores y a vigorizar el pueblo de Dios. La señora Fletcher, de quien tal vez habrá oído hablar, fue la primera mujer de la Sociedad que predicó, creo que antes de casarse, cuando era la señorita Bosanquet, y el señor Wesley aprobó su trabajo. Tenía grandes dotes y ahora existen otras muchas que son grandes auxiliares en la obra del ministerio. Tengo entendido que últimamente se han levantado algunas voces contra la Sociedad, pero creo firmemente que tales protestas no tendrán efecto alguno. No corresponde a los hombres trazar los caminos para el espíritu de Dios como trazan canales para las corrientes de agua y dicen: «Corre por aquí, pero no por allí».

—¿Pero no se cree en peligro entre su gente? Desde luego no quiero indicar, ni mucho menos, que usted pudiera tener la culpa; ¿pero no observáis algunas veces que tanto los hombres como las mujeres creen equivocados los canales abiertos para el espíritu de Dios y por eso emprenden un trabajo para el que carecen de condiciones y desdeñan las cosas santas?

—Sin duda así ocurre a veces, porque entre nosotros ha habido algunos malvados que han tratado de engañar a los hermanos en Jesucristo, y también los hay que se engañan a sí mismos. Pero no carecemos de disciplina y de correcciones para impedir estas cosas. Entre nosotros se observa un orden estricto, y los hermanos y hermanas vigilan las almas de los demás, como si debieran dar cuenta de ellas. ¿No sigue cada uno su propio camino, preguntándose: «Soy yo el guardián de mi hermano»?

—Pero dígame, si me permite que se lo pregunte, pues me interesa mucho saberlo, ¿cómo se le ocurrió pensar en predicar?

—El caso es, señor, que no pensé en ello. Desde los dieciséis años estaba acostumbrada a hablar con los niños y a enseñarles, y algunas veces parecía como sí el corazón me incitase a hablar en la clase, y también me gustaba rezar con los enfermos. Mas no sentía ninguna llamada hacia la predicación, pues en mi fuero interno prefiero estar sola y entregada a mis propios pensamientos. Parece como si pudiera permanecer en silencio todo el día con la idea de Dios rebosando en mi alma, del mismo modo que los cantos rodados están bañados por el agua del arroyo del Sauce. Porque los pensamientos son muy grandes… ¿Verdad, caballero? Parecen dominamos como si fuesen una corriente profunda; y entonces me veo obligada a olvidar dónde estoy y todo lo que me rodea, extraviándome en ideas que no podría explicar, pues no hallaría el modo de expresarlas por medio de palabras. Eso es lo que me ocurría, según creo recordar; pero a veces parecía como si se me presentaran las palabras sin esfuerzo alguno por mi parte y éstas eran capaces de hacer derramar lágrimas, porque nuestros corazones están llenos y no podemos remediarlo. Aquellos eran tiempos de gran bendición, aunque nunca se me ocurrió pensar en ponerme delante de un grupo de gente. Sin embargo, señor, somos guiados y conducidos como niños y de una forma que ignoramos. Repentinamente me sentí llamada a predicar, y a partir de aquel momento jamás he tenido ninguna duda de que me había sido confiada esa tarea.

—Pero dígame las circunstancias… ¿Cómo ocurrió el día en que empezó a predicar?

—Era un domingo y yo iba en compañía del hermano Marlowe, hombre anciano y uno de los predicadores locales, y nos dirigíamos

a Hetton-Deeps, que es un pueblo en que la gente se gana la vida trabajando en las minas de plomo y donde no hay iglesia ni predicador, de modo que viven como rebaño sin pastor. Está a más de veinte kilómetros de Snowfield, así que salimos temprano, por la mañana, porque era verano. Y experimentaba un maravilloso sentimiento del amor divino mientras cruzábamos las montañas, donde no hay árboles, ya sabe, como aquí, lo que hace que el cielo parezca más pequeño, de modo que se ve el firmamento extendido en todas direcciones y uno siente a su alrededor los brazos eternos. Pero antes de llegar a Hetton, el hermano Marlowe sintió un vahído que le hizo temer que se caería al suelo, porque el pobre trabajaba más de lo que consentían sus fuerzas a sus años, velando, predicando y recorriendo muchos kilómetros para difundir la Palabra, así como para dedicarse a su oficio de tejedor.

»Cuando llegamos al pueblo la gente le estaba aguardando, porque ya les había señalado la hora del día, así como el lugar, la vez anterior en que estuvo allí, y los que deseaban oír la Palabra de la vida se habían congregado en un lugar en que las casas eran más numerosas, por si había más gente que quería acudir al sermón. Pero mi compañero comprendió que no podría ponerse en pie para predicar y se vio obligado a tenderse y descansar en una de las casas. Por esa razón me acerqué a los reunidos, figurándome que iríamos a una casa, para decirles que yo leería y rezaría con ellos. Pero al pasar a lo largo de las casitas vi a las viejas y temblorosas mujeres asomadas a las puertas y observé las duras miradas de los hombres, que parecían tener los ojos tan llenos de la visión de la mañana del Sabbath como los mudos bueyes, que jamás levantan los ojos al cielo. Entonces sentí gran agitación en mi alma y temblé como si me estremeciese porque un fuerte espíritu penetrara en mi débil cuerpo. Y me encaminé al lugar en que el pequeño grupo se había reunido, me encaramé sobre la cerca del prado, por el lado de la colina, y pronuncié las palabras que acudían a mis labios y que me fueron dadas en abundancia. Y todos vinieron desde distintas casas y muchos lloraron por sus pecados, de modo que desde entonces se han reconciliado con el Señor. Éste fue el principio de mis predicaciones, y desde entonces he seguido predicando.

Durante su narración, hecha con su sencillez habitual, pero con la voz sincera, muy bien modulada y algo temblorosa con que

dominaba a sus oyentes, Dinah había dejado caer la labor. Se inclinó para recoger su costura y continuó su relato. El señor Irwine estaba muy interesado, y se dijo: «Sería un miserable pedante si hiciera de pedagogo. Eso equivaldría a dar lecciones a los árboles para que crezcan de su propia forma».

—¿Y jamás ha sentido algún apuro al pensar en su juventud, y no ha recordado nunca que es una mujer joven y hermosa, en cuyo rostro se fijan los ojos de los hombres? —preguntó.

—No, no me queda tiempo ni ocasión para tales ideas y me figuro que la gente no se fija en nada de eso cuando Dios hace sentir su presencia a través de nosotros, pues entonces somos igual que la mata ardiendo. Moisés jamás se fijó en cuál era la mata que ardía, pues sólo vio el resplandor del Señor. He predicado a gente ruda e ignorante, como la de los pueblos que rodean Snowfield, a hombres que tienen un aspecto rudo y montaraz, pero jamás me han dicho una palabra grosera y muchas veces me han dado las gracias con bondad cuando se apartaban a un lado para abrirme paso.

—Eso sí que lo creo… Eso puedo creerlo —exclamó el señor Irwine con énfasis—. ¿Y qué opinión se formó de sus oyentes de ayer? ¿Los encontró apacibles y atentos?

—Muy apacibles, señor. Pero no vi señales de que se impresionaran mucho, a excepción de una muchacha llamada Bess Cranage, de la que se apiadó en gran manera mi corazón, cuando mis ojos se fijaron en su lozana juventud, dedicada por entero a la locura y a la vanidad. Pero he observado que en los pueblos en que la gente lleva una vida apacible, entre los prados verdes y las aguas mansas, cultivando la tierra y cuidando del ganado, hay cierta indiferencia hacia la Palabra, cosa muy distinta de lo que ocurre en las grandes ciudades, como Leeds, adonde fui una vez a visitar a una santa mujer que predica allí. Es maravillosa la cosecha de almas que se recoge en aquellas calles de altas casas, donde al andar uno puede creerse en el patio de una prisión y los oídos ensordecen por el estruendo del trabajo mundano. Me parece que la promesa es más dulce cuando la vida es tan desagradable y fatigosa, que el alma está más hambrienta cuando el cuerpo sufre incomodidades.

—La verdad es que nuestros agricultores no son gente que se impresione fácilmente. Toman la vida con la misma calma que las

ovejas y las vacas. Sin embargo tenemos por aquí algunos trabajadores inteligentes. Es muy posible que conozca a los Bede. Y, dicho sea de paso, Seth Bede es metodista.

—Sí, conozco bien a Seth y un poco a su hermano Adam. Aquél es un muchacho muy agradable, sincero, incapaz de ofender a nadie; Adam se parece al patriarca José, por su gran habilidad y conocimiento, así como por la bondad que muestra por su hermano y sus padres.

—Tal vez ignore la desgracia que ha caído sobre ellos. Su padre, Mathias Bede, se ahogó anoche en el arroyo del Sauce, no lejos de la puerta de su casa. Ahora voy a visitar a Adam.

—¡Oh! ¡Pobre madre! —exclamó Dinah dejando caer las manos y mirando ante sí con ojos compasivos, como si viese al objeto de su simpatía—. La pobrecilla tendrá un gran disgusto, pues Seth me ha dicho que su corazón está siempre inquieto y turbado. Iré a ver si puedo ayudarla en algo.

Cuando ya se levantaba y empezaba a doblar su labor, el capitán Donnithorne, que había agotado ya todos los pretextos plausibles para quedarse entre los jarros de leche, salió de la lechería seguido por la señora Poyser. El señor Irwine se levantó a su vez y, acercándose a Dinah, le tendió la mano y le dijo:

—¡Adiós! Tengo entendido que se marcha usted en breve. Pero ésta no será la última visita que hará usted a su tía, de modo que, según espero, volveremos a encontrarnos.

Su cordialidad con respecto a Dinah tranquilizó los temores de la señora Poyser, de modo que su rostro estaba más satisfecho que de ordinario cuando dijo:

—No he preguntado por la señora Irwine y por las señoritas Irwine, señor. Espero que estarán tan bien como de costumbre.

—Sí, muchas gracias, señora Poyser. Exceptuando, quizás, la señorita Anne, que hoy tiene uno de sus dolores de cabeza. Y, ahora que me acuerdo, a todos nos gustaron mucho aquellos excelentes quesos de nata que nos mandó. A mi madre más que a nadie.

—Me alegro mucho, señor. Pocas veces los hago, pero me acordé de que a la señora Irwine le gustan mucho. Tenga la bondad de trasmitirle mis respetos, así como también a la señorita Kate y a la señorita Anne. Hace mucho tiempo que no han venido a visitar mi gallinero; mientras tanto he adquirido unas hermosas gallinas

moteadas de blanco y negro, y estoy segura de que a la señorita Kate le gustaría mucho tener algunas entre las suyas.

—Pues bien, ya se lo diré. Y vendrá a verlas. Adiós —dijo el rector montando a caballo.

—Vaya despacio, Irwine —dijo el capitán Donnithorne montando a su vez—. Quiero hablarle al pastor de los cachorros. Adiós, señora Poyser. Diga a su esposo que volveré para charlar largo y tendido.

La señora Poyser hizo una reverencia y se quedó mirando los dos caballos hasta que salieron del patio con gran excitación de los cerdos y de las gallinas y mayor indignación del *bull-dog*, el cual ejecutó una danza pírrica que a cada momento amenazaba con romper su cadena. A la señora Poyser le gustó tan ruidosa salida, pues ello era una prueba evidente de que el patio de la granja estaba bien guardado y de que ningún curioso podía entrar sin ser descubierto. Y hasta que la puerta no se hubo cerrado, después de dar paso al capitán, no volvió a su cocina, donde Dinah, con el gorro en la mano, la esperaba para hablar con ella antes de salir en dirección de la casita de Lisbeth Bede.

Pero a pesar de que la señora Poyser se fijó en el gorro, fingió por un momento que no lo había visto, pues primero deseaba descargar la sorpresa que le había producido el comportamiento del señor Irwine.

—¿De modo que el señor Irwine no está enojado? ¿Qué te ha dicho, Dinah? ¿Te ha regañado por predicar?

—No ha demostrado el menor enfado, sino que, por el contrario, me ha tratado con mucho cariño. Me gustó hablar con él, aunque ignoro la causa, pues siempre le creí un mundano saduceo. Pero su semblante es tan agradable como el sol de la mañana.

—¿Agradable? Pues ¿qué te figurabas? —exclamó la señora Poyser impaciente y reanudando su labor de calceta—. Naturalmente que tiene un rostro agradable. Además, es un caballero correcto, de buena cuna, y tiene una madre que más bien parece un cuadro. Si quieres puedes recorrer la comarca, y no encontrarás a ninguna mujer de sesenta y tres años como ella. Y créeme, los domingos vale la pena ver a un hombre como ése subido en el púlpito. Como he dicho muchas veces a Poyser, es como contemplar un campo de trigo maduro o un hermoso prado

lleno de vacas. Eso te hace pensar en que el mundo es muy cómodo. En cambio la gente a quienes vosotros los metodistas tratáis, tanto me daría contemplarla como a un rebaño de vacas tísicas en un prado comunal. ¡Vaya gente! No parece sino que nunca hayan comido nada mejor que unas cortezas de tocino y tortas agrias. ¿Y qué dijo el señor Irwine de la tontería de predicar en el parque?

—Solamente que se había enterado, mas no pareció estar enojado. Pero mira, querida tía, no pienses más en eso. Me dijo una cosa que, con seguridad, te apenará, como me ha ocurrido a mí. Mathias Bede se ahogó anoche en el arroyo del Sauce y creo que su anciana mujer tendrá gran necesidad de consuelo. Quizás yo le seré útil y por eso he ido a buscar mi gorro; voy a salir.

—Pero querida mía, antes toma una taza de té —dijo la señora Poyser, pasando del tono agudo al natural—. El agua está hirviendo, de modo que dentro de un minuto estará preparado. También los niños querrán tomar. No tengo ningún inconveniente en que vayas a ver a esa pobre anciana, pues siempre te reciben bien en las casas de los que sufren, tanto si eres metodista como si no, pues las personas se diferencian por la sangre que corre por sus venas. Algunos quesos se hacen de leche desnatada y otros de leche fresca, y poco importa el nombre que les des, porque de sobra conocerás por el olor y el sabor cómo han sido hechos. En cuanto a Mathias Bede, es mucho mejor que se haya… ¡Dios me perdone por hablar así!, pues en estos últimos diez años no ha hecho otra cosa que dar numerosos disgustos a su familia. Creo también que deberías llevarte una botella de ron para la viuda, porque la pobre jamás ha tomado una gota de nada que conforte su cuerpo. Ahora, siéntate, hija, y tranquilízate, pues te advierto que no te dejaré marchar sin haber tomado el té.

Durante la última parte de esta oración, la señora Poyser tomó de los estantes las tazas de té y se dirigía a la despensa en busca de pan, seguida de cerca por Totty, que se apresuró a aparecer en cuanto oyó ruido de tazas, cuando Hetty salió de la lechería, estiró los brazos para desperezarse y luego unió las manos por detrás de su cabeza.

—Molly —dijo con cierta languidez—, hazme el favor de salir en busca de un ramo de hojas de bardana que la manteca ya está a punto y puede empaquetarse.

—¿Ya sabes lo ocurrido, Hetty? —preguntó su tía.

—¿Cómo quieres que haya oído nada? —contestó la joven en tono áspero.

—Aunque lo hubieses oído no te importaría gran cosa, estoy segura, porque eres tan ligera de cascos que poco te impresionaría la muerte de todo el mundo si pudieras ir a acicalarte dos horas ante el espejo. Cualquiera, sin embargo, lamentaría que te ocurriese algo parecido, aunque no lo merezcas. Por lo que a ti te importa ya podían ahogarse Adam Bede y toda su familia, porque al minuto siguiente de darte la noticia estarías engalanándote delante del espejo.

—¿Que Adam Bede… se ha ahogado? —exclamó Hetty dejando caer los brazos muy extrañada, aunque sospechando que su tía exageraba, como de costumbre, con algún objeto didáctico.

—No, querida mía —contestó Dinah con bondadoso acento, porque la señora Poyser se había encaminado a la despensa sin dignarse a dar una información más exacta—. No le ha ocurrido nada a Adam, sino que el ahogado es su anciano padre. Lo encontraron ayer noche sumergido en el arroyo del Sauce. El señor Irwine acaba de decírnoslo.

—¡Oh! ¡Qué horror! —dijo Hetty poniéndose seria, aunque no parecía muy afectada por la noticia.

Y como en aquel momento entró Molly con las hojas de bardana, las tomó en silencio y volvió a la lechería sin hacer ninguna otra pregunta.

# IX

## El mundo de Hetty

Mientras arreglaba las anchas hojas que daban realce a la manteca olorosa y pálida, de la misma forma que las prímulas destacan en su nido verde, me temo que Hetty pensaba más en las miradas del capitán Donnithorne que en Adam y en su dolor. Miradas vivas de admiración de un joven y guapo caballero de manos blancas, que llevaba una cadena de oro, que a veces vestía de uniforme y que poseía riquezas y grandeza inconmensurables: éstos eran los cálidos rayos que hacían vibrar el pobre corazoncito de Hetty en imprudentes melodías que se repetían una y otra vez. Sabemos que la estatua de Memnon[5] no emitía sus melodías bajo el empuje poderoso del huracán o respondiendo a otra influencia divina o humana, sino que los dejaba oír en cuanto recibía, por la mañana, unos suaves rayos de sol; y hemos de acostumbrarnos al descubrimiento de que algunos de esos raros instrumentos, llamados alas humanas, tienen una escala musical limitada y no vibran al recibir un contacto cualquiera de los que llenan a las demás de temblorosa dicha o de estremecedora agonía.

Hetty estaba ya acostumbrada a la idea de que la gente la admirase. Había advertido que el joven Luke Britton, de Broxton, fue a la iglesia de Hayslope un domingo por la tarde sólo para verla, y que no habría dejado de insinuarse algo más de no interponerse su tío Poyser, que no tenía muy buena opinión de un joven cuyo padre poseía unas tierras tan malas como eran las del viejo Luke Britton, por lo que impidió a su mujer alentar al muchacho mostrándose amable. Estaba enterada de que el señor Craig, el jardinero del cazadero, estaba loco perdido por ella y que

últimamente había dado a entender su pasión de un modo inequívoco en forma de deliciosas frases y guisantes hiperbólicos; aun sabía mejor que Adam Bede, el alto, erguido y valeroso Adam Bede, que ejercía tanta autoridad en todos los que le rodeaban y a quien su tío veía siempre con placer, afirmando que «Adam sabía bastante más de la naturaleza de las cosas que sus superiores en saber», aquel Adam que, con frecuencia, se mostraba severo con los demás y no parecía inclinado a correr detrás de las muchachas, palidecía o se sonrojaba por una mirada o por una palabra que ella le dirigiera. La esfera de comparación de Hetty no era muy grande, pero no por eso dejaba de advertir que Adam era «un hombre». Siempre tenía respuestas para todo; aconsejó a su tío cómo apuntalar el cobertizo y en un abrir y cerrar de ojos arregló la mantequera; con sólo una mirada podía calcular el valor del nogal desarraigado por el huracán y conocer la causa de la humedad en las paredes, así mismo sabía cómo impedir el aumento de las ratas. Escribía con una hermosa letra que cualquiera podía leer, y además era capaz de calcular mentalmente, habilidad del todo desconocida entre los más ricos granjeros de la región. No se parecía en nada a aquel huraño Luke Britton, quien, al acompañar a la joven desde Broxton a Hayslope, sólo rompió el silencio para observar que los ánades grises habían empezado a poner huevos. En cuanto al señor Craig, el jardinero, era un hombre bastante agradable, pero patizambo, y cuando hablaba canturreaba de un modo especial; además, y siendo caritativa, le ponía más de cuarenta años.

Hetty estaba completamente segura de que a su tío le gustaría que alentase a Adam y de que le complacería en extremo que se casase con él. Aquellos eran tiempos en que no existía una rígida demarcación de rango entre el granjero y el respetable artesano, y en el hogar y también en la taberna podía vérseles tomar juntos un jarro de cerveza. El granjero tenía un sentido latente de capital y de peso en los asuntos de la parroquia, que compensaba su evidente inferioridad en la conversación. Martin Poyser no frecuentaba las tabernas, pero le gustaba mantener una conversación amistosa bebiendo la cerveza que él mismo se hacía en casa; y aunque era agradable demostrar la superioridad sobre un vecino tonto, que no sabía la manera de lograr los mejores resultados en su propia granja, también era agradable aprender algo de un individuo tan

inteligente como Adam Bede. Así pues, durante los tres últimos años, desde que había dirigido la construcción del nuevo granero, Adam fue siempre bien acogido en Hall Farm, especialmente en las tardes de invierno, cuando toda la familia, según la costumbre patriarcal: amo y ama, hijos y criados se reunían en la magnífica cocina a distancias bien graduadas del fuego resplandeciente. Y durante los dos últimos años, por lo menos, Hetty adquirió la costumbre de oír decir a su tío: «Aunque Adam Bede trabaje ahora para ganar un jornal, llegará el día en que será maestro, y esto con tanta seguridad como estoy sentado aquí. Maese Burge hace bien al desear que ese muchacho se asocie con él y se case con su hija, si es verdad lo que dicen; y la mujer que se case con él hará una buena boda, tanto si ésta se celebra el día de la Virgen como el día de San Miguel». A esta observación la señora Poyser daba siempre su cordial asentimiento. «¡Ah! —decía—. Es muy agradable conseguir un marido que ya sea rico, pero puede muy bien suceder que también sea tonto. Y es inútil llenarse de dinero el bolsillo si éste tiene un agujero. Y tampoco sirve de nada sentarse en un coche propio si el caballo es perezoso, porque muy pronto nos meterá en una zanja. Siempre dije que no me casaría con un hombre que careciese de inteligencia pues ¿de qué le serviría a una mujer tener buen seso si se casara con un tonto que sea el hazmerreír de la gente? Eso sería como vestir con un traje elegante para montar en un asno mirando hacia la cola».

Estas expresiones, aunque metafóricas, indicaban sobradamente las ideas de la señora Poyser con respecto a Adam; y aunque ella y su marido pudiesen haber considerado el asunto de un modo distinto de haber sido Hetty hija suya, era evidente que habrían acogido muy bien a Adam para casarse con una sobrina que no tenía un cuarto. ¿Qué habría sido Hetty, sino una criada, si su tío no se hubiese encargado de ella para criarla y para ayudar en los quehaceres domésticos su tía, cuya salud, después del nacimiento de Totty, no le permitía dedicarse a otra cosa que a vigilar a los niños y a los criados? Pero Hetty nunca alentó a Adam en lo más mínimo. Aun en los momentos en que estaba más persuadida de la superioridad de éste sobre los restantes admiradores, no pudo decidirse a aceptarle. Le gustaba advertir que aquel hombre hábil, fuerte y de firme mirada se hallaba en su poder. Y no hay duda de

que se habría indignado si él diera la menor señal de librarse del yugo de su coqueta tiranía dedicándose a cortejar a la cariñosa Mary Burge, quien se habría sentido muy agradecida por la más mínima muestra de interés que él le diese. «¡Pobre Mary Burge! ¡Una muchacha tan pálida! Si se ponía una cinta encarnada parecía ser tan amarilla como la siempreviva, y en cuanto a su cabello, era liso como una madeja de hilo de algodón». Y cuando Adam pasaba unas cuantas semanas sin ir a Hall Farm, o mostraba de otro modo cierta resistencia a su pasión, considerándola una tontería, Hetty cuidaba de hacerle penetrar de nuevo en la red, valiéndose de algunas expresiones cariñosas y de su timidez, como si estuviese muy preocupada por su olvido. En cuanto a casarse con Adam, el asunto era muy diferente. Nada en el mundo podría tentarla a hacer semejante cosa. Sus mejillas no se sonrojaban en lo más mínimo cuando se pronunciaba el nombre del joven; no sentía ninguna emoción al verle pasar por delante de la ventana o aparecer inesperadamente en el sendero que cruzaba el prado. Nada sentía cuando notaba los ojos de Adam fijos en ella, excepción hecha del frío triunfo de saber que él la amaba y de que a Mary Burge ni siquiera la miraría. Adam no podía despertar en la joven las emociones que produce el dulce envenenamiento del primer amor, del mismo modo como el sol dibujado no es capaz de despertar la savia de la primavera en las sutiles fibras de la planta. Ella le veía tal como era en realidad: un hombre pobre que tenía que mantener a sus ancianos padres y que, durante mucho tiempo, no podría proporcionarle los mismos lujos y comodidades de que gozaba en casa de su tío. Y los sueños de Hetty se referían siempre al lujo: sentarse en una sala con una hermosa alfombra en el suelo y llevar siempre medias blancas; poseer unos bonitos pendientes largos a la moda; ponerse unos encajes de Nottingham en la parte superior del vestido y llevar un perfume en el pañuelo como había visto que llevaba la señorita Lydia Donnithorne cuando lo sacaba en la iglesia; y no verse obligada a levantarse temprano ni a sufrir las regañinas de nadie. Y se decía que si Adam hubiese sido rico y pudiese darle todas esas cosas, ella le amaría lo suficiente para casarse con él.

Pero durante las últimas semanas una nueva influencia se apoderó de Hetty; indefinida, etérea, se concretaba en esperanzas

que ni siquiera la joven se atrevía a confesarse, pero que producían un efecto narcótico muy agradable y la obligaban a pisar y a ocuparse de su trabajo como en sueños, sin darse cuenta del peso ni del esfuerzo, y le mostraban todas las cosas a través de un velo suave y líquido, como si ya no viviese en este mundo sólido de ladrillos y de piedra, sino en otro beatífico, como el que el sol ilumina en el fondo de las aguas. Hetty se había dado cuenta de que últimamente el señor Arthur Donnithorne hacía todo lo posible para verla; que siempre se situaba en la iglesia de manera que pudiese contemplarla lo mejor posible, tanto cuando ella se sentaba como cuando se ponía en pie; que constantemente hallaba razones para visitar Hall Farm y que siempre lograba decir algo que a ella le obligase a contestarle y a mirarlo. La pobre muchacha no se atrevía aún a pensar que el joven caballero pudiese amarla, del mismo modo que la hermosa hija del panadero que se halla entre la multitud y a quien el joven emperador distingue con una sonrisa imperial y admiradora tampoco concibe la posibilidad de llegar a ser emperatriz. Pero la hija del panadero vuelve a su casa y empieza a soñar con el guapo y joven emperador, y quizá se equivoca al pesar la harina, mientras piensa en lo dichosa que sería si pudiese conseguirlo como marido. Y así, la pobre Hetty se veía acompañada constantemente por un rostro y una figura que no la abandonaban ni dormida ni despierta; las miradas brillantes y suaves habían penetrado en su alma y dado a su vida una extraña y dichosa languidez. Los ojos que despedían tales miradas no eran, seguramente, tan hermosos como los de Adam, que a veces la contemplaban con triste y suplicante ternura, pero aun así habían hallado un ambiente propicio en la pequeña y tonta imaginación de Hetty, en tanto que los de Adam no podían penetrar en aquella atmósfera. Durante tres semanas, por lo menos, su vida interior consistió en poco más que en revivir mentalmente las miradas y las palabras que Arthur le había dirigido y en recordar las sensaciones que su voz le había producido en la parte exterior de la casa, o en rememorar cuando le vio entrar y tuvo la certeza de que sus ojos estaban fijos en ella y luego se dio cuenta de que una figura alta se inclinaba para mirarla con ojos que parecían tocarla y que se acercaba envuelta en ropas hermosas y con un aroma parecido al de las flores del jardín cuando sopla la brisa de la tarde. Eran unas

ideas tontas e imprudentes, como se ve, y que nada tenían que ver con el amor que sienten en nuestros días las dulces jóvenes de dieciocho años. Pero eso ocurría, según recordará el lector, hace cosa de sesenta años y además es preciso tener en cuenta que Hetty carecía de instrucción, pues no era más que la hija de un modesto granjero, para quien un caballero de manos blancas era tan deslumbrante como un dios olímpico. Hasta ese día el futuro para Hetty no iba más allá de la próxima vez que el capitán Donnithorne visitara la granja, o del domingo siguiente, cuando le viera en la iglesia; pero entonces pensó que quizás él procuraría verla al día siguiente cuando ella se dirigiese al cazadero. Y hasta era posible que hablase con ella, o que la acompañase cuando nadie pudiera verlo. Esto último no había ocurrido aún; y ahora su imaginación, en vez de recordar el pasado, estaba muy ocupada en imaginarse lo que ocurriría al día siguiente, y se decía que una vez en el cazadero vería al capitán Donnithorne llegar en dirección a ella, que se habría puesto su lazo nuevo de color rosa, que él no le había visto todavía; y empezó a pensar lo que él le diría para obligarla a devolverle su mirada, mirada que quedaría fija en su memoria, por lo menos durante todo el resto del día.

En semejante estado mental, ¿cómo podía Hetty pensar siquiera en el disgusto que entonces sufría Adam o en que el pobre Mathias se había ahogado? Las almas jóvenes, cuando se hallan en un delirio tan agradable como el de Hetty, son tan egoístas e indiferentes como las mariposas que liban el néctar de las flores. Un muro de ensueños, unas miradas invisibles y unos brazos impalpables las aíslan de cualquier otra consideración.

Mientras las manos de Hetty se mantenían atareadas empaquetando la manteca, y en tanto su cabeza se veía ocupada completamente por las imágenes del día siguiente, Arthur Donnithorne, cabalgando al lado del señor Irwine en dirección al valle del arroyo del Sauce, también tenía presentimientos confusos en el fondo de su mente, al tiempo que escuchaba de labios del señor Irwine el relato de su conversación con Dinah. Y aquellos presentimientos imprecisos eran, sin embargo, lo bastante fuertes para que le sobresaltara oír la pregunta inesperada del señor Irwine:

—¿Qué le fascinó en la lechería de la señora Poyser, Arthur? ¿Se ha convertido en un aficionado de la industria lechera?

Arthur conocía demasiado bien al rector para imaginar que una mentira para salir del paso resultaría útil, y por eso, con su acostumbrada franqueza, replicó:

—No. Deseaba contemplar a la hermosa Hetty Sorrel. Es una Hebe perfecta, y si yo fuese artista la retrataría. Es sorprendente que haya tantas hermosas muchachas entre las hijas de los granjeros, cuando los hombres son tan torpes y desmañados. Entre éstos es corriente ver caras redondas, compuestas casi por entero de mejillas, sin otro tipo de facciones, como es el caso de Martin Poyser.

—No tengo ninguna objeción que hacer a que contemple a Hetty con ojos de artista; pero en cambio no debe alimentar su vanidad ni llenar su mollera con la idea de que es una belleza extraordinaria y atractiva para los caballeros distinguidos, porque, de lo contrario, la estropeará y no se resignará a ser la esposa de un pobre como, por ejemplo, el honrado Craig, a quien he visto lanzar miradas ardientes en dirección a la muchacha. Esa pequeñuela parece estar ya demasiado convencida de su valor para hacer desgraciado a su marido, como suele ocurrir siempre que un pobre hombre se casa con una belleza. Y, a propósito de matrimonio, espero que nuestro amigo Adam se casará pronto, ahora que el pobre viejo ha muerto. En lo venidero ya sólo tendrá que mantener a su anciana madre, y estoy persuadido de que hay algo entre él y esa agradable y modesta Mary Burge, a juzgar por lo que me dijo un día el viejo Jonathan. Pero cuando quise tratar del asunto con Adam, él se puso nervioso y cambió de conversación. Es posible que sus amoríos no lleven muy buena marcha, o quizá Adam los aplace hasta gozar de mejor posición. Tiene una independencia espiritual bastante para dos hombres, aunque exceso de orgullo.

—Sería una boda magnífica para Adam. En el pellejo del viejo Burge, Adam haría grandes cosas para la construcción, estoy seguro. Me gustaría verle bien establecido en esta parroquia, pues así podría actuar de gran visir para mí, en cuanto yo lo necesitase. Juntos podríamos planear infinidad de reparaciones y de mejoras. En cuanto a la muchacha no creo haberla visto nunca… Por lo menos nunca la he mirado.

—Pues fíjese en ella el próximo domingo en la iglesia. Se sienta con su padre a la izquierda de la tarima. Sin embargo, estoy seguro

de que no la contemplará tanto como a Hetty Sorrel. Cuando comprendo que no puedo comprar un perro que me interesa, no me fijo en él, porque si se encariñara conmigo y me mirase con ojos amorosos, la lucha entre la aritmética y la inclinación podría llegar a ser desagradable. Entonces apelo a mi sentido común, Arthur, y como a mí empieza a sobrarme la prudencia, se la concedo con mucho gusto.

—Muchas gracias. Es posible que algún día me sea útil, aunque, de momento, no tengo en qué utilizarla. ¡Caramba! ¡Cómo se ha desbordado el arroyo! ¿Qué le parece si avanzásemos al trote, ahora que hemos terminado ya el descenso de la colina?

Esta es la gran ventaja de un diálogo cuando se monta a caballo; en cualquier momento dado puede interrumpirse para emprender el trote o el galope, y en lo alto de una silla habría sido posible escapar incluso de Sócrates. Los dos amigos se vieron libres de la necesidad de seguir conversando hasta que entraron en el sendero que corría por detrás de la casa de Adam.

# X

## Dinah visita a Lisbeth

A las cinco de la tarde, Lisbeth bajó la escalera llevando una gran llave en la mano: era la de la estancia en que yacía el cadáver de su esposo. Durante todo el día, salvo en los accesos de dolor, la buena mujer había estado moviéndose sin cesar, cumpliendo los deberes para con el muerto con la solemnidad y exactitud propias de los ritos religiosos. Sacó su pequeña provisión de lienzo blanqueado al sol, guardado durante largos años para este uso supremo. Le parecía que fue ayer el día en que, muchos veranos atrás, dijo a Mathias dónde estaban los lienzos, a fin de que supiera con exactitud el lugar en que los encontraría en caso de morir ella, puesto que era la mayor de los dos. Luego limpió de toda impureza los objetos de la habitación sagrada y quitó las huellas de la ocupación diaria de la estancia. La ventanita que hasta entonces había dejado pasar libremente la helada luz de la luna o los primeros rayos del cálido sol, cuando aún dormía el viejo obrero, debía ser oscurecida con una tela blanca, porque aquel sueño era tan sagrado bajo las vigas desnudas como al amparo de los cielos rasos. Lisbeth remendó luego un antiguo y pequeño desgarrón en la punta de la colcha, que tenía unos dibujos a cuadros, pues era escaso y precioso el tiempo en que podría testimoniar su respeto y su amor por el cadáver, al que, en lo profundo de su pensamiento, atribuía cierta conciencia. Nuestros muertos no lo están por completo, para nosotros, hasta que los hemos olvidado. Podemos insultarlos y herirlos; ellos conocen nuestra penitencia y el dolor que nos causa ver vacío el lugar que antes ocupaban; y también ven los besos que damos a la más pequeña reliquia de su presencia. La

anciana mujer campesina cree, más que nadie, que sus muertos saben todo eso. Durante sus muchos años de lucha por la vida, Lisbeth había pensado en el entierro decente que le harían, y esperaba poder presenciar, aun después de morir, cómo la llevaban al cementerio y su marido y sus hijos seguían su cadáver; y ahora se decía que lo más importante de su vida era procurar que Mathias fuese enterrado con decencia ante sus ojos, debajo del espino blanco donde en una ocasión y en sueños creyó verse a sí misma en el ataúd, contemplando el resplandor del sol en el exterior y percibiendo los aromas de las flores que tanto abundaban el domingo en que, inmediatamente después del nacimiento de Adam, fue a la iglesia.

Ahora ya había terminado todo lo que podía hacer en la cámara mortuoria; todo lo llevó a cabo sola, con el único auxilio de sus hijos para levantar las cosas pesadas, pues no quería pedir ayuda a nadie del pueblo ya que no le gustaban mucho sus vecinas, y su amiga Dolly, la vieja ama de llaves de casa de maese Burge, que había acudido a darle el pésame aquella misma mañana, en cuanto se enteró de la muerte de Mathias, estaba casi ciega, y de poca utilidad podía serle. Cerró la puerta de la estancia y empuñando la llave se dejó caer fatigada en una silla que se hallaba fuera de su sitio, en el centro de la estancia, y donde en circunstancias normales no habría querido sentarse. La cocina no recibió aquel día ninguna de sus atenciones; la ensuciaron muchos pies llenos de barro y además estaba desordenada a causa de las ropas y de otros objetos fuera de lugar. Pero lo que en otra ocasión habría sido intolerable para los hábitos de orden y limpieza de Lisbeth, le parecía ahora muy apropiado; convenía que todo tuviese un aspecto extraño y desordenado, en vista de que el anciano había hallado su fin de forma tan triste. La cocina no debía tener, por consiguiente, el aspecto de que no había ocurrido nada. Adam, agotado por la agitación y por las cosas que había tenido que hacer aquel día, después de una noche de trabajo duro, se quedó dormido sobre un banco del taller; y Seth, que se hallaba en la parte trasera de la cocina, encendió un fuego de astillas para poner a hervir agua y persuadir a su madre de que tomase una taza de té, satisfacción que se permitía muy pocas veces.

En la cocina no había nadie cuando Lisbeth entró y se dejó caer

en una silla. Miró a su alrededor casi sin ver y apenas se fijó en el polvo y en la confusión que alumbraba melancólicamente el brillante sol de la tarde. En su mente todo le parecía triste y confuso, como suele ocurrir en las primeras horas siguientes a un dolor repentino, cuando la pobre alma humana se parece a un hombre a quien hubiesen dejado durmiendo entre las ruinas de una enorme ciudad y se despierta con asombro y temor a un tiempo, sin saber si el día nace o está muriendo, e ignorando por qué y cuál fue la causa de aquella escena de desolación o la razón de verse a sí mismo abandonado en el centro de aquel terrible lugar.

En otra ocasión, la primera idea de Lisbeth habría sido preguntarse dónde estaba Adam; pero la muerte inesperada de su marido lo devolvió, en aquellas primeras horas, al lugar que en sus afectos ocupara veintiséis años atrás. La pobre anciana olvidó las faltas del difunto, del mismo modo como olvidamos las tristezas de nuestra pasada infancia, y no pensó en nada más que en la bondad de su marido cuando era joven y en la paciencia de su ancianidad. Sus ojos continuaron mirando de un lado a otro, hasta que entró Seth y empezó a quitar alguna de las cosas desparramadas por allí y a desocupar la pequeña y redonda mesa con objeto de servir el té.

—¿Qué haces? —preguntó ella con cierta sequedad.

—Quiero que tomes una taza de té, madre —contestó Seth con acento tierno—. Te hará mucho bien; mientras tanto quitaré algunas de estas cosas para que la casa tenga mejor aspecto.

—¿Mejor aspecto? ¿Para qué? ¿Cómo puedes pensar en eso? Déjalo. Para mí ya no hay consuelo —exclamó, mientras las lágrimas iban asomando a sus ojos—. Ahora ha muerto tu pobre padre, para quien durante treinta años guisé, lavé y remendé, porque él siempre recibía con agrado cuanto yo le hiciera, y además era muy hábil en hacer los trabajos de la casa cuando yo estaba enferma, y hasta subía orgulloso la escalera para servirme; y luego, por espacio de ocho kilómetros, llevó en brazos a nuestro hijo, que pesaba como dos, sin gruñir hasta llegar a Wartson Wake, cuando yo quise ir a ver a mi hermana, que murió la Navidad siguiente. Y el pobre se ha ahogado en el arroyo que atravesamos el día de nuestra boda, al venir juntos a casa; me había construido infinitos estantes para poner los platos y la vajilla, y me mostraba su trabajo con gran orgullo, pues sabía que a mí gustaría. Y, sin embargo, el

pobre estaba condenado a morir sin que yo lo supiera, mientras dormía tranquilamente en mi cama y como si nada me importase su suerte. ¡Desgraciada de mí, que he vivido para ver eso! Ahora déjame, hijo mío. No quiero té. Y poco me importa comer y beber en adelante. Cuando se hunde el extremo de un puente, ¿qué importa que el otro siga conservando su solidez? Mejor sería que me muriese para ir con mi hombre. Estoy segura de que me necesita.

Entonces Lisbeth dejó de hablar y empezó a gemir, meciéndose al mismo tiempo en la silla. Seth, siempre tímido con su madre, y convencido de que no tenía ninguna influencia sobre ella, comprendió que sería inútil tratar de calmarla hasta que le hubiese pasado el acceso de dolor. Por eso se limitó a cuidar el fuego de la cocina y a doblar la ropa de su padre, que desde la mañana estaba colgada para que se secase; temía moverse demasiado en presencia de su madre y despertar su irritación.

En cuanto Lisbeth hubo llorado durante unos minutos, se interrumpió de pronto y dijo:

—Voy a ver a Adam, que no sé dónde ha ido. Quiero que suba conmigo la escalera antes de que anochezca, pues ya queda poco tiempo para contemplar el cadáver, Seth oyó estas palabras y, acercándose a su madre en el momento en que ésta se ponía en pie, le dijo:

—Adam está dormido en el taller, madre. Mejor sería no despertarlo, porque el pobre estaba muy fatigado a consecuencia del trabajo y de las preocupaciones.

—¿Despertarle? ¿Quién va a despertarle? Supongo que no le despertaré si voy a mirarle. Hace ya dos horas que no le veo, y hasta había olvidado casi que ha crecido y ya no es el niño que su padre llevaba en brazos.

Adam estaba sentado en un banco basto y tenía la cabeza apoyada en el brazo que descansaba en el largo banco de carpintero que se hallaba en el centro del taller. Al parecer se había sentado para descansar unos minutos y se quedó dormido, sin abandonar su expresión de preocupación triste y fatigada. Su rostro, que no había lavado desde el día anterior, estaba pálido y sucio. Tenía el cabello revuelto sobre la frente y los ojos parecían hundidos a consecuencia de la ansiedad y de la pena. Sus cejas estaban fruncidas y en todo el

semblante se advertía una expresión de cansancio y de tristeza. Gyp estaba visiblemente inquieto, porque se había sentado sobre su cuarto trasero y apoyaba el hocico en la extendida pierna de su amo. Y, alternativamente, lamía la mano que colgaba inerte y miraba con atención hacia la puerta. El pobre perro estaba hambriento y nervioso, pero no quería abandonar a su amo, aunque esperaba impacientemente un cambio en la escena. Así pues, cuando Lisbeth entró en el taller y se acercó a Adam con gran sigilo, enseguida fracasó su primera intención de no despertarle, pues la excitación de Gyp era demasiado grande para no proferir un corto ladrido. Adam abrió los ojos y vio a su madre de pie ante él. Ello no era muy distinto de lo que estaba soñando, pues mientras dormía había vuelto a vivir de un modo febril todo lo ocurrido desde que salió el sol, y en aquellas escenas siempre estaba presente su madre, agobiada por el dolor. La diferencia principal entre la realidad y la visión era que en su sueño Hetty se le aparecía constantemente, tomando parte como actriz en escenas en las que no tenía ninguna intervención. Hetty se hallaba junto al arroyo del Sauce y hacía enfadar a su madre entrando en la casa; y luego la encontraba con su hermoso trajecito mojado mientras recorría el camino bajo la lluvia para ir a Treddleston a avisar al coronen Pero siempre que aparecía Hetty era seguro que no tardaría en presentarse su madre; así que al abrir los ojos no le sorprendió verla a su lado.

—Hijo mío —exclamó inmediatamente Lisbeth, sintiendo de nuevo el impulso de echarse a llorar, pues el dolor reciente experimenta la necesidad de asociar la pérdida y el lamento con cualquier cambio de escena—. Ahora ya no tienes más que a tu vieja madre para que te atormente y sea una carga para ti. Tu pobre padre no te hará enojar nunca más y tu madre pronto irá a reunirse con él y ¡ojalá sea cuanto antes, porque ahora ya no soy buena para nadie! Una chaqueta vieja sirve para remendar otra, para nada más. Deberías casarte; tu mujer te remendará la ropa y te preparará la comida, en vez de tu anciana madre. ¡Yo no seré más que un estorbo sentada junto a la chimenea!

Adam empezó a agitarse inquieto, pues sobre todas las cosas, temía que su madre empezase a hablar de Hetty.

—Pero si tu padre viviera aún, jamás me iría para dejar el sitio libre a otra mujer, ya que él no habría sabido vivir sin mí, igual que

una hoja de tijera no sirve de nada sin su compañera. Deberíamos haber muerto los dos a la vez, y así yo no habría visto este día, y un solo entierro habría bastado.

Lisbeth hizo una pausa, pero Adam continuó sentado y sumido en un doloroso silencio. Aquel día le era imposible hablar con dureza a su madre, pero no por eso dejaban de irritarle sus quejas. La pobre Lisbeth no se daba cuenta de lo que le molestaba, igual que el perro herido no comprende que sus aullidos afectan los nervios de su amo. Como todas las mujeres quejumbrosas, se lamentaba con la esperanza de que la tranquilizasen, y al ver que Adam no decía nada, sintió deseos renovados de seguir quejándose con amargura.

—Comprendo que tú estarás mejor sin mí, porque así podrás ir donde quieras y casarte con quien te apetezca. Desde luego, yo no te diré nada; puedes traer a casa a quien quieras. Jamás abriré los labios para encontrar faltas en tu mujer, porque cuando las personas envejecen ya no sirven para nada y pueden estar contentas si tienen un bocado y un plato de sopa que llevarse a la boca sin que nadie les dirija malas palabras. Y si estás enamorado de alguna muchacha, aunque sea una malgastadora y no te traiga ninguna dote, cásate con ella, que yo no me opondré, ahora que tu padre está muerto y ahogado, porque ya no soy nadie ni valgo nada sin mi pobre marido.

Incapaz de seguir soportando aquello, Adam se levantó en silencio y salió del taller para dirigirse a la cocina. Pero Lisbeth le siguió:

—¿No quieres ir arriba a ver a tu padre? He terminado ya mi trabajo y me gustaría que fueses a verle, pues ya sabes que el pobrecillo estaba muy contento cuando le ponías buena cara.

Adam se volvió de pronto y dijo:

—Sí, madre. Vamos arriba. Ven, Seth, acompáñanos.

Subieron la escalera y durante cinco minutos reinó el silencio. Luego dieron de nuevo vuelta a la llave y resonaron pasos en la escalera. Pero Adam no volvió a bajar, pues estaba demasiado fatigado para soportar por más tiempo las quejas de su madre y se fue a descansar a su propia cama. En cuanto Lisbeth entró en la cocina y se sentó, se cubrió la cabeza con el delantal y empezó a sollozar, a gemir y a mecerse como antes. Seth pensó: «Ahora que

ya hemos ido a ver el cadáver de padre, poco a poco se irá tranquilizando». Y volvió a cuidar del fuego en la parte trasera de la cocina, esperando que lograría convencerla de que tomase una taza de té.

Durante al menos cinco minutos, Lisbeth estuvo meciéndose y profiriendo un ahogado gemido con cada movimiento; de pronto sintió una mano que le estrechaba las suyas con cariño y oyó una voz dulce y suave que decía:

—Hermana, el Señor me ha enviado para ver si puedo consolarla.

Lisbeth se detuvo para escuchar, aunque sin quitarse el delantal que le cubría la cabeza. Aquella voz le era desconocida. ¿Sería el espíritu de su hermana que, después de tanto años, volvía a su lado de entre los muertos?

Tembló y no se atrevió a mirar.

Creyendo Dinah que aquella pausa de extrañeza era un alivio en el dolor de la mujer, no dijo nada más y se limitó a quitarse el gorro. Luego, indicando a Seth con un gesto que guardase silencio, ya que el joven, al oír su voz, había acudido con el corazón palpitante, puso una mano sobre el respaldo de la silla de Lisbeth y se inclinó sobre ella para que advirtiese su amistosa presencia.

Lentamente Lisbeth separó el delantal y abrió sus ojos oscuros y turbios con timidez. Al principio no vio más que un rostro, un semblante pálido y puro animado por dos ojos grises y cariñosos completamente desconocidos para ella. Muy extrañada, creyó por un momento que quizá fuera un ángel. Pero cuando Dinah posó la mano en Lisbeth, la anciana la miró. Era una mano mucho más pequeña que la suya, pero no blanca ni delicada, pues Dinah no había llevado guantes en toda su vida y en ella se advertían las huellas del trabajo al que la joven se había dedicado desde la infancia. Lisbeth miró aquella mano con gran fijeza, y luego, dirigiendo otra vez los ojos al rostro de Dinah con más valor, exclamó sorprendida:

—¡Cómo! ¿Es una obrera?

—Sí. Soy Dinah Morris y trabajo en la fábrica de hilados cuando vivo en mi casa.

—¡Ah! —exclamó Lisbeth aún extrañada—. Ha llegado con tanto silencio como si fuera una sombra y ha hablado en mi oído como si

fuera un espíritu. Se parece mucho a una figura sentada que aparece en la nueva Biblia de Adam.

—Vengo de Hall Farm. Ya conoce a la señora Poyser. Es mi tía, que se ha enterado de su dolor y lo siente mucho. Yo he venido con objeto de consolarla un poco en su aflicción. Conozco a sus hijos Adam y Seth; sé que no tiene ninguna hija, y cuando el clérigo me ha contado que la mano de Dios se había apoyado pesadamente en usted, sentí el deseo de venir para ocupar en estos momentos dolorosos el lugar de la hija que no tiene, siempre que consienta en ello.

—Ahora ya sé quién es usted; es metodista, como Seth. Ya me ha hablado de usted —replicó Lisbeth algo enfadada pues, una vez desaparecida su extrañeza, volvía a sentirse dominada por la pena —. Estoy segura de que quiere demostrarme que el dolor es algo conveniente, como siempre me predica Seth. ¿Mas para qué sirve hablarme de eso? No puede mitigar mi pena con sus palabras y jamás me convencerá de que no habría sido mejor que mi viejo marido hubiese muerto en cama cuando le llegara la hora, acompañado del sacerdote. Yo le habría podido decir que no se preocupara por las malas palabras que le dirigí enfadada, y además le habría dado de comer y de beber mientras él pudiera hacerlo. ¡Pero morir en el agua fría, junto a la casa, y sin que nosotros lo supiéramos…, mientras yo dormía apaciblemente, como si jamás le hubiese pertenecido y él fuese un vagabundo que no importase a nadie!

Dicho esto, Lisbeth empezó a llorar y a mecerse de nuevo.

—Sí, querida amiga, su dolor es muy grande. Y daría pruebas de tener el corazón muy duro quien le dijera que su pena no debe ser inmensa. Dios no me ha enviado con objeto de mitigar su tristeza, sino para llorar con usted, suponiendo que quiera permitírmelo. Si tuviera preparado un gran festín y se divirtiera en compañía de sus amigos, le parecería un acto de bondad dejarme sentar y regocijarme con usted, porque creería que me sería agradable gozar de tan buenas cosas; pero yo quiero hoy compartir su dolor y su pena, y me sería muy duro que me negarais este favor. ¿Quiere que me quede? ¿No le molesta que haya venido?

—Nada de eso. ¿Quién le ha dicho que estoy enfadada? Ha sido muy buena al venir. Oye, Seth; dale un poco de té. Mucha prisa

tenías en hacérmelo tomar cuando yo no lo quería; en cambio, no te preocupas de prepararlo en el momento necesario. Pero, siéntese, siéntese. Es muy buena por haber venido, pues resulta muy desagradable atravesar a pie los campos mojados para venir a ver a una vieja como yo. No, no he tenido ninguna hija, y la verdad es que hasta ahora no lo sentí, porque las muchachas son muy caprichosas y hay que vigilarlas; siempre quise tener hijos, capaces de bastarse a sí mismos. Y como, por otra parte, los muchachos se casan luego, ya llegará la ocasión de tener hijas, y aun más de las que quisiera. Ahora prepárese el té como más le guste, pues hoy no tengo paladar para ocuparme de estas cosas. Todo lo que trago me parece tener el mismo sabor y todo me resulta doloroso.

Dinah se cuidó de dar a entender que ya había tomado el té y aceptó enseguida la invitación de Lisbeth, con objeto de lograr que la anciana comiese y bebiese, pues lo necesitaba después de un día de ayuno y de trabajo duro.

Seth estaba tan feliz de ver a Dinah que no pudo menos que pensar que valía la pena comprar su presencia con una vida en que el dolor siguiera incesantemente al dolor, pero inmediatamente se censuró a sí mismo, pues parecía como si se alegrase de la triste muerte de su padre. Sin embargo, la felicidad de estar con Dinah acabó triunfando. Era como la influencia del clima, que ninguna resistencia puede vencer. Y sus sentimientos se exteriorizaron de tal modo en su rostro, que incluso llamaron la atención de su madre.

—Ya veo que continúas pensando que el dolor es algo bueno, Seth, pues estoy segura de que te alegras. Parece como si no te dieras cuenta de nada, igual que cuando eras pequeño y estabas en la cuna despierto. Permanecías con los ojos abiertos, mientras que Adam siempre quería que lo sacasen en cuanto los abría. Tú no eras más que un montón de carne, y jamás te preocupabas por nada, aunque tu pobre padre era muy distinto. Pero mira del mismo modo que él —añadió Lisbeth volviéndose a Dinah—. Tal vez se deba a que es metodista. No le censuro por ello, pues aun cuando esta desgracia no le toca de cerca, parece estar realmente apenada. Si los metodistas buscan el dolor, no les faltará seguramente, y es una lástima que no puedan quitarlo a las personas a quienes no les gusta. Yo podría haberles dado tanto cuanto quisieran, pues cuando aún vivía mi pobre marido estaba angustiada de la mañana a la

noche, y ahora, que ya lo he perdido, me alegraría de volver a tenerlo a mi lado, aunque fuera en los momentos en que más me hacía sufrir.

—Sí —replicó Dinah cuidando de no contener ninguna de las quejas de Lisbeth, pues confiaba en sus más leves palabras y gestos, dotados de la dirección divina, y resultado de una compasión sincera e intensa—. Sí, recuerdo que cuando murió mi querida tía deseé incluso oír su horrible tos todas las noches, en lugar del silencio al que me condujo su muerte. Y ahora, querida amiga, tómese otra taza de té y coma un poco más.

—¡Cómo! —exclamó Lisbeth tomando la taza y hablando con un tono menos quejumbroso—. ¿De modo que es huérfana de padre y madre, y le causó tanto dolor la muerte de su tía?

—No conocí a mis padres, y mi tía, que no tenía hijos, me crió, y me dio tanto amor y ternura como si hubiese sido mi propia madre.

—Bastante hizo la pobre criándola desde la primera infancia sola. Pero estoy segura de que debía usted de ser muy buena, pues no tiene cara de haberse enfadado en toda la vida. ¿Y qué hizo usted al morir su tía, y por qué no vino a vivir aquí, siendo como es sobrina de la señora Poyser?

Al ver que había despertado la atención de Lisbeth, Dinah le refirió su historia desde sus primeros años y le contó cómo su tía la crió trabajando duro, y cómo era Snowfield, cuidad donde la vida resultaba muy difícil, y también le contó todos los detalles que podían interesarle. Mientras escuchaba, la anciana olvidó su enfado y su dolor, prendida como estaba, inconscientemente, de la influencia sedante del rostro y de la voz de Dinah. Poco después se dejó convencer de que había que limpiar la cocina, pues Dinah comprendió que el orden contribuiría a inclinar a Lisbeth a tomar parte en la oración que deseaba pronunciar junto a ella. Mientras tanto Seth, adivinando que la joven quería quedarse a solas con su madre, salió a partir leña.

Lisbeth la observaba mientras Dinah iba de un lado a otro y trabajaba apacible pero rápidamente.

—Veo que sabe lo que es orden y limpieza. Ya me gustaría tenerla por hija, y estoy segura de que no gastaría el dinero de mi hijo en trajes y caprichos. No se parece en nada a las muchachas de por aquí. No hay duda de que la gente de Snowfield es muy

diferente.

—La mayoría llevan una vida distinta —contestó Dinah—. Trabajan en diferentes cosas; algunos en la fábrica, muchos en las minas o en las poblaciones inmediatas. Pero en todas partes es igual el corazón del hombre, y tanto aquí como allí existen los hijos de este mundo y los hijos de la luz. En cambio, tenemos allí más metodistas que aquí.

—No sabía que las mujeres metodistas fuesen como usted, pues la esposa de Will Maskery, que, según creo, es una gran metodista, tiene un aspecto muy desagradable. Por mi parte preferiría mirar a un sapo que a ella. Le agradecería mucho que se quedara a dormir, pues mañana me encantaría encontrarla aquí. Aunque tal vez le estarán aguardando en casa de maese Poyser.

—No —contestó Dinah—, no me esperan, y, si me lo permite, me gustaría mucho quedarme.

—Tenemos bastante sitio. Hay una cama hecha en el cuartito inmediato a la cocina, así podría dormir junto a mí. Me gustaría mucho oírla hablar durante la noche, pues lo hace de un modo muy agradable. Sus palabras me recuerdan el parloteo de las golondrinas que había el año pasado bajo el alero del tejado, cuando empezaban a cantar suavemente al amanecer. Mi pobre marido quería mucho a esos pájaros, igual que Adam. Pero este año no han vuelto. Quizás hayan muerto también.

—Bueno —dijo Dinah—. Ya está limpia la cocina, y ahora, querida madre, puesto que esta noche seré su hija, quisiera que se lavase la cara y se pusiera un gorro limpio. ¿Recuerda lo que hizo David cuando Dios le quitó a su hijo? Mientras el niño estaba vivo, el rey ayunó y rogó a Dios que se lo conservara, y no quiso comer ni beber, sino que permaneció toda la noche tendido en el suelo, rezando a Dios por su hijo. Pero al saber que había muerto se puso de pie, se lavó y se ungió, cambió de traje, comió y bebió. Y cuando le preguntaron cómo era que había olvidado el dolor, a pesar de estar muerto su hijo, contestó: «Cuando el niño vivía aún, ayuné y lloré, porque decía: “¿Quién sabe si Dios será misericordioso conmigo y me concederá la vida de mi hijo?”. Pero ahora que ya ha muerto, ¿para qué ayunar si no puedo devolverle la vida? Yo puedo ir a reunirme con él; pero él, en cambio, no volverá a mi lado».

—Eso sí que es verdad —replicó Lisbeth—. En efecto, mi pobre

marido no volverá a mi lado, aunque yo puedo ir a reunirme con él… Y cuanto antes, mejor. En fin, haré lo que quiera. En ese cajón hay un gorro limpio y ahora iré a la cocina a lavarme la cara. Mientras tanto, Seth, podrías buscar la Biblia nueva de Adam, aquella que tiene dibujos, y Dinah nos leerá un capítulo. ¡Oh, me gustan mucho estas palabras: «Yo puedo ir a reunirme con él; pero él, en cambio, no volverá a mi lado»!

Dinah y Seth daban mentalmente gracias a Dios por el consuelo que, al parecer, había recibido Lisbeth. Era precisamente lo que Dinah buscaba, valiéndose de su simpatía y absteniéndose de cualquier tipo de exhortación. Desde su infancia no había dejado de tener continuas experiencias entre los enfermos y los dolientes, entre las gentes endurecidas y encallecidas por la pobreza y por la ignorancia, y había adquirido una percepción sutil sobre el mejor modo de conmoverles o consolarles y suavizar sus sentimientos para que recibiesen con gusto palabras de consuelo o ayuda espiritual. Y, como ella misma decía, «Nunca se sintió abandonada, sino que siempre recibió ayuda para saber cuándo debía guardar silencio y cuando podía hablar». ¿No convenimos todos en llamar inspiración al pensamiento rápido y al impulso noble? Después de nuestro análisis más sutil del proceso mental, hemos de decir, como lo hizo Dinah, que nuestros pensamientos más elevados y nuestras mejores acciones nos han sido dados.

Y así, en la pequeña cocina hubo aquella tarde sinceras oraciones, fe, amor y esperanza. Y la pobre anciana y dolorida Lisbeth, sin comprender claramente ninguna idea y sin sentir ninguna emoción religiosa, tuvo una vaga sensación de la bondad, del amor y de algo justo y conveniente que se hallaba debajo y más allá de su dolorosa vida. No podía comprender el dolor, pero en aquellos momentos y bajo la suave influencia del espíritu de Dinah, se dijo que debía ser paciente y estar tranquila.

# XI

## En la casita

A las cuatro y media de la mañana siguiente, Dinah, harta de estar despierta en la cama y de escuchar a los pájaros, y observando que aumentaba la luz que atravesaba la ventanita de la buhardilla, se levantó y empezó a vestirse sin hacer ruido para no despertar a Lisbeth. Pero en la casa alguien se movía ya y bajaba la escalera precedido por Gyp. Los pasos del perro indicaban que quien estaba levantado era Adam y que se había dirigido a la planta baja; pero Dinah se figuró que sería Seth, pues le habían contado que Adam había pasado toda la noche anterior trabajando y sin dormir. Por su parte, Seth se despertó al oír cómo se abría la puerta. La excitación del día anterior, aumentada por la inesperada presencia de Dinah, no había sido contrarrestada por ningún cansancio físico, pues no había trabajado como de costumbre, y así, al acostarse, sólo pudo cerrar los ojos después de varias horas de nerviosismo, y se despertó más tarde de lo acostumbrado.

En cambio Adam había dormido profundamente, y con su habitual impaciencia y su poco gusto por el ocio, se disponía a empezar el nuevo día y a vencer la tristeza a fuerza de voluntad y de trabajo vigoroso. El valle se veía cubierto por la niebla y el día se anunciaba brillante y caluroso; Adam se disponía a reanudar el trabajo en cuanto hubiese desayunado. «Mientras un hombre pueda trabajar, no hay nada insoportable —se dijo—. No cambia la naturaleza de las cosas, aunque parece como si la propia vida no fuese más que una sucesión de cambios. El cuadrado de cuatro es dieciséis y se puede alargar la palanca en proporción con el peso de uno mismo; eso es tan verdad si un hombre es feliz como si se

siente desgraciado; y lo mejor del trabajo es que le obliga a uno a fijarse en cosas que nada tienen que ver con la situación en que se encuentra».

Mientras derramaba agua fresca sobre su cabeza, se sintió de nuevo dueño de sí mismo; sus ojos negros brillaban con la misma agudeza que de costumbre y hacían juego con su espeso cabello oscuro y reluciente a causa de la humedad. Entró en el taller en busca de la madera destinada al ataúd de su padre con intención de llevarla, en compañía de Seth, al taller de Jonathan Burge para que uno de los obreros hiciese el féretro y su madre no presenciase la operación en su propia casa.

Apenas había entrado en el taller cuando su oído percibió un rápido y ligero paso en la escalera que, sin duda, no pertenecía a su madre. Cuando el día anterior había llegado Dinah, él ya estaba acostado, así que se preguntó a quién podían pertenecer aquellos pasos. Se le ocurrió una idea insensata que le emocionó intensamente. ¿Y si fuese Hetty? Desde luego era la última persona a quien podía imaginar en su casa. No se atrevió a averiguarlo por sus propios ojos y tener la prueba clara y evidente de que era otra persona. Se quedó apoyado en un tablón de madera, escuchando los sonidos que su imaginación interpretaba de forma tan agradable, y su enérgico rostro expresó una tímida ternura. Los ligeros pasos se movieron por la cocina, y luego se oyó el roce de la escoba contra el suelo, con un ruido apenas mayor que la leve brisa que hace correr las hojas de otoño por el polvoriento sendero. Y Adam vio en su imaginación un rostro cubierto de hoyuelos, iluminado por unos ojos brillantes y oscuros, sonriendo traviesamente, y una figura armoniosa que se inclinaba para coger el palo de la escoba. Era una tontería, pues aquélla no podía ser Hetty. El único modo de sacarse de la cabeza aquella idea era ir a ver quién estaba en la cocina, pues su fantasía se inclinaba cada vez al engaño mientras permanecía allí de pie y con el oído atento. Así, soltó el tablón y se acercó a la puerta de la cocina.

—¿Cómo está, Adam Bede? —preguntó Dinah con voz apacible, interrumpiendo su barrido y fijando en él su mirada suave y grave —. Espero que habrá descansado y se sentirá con fuerzas para soportar el calor del día que se anuncia.

Aquello era como soñar con la luz del sol y despertarse a la de la

luna. Adam había visto varias veces a Dinah, pero siempre en Hall Farm, donde apenas se daba cuenta de ninguna presencia femenina exceptuando la de Hetty, y sólo hacía uno o dos días que había empezado a sospechar que su hermano Seth estaba enamorado de ella, de modo que no había querido fijarse en la joven por consideración a su hermano. Pero ahora, la figura esbelta, el traje sencillo y negro y el rostro pálido y sereno de Dinah le impresionaron con toda la fuerza que tiene una realidad junto a una fantasía. Por un momento no contestó, sino que la miró con la expresión concentrada y escrutadora que el hombre dirige al objeto que repentinamente empieza a interesarle. Dinah, por vez primera en su vida, sintió una dolorosa conciencia de sí misma; en la penetrante mirada de aquel hombre había algo muy distinto de la suavidad y timidez de su hermano Seth. Se sonrojó un poco, y cuando lo notó, se sonrojó todavía más. Y eso dio a entender a Adam la inconveniencia de su ensimismamiento.

—Me ha sorprendido —dijo—; le agradezco mucho su bondad por haber venido a visitar a mi madre en su dolor —añadió con tono cariñoso y lleno de gratitud, pues enseguida dedujo el objeto de la presencia de la joven—. Espero que mi madre le habrá agradecido su visita —dijo, preguntándose no sin cierta inquietud cuál habría sido la acogida que había dispensado a la joven.

—Sí —contestó Dinah reanudando su trabajo—. Después de un rato pareció reconfortada, y esta noche ha descansado muy bien. Cuando la he dejado, estaba profundamente dormida.

—¿Quién llevó la noticia a Hall Farm? —preguntó Adam mientras sus pensamientos se fijaban en uno de los habitantes de aquella casa, y se preguntaba si *ella* se habría apenado por lo ocurrido.

—Me lo dijo el señor Irwine, el clérigo, y mi tía se compadeció tanto de su madre al saberlo que deseó que yo viniese. Estoy segura de que también mi tío lo habrá sentido mucho al enterarse, pero durante todo el día de ayer estuvo en Rosseter. Estoy convencida de que todos esperan su visita cuando pueda ir por allá, pues es usted siempre bien venido en Hall Farm.

Gracias a sus dotes de adivinación, Dinah sabía que Adam deseaba enterarse de si Hetty había dicho algo acerca de su desgracia. Pero la joven era demasiado sincera para mentir, aun con

buena intención, y mí, se las había ingeniado para decir algo que comprendiese tácitamente a Hetty. El amor tiene la costumbre de engañarse a sí mismo de un modo consciente, como un niño que juega al escondite solo. Se complace con seguridades que, al mismo tiempo, se niega a creer. Adam se sintió tan contento por lo que Dinah acababa de decir que, de momento, no pensó en nada más que en la próxima visita que haría a Hall Farm, esperando que entonces Hetty le trataría con más benevolencia que en otras ocasiones.

—Y usted, ¿no se quedará por aquí? —preguntó a Dinah.

—No. El sábado regreso a Snowfield y tengo que salir temprano hacia Treddleston, a fin de llegar a tiempo para tomar el carro que va a Oakbourne. Por esta razón me veo obligada a regresar esta noche a la granja, así podré pasar el último día en compañía de mi tía y de sus hijos. Pero en caso de que su madre lo desee, hoy puedo quedarme; ayer pareció que su corazón me cobraba cierto afecto.

—En tal caso, también querrá que se quede hoy. Cuando madre se aficiona a una persona a primera vista, es indudable que llega a cobrarle cariño; pero es curioso pues, por regla general, no le gustan las mujeres jóvenes. No obstante —añadió Adam sonriendo —, eso no es razón para que no le sea simpática.

Hasta entonces Gyp había asistido en silencio a esta conversación, sentado sobre su cuarto trasero y observando el rostro de su amo y los movimientos de Dinah por la cocina alternativamente. La bondadosa sonrisa con que Adam pronunció estas últimas palabras debió de parecer decisiva a Gyp con respecto a la acogida que se reservaba a la joven, pues cuando ella se volvió tras dejar la escoba en un rincón, trotó hacia ella y apoyó el hocico en su mano de un modo amistoso.

—Ya ve que Gyp se da la bienvenida —dijo Adam—. Y tenga en cuenta que le cuesta bastante admitir a los desconocidos.

—¡Pobre perro! —dijo Dinah acariciando el áspero pelaje gris—. Los pobres seres mudos me dan la sensación de que desean hablar, pero que hay alguna razón desconocida que se lo impide. Siempre me dan lástima los perros, aunque quizás no sea necesario. Es posible, sin embargo, que sientan más de lo que pueden darnos a entender, si pensamos que nosotros mismos apenas podemos expresar la mitad de lo que sentimos.

Seth bajó entonces y le complació encontrar a Adam hablando con Dinah, pues deseaba que su hermano se convenciese de lo mucho mejor que era esa mujer comparada con las demás. Pero después de algunas palabras amables, Adam volvió a meterse en el taller para hacer cálculos con relación al ataúd y Dinah continuó su limpieza.

A las seis de la mañana se sentaban todos a desayunar en compañía de Lisbeth, en una cocina tan limpia como ella misma podía haberla dejado. La ventana y la puerta estaban abiertas y el aire de la mañana traía el aroma del tomillo y de los rosales silvestres del jardincito que había a un lado de la casa. Al principio Dinah no se sentó, y sirvió de pie el potaje caliente y la torta de avena tostada que había preparado según la costumbre de aquella casa después de preguntar a Seth qué les daba su madre cada mañana. Lisbeth había guardado silencio desde que bajó la escalera; al parecer, necesitaba algún tiempo para ajustar sus ideas al estado actual de las cosas. Le parecía ser una gran señora que bajaba de su habitación para encontrarse todo el trabajo listo y para sentarse luego y ser servida. Sus nuevas sensaciones parecieron alejar el recuerdo de su dolor. Por fin, después de probar el potaje, dijo:

—Pero ¿cómo ha podido hacer el potaje? Puedo comerlo sin que se me revuelva el estómago. Estaría mejor un poco más espeso; además yo le pongo unas hojas de menta. De todos modos, usted no podía saberlo. Mis hijos son incapaces de hacerse el potaje solos, de modo que han tenido suerte de que usted se ocupase de él. Y debo admitir que es una joven muy trabajadora y que ha limpiado perfectamente la casa.

—¡Ya lo creo! —exclamó Adam—. A mi juicio no podría estar mejor.

—Tú no entiendes de eso. Los hombres jamás saben si se ha fregado el suelo o si el gato lo ha lamido. Lo único que detectáis es cuándo se quema un guiso. Yo no os lo doy nunca quemado, y si quisierais, comprenderíais que vuestra madre todavía sirve para algo.

—Dinah —dijo Seth—, haga el favor de sentarse y desayunar. Ya estamos todos servidos.

—Sí, siéntese —exclamó Lisbeth—. Y coma. Bien que lo necesitará después de trabajar tanto. Venga —añadió en tono de

quejumbroso alecto cuando Dinah se sentaba a su lado—. Sentiré mucho que se marche; ya veo que no podrá quedarse por más tiempo. Prefiero estar sola con usted esta tarde que en compañía de mucha gente.

—Si quiere me quedaré esta noche —dijo Dinah—. No tendría inconveniente en permanecer más en su casa, pero el caso es que el sábado vuelvo a Snowfield y debo pasar todo el día de mañana en compañía de mi tía.

—No vuelva allá… Mi marido nació en la región de Stonyshire, pero salió de allí en su juventud, e hizo bien, porque, según decía, allí no había madera y, por consiguiente, era un lugar muy malo para un carpintero.

—¡Ah! —exclamó Adam—. Recuerdo que cuando yo era pequeño, padre me dijo un día que, en caso de cambiar de residencia, lo haría siempre hacia el sur, pero no estoy seguro de eso. Barde Massey dice, y él conoce el sur, que los hombres del norte son de mejor raza que los del sur, de cabeza más dura y de cuerpo más robusto, así como de mayor estatura. Y luego dice que algunos de esos condados son tan llanos como la palma de la mano y que no es posible ver nada a gran distancia sin encaramarse a lo alto de los arboles más elevados. Yo no podría resistirlo. Me gusta ir a trabajar por un camino que ascienda un poco por la montaña y ver los campos a muchos kilómetros alrededor, un puente o una ciudad, y alguno que otro campanario. Entonces parece que el mundo es muy grande y uno se da cuenta de que existen otros hombres que trabajan con la cabeza y con las manos, como uno mismo.

—A mí me gustan más las montañas —dijo Seth— cuando las nubes se hallan por encima de nuestras cabezas y se ve el sol brillar a lo lejos; he contemplado varias veces este espectáculo, sobre todo en días de tormenta. Y me parece como si aquello fuese el cielo, donde sólo existe la alegría y la luz del sol, a pesar de que la vida es oscura y nebulosa.

—Pues a mí me gusta mucho Stonyshire —observó Dinah—. No quisiera volver el rostro hacia las regiones ricas en trigo y en ganado y donde la tierra es tan llana y fácil de recorrer, ni volver la espalda a las montañas donde los pobres llevan una vida dura y miserable y los hombres pasan el día en las minas, lejos de la luz

del sol. Es una bendición, en un día gris y frío, cuando el cielo se oscurece sobre las montañas, sentir el amor de Dios en el alma y llevarlo a las casas de piedra, solitarias y desnudas, donde no hay nada más que pueda consolar a la gente.

—Bien hace al hablar de este modo —dijo Lisbeth—. Sus palabras me recuerdan las campanillas blancas, que viven días y días en el jarro sin nada más que una gota de agua y unos momentos de sol; pero la gente hambrienta haría mucho mejor abandonando las regiones miserables. Cuando la torta es pequeña, conviene que sean pocos los que la coman. En cuanto a ti —añadió mirando a Adam—, no hables de ir al sur y al norte, dejando a tus padres en el cementerio para vivir en un país que no conoces. Estoy segura de que no descansaría bien en la tumba si no te viese los domingos en el cementerio.

—No temas —dijo Adam—. Si estuviera decidido a marcharme, ya lo habría hecho. —Ya había tomado su desayuno y se puso de pie mientras pronunciaba estas últimas palabras.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Lisbeth—. ¿Construirás el ataúd de tu padre?

—No, madre —contestó Adam—. Llevaremos la madera al pueblo para que lo hagan allí.

—No, hijo mío —exclamó Lisbeth en tono quejumbroso—. No debes permitir que nadie más que tú construya el ataúd de tu padre. ¿Quién lo haría tan bien? Y él, que sabía distinguir la calidad del trabajo, agradecerá que su hijo, que es el mejor y más inteligente carpintero del pueblo y hasta de Treddleston, haga su ataúd.

—Bueno, madre. Si así lo quieres, lo construiré. Creí que no te gustaría oír que se hacía este trabajo aquí.

—¿Y por qué no habría de gustarme? Es como debe ser. Y además, ¿qué tiene que ver que me guste o que no me guste? En este mundo he tenido que soportar muchas cosas que no me gustaban y nunca he podido elegir. Cuando la boca no puede distinguir sabores, lo mismo es comer una cosa que otra. Deberías empezar el ataúd esta misma mañana, pues no quisiera que lo tocase nadie más que tú.

Los ojos de Adam se fijaron en Seth, quien lo miró a su vez con cierta ansiedad después de contemplar a Dinah.

—No, madre —dijo—. Si hay que hacerlo en casa, tampoco

querré que nadie, a excepción de Seth, ponga en él las manos. Pero he de ir al pueblo esta misma mañana, pues debo ver el señor Burge, y Seth podría quedarse en casa para empezar el ataúd. Volveré hacia las doce, y entonces él podrá marcharse.

—No, no —insistió Lisbeth empezando a llorar—. Me darías un disgusto si no haces tú solo el ataúd de tu padre. Eres tan hábil y vigoroso que tu madre cree que podrás realizar solo la tarea. Con frecuencia te enojaste contra tu padre durante su vida, y ahora que nos ha dejado has de portarte mejor con él. Estáte seguro de que él nunca hubiese encargado a Seth la construcción de mi ataúd.

—No digas nada más, Adam, cállate —añadió Seth cariñosamente, aunque advertía que hacia un esfuerzo para hablar —. Madre tiene razón. Yo iré a trabajar y tú puedes quedarte en casa.

Inmediatamente se dirigió al taller, seguido por Adam, mientras que Lisbeth, obedeciendo de modo automático a sus viejas costumbres, empezó a sacar la mesa, como si quisiera indicar que Dinah no tenía que seguir ocupando su lugar. La joven no dijo una palabra y aprovechó la oportunidad de reunirse, sin hacer ruido, con los dos hermanos que estaban en el taller.

Ambos se habían puesto ya los delantales y los gorros de papel, y Adam estaba de pie, con la mano izquierda apoyada en el hombro de Seth, mientras que con el martillo, que sostenía en la otra mano, mostraba algunos tablones a su hermano. Los dos volvían la espalda a la puerta por la que entró Dinah, y ésta se acercó a ellos con tanto silencio que no se dieron cuenta de su presencia hasta oír su voz.

—Seth Bede.

Seth se sobresaltó y ambos hermanos volvieron el rostro. Dinah, que parecía no ver a Adam, fijó los ojos en el rostro de Seth y añadió con acento bondadoso y tranquilo:

—No me despido todavía. Le volveré a ver cuando vuelva del trabajo. Con tal de que yo llegue a la hacienda antes de oscurecer, ya estará bien.

—Gracias Dinah. Me gustaría acompañarla otra vez a su casa. Quizás será la última vez.

La voz de Seth temblaba ligeramente. Dinah extendió la mano y dijo:

—Hoy reinará la paz en su mente, Seth, a causa de la ternura y

la paciencia que ha demostrado con su anciana madre.

La joven se volvió y salió del taller con tanta rapidez y silencio como había entrado. Adam la había estado observando, aunque ella no le había mirado. Y en cuanto se hubo marchado, dijo:

—No me extraña que la ames, Seth; su rostro es como un lirio.

El alma de Seth se asomó a sus labios y a sus ojos. Nunca había confesado su secreto a Adam y experimentó una sensación deliciosa de alivio al contestar:

—Sí, Adam, la amo, y me temo que demasiado. Pero ella no me corresponde, ya que solamente tiene por mí el amor que un hijo de Dios siente por otro. Jamás querrá un hombre como marido.

—No, muchacho. Eso no puede asegurarse. No debes perder el ánimo. Es una mujer hecha con materiales más finos que las otras. Eso es evidente. Pero si las aventaja en otras cosas, no creo que carezca de la facultad de amar.

No dijeron nada más. Seth salió en dirección al pueblo y Adam empezó la construcción del ataúd.

«Dios le ayude, y también a mí —pensó mientras levantaba el tablón—. Nos parecemos bastante en que ambos creemos que la vida es un trabajo muy duro y que hemos de esforzarnos mucho, tanto con nuestras manos como con nosotros mismos. Es muy raro que un hombre sea capaz de levantar una silla con los dientes y andar así ochenta kilómetros, y, sin embargo, se ponga a temblar y sienta frío y calor cuando lo mira una joven determinada, para él muy diferente de todas las demás mujeres del mundo. No podemos explicar este misterio; pero es verdad que tampoco comprendemos cómo germina una semilla».

# XII

## En el bosque

Aquel mismo jueves por la mañana, mientras Arthur Donnithorne iba de un lado a otro por su vestidor, contemplándose en los espejos antiguos y mirando de vez en vez un tapiz de color verde oliva en el que se veía la figura de la hija del faraón y sus doncellas cuidando del niño Moisés, sostenía una discusión consigo mismo, y en el momento en que su criado le colgaba del hombro el cabestrillo de seda negra, llegó a una resolución definitiva.

—Me propongo ir a Eagledale a pescar durante una semana más o menos —dijo en voz alta—, y vendrás conmigo, Pym. Saldremos esta mañana, de modo que procura estar preparado a las once y media.

El silbido que le ayudó a tomar esta resolución se convirtió en una fuerte voz de tenor, y cuando pasaba por el corredor entonó su canción favorita de la *Opera Beggar's*: «Cuando el corazón del hombre está agobiado por los cuidados». No era ningún canto heroico, pero él, por su parte, se sentía héroe al dirigirse hacia las cuadras para dar órdenes en relación a los caballos. Necesitaba su propia aprobación, y alegrarse gratuitamente no era ningún tipo de aprobación, pues para conseguirla convenía adquirir cierta cantidad de mérito. Jamás desdeñó tal aprobación, y tenía una fe considerable en sus propias virtudes. Ningún joven era capaz de confesar sus faltas con mayor sinceridad, pues ésta era una de sus virtudes favoritas. ¿Y cómo se notará la sinceridad de un hombre plenamente si no puede hablar de algunos fracasos de esa misma virtud? Además, tenía la

seguridad absoluta de que sus faltas provenían de su carácter generoso e impetuoso, que eran debidas a su sangre caliente, leonina; que jamás se arrastraba ni se valía de habilidades o de argucias. No era posible que Arthur Donnithorne hiciese nada que fuese bajo, cobarde o cruel: «No. Soy un individuo capaz de meterme en cualquier dificultad, pero nunca he eludido las consecuencias». Por desgracia, no hay justicia poética inherente a las dificultades, que a veces se niegan de un modo obstinado a infligir sus peores consecuencias en el primer pecador, a pesar de que éste exprese su deseo en voz alta. Y sólo a causa de esta deficiencia en el orden de las cosas, Arthur pudo, aparte de complicarse él, complicar a otra persona en un suceso desagradable. Era un muchacho bondadoso y sus ideas para el futuro, cuando entrase en posesión de la propiedad, comprendían un estado próspero, la satisfacción de sus arrendatarios, que adorarían a su señor, el cual sería un modelo de caballero inglés, pues tendría su mansión en magnífico estado; en todas partes se advertiría una elegancia exquisita: los criados serían muy agradables, tendría la mejor cuadra de Loamshire, la bolsa abierta para cualquier beneficio público y, en una palabra, la situación sería lo más distinta posible de la que en la actualidad se asociaba con el nombre de Donnithorne. Y una de las primeras y buenas acciones que llevaría a cabo en aquel futuro sería aumentar el beneficio de Irwine en el vicariato de Hayslope, con objeto de que pudiese sostener un carruaje para su madre y sus hermanas. Su cordial afecto hacia el rector le venía de la infancia. Era un afecto en parte filial y en parte fraternal; lo bastante fraternal para que prefiriese la compañía de Irwine a la de otros hombres más jóvenes, y filial en que procuraba evitar que Irwine desaprobara su conducta.

Ya se advierte que Arthur Donnithorne era un buen muchacho y así le consideraban sus compañeros de estudios. No podía ver a nadie en un apuro. Habría lamentado en extremo, aun en sus momentos de mayor irritación, que le ocurriese algo desagradable a su abuelo; y su tía Lydia gozaba también del beneficio de la blandura de corazón que experimentaba hacía el sexo femenino en general. A la cuestión de si tendría bastante dominio sobre sí mismo como para ser siempre tan inofensivo y deseoso de hacer bien como le dictaba su buen corazón, nadie habría podido responder. Sólo

tenía veintiún años, según recordará el lector, y, por otra parte, no se hacen demasiadas preguntas sobre el carácter de un individuo guapo, generoso y joven que en el porvenir gozará de propiedad suficiente para pagarse numerosos pecadillos; un individuo que, si alguien sufriera un accidente a causa de su imprudente modo de conducir, podría otorgarle una buena pensión vitalicia; o quien, si llegase a mancillar la existencia de una mujer, la compensaría con caros bombones, empaquetados y dedicados con sus manos. Sería ridículo mostrarse exigente y analítico en tales casos, como si se hiciesen investigaciones acerca del carácter de un empleado de confianza. Empleamos epítetos caballerescos de sentido general y poco preciso para un joven de buena cuna y rico; y las damas, con la fina intuición que caracteriza a su sexo, advierten en el acto que es alguien «agradable». Lo más natural sería que atravesara la vida sin escandalizar a nadie, que fuese un digno barco que nadie se negaría a asegurar. Es cierto que los buques están sujetos a eventualidades que a veces ponen en terrible evidencia algún defecto de construcción, que jamás se habría descubierto en aguas tranquilas; y muchos «buenos muchachos» han sufrido semejante traición a causa de una combinación desastrosa de las circunstancias.

Pero no tenemos ninguna base firme para hacer augurios desfavorables sobre Arthur Donnithorne, que aquella misma mañana demostraba ser capaz de una prudente resolución fundada en la conciencia. Una cosa resultaba clara. La naturaleza cuidó de que jamás se extraviara quedando satisfecho de sí mismo; nunca iría más allá de la frontera del pecado, pues se veía perpetuamente atacado desde el lado opuesto de la frontera. Jamás sería un cortesano del vicio ni llevaría en el ojal sus condecoraciones.

Serían entonces las diez de la mañana, y el sol difundía su luz brillante; todo parecía más bonito a causa de la lluvia del día anterior. En tales mañanas resulta muy agradable pasear por el camino lleno de grava que conduce a las cuadras propias mientras se medita una excursión. Pero el olor de las cuadras que, en el orden natural de las cosas, debería formar parte de las influencias calmantes de un hombre, siempre irritaba un poco a Arthur. En las cuadras no podía obrar a su antojo, porque todo era gobernado con la mayor exactitud y precisión. Su abuelo insistía en conservar

como jefe de las caballerizas a un viejo mastuerzo a quien nadie podía apartar de sus costumbres, y que tenía el permiso de contratar a sus subordinados, uno de los cuales recientemente había probado un par de tijeras cortando una faja oblonga en el pelaje de la yegua baya de Arthur. Tal estado de cosas era, naturalmente, desagradable; uno puede resignarse a las molestias de la casa, pero el hecho de que la cuadra sea una escena de vejaciones y disgustos es algo que el hombre no puede soportar mucho tiempo sin riesgo de caer en la misantropía.

El rostro del viejo John, arrugado y de un color parecido a la madera, fue la primera cosa que vieron los ojos de Arthur al entrar en el patio de la cuadra, y le quitó toda la satisfacción que podían haberle causado los ladridos de los dos mastines que vigilaban la cuadra. Nunca había podido hablar con paciencia con aquel viejo imbécil.

—Procure que Meg esté ensillada para mí y la lleven a la puerta de la casa a las once y media. También necesitaré a Rattler para Pym a la misma hora. ¿Ha entendido?

—Sí, ya lo oigo, capitán —dijo el viejo John siguiendo a su joven amo al interior de la cuadra.

El caballerizo consideraba que un joven señor es un enemigo natural de un servidor antiguo, y también creía que los jóvenes en general sirven muy poco a los progresos del mundo.

Arthur entró con objeto de acariciar a Meg, procurando al mismo tiempo no mirar la cuadra para no ponerse de malhumor antes del desayuno. El magnífico animal estaba en uno de los compartimientos interiores, y volvió su fina cabeza al notar la aproximación de su amo. El diminuto *spaniel* Trot, que era el compañero inseparable de la yegua en la cuadra, estaba cómodamente enroscado sobre su grupa.

—Bien, Meg, bonita mía —dijo Arthur acariciándole el cuello—. Esta mañana vamos a dar un magnífico paseo.

—Nada de eso, señor. No podrá ser —dijo John.

—¿Por qué?

—Porque está coja.

—¿Está coja? ¿Qué quiere decir?

—Pues que el muchacho la acercó demasiado a los caballos de Dalton y uno de ellos se le echó encima y la yegua ha quedado con

la canilla de la pata anterior magullada a causa del golpe.

El juicioso historiador se abstiene de narrar con precisión lo que siguió. Ya se comprende que allí se oyeron palabras gruesas y también algunas voces acariciadoras, mientras el joven examinaba la pata del animal; que John estaba tan poco emocionado como si fuese un bastón esculpido, y que Arthur Donnithorne traspuso las puertas de hierro del patio de la cuadra sin cantar, como había hecho al llegar.

Estaba furioso. En la cuadra no había otra montura para él y para su criado, aparte de Meg y Rattler. Era muy molesto. Y precisamente cuando quería ausentarse durante una o dos semanas. Le pareció que la providencia era culpable por permitir tal combinación de circunstancias. Por si fuera poco estar encerrado en el cazadero con un brazo roto, cuando todos los compañeros de regimiento se divertían en Windsor…, encerrado con su abuelo, que sentía por él el mismo cariño que tenía por sus escrituras en pergamino… había que discutir a cada momento todas las decisiones del gobierno de la casa y de la propiedad. En tales circunstancias un hombre no tiene más remedio que ponerse de malhumor, y esta irritación ha de exteriorizarla de un modo u otro.

«Salkeld se habría bebido una botella de Oporto cada día —murmuró—. Pero yo no estoy bastante maduro para eso. En fin, puesto que no puedo ir a Eagledale, iré a galopar un poco con Rattler en dirección a Norburne, y almorzaré con Gawaine».

Debajo de esta resolución explícita había otra implícita. Si almorzaba con Gawaine y se entretenía charlando con él, no volvería al cazadero hasta cerca de las cinco, de modo que ya no podría ver a Hetty en la habitación del ama de llaves; y cuando saliera ésta para volver a su casa, él habría cenado y tendría pereza de salir, y así no correría peligro de ver a la joven. En realidad, no había nada malo en mostrarse bondadoso con la chica y casi prefería poder contemplar a Hetty por espacio de media hora que bailar con media docena de muchachas hermosas en cualquier fiesta. Pero quizás haría mejor en no fijarse más en ella. Eso la haría crearse expectativas, según había observado Irwine; aunque Arthur, por su parte, creía que las muchachas no eran tan blandas como para eso, ni se impresionaban con tanta facilidad; en realidad, siempre había pensado que eran dos veces más frías y astutas que él

mismo. Y en cuanto a perjudicar realmente a Hetty, no había que pensar en ello; Arthur Donnithorne aceptaba con absoluto rigor la obligación que él mismo se imponía.

Así, el sol de mediodía le vio galopar hacia Norburne y, por suerte, halló en su camino la oportunidad de hacer saltar un poco a Rattler. No hay nada que equivalga a hacer saltar un caballo sobre las matas o a través de una zanja para exorcizar a un demonio. Y es realmente asombroso que los centauros, que gozaban en este sentido de ventajas inmensas, hayan dejado una reputación tan mala en la historia.

Después de eso, tal vez el lector se sorprenda al saber que, aunque encontró a Gawaine, apenas las manecillas del reloj del patio dejaron de señalar las tres cuando Arthur estaba de vuelta, echó pie a tierra, abandonando al jadeante Rattler, y penetró rápidamente en la casa para almorzar apresuradamente. Pero creo que desde entonces ha habido hombres que emprendieron una larga carrera para evitar un encuentro y que luego retrocedieron al galope para no perder la ocasión de tenerlo. Es la estratagema favorita de nuestras pasiones fingir una retirada y dar, después, media vuelta sobre nosotros mismos en el momento en que hemos decidido que la victoria ya es nuestra.

—El capitán ha hecho correr su caballo al galope —dijo muy satisfecho el cochero Dalton, que estaba fumando su pipa apoyado en la pared de la cuadra al ver cómo John traía de la brida a Rattler.

—¡Ojalá hubiese otro encargado para cuidar este caballo! —gruñó John.

—Sí, y que este otro fuese algo más amable —observó Dalton.

Y le pareció tan buena esta broma que cuando se quedó solo en escena continuó quitándose la pipa de la boca de vez en cuando para hacer un guiño a un imaginario público y luego entregarse a un acceso de risa silenciosa que le agitaba de pies a cabeza. Mentalmente se repetía el diálogo desde el principio, a fin de poder recordarlo en cuanto se hallara en el comedor de los criados.

Cuando Arthur subió a su vestidor después de almorzar, fue inevitable que la discusión que había tenido consigo mismo pocas horas antes volviese a cruzar su cerebro. Pero le era imposible repetirse las reflexiones que le decidieron entonces, del mismo

modo que no podía volver a oler el aroma peculiar del aire que le dio en la cara al abrir la ventana. Volvió a sentir el deseo de ver a Hetty y se asombró ante la fuerza con que aquel capricho se apoderaba de él, de manera que casi temblaba al peinarse, aun cuando no comprendía ese impulso de galopar con tanta imprudencia en su viaje de regreso. Todo esto se debía a que había convertido en algo serio un asunto que carecía de importancia, creyendo que no podía tener consecuencias desagradables. Y decidió complacerse viendo aquel día a Hetty para, luego, arrojar el asunto de su mente. Toda la culpa la tenía Irwine. «Si Irwine no hubiera dicho nada, no habría pensado más en Hetty que en la cojera de Meg». Sin embargo, era un día muy apropiado para pasarlo en el Hermitage y se propuso ir antes de cenar, con objeto de terminar la novela que estaba leyendo, el *Zaluco* del doctor Moore. El Hermitage se hallaba en la Arboleda de Abetos, es decir, en el camino que con toda seguridad tomaría Hetty al salir de Hall Farm. Por consiguiente, nada era más sencillo ni natural, y el encuentro con Hetty sería una sencilla casualidad de su paseo y no su objeto.

La sombra de Arthur se proyectaba en los gruesos robles del cazadero con más rapidez de lo que podría haberse esperado de un hombre fatigado en una tarde calurosa, y apenas habían dado las cuatro cuando el joven se encontraba ante la alta y estrecha puerta que conducía al delicioso bosque laberíntico que se hallaba en un extremo del cazadero y recibía el nombre de Arboleda de Abetos, no porque estos árboles abundasen, sino precisamente porque eran pocos. Era aquél un bosque de hayas y tilos, entre los que había algún plateado abedul; es decir, que era uno de aquellos bosques que suelen frecuentar las ninfas, entre cuyos matas se ven brillar a veces sus miembros iluminados; en otras ocasiones es posible descubrirlas mientras observan amparadas en el tronco de un alto tilo: se oyen sus risas suaves, pero si el espectador muestra demasiada curiosidad sacrílega, se desvanecen por detrás de las plateadas hayas, hacen creer al importuno que sus voces no eran más que el murmullo de las aguas del arroyo, y quizás se metamorfosean en una ardilla de color pardo, que huye y se burla del curioso mirándolo desde una rama elevada. En esa arboleda la hierba no estaba recortada ni el suelo cubierto de grava, sino que

sus senderos eran de tierra y estaban bordeados por una ligera faja de musgo delicado. Parecía como si aquellos senderos hubieran sido formados por los árboles y por los setos que se hacían reverentemente a un lado para contemplar a la majestuosa reina de las ninfas de blancos pies.

Arthur Donnithorne pasó por el más ancho de aquellos senderos, que se hallaba bajo una avenida de tilos y hayas. La tarde era tranquila y la dorada luz del sol parecía reposar lánguidamente sobre las ramas más altas, atravesando aquí y allá las hojas para iluminar el camino rojizo y sus bordes de musgo; era una de esas tardes en que el destino disfraza su rostro horriblemente frío detrás de un velo radiante, nos rodea con olas suaves y cálidas y nos envenena con su aliento que huele a violetas. Arthur andaba sin cuidado, con un libro debajo del brazo, pero no miraba al suelo, como suelen hacer los meditabundos, sino que sus ojos se fijaban en la curva del camino por la que iba a aparecer una pequeña figura. ¡Ah! Ya había llegado. Primero apareció una brillante mancha de color, como un pájaro tropical, entre los arbustos, y luego una figura que se movía, que se cubría la cabeza con un sombrero redondo y llevaba un cestito bajo el brazo. Después ya se distinguió una joven, muy sonrojada, casi asustada, pero sonriente, saludando con una reverencia, en su rostro una expresión temerosa y feliz al advertir que Arthur se acercaba a ella. Si éste hubiese tenido tiempo de pensar, le habría parecido extraño que él también estuviese tan agitado y se sonrojara; en una palabra, que pareciese sorprendido como si no fuese ella la persona que esperaba. ¡Pobres muchachos! Era una lástima que no estuviesen aún en la dorada edad de la infancia, pues entonces habrían permanecido frente a frente, mirándose con tímida simpatía, y luego se habrían dado un beso y habrían echado a correr para jugar juntos. Arthur habría vuelto a su lecho de cortinas de seda y Hetty a apoyar la cabeza en la almohada de hilo de casa y ambos hubiesen dormido sin soñar, y al día siguiente apenas se habrían acordado del anterior.

Arthur dio media vuelta y empezó a andar al lado de Hetty, sin dar ninguna razón. Estaban completamente solos por primera vez. ¡Qué solemne resulta la primera vez que uno camina a solas con una mujer! El joven no se atrevió, durante uno o dos minutos, a mirar a la hermosa mantequera. En cuanto a ésta, le parecía que sus

pies reposaban en una nube y que la impulsaba suavemente el céfiro. Había olvidado sus lazos de color de rosa; apenas sentía sus propios miembros, como si su alma infantil se hubiese transferido a un lirio acuático que reposara en un lecho líquido y calentado por los estivales rayos del sol. Podrá parecer una contradicción, pero, gracias a esta timidez, Arthur recobró una buena parte de su valor y de su confianza. De todos modos, era el suyo un estado mental muy distinto del que había esperado en aquel primer encuentro; y aunque estaba lleno de un sentimiento vago, en aquellos momentos de silencio pudo decirse que sus anteriores discusiones y escrúpulos resultaban innecesarios por completo.

—Hace bien al escoger este camino para venir al cazadero —dijo, por fin mirando a Hetty—. Es mucho más bonito y corto que yendo por cualquiera de las dos casas.

—Sí, señor —contestó Hetty con voz trémula y apenas audible.

Ignoraba cómo debía hablar con un caballero como el señor Arthur, y su misma vanidad acabó por hacer más tímida su conversación.

—¿Viene todas las semanas a ver a la señora Pomfret?

—Sí, señor. Todos los jueves, a excepción de los días en que sale con la señorita Donnithorne.

—¿Y le enseña algo?

—Sí, señor. Me enseña a arreglar encajes, según ella aprendió en el extranjero, y también a zurcir medias de manera que apenas se vea el sitio donde se ha hecho el arreglo. También me enseña a cortar.

—¿Acaso se propone ser doncella?

—Me gustaría mucho.

Hetty hablaba ya de un modo más perceptible, pero todavía con voz trémula; y se dijo que quizás pareciese tan tonta ante él capitán Donnithorne como Luke Britton le parecía a ella.

—Sin duda, la señora Pomfret la espera a esta hora.

—Me espera a las cuatro, pero hoy me he retrasado porque mi tía me necesitaba. Sin embargo, la hora acostumbrada es las cuatro, porque así tenemos tiempo antes de que la señorita Donnithorne haga sonar la campanilla.

—Pues, en tal caso, no quiero entretenerla, aunque me habría gustado mostrarle el Hermitage. ¿Lo ha visto alguna vez?

—No, señor.

—Este es el camino que conduce allá. Pero ahora no debemos ir. Si quiere verlo, ya se lo enseñaré otro día.

—Se lo agradeceré mucho, señor.

—¿Y vuelve siempre sola por la noche, sin miedo de recorrer el camino?

—No tengo miedo. Además, nunca lo hago muy tarde. Suelo salir hacia las ocho, cuando todavía hay algo de luz. Mi tía se enfadaría mucho si no volviese a casa antes de las nueve.

—Tal vez Craig, el jardinero, cuida de usted.

El rostro y el cuello de Hetty se sonrojaron intensamente.

—Estoy segura de que no. Estoy convencida de que no lo ha hecho nunca. Además, yo no le dejaría. Ese hombre no me gusta —dijo apresuradamente.

Y las lágrimas asomaron a sus ojos con tal rapidez, que enseguida tenía una rodando por su cálida mejilla. Entonces se avergonzó de llorar y por un instante desapareció toda su felicidad. Sin embargo, luego sintió que un brazo le rodeaba el cuerpo y que una voz cariñosa le decía:

—¿Por qué llora, Hetty? No quise molestarla. Por nada del mundo quisiera apenarla, preciosa. Vamos, no llore. Míreme, pues de lo contrario, creeré que no me perdona.

Arthur puso su mano sobre el brazo suave de la joven y se inclinó hacia ella, dirigiéndole una mirada de amorosa súplica.

Hetty levantó sus largas y húmedas pestañas y fijó en los ojos vueltos hacia ella una mirada dulce, tímida y suplicante. ¡Qué maravillosos fueron aquellos momentos en que se miraron sus ojos y sus brazos se tocaron! El amor es una cosa tonta y sencilla cuando sólo tenemos veintiún años y una dulce muchacha de diecisiete tiembla bajo nuestra mirada, como si ella fuese un capullo que abre su corazón con maravillado entusiasmo a la luz de la mañana. Aquellas dos almas jóvenes y sinceras iban una al encuentro de otra como dos melocotones aterciopelados que, resbalando por el suelo, se ponen en contacto y luego se quedan inmóviles; y sus almas se unieron con la misma facilidad con que dos arroyuelos se confunden, sin pedir ni desear más que mezclar sus aguas y describir suaves curvas por los escondrijos que les ofrecen la hierba y las hojas. Mientras Arthur miraba a los suplicantes ojos de Hetty,

no le importaba el inglés que ella hablase, y aunque entonces hubiesen estado de moda los miriñaques y el cabello empolvado, no se habría fijado siquiera en que Hetty no llevaba tales muestras de elegancia.

De pronto se sobresaltaron al caer algo al suelo haciendo bastante ruido. Era el cesto de Hetty y por el sendero quedaron diseminados todos los avíos de coser y algunos de ellos demostraron tener notables condiciones para rodar un gran trecho. Los dos jóvenes pasaron un buen rato recogiendo todas aquellas cosas y, mientras tanto, no pronunciaron una palabra; pero cuando Arthur volvió a colgar el cestita en el brazo de la muchacha, la pobrecilla advirtió una extraña diferencia en el aspecto y en los modales de su compañero, quien se limitó a estrecharle la mano y a decirle en un tono que a ella le pareció glacial:

—La he entretenido y no conviene que se detenga más. Sin duda la aguardan en la casa. ¡Adiós!

Sin esperar su respuesta se volvió y se alejó en dirección al sendero que conducía al Hermitage, dejando que Hetty continuara su camino sumida en un extraño sueño que, al parecer, empezaba de un modo delicioso y luego se veía contrariado y sumido en la tristeza. ¿La encontraría él otra vez cuando regresara a casa? ¿Por qué le había hablado como si estuviera disgustado con ella? ¿Y por qué se había alejado tan repentinamente? La joven se echó a llorar casi sin saber por qué.

Arthur, por su parte, estaba también inquieto, aunque se daba más cuenta de sus sentimientos. Echó a correr hacia el Hermitage en el corazón del bosque; abrió apresuradamente la puerta, entró y la volvió a cerrar con violencia; ya dentro, metiéndose la mano derecha en el bolsillo, recorrió cuatro o cinco veces la pequeña estancia y luego se sentó en la otomana, de un modo incómodo, como solemos hacer cuando no queremos abandonarnos a nuestros sentimientos.

Era evidente que estaba enamorado de Hetty. Se hallaba a punto de prescindir de todo para rendirse a aquella sensación deliciosa que acababa de descubrir. Era inútil ocultarse la verdad, y no había duda de que si él continuaba fijándose en la joven, pronto nacería el amor entre ellos. ¿Y cuál sería el resultado? Pocas semanas después él se vería obligado a marcharse y la pobrecilla sería muy

desgraciada. Debía evitar volverla a ver a solas y esforzarse en alejarse de su camino. ¡Qué tonto había sido al regresar tan pronto de casa de su amigo Gawaine!

Se puso en pie y abrió las ventanas para dejar entrar la suave brisa de la tarde y el saludable aroma de los abetos que rodeaban el Hermitage. El aire suave no contribuyó a dar fuerza a su resolución, mientras, apoyado en la ventana, miraba a lo lejos entre los árboles. Pero creyó que su resolución era bastante firme y que no había necesidad de seguir pensando en ello. Estaba ya decidido a evitar sucesivos encuentros con Hetty y, en vista de eso, podía ya entregarse a pensar en lo muy agradable que sería aquello si las circunstancias fuesen distintas. ¡Cuánto le gustaría haber acudido a su encuentro aquella misma tarde, cuando ella se dispusiera a regresar, y rodearle la cintura con su brazo para contemplar su dulce rostro! Se preguntó si la hermosa chiquilla estaría pensando a su vez en él. Podía apostarse veinte contra uno a que, en efecto, era así. ¡Qué hermosos tenía los ojos con las pestañas húmedas de lágrimas! Luego se dijo que le gustaría mucho satisfacer su alma, sólo una vez más, contemplando de nuevo aquellos ojos, y así, resolvió verla otra vez. Quería verla sencillamente para alejar cualquier falsa impresión de la mente de la joven acerca de su conducta en el momento de separarse. Y se esforzaría en obrar con ella de un modo apacible y bondadoso, para que la joven no volviese a su casa con la cabeza llena de ilusiones engañosas. Sí, eso sería lo mejor que podía hacer.

Trascurrió más de una hora antes de que las meditaciones de Arthur le inclinasen a tomar esta resolución, pero, una vez la hubo adoptado, ya no se sintió con fuerzas para seguir en el Hermitage. Era preciso ocupar el tiempo que faltaba hasta encontrarse de nuevo con Hetty, y entonces advirtió que ya era bastante tarde para ir a vestirse antes de cenar, pues su abuelo tenía la costumbre de sentarse a la mesa a las seis en punto.

# XIII

## El crepúsculo en el bosque

Ocurrió que la señora Pomfret había tenido aquella mañana una ligera disputa con la señora Best, el ama de llaves, hecho del que resultaron dos consecuencias muy convenientes para Hetty. Causó que la señora Pomfret tomara el té en su habitación y además inspiró a aquella doncella ejemplar el recuerdo de otros muchos detalles de la conducta de la señora Best y de las conversaciones en que la señora Best aparecía en inferioridad como interlocutora de la señora Pomfret; gracias a eso, Hetty no tuvo necesidad de mayor presencia de ánimo que la necesaria para manejar la aguja y contestar «sí» o «no» de vez en cuando. Habría querido marcharse antes de lo acostumbrado, pero no lo hizo porque le había dicho al capitán Donnithorne que solía salir hacia las ocho y, por consiguiente, ¿qué ocurriría si él iba otra vez a la arboleda para verla y ella se había marchado ya? ¿Se le presentaría otra vez? Su almita de mariposa revoloteaba de un modo incesante entre los recuerdos y las dudosas esperanzas. Por fin la saeta del reloj de bronce antiguo señaló las ocho menos cuarto, y entonces la oven ya tuvo motivo para pensar en marcharse; incluso la mente preocupada de la señora Pomfret no dejó de advertir que Hetty parecía estar más hermosa que nunca en el momento en que se ataba el sombrero ante el espejo.

«Esa niña cada día está más guapa —se dijo—. Es una lástima. No por eso conseguirá antes un buen empleo o un marido. Los hombres formales no se casan con esas muchachas tan hermosas. Cuando yo era jovencita era más admirada que si hubiese sido muy guapa. Sin embargo, ella debe de estarme agradecida por lo que le

enseño, a fin de que pueda ganarse, más adelante, el pan, pues eso le servirá mucho más que el trabajo a que se dedique en la granja. Siempre me dijeron que soy bondadosa y, por desgracia, es verdad, porque de lo contrario no me vería como me veo sujeta a las órdenes del ama de llaves».

Hetty atravesó rápidamente el parque, temerosa de encontrar al señor Craig, a quien quizás no habría podido dirigir una palabra amable. ¡Qué aliviada se sintió al verse a salvo bajo los robles y entre los helechos del cazadero! Pero a pesar de todo, se asustó tanto como el gamo que saltó al notar la aproximación de la joven. Hetty apenas se fijó en la luz de la tarde que alumbraba suavemente las herbosas avenidas entre los helechos y acentuaba más la belleza del verde que cuando resplandecía el sol del mediodía. La joven no se fijó en nada. Sólo veía algo posible: que el señor Arthur Donnithorne se acercase a ella otra vez desde la Arboleda de los Abetos. Este era el primer plano del cuadro que Hetty pintaba en su imaginación; en segundo término no había más que algo iluminado y confuso, unos días muy distintos de los que hasta entonces se habían sucedido en su vida. Se sentía como si la solicitara un dios fluvial que en cualquier momento podía arrebatarla y llevarla a los maravillosos palacios que poseía bajo un cielo acuático. No se podía saber lo que ocurriría después de aquella seductora delicia. Si le hubiesen mandado una caja llena de satén, de encajes y joyas de procedencia desconocida, ¿cómo podría pensar otra cosa sino que iba a cambiar su suerte y que el día siguiente le traería algunas alegrías? Hetty no había leído nunca una novela: si había tropezado con alguna, creo que las palabras le resultarían ininteligibles. ¿Cómo podía encontrar, pues, una imagen que concordase con sus esperanzas? Así que éstas eran informes, igual que los lánguidos y dulces aromas del jardín que había en el cazadero y que flotaban a su alrededor mientras atravesaba el portillo.

En este momento se halla junto a otro portillo que conduce a la Arboleda de los Abetos. Penetra en el bosque, donde la luz empieza a disminuir, y a cada paso que da se acentúan sus temores. ¿Y si no viene? ¡Oh, que espantoso le parecía llegar al otro extremo del bosque, al camino que corría más allá de los árboles, sin haberle visto! Llega al primer recodo del sendero que conduce al Hermitage andando despacio, y él no está allí. Entonces odia al lebrato que

atraviesa corriendo el sendero y siente animadversión por todo cuanto ve y no es lo que espera. Sigue andando, contenta al ver el próximo recodo del sendero, pues se dice que tal vez estará allí. Pero no. Se ha engañado. Empieza a llorar con el corazón tan triste que las lágrimas le enturbian la vista; y da un gran sollozo mientras tiemblan las comisuras de su boca y las lágrimas ruedan por sus mejillas.

No sabe que el camino describe otra curva antes de llegar al Hermitage, y también que ya se halla muy cerca de aquel lugar y que Donnithorne está a muy pocos metros de distancia. Este, por su parte, se siente dominado por un solo pensamiento: verla. Va a ver a Hetty, y el anhelo de que se presente de nuevo esa ocasión es, para él, como la sed ardiente que experimenta el que sufre un ataque de fiebre. Desde luego no se propone hablar con el acento acariciador que, con la mayor imprudencia, ha empleado antes, sino dejar las cosas en su punto con ella, empleando una bondad que tenga el aspecto de cortesía amistosa y evite que la joven se separe de él con ideas equivocadas acerca de sus relaciones mutuas.

Si Hetty hubiese sabido que él estaba allí, tal vez no habría llorado; pero hubiera sido mejor, porque entonces Arthur quizás se habría portado como se proponía; pero el caso es que la joven llegó al extremo del sendero y levantó los ojos hacia él mientras dos grandes lágrimas rodaban por sus mejillas. ¿Qué podía hacer, pues, el joven, sino hablarle con tono suave y acariciador, como si fuese una perrita *spaniel* de brillantes ojos que se hubiese clavado una espina en la pata?

—¿La he asustado, Hetty? ¿Ha visto alguna cosa desagradable en el bosque? No se asuste. Ahora yo cuidaré de usted.

Hetty se sonrojó tanto que no pudo decirse si era feliz o desgraciada. Y se reconvino por estar llorando, persuadida de que un caballero no pensaría nada bueno de una muchacha que llorase de aquel modo. Se sintió incapaz incluso de contestar «no» y se limitó a apartar su mirada del joven, mientras se limpiaba con la mano las lágrimas de sus mejillas; una gran lágrima cayó sobre su lazo rosa.

—Vamos, alégrese otra vez. Sonría y dígame lo que ha ocurrido. Venga a decírmelo.

Hetty volvió la cabeza hacia él y murmuró:

—Me figuré que no vendría. —Y, lentamente, se reanimó lo bastante para levantar otra vez los ojos hacia él.

Aquella mirada fue demasiado: Arthur habría debido tener los ojos de piedra de las esculturas egipcias para no corresponder con una mirada tan amorosa como la de ella.

—Parece una avecilla asustada, una rosa maltratada por el viento. Es usted una tontuela. Y espero que ahora, puesto que estoy con usted, no volverá a llorar.

En realidad, el joven no sabía siquiera lo que estaba diciendo, aunque comprendió que aquello no era lo que se había propuesto. Su brazo volvió a rodear la cintura de la joven, a la que estrechó contra sí. Inclinó el rostro, cada vez más cerca de las redondas mejillas, y sus labios fueron al encuentro de aquellos otros sonrosados y apetitosos. El tiempo pareció detenerse para ambos. Arthur no sabía si era un pastor de la Arcadia o el primer joven que besaba a la primera muchacha, o el mismo Eros en persona libando en los labios de Psique… Todo le daba igual.

Durante unos minutos reinó el silencio entre ellos. Empezaron a andar, con los corazones palpitantes, hasta llegar ante el portillo que había en el extremo del bosque. Entonces se miraron con una expresión distinta a la de antes, pues en sus ojos había el recuerdo de un beso.

Pero con la fuente de dulzura había empezado a mezclarse algo amargo. Arthur se sentía inquieto. Separó el brazo de la cintura de Hetty y dijo:

—Casi estamos en el extremo de la Arboleda. Ignoro qué hora será —añadió, sacando el reloj—. Las ocho y veinte… De todos modos, mi reloj adelanta. Es mejor que nos separemos ahora. Sigue andando con tus piececitos para llegar pronto a casa. Adiós.

Ella le cogió la mano y le miró con tristeza y con una sonrisa forzada. Parecía rogarle que no se marchase aún, pero él le acarició la mejilla y repitió su adiós, de manera que la joven se vio obligada a alejarse.

En cuanto a Arthur, volvió a atravesar el bosque como si quisiera aumentar la distancia que lo separaba de Hetty. No quería volver al Hermitage; recordó los buenos propósitos que había hecho antes de cenar y que al final resultaron vanos…, mejor habría sido que no los hubiese hecho. Se dirigió en línea recta al cazadero

satisfecho de salir de la Arboleda, en la que seguramente reinaba un genio maligno: sus hayas y tilos tenían un aspecto enervante. Los fuertes y nudosos robles viejos que había en el cazadero, en cambio, desprovistos de toda languidez, le infundirían cierta energía. Arthur se perdió entre los helechos y no se entretuvo en buscar el camino hasta que las sombras del crepúsculo aumentaron, reinó la noche entre los arbustos y las liebres que atravesaban los senderos le parecieron totalmente negras.

Sus sentimientos eran mucho más intensos que por la mañana. Era como si su caballo hubiera rodado por el suelo al dar un salto y luego se resistiera al dominio del jinete. Estaba irritado y descontento de sí mismo. Flirtear con Hetty era algo muy distinto que entregarse al mismo pasatiempo con una hermosa muchacha de su propia esfera. En este último caso estaba sobreentendida la diversión de ambos actores, y aunque el asunto llegase a ser serio, nada se oponía al matrimonio. En cambio, si alguien viese a Hetty paseando con él, todo el mundo empezaría a murmurar; y la excelente familia Poyser, que en tanto estimaba su buen nombre, como si por sus venas corriese la mejor sangre de la región, le odiaría por haber dado aquel escándalo en la propiedad que un día había de ser suya, y entre los arrendatarios que, ante todo, debían respetarle. Y le pareció odioso perder el aprecio de aquella buena gente, para no hablar de que no podía imaginarse a sí mismo en una situación tan indigna.

Y aun cuando nadie se enterase, podía ocurrir que él y la joven llegasen a enamorarse de verdad y de la separación inevitable resultase la desgracia para ambos. Ningún caballero, a no ser en las baladas, podía casarse con la sobrina de un granjero. Era preciso terminar cuanto antes aquel asunto; era demasiado disparatado.

Y, sin embargo, aquella misma mañana, antes de ir a visitar a su amigo Gawaine, había tomado una resolución seria; pero cuando se vio en su casa, se había visto dominado por un impulso raro, que le obligó a regresar al galope. Le pareció que no podía fiarse de sus propias resoluciones, como había hecho al principio. Incluso llegó a desear que el brazo volviera a dolerle para no pensar en otra cosa que en verse libre del dolor. Ignoraba por completo qué impulso se apoderaría de él al día siguiente, en aquel maldito lugar, donde nada ocupaba su atención durante todo el día. ¿Qué podía hacer

para evitar otras tonterías?

Sólo tenía un recurso: iría a contárselo a Irwine; a contárselo todo. Sólo por el hecho de contar aquella historia llegaría a parecerle trivial. La tentación desaparecería, igual que desaparece el encanto de las palabras cariñosas cuando se repiten a oídos indiferentes. De todos modos, contárselo a Irwine le ayudaría. Y así, resolvió dirigirse a la rectoría de Broxton a la mañana siguiente después de desayunar.

En cuanto hubo tomado esta resolución, empezó a buscar el camino para regresar a casa, y finalmente cogió el que le pareció más directo. Estaba seguro de que podría dormir, pues se hallaba bastante cansado y no había necesidad de pensar en nada más.

# XIV

## El regreso

Mientras se despedían los dos jóvenes en el bosque, hubo otra despedida en la casita; Lisbeth se asomó a la puerta en compañía de Adam, forzando sus cansados ojos para divisar a Seth y a Dinah mientras ascendían por la pendiente opuesta.

—Siento mucho verla por última vez —dijo la anciana a su hijo cuando ambos volvían a entrar en la casa—. Con gusto hubiese tenido a esta joven a mi lado hasta la muerte, cuando vaya a reunirme con mi pobre marido. Así, el fin de mi vida habría sido más fácil… La pobrecilla habla de forma muy cariñosa y se mueve por la casa sin hacer ruido. Y hasta creo que el dibujo que hay en tu Biblia nueva, que representa un ángel sentado en una enorme piedra junto a una tumba, se parece a Dinah. ¡Ojalá tuviese una hija como ella! Pero los hombres son tan tontos que no aprovechan estas ocasiones.

—Bueno, madre. Espero que esa joven llegará a ser tu hija, porque Seth la quiere y creo que, con el tiempo, ella le corresponderá.

—¿Por qué te haces ilusiones? Ella no quiere a Seth. Ahora mismo se dispone a ir a vivir a treinta kilómetros de distancia. Y eso no contribuirá a que se aficione a la compañía de mi hijo… Parece mentira que con tantos números que conoces no sepas calcular estas cosas.

—Los números, madre, nos cuentan muchas cosas, y muy mal nos iría sin ellos; pero no pueden darnos a entender los sentimientos de las personas. Los cálculos son un trabajo muy bonito, pero dejando eso aparte, Seth es un muchacho excelente, lleno de sentido

común y, además, es guapo. Y por si fuera poco, tiene las mismas ideas que Dinah, así que merece conquistarla, aunque no puede negarse que esa muchacha lo merece todo. No es frecuente encontrar mujeres semejantes.

—Tú siempre defendiendo a tu hermano. Desde que erais pequeños no has hecho otra cosa, y en cualquier momento estás dispuesto a darle la mitad de cuanto poseas. ¿Por qué debería casarse Seth, si no tiene más de veintitrés años? Creo que lo mejor sería que aprendiese algunas cosas más y ahorrase algo. Y en cuanto a merecer a esa chica, piensa que ella tiene dos años más que él, o sea casi tu misma edad. Aunque los jóvenes no os fijáis en estas cosas, sino que os enamoráis de la primera mujer que se presenta.

Para la mente femenina, todas las cosas que podrían ser adquieren un encanto especial al compararlas con las que son y, puesto que Adam no pensaba casarse con Dinah, Lisbeth sentía cierta irritación por el particular, irritación que también habría experimentado si Dinah fuera el objeto del amor de Adam y, por consiguiente, Mary Burge, así como la probable asociación de Adam con su patrono, quedaran fuera de juego, asociación que tampoco se daría en caso de que el joven se casara con Hetty.

Eran más de las ocho y media cuando Adam y su madre hablaban de este modo; diez minutos más tarde, al llegar Hetty al recodo del camino que conducía a la puerta de la granja, vio a Dinah y a Seth que se acercaban a ella desde la dirección opuesta y esperó para que la alcanzasen. Dinah y a Seth también caminaban despacio, pues la joven se esforzaba en dirigir a Seth palabras de consuelo y de aliento en el momento de la despedida. Pero al ver a Hetty se detuvieron y se estrecharon las manos. Seth regresó a su casa y Dinah continuó sola.

—Seth Bede habría querido hablar contigo, querida mía —dijo la joven al llegar junto a Hetty—. Pero esta noche el pobre está muy preocupado.

Hetty respondió con una luminosa sonrisa, como si no acabara de comprender lo que le decían; y creaban un extraño contraste aquella joven resplandeciente y consciente de su belleza junto al rostro compasivo y tranquilo de Dinah, con su mirada franca que no revelaba poseer secretos propios, sino un corazón lleno de compasión y bondad para todo el mundo. A Hetty le gustaba Dinah

como ninguna otra mujer, pues era imposible abrigar otros sentimientos acerca de una joven que siempre pronunciaba una palabra bondadosa cuando la regañaba su tía y que en cualquier momento estaba dispuesta a quitarle a Totty de los brazos, a la pequeña e inaguantable Totty, que había conquistado el corazón de todos y en la que Hetty no veía nada de particular. Durante su estancia en Hall Farm, Dinah jamás dirigió a Hetty una palabra de desaprobación o de censura; siempre le hablaba en tono serio, pero a Hetty no le importaba, pues jamás prestaba atención. Fuera lo que fuese lo que le dijera Dinah, le acariciaba luego la mejilla y siempre estaba dispuesta a hacer algún remiendo por ella. Dinah era un verdadero enigma para Hetty; la veía del mismo modo que uno imaginaría que un pajarito capaz sólo de revolotear de una rama a otra miraría a una golondrina o a la alondra que sube en línea recta hacia el cielo; pero no se preocupaba por resolver tales enigmas, así como no le importaba nada conocer el significado de los grabados del *Progress*
*Pilgrim's*
o de la vieja Biblia con que Marty y Tommy la asediaban los domingos.

Dinah le tomó entonces la mano y la puso alrededor de su propio brazo.

—Esta noche pareces ser muy feliz, querida niña —dijo—. Te recordaré mucho cuando esté en Snowfield y pensaré en tu rostro como está ahora. Es raro pero algunas veces, cuando estoy completamente sola, sentada en mi habitación con los ojos cerrados o paseando por las montañas, me parece volver a ver a las personas a quienes he conocido, aunque sólo haya sido por unos días, y de nuevo oigo sus voces y las veo mirar y moverse de tal forma que hasta tengo la ilusión de que podría tocarlas. Y entonces mi corazón se siente atraído por ellas y me parece que su suerte es la mía y me consuela ofrecerla al Señor y descansar en su amor tanto en beneficio de ellas como en el mío propio. Así que estoy segura de que tu imagen también se me presentará.

Dinah hizo una corta pausa en la que Hetty no pronunció una sola palabra.

—Ayer noche y hoy he pasado unas horas muy agradables —continuó diciendo Dinah— observando a dos hijos tan buenos como

Adam y Seth Bede. Se muestran muy tiernos y solícitos por su anciana madre. Esta me ha contado todo lo que Adam ha llegado a hacer por su familia durante los últimos años para ayudar a su padre y a su hermano. Es maravilloso el espíritu de sabiduría y de conocimiento que posee, y cómo siempre está dispuesto a emplearlo en beneficio de los débiles; además estoy segura de que también tiene un espíritu amante. Muchas veces, entre mi propia gente de Snowfield, he podido observar que los hombres fuertes y hábiles suelen ser los más cariñosos con las mujeres y con los niños. Y es muy agradable verles llevar en brazos a los pequeños como si no pesaran más que pajaritos. Y los niños suelen preferir los brazos de los hombres vigorosos. Estoy segura de que Adam Bede será así. ¿No crees, Hetty?

—Sí —contestó ésta, pero su mente había estado en el bosque mientras Dinah hablaba y le habría sido difícil explicar a qué había contestado afirmativamente.

Dinah observó que la joven no parecía inclinada a hablar, pero ya no quedaba tiempo para decir muchas cosas, pues habían llegado a la entrada del patio.

Aun no había anochecido por completo, al oeste el cielo estaba rojizo y sólo en dirección opuesta se veían algunas estrellas que parecían esforzarse en acentuar su brillo. El patio de la granja se hallaba aún levemente iluminado y, salvo las coces que los caballos daban en la cuadra, no se oía ningún ruido. Habrían pasado veinte minutos desde la puesta del sol. Las gallinas se encaramaron en sus perchas y el *bull-dog* se tendió sobre la paja que había en el exterior de la perrera, con el *terrier* negro y pardo a su lado. Al abrirse el portón, empezaron a ladrar como buenos vigilantes, aun antes de averiguar la razón de aquel ruido.

Sus ladridos produjeron efecto en la casa, pues cuando Dinah y Hetty se acercaban, la puerta principal quedó ocupada por una majestuosa figura de rostro rojizo y ojos negros, de expresión perspicaz y, en caso necesario, desdeñosa en los días de mercado, pero que a la sazón tenía el aspecto placentero de quien ha terminado de cenar. Es muy sabido el caso de que los profesores que han demostrado ser capaces de dirigir acerbas críticas contra algunos de sus colegas son, a veces, hombres indulgentes en su vida privada; y he oído contar de un hombre muy instruido que con

paciencia mecía con la mano izquierda a dos niños gemelos en su cuna, mientras que con la derecha subrayaba los sarcasmos que dirigía a un opositor que demostró una absoluta ignorancia del idioma hebreo. Hay que perdonar las debilidades y los errores que nos son propios; pero el hombre que adopta una actitud equivocada sobre el importante asunto de un examen de hebreo, debe ser tratado como enemigo de su raza. En Martin Poyser se observaban las mismas contradicciones; sus cualidades eran tan excelentes que se mostró más bondadoso y respetuoso que nunca con su anciano padre en cuanto éste le hubo hecho donación de todas sus propiedades, y nadie juzgaba a sus vecinos en sus asuntos personales con sentimientos más caritativos que él; pero con respecto a Luke Britton, cuyas tierras no estaban bien cuidadas, que no conocía siquiera los rudimentos del arte de poner un seto o de excavar una zanja, y que apenas daba muestras de buen juicio al comprar el ganado en invierno, Martin Poyser era tan duro e implacable como el viento del nordeste. Luke Britton no podía hacer una observación, ni siquiera acerca del tiempo, sin que Martin Poyser descubriese en ella la misma ignorancia general que se observaba en sus labores agrícolas. Le molestaba ver a aquel individuo en el acto de llevarse a la boca el jarro de peltre en el bar del Royal George los días de mercado, y su sola visión al otro lado del camino hada asomar a sus ojos negros una expresión crítica, distinta por completo de la mirada paternal que dirigía a sus dos sobrinas mientras éstas se acercaban a la puerta. El señor Poyser había fumado ya su pipa de la tarde y, a la sazón, llevaba las manos en los bolsillos, como única distracción de un hombre que continúa en pie después de terminadas las tareas del día.

—¡Caramba, hijas, qué tarde llegáis esta noche! —dijo cuando las jóvenes estuvieron en la puertecilla de la empalizada—. ¿Cómo estaba la vieja Bede, Dinah? ¿Ha sentido mucho la muerte de su marido? La pobre lo ha pasado muy mal estos últimos cinco años.

—Ha sentido mucho su muerte —contestó Dinah—, pero hoy parecía algo consolada. Su hijo Adam ha permanecido todo el día en casa, ocupado en construir el ataúd de su padre, pues ella quiso que se hiciera allí. Hemos pasado casi todo el día hablando. Es una mujer bondadosa, aunque de carácter inquieto y temeroso, sin duda a causa de las desgracias sufridas. ¡Ojalá pudiese pasar más

tranquila sus últimos años!

—Adam la ayudará —dijo el señor Poyser—. No hay peligro de que se porte mal con su madre, y apostaría la cabeza a que será un buen hijo. ¿Ha dicho si vendrá a vernos pronto? Pero entrad, entrad —añadió, dejándoles paso—. No os quedéis en la puerta.

Las altas construcciones que rodeaban el patio limitaban considerablemente el espacio del cielo visible por la gran ventana que había en la estancias en que entraron.

La señora Poyser, que estaba allí sentada en una mecedora, se esforzaba en dormir a Totty. Pero la niña no parecía dispuesta a hacerlo y cuando entraron sus primas se incorporó, con sus enrojecidas mejillas más redondas que nunca por estar rodeadas por el gorrito de dormir.

En el gran sillón de mimbre a la izquierda de la chimenea estaba sentado el viejo Martin Poyser, imagen arrugada y descolorida de su majestuoso y bien plantado hijo; la cabeza inclinada un poco hacia adelante y los codos echados hacia atrás, de modo que todo el antebrazo descansaba en el brazo del sillón. Sobre las rodillas tenía un pañuelo azul extendido, como siempre que estaba dentro de la casa, pues fuera se lo ponía en la cabeza; y observaba lo que ocurría con el interés distante que sienten los viejos saludables que ya se consideran desligados de sus sucesores y que se dedican a buscar alfileres por el suelo y observan con tenacidad la danza de las llamas en la chimenea y el recorrido de los rayos del sol sobre la pared, o cuentan las losas del suelo y observan las manecillas del reloj y se complacen en descubrir un ritmo en su tictac.

—¿Qué horas son ésas de llegar a casa, Hetty? —preguntó la señora Poyser—. Hazme el favor de mirar el reloj. Son casi las nueve y media. Como ya es muy tarde, he mandado a las muchachas a la cama, porque se levantan a las cuatro y media y han de llenar de agua las botellas de los segadores y luego ocuparse de amasar. Y aquí tengo a esta dichosa niña con fiebre y tan despierta como si fuese de día. Sólo vuestro tío ha podido ayudarme a darle la medicina, y ha resultado difícil hacérsela tomar pues se ha derramado más de la mitad en la camisita. Ya veremos si le hace daño haber tragado una cantidad mayor. Pero a nadie le importa ayudar a los demás, y todo el mundo disfruta paseando, aunque tenga algo que hacer.

—Por mi parte, he salido antes de las ocho, tía —contestó Hetty enfadada y moviendo despectivamente la cabeza—. Pero este reloj va muy adelantado y marca una hora distinta que el del cazadero; así que no hay modo de saber a qué hora he llegado.

—Así que querrías poner el reloj en hora con el de los señores, ¿no? Y luego te gustaría permanecer despierta por la noche, gastando bujías, y despertarte cuando el sol te echara de la cama. Creo que no es ésta la primera vez que el reloj se adelanta.

La verdad es que Hetty había olvidado la diferencia entre los relojes cuando dijo al capitán Donnithorne que saldría a las ocho, y eso, unido a la lentitud con que hizo el camino, contribuyó a que llegase media hora más tarde que de costumbre. Pero entonces la atención de su tía se vio solicitada por Totty, quien al observar que la llegada de sus primas no le proporcionaba ninguna satisfacción particular, empezó a llamar a su madre de un modo explosivo.

—Bueno, hijita mía. Mamá está contigo y no te dejará. Totty será buena y se dormirá ahora —dijo la señora Poyser reclinándose en el respaldo y meciéndose en el sillón, al mismo tiempo que forzaba a Totty a que apoyara la cabeza en su propio cuerpo. Pero la niña gritó aún más, exclamando:

—No quiero mecerme.

En vista de ello, la madre, con la maravillosa paciencia que el amor da al carácter más vivo del mundo, volvió a enderezarse, apoyó la mejilla sobre el gorrito de la niña, la besó y no volvió a reñir a Hetty.

—Ven, Hetty —dijo Martin Poyser con amabilidad—. Encontrarás la cena en la despensa, pues ya han quitado la mesa. Luego cogerás un rato la niña mientras tu tía se desnuda, porque ya sabes que no quiere acostarse sin su madre. Y tú también, Dinah, podrás comer un poco, porque no creo que hayas cenado allí.

—No, muchas gracias, tío —contestó Dinah—. He comido antes de salir; la señora Bede me ha preparado la cena.

—Pues yo no quiero cenar —dijo Hetty quitándose el sombrero —. Y si mi tía me necesita, puedo encargarme ya de la niña.

—No digas tonterías —replicó el señor Poyser—. ¿Crees que podrás vivir sin comer y alimentarte con las cintas rojas que llevas en la cabeza? Vete a cenar enseguida. Encontrarás un poco de pudín frío, como a ti te gusta.

Hetty obedeció en silencio, encaminándose a la despensa, y el señor Poyser continuó hablando con Dinah.

—Siéntate, querida, y ponte cómoda. Estoy seguro de que la vieja se alegró de verte y de que te quedaras con ella.

—Parecía desear que me quedase para siempre. Sus hijos me dijeron que, por regla general, no acoge bien a las muchachas, y hasta creo que en el primer momento se enfadó al verme.

—Mal asunto cuando los viejos no reciben bien a los jóvenes —dijo el anciano Martin inclinando aún más la cabeza y dispuesto al parecer a contar los ladrillos.

—Sí. Todos hemos sido jóvenes —dijo la señora Poyser—, y es mala señal que nos irrite ver a una persona de pocos años, porque eso indica que no se ha sido feliz en la primera parte de la vida.

—Pero las mujeres ancianas han de acostumbrarse a vivir con las jóvenes —dijo Martin—. Y la señora Bede ya puede ir haciéndose a esta idea, porque no creo que sus hijos se queden solteros para darle gusto. Eso no sería razonable. Ni los jóvenes ni los viejos han de querer que siempre se haga su voluntad. Y lo que es bueno para uno, al fin lo es también para todos. No soy partidario de que los jóvenes se casen antes de saber lo que es el mundo; pero al final han de hacerlo.

—Lo cierto —dijo la señora Poyser— es que, cuando se cena tarde, poca carne se encuentra en el plato. Y, como ya está fría, acabamos por no comerla, sin advertir que el mal no está en la carne, sino en nosotros mismos.

Hetty, que volvía de la despensa, apareció diciendo:

—Si quiere, tía, puedo coger a Totty.

—Sí, Rachel —dijo el señor Poyser al notar la vacilación de su esposa, pues Totty parecía estar a punto de dormirse—. Mejor será que Hetty la suba y la acueste mientras tú te desnudas. Estás cansada y ya deberías haberte acostado. No vaya a ser que vuelvas a sentir dolor en el costado.

—Bueno. Si la niña quiere, Hetty puede encargarse de ella.

Hetty se acercó a la mecedora y se quedó de pie, sin su sonrisa habitual y sin hacer el menor esfuerzo para atraer a la niña, limitándose a esperar a que se la entregasen.

—¿Quieres ir con la prima Hetty, reina mía, mientras mamá va a acostarse? Entonces Totty se acostará con mamá y dormirá toda la

noche.

Antes de que su madre hubiese terminado de hablar, Totty dio su respuesta con claridad, frunciendo el ceño, mordiéndose el labio inferior y golpeando con todas sus fuerzas el brazo de Hetty. Luego, sin hablar, volvió a apoyarse en el cuerpo de su madre.

—¿De modo —preguntó el señor Poyser mientras Hetty se quedaba inmóvil— que no quieres ir con la primita? Eso lo hacen las niñas, pero Totty ya es una mujercita.

—No la convencerás —declaró la señora Poyser—. Cuando no está buena no quiere saber nada de Hetty. Tal vez querrá ir con Dinah.

Ésta, que se había quitado el gorro y el chal, había permanecido sentada y en segundo término, deseosa de no interponerse entre la niña y Hetty. Pero en ese momento avanzó con los brazos tendidos y dijo:

—Ven, querida Totty, que Dinah te llevará arriba con mamá. ¡Pobrecita mamá! Está muy cansada y quiere acostarse.

Totty volvió el rostro hacia la joven, la contempló un instante, y luego, incorporándose, le tendió los brazos, permitiendo que Dinah la separase de su madre. Hetty se alejó sin demostrar ningún malhumor, y tomando el sombrero que había dejado sobre la mesa, se quedó esperando con expresión indiferente por si le mandaban algo más.

—Puedes cerrar la puerta, Martin; Alick hace rato que ha llegado —dijo la señora Poyser poniéndose en pie con expresión de alivio—. Tráeme las cerillas, Hetty; quiero encender la lamparilla en mi dormitorio. Venga, padre.

Empezaron a resonar las trancas de las puertas de la casa y el viejo Martin se dispuso a acostarse, recogiendo su pañuelo azul y tomando su brillante y nudoso bastón de nogal, que estaba apoyado en el rincón. La señora Poyser salió entonces de la cocina seguida por el abuelo y por Dinah, que llevaba a Totty en brazos. Todos se acostaban al anochecer, como los pájaros. La señora Poyser se asomó, al pasar, por la estancia en la que dormían los dos niños, y pudo ver sus rojas mejillas sobre la almohada y oír por un momento su respiración.

—Vamos, Hetty, acuéstate —dijo el señor Poyser en tono cariñoso, mientras él mismo se disponía a hacerlo—. Es mejor que

no te acuestes tarde, pues tu tía está de malhumor. Buenas noches, sobrina.

—Buenas noches.

# XV

## Los dos dormitorios

Hetty y Dinah dormían en el segundo piso, en habitaciones contiguas, muy pobremente amuebladas y sin postigos para protegerse de la luz exterior, que en ese momento empezaba a recobrar intensidad gracias a la salida de la luna. De este modo Hetty pudo ir de un lado a otro de la estancia y desnudarse con toda comodidad. Podía ver perfectamente los clavos de los que colgaba su sombrero y su traje, así como las cabezas de los alfileres clavados en la almohadilla roja; igualmente podía contemplar su propia imagen en el espejo, aunque eso era innecesario teniendo en cuenta que sólo debía cepillarse el cabello y ponerse el gorro de dormir. Aquel viejo espejo era muy raro y Hetty siempre se sentía incómoda al vestirse. En sus buenos tiempos debió de ser un buen espejo y, probablemente, lo había comprado algún miembro de la familia Poyser, un cuarto de siglo antes, aprovechando alguna subasta pública de los muebles de una familia distinguida. Aún hoy, cualquier comerciante podría sentirse interesado por adquirirlo. Poseía una base sólida de caoba y estaba bien provisto de cajones, que se no se abrían sino de modo violento y haciendo saltar el contenido al suelo; éste se ocultaba en los rincones más lejanos de tal modo que casi eran inútiles las pesquisas para volver a encontrarlo. El espejo tenía una palmatoria de bronce a cada lado, y eso acababa de darle un aspecto aristocrático. Pero a Hetty no le gustaba aquel espejo, pues la luna tenía numerosas manchas que no podía quitar ni siquiera frotando con fuerza y además porque en vez de inclinarse hacia atrás y hacia adelante estaba fijo en posición perpendicular, de modo que la joven sólo podía contemplar su

cabeza y su cuello cuando se sentaba en una silla baja frente al tocador. Este último no merecía tal nombre, pues consistía únicamente en una cómoda muy pequeña que resultaba muy poco apropiada para sentarse frente ella, ya que las enormes asas de bronce de los cajones hacían daño en las rodillas y no permitían acercarse al espejo. Pero los devotos no han de mirar los inconvenientes que les impiden cumplir sus deberes religiosos, y Hetty, aquella noche, estaba más inclinada que nunca a dedicarse a su especial adoración habitual.

Después de quitarse el traje y el pañuelo blanco, tomó la llave que había en un bolsillo de su falda y abrió uno de los cajones inferiores de la cómoda para sacar dos cabos de vela comprados en secreto en Treddleston; a continuación los ajustó en las palmatorias de bronce. Hecho esto, tomó una caja de cerillas y encendió las velas, y, por último, tomó un espejo con marco rojo de un chelín y sin manchas, en el que se contempló en cuanto se hubo sentado. Se miró sonriendo, volvió la cabeza a un lado y luego, dejándolo sobre la cómoda, tomó el cepillo y el peine de uno de sus cajones superiores. Se soltaría el cabello para parecerse al dibujo de una dama que había visto en el tocador de la señorita Lydia Donnithorne. Pronto cayó sobre su cuello una cascada de cabellos. No eran recios y ondulados, sino suaves y sedosos, y aprovechaban la menor oportunidad para formar delicados rizos. Ella lo peinó todo hacia atrás para parecerse al dibujo y formar una sombría cortina que diese relieve a su redondo y blanco cuello. Luego, dejando el cepillo y el peine, volvió a mirarse cruzando los brazos y adoptando la postura de aquel dibujo. Y hasta el mismo espejo moteado tuvo que reflejar una hermosa imagen, cuyo único detalle desfavorable sería el de no mostrar un corsé de satén blanco, según suelen llevarlo las heroínas de novela, sino de un tejido de algodón de color verde oscuro.

Sí. Era muy hermosa. El capitán Donnithorne lo creía así. Más herniosa que cualquier otra muchacha de Hayslope y que cualquiera de las damas que visitaron el cazadero. En realidad, éstas eran tan distinguidas como viejas y feas. Y más hermosa también que la señora Eacon, la hija del molinero, que era considerada la mayor belleza de Treddleston. Y Hetty se miraba aquella noche experimentando una sensación distinta de la que hasta entonces

había sentido. Había allí un espectador invisible, cuyas ojos estaban fijos en ella como la luz del sol lo está sobre las flores. La suave voz de aquel hombre repetía las mismas cosas que la joven oyó en el bosque. Su brazo la mantenía cogida por la cintura y a la joven le parecía aún perceptible el delicado aroma de su cabello. La mujer más vanidosa no llega a tener una conciencia clara de su propia belleza hasta que se ve amada por el hombre que, en justa correspondencia, hace vibrar su pasión.

Pero Hetty parecía estar persuadida de que le faltaba algo, porque se puso en pie y tomó de un armarito un chal de encaje negro y un par de pendientes del cajón sagrado en que ocultaba las velas. Era un chal muy antiguo, bastante roto; pero, de todos modos, sería un agradable marco para sus hombros y haría resaltar la blancura de la parte superior de su brazo. Además, se quitó los pequeños pendientes que llevaba (¡oh, cuánto le riñó su tía por haberse hecho agujerear las orejas!) y se puso otros de mayor tamaño; eran de metal dorado y estaban adornados con cristales, pero si uno ignoraba los materiales, tenían el mismo aspecto que los de las damas. Y así, volvió a sentarse, adornada con los largos pendientes y por el encaje negro sobre los hombros. Entonces se miró los brazos y pensó que, sin duda, no existían otros tan bonitos, pues eran blancos y redondos y tenían hoyuelos que armonizaban con los de sus mejillas; pero hacia la muñeca observó, disgustada, que la piel estaba enrojecida a causa de batir la manteca y de llevar a cabo otros trabajos en que nunca se ocupaban las damas.

El capitán Donnithorne no querría, sin duda, que ella continuase trabajando; preferiría verla bien vestida, con medias finas y bonitos zapatos. Era indudable que él la quería mucho, pues nadie hasta entonces la había abrazado por el talle como él, y nadie la había besado de aquel modo. Era casi seguro que querría casarse con ella y convertirla en una dama. Aunque apenas se atrevía a confesarse esa idea, se preguntaba cómo podría ocurrir semejante cosa. Tal vez se casaran en secreto, como el señor James, el ayudante del doctor, se había casado con la sobrina de éste, de modo que, durante mucho tiempo, nadie se enteró de ello hasta que ya fue inútil enfadarse por esa causa. El doctor había contado toda la historia a su tía en presencia de Hetty. ¡Oh! Era imposible figurarse lo que ocurriría en el porvenir. El capitán Donnithorne debía de saberlo.

Era un gran caballero que siempre obraba según su capricho y podía hacer cuanto se le antojara. Y las cosas no podían continuar como hasta entonces. Tal vez algún día llegaría a ser una gran dama que pasearía en su propio coche, se pondría trajes de brocado antes de cenar, con plumas en el cabello y con una cola muy larga que arrastraría por el suelo, como la señorita Lydia y lady Dacey, a quienes vio una noche entrar en el comedor mirando a través de una ventanilla redonda del vestíbulo. Pero por otro lado, ella no sería vieja y fea como la señorita Lydia, ni tan gorda como lady Dacey, sino muy hermosa, y, además, se peinaría el cabello de mil modos diferentes. Unas veces llevaría un traje rosa y en otras ocasiones uno blanco, pues en realidad no acababa de decidirse entre estos dos colores. Y Mary Burge y todo el mundo la vería, quizás, en su coche o, mejor dicho, oirían hablar de ella, pues era imposible imaginar que estas cosas sucediesen en Hayslope y a poca distancia de su tía. Al pensar en todo este esplendor, Hetty se puso en pie y el encaje se enganchó en la punta del espejo de marco rojo y lo hizo caer al suelo. Pero estaba demasiado ocupada por su visión para recogerlo. Después de un sobresalto momentáneo empezó a andar con pasos majestuosos de un lado a otro de la estancia, con su falda de colores, el antiguo encaje negro sobre los hombros y las orejas adornadas por los grandes pendientes.

¡Qué hermosa estaba aquella niña con tan extraña vestimenta! Habría sido la locura más comprensible del mundo enamorarse de ella. En su rostro y en su figura había redondeces propias de la infancia; tenía el cuello y las orejas flanqueados del hermoso cabello ensortijado; los grandes ojos negros adornados de largas pestañas, hacían suponer que un duende juguetón estaba aprisionado en ellos.

¡Ah! ¡Qué dichoso es el hombre que puede conquistar a una mujer tan bella como Hetty! ¡Cómo envidian todos al novio que acude al festín nupcial y lleva cogida del brazo a una mujercita como ella, vestida de encaje blanco y de flores de azahar! ¡Qué hermosísima, suave y delicada mujercita! Su corazón debe de ser afable y su carácter atractivo y amable. En caso de que surja algún disgusto entre ellos, la culpa será, sin duda, del marido, pues es evidente que podría hacer de su mujer lo que quisiera. Y el mismo novio lo cree así. La pequeña estaría tan encariñada con él, sus

pequeñas vanidades serían tan encantadoras, que él no se atrevería a contrariarla en lo más mínimo; aquellas miradas y aquellos movimientos de garita, son, precisamente, en tales circunstancias, lo que necesita un hombre para convertir la tierra en un paraíso. Todo hombre, en tales circunstancias, está persuadido de ser un gran fisonomista. Le consta que la naturaleza tiene un lenguaje propio, en el que emplea la verdad, y él se cree iniciado en tal lenguaje. La naturaleza le ha revelado el carácter de su esposa en esas líneas exquisitas de las mejillas, de los labios y de la barbilla; en esos párpados delicados como los pétalos de una flor, y en las profundidades líquidas de aquellos ojos. ¡Que bellos serán los hijos de aquella mujer! Ella misma es una niña, de modo que los pequeños parecerán los capullos que rodean a la flor de pétalos abiertos; y el marido contemplará aquel cuadro sonriendo, benigno, dispuesto, cuando le parezca bien, a retirarse al santuario de su buen juicio, al que su esposa mirará con reverencia, sin atreverse a levantar la cortina. Aquella boda es semejante a las que se celebraban en la edad de oro, cuando los hombres eran sensatos y majestuosos, y las mujeres, amables y amorosas.

Esto último más o menos pensaba Adam Bede de la linda Hetty, aunque expresaba sus pensamientos con palabras diferentes. Cuando ella le acogía con fría vanidad, él se decía: «Eso es porque todavía no me quiere bastante». Y estaba persuadido de que su amor, cuando ella se lo atorgase, sería la cosa más preciosa que un hombre pudiese poseer en la tierra. Y antes de que el lector menosprecie a Adam por su falta de penetración, convendrá que se pregunte si alguna vez se sintió predispuesto a pensar mal de alguna mujer hermosa, si alguna vez pudo, de no tener cruelísimas pruebas para ello, pensar mal de la bellísima mujer que le conquistó. No, las personas que aman no piensan mal del objeto amado, y hasta llegan a irritarse con quien se atreve a hacer una insinuación malévola.

Arthur Donnithorne tenía las mismas ideas con respecto a Hetty, pues creía que era una joven muy buena, afectuosa y adorable. El hombre que se enamora siempre cree que el objeto de su amor es la criatura más afectuosa del mundo; y si por azar piensa en el futuro, es probable que se imagine siendo muy tierno con ella, pues la pobrecilla estará enamoradísima de él. Piensa que Dios hizo así a

esas queridas mujeres y es una buena providencia en el caso de enfermedad.

En cualquier caso, creo que los más prudentes de entre nosotros se dejan engañar así algunas veces, y es preciso pensar de la gente a la vez mejor y peor de lo que merece. La naturaleza tiene realmente su propio lenguaje y no es mentirosa; pero todavía no conocemos las complicaciones de su sintaxis y al leer apresuradamente podemos entender una cosa distinta por completo de lo que dice en realidad. Las pestañas largas y negras son realmente muy bellas, y es difícil que exista algo más delicado. Resulta difícil no imaginarse que debajo de unos ojos hermosos, provistos de largas pestañas, no haya un alma noble y tierna; pero la experiencia me ha demostrado que, en realidad, la mujer que posea estos bellos detalles puede tener un carácter falso y sentirse inclinada a la mentira, al fingimiento e incluso ser estúpida. Pero si como reacción recurro a unos ojos de pez, puedo sorprenderme al hallar un resultado similar. Y así, se acaba sospechando que no existe relación directa entre las pestañas y la moral, o que las pestañas pueden expresar el carácter de la abuela de uno, cosa que nos importa muy poco.

Seguramente no existían pestañas más hermosas que las de Hetty, y cuando paseaba majestuosamente por la habitación y miraba sus hombros adornados por el antiguo encaje negro, la sombra de aquéllas hacía resaltar la perfección de sus sonrosadas mejillas. Aquellas pestañas no eran más que vagas y mal definidas imágenes del futuro que podía imaginar su limitada experiencia; pero en cada uno de aquellos cuadros ella era la figura central y aparecía magníficamente vestida. El capitán Donnithorne se hallaba muy cerca, rodeándole el talle con el brazo y, quizás, besándola; además, todo el mundo la admiraba y la envidiaba, en especial Mary Burge, cuyo traje negro estampado parecía despreciable al lado del resplandeciente vestido de Hetty. ¿Y había algún recuerdo, dulce o triste, relacionado con aquel sueño del futuro, algún sentimiento amoroso por sus segundos padres, por los niños que ayudó a criar, por una joven compañera, por un animal favorito o incluso por una reliquia de su propia infancia? Nada de eso. Hay plantas que apenas tienen raíces y es posible arrancarlas del lugar de su nacimiento, ya sea una roca o una pared, para dejarlas en el tiesto destinado a contener una planta de adorno, y no por eso

dejan de vivir o de prosperar. Hetty podía haber arrojado a su espalda toda su vida pasada con la seguridad de que no la echaría de menos y que no volvería a recordarla. Creo que la antigua casa no le inspiraba ninguna emoción, que no le gustaba la escala de Jacob ni la larga fila de malvas del jardín más que otras flores, y quizás ni siquiera tanto. Era maravilloso ver lo poco que le importaba cuidar de su tío, que siempre fue un cariñoso padre con ella. Apenas se acordaba de ofrecerle la pipa en el momento oportuno, sin que hubiese necesidad de advertírselo, a no ser que tuviesen alguna visita, pues eso le proporcionaba la oportunidad de hacerse admirar. Hetty no llegaba a comprender que las personas maduras pudieran inspirar algún afecto. Y en cuanto a esos niños insoportables, Marty, Tommy y Totty, no eran sino el mayor engorro de su vida, tan malos y pesados como zumbadores insectos que asedian en un día caluroso cuando más tranquilidad se necesita. Marty, el mayor, era un niño de pecho cuando la joven llegó a la granja; sus hermanos mayores habían muerto, así que Hetty tuvo que cuidar de los tres, uno tras otro, mientras aprendían a andar a su lado, en el parque, o jugando a su alrededor en los días lluviosos y en las habitaciones desocupadas de la enorme casa. Por fortuna, ahora los dos muchachos estaban ya criados, pero Totty la molestaba durante todo el día y mucho más que sus hermanos, ya que por ser niña todos la mimaban más. Y luego el remiendo y el arreglo de sus ropas no se acababa nunca. Hetty se habría alegrado de no volver a ver un niño en su vida. Eran mucho más fastidiosos que los cabritos que debe cuidar el pastor en la época de la cría, pues éste, al menos, se ve libre de ellos más o menos pronto. En cuanto a los pollitos y a los pavos, Hetty no se habría molestado en oír hablar de la cría si su tía no le hubiese prometido que si cuidaba de ellos le regalaría un miembro de cada nidada. Las redondas bolitas llenas de plumas que contemplaban el mundo bajo el amparo del ala de su madre jamás proporcionaron ningún placer a Hetty. No era ésa la belleza que le gustaba, sino la de las cosas nuevas que podía comprar para sí misma en la feria de Treddleston con el dinero que obtenía de las alas. Y, sin embargo, aquella jovencita era tan encantadora y tan simpática, y parecía tan buena al echar la comida a las gallinas, que nadie habría sospechado la dureza de su corazón. Molly, la criada, con toda su nariz respingona

y su quijada saliente, tenía, en realidad, sentimientos mucho más tiernos y, como decía la señora Poyser, era una joya para cuidar del gallinero, si bien su estólido rostro no exteriorizaba en absoluto sus buenas cualidades.

Generalmente los ojos de las mujeres descubren las deficiencias morales ocultas bajo la capa de la belleza, y así, no es de extrañar que la señora Poyser, con su agudeza y dotes de observación, se hubiese formado una idea bastante exacta de lo que podía esperarse de Hetty. Y en los momentos de indignación había hablado de ello con su marido, sin morderse la lengua.

—No vale mucho más que un pavo real, y estoy segura de que se hincharía y extendería la cola a la luz del sol aunque se muriesen todos los habitantes de la parroquia. No hay nada que la impresione, ni siquiera reaccionó cuando le conté que Totty se había caído al abrevadero. ¡Pobrecilla! La encontramos con los zapatitos hundidos en el barro y a punto de caerse dentro de la pila del agua. Pero Hetty no hizo ningún caso, a pesar de que ha cuidado de la niña desde que nació. Tiene el corazón de piedra.

—No, no —replicó el señor Poyser—. No debes juzgar a Hetty con tanta dureza. Las muchachas jóvenes son como el grano verde. Más adelante servirán para comer, pero de momento no pueden utilizarse para nada. Ya verás cómo Hetty cambia en cuanto se case y tenga hijos.

—No es que yo quiera tratarla con dureza. Es muy hábil y cuando quiere trabaja muy bien. Y para batir y preparar la manteca no tiene rival. Por mi parte he hecho por ella todo cuanto me ha sido posible. Le he enseñado a hacer todos los trabajos de la casa, y no he dejado de reconvenirla y aleccionarla siempre que ha sido necesario, a pesar de que bastante tengo con cuidar de tres muchachas y vigilándolo todo. Créeme que a veces no parece sino que estás asando carne en tres fuegos distintos y cuando vas a ocuparte de una se te quema la otra.

Hetty temía a su tía y procuraba disimular ante ella su vanidad mientras que no le resultase un sacrificio muy duro. No podía resistir el deseo de gastar el dinero en cosas bonitas, a pesar de la desaprobación de la señora Poyser; pero se habría muerto de vergüenza y del susto si en aquel momento su tía hubiese abierto la puerta y la viera con las velas encendidas y paseando de un lado a

otro con los pendientes y el chal de encaje negro. Para evitar la posibilidad de esa sorpresa, solía cerrar la puerta, y aquella noche tampoco olvidó tal precaución. Y había hecho bien, pues de repente oyó una ligera llamada que la sacó de su admirativo ensimismamiento; luego se apresuró a apagar los cabos de vela y a guardarlos en el cajón; aunque no se atrevió a entretenerse quitándose los pendientes, dejó caer al suelo el chal antes de que se repitiese la llamada. Si dejamos por un momento de ocuparnos de Hetty, pronto averiguaremos la causa de aquella interrupción. Volveremos a Dinah en el instante en que entregó a Totty a los brazos de su madre y subió a su cuarto, contiguo al de Hetty.

A Dinah le gustaba mucho la ventana de su dormitorio. Como se hallaba en el segundo piso de la casa, veía desde ella un magnífico y extenso panorama. El grueso de la pared formaba un asiento de un metro de ancho, en el cual podía poner la silla. Y lo primero que hizo al entrar en la habitación fue sentarse allí para contemplar los tranquilos campos; detrás asomaba la luna por encima de una fila de olmos. Le gustaba tanto contemplar los pastos donde descansaban las vacas, y el prado con la hierba a medio segar y cruzado por líneas plateadas, que la entristecía saber que sólo le quedaba otra noche en aquella casa. Pero también los yermos de Snowfield tenían encantos para ella; pensó en todas las personas queridas de aquella rica región que en adelante recordaría con inmenso placer. Pensó en las luchas y en las fatigas que les esperaban en el resto de su vida, cuando ella estuviese lejos e ignorase lo que les sucedía. Y esta idea apagó el placer que resultaba de contemplar los campos alumbrados por la luna. Cerró los ojos para sentir con mayor intensidad la presencia de un amor, de una simpatía más profundos y tiernos que los que emanaban de la tierra y del cielo. Aquél era con frecuencia el modo de rezar a solas de Dinah: sencillamente cerrando los ojos y sintiéndose rodeada por la divina presencia. Luego, gradualmente, sus miedos y sus ansiedades por los demás se fundían como cristales de hielo en un cálido océano. Permaneció inmóvil, con las manos cruzadas y alumbrada por la luna a lo largo de diez minutos, hasta que la sobresaltó el ruido de un objeto al chocar contra el suelo en la habitación de Hetty. Se levantó y prestó atención, y como todo permanecía en silencio, se tranquilizó en parte diciéndose que Hetty

habría derribado alguna cosa en el momento de acostarse. Despacio, empezó a desnudarse, pero aquel ruido la hizo concentrarse en Hetty, en aquella dulce niña a la que se le presentaba la vida con todas sus adversidades —los deberes diarios y solemnes de la esposa y de la madre—, y que por otro lado estaba tan mal preparada para afrontarlas; sólo pensaba en satisfacer sus placeres egoístas, como un niño que no piensa más que en sus juguetes al empezar un fatigoso viaje en el que habrá de pasar hambre, frío y soledad. Dinah se sentía más preocupada por Hetty desde que compartía el interés de Seth por los afectos de su hermano, y además no sabía que Hetty no amaba lo bastante a Adam para casarse con él. Había notado claramente la ausencia de un amor cálido y firme en la naturaleza de Hetty y por eso la frialdad de su conducta con respecto a Adam no le parecía una indicación evidente de que no fuese el hombre con quien quisiera casarse. Y esta frialdad en la naturaleza de Hetty, en vez de producirle disgusto, le infundía todavía mayor compasión; el hermoso rostro y la bella figura de la joven la impresionaban, como impresiona siempre la contemplación de la belleza a una mente tierna y libre de cualquier sentimiento celoso; y aquella belleza hacia resaltar aún más el pecado, el dolor y el sentimiento con que estaba confundida, del mismo modo que un blanco lirio enfermo da más pena que una planta vulgar en el mismo estado.

Cuando Dinah se había desnudado y puesto el camisón, notó que esos sentimientos que Hetty le inspiraba habían adquirido una intensidad penosa; su imaginación había creado un matorral espinoso de pecado y de dolor en el cual veía a la pobrecilla torturada y luchando, buscando con lágrimas en los ojos alguien que la salvara, sin encontrar a nadie. La imaginación y la simpatía de Dinah accionaban y reaccionaban habitualmente de este modo, de forma que cada una intensificaba a la otra. Sintió un intenso deseo de ir a ver a Hetty para pronunciar en su oído todas las palabras de tierno aviso y de súplica que llenaban su mente.

Pero quizás Hetty estaba ya dormida. Dinah aplicó el oído al tabique y oyó algunos ligeros ruidos que la convencieron de que la joven no se había acostado aún. Pero todavía dudaba, pues no estaba segura de haber recibido un mandato divino; la voz que la empujaba a acudir al lado de Hetty no parecía más fuerte que la

otra que le recordaba la fatiga de la joven y le advertía de que una visita en un momento inoportuno sólo serviría para cerrar el corazón de la joven con mayor obstinación.

Dinah sufría por no tener un motivo más inequívoco que aquellas voces interiores. Había bastante luz en la habitación para abrir la Biblia y buscar un texto que le señalase la conducta que debía seguir. Conocía muy bien el aspecto general de cada página y era capaz de distinguir a primera vista el libro y hasta el capítulo por el que hubiese abierto el volumen. Su Biblia era un tomo pequeño, con los cantos redondeados. Dinah lo apoyó en el antepecho de la ventana, donde la luz era más viva, y abrió el volumen con el dedo índice. Las primeras palabras que vio se hallaban en lo alto de la página de la izquierda: «Y todos llorando con gran tristeza se abrazaron al cuello de Pablo y le besaron». Esto bastaba para Dinah; había abierto el libro por aquella memorable despedida de Éfeso, cuando Pablo se sintió inclinado a abrir su corazón en una exhortación y en un aviso postreros. No vaciló más y abriendo despacio la puerta de su dormitorio fue a llamar al de Hetty. Ya sabemos que tuvo que repetir la llamada, porque la joven, mientras tanto, apagó los cabos de vela y dejó caer su chal negro; pero después de llamar por segunda vez la puerta se abrió en el acto.

—¿Me permites que entre, Hetty? —preguntó Dinah.

La joven no respondió, pues estaba muy confusa, y abrió más la puerta para permitirle el paso.

¡Qué extraño contraste formaban aquellas dos figuras! A la luz de la luna se distinguían muy bien. Hetty tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes a causa de su drama imaginario, el hermoso cuello y los brazos desnudos, el cabello suelto y rizado cubriéndole la espalda, y las orejas adornadas por los vistosos pendientes. Dinah, en cambio, iba cubierta con su traje largo y blanco, y su pálido rostro mostraba una gran emoción, de modo que parecía un hermoso cadáver al que hubiese regresado el alma cargada de sublimes secretos y de un amor más sublime todavía. Tenían aproximadamente la misma estatura, aunque Dinah parecía algo más alta cuando rodeó con su brazo la cintura de Hetty y la besó en la frente.

—Ya sabía que no estabas acostada aún, querida mía —dijo con

la voz dulce y clara que tanto irritaba a Hetty y que ahora la irritó más, pues en ese momento le molestaba su sola presencia—. Te oí moverte, y como deseaba hablarte esta noche, por ser la penúltima de mi estancia aquí, y temía que mañana no tuviésemos oportunidad para hacerlo… ¿Me permites que me siente mientras te arreglas el cabello?

—¡Oh, sí! —dijo Hetty volviéndose presurosa y cogiendo la segunda silla de la estancia, muy contenta al notar que Dinah no se había fijado en sus pendientes.

Esta última se sentó y Hetty empezó a peinarse el cabello para sujetarlo; sus movimientos fingían una indiferencia excesiva, propia de la confusión en que se hallaba. Pero pronto la tranquilizaron los ojos de Dinah que, al parecer, no se fijaban en los detalles.

—Querida Hetty —dijo—, hoy se me ha ocurrido que algún día puedes hallarte en un gran apuro, pues eso es lo corriente entre los mortales, y, a veces necesitamos más del consuelo y del auxilio del prójimo que de las cosas que podemos hallar en la vida. Quiero decirte que si alguna vez estás apurada y necesitas una amiga, que siempre te querrá, puedes contar con Dinah Morris, de Snowfield. Y si acudes a su lado o la haces llamar, ella nunca olvidará esta noche ni las palabras que ahora te dice. ¿Lo recordarás, Hetty?

—Sí —contestó ésta algo asustada—. Pero ¿por qué he de verme en algún apuro? ¿Sabes algo?

Hetty se sentó después de ponerse el gorro de dormir, y Dinah se inclinó hacia adelante y le tomó las manos antes de contestar.

—Te digo eso, querida mía, porque en nuestras vidas siempre aparece el dolor; permitimos que nuestros corazones se aficionen a cosas que Dios no nos ha destinado, y luego hemos de llorar su pérdida. Las personas a quienes amamos nos son arrebatadas, y entonces, al vernos sin ellas, no encontramos alegría en nada; llega la enfermedad y perdemos la fuerza bajo el peso de nuestros débiles cuerpos; nos extraviamos y cometemos algunas equivocaciones y, al mismo tiempo, nos ponemos en situaciones desagradables con nuestro prójimo. No existe hombre ni mujer en este mundo que no haya conocido la desgracia, y por esto estoy persuadida de que tú también tendrás que sufrir la parte que te está destinada. Por eso deseo que mientras eres joven pidas a tu Padre celestial la fuerza suficiente para soportar el dolor que no dejará de visitarte.

Dinah hizo una pausa y soltó las manos de Hetty. Esta permaneció inmóvil y no halló en su interior respuesta alguna para las palabras afectuosas de Dinah; pero las frases de ésta, pronunciadas de un modo solemne y patético, le infundieron gran temor. Desapareció el rubor de su rostro, que se quedó pálido; sintió entonces la timidez de la naturaleza que, inclinada al lujo y al placer, retrocede asustada al descubrir que en el mundo existe el dolor. Dinah advirtió los efectos de sus palabras y sus tiernas exhortaciones adquirieron mayor intensidad, hasta que Hetty, penetrada del vago temor de que algún día le ocurriría algo malo, se echó a llorar.

Tenemos la costumbre de decir que así como la naturaleza inferior jamás puede comprender a la elevada, ésta conoce muy bien a aquélla. Pero yo creo que la naturaleza superior ha de hacer un esfuerzo para adquirir esta comprensión, del mismo modo que aprendemos el arte de la visión a costa de duras experiencias, con frecuencia después de sufrir contusiones y equivocaciones, en nuestro empeño de coger las cosas por el extremo menos apropiado o figurándonos que el espacio que nos separa de ellas es más o menos amplio de lo que en realidad es. Dinah nunca había visto a Hetty afectada de esa forma, y con su habitual y benigna confianza, creyó que asistía al nacimiento de un impulso divino. Besó a la llorosa joven y la acompañó en su llanto, llena de alegría y de gratitud. Pero Hetty se hallaba sencillamente en aquel excitado estado mental en que no es posible adivinar la dirección que tomarán los sentimientos y, por primera vez, la irritaron las caricias de Dinah. La alejó de sí con cierta impaciencia y con llanto infantil exclamó:

—No me hables así, Dinah. ¿Para qué has venido a asustarme? Nunca te he hecho nada malo. ¿Por qué no me dejas en paz?

La pobre Dinah experimentó una sensación dolorosa. Era demasiado comprensiva para insistir, de modo que se limitó a contestarle con suavidad:

—Sí, querida mía. Estás fatigada y no te molestaré más. Apresúrate a acostarte. Buenas noches.

Salió de la estancia con la rapidez y el silencio de un fantasma; pero cuando estuvo junto a su propio lecho se dejó caer de rodillas y, en silencio, exteriorizó la compasión que llenaba su corazón.

En cuanto a Hetty, no tardó en hallarse de nuevo en el bosque, y los ensueños que, despierta, llenaban su mente, se confundieron con los que poco después, ya dormida, la asaltaron y que apenas eran más confusos o fragmentarios.

# XVI

## Eslabones

Arthur Donnithorne, según ya se recordará, se había comprometido consigo mismo a visitar al señor Irwine el viernes por la mañana, y al despertar y vestirse temprano, decidió ir antes de desayunar y no después. Según le constaba, el rector desayunaba solo a las nueve y media, pues las señoras de la familia lo hacían a una hora distinta. Arthur podría, pues, dar un buen paseo a caballo cruzando la colina y desayunar luego con él. Después de comer es mucho más fácil hablar de lo que sea.

Los progresos de la civilización han convertido el desayuno o la cena en un sustituto agradable de otras ceremonias menos gratas. Nuestros propios errores tienen un aspecto menos grave si nuestro confesor nos escucha mientras toma un huevo o el café. Comprendemos muy bien que no hay que hablar entonces de las graves penitencias, porque no es incompatible, para los caballeros comprensivos, el pecado mortal con el deseo de pastelillos; el asalto contra nuestro bolsillo, que en tiempos más bárbaros se habría realizado en forma de pistoletazo, se ha transformado en la actualidad en la afable petición de un préstamo que se solicita entre la segunda y la tercera copa de vino clarete.

Sin embargo, en las antiguas formas rígidas había la ventaja de que le obligaban a uno a cumplir determinada resolución gracias a un hecho exterior. Cuando se pone la boca en la abertura de un agujero de la pared y se sabe que hay un oído atento en la parte opuesta, resulta menos inconveniente decir lo que uno quiere que estando sentado en posición cómoda, junto a una mesa de caoba y con un compañero que no tendrá ninguna razón para sorprenderse

de que no tengamos nada que decirle.

Mientras Arthur Donnithorne recorría a caballo los agradables senderos a la luz del sol de la mañana, estaba decidido a abrir su corazón al rector, y el silbido de la guadaña, cuando pasaba junto a los prados, le parecía más agradable a causa de su honrado propósito. Le alegraba la promesa del buen tiempo, pues así se salvaría el heno y los campesinos no deberían temer por su cosecha; y como resulta muy grato compartir una alegría general y no contentarse con la personal, el recuerdo de la cosecha del heno reaccionó en su estado mental e hizo que su resolución le pareciera más fácil. El habitante de la ciudad creerá, tal vez, que un héroe de novela no ha de sentir esas influencias, pero cuando se vive en el campo resulta imposible sostener una superioridad sobre los placeres sencillos y naturales.

Arthur dejó atrás la aldea de Hayslope y se acercaba a la vertiente de la colina inmediata a Broxton cuando, en un recodo del camino, vio una figura que se hallaba a cien metros de distancia y en la que habría reconocido en el acto a Adam Bede aun cuando no viese a su lado el perro pastor de color gris. Adam andaba con su rapidez habitual y Arthur excitó a su caballo para alcanzarle, pues aún conservaba su juvenil amistad con Adam y no quería perder la ocasión de charlar un rato con él. No me atreveré a afirmar que aquel afecto no se debiese, en parte, a un sentimiento de protección, pues nuestro amigo Arthur gustaba de realizar actos generosos y de que se los reconociesen.

Adam volvió la cabeza al oír el ruido de los cascos del caballo y esperó al jinete, quitándose el gorro de papel y sonriendo al reconocerlo. Después de su hermano Seth, hubiese hecho más por Arthur Donnithorne que por cualquier hombre del mundo. Tuvo un gran disgusto cuando perdió la regla que llevaba siempre en el bolsillo y que le había regalado Arthur tras comprarla con su propio dinero a los once años de edad; y éste había aprendido mucho de las lecciones de carpintería de Adam, que colmaba a las mujeres de su casa con regalos de carretes para hilos y cajas redondas. En aquellos tiempos Adam se enorgullecía de su amistad con el joven caballero, y tales sentimientos apenas se habían modificado cuando el rubio muchacho llegó a la edad adulta. Hay que confesar que Adam era muy sensible a la influencia del rango y siempre estaba

dispuesto a demostrar su respeto por cualquiera que tuviera una posición superior a la suya, pues no era un filósofo ni un proletario imbuido de ideas democráticas, sino sencillamente un fornido e inteligente carpintero de carácter respetuoso que jamás disputaba los derechos de nadie, en caso de no ser dudosos. No tenía ninguna teoría encaminada a arreglar el mundo, pero, en cambio, advertía los perjuicios que resultaban de construir con mala madera y de que algunas personas tan bien vestidas como ignorantes planeasen cobertizos, talleres y cosas parecidas sin conocer los más elementales principios de la construcción, así como cuando se cumplían imprudentes contratos que, por fuerza, habían de acarrear la ruina de alguien. En todas estas situaciones, Adam estaba decidido a oponerse todo lo que pudiera. Y habría sido capaz de sostener su opinión con el mayor terrateniente de Loamshire o Stonyshire. Aparte de estas cuestiones comprendía que su deber era dejar hablar a los que sabían más que él. Veía con toda claridad lo mal que se explotaban los bosques de la propiedad y el estado vergonzoso de las granjas; y si el anciano caballero Donnithorne le hubiese preguntado por la causa de todo aquello, habría dado su opinión sin vacilar, aunque sin perder jamás el respeto debido a su noble interlocutor. La palabra «caballero» tenía gran importancia para Adam, aunque no por eso creía que, si era preguntado, no debía decir la verdad y abstenerse de la adulación innoble.

Con respecto al joven caballero, la reverencia instintiva de Adam comprendía también recuerdos infantiles y una consideración personal, de modo que tenía en mucho las buenas cualidades de Arthur y atribuía mayor mérito a las más pequeñas acciones bondadosas de éste que si hubiesen sido realizadas por un obrero vulgar, como él mismo, Creía firmemente que aquel en que el joven caballero tomase posesión de su herencia sería un buen día para todos los habitantes de Hayslope, pues Arthur poseía un carácter generoso y abierto, y, teniendo en cuenta su extremada juventud, era muy inteligente y sabía al dedillo las mejoras y reparaciones que convenía hacer. Por consiguiente, en la sonrisa que acompañó al acto de descubrir su cabeza cuando se acercaba Arthur Donnithorne, había tanto respeto como afecto.

—¿Cómo estás, Adam? —preguntó el jinete tendiéndole la mano. Como nunca la daba a ningún granjero, Adam comprendía

muy bien el honor que se le hacía—. Te he reconocido desde muy lejos por tu espalda. Es la misma de antaño, aunque más fornida y ancha que cuando me llevabas a cuestas. ¿Te acuerdas?

—Sí, señor. Lo recuerdo. Mal iría si la gente no recordase lo que hizo y dijo durante su infancia. En tal caso no tendríamos más afecto por los viejos amigos que por los recientes.

—Supongo que vas a Broxton —observó Arthur poniendo su caballo al paso mientras Adam caminaba a su lado—. ¿Vas a la rectoría?

—No, señor. Voy al granero de Bradwell. Parece ser que el tejado ha inclinado las paredes, y voy a ver lo que puede hacerse antes de enviar los materiales y los obreros.

—De modo que Burge te lo confía todo, ¿verdad, Adam? No dudo de que pronto te asociará a su negocio. Así lo hará si es prudente.

—No, señor. No veo que eso le beneficiara en nada. Un encargado que sea hombre de conciencia y le guste el trabajo, le será tan útil como un socio. Por mi parte no daría un penique por el hombre que martillea despacio un clavo porque piensa que no se lo pagan a un precio extraordinario.

—Ya lo sé, Adam. Me consta que trabajas como si lo hicieses para ti mismo. Pero entonces tendrías más autoridad que ahora y quizás podrías dar un giro conveniente al negocio. Y puesto que el viejo ha de dejar de trabajar algún día y no tiene hijos varones, no dudo de que le gustaría confiárselo todo a su yerno. Sin embargo, creo que Burge es un poco interesado y le gustaría más un hombre que invirtiera algún dinero en su negocio. Si yo no fuese tan pobre como una rata, me gustaría emplear algún dinero de ese modo, para saber que te estableces en la propiedad, lo cual sé que acabaría siéndome útil. Sin embargo, tal vez dentro de uno o dos años esté en mejor situación. En cuanto cumpla la mayoría de edad tendré una renta más crecida, y en cuanto haya pagado una o dos deudas, podré ver lo que me conviene.

—Es muy bueno, señor. Y, por mi parte, se lo agradezco mucho. Sin embargo —continuó Adam en tono decidido—, no me gustaría hacer ninguna oferta al señor Burge o que alguien se la hiciese en mi nombre. No veo muy claro eso de la asociación. En cambio, si quisiera vender su negocio, el asunto cambiaría por completo. En

tal caso no tendría inconveniente en tomar dinero prestado a un interés moderado, pues sin duda podría pagar los plazos que se convinieran.

—Muy bien, Adam —contestó Arthur recordando lo que le había dicho el señor Irwine acerca de cierto contratiempo surgido entre Adam y Mary Burge—. Por ahora no hablaremos más del asunto. ¿Cuándo entierran a su padre?

—El domingo, señor. El señor Irwine acudirá expresamente para la ceremonia. Y me alegraré mucho cuando todo quede listo, pues creo que mi madre estará más tranquila. Es muy penoso presenciar el dolor de los viejos, pues no hallan consuelo en nada. Es como cuando la primavera no hace nacer brote alguno en un árbol seco.

—Muchos disgustos has tenido en la vida Adam. Y debo admitir que nunca te has mostrado aturdido o indiferente, como otros jóvenes. Siempre te han agobiado las preocupaciones.

—Sí, señor. Pero de nada sirve hablar de ello. Puesto que somos hombres y tenemos sentimientos como tales, hemos de sufrir como los hombres. No podemos ser como los pájaros que huyen del nido en cuanto saben volar, y no reconocen a sus padres cuando vuelven a verlos. Sin embargo, no puedo quejarme, porque siempre he tenido salud, fuerza e inteligencia para disfrutar de mi trabajo; y también considero una circunstancia muy dichosa el haber podido asistir a las clases nocturnas de Barde Massey. Él me ha ayudado mucho a adquirir unos conocimientos que jamás hubiese logrado por mí mismo.

—Eres un hombre raro, Adam —dijo Arthur después de una pausa en la que estuvo contemplando a su amigo—. Sé dar un puñetazo mejor que la mayor parte de los estudiantes de Oxford, pero estoy seguro de que me vencerías si tuviese que pelear contigo.

—No quiera Dios que eso suceda nunca, señor —contestó Adam mirando sonriente a Arthur—. Antes luchaba por diversión, pero no he vuelto a hacerlo desde el día en que por mi causa el pobre Gil Tranter tuvo que pasar quince días en cama. Jamás volveré a luchar con nadie, mientras no sea un canalla. Cuando se encuentra a un individuo que carece de conciencia y de vergüenza, bien está el tratar de darle una paliza.

Arthur no se rió preocupado con cierta idea que le hizo decir:

—Creo, Adam, que jamás has tenido que luchar contigo mismo.

Estoy seguro de que tendrías la fuerza de voluntad necesaria para dominar un deseo incorrecto con la misma facilidad con que derribarías a un borracho inoportuno. Quiero decir, que nunca has cometido la tontería de hacer algo que de antemano te hubieses prohibido tú mismo.

—Es; verdad —contestó Adam lentamente, y después de larga vacilación—. Cuando tomo alguna decisión no me vuelvo nunca atrás, excepto, desde luego, cuando comprendo que no debía haberlo hecho. Cuando creo que me arrepentiría de algo, no lo hago por mucho que pueda desearlo. Desde que supe sumar comprendí que debía abstenerme de hacer cosas incorrectas, pues siempre son causa de preocupaciones o disgustos. Es como cuando se hace mal un trabajo. Nunca pueden adivinarse los perjuicios que llegarán a causar. Sería muy triste venir al mundo para hacer peores y no mejores a nuestros semejantes. Sin embargo, existe una diferencia entre las cosas que la gente considera incorrectas. Yo no creo que sea pecado una tontería que alguien pueda cometer. De todos modos, mi defecto no es ser irresoluto, sino todo lo contrario, porque cuando decido algo, aunque sea conmigo mismo, me resulta muy duro y difícil volverme atrás.

—Eso es precisamente lo que me figuraba —dijo Arthur—. Tienes una voluntad de hierro y también un brazo férreo. Sin embargo, por vigorosa que sea la decisión de un hombre, a veces le cuesta mucho cumplir su propósito. Por ejemplo, podemos resolvernos a no coger cerezas y, para evitar la tentación, meternos las manos en el bolsillo; pero ello no impedirá que se nos haga la boca agua.

—Es verdad, señor; pero de nada sirve tomar decisiones a veces, porque en el mundo nos vemos obligados a hacer muchas cosas. La vida es algo muy distinto de la feria de Treddleston, a la que asiste la gente con el único objeto de ver los puestos y hacer compras. Pero ¿para qué le hablo de eso, señor? Usted lo sabe mejor que yo.

—No estoy muy seguro, Adam. Tú tienes cuatro o cinco años de experiencia más que yo y, por otra parte, la vida ha sido para ti una escuela mejor que para mi el colegio.

—Veo, señor, que opina de él como Barde Massey. Dice que el colegio convierte a la gente en vejigas, que no sirven para nada más que para guardar lo que se meta en ellas. Sin embargo, Barde tiene

una lengua que corta y no hay que hacerle mucho caso. Y ya hemos llegado a la curva del camino, señor. Si va a la rectoría, debo despedirme de usted.

—Adiós, Adam, adiós.

Arthur entregó su caballo al mozo que halló en la puerta de la rectoría, y anduvo a pie por la grava en dirección a la puerta que daba al jardín. Sabía que el rector desayunaba siempre en su estudio y que éste se hallaba a la izquierda de aquella puerta, frente al comedor.

Era una pequeña habitación de techo bajo, que pertenecía a la parte antigua de la casa, y a la que oscurecían las sombrías cubiertas de los libros que llenaban los estantes; sin embargo, aquella mañana tenía un aspecto muy risueño cuando Arthur llegó ante la ventana abierta. El sol dirigía sus oblicuos rayos a la enorme pecera de cristal que contenía algunos peces dorados, situada en una columna de escayola, frente a la mesa en que desayunaba aquel solterón; junto a dicha mesa se veía un grupo que habría hecho agradable cualquier habitación. El señor Irwine se sentaba en un sillón de damasco carmesí, y en su rostro había la radiante lozanía habitual después de su lavatorio matutino. Su mano regordeta, blanca y bien formada, jugueteaba en el lomo pardo de Juno, y junto al rabo de la perra, que ella meneaba con el placer apacible de una matrona, se revolcaban los dos cachorros entonando un dúo de desagradables aullidos. Sobre un almohadón algo alejado estaba tendida Pug, con el aspecto de una dama solterona que considera debilidades aquellas muestras de familiaridad, y de este modo se abstenía todo lo posible de observarlas. Sobre la mesa y junto al codo del señor Irwine, se veía el primer tomo de las obras completas de Esquilo de Foulis, que Arthur reconocía sólo con verlo. Y la cafetera de plata que Carroll llevaba despedía un aroma que completaba las delicias del desayuno de un solterón.

—¡Hola, Arthur!, ¡buen muchacho! Llega a tiempo —exclamó el señor Irwine mientras el joven entraba en la estancia saltando por la baja ventana—. Carroll, necesitaremos más café y huevos, y además, mira a ver si encuentras fiambre de pollo para comérnosla con este jamón. ¡Caramba! Parece que estemos en otra época, Arthur, porque por lo menos han trascurrido cinco años desde la última vez que vino a desayunar conmigo.

—Hace una mañana muy agradable y me tentó para dar un paseo antes de desayunar —dijo Arthur—. Y recordé también que tenía la costumbre de hacerlo con usted cuando estudiábamos juntos. Mi abuelo está más frío en el desayuno que en las restantes horas del día. Yo he llegado a sospechar que el baño le pone de malhumor.

Arthur deseaba dar a entender que no le llevaba allí ningún propósito concreto. Apenas se vio en presencia del señor Irwine cuando desapareció la confianza que poco antes tuviera en sí mismo, y el objeto de su visita le pareció muy distinto. ¿Cómo podría explicar a Irwine su situación, sin hablarle de las pequeñas escenas del bosque, y cómo le haría el relato de lo ocurrido sin parecer tonto? Además recordó la debilidad de que dio muestras al regresar de casa de Gawaine al hacer precisamente lo contrario de lo que se había propuesto. Irwine le consideraría un majadero. Y se propuso hablar del asunto de un modo impremeditado y dejar que la conversación lo llevara a él.

—Yo disfruto más a la hora del desayuno que en cualquier otro momento del día —dijo el señor Irwine—. A esta hora todavía tengo la mente limpia de polvo y así es un espejo mejor para reflejar los rayos de las cosas. Además, procuro leer un libro agradable, y es tanto lo que me gusta leer en estos momentos que hasta incluso llego a formarme la ilusión de volver a ser un estudioso. Pero luego Dent me trae a un pobre desgraciado que ha matado una liebre, y en cuanto he hecho justicia, según dice Carroll, me siento inclinado a dar un paseo a caballo. En mi camino encuentro al director del asilo, que me refiere una larga historia de un motín de los indigentes; y así, a medida que avanza el día, vuelvo a ser el mismo individuo perezoso de siempre. Uno necesita el estimulo de la simpatía y no he gozado de él desde que el pobre
D'Oyley
salió de Treddleston. Si se hubiera aplicado más a los libros, bribón, yo podría ahora abrigar mejores esperanzas. Pero en su familia no hay mucha afición al estudio.

—Es verdad. Bastante haré con recordar algunas frases latinas para adornar mi primer discurso en el Parlamento, dentro de cinco o seis años. *Cras ingeris iterabimus aequor*, y otras cosas por el estilo de las cuales tal vez me acuerde y haré lo posible para emplearlas.

Pero no creo que un caballero rural tenga gran necesidad de conocer a los clásicos; es preferible que conozca las buenas maneras. Recientemente he leído los libros de vuestro amigo Arthur Young, y no hay nada que pueda gustarme más que el poner en práctica algunas de sus ideas para explotar mejor la tierra, y, como él dice, transformar una tierra inculta, toda del mismo tono oscuro, en otra brillante y de colores variados y que abunde en trigo y en ganado. Mi abuelo jamás me dejará gozar del menor poder mientras viva, pero me gustaría mucho cuidar de las propiedades del lado de Stonyshire, que se hallan en muy mala situación, y encargarme de hacer mejoras en todas partes, para lo que recorrería las tierras paso a paso. Me gustaría conocer a todos los labradores y que ellos, por su parte, me saludasen al verme con gusto.

—¡Bravo, Arthur! Un hombre que no tiene afición a los clásicos no podría hacer una apología mejor de ellos al entrar en el mundo que la que supone aumentar la cantidad de víveres para mantener a los estudiantes y a los rectores que los aprecian. Pero cuando usted inaugure su carrera de propietario modelo, deseo estar a su lado para presenciarlo. Para completar el cuadro necesitará un rector majestuoso, que perciba el diezmo de todo el respeto y de todo el honor que conquiste gracias a su duro trabajo. De todos modos, no se haga ilusiones acerca del agradecimiento que obtendrá, pues no tengo ninguna seguridad de que los hombres aprecien a quienes tratan de serles útiles. Ya sabe que Gawaine ha conquistado la maldición de todos los vecinos a causa de aquella valla. Es preciso que, de antemano, se decida sobre si lo que quiere es conquistar la popularidad o si prefiere ser útil, pues si no toma una decisión previa, es posible que no alcance ninguno de los dos objetivos.

—¡Oh! Gawaine es hombre de maneras poco simpáticas y que no se ha hecho agradable a sus arrendatarios. Estoy persuadido de que se puede obtener todo de la gente tratándola con bondad. Por mi parte, no podría vivir en una vecindad en la que no fuese respetado y amado, pues me resulta muy agradable ir a visitar a los arrendatarios que, aparentemente, me quieren. Supongo que debe de parecerles ayer cuando yo era un muchachito que montaba un poney tan grande como una oveja. Y si se les concedieran ventajas y se hiciesen reparaciones en sus casas y cobertizos, creo que, aunque son tontos, se les podría convencer de que explotaran la tierra de un

modo más conveniente.

—Pues entonces tenga cuidado de enamorarse de la mujer conveniente y no se case con una que le exprima la bolsa y le obligue a cometer tonterías. Algunas veces mi madre y yo discutimos sobre usted, y en tales ocasiones yo siempre digo: «No puedo arriesgarme a profetizar lo que hará Arthur hasta conocer a la mujer de quien se enamore». Mi madre cree que su futura esposa le dominará, como la luna gobierna las mareas. Yo le defiendo, sin embargo, en mi calidad de maestro, y sostengo que no es tan blando. Por consiguiente, procure no defraudar mi opinión.

Arthur se disgustó al oír estas palabras, porque la aguda opinión del señor Irwine sobre él le producía el efecto desagradable de una profecía siniestra. Aquello constituía otra razón para perseverar en sus intenciones y lograr una seguridad adicional contra sí mismo. No obstante, y en vista del curso de la conversación, se sintió menos inclinado a referir su historia con Hetty. El joven tenía una naturaleza impresionable y hacía mucho caso de las opiniones de los demás con respecto a sí mismo. Y el mero hecho de hallarse en presencia de un amigo íntimo que no sospechaba la lucha interna que había ido a confiarle, le inducía a no hablar de aquello, aparte de que Irwine no podría hacer nada que él mismo no fuera capaz de realizar. A pesar de la cojera de Meg, se marcharía a Eagledale y hasta montaría a Rattler, dejando que Pym le siguiese como pudiera con algún caballo viejo. Esta fue la idea que tuvo en el momento de echar azúcar en el café; pero luego, al llevarse la taza a los labios, recordó cuán decidido había estado la noche anterior a referírselo todo a Irwine. No, no vacilaría más, y haría lo que se había propuesto. Por tanto, convenía impedir que la conversación tratase de asuntos menos personales, pues si empezaban a hablar de cosas indiferentes sus dificultades resultarían mayores. Estas ideas cruzaron con rapidez por su mente, de modo que apenas hubo una pausa, replicó:

—Por mi parte, creo que es un pobre argumento contra la fuerza de voluntad de un hombre el hecho de que sea más o menos apto para dejarse conquistar por el amor. Una salud excelente no da ninguna garantía contra la viruela o cualquier enfermedad inevitable. Y también es posible que un hombre demuestre gran firmeza de carácter en otros asuntos y, sin embargo, sea embrujado

por una mujer.

—Es verdad —contestó Irwine—. Pero hay cierta diferencia entre el amor y la viruela o el embrujamiento. Por ejemplo, si observa síntomas de una enfermedad en su primera fase y se apresura a cambiar de aires, es muy probable que la evite. Existen, además, otros medios al alcance de un hombre para imaginarse las consecuencias desagradables de lo que hace; eso equivale a un cristal ahumado por el que podemos mirar a una mujer hermosa a fin de discernir su verdadera figura, aunque temo que en el momento conveniente no se disponga de ese cristal ahumado. E incluso me atrevo a afirmar que hasta los hombres fortificados por el conocimiento de los clásicos pueden contraer un matrimonio imprudente, a pesar de los avisos que da el coro en el *Prometeo*.

En el rostro de Arthur se dibujó una débil sonrisa pero, en lugar de seguir hablando en broma como el señor Irwine, replicó con gran seriedad:

—Sí. Eso es lo peor. Resulta muy desagradable que después de las reflexiones y de las decisiones que se hayan tomado vengan a gobernarnos de un modo que no podamos prever. No creo que deba censurarse a un hombre a pesar de que realice determinadas acciones contrarias a su resolución.

—Pero es preciso tener en cuenta, hijo mío, que lo mismo que sus reflexiones, y aún más, se hallan en su naturaleza los impulsos de sus actos. Nadie puede hacer algo contrario a su propia naturaleza. El hombre lleva en sí el germen de sus actos, aun los más excepcionales; y si nosotros, personas prudentes, cometemos alguna tontería en una ocasión dada, hemos de aceptar que en cada kilo de sabiduría que poseemos están mezclados algunos gramos de tontería.

—Sí, pero podemos vernos obligados por las circunstancias a hacer determinadas cosas que uno por sí mismo no habría hecho.

—También es verdad que nadie puede robar un billete de banco si no lo tiene al alcance de la mano, aunque no nos hará creer que es un hombre honrado el hecho de que se ponga a soplar para que el billete caiga en su camino.

—De todos modos, no creo que consideréis tan mal a quien lucha contra una tentación, aunque sea para caer finalmente en ella, como al que ni siquiera trata de resistir.

—No, hijo mío. Le compadezco en proporción con su lucha, porque ésta demuestra su sufrimiento interior, que es la peor forma de Némesis. Las consecuencias son despiadadas. Nuestros actos acarrean sus terribles consecuencias, aparte de las fluctuaciones que antes pudieron tener, y esas consecuencias pocas veces ejercen su efecto sólo en nosotros. Y es mejor fijar nuestras mentes en esta certeza, en vez de examinar cuáles pueden ser las excusas de nuestros actos. De todos modos, nunca le creí tan aficionado a las discusiones morales, Arthur. ¿Corre acaso algún peligro que esté examinando ahora de un modo general y filosófico?

Al hacer esta pregunta, el señor Irwine alejó de sí el plato que tenía delante, se reclinó en el respaldo de su sillón y se quedó mirando a Arthur. Sospechaba que éste quería decirle algo, y quiso allanarle el camino con esta pregunta. Pero se equivocó. Al verse repentinamente en el borde de su confesión, Arthur retrocedió y se sintió menos dispuesto que nunca a referir su historia. La conversación había adquirido un tono de seriedad mayor que el que se había propuesto, y ello hizo creer a Irwine que sentía una profunda pasión por Hetty, cuando eso no era cierto. Arthur se sonrojó y se irritó consigo mismo por esta causa.

—¡Oh, no! Nada de peligro —dijo con cuanta indiferencia pudo—. Ignoro si soy más irresoluto que otras personas; únicamente que a veces ocurren pequeños incidentes que le obligan a uno, a pensar en lo que pueda ocurrir en el futuro.

¿Existía algún motivo causante de esta reserva de Arthur, aunque él mismo no lo admitiese? Nuestros asuntos mentales se gobiernan del mismo modo que los del Estado. Una gran parte del trabajo lo realizan algunos agentes desconocidos. También en una máquina suele haber una ruedecita que apenas se ve y de la que depende el movimiento de otras piezas mayores. Era posible que en aquel momento hubiese algún agente desconocido que gobernara la mente de Arthur y quizás todo se debiese al temor de confesarse con el rector y luego no tener la fuerza de voluntad de atenerse a sus propias decisiones. No me atrevo a afirmar que no fuese así, porque el alma humana es muy complicada.

Mientras el rector contemplaba a Arthur, cruzó por su mente la idea de Hetty, pero la respuesta indiferente del joven le dio a entender que no podía existir nada serio sobre el particular. No

había ninguna probabilidad de que Arthur viese a la joven más que en la iglesia o en su propia casa, bajo la vigilancia de la señora Poyser; y la indicación que el otro día le había dado a Arthur acerca de la muchacha, no tenía más importancia que la de impedir que éste suscitase la vanidad de aquella niña, perturbando así el rústico drama de su vida. Arthur no tardaría en reunirse con su regimiento y en alejarse de allí. No. Por aquel lado no había ningún peligro, aunque el carácter de Arthur no lo garantizara. Su orgullo y honradez al tratar de proteger a todos los que le rodeaban para lograr el respeto general, era una salvaguardia incluso contra el más tonto romance y mucho más aún contra una insensatez. Y era evidente que si Arthur había tratado de referirse a algo no había querido entrar en detalles, y el señor Irwine era demasiado delicado para manifestar siquiera una curiosidad amistosa.

El rector comprendió que se imponía cambiar de conversación y dijo:

—Ahora que recuerdo, Arthur: en el cumpleaños de su coronel se hicieron algunas manifestaciones de gran efecto en honor de Inglaterra, de Pitt y de la milicia de Loamshire, y, sobre todo, del «generoso joven» que fue el héroe del día. Creo que debería procurar algo semejante para asombrar nuestras débiles mentes.

Había desaparecido la oportunidad. Mientras Arthur vacilaba, se desvaneció la cuerda a la que podía haberse agarrado y, por consiguiente, se vio obligado a salvarse librado a sus propias fuerzas.

Diez minutos más tarde llamaron al señor Irwine para que se ocupara de sus asuntos, y Arthur, después de despedirse, montó a caballo muy poco satisfecho de sí mismo, aunque se consoló diciéndose que partiría en dirección de Eagledale inmediatamente.

# Libro segundo

# XVII

## En el que la historia se detiene un poco

«El rector de Broxton no es más que un pagano —oigo exclamar a alguna de mis lectoras—. Habría resultado más edificante hacerle dar a Arthur algún buen consejo espiritual. Habría usted podido poner en sus labios algunas bellas expresiones, que equivaldrían a la lectura de un sermón».

Claro que sí que habría podido hacerlo, mi bella lectora, si yo fuese un novelista hábil y no me viese obligado a ceñirme servilmente a la naturaleza y a los hechos, si fuese capaz de representar las cosas tal como no han sido ni serán jamás. Entonces mis personajes serían enteramente de mi propia cosecha y hubiera podido escoger el tipo más habitual de ministro, poniendo siempre en sus labios mis admirables opiniones personales. Pero ya hace rato que debe usted de haberse dado cuenta de que no tengo vocación tan elevada, y de que sólo aspiro a representar fielmente a los hombres y a las cosas que se reflejan en mi espíritu. El espejo es doblemente defectuoso; los contornos a veces saldrán borrosos, la imagen, débil o confusa. Pero me esfuerzo en mostrarle, tan exactamente como puedo, cuál es este reflejo, como si me encontrara en el banquillo de los testigos haciendo mi declaración jurada.

Hace sesenta años —ya ha llovido algo desde entonces, y no es extraño que las cosas hayan cambiado—, los ministros no eran todos hombres de mucho celo. En realidad, podemos creer que los que demostraban tener celo en su misión eran muy pocos, y es probable que si un miembro de esa pequeña minoría hubiese sido titular de los curatos de Broxton y de Hayslope el año 1799, no lo

habríamos amado más que a monseñor Irwine. Podría apostar diez contra uno que le habría usted encontrado falto de gusto y, además, indiscreto. ¡Es tan raro encontrar aquel justo medio que reclaman nuestras opiniones más lúcidas y nuestro gusto más refinado! Y quizá me diga usted: «Entonces, retoque un poco los hechos, para que concuerden mejor con esas figuras correctas que tenemos el privilegio de poseer. El mundo no es propiamente como lo quisiéramos. Dele, pues, unos retoques de buen gusto, y haga que no resulte una cosa tan confusa y embrollada. Que cuantos tengan opiniones irreprochables obren en consecuencia. Que sus personajes viciosos sean siempre culpables, y que los honrados obren siempre virtuosamente. De este modo y a simple vista podremos apreciar las gentes y las cosas que debemos condenar, lo que también nos permitirá admirar sin tener que modificar nuestras ideas preconcebidas. Podremos odiar y despreciar, con aquel placer delicioso característico de una confianza justificada».

Pero, querida amiga, ¿qué haría usted de ese feligrés que contradice a su marido en la sacristía? ¿De ese nuevo vicario cuyo modo de predicar le desagrada y al que considera muy por debajo de su predecesor? ¿De ese honrado criado que la atormenta con sus faltas? ¿De su vecina, la señorita Green, que se portó magníficamente con usted durante su última enfermedad, pero que comentó algunas cosas malas de usted en su convalecencia? ¿Y hasta de su propio marido, que tiene algunas costumbres irritantes, además de que no se limpia los zapatos al entrar? Todos esos mortales, nuestros semejantes, deben ser aceptados tal como son. Son esas gentes, entre las que transcurre su vida, las que usted debe saber tolerar, compadecer y amar. Son esas personas, más o menos feas, sin talento, insociables, aquellas en las que debe usted ser capaz de admirar los buenos impulsos y en favor de las cuales debe esperar siempre caritativamente. No quisiera, aunque pudiese, ser el hábil novelista creador de un mundo superior a éste en que nos levantamos por la mañana para entregarnos a nuestros trabajos diarios, y del que, tal vez, acabara usted contemplando con ojos duros y fríos los caminos polvorientos y los campos de verde normal, del mismo modo que a esos hombres y a esas mujeres realmente existentes, que pueden quedarse helados con su indiferencia o sufrir con sus prejuicios, que pueden ser regocijados

o animados por su simpatía, su apoyo, sus buenos consejos y recta justicia.

Me contento, pues, narrando esta simple historia, sin intentar hacer aparecer las cosas mejores de lo que son, y sin temor a nada más que a la falsedad, la cual, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, debe ser temida siempre. El error es muy fácil, y la verdad, muy difícil. El lápiz se presta con agradable facilidad a dibujar un grifo; cuanto más largas sean las garras y más anchas las alas, nos parecerá mucho mejor. Pero esa maravillosa facilidad, que nos parecía genial, es probable que nos abandone cuando nos propongamos dibujar sin exageración un león verdadero. Examinad bien vuestras palabras y encontraréis que, hasta cuando no tenéis ningún motivo para ser falsos, es muy difícil decir la verdad exacta, hasta con respecto a vuestros sentimientos actuales. Mucho más difícil que decir algo bello que no sea rigurosamente verdadero.

Es por esa rara y preciosa cualidad de la verdad que me complazco tanto contemplando esas pinturas holandesas que desprecian las gentes de espíritu superior. Encuentro una fuente de deliciosa simpatía en las representaciones fieles de una monótona existencia íntima, como lo es la de la mayor parte de nuestros semejantes, mucho más que en una vida de grandeza o de indigencia absoluta, de sufrimientos trágicos o de actos brillantes. Paso, sin vacilar, de la aureola de los ángeles, de los profetas, de las sibilas, de los héroes militares, a una mujer anciana inclinada sobre su tiesto de flores, o bien haciendo su comida solitaria, mientras la luz del día, tamizada quizá por una cortina de follajes, cae sobre su cofia y va a morir al borde de su tomo de hilar o de su cántaro de tierra, o de tantos objetos de poco precio que constituyen para ella las más preciosas necesidades de su vida. También me atrae esa boda de aldea, encerrada entre cuatro paredes ennegrecidas, en la que un gordinflón, que es el novio, abre el baile con una novia de hombros subidos y de ancho rostro, mientras unos amigos viejos o de edad madura, de facciones poco regulares, los contemplan con una expresión de contento y de benevolencia. «¡Bah! —exclamará algún idealista—. ¡Qué detalles tan vulgares! ¿Por qué tanto trabajo para reproducir la semejanza exacta de las mujeres viejas y de los novios gordinflones? ¡Qué peldaño tan bajo de la existencia! ¡Qué gente tan fea y grosera!».

Pero, gracias a Dios, existen cosas que pueden amarse, aunque no sean precisamente bellas, a mi parecer. No tengo la absoluta seguridad de que la mayor parte de la raza humana no sea fea. Hasta entre los más puros tipos de los habitantes de Gran Bretaña, las figuras rechonchas, las narices mal dibujadas y las pieles morenas no constituyen excepciones raras. Sin embargo, hay mucha ternura y mucho afecto en nuestras familias. Tengo uno o dos amigos cuyas facciones son tales que el bucle de Apolo en lo alto de su frente sería algo ridículo. Sin embargo, me consta que hubo corazones tiernos que palpitaron por ellos, y sus retratos, poco bonitos, aunque bastante favorecidos, han sido besados en secreto por labios maternales. He visto más de una excelente matrona que en sus años jóvenes no pudo nunca ser bella, conservar en un cajón secreto un viejo paquete de cartas de amor, sin que por ello sus dulces hijos dejaran de cubrirle de besos las pálidas mejillas. Creo que ha existido un buen número de jóvenes héroes, de talla mediana y barba rala, que creyeron imposible amar nunca a nadie que no fuese una Diana y que, sin embargo, en la mitad del camino de su vida, se encontraron unidos a una mujer menos que vulgar. Sí, gracias a Dios, el amor humano es como los ríos poderosos que fecundan la tierra. No espera que llegue la belleza, sino que se lanza con fuerza irresistible y la trae consigo.

¡Honor y respeto a la perfección divina de la forma! Busquémosla tanto como sea posible en los hombres, las mujeres y los niños, en nuestros jardines y en nuestras moradas. Pero sepamos también amar esa otra belleza que no reside en los secretos de la proporción, sino en los de una profunda simpatía humana. Pintad, si queréis, un ángel con ropas violetas, y con el rostro fulgurante de luz celeste; pintad una madona de dulce figura, con el rostro levantado hacia el cielo, extendiendo los brazos para recibir la gloria divina, pero no nos impongáis ninguna regla estética que deba expulsar de las regiones del arte esas viejas mujeres que preparan las zanahorias con sus manos descarnadas, ni esos pesados bailarines que se divierten en una taberna llena de humo; esas espaldas redondeadas, esos rostros sencillos y tostados por el sol que se encorvaron de tanto hundir el azadón y que soportaron el rudo trabajo de este mundo; esos interiores con sus platos de cobre, sus cántaros pardos, sus perros de pelo grosero y sus cadenas de

cebollas. ¡Se encuentran tantas gentes como ésas, vulgares y groseras, cuya vida no ofrece ningún infortunio sentimentalmente pintoresco! Es necesario que nos acordemos de su existencia, pues, en caso contrario, podríamos acabar dejándolas al margen de nuestra religión y de nuestra filosofía, y establecer teorías tan elevadas que sólo se adaptarían a un mundo excepcional. Que la pintura, en consecuencia, nos lo recuerde siempre; tengamos constantemente hombres dispuestos a dar con amor el trabajo de su vida a la representación fiel de las cosas sencillas; hombres que sepan ver la belleza de los objetos ordinarios y que hallen su felicidad en demostrar que la luz de los cielos se complace en iluminarlos. Hay pocos profetas en el mundo, pocas mujeres de una belleza sublime, pocos héroes. Yo no puedo resignarme a otorgar todo mi amor y todo mi respeto a esos seres raros. Necesito una parte de esos sentimientos para concederlos a mis semejantes de cada día, sobre todo al pequeño número de aquellos que forman para mí el primer plano de esa gran muchedumbre, aquellos cuyo rostro conozco, cuya mano estrecho y a los cuales debo ceder el paso con benévola cortesía. Los pintorescos mendigos o los criminales dramáticos no se encuentran tan frecuentemente como nuestro labrador ordinario que gana honradamente su pan y se lo come prosaicamente, cortándolo con su cuchillo de bolsillo. Es más probable y necesario que una fibra simpática me una a ese ciudadano vulgar que me pesa el azúcar, y que lleva una corbata que no hace juego con su chaleco; mucho más necesario y probable que a ese soberbio malvado que lleva manto rojo y plumas verdes. Prefiero que mi corazón se hinche de tierna admiración por algún rasgo de amable bondad de las gentes mediocres que se sientan en mi hogar, o del modesto ministro de mi parroquia, aunque no sea un Oberlin o un Tillotson, que por los altos hechos de unos héroes que no conozco personalmente, o por el más admirable conjunto de gracias clericales que jamás haya concebido un hábil novelista.

Y vuelvo a monseñor Irwine, para el que os ruego una caridad perfecta, por muy lejos que se halle de responder de un modo exacto a lo que esperáis de un carácter eclesiástico. Quizá creéis que no era, como debiera serlo, una viva demostración de los beneficios que el alma humana espera de un ministro de su iglesia. Pero no estoy seguro de esto. Sólo sé que las gentes de Broxton y de

Hayslope hubiesen sufrido mucho si llegan a obligarles a separarse de su pastor, y que la mayoría de rostros se iluminaban cuando él se les acercaba. Hasta que pueda probarse que el odio es más saludable que el amor, creeré que la influencia del señor Irwine, en su parroquia, era más útil que la del celoso señor Ryde, que, veinte años más tarde, sucedió al señor Irwine, cuando éste pasó a mejor vida. Es verdad que el señor Ryde insistía fuertemente sobre las doctrinas de la religión, hacía muchas visitas a sus feligreses, condenaba severamente los deseos de la carne, y hasta hizo cesar de una vez las rondas de Navidad de los cantores de la iglesia, porque fomentaban la embriaguez y trataban con demasiada ligereza las cosas santas. Pero yo recogí, de la boca de Adam Bede, con quien yo hablé de eso en su ancianidad, que pocos ministros fracasaron tanto en ganar los corazones de sus feligreses como monseñor Ryde. Insistía mucho sobre las opiniones y los puntos de doctrina, de modo que casi todos los cincuenta asistentes a los oficios aprendieron a distinguir el Evangelio puro de lo que no parecía precisamente formar parte de él, tan bien como si hubiesen nacido y hubiesen sido criados en el propio templo. Después de su llegada, durante algún tiempo, pareció que realmente existía un movimiento religioso en aquel tranquilo distrito rural.

—Pero —añadía Adam— empecé a ver claramente, cuando dejé de ser un muchacho, que la religión es algo más que una serie de opiniones. No son las opiniones las que impulsan a la gente joven a realizar buenas acciones, sino los sentimientos. Ocurre con las opiniones, en religión, como con las matemáticas: un hombre puede ser muy capaz de resolver de memoria los problemas mientras fuma su pipa cerca del hogar, pero si se trata de construir una máquina o un edificio, es preciso que tenga voluntad, decisión, y que ame algo más que sus comodidades. De una manera o de otra, sea cual fuere la causa de ello, lo cierto es que las gentes comenzaron a hablar con ligereza del señor Ryde, y la congregación empezó a declinar. Creo que, en el fondo, sus intenciones eran buenas; pero hay que decir que tenía el carácter difícil, que quería disminuir el salario de los que trabajaban para él, y que esto no podía favorecer a su predicación. Quería hacer de juez en su parroquia y castigar a las gentes que se portaban mal; las aludía desde lo alto de su púlpito como hubiese podido hacerlo un predicador iluminado; y hay que

confesar que, a los tibios o disidentes, les hacía mayor guerra que el señor Irwine. Y, además, que no sabía contentarse con sus ingresos, pues al principio pareció creer que seiscientas libras esterlinas al año debían convertirle en un hombre tan importante como el señor Donnithorne. Noté muchas veces esta tontería en ministros pobres que de pronto alcanzaban un curato de alguna importancia. El señor Ryde gozaba de reputación, que al parecer llegaba lejos, y hasta escribía libros, pero era tan ignorante como una mujer en cuestiones de matemáticas y de la naturaleza de las cosas. No puede negarse que era muy sabio en dogmas, pero entendía poco de negocios. En cambio, el señor Irwine era el polo opuesto; comprendía al instante lo que querían decirle; conocía todo lo relativo a la construcción, y sabía comprender cuándo se trabajaba bien. Se portaba como un hidalgo con los granjeros, las mujeres ancianas y los labradores, igual que con los burgueses. No se le veía jamás imponerse, refunfuñar, reñir o hacer el déspota. ¡Ah! Era el hombre más guapo que se haya conocido, y muy bueno para su madre y hermanas. Aquella pobre enferma, la señorita Ana, tuvo mucha suerte con él. Se preocupaba de ella más que de todas las cosas del mundo. Nadie absolutamente, en la parroquia, tenía nada que decir contra él, y sus criados permanecían en su casa hasta que se hacían viejos y ya eran impotentes para trabajar, cosa que le obligaba a buscar otros.

—¡Muy bien! —dije yo—. Era una excelente manera de predicar para los días de entre semana; pero quizá si su viejo amigo, el señor Irwine, pudiese volver a la vida y subir al púlpito el domingo próximo, le daría a usted vergüenza si no lo oyera predicar mejor, después de todos sus elogios.

—No, no —dijo Adam, irguiéndose y repantigándose en su silla como si estuviera dispuesto a aceptar todas las consecuencias de cuanto había dicho—; nadie me ha oído decir nunca que monseñor Irwine fuese un predicador famoso. No penetraba mucho en la experiencia moral. Sé muy bien que hay muchas cosas en la vida interior que no pueden medirse con cartabón; que no se puede decir: «Haced esto, y obtendréis aquello»; o bien: «Haced esto, y saldrá lo de más allá». No. Tantas cosas ocurren dentro del alma que, en ciertos momentos, los sentimientos penetran en ella como un viento impetuoso, como dice la Escritura, y parecen dividir la

vida en dos, de modo que te contemplas como si fueras otro. Esta clase de cosas no puede encerrarse en un «haz esto y haz aquello», y esto lo mantendré contra quien sea. Eso me demuestra que, en religión, hay cosas profundas, cosas abstractas. No podemos expresarlas exactamente con palabras, pero podemos sentirlas. Monseñor Irwine no abordaba esa clase de temas; hacía cortos sermones de moral, y eso era todo. Pero se comportaba muy en consonancia con lo que decía. No se presentaba hoy como un hombre diferente de los demás y mañana parecido a ellos como un guisante a otro guisante. Se hacía amar y respetar, cosa que valía más que calentar la bilis de la gente con palabras demasiado incisivas. La señora Poyser acostumbraba a decir, y ya sabe usted que tenía una palabra para cada cosa: «Monseñor Irwine era como un plato de buen guisado, que te gusta sin que te des cuenta, y monseñor Ryde es como una dosis de medicina que te amarga y atormenta para dejarte igual que antes».

—Pero ¿monseñor Ryde no predicaba mucho más sobre esa parte espiritual de la religión de que habla usted, Adam? ¿No sacaba más provecho de sus sermones que de los de monseñor Irwine?

—¡Ah! No sé. Predicaba mucho sobre los dogmas. Pero, como ya le dije, más tarde comprendí claramente que la religión debe hablar más a los sentimientos que al cerebro, de manera que pueda hablarse de sus temas aunque no los hayamos conocido nunca, del mismo modo que un hombre puede hablar de las herramientas cuyos nombres conoce, aunque no las haya visto nunca ni manejado jamás. He oído muchos sermones en mi vida, pues acompañaba a menudo a Seth para oír a los predicadores de nuestro país, desde la edad de dieciséis años, y quedaba muy perplejo oyendo a los arminianos y a los calvinistas. Los wesleyanos, como ya sabe usted, eran partidarios de los arminianos, y Seth, que no pudo soportar nunca la severidad y que creyó siempre en el progreso moral, se pronunció enseguida por los wesleyanos. Yo no me decidía, y un día discutí con uno de mis maestros de Treddleston. Y tanto lo apremié por todos lados, que acabó diciéndome: «Amigo mío: el diablo se sirve de tu orgullo y de tu presunción como de una espada guerrera contra la sencillez de la verdad».

»En aquella época, sólo fui capaz de echarme a reír, pero

después comprobé que aquel hombre tenía razón. Comencé a ver que ese modo de volver y revolver el significado de tal o cual texto no constituye una parte esencial de la religión. Pasaremos horas y más horas sutilizando sobre esos temas, y saldremos de ello más aturdidos y preocupados que antes. Decidí, pues, no ir a ningún otro sitio, y acostumbrarme a frecuentar la iglesia parroquial, a oír a monseñor Irwine, pues cuanto decía era bueno y apropiado para hacernos mejores, a fuerza de meditar sus palabras. Me pareció que lo mejor para el bien de mi alma era situarme humildemente ante los misterios de los caminos de Dios, en vez de charlar sin descanso de cosas que no podía comprender. Hay que tener en cuenta que son cuestiones enrevesadas, y, después de todo, ¿hay algo, dentro o fuera de nosotros, que no nos venga de Dios? Si tomamos la decisión de obrar bien, es debido a que Él nos la inspiró en un momento dado, pero comprendo claramente que no podremos hacerlo nunca sin una firme voluntad, y esto me basta.

Adam, como veis, era un cálido admirador, quizá un juez parcial del señor Irwine, como, afortunadamente, lo somos todos de aquellos con los cuales hemos convivido familiarmente. Sin duda que esa admiración será objeto de desprecio, como si de una debilidad se tratara, por elevadas inteligencias que aspiran a un ideal y, por otro lado, viven oprimidas en la convicción de que sus impresiones son demasiado exquisitas para encontrar a personas dignas de ellas entre sus semejantes de cada día. En ciertas ocasiones pude considerar esos caracteres escogidos, y saqué la convicción de que contribuyen a demostrar que los grandes hombres son apreciados en demasía, mientras que los mediocres son tenidos en excesivo menosprecio. Si queréis conservar vuestra fe en el heroísmo humano, no hagáis nunca ninguna peregrinación para contemplar a un héroe. Confieso que a menudo evité cobardemente confesar mi propia experiencia a esos espíritus perfectos y sutiles. Creo que incluso llegué a aprobar su conducta con una sonrisa hipócrita, o que les animé con un epigrama sobre la naturaleza cambiante de nuestras ilusiones, cosa que cualquier persona, un poco al corriente de la literatura francesa, puede hacer en cualquier momento. La conversación, como supongo habrán observado algunos sabios, no es siempre honradamente sincera. Pero, en descargo de mi conciencia, declaro que experimenté verdaderos

impulsos entusiastas de admiración por buenos ancianos que hablaban un inglés horrible, que a veces tenían el carácter huraño, y que no actuaron nunca en una esfera de acción superior a la de los inspectores parroquiales, por ejemplo. Pero lo que me ayudó a comprender que la naturaleza humana merece ser amada, que me enseñó algo de su profunda elocuencia y de sus sublimes misterios, fue vivir mucho con gentes más o menos vulgares y sin imaginación, de cuyos labios quizá no escucharíais nada que fuera muy notable si os informarais entre sus vecinos. Se puede apostar diez contra uno que los tenderos que los rodean no vieron absolutamente nada de particular en ellos. Observé que esas naturalezas escogidas que aspiran al ideal y que no encuentran en lo que las rodea nada suficientemente grande para obtener su respeto o su amor, se parecen especialmente a las naturalezas más cerradas y mezquinas. Por ejemplo, a menudo oí al señor Gedge, el posadero del Royal Oak, que tenía por costumbre mirar con desprecio a sus vecinos de la aldea de Shepperton, resumir su opinión sobre ellos, que eran las únicas gentes que conocía, con estas enfáticas palabras: «¡Ah, señor, ya se lo dije a menudo, y se lo repetiré: en esta parroquia sólo tenemos a pobres diablos, sí, señor: pobres diablos, grandes y pequeños!».

Creo que tenía una idea confusa de que, si se hubiese marchado a alguna otra parroquia lejana, habría encontrado a vecinos dignos de él. Efectivamente, se trasladó más tarde al
Saracen's
Head, un establecimiento floreciente, en una calleja lejana de una pequeña aldea próxima. Pero, cosa original: encontró a las gentes de aquella calle precisamente iguales a las de Shepperton: «Pobres diablos, señor, pobres diablos grandes y pequeños. Y los que consumen mucho no valen más que los que sólo consumen por algunos centavos. Todos ellos, pobres diablos, señor…».

# XVIII

## La iglesia

¡Hetty! ¡Hetty! ¿No sabes que la función de iglesia empieza a las dos, y ya es la una y media? ¿No tienes nada mejor en que pensar hoy domingo, cuando van a enterrar al pobre Mathias Bede, que se ahogó en plena noche, lo cual es bastante para hacer estremecerse a cualquiera, menos a ti, por lo visto, que sólo piensas en acicalarte como si tuvieras que asistir a una boda y no a un entierro?

—El caso es, tía —contestó Hetty—, que no he podido estar lista al mismo tiempo que los demás porque antes he tenido que ocuparme de las cosas de Totty. Y no sabes lo que me ha costado lograr que se estuviese quieta.

Hetty bajaba entonces la escalera y la señora Poyser, que llevaba un chal y un gorro muy sencillos, estaba de pie en la parte inferior. Si alguna vez una joven pareció hecha de rosas, sin duda fue Hetty vestida con el traje y con el sombrero de los domingos. El sombrero tenía adornos rosas, y en cuanto al traje, era de color blanco con manchas también rosas. En toda su persona no había otros colores que blanco y rosa, a excepción de su cabello oscuro, sus ojos y sus zapatitos con hebillas. La señora Poyser se enfadó consigo misma porque apenas pudo contener una sonrisa, como le ocurre a cualquier mortal que contempla alguna cosa muy hermosa y agradable. Por eso se volvió sin decir nada y fue a reunirse con el grupo que esperaba más allá de la puerta de la casa. Hetty la siguió y estaba tan excitada pensando en una persona a quien esperaba ver en la iglesia, que apenas sentía el suelo que pisaba.

El grupo emprendió la marcha. El señor Poyser llevaba su traje

de los domingos de color pardo, con chaleco rojo y verde, cruzado por una cinta también verde a la que estaba unido un gran sello de cornalina colgando del extremo en que se hallaba su reloj de bolsillo; llevaba un pañuelo de seda de tono amarillento en tomo al cuello y unas excelentes medias grises de punto acanalado, hechas por la señora Poyser en persona y que hacían resaltar la robustez de sus pantorrillas. El señor Poyser no tenía ninguna razón para avergonzarse de ellas y sospechaba que el creciente abuso de las botas altas y de otras modas que tendían a disimular los miembros tenían su origen en una desagradable degeneración de las piernas. Menos razones tenía aún para avergonzarse de su redonda y risueña cara, que era la imagen del buen humor, cuando dijo «Ven, Hetty. Venid, pequeños», y, dando el brazo a su mujer, inició la marcha atravesando la puerta en dirección al patio.

Los pequeños aludidos por su padre eran Marty y Tommy, muchachos de nueve y siete años respectivamente, que llevaban unas chaquetitas de fustán provistas de cola y pantalones cortos. Ambos hermanos tenían las mejillas sonrosadas y los ojos negros. Se parecían tanto a su padre como los elefantes cachorros se asemejan a sus mayores. Hetty iba entre ellos y detrás la seguía la paciente Molly, cuyo deber consistía en llevar a Totty en brazos mientras atravesaban la era y cuando pasaran por los sitios encharcados del camino; pues Totty, que se había restablecido rápidamente de la fiebre que la amenazaba, insistió en querer ir aquel día a la iglesia y especialmente en llevar su collar rojo y negro por encima de su esclavina. Y aquella tarde encontraron muchos charcos que obligaron a Molly a coger en brazos a la niña, pues, en efecto, por la mañana habían caído varios chaparrones y las nubes aún se amontonaban y formaban plateadas masas en el horizonte.

Si el lector hubiera podido verse de pronto en la era de la granja, ni por un momento habría dejado de comprender que era domingo. Los gallos y las gallinas parecían notarlo tan bien que apenas emitían algún apagado cacareo, incluso el *bull-dog* parecía ser menos salvaje y estar dispuesto a contentarse con un mordisco menor que de costumbre. En cuanto a la luz del sol, brillaba de un modo especial, como si recomendase a todo el mundo el descanso y no el trabajo; ella misma dormitaba sobre el cobertizo de vacas cubierto de musgo, sobre el grupo de blancos ánades que

descansaban juntos con los picos debajo de sus alas, sobre la vieja y negra marrana, lánguidamente tendida en la paja, mientras que el mayor de sus hijos había hallado un excelente lecho de muelles en las carnosas costillas de su madre; sobre Alick, el pastor, que llevaba un traje nuevo y se entregaba a una siesta interrumpida con frecuencia sentado en los escalones del hórreo. Alick opinaba que la iglesia, a semejanza de otros lujos, no era cosa de la que pudiese abusar el hombre que tuviese la cabeza ocupada por las ovejas y por el tiempo. «¿La iglesia? Otras cosas me quitan el sueño», contestaba con cierta amargura que impedía cualquier nueva pregunta. Estoy seguro de que Alick no pretendía siquiera expresarse con irreverencia. Por el contrario, estoy persuadido de que no era un hombre sin religión y que por nada del mundo habría dejado de ir a la iglesia el día de Navidad, por Pascua de Pentecostés y por Pascua de Resurrección. Pero tenía la impresión general de que las ceremonias religiosas, así como otros empleos no productivos, estaban destinadas a las personas a quienes les sobraba el tiempo.

—Ya está padre en pie, en la puerta de la era —dijo Martin Poyser—. Sin duda quiere observarnos mientras atravesamos el campo. Es maravilloso que tenga tan buena vista a los setenta y cinco años.

—Muchas veces me he dicho que a los viejos les pasa lo mismo que a los niños —contestó la señora Poyser—. Les gusta mirarlo todo, sea lo que sea. Es muy probable que éste sea uno de los medios de que se vale el Todopoderoso para calmarles antes de dormir.

El viejo Martin abrió el portón al ver que se aproximaba el grupo familiar y lo sostuvo abierto con su bastón, contento de poder realizar este pequeño trabajo, pues, como a todos los viejos cuya existencia ha sido laboriosamente vivida, le gustaba que creyesen que todavía era útil, que en el huerto era mayor la cosecha de cebollas porque la siembra se había hecho ante sus ojos y que las vacas se dejarían ordeñar mejor si él se quedaba en casa el domingo por la tarde para vigilar la operación. Asistía siempre a la iglesia en los domingos sacramentales, pero no muy regularmente en las demás ocasiones; los domingos lluviosos o cuando tenía un poco de reuma, solía leer los tres primeros capítulos del Génesis.

—Cuando lleguéis al cementerio, ya habrán enterrado a Mathias Bede —dijo al aparecer su hijo—. Habría sido mejor que lo enterraran por la mañana, cuando llovía. Ahora ya no hay probabilidad de que vuelva a llover y la luna brilla en el cielo. Esto es una señal de buen tiempo. Hay muchas que son falsas, pero ésta no.

—Sí —contestó su hijo—. Espero que ahora el tiempo se sostendrá.

—Escuchad lo que diga el párroco, hijos míos —dijo el abuelo a los nietos de ojos negros y pantalones cortos, que llevaban en el bolsillo una o dos bolitas de mármol con las que se proponían jugar en secreto durante el sermón.

—Adiós, abuelito —dijo Totty. —Yo voy a la iglesia y llevo el collar. Dame un penique.

El abuelo se echó a reír al oír las palabras de la niña, pasó lentamente el bastón a la mano izquierda mientras sostenía la puerta abierta, y muy despacio introdujo un dedo en el bolsillo del chaleco en que Totty había puesto sus ojos con mirada esperanzada.

Y en cuanto todos se hubieron marchado, el anciano se inclinó de nuevo sobre la jamba de la puerta observándolos mientras seguían el camino a lo largo de la cerca hasta que atravesaron el lejano portón y desaparecieron, poco más allá, en un recodo del camino. Los setos ocultaban en aquella época la vista del paisaje aun en las granjas más productivas. Y aquella tarde, las rosas silvestres exhibían sus pétalos rosados, las dulcamaras lucían sus colores amarillo y purpúreo, las pálidas madreselvas crecían fuera del alcance de la mano, asomándose a cierta altura, desde una mata de acebo, y, de vez en cuando, un sicómoro ceniciento proyectaba su sombra a través del sendero.

En todas las puertas que atravesaron hallaron distracción: en la de Home Close encontraron la mitad de las vacas formadas en fila, mostrando la mayor torpeza para comprender que estorbaban el paso; en la puerta más lejana vieron a la yegua asomando la cabeza por encima del vallado y, junto a ella, el potro de color de hígado, con la cabeza dirigida al costado de su madre y, al parecer, muy preocupado por su propia existencia.

El camino atravesaba de un extremo a otro los campos del señor Poyser hasta llegar al portón principal que conducía al pueblo. El

señor Poyser volvió la cabeza para contemplar el ganado y los campos, mientras que su mujer se disponía a pronunciar un largo discurso a cuantos la acompañaban. La mujer que dirige una lechería influye notablemente en las ganancias de la granja y puede gozar del permiso de opinar sobre el ganado y el modo de cuidarlo, y este ejercicio refuerza de tal modo su comprensión que incluso es capaz de aconsejar a su marido en otras cosas.

—Aquí está esa Sally de cuernos cortos —dijo cuando entraban en el Home Close y descubrieron al pequeño animal, que estaba pastando y los miró con ojos soñolientos—. Ya empieza a cansarme esta vaca, y digo ahora lo mismo que tres semanas atrás, o sea, que cuanto antes nos desprendamos de ella, mejor, porque ahí tenemos a esa otra de color amarillo que, aun sin dar la mitad de leche, me proporciona una cantidad mucho mayor de manteca.

—Tú no eres como las demás mujeres —observó Poyser—. Pues en general les gustan las reses de cuernos cortos, que dan abundancia de leche. Por ejemplo, aquí tienes a la mujer de Chowne, que no quiere otras.

—¿Y qué importa lo que le guste a la mujer de Chowne? —replicó la señora Poyser—. De sobra sabes que esa desgraciada apenas tiene más inteligencia que un gorrión. Por mi parte, te aseguro que jamás tomaré un criado que haya estado en su casa. Fíjate en que cuando vas allí nunca podrías adivinar en qué día de la semana estamos, pues la colada se arrastra durante toda la semana, y en cuanto al queso que hace, no me gusta nada. Y luego ella le echa la culpa al tiempo, lo mismo que si un estúpido se pusiera cabeza abajo y echara la culpa de ello a sus botas.

—Pues, mira, Chowne quiere comprar a Sally, de modo que si te parece bien podremos desprendernos de ella —dijo el señor Poyser interiormente entusiasmado por la superior inteligencia de su mujer. Ya en los días de mercado más de una vez se había envanecido de su discernimiento acerca de las reses vacunas de corta cornamenta.

—Sí. El que ha tomado por esposa a una tonta, bien puede comprar esas vacas. Pero mira qué bien anda Totty ahora —añadió la orgullosa madre al ver que la niña trotaba ante ellos por estar seco el camino—. Estoy segura de que se va a parecer mucho a ti.

—Dentro de diez años será tan bonita como Hetty, aunque sus

ojos se parecen a los tuyos. En mi familia nunca hubo ojos azules, y mi madre los tenía negros como los de Hetty.

—Ten la seguridad de que no por diferenciarse de Hetty será peor ni más fea nuestra hijita. No me gustaría que fuese demasiado guapa. De todos modos, recuerda que hay personas que tienen el cabello rubio y los ojos azules, y que no por eso son menos hermosas que si los tuvieran negros. Si Dinah tuviese las mejillas sonrosadas y no llevase aquel gorro de metodista capaz de dar un susto al miedo, tal vez sería considerada tan guapa como la misma Hetty.

—Te engañas —replicó el señor Poyser con desdeñoso énfasis—. Veo que no conoces lo que ha de tener una mujer para ser hermosa. Los hombres nunca andarían detrás de Dinah como van detrás de Hetty.

—¿Y a mí qué me importa eso? ¡Pues vaya que los hombres eligen bien! No tienes más que ver las mujeres que toman. Parecen cintas rojas que no sirven para nada en cuanto pierden el color.

—Supongo que no tendrás nada que decir de la elección que hice al casarme yo —contestó el señor Poyser que solía terminar las discusiones conyugales con un cumplido parecido—. Y tú, hace diez años, estabas dos veces más rolliza que Dinah.

—Nunca he dicho que la mujer tuviese que ser fea para ser buena ama de casa. Aquí tienes, por ejemplo a la mujer de Chowne, que, pese a ser lo bastante fea para que se corte la leche al verla, no sirve absolutamente para nada. La pobre Dinah, en cambio, no engordará mientras coma tan poco para poder dar grandes limosnas. Algunas veces he llegado a enojarme con ella y así se lo dije un día en que me indicó que las Escrituras ordenan amar al prójimo como a nosotros mismos. Y yo le repliqué: «Si tú no quisieras al prójimo más que a ti misma, poco podrías hacer por él, porque no creo que nadie se conformase con vivir tan pobremente como tú». ¿Qué hará hoy domingo? Seguramente estará sentada a la cabecera de aquella enferma.

—Es una lástima que se haya metido todas esas tonterías en la cabeza, porque, de lo contrario, podría haber pasado con nosotros todo el verano y comer doble de lo que necesita sin perjudicarnos en lo más mínimo. Y en casa no molestaba nada en absoluto, pues se pasaba el día cosiendo y en silencio, aunque, por otra parte, era

la primera en echar a correr cuando convenía ir a buscar algo. Si Hetty se casara, estoy seguro de que te gustaría tener siempre contigo a Dinah.

—No hay que pensar en eso —dijo la señora Poyser—. Nunca convenceríamos a Dinah de que viniese a vivir con nosotros. Si alguien fuese capaz de convencerla, estoy segura de que lo habría conseguido yo, pues a veces le he hablado durante una hora entera, y hasta la he regañado; es la única hija de mi hermana y, por consiguiente, tengo el deber de hacer por ella cuanto pueda. Pero en cuanto la pobrecilla nos hubo dicho adiós y subió en el coche, se volvió a mirarme con su rostro pálido, tan parecido al de su tía Judith, y entonces lamenté las reprimendas que le había dirigido, pues a veces me parece que sabe mejor que yo lo que debe hacerse en este mundo. Sin embargo, no creo que eso se deba a que es metodista.

—Por mi parte —contestó el señor Poyser con todo el malhumor que le consentía su buen carácter—, no quiero mucho a los metodistas. Solamente lo son los comerciantes, pues nunca he visto a un granjero que se haya convertido al metodismo. Puede ser que a algún obrero le dé la manía de serlo, como le ocurre a Seth Bede, que no es demasiado buen operario. En cambio, fíjate en Adam, que es uno de los mejores obreros que tenemos por aquí. No hay cuidado de que se haga metodista, aunque asiste a la iglesia con regularidad. Y como veo que es un muchacho muy sensato, nunca le he alentado para que sostenga relaciones amorosas con Hetty.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Poyser que, mientras su marido hablaba, volvió la cabeza hacía atrás—. Mira dónde está Molly con los niños. Al menos a diez minutos de distancia. ¿Por qué les has dejado quedarse atrás de ese modo, Hetty? Pedir a un espantapájaros que cuide a los niños sería lo mismo que encargártelo a ti. Ve a buscarles y diles que se adelanten.

El matrimonio Poyser estaba entonces en el extremo del segundo campo, de modo que sentaron a Totty en una de las piedras del portillo y esperaron a los rezagados. Mientras tanto la niña canturreaba con complacencia: «Los niños son tontos, y yo soy muy buena».

La causa del retraso se debía a que en aquel paseo dominguero a través de los campos, Marty y Tommy hallaron grandes motivos de

interés en las infinitas cosas que ocurrían entre las matas, de modo que no podían abstenerse de mirar a cada momento como si fuesen perros de caza. Marty estaba seguro de haber visto un pájaro carpintero entre las ramas de un fresno, y mientras lo buscaba le pasó por alto un gran sapo que atravesó el sendero y fue descrito con el mayor fervor por el pequeño Tommy. Luego vieron un verderón apenas emplumecido que daba saltitos por el suelo, y como les pareció posible cogerlo, se metieron por debajo de unas moras. Hetty no les hacía caso, y en vista de eso los niños llamaron a Molly que, con la boca abierta, les ayudaba en sus pesquisas en cuanto los niños le indicaban la conveniencia de realizarlas.

Molly avanzó con cierta alarma al ver que Hetty volvía para decirles que su tía estaba enfadada; pero Marty echó a correr el primero, gritando al mismo tiempo con la instintiva confianza de que jamás recibe una regañina la persona que es portadora de una buena noticia:

—¡Hemos encontrado el nido de la pava moteada, madre!

—¡Ah! —dijo la señora Poyser olvidando su enfado ante aquella agradable nueva—. Eres un buen niño. ¿Dónde lo has encontrado?

—En ese agujero que hay debajo de las matas. Yo he sido el primero en verlo, mientras buscaba un verderón. He encontrado a la pava echada allí.

—Espero que no la habrás asustado —observó la madre—, pues puede marcharse.

—No, me he alejado sin hacer ruido, y se lo he dicho a Molly. ¿Verdad, Molly?

—Bueno, bueno; vamos —dijo la señora Poyser—. Y ahora id delante de vuestros padres, llevando a Totty cogida de la mano. Conviene no perder tiempo. Los niños buenos dejan en paz a los pájaros el domingo.

—Pero, madre —dijo Marty—, tú nos prometiste media corona si encontrábamos el nido en la pava. ¿No querrás meter la media corona en mi hucha?

—Ya veremos lo que pasa, si andas como es debido y te portas bien.

El padre y la madre cambiaron una significativa mirada de orgullo por la agudeza de su hijo mayor y, mientras tanto, por el redondo semblante de Tommy pasó una nube.

—Madre —dijo casi llorando—. Marty tiene mucho más dinero que yo en su hucha.

—¡Mamá! Yo también quiero media corona —dijo Totty.

—¡Callad! —contestó la señora Poyser—. Sois unos niños tontos. Y si ahora no andáis deprisa hacia la iglesia, no volveréis a ver vuestras huchas.

Esta amenaza horrorosa produjo el efecto deseado y, mientras atravesaban los dos campos siguientes, los tres pares de piernecitas siguieron caminando sin nueva interrupción, a pesar de haber pasado por el lado de un charco lleno de ranas, a las que los niños miraron con el mayor interés.

El heno húmedo debería ser extendido al día siguiente, cosa que no era del gusto del señor Poyser, quien durante las cosechas del heno y del trigo solía sostener algunas luchas mentales pensando en los beneficios que obtendría trabajando en un día de descanso, pero ninguna tentación habría sido bastante fuerte para hacerle trabajar en domingo. ¿Acaso a Michael Holdsworth no se le murieron de calor dos bueyes por haber arado en Viernes Santo? Eso era una demostración palpable de que el trabajar en los días sagrados constituía un grave pecado; y Martin Poyser comprendía muy bien que era preciso abstenerse de ello, porque el dinero ganado de esa manera no servía para nada.

—Cuando uno ve el heno en el campo y con el sol brillante como ahora, apenas puede contener, el deseo de darle la vuelta para que se seque mejor —observó al pasar por el mayor de sus prados —. Pero es una tontería querer ganar dinero a costa de perder la conciencia. Tenemos, por ejemplo, a Jim Wakefield, que trabajaba en domingo como si fuese día laborable y sin pensar en Dios ni en el diablo. ¿Y qué le ha ocurrido? Pues que el último día de mercado le vi convertido en un pordiosero.

—No hay duda —contestó la señora Poyser—. Jamás se tiene suerte obrando mal. Parece como si el dinero ganado así agujerease los bolsillos. No quisiera nunca que mis hijos ganasen seis peniques de un modo poco honrado o respetuoso para con Dios. Y en cuanto al tiempo, Nuestro Señor es quien lo gobierna y no debemos dudar de su bondad.

A pesar de la interrupción en su camino, la excelente costumbre del reloj de la señora Poyser, que adelantaba considerablemente, les

permitió llegar al pueblo a las dos menos cuarto, aunque ya encontraron en la puerta del cementerio a todos los que se disponían a ir a la iglesia. En sus casas quedaron solamente algunas mujeres, como Bess Timothy, que estaba en la puerta amamantando a su hijo y muy convencida de que no podía ocuparse de nada más.

No se debía tan sólo al deseo de asistir al entierro de Mathias Bede el hecho de que la gente se hubiera puesto a esperar en la puerta del cementerio a que empezara la ceremonia, sino que lo hacían por la fuerza de la costumbre. Las mujeres solían entrar enseguida en la iglesia, donde empezaban a chismorrear y a hablar de sus enfermedades y del fracaso de los remedios del médico, recomendándose mutuamente remedios caseros, que resultaban mucho mejores; o a criticar a las criadas, por sus exigencias con respecto al salario, mientras que sus servicios eran cada vez peores, hasta el punto de que ya no era posible fiarse de que una criada realizara bien su trabajo si el ama no estaba delante; hablaban también de lo poco que el señor Dingall, el abacero de Treddleston, pagaba por la manteca, y las dudas razonables que había sobre su solvencia, a pesar de que la señora Dingall era una mujer excelente a quien todo el mundo compadecía. Mientras tanto, los hombres permanecían en el exterior y muy pocos entraban en la iglesia, a excepción de los coristas, que en voz baja ensayaban sus salmos, hasta que no hacía su aparición el mismo señor Irwine. Los campesinos no veían que existiese ninguna razón para entrar antes, porque ¿qué harían en la iglesia antes de empezar el servicio? Y no concebían que un poder cualquiera del universo pudiese pensar que estaba mal permanecer al aire libre hablando de sus negocios.

Chad Cranage parecía otro hombre, pues llevaba la cara limpia de los domingos, y eso era causa de que su nieta se echara a llorar al verlo, porque no le conocía. Sin embargo, una mirada experimentada lo hubiese reconocido en el acto como el herrero del pueblo, después de fijarse en la humilde deferencia con que aquel individuo enorme se quitaba el sombrero y se acariciaba el cabello para saludar a algún granjero, porque Chad solía decir que un trabajador debía respetar a todos aquellos que tuviesen caballos susceptibles de ser herrados. Chad y los obreros más rudos de la comunidad se hallaban a cierta distancia de la tumba abierta junto al espino blanco en la que sería enterrado el difunto Mathias Bede,

pero Sandy Jim y varios labradores formaron un grupo a su alrededor y permanecían allí con las cabezas descubiertas como parte del duelo junto a la viuda y los hijos. Otros se habían situado en un lugar intermedio para poder observar al grupo más próximo a la tumba y escuchar a la vez las conversaciones de los granjeros congregados cerca de la puerta de la iglesia. Con éstos se reunió Martin Poyser, mientras que su familia penetraba en la iglesia; allí se hallaba el señor Casson, propietario del Donnithorne Arms, adoptando su actitud más imponente, es decir, con el índice de su mano derecha entre los botones de su levitón, la mano izquierda en el bolsillo de los pantalones y la cabeza ladeada; en conjunto, tenía el aspecto de un actor a quien se ha confiado un papel pequeñísimo y, sin embargo, está persuadido de que el público se fijará en sus grandes dotes artísticas; y ofrecía un curioso contraste con el viejo Jonathan Burge que, con las manos a la espalda, se inclinaba hacia adelante, tosiendo como los asmáticos, mientras en su fuero interno despreciaba todo conocimiento que no pudiese ser convertido en dinero. Aquel día se hablaba en voz más baja que de costumbre, y las voces de los asistentes se dejaban dominar por la del señor Irwine, que leía las últimas oraciones del servicio fúnebre. Todos pronunciaron alguna palabra de compasión por el pobre Mathias, pero después empezaron a tratar de un asunto que les interesaba mucho más, o sea de los agravios que les causaba Satchell, el mayordomo del caballero, que desempeñaba el papel de administrador y recaudador en cuanto se lo permitía el viejo señor Donnithorne, cuya ruindad llegaba hasta el punto de cobrar las rentas por sí mismo y hacer negocios con su propia madera. El asunto de la conversación contribuía a que no se hablase en voz alta, puesto que Satchell en persona podía presentarse de un momento a otro por el camino enlosado frente a la puerta de la iglesia. De repente se quedaron todos en silencio, pues la voz del señor Irwine había cesado ya y el grupo que rodeaba el espino blanco se dispersaba hacia la iglesia.

Todos se hicieron a un lado y se quedaron con las cabezas descubiertas mientras pasaba el señor Irwine. Tras él iban Adam y Seth acompañando a su madre; Joshua Rann oficiaba de enterrador y de sacristán y aún no estaba listo para seguir al rector a la sacristía. Pero hubo una pausa antes de que se acercara a la iglesia

la familia del difunto, pues Lisbeth se volvió para contemplar de nuevo la tumba. ¡Ah! Ya no se veía nada más que el espino blanco. Sin embargo, aquel día había llorado menos que en los anteriores, mientras el cadáver de su marido permaneció en casa. Y a pesar de su dolor, experimentaba una sensación desacostumbrada de su propia importancia por tener un «entierro» y porque el señor Irwine en persona hubiese leído el oficio de difuntos para su marido; además, le constaba que en breve cantarían el salmo de difuntos para el muerto. Y esta excitación la embargó hasta dominar su dolor mientras, en compañía de sus hijos, se dirigía a la puerta de la iglesia, percibiendo los gestos de simpatía de que era objeto por parte de sus vecinos.

La madre y los hijos penetraron en la iglesia seguidos por los curiosos, aunque algunos se quedaron fuera; el hecho de que el coche del señor Donnithorne descendiera despacio por la pendiente de la colina contribuyó tal vez a darles la impresión de que no había necesidad de apresurarse. De pronto se oyeron el fagot y las trompetas; era el himno de la tarde que siempre daba comienzo al servicio, y todos debían entrar para ocupar sus respectivos sitios. No puedo decir que el interior de la iglesia de Haylope fuese notable por nada especial, a excepción de la antigüedad de sus bancos de roble. La mayor parte eran de grandes dimensiones y escuadrados, y estaban alineados a cada uno de los lados de la estrecha nave. Allí no había ninguna de las imperfecciones típicas de las modernas galerías. El coro ocupaba dos bancos situados hacia el centro de la fila de la derecha, de modo que a Joshua no le resultó difícil encontrar su sitio como bajo principal entre los demás cantores, para volver a su pupitre una vez terminado el canto. El púlpito y el pupitre, tan viejos y grises como los bancos, se hallaban a un lado del arco que conducía al presbiterio, donde también había unos bancos grises y escuadrados para la familia y los criados del señor Donnithorne. Sin embargo, puedo asegurar al lector que aquellos bancos grises y los muros de color pardo formaban un fondo muy agradable que armonizaba con los enrojecidos rostros y los chalecos de colores brillantes. Hacia el presbiterio se advertían algunas notas de color carmesí, pues el púlpito y el banco del señor Donnithorne estaban adornados con unos almohadones de este color; y para terminar la descripción, diremos que el altar se hallaba cubierto con

un paño, también carmesí, en el que la señorita Lydia había bordado unos rayos dorados.

Pero aun sin el paño carmesí el efecto habría sido cálido y alegre cuando el señor Irwine se sentó ante su pupitre mirando con benevolencia a aquella sencilla congregación de fieles: a los duros ancianos de rodillas y espaldas encorvadas, aunque todavía con el vigor suficiente para dedicarse a pequeños trabajos rústicos; a los picapedreros y carpinteros de cuerpos robustos y rudos y rostros bronceados; a la media docena de granjeros ricos rodeados por sus esposas e hijos, todos ellos de sonrosadas mejillas, y a las limpias ancianas, esposas de los labradores, con las cabezas cubiertas con gorros negros ribeteados de blanco y los arrugados brazos desnudos hasta el codo y lánguidamente doblados sobre sus pechos. Ninguno de los viejos sostenía un libro en las manos, pues no sabían leer. Sin embargo, conocían algunas oraciones y a veces movían los labios en silencio, siguiendo el servicio religioso aunque no lo acabaran de comprender del todo; todos ellos tenían una fe sencilla, eficaz y digna de ser bendecida. Cuando todo el mundo se puso en pie y los niños se subieron a los bancos para contemplar la escena, mientras se cantaba el himno de la tarde del obispo Ken, todas las caras fueron visibles. Luego continuaron con uno de aquellos hermosos salmos que murieron con la última generación de rectores y de cantores eclesiásticos. Las melodías se extinguen, como la flauta de Pan, al mismo tiempo que los oídos que las escucharon. Aquel día Adam no formaba parte de los cantores, pues estaba sentado al lado de su madre y de Seth, y observó con sorpresa la ausencia de Barde Massey, lo cual resultaba muy agradable para el señor Joshua Rann, que emitía su voz de bajo con complacencia y dirigía miradas severas, por encima de sus anteojos, hacia el recusante Will Maskery.

Imagínese el lector al señor Irwine mientras contemplaba aquella escena, vestido con el amplio sobrepelliz que le sentaba tan bien, con el cabello empolvado y peinado hacia atrás, con el cutis moreno y sonrosado y la nariz y los labios muy bien dibujados. Porque había cierta virtud en aquella mirada benigna y severa a un tiempo, como en todos los rostros humanos en que resplandece un alma generosa. E imagínese la escena iluminada por el magnífico sol de junio, que atravesaba las antiguas ventanas proyectando

manchas amarillas, rojas y azules sobre la pared opuesta.

Creo que cuando el señor Irwine miraba a sus feligreses, sus ojos se detuvieron más de lo corriente en el banco ocupado por Martin Poyser y su familia. Y había también otros ojos negros que no podían mirar a otro lugar y que se fijaban en aquella graciosa figura vestida de blanco y rosa. Sin embargo, Hetty no pensaba entonces en ninguna mirada, porque estaba absorbida por la idea de que Arthur Donnithorne entraría pronto en la iglesia, ya que en ese mismo momento, sin duda, llegaba el carruaje a la puerta. No había vuelto a verlo desde que se separó de él en el bosque el jueves por la noche. ¡Y qué largo le había parecido el tiempo desde entonces! Desde aquella hora dichosa, todo había ido como de costumbre; las maravillas que habían ocurrido entonces no trajeron ningún cambio a su vida y le parecía no haber sino vivido un sueño. Al oír que se abría la puerta de la iglesia, su corazón latió de tal modo que no se atrevió siquiera a levantar los ojos. Le pareció que su tía hacía una reverencia y ella la imitó. Sin duda se trataba del viejo señor Donnithorne, pues aquel hombre anciano, arrugado y de corta estatura, que con mirada miope contemplaba a la congregación que le saludaba, solía ser siempre el primero en entrar; luego supuso que llegaba la señorita Lydia, y aunque a Hetty le habría gustado contemplar su gorrito parecido a un cubo de carbón rodeado de rosas pequeñitas, se abstuvo de mirarlo aquel día. Pero no saludó nadie más. Era evidente que él no había llegado.

Estaba segura de que ya no entraría nadie más que el ama de llaves con su gorro negro, y la doncella con su hermoso sombrero de paja que, en otro tiempo, perteneció a la señorita Lydia, y además el mayordomo y el lacayo con el cabello empolvado. No, él no estaba allí. Sin embargo, se disponía a cerciorarse, pues podía estar equivocada; así que levantó con timidez los ojos y dirigió la mirada hacia el banco del presbiterio provisto de almohadones. Allí no había nadie más que el viejo señor Donnithorne, que en aquel momento limpiaba sus anteojos con un pañuelo blanco, y la señorita Lydia, que abría un libro de oraciones muy grande con los cantos dorados. Era muy duro de soportar aquel frío desencanto; se sintió palidecer, le temblaron los labios y le entraron ganas de llorar. ¡Oh! ¿Qué estaba haciendo? Todo el mundo comprendería la razón y se daría cuenta de que lloraba por la ausencia de Arthur

Donnithorne. Según pudo advertir, el señor Craig, que llevaba en el ojal una hermosa flor, la miraba en aquel momento. El tiempo se le hizo eterno antes de que empezase la confesión general que le permitiría arrodillarse. Entonces podría derramar dos grandes lágrimas, pero nadie, salvo la buena de Molly, la vería, pues sus tíos estarían arrodillados delante de ella. Y Molly, incapaz de explicarse la causa de las lágrimas en la iglesia, y pensando que se deberían a una debilidad imprevista, de la que tenía un conocimiento vago y tradicional, sacó del bolsillo un frasquito de forma rara y aplanada y, después de forcejear un rato para destaparlo, lo acercó a la nariz de Hetty. «No huele», murmuró, creyendo que eso constituiría una ventaja que esas sales, ya pasadas, tendrían sobre las frescas. «Y te harán mucho bien, sin perjudicarte». Hetty le apartó la mano, pero aquel estallido de malhumor logró lo que no podían haber logrado las sales, pues se limpió las lágrimas y se obligó a no derramar ninguna más. Su vanidosa naturaleza daba a Hetty cierta fuerza, pues por nada del mundo habría consentido que se riesen de ella o la mirasen de otro modo que con admiración. Se habría clavado las uñas en la carne antes de que la gente pudiese descubrir alguno de sus secretos.

¡Cuántas fluctuaciones hubo en sus afanosos pensamientos y sensaciones, mientras el señor Irwine pronunciaba la solemne absolución en los sordos oídos de la joven y en la petición que siguió! La cólera estaba muy próxima a la desilusión y pronto logró la victoria sobre las conjeturas que su imaginación pudo formar para explicar la ausencia de Arthur, en la suposición de que, realmente, hubiese deseado venir y volver a verla. Y cuando se puso en pie mecánicamente, imitando a los demás, había vuelto ya el color a sus mejillas, quizá de un modo más acentuado que antes, ya que ella misma se dirigía frases indignadas, diciendo que odiaba a Arthur por haberle causado aquel disgusto; luego se propuso hacerle sufrir a su vez. Y mientras en su alma reinaban aquellos pensamientos tumultuosos, tenía los ojos fijos en su libro de oraciones y sus párpados de largas pestañas eran tan hermosos como siempre. Así lo creyó Adam Bede al mirarla un momento cuando se ponía en pie.

Pero los pensamientos de Adam acerca de Hetty no le distraían del servicio religioso, sino que más bien se confundían con todas las

demás sensaciones profundas que encontraban expresión en la ceremonia, del mismo modo que el recuerdo de nuestro pasado y la imagen de nuestro futuro imaginario se confunden con todos nuestros momentos de aguda sensibilidad. Para Adam, el servicio religioso era el mejor medio de expresión que podía hallar para su pesar, sus deseos y su resignación, que se confundían en su alma, para sus suplicantes peticiones de ayuda y para la expresión de su fe y de su adoración; y todo aquello parecía hablar con él como no podría haberlo hecho ninguna otra forma de adoración, de igual modo que para los primeros cristianos que durante toda su vida adoraron a Dios en las catacumbas, la antorcha y las sombras que ésta proyectaba debieron de parecer más apropiadas que la radiante luz pagana de las calles. El secreto de nuestras emociones jamás reposa en el objeto en sí, sino en su relación sutil con nuestro pasado; no es de extrañar pues que este secreto pase inadvertido para el observador indiferente, quien del mismo modo podría ponerse los anteojos para distinguir unos olores.

Pero había una razón para que aun el observador casual pudiera considerar el servicio religioso de la iglesia de Hayslope mucho más significativo que en otra iglesia cualquiera del reino, y estoy seguro de que el lector no sospecha siquiera esta razón, pues consistía en el modo de leer de nuestro amigo Joshua Rann. Aun para sus más íntimos era un misterio dónde aprendió el buen zapatero a leer de aquel modo. Por mi parte, creo que era un don que recibió de la naturaleza, que vertió su música en su alma honrada y religiosa, como había hecho en el pasado con otras almas ignorantes o sencillas. Por lo menos le dio una hermosa voz de bajo y un buen oído musical, aunque no puedo asegurar que estas dos dotes por sí solas bastaran para inspirarle y para que emitiese las notas armoniosas con que hacía las réplicas. Solamente al viento cuando atraviesa los matorrales, que empieza soplando con fuerza y acaba con un débil rumor, podría compararse el arte con que emitía fuertemente una nota de acento melancólico y disminuía la intensidad de la voz al terminar la última palabra, como suena a veces el violoncelo al ser tocado por una mano hábil. Tal vez parecerá raro que se hable así de un sacristán, de un hombre que llevaba unas gafas oxidadas, que tenía el cabello del color de los rastrojos y un occipucio enorme y prominente. Pero así obra

siempre la naturaleza. Es capaz de dar a un caballero un rostro hermoso y la inspiración poética y, sin embargo, le hará cantar mal y fuera de tono sin que él lo advierta; y en cambio, un individuo de frente estrecha que entona una balada en el rincón de la taberna, lo hará quizás con gran entonación y un compás perfecto.

El mismo Joshua estaba menos orgulloso de su modo de leer que de su canto, y así, con expresión de orgullo satisfecho, abandonaba el pupitre para pasar al coro. Pero aquel día aun se consideraba más importante, pues era una ocasión especial: un anciano conocido en toda la parroquia había sido víctima de una triste muerte, pues sus días no acabaron en la cama, circunstancia muy penosa para un campesino, y así, el salmo de difuntos se entonaba en memoria de su repentina desaparición. Por otra parte, no estaba en la iglesia Barde Massey y gracias a ello la importancia de Joshua en el coro no quedaba eclipsada por nadie. La música que acompaña los antiguos salmos tiene acentos dolorosos, y las palabras

*Desaparecemos arrastrados por la marea*
*y nos desvanecemos como la niebla de la tarde,*

parecían tener un significado mayor que de costumbre y más exacta aplicación a la muerte del pobre Mathias. Madre e hijos escuchaban con la mayor atención y cada uno experimentaba sus propias sensaciones. Lisbeth sentía una vaga creencia de que el salmo hacía mucho bien a su marido, era una parte de un magnífico entierro cuya omisión le habría parecido más dolorosa después de muerto que el hacer desgraciados sus días mientras vivía. Cuanto más hablaran de su marido, mayor bien le harían y mejor sería la suerte que le esperara. Así era como la pobre Lisbeth sentía y creía que el amor y la compasión humanas son la base de la fe en otro amor. Seth, que se conmovía con facilidad, derramó algunas lágrimas y trató de recordar, como hiciera continuamente desde que murió su padre, todo lo que había oído acerca de que un momento de arrepentimiento es capaz de salvar el alma. Hasta entonces Adam jamás se había sentido incapaz de cantar un salmo. Desde su primera juventud conoció el dolor y las inquietudes, pero aquélla era la primera pena verdadera que había experimentado, y, por extraño que parezca, la desaparición de la causa principal de sus

preocupaciones le producía dolor. No había podido estrechar la mano de su padre antes de su muerte diciéndole: «Padre, siempre nos hemos querido; nunca olvidaré lo que te debo; pero tú también perdóname si alguna vez no te he tratado como debía». Adam no recordaba ya el trabajo y el dinero que su padre le había costado, sólo pensaba en los sentimientos del pobre viejo cuando, humillado, inclinaba la cabeza ante su hijo.

«¡Ah! Yo siempre le trataba con mucha dureza —se decía Adam—. No tengo paciencia cuando la gente comete alguna falta; mi corazón se cierra a la piedad y no puedo perdonarles. Ahora comprendo que en mi alma hay más orgullo que amor, pues me era más fácil dar mil martillazos por mi padre que dirigirle una palabra bondadosa. Y en los martillazos había mucho orgullo, porque el diablo tiene tanta influencia en nuestros pecados como en lo que llamamos nuestros deberes. Siempre me pareció más fácil trabajar que estar quieto, pero mi verdadera tarea habría sido vencer mi voluntad y mi carácter y contrariar mi orgullo. Estoy persuadido de que si hoy encontrase a mi padre en casa, me portaría con él de un modo distinto. En fin, es muy posible que nada llegue a ser una lección para nosotros si no la recibimos demasiado tarde. La vida es algo que no podemos repetir y, por consiguiente, resulta imposible deshacer el mal que se ha causado».

Esas eran las ideas que rondaban al joven desde la muerte de su padre, y las tristes notas del salmo de difuntos contribuían a reforzar tales pensamientos. Lo mismo ocurrió con el sermón que el señor Irwine pronunció en el funeral de Mathias. Comentó con brevedad y sencillez las palabras: «En plena vida estamos en la muerte». Y dijo que sólo podemos aprovechar el momento actual para hacer actos de misericordia, para tratar a todos con rectitud y para demostrar la mayor ternura a nuestra familia. Todo eso eran verdades antiguas, pero muchas veces éstas nos parecen algo nuevo, después de contemplar el rostro inanimado de quien ha formado parte de nuestras propias vidas.

Llegó el momento de la bendición final, cuando las sublimes palabras «La paz de Dios, que sobrepasa toda comprensión» parecieron confundirse con el tranquilo sol de la tarde que iluminaba las inclinadas cabezas de los fieles; luego empezaron a levantarse todos, y las madres se pusieron a atar los gorritos de las

niñas que se habían dormido en el sermón, mientras que los padres recogían los libros de oraciones, hasta que todos cruzaron la antigua puerta para ir al verde cementerio y reanudar sus charlas de vecinos, sus sencillos saludos y sus invitaciones para tomar el té, pues los domingos todo el mundo estaba dispuesto a recibir a un invitado; era el día en que la gente debía ponerse su mejor traje y estar de buen humor.

El señor Poyser y su esposa se detuvieron un instante en la puerta de la iglesia; esperaban que Adam fuese a reunirse con ellos, pues no querían marcharse sin dirigir unas palabras amables a la viuda y a sus hijos.

—Bueno, señora Bede —dijo la señora Poyser, mientras andaban juntas—, debe cobrar ánimo. Los esposos han de estar contentos cuando viven lo bastante para criar a sus hijos y verse encanecer el uno al otro.

—Eso es —dijo el señor Poyser—. Entonces ya no han de esperarse mucho uno a otro. Usted tiene la suerte de que sus hijos figuren entre los muchachos mejores de la región. Aunque eso es natural, porque recuerdo al pobre Mathias, que era un muchacho robusto y de anchos hombros. Y en cuanto a usted, señora Bede, todavía tiene la espalda más recta que muchas mujeres jóvenes.

—¡Ay! —dijo Lisbeth—. Mal va el plato cuando se rompe en dos. Cuanto antes me vea bajo el espino blanco, mejor será, pues ya no sirvo para nada.

Adam nunca hacía caso de las injustas quejas de su madre, pero Seth replicó:

—No debes hablar así, porque tus hijos no tendrán otra madre.

—Es verdad, muchacho. Tienes razón —dijo el señor Poyser—. Hacemos muy mal entregándonos al dolor; igual que cuando los niños lloran porque sus padres les quitan algo. Quien está en el cielo sabe bastante más que nosotros.

—Para no hablar —añadió la señora Poyser— de que no hay que poner nunca a los muertos por encima de los vivos. Todos nosotros nos moriremos, sin duda alguna, y es mejor que nos precedan los demás en vez de empezar nosotros.

—Bueno, Adam —dijo el señor Poyser advirtiendo que las palabras de su esposa eran más incisivas que cariñosas—, espero que volverás a visitarnos. Hace mucho tiempo que no charlo

contigo, y esta mujer quiere que le des un consejo para arreglar su torno de hilar, porque se le ha roto. Espero que irás a casa tan pronto como puedas, ¿verdad?

El señor Poyser hizo una pausa y miró a su alrededor mientras hablaba, buscando a Hetty, pues los niños habían echado a correr. Hetty no carecía de compañía y además estaba más blanca y sonrosada que nunca; en la mano llevaba la maravillosa planta, blanca y roja, que tenía un nombre muy largo y además escocés, según creía, ya que todo el mundo aseguraba que el señor Craig, el jardinero, era escocés. Adam aprovechó la oportunidad para mirar a su vez, y seguramente el lector comprenderá que no le disgustó observar la expresión de desagrado con que la joven escuchaba las palabras del jardinero. No obstante, en lo más profundo de su corazón, Hetty se alegraba de tener a aquel hombre a su lado, pues gracias a él podía averiguar la razón por la que Arthur no había ido a la iglesia. Desde luego no se proponía preguntárselo directamente, pero esperaba que él le diese esa noticia de un modo espontáneo, puesto que el señor Craig, como hombre superior que era, gustaba mucho de dar noticias.

El jardinero no advirtió que su conversación y sus amabilidades eran recibidas con cierta frialdad, pues desviar el propio punto de vista más allá de determinados límites es algo imposible para cualquiera, por liberal y expansiva que sea su mente. Nadie sabe la impresión que producimos en los monos brasileños, de corta inteligencia, y es muy posible que apenas se fijen en nosotros. Además, el señor Craig era un hombre de pasiones sobrias y se hallaba en su décimo año de indecisión sobre las ventajas relativas de la soltería y las del matrimonio. Es cierto que, de vez en cuando, después de caldearse con un vaso de *grog*, le habían oído decir que Hetty «estaba muy bien» y que «un hombre podría hacer lo peor». Pero ya es sabido que en tales ocasiones los hombres suelen expresarse con alguna crudeza.

Martin Poyser apreciaba mucho al señor Craig como hombre que conocía su oficio y que tenía vastos nociones sobre tipos de tierras y abonos. Pero el jardinero no estaba tan bien considerado por la señora Poyser, quien más de una vez dijo confidencialmente a su marido:

—A ti te gusta mucho ese Craig, pero, por mi parte, creo que se

parece a un gallo que está convencido que el sol sale todos los días con el único objeto de oírle cantar.

Por lo demás, el señor Craig era un jardinero muy digno y no sin razón tenía una alta opinión de sí mismo. Poseía, además, anchos hombros y pómulos salientes, y cuando andaba, con las manos en los bolsillos del pantalón, solía inclinar un poco la cabeza hacia adelante. Creo que sólo por sus antepasados tenía el privilegio de ser algo escocés, y no por haberse criado en Escocia, y aunque su acento era algo raro, su modo de hablar difería poco del de los habitantes de Loamshire. Pero un jardinero suele ser escocés, así como un maestro francés es parisiense.

—Me parece, señor Poyser —dijo antes de que el granjero tuviese tiempo de hablar—, que mañana no podrá retirar el heno. El barómetro señala un cambio y puede estar seguro de que volverá a llover antes de veinticuatro horas. Fíjese en esa nube oscura que hay en el horizonte. Ya sabe que por horizonte se entiende la línea en que parecen juntarse el cielo y la tierra.

—Sí, ya veo una nube —contestó el señor Poyser— en el horizonte. Está encima de los barbechos de Michael Holdsworth.

—Pues bien, fíjese en mis palabras. Esa nube se extenderá por el cielo del mismo modo que usted podría extender un encerado sobre las hacinas de heno. Es algo muy importante estudiar las nubes. A Dios gracias, los almanaques meteorológicos no pueden enseñarme nada; en cambio, si viniesen a consultarme, tal vez podría yo enseñarles algo a ellos. ¿Cómo está, señora Poyser? Espero que piense en coger muy pronto las grosellas. Mejor sería que las hiciese coger antes de que estén muy maduras, pues el tiempo no está seguro. ¿Cómo está, señora Bede? —continuó el señor Craig sin hacer una pausa y saludando al mismo tiempo con un movimiento de cabeza a Seth y a su hermano Adam—. Espero que le gustarían las espinacas y las uvas que le mandé por Chester. Si alguna vez necesita verduras, ya sabe dónde encontrarlas. Ya se sabe que no regalo las cosas que pertenezcan a otras personas, pues en cuanto aprovisiono bien la casa, todo lo que queda en el jardín me pertenece. Y estoy seguro de que el anciano caballero no podría encontrar a nadie que hiciese producir la tierra tanto como yo. Toda la vida me he esforzado en alcanzar buen nombre y puedo decir con orgullo que me reembolso sobradamente el dinero que todos los

años pago al caballero. Me gustaría mucho que esos individuos que hacen los almanaques supiesen prever el tiempo como yo, ya que, gracias a eso, puedo ganarme la vida.

—Pues parece que aciertan bastante —dijo el señor Poyser volviendo un poco la cabeza y hablando con tono respetuoso—. Fíjese que se ha cumplido en todas sus partes aquel dibujo del gallo provisto de grandes espolones al que destrozaba la cabeza un áncora y que, además, estaba rodeado de buques de guerra. Ese dibujo fue hecho antes de Navidad y ha resultado ser cierto como la Biblia. Como ya sabe, el gallo representa a Francia y el áncora a Nelson. Y todo eso nos lo dijeron por anticipado.

—¡Bah! —exclamó el señor Craig—. No hay que ser muy ladino para adivinar que los ingleses acabarían pegando a los franceses. Me consta, por haberlo oído de labios autorizados, que los franceses se consideran corpulentos cuando miden un metro cincuenta de alto, y que viven principalmente de sopas. Conozco a un hombre cuyo padre estaba muy familiarizado con los franceses; y me gustaría saber qué pueden hacer esos saltamontes contra unos individuos tan estupendos como nuestro capitán Arthur. Créame que se asombraría de ver a un francés. Tienen los brazos casi tan gruesos como el cuerpo, lo cual se debe a que llevan corsé y pueden apretarse mucho porque dentro no tienen nada.

—Y por cierto, ¿dónde está el capitán, que hoy no ha venido a la iglesia? —preguntó Adam—. Hablé el viernes con él y no me dijo nada de que quisiera marcharse.

—¡Oh! Ha ido unos cuantos días a Eagledale a pescar; me figuro que estará de vuelta dentro de poco, pues debe preparar la celebración de su mayoría de edad el día 13 de julio. Pero le gusta ausentarse a veces porque él y el viejo caballero ligan tan poco entre sí como la escarcha y las flores.

El señor Craig sonrió y guiñó el ojo lentamente al hacer esta última observación, pero no siguió hablando del asunto porque habían llegado ya a la curva del camino donde Adam y sus compañeros debían despedirse. También el jardinero tenía que tomar la misma dirección, si no hubiese aceptado la invitación del señor Poyser para ir a su casa a tomar el té. La señora Poyser apoyó la invitación, pues habría considerado una deshonra no acoger amablemente en su casa a los vecinos; las simpatías o las antipatías

personales no habían de ser tenidas en cuenta en aquella costumbre sagrada. Además, el señor Craig siempre se mostraba muy amable con la familia de Hall Farm, y la señora Poyser tenía gran empeño en declarar que «no podía decir nada malo contra él, aunque era una lástima que aquel hombre no pudiese nacer de nuevo para ser diferente». Así, Adam y Seth, con su madre entre ambos, descendieron por el sendero en dirección al valle y subieron la ladera opuesta hacia la vieja casa donde un triste recuerdo vino a ocupar el lugar de una larga ansiedad y donde Adam no preguntaría nunca más al entrar: «¿Dónde está padre?».

El otro grupo familiar, acompañado por el señor Craig, regresó a la agradable y risueña vivienda de Hall Farm, todos ellos con pensamientos apacibles a excepción de Hetty, que ya sabía adonde había ido Arthur, dato que contribuyó a aumentar su extrañeza y su inquietud. Parecía, en efecto, que su ausencia era completamente voluntaria; no tenía ninguna necesidad de marcharse y no lo habría hecho si hubiera deseado verla de nuevo. La joven experimentaba la amarga sensación de que ya nada en la vida podía ser agradable para ella si no se cumplía la visión que había tenido el jueves por la noche; y en aquel momento de helado e invernal desencanto volvió a imaginarse la posibilidad de estar de nuevo con Arthur, de gozar de su amorosa mirada y de oír sus palabras suaves, con aquel vehemente deseo que llamamos el dolor creciente de la pasión.

# XIX

## ADAM EN UN DÍA DE TRABAJO

A pesar de la profecía del señor Craig, la nube oscura se dispersó sola sin originar las consecuencias con que parecía amenazar. «El tiempo —dijo el jardinero a la mañana siguiente—, el tiempo, según veis, es muy caprichoso, de modo que se dan casos de que un ignorante acierte cuando el sabio se equivoca; por esta razón logran acreditarse tanto los almanaques. Es una de las cosas que dependen de la casualidad y que proporcionan mucho éxito a los ignorantes».

Esta conducta poco razonable del tiempo no disgustó a nadie en Hayslope aparte del señor Craig. Todo el mundo salió a los prados aquella mañana en cuanto hubo caído el rocío. Las esposas y las hijas trabajaban el doble en todas las granjas para que las criadas pudiesen ayudar a recoger el heno, y cuando Adam marchaba a lo largo de los senderos cargado con el capazo de las herramientas oyó alegres conversaciones y grandes carcajadas más allá de los setos. Las chanzas y las risas de los que recogen el heno parecen mucho mejores a cierta distancia; como los rudos cencerros colgados de los cuellos de las vacas, adquieren un tono vulgar y ordinario cuando resuenan cerca, y hasta es posible que lleguen a molestar al oído; pero cuando se oyen a distancia se confunden de un modo muy agradable con otros alegres ruidos de la naturaleza. Los músculos humanos trabajan mejor cuando las almas están llenas de música, aunque esta alegría sea de peor calidad y nada parecida a la que sienten y exteriorizan los pájaros.

Y quizás no haya en los días de verano horas más alegres que cuando el calor del sol empieza a triunfar sobre el frío de la mañana, cuando todavía parece quedar un recuerdo ligero del

frescor y se siente la languidez que produce la influencia deliciosa del calor. La razón de que Adam anduviera por los senderos a aquella hora era que durante el resto del día debía reparar, por encargo del hijo de un caballero vecino, una casa de campo situada a cinco kilómetros de distancia. Durante las primeras horas de la mañana había estado ocupado en disponer el traslado de los paneles y de las puertas, que se cargaron en un carro que partió precediéndole, mientras que Jonathan Burge se dirigió allí a caballo para esperar la llegada del carro y dirigir a los obreros.

Aquel pequeño paseo constituía un descanso para Adam, quien, sin darse cuenta, se hallaba bajo el encanto del momento. En su corazón reinaba la mañana veraniega; veía a Hetty alumbrada por la luz del sol, una luz que no deslumbraba y cuyos rayos temblaban entre las delicadas sombras de las hojas. El día anterior, cuando, al salir de la iglesia, había ofrecido la mano a la joven, creyó notar en su rostro una bondad melancólica que jamás había observado, y atribuyó esta expresión a su pena por el dolor de la familia. ¡Pobre muchacho! Aquella expresión melancólica era debida a otra causa muy distinta, pero ¿cómo podía saberlo? Miramos el rostro de la mujer a quien amamos como miramos el rostro de nuestra madre tierra, y vemos toda suerte de respuestas para nuestros anhelos. Era imposible que Adam no se dijera que lo sucedido la semana anterior facilitaba sus posibilidades de casarse. Hasta entonces había temido que otro hombre se le anticipase y se hiciese dueño del corazón y de la mano de Hetty mientras él estaba en una situación que le impedía solicitar a la joven. Y aun de haber abrigado verdaderas esperanzas de que ella le quisiera (y estas esperanzas estaban muy lejos de ser grandes), le agobiaban demasiados deberes para pensar siquiera en disponer para sí mismo y para Hetty un hogar que pudiera satisfacer a la joven después de la seguridad y de la abundancia de que gozaba en la granja. Como todas las naturalezas fuertes, Adam tenía confianza en sí mismo y estaba seguro de que llegaría a ser algo. Creía que, si vivía, podía llegar a mantener una familia y abrirse paso. Pero tenía una cabeza demasiado firme y fría para no dar un valor real a los obstáculos que debería vencer. Y el tiempo se le hacía eterno con Hetty ante sus ojos, a Hetty lozana y atractiva, como una manzana que cuelga por encima de la tapia del jardín, a la vista de todo el mundo y deseada también de todos.

Seguro que, si ella le amaba, no tendría inconveniente en esperarle. ¿Pero le amaba? Sus esperanzas nunca fueron tan grandes como para atreverse a preguntárselo. Sin embargo, se daba cuenta de que los tíos de la joven habrían acogido favorablemente su noviazgo, y, de no haber sido por esta circunstancia, nunca habría insistido en visitar la granja; pero era imposible llegar a una conclusión definitiva con respecto a los sentimientos de Hetty. Era como una garita, y tenía el mismo aspecto atractivo y hermoso, que ignoraba a todos cuantos se aproximaban a ella.

Pero Adam no pudo dejar de decirse que había desaparecido la más pesada de sus cargas y que antes de terminar el año sus circunstancias podían cambiar de tal modo que ya le sería posible pensar en casarse. Desde luego tendría que entablar una dura lucha con su madre, quien tendría celos de cualquier esposa que escogiese, aparte de que Hetty le era especialmente antipática, aunque quizás no tuviera otra razón que la de sospechar que era la mujer elegida por su hijo. Adam se temía que, una vez casado, le sería imposible vivir en la misma casa que su madre, pero ¡qué doloroso sería para la pobre vieja el hecho de que su hijo le rogara que se fuera de su lado! Sí. Le esperaba un buen disgusto con su madre, pero en ese caso no tenía más remedio que dar a entender su propósito inquebrantable, pues al fin y al cabo sería mejor para la anciana. Él habría preferido vivir todos juntos hasta que se casara Seth, aunque hubiese sido necesario ampliar un poco la antigua casa. Tampoco le apetecía irse a vivir lejos de su hermano, pues desde que nacieron nunca habían estado separados más de un día.

Cuando Adam se sorprendió haciendo todos estos planes para un futuro tan incierto, se apresuró a contenerse. «Estoy construyendo una hermosa casa sin maderos ni ladrillos —se dijo—. Y ya he llegado a la buhardilla sin haber excavado los cimientos».

Siempre que Adam estaba convencido de cualquier proposición, ésta tomaba en su mente la forma de un principio: era un conocimiento sobre cuya base se podía actuar, del mismo modo que sobre el principio de que la humedad oxida el hierro. Tal vez residía allí el secreto de la dureza de carácter de que él mismo se acusaba: sentía poca compasión por la debilidad que persiste en el error pese a las consecuencias previstas. Y sin esa compasión, ¿cómo podremos mostrar bastante paciencia y caridad hacia nuestros compañeros

que se tambalean y caen en el largo e irregular camino de la vida? Las almas fuertes y decididas sólo tienen un modo de hacerlo, que consiste en rodear con sus fuertes brazos a los débiles y a los equivocados, sufriendo así las consecuencias exteriores de sus errores y participando además de sus dolores íntimos. Esta es una lección larga y dura, y Adam sólo había aprendido el alfabeto con la repentina muerte de su padre, que, al suprimir en un instante todo lo que había estimulado su indignación, creó una corriente repentina de ideas y de recuerdos sobre la que se había surgido su compasión y su ternura.

Pero era su energía la que influía en las meditaciones de aquella mañana y no su dureza paralela. Hacía mucho tiempo que estaba convencido de que sería una equivocación y una tontería por su parte casarse con una muchacha tan joven mientras no tuviera razones para esperar que sus ingresos irían en aumento a medida que fuese creciendo su familia. Además, sus ahorros siempre estaban asediados por multitud de causas (aparte del terrible bajón que experimentaron al pagar el sustituto de Seth), así que no contaba con lo suficiente para amueblar una casita, por humilde que fuese, y reservar algo para un día desfavorable. Tenía esperanzas de que no tardaría en estar mejor situado, pero esa vaga confianza en sus brazos y en su cerebro no le satisfacía. Debía tener planes concretos y empezar a ejecutarlos cuanto antes. Por el momento no se podía pensar siquiera en su asociación con Jonathan Burge, pues ésta comprendía implícitamente otras cosas que no podía aceptar; en cambio Adam pensaba emprender con Seth un modesto negocio por su propia cuenta, que combinarían con su trabajo como obreros. Comprarían madera de excelente calidad para construir algunos pequeños muebles, pues Adam destacaba en esas tareas. Seth podría ganar más realizando trabajos independientes a las órdenes de Adam que en su trabajo como obrero, y Adam podría dedicarse a las tareas delicadas que requerían especial habilidad en horas extraordinarias. El dinero que ganase de ese modo, unido a los buenos jornales que recibía como encargado, no tardarían en permitirle alcanzar una situación económica mejor, teniendo en cuenta que en adelante podrían ahorrar más. Y en cuanto se hubo concretado en su mente este pequeño plan, empezó a calcular con exactitud la madera que

habían de comprar y los pequeños muebles que empezarían a construir. Tenía en mente, por ejemplo, un armarito de cocina ideado por él y provisto de ingeniosos dispositivos, de puertas correderas y de cierres, y, sin embargo, de aspecto tan simétrico y agradable, que toda buena ama de casa se entusiasmaría al verlo o se entregaría a la melancolía hasta que su marido se decidiese a comprarlo. Adam se imaginó a la señora Poyser examinando el mueble con atención y buscándole en vano algún defecto; y, por supuesto, al lado de la señora Poyser estaría Hetty. Esta última idea apartó al joven de sus cálculos y de sus proyectos para sumirse en ensueños y esperanzas. Sí, iría esa misma noche a verla, pues hacía mucho tiempo que no había estado en Hall Farm. Le habría gustado pasar por la escuela nocturna para averiguar por qué Barde Massey no había asistido al entierro el día anterior, y temía que su viejo amigo estuviera enfermo; pero como no era posible hacer las dos visitas en la misma noche, dejaría la segunda para el día siguiente, pues era demasiado fuerte el deseo de estar cerca de Hetty y de hablarle una vez más.

Mientras tomaba esta decisión advirtió que estaba muy cerca del final de su paseo, pues ya resonaban en sus oídos los martillazos de los trabajadores reparando la antigua casa. Para un hombre inteligente que disfruta con su trabajo, el ruido de las herramientas se parece a las notas que ensaya la orquesta y que escucha el violinista que ha de tomar parte en la obertura; las fuertes fibras comienzan su acostumbrada vibración, y lo que un momento antes era alegría, vejación o ambición, empieza a convertirse en energía. Toda pasión se convierte en fuerza cuando tiene una salida de los estrechos límites de nuestro destino personal en el trabajo que realiza la mano derecha o en la inmóvil actividad creadora de nuestro pensamiento. Si el lector hubiese podido ver a Adam durante el resto del día en el andamiaje —con la regla en la mano, silbando para sí mientras resolvía alguna dificultad acerca de alguna vigueta del entarimado o del marco de la ventana—; o cuando obligaba a apartarse a uno de los jóvenes trabajadores, ocupando su lugar para levantar una gruesa viga, diciendo «¡Suelta, muchacho; aún no tienes los huesos bastante duros para eso!»; o bien cuando fijaba sus penetrantes ojos negros en los movimientos de un obrero que se hallaba en el lado opuesto de la estancia y le

indicaba que sus medidas no eran correctas, le habría parecido agradable contemplar a aquel hombre de anchos hombros, con los fornidos antebrazos desnudos y la cabeza cubierta de espeso cabello negro, según podía verse cada vez que se quitaba su gorro de papel, y mientras con fuerte voz de barítono entonaba algunos salmos, como si su fuerza sobrante buscase salida, aunque a veces se contenía, al parecer disgustado por alguna idea que no armonizaba con el canto. Tal vez si el lector no estuviera ya en el secreto, no habría adivinado cuántos amargos recuerdos, qué cálidos afectos y cuántas tiernas esperanzas se albergaban en aquel cuerpo atlético, en aquel hombre rudo que no conocía más música que la que podía oír en la iglesia; que conocía muy poco de la historia profana y para quien el movimiento y la forma de la tierra, el curso del sol y los cambios de las estaciones se hallaban en la región de los misterios que apenas había logrado divisar gracias a un conocimiento fragmentario. Le había costado una gran suma de esfuerzos y de horas de trabajo extraordinarias saber lo que sabía acerca de su oficio, de la mecánica y de los números, así como de la naturaleza de los materiales con que trabajaba, cosa que le resultaba fácil de una manera innata. Pero, además, aprendió a manejar la pluma, a escribir bien y a hablar sin más equivocaciones que las que se podían atribuir a los caprichos de la ortografía y no a su propia deficiencia, y también aprendió las notas musicales y un poco de solfeo. Independientemente de esto, había leído la Biblia e incluso los libros apócrifos; el *Almanaque del pobre Ricardo, Vida y muerte santa*, de Taylor; *Los progresos de los peregrinos* y *La vida de Bunyan*, así como *La guerra santa*, una gran parte del Diccionario de Bailey, *Valentine y Orson*, y una parte de la *Historia de Babilonia* que Barde Massey le había prestado. Desde luego éste le podría haber dejado otros libros, pero Adam no tenía tiempo para leer, pues en los ratos libres, y suponiendo que no se dedicase a la carpintería, debía realizar numerosos cálculos.

Ya se advierte que Adam no era un hombre maravilloso ni tampoco, hablando claro, un genio, sin embargo no pretendo que sea considerado un tipo corriente entre los obreros. Cuando veamos a un carpintero con el cesto de las herramientas sobre el hombro y la cabeza cubierta por un gorro de papel, no debemos creer que también él tiene la fuerza de voluntad y el sentido común de

nuestro amigo Adam. Este no era un hombre vulgar, pero en cualquier generación de artesanos suelen existir algunos individuos como él, provistos de afectos que crecen al calor de una vida familiar sencilla y normal, y que, a las facultades heredadas, añaden otras nuevas gracias a un trabajo hábil y valeroso. Estos individuos prosperan generalmente como hombres laboriosos que poseen la habilidad y la conciencia necesarias para ejecutar honradamente sus trabajos. Sus vidas apenas son conocidas más allá de la vecindad en que se hallan; pero es casi seguro encontrar algún excelente tramo de camino, un edificio, determinadas aplicaciones de los productos minerales, algunas mejoras en la explotación de las granjas, reformas en los abusos parroquiales con que se asocian los nombres de esos individuos, y no sólo durante su vida, sino por espacio de otras dos generaciones. Los patronos de esos hombres ganaron más dinero gracias a ellos; el trabajo de sus manos fue excelente y el de su cerebro guió muy bien las manos de otros hombres. En su juventud empezaron a trabajar llevando gorras de franela o de papel, las chaquetas negras a causa del polvo del carbón o sucias de cal o de pintura roja; en su ancianidad sus blancos cabellos ocupan el lugar de honor, tanto en la iglesia como en el mercado, y, frente al hogar en las noches de invierno, rodeados por sus hijos y por sus nietos, recuerdan la alegría que sintieron el día en que ganaron el primer jornal de dos peniques. Otros mueren pobres y no llegan a abandonar la chaqueta de obrero. No han aprendido el arte de hacerse ricos, pero son hombres dignos de confianza, y cuando mueren antes de haber acabado su trabajo, ocurre como si se soltara uno de los tornillos principales de una máquina; entonces el patrono que los empleaba se pregunta apenado: «¿Dónde encontraré a otro hombre semejante?».

# XX

## Adam visita Hall Farm

Adam regresó en el carro vacío y por esta razón pudo cambiarse de traje y estar listo para salir en dirección de Hall Farm cuando aún faltaba un cuarto de hora para las siete de la tarde.

—¿Para qué te has puesto el traje de los domingos? —preguntó Lisbeth en tono quejumbroso, mientras bajaba la escalera—. Supongo que no te pondrás este traje para ir a la escuela.

—No, madre —replicó Adam con tono apacible—. Voy a Hall Farm, pero puede que luego vaya también a la escuela, así que no te extrañes si vuelvo tarde. Seth volverá dentro de media hora; ha ido al pueblo, así que no estarás mucho rato sola.

—¿Y por qué te pones el traje bueno para ir a Hall Farm? Los Poyser te vieron anteayer. ¿Por qué te vistes como si fuera domingo? No merecen ser tus amigos los que no quieran verte con tu chaqueta de trabajo.

—Adiós, madre. No puedo entretenerme —dijo Adam poniéndose el sombrero y emprendiendo la marcha.

Pero no había dado muchos pasos cuando Lisbeth se inquietó al pensar que quizás había molestado a su hijo. Estaba claro que su oposición a que Adam vistiera el traje de los domingos era debida a su sospecha de que se vestía así por Hetty; pero a pesar de su acritud, necesitaba saber que su hijo continuaba queriéndola. Echó pues a correr tras él, le alcanzó antes de que llegara al arroyo y le dijo:

—No, hijo mío. No quiero que te marches enfadado con tu madre, que no tiene nada que hacer sino pensar en ti.

—No te apures, madre —contestó Adam rodeando con un brazo

los hombros de la anciana—. No estoy enojado. Pero por tu propio bien, me gustaría que me dejases realizar mis propósitos. Mientras vivamos, yo seré siempre un buen hijo para ti, pero recuerda que el hombre tiene otros sentimientos aparte de los que debe a su padre y a su madre, y tú no debes pretender gobernarme en cuerpo y alma; ten en cuenta también que no te dejaré intervenir en todos aquellos asuntos que deba resolver por mí mismo. Así que vale más que no vuelvas a hablar de eso.

—¡Caramba! —dijo Lisbeth fingiendo que no comprendía el verdadero significado de las palabras de su hijo—. ¿Y quién sino tu madre desearía verte con tu traje de fiesta? Cuando te lavas la cara y te peinas, ¿quién sino tu madre se alegraría de verte tan guapo? Pero tú no te vistes de fiesta por mí… Pero, en fin, no volveré a molestarte acerca del particular.

—Está bien. Adiós, madre —contestó Adam. Y, después de besarla, se alejó apresuradamente.

Comprendió que no había otro modo de terminar aquel diálogo. Lisbeth se quedó en el mismo sitio, haciendo visera con la palma de la mano y mirando al joven hasta que éste se hubo perdido de vista. La anciana comprendió el significado de las palabras de su hijo, y en cuanto éste hubo desaparecido y ella volvió a meterse en la casa, se dijo en voz alta, como tenía por costumbre cuando estaba sola en la vivienda: «Uno de estos días me informará de que va a traer a su esposa, que será la verdadera dueña de la casa. Yo tendré que resignarme a ver cómo usa los platos de borde azul; quizás romperá alguno, cosa que ni a mí ni a mi marido nos ocurrió nunca, desde que, hace veinte años, los compramos para Pascua. En fin —añadió tomando su labor de calceta—, mi nuera no hará las medias de mis hijos mientras yo viva, y en cuanto me haya muerto, éstos se convencerán de que nadie es capaz de hacerles las medias tan bien como yo. Mi nuera no sabrá estrechar la pierna y tal vez hará un pie larguísimo, que no podrán calzar. Eso es lo que ocurre casándose con las mozas de hoy en día, que no tienen experiencia alguna. Mi marido y yo nos casamos después de cumplir los treinta años, y éramos muy jóvenes. En cambio, cuando mi nuera cumpla esa edad, ya se habrá convertido en una vieja».

Adam andaba tan deprisa que llegó a la puerta de Hall Farm antes de las siete. Martin Poyser y el abuelo no habían vuelto

todavía del parque, donde al parecer estaba todo el mundo, incluso el *terrier* negro y pardo. Por esa razón no había nadie para vigilar en el patio, a excepción del *bull-dog*, de manera que cuando Adam llegó a la puerta de la casa la halló abierta de par en par y no encontró a nadie dentro. Sin embargo, supuso que la señora Poyser y quizás alguna otra persona se hallarían a poca distancia. Por esta razón llamó a la puerta y preguntó:

—¿Está dentro la señora Poyser?

—Adelante, señor Bede, adelante —dijo la señora Poyser desde la lechería. Siempre llamaba así al joven cuando le recibía en su casa—. Si no le importa, venga a la lechería, pues en este momento me es imposible abandonar los quesos.

Así lo hizo Adam; la señora Poyser y Nancy estaban prensando el primer queso.

—Tal vez haya creído que llegaba a una casa muerta —dijo la señora Poyser cuando le vio aparecer en el umbral—. Todos están en el parque, pero Martin no tardará en llegar, pues han dejado preparado el heno a fin de traerlo por la mañana temprano. Y yo me he visto obligada a pedir ayuda a Nancy, pues Hetty está ocupada en coger las grosellas. Ese fruto a veces está tan maduro que es preciso recogerlo con gran cuidado. Y no puede una fiarse de los niños, pues se comen más de lo que echan al cesto. Como si fuesen avispas las encargadas de hacer la recolección.

Adam habría deseado decir que iría al jardín hasta que llegase el señor Poyser, pero no tuvo valor y replicó:

—Pues en tal caso examinaré su torno de hilar, para ver si puede arreglarse. ¿Cree que podré encontrarlo en la casa?

—No, ya que lo mandé guardar en la sala de la derecha. Espérese a que yo pueda acompañarlo. Ahora le agradecería que fuese al jardín a decir a Hetty que me envíe a Totty. La niña vendrá sola si se lo mandan; además estoy segura de que Hetty le dejará comer demasiadas grosellas. Le agradeceré mucho, señor Bede, que haga venir a la niña. En el jardín hay muchas rosas de York y de Lancaster que le encantará contemplar. Aunque primero quizás quiera beber un poco de suero. Sé que le gusta mucho, como les ocurre a muchas personas.

—Muchas gracias, señora Poyser —dijo Adam—. Nunca me niego a probar un vaso de suero cuando me lo ofrecen, y casi me

gusta más que la cerveza.

—Sí —la señora Poyser tomó un jarrito blanco que estaba en un estante y lo sumergió en el recipiente de suero—, a todo el mundo le gusta el pan menos al panadero. Las señoritas Irwine me dicen siempre: «¡Oh, señora Poyser, le envidiamos la lechería, y también los pollos! Ciertamente una granja es algo muy agradable». Y yo les contesto: «Sí. Es muy bonito visitar una granja; pero el que ha de trabajar en ella ya no la encuentra tan agradable».

—Estoy seguro, señora Poyser, de que no le gustaría vivir en otra parte, porque dirige muy bien los trabajos de la hacienda —dijo Adam tomando el jarro—. Por otra parte, creo que son espectáculos muy agradables una buena vaca lechera en el prado y con la hierba hasta las rodillas, la leche recién ordeñada que espumea en el cubo y la manteca fresca dispuesta para vender en el mercado, y también son preciosos los terneros y las gallinas. A su salud y que siempre pueda vigilar su lechería, que es un modelo que deberían copiar las esposas de todos los granjeros de la comarca.

La señora Poyser no tenía la debilidad de sonreír al recibir un cumplido, sin embargo en esta ocasión se le iluminó el rostro con gran satisfacción y dirigió una mirada más amable que de costumbre a los ojos del joven, quien, en aquel momento, se bebía el suero. ¡Ah! Me parece que saboreo aquel suero, con un aroma tan delicado y una tibieza que llenaba la imaginación de agradable somnolencia. Aún resuena en mis oídos la suave música del suero al caer confundido con el gorjeo de un pájaro que se hallaba al otro lado de la ventana cubierta con enrejado de alambre, aquella ventana que miraba al jardín y a la que daba sombra un rosal.

—¿Quiere un poco más, señor Bede? —preguntó la señora Poyser cuando el joven dejaba el jarrito.

—No, muchas gracias. Ahora iré al jardín y le mandaré a la niña.

—Sí. Hágalo, y dígale que venga junto a su madre a la lechería.

Adam dio una vuelta en tomo a la era, a la sazón vacía, y se acercó a la puertecilla de madera que daba al jardín, el cual, en otro tiempo, había sido el bien cuidado huerto de la casa señorial. En aquella época del año, en que la naturaleza había adquirido gran frondosidad, buscar a alguien en aquel jardín huerto equivalía casi a jugar al escondite. Las altas malvas hortenses empezaban a florecer y atraían las miradas con sus colores rojo, blanco y

amarillo. Había lilas y rosas, todas ellas enormes y medio tronchadas por falta de cuidados; gruesas líneas de judías rojas y de guisantes; más allá había una fila de avellanos frondosos y un manzano cuyas extendidas ramas impedían que creciese planta alguna debajo. ¿Pero qué importaba que algún lugar permaneciese estéril? El jardín era enorme. Siempre sobraban las habichuelas rojas, y Adam tuvo que dar nueve o diez pasos para llegar al extremo del sendero que corría a lo largo de las matas. Y en cuanto a las demás hortalizas, tenían más espacio del que necesitaban, y en la rotación de las cosechas siempre se presentaba en uno y otro lugar una faja de hierba cana. Los mismos rosales ante los que se detuvo Adam para tomar una flor, llegaban a parecer silvestres. Formaban verdaderos matorrales y casi todos los pétalos eran de color rojo y blanco, debido quizás a la unión de las variedades de York y de Lancaster. Adam eligió una gran rosa de Provenza que asomaba sus pétalos por entre sus compañeras desprovistas de aroma (pensó que todo le sería más fácil si llevaba algo en la mano) y se dirigió al lejano extremo del jardín, donde, según recordaba, había una larga fila de groselleros no lejos del gran tejo. Pero apenas se había alejado de las rosas, cuando oyó el ruido de un arbusto al ser sacudido y una voz de niño que decía:

—¡Ahora, Totty, tiende el delantal, que aquí va una muy gorda!

La voz procedía de entre las ramas de un alto cerezo, y Adam pudo distinguir al pequeño Tommy cómodamente sentado donde los frutos eran más abundantes. Sin duda, Totty estaba debajo y detrás de las matas de guisantes. Sí, pudo verla con el gorrito colgando hacia detrás y su rostro rollizo espantosamente manchado de rojo y levantado hacia el árbol, mientras mantenía la boca abierta y el sucio delantal tendido para recibir la prometida fruta. Siento decir que más de la mitad de las cerezas que caían eran duras y amarillas en vez de jugosas y rojas; pero Totty no perdía el tiempo en inútiles lamentos y chupaba lo mejor de las cerezas que llegaban a sus manos. Adam dijo:

—Ahora, Totty, ya te han dado cerezas. Llévaselas corriendo a tu madre. Está en la lechería y te necesita. Ve enseguida…, como las niñas buenas.

La levantó con sus fuertes brazos y la besó; Totty pensó que toda esta ceremonia era una fastidiosa interrupción de la tarea que la

ocupaba y cuando la dejó en el suelo echó a correr en silencio hacia la casa, pero sin dejar de comer cerezas.

—Oye, Tommy, ten cuidado de que no te confundan con un pájaro ladrón y te peguen un tiro —dijo Adam mientras se dirigía hacia los groselleros.

En el extremo de la fila había un gran cesto. Hetty no debía de estar muy lejos, y Adam experimentó la sensación de que ya le estaba mirando. Después de dar la vuelta al sendero, la vio de pie, volviéndole la espalda e inclinándose para recoger los frutos que crecían en las ramas bajas. Era muy raro que no le hubiese oído llegar. Tal vez fuera por el ruido que hacía ella misma al mover las ramas de los arbustos. La joven se sobresaltó al notar su presencia, y la sorpresa fue tan violenta que dejó caer el cestito lleno de grosellas; luego, al ver que era Adam, desapareció su palidez para sonrojarse intensamente. Este sonrojo hizo latir el corazón del joven con una nueva felicidad, pues hasta entonces Hetty nunca se había ruborizado en su presencia.

—¿La he asustado? —dijo con la sensación deliciosa de que esas palabras no significaban lo que en realidad quería decirle, puesto que Hetty parecía estar tan conmovida como él mismo—. Permítame que recoja las grosellas.

En cuanto acabó de recogerlas unos instantes después, Adam se puso en pie, le devolvió el cesto y la miró fijamente con la contenida ternura propia de los primeros momentos de amor esperanzado. Hetty no desvió la mirada. Su sonrojo había desaparecido y mantuvo la mirada del joven con una apacible tristeza que gustó a Adam, pues era muy distinta de cuanto hasta entonces había visto en la joven.

—Ya quedan muy pocas grosellas —dijo la joven—; así que en breve estaré lista.

—Yo la ayudaré —contestó Adam yendo en busca del gran cesto, que estaba casi lleno, para llevarlo junto a la joven.

Mientras cogían las grosellas no cruzaron ninguna palabra. El corazón de Adam estaba demasiado emocionado y pensó que Hetty comprendía muy bien sus sentimientos. Había notado que la joven no era del todo insensible a su presencia: primero se había sonrojado al verle y luego había observado en su rostro aquella leve tristeza que, sin duda, era indicadora de amor, puesto que en nada

se parecía a su aspecto habitual, casi siempre indiferente. Adam no podía dejar de mirarla mientras se inclinaba sobre las frutas y los rayos del sol atravesaban las espesas hojas del manzano e iban a iluminar sus redondas mejillas y su cuello, como si a su vez estuviesen enamorados de ella. No olvidaría esos momentos en toda su vida. Pensó que la primera mujer a quien amaba le demostraba alguna emoción, y que, por medio de una palabra, de un tono de voz, de una mirada o por el temblor de los labios o de los párpados, daba muestras de que, a su vez, estaba dispuesta a corresponder a su pasión. Pero aquellas señales eran tan ligeras, tan poco perceptibles para los ojos o para el oído, que él no habría podido describir una sola, pues no eran más que algo equivalente al roce de una pluma; sin embargo, bastaron para cambiar todo su ser y para hacer desaparecer sus inquietudes, que fueron sustituidas por una deliciosa inconsciencia de todo lo que no fuese ese momento. Generalmente, las primeras alegrías desaparecen de nuestra memoria. Nunca recordamos la felicidad con que reclinamos la cabeza en el regazo de nuestra madre o cabalgamos sobre la espalda de nuestro padre en los días de nuestra infancia; sin duda esas alegrías contribuyen a formar nuestro ser, del mismo modo que un rayo de sol contribuyó en otros días a dar su suavidad al albaricoque; sin embargo, desaparecen de nuestra mente: creemos en las alegrías de la infancia, mas no las recordamos. Pero el primer momento alegre de nuestro primer amor es una visión que podemos contemplar hasta el fin de nuestras vidas, y nos proporciona una emoción tan intensa y especial como el recuerdo de los dulces aromas aspirados en una hora lejana de felicidad. Es un recuerdo que deja una impresión de exquisita ternura, pero que alimenta la locura de los celos y hace durar los tormentos y la agonía de la desesperación.

Adam recordaría hasta el último momento de su vida a Hetty inclinada sobre las ramas del grosellero e iluminada por los rayos de sol que atravesaban el manzano. Mientras la contemplaba, Adam creía que Hetty pensaba en él y que, por consiguiente, ninguno de los dos tenía necesidad de hablar.

¿Y Hetty? Ya sabe el lector qué equivocado estaba Adam con respecto a ella. Como muchos otros hombres, creyó que los síntomas del amor por otro eran indicios de amor hacia su propia

persona. Cuando Adam se había acercado a ella sin ser visto, la joven pensaba, como de costumbre, en el posible regreso de Arthur: el ruido de pasos de cualquier hombre le habría producido la misma impresión de que podía ser Arthur antes de convencerse por sí misma de lo contrario, y la sangre que había teñido sus mejillas en la agitación de aquel momento se habría retirado al ver al recién llegado, cualquiera que fuese éste a excepción de Arthur. Adam no se engañaba al decirse que Hetty había experimentado un cambio; las ansiedades y temores del primer amor, que la hacían temblar, habían dominado en ella la vanidad, y le hicieron comprender por primera vez que dependía por completo de los sentimientos de otro, lo cual despierta la pasión femenina aún en la joven más insensible y crea en ella la facultad, si antes no la tenía, de percibir la bondad. Por vez primera Hetty comprendió que la viril y tímida ternura de Adam le ofrecía algún consuelo. ¡Oh! Era muy duro soportar aquella ausencia, aquella indiferencia aparente después de unos momentos de resplandeciente amor. No temía que Adam la molestara haciéndole la corte o dirigiéndole lisonjas como otros admiradores; siempre había sido muy reservado con ella, de modo que podía disfrutar sin miedo de la sensación de que aquel hombre fuerte y valeroso la amaba y se hallaba a su lado. Jamas se le ocurrió siquiera que Adam fuese digno de compasión y que, a su vez, llegaría a sufrir mucho.

Ya sabemos que Hetty no era la primera mujer que se portaba amablemente con el hombre que la amaba en vano, ya que a su vez había empezado a querer a otro. Era una historia antigua, pero como Adam la desconocía, se deleitó con aquella dulce y engañosa ilusión.

—Ya está —dijo Hetty después de unos momentos—. Mí tía quiere que deje algunas grosellas en los árboles. Voy a llevarlas a casa.

—Yo llevaré el cesto —dijo Adam—, pues sería muy pesado para sus bracitos.

—No. Puedo llevarlo con las dos manos.

—Tal vez —replicó Adam sonriendo—. Pero tardaría tanto en llegar a la casa como una hormiga que arrastra una oruga. ¿Se ha fijado en esos insectos que a veces arrastran cosas cuatro veces mayores que ellos?

—No —dijo Hetty indiferente a las dificultades con que han de luchar las hormigas.

—Pues cuando yo era niño solía fijarme en ellas. Ahora ya ve que puedo llevar el cesto con una mano como si fuese una cáscara de nuez vacía y ofrecerle la otra para que se apoye en ella. ¿Quiere? Los brazos enormes como los míos se hicieron para que en ellos se apoyen los más delicados como los suyos.

Hetty sonrió levemente y apoyó su brazo en el del joven. Adam la miró, pero ella había vuelto sus ojos soñolientos hacia otro lado del jardín.

—¿Ha estado en Eagledale? —preguntó mientras avanzaban despacio.

—Sí —contestó Adam satisfecho de que ella le hiciese una pregunta sobre sí mismo—. Hace diez años, cuando era un muchacho. Fui con mi padre para examinar un trabajo. Es un sitio maravilloso y hay unas rocas y unas cuevas como no las había visto en toda mi vida. Por mi parte, nunca supe lo que eran rocas hasta que estuve allí.

—¿Y cuánto tardó en hacer el viaje?

—Empleamos dos jornadas, aunque con un buen caballo recorrería el mismo trayecto en un día. El capitán podría llegar allí en nueve o diez horas, pues es un jinete magnífico. No me extrañaría que volviese mañana, ya que es tan activo que no puede estarse quieto en un sitio tan solitario como aquél. Allí se encontrará solo, pues no hay nada más que una mala posada en el lugar adonde ha ido a pescar. Me gustaría mucho que la propiedad estuviese ya en sus manos; a él le convendría, así tendría mucho que hacer, y lo haría bien a pesar de su juventud. Sus ideas sobre las cosas son mucho más acertadas que las de los hombres que le doblan la edad. El otro día me habló muy amablemente acerca de la posibilidad de prestarme el dinero necesario para emprender negocios; y si las cosas marchan bien, preferiría debérselo todo a él que a cualquier otro hombre del mundo.

El pobre Adam hablaba de Arthur creyendo que a Hetty le gustaría saber que el joven caballero estaba dispuesto a protegerle. Era una de sus esperanzas, que deseaba lo fuese también para la joven. Lo cierto es que ésta le escuchaba con un nuevo resplandor en la mirada y una leve sonrisa en los labios.

—¡Qué hermosas están ahora las rosas! —continuó Adam deteniéndose para contemplarlas—. Mire, he robado la más bonita, pero no para quedármela. Creo que éstas de color rojo tienen las hojas verdes más bonitas que las otras manchadas. ¿No le parece?

Dejó el cesto en el suelo y se quitó la rosa del ojal.

—Huele muy bien —añadió—. Las otras manchadas de rojo carecen de aroma. Póngasela en su traje y luego métala en un jarro con un poco de agua. Sería una lástima dejar que se marchitase.

Hetty tomó la rosa sonriendo al mismo tiempo, pues de repente se le ocurrió que si Arthur lo deseaba podría volver muy pronto. En su mente hubo un rayo de esperanza y de felicidad y, con un impulso repentino y alegre, hizo lo mismo que en otras ocasiones, o sea introducir el tallo de la rosa en su cabello un poco por encima de la oreja izquierda. La tierna admiración que reflejaba el rostro de Adam retrocedió ligeramente ante un sentimiento de desaprobación. La afición de Hetty por el lujo suscitaría sin duda la irritación de su madre, y a él mismo tampoco le parecía bien en la medida en que algo que procediera de Hetty pudiera suscitar su disgusto.

—¡Ah! —dijo el joven—. Ahora se parece a las damas de los cuadros que hay en el cazadero. Muchas llevan flores, plumas o adornos de oro en el cabello, pero a mí eso no me gusta. Siempre me recuerdan a las mujeres pintadas en las barracas de la feria de Treddleston. ¿Qué mejor adorno puede tener una mujer que su propio cabello, cuando es rizado como el suyo? Cuando una mujer es joven y hermosa, mejor se advierten sus encantos cuanto más sencillo es su tocado. Por ejemplo, Dinah Morris es muy guapa a pesar del traje y el gorro tan sencillos que lleva. También creo que el rostro de una mujer no necesita flores, pues ya es una flor por sí mismo. Al menos lo es el suyo.

—Muy bien —contestó Hetty con alegre enfurruñamiento y quitándose la rosa del cabello—. En cuanto estemos en casa me pondré uno de los gorros de Dinah y así verá si me sienta bien. Al marcharse dejó uno de los que llevaba y así haremos la prueba.

—No, no. No es que deba llevar un gorro metodista como el de Dinah. No tengo inconveniente en afirmar que es muy feo y lo mismo pensé al verla por primera vez en su casa, porque resulta una tontería vestirse de un modo distinto de los demás; aunque si

he de decir la verdad, nunca me había fijado bien en ella antes de que fuese a ver a mi madre la semana pasada. Entonces me pareció que aquel gorro le sentaba muy bien y que quizás no estaría tan guapa sin él. Usted, en cambio, tiene un rostro muy distinto. Está mejor como ahora, sin que nada modifique su aspecto. Es como cuando un hombre canta una buena canción: no nos gusta que suenen las campanas e interrumpan su canto.

Le tomó el brazo y lo enlazó otra vez con el suyo mirándola al mismo tiempo muy cariñoso. Temía que la joven pensara que había querido darle una lección, imaginándose, como suele sucedemos, que Hetty podía haber adivinado los pensamientos que él sólo había expresado a medias. Y si algo temía era que aquella tarde pudiera interponerse alguna nube en su felicidad. Ni por todo el oro del mundo habría hablado todavía a Hetty de su amor; esperaba que aquella bondad hacia él por parte de la joven se convirtiese a su vez en amor. Se decía que habrían de transcurrir muchos años de su vida bendecidos con la {posesión de Hetty y que, por lo tanto, de momento podía contentarse con muy poco. Así que volvió a tomar el cesto de grosellas y continuaron el camino hacia la casa.

Durante la media hora que Adam pasó en el jardín, había cambiado la escena por completo. La era estaba llena de vida: Marty guiaba a los chillones patos a través del portón y provocaba al ganso silbándole. La puerta del granero gemía sobre sus goznes cuando la cerraba Alick tras sacar el grano necesario; los caballos eran conducidos al abrevadero entre los ladridos de los tres perros y las voces de Tim, el labrador, como si los pesados animales que inclinaban sus inteligentes cabezas y andaban con paso tan decidido fuesen a tomar imprudentemente otra dirección que la derecha. Todo el mundo había regresado del parque, y cuando Hetty y Adam entraron en la casa, la señora Poyser estaba «sentada en un sillón y el abuelo en otro que había en el lado opuesto», contemplando con satisfacción los preparativos de la cena. La misma señora Poyser tendió el mantel, mantel tejido con hilo de fabricación casera de color marrón y con un dibujo a cuadros, muy apreciado por las buenas amas de casa, y muy diferente de esos tejidos que se compran en las tiendas y que se agujerean enseguida; éste al menos duraría un par de generaciones. La carne de ternera fría, la lechuga fresca y el lomo relleno eran enormemente tentadores para las

personas que no habían probado bocado desde las doce y media. En la larga mesa, que estaba arrimada a la pared, se veían unos brillantes platos de peltre, cucharas y jarros dispuestos para Alick y sus compañeros; pues el amo y los criados no cenaban muy lejos unos de otros, lo cual resultaba muy agradable. Porque si al señor Poyser se le ocurría hacer alguna observación referente al trabajo del día siguiente, Alick estaba al lado para oírle.

—¡Hola, Adam! Me alegro mucho de verle —dijo el señor Poyser—. De modo que ha ayudado a Hetty a coger las grosellas. Venga, venga a sentarse. Por lo menos hace tres semanas que no cena con nosotros. Hoy, por suerte, el ama ha preparado un lomo relleno. Me alegro mucho de que haya venido.

—Mira, Hetty —dijo la señora Poyser después de examinar el cesto de grosellas—, ve arriba y mándame a Molly. Está acostando a Totty y quiero que vaya en busca de cerveza, porque Nancy está ocupada en la lechería. Cuida de la niña. Pero dime, ¿por qué la has dejado ir con Tommy, con quien se ha hartado de fruta hasta el punto de que no ha tenido ganas de cenar?

Dijo esto en un tono más bajo que de costumbre mientras su marido hablaba con Adam, pues la señora Poyser observaba muy bien las conveniencias sociales y creía que no hay que regañar a una muchacha en presencia del hombre que la corteja. Eso no sería correcto. A cada mujer le corresponde ser joven en su momento y tiene sus propias oportunidades para casarse, de modo que las demás mujeres no deben privarla de esas ventajas, así como la vendedora del mercado que ya ha vendido todos sus huevos no debe quitar un cliente a su vecina.

Hetty se apresuró a subir la escalera al no hallar fácil respuesta a la pregunta de su tía, quien se dirigió hacia Marty y Tommy para servirles la cena.

Pronto estuvieron todos sentados. Los dos muchachos de rojas mejillas se sentaron uno al lado del otro junto a su madre. Entre Adam y su tío quedó un lugar desocupado para Hetty. Alick, que había llegado también, se sentó en su rincón más alejado y empezó a comer unas habas frías que se llevaba a la boca con la punta del cuchillo. Y debemos advertir que encontraba en ellas un sabor y un aroma tal que no las habría cambiado por ningún otro manjar.

—¡Pues no tarda poco esa muchacha en traer la cerveza! —

observó la señora Poyser mientras servía unas lonchas del célebre lomo relleno—. No me extrañaría que pusiera el jarro debajo del grifo y se olvidase de cerrarlo, ya que de esas muchachas se puede esperar cualquier cosa. A veces ponen un jarro vacío en el fuego y al cabo de una hora van a ver si hierve el agua.

—Ten en cuenta que también saca cerveza para los hombres —dijo el señor Poyser—. Deberías haberle advertido que subiese primero nuestro jarro.

—Puedes creerme si te digo que me quedaría sin aliento si tuviese que advertir a esas muchachas todo lo que no deben hacer. No tienen cabeza para nada. Señor Bede, ¿quiere un poco de vinagre para la lechuga? Hace bien en no aceptarlo, porque estropea el aroma del lomo. Es una lástima que el sabor de la carne quede borrado por el vinagre. Es como esos individuos que hacen una mala manteca y la cargan de sal para ocultar el defecto.

La atención del señor Poyser fue solicitada por la aparición de Molly, que llevaba un enorme jarro, otros dos más pequeños y cuatro de menor capacidad, estos últimos para beber directamente de ellos, y todos llenos de cerveza suave; constituía un ejemplo interesante de la fuerza compresora de las manos humanas. Mientras andaba con los ojos fijos en la doble fila de recipientes en sus manos, la boca de la pobre Molly estaba más abierta que de costumbre y no advertía la expresión de los ojos de su ama.

—Nunca he visto a una muchacha como tú, Molly. Y pensar que tu pobre madre es viuda, que te tomé a mi servicio cuando no sabías hacer nada, y que continúas lo mismo a pesar de mis advertencias…

Molly no había visto el rayo, y el trueno sacudió sus nervios con mayor intensidad precisamente por la falta de preparación. Sintiendo cierta alarma y diciéndose que quizás habría podido obrar de otro modo, apresuró un poco el paso hacia la mesa lateral con objeto de dejar en ella los jarros que llevaba; pero en aquel momento pisó su delantal, que se le había desatado, y cayó ruidosamente en un lago de cerveza. Inmediatamente sonaron los gritos de entusiasmo de Marty y de Tommy y un grave «¡Demonios!» del señor Poyser, que veía aplazado su trago de cerveza.

—Muy bien —exclamó la señora Poyser en tono incisivo,

levantándose y dirigiéndose al armario mientras Molly empezaba a recoger los trozos de cristal—. Ya te lo había avisado varias veces. Ahí tienes el sueldo del mes y más todavía para pagarme este jarro que tenía en casa desde hace más de diez años, sin que nunca le hubiese sucedido nada. Lo que has roto en esta casa desde que estás aquí sería suficiente para hacer blasfemar a un cura. ¡Dios me perdone por hablar así! Pero si eso hubiese estado hirviendo habrías hecho lo mismo, escaldándote y quedando lisiada para toda la vida. Verdaderamente no sé lo que será de ti si continúas de esta manera. Cualquiera creería que tienes el baile de San Vito. Hay que ver las cosas que has llegado a tirar al suelo. Parece mentira que no tengas más cuidado. Quien te viese pensaría que eres tonta de capirote.

Molly lloraba derramando abundantes lágrimas y, en su desesperación, en el momento en que la corriente de cerveza se dirigía hacia las piernas de Alick, convirtió su delantal en bayeta, mientras que la señora Poyser, que abría el aparador, dirigió hacia ella una mirada incendiaria.

—¡Ah! —continuó diciendo—, nada sacarás de llorar y de mojar más el suelo con tus lágrimas. De todo eso tiene la culpa tu testarudez, porque a nadie se le rompe nada cuando hace el trabajo como es debido. Pero las personas que tienen un tarugo por cabeza no pueden manejar más que cosas de madera, para no romperlas. Ahora no tengo más remedio que sacar el jarro de color blanco y pardo, que aún no se ha usado tres veces este año, y bajar yo misma a la bodega, donde me cogerá un frío de muerte que tal vez sea la causa de una inflamación pulmonar.

La señora Poyser se volvió desde el aparador empuñando el jarro blanco y pardo, pero en aquel momento vio algo en el extremo opuesto de la cocina. Tal vez el hecho de que la aparición ejerciera en ella tanta influencia se debiese a que ya estaba temblorosa y nerviosa; también es posible que romper jarros, a semejanza de otros crímenes, tenga una influencia contagiosa. Pero, fuera como fuese, se quedó mirando con los ojos muy abiertos como si viese un fantasma y el precioso jarro pardo y blanco se cayó al suelo separándose para siempre del asa.

—¿Se ha visto jamás algo parecido? —exclamó con tono apagado después de mirar un momento asombrada a su alrededor —. Estos jarros están embrujados. No hay duda. Seguro que tienen

las asas ya rotas; se deslizan entre los dedos como si fuesen babosas.

—¡Bueno! El caso es que mereces la misma reprimenda que todo el mundo —dijo el señor Poyser, que había tomado parte en la hilaridad de los niños.

—Sí. Es muy divertido eso de quedarse mirando y reírse —replicó la señora Poyser—. Pero te aseguro que hay ocasiones en que los cacharros parecen estar vivos y se te escapan de las manos como si fuesen pájaros. A veces ocurre con las cosas de vidrio, que, sin que nadie las toque, se parten por la mitad. Lo que está condenado a romperse, se rompe, porque a mí jamás se me ha caído nada por no cogerlo bien con los dedos. De lo contrario no conservaría, como conservo, toda la loza que compré antes de casarme. Y en cuanto a ti, Hetty, ¿estás loca? ¿Qué significa eso de presentarse vestida así y hacer creer a la gente que hay un duende en la casa?

En la cocina resonó otra carcajada general mientras la señora Poyser hablaba, y aquel acceso de hilaridad se debió menos a sus ideas fatalistas sobre las roturas de los jarros que a la extraña aparición de Hetty, causa también del sobresalto de su tía. Aquella picaruela había encontrado tina vieja bata negra de su tía y se la había puesto, sujetándola alrededor del cuello para parecerse a Dinah; luego se peinó el cabello lo más liso que le fue posible y se cubrió la cabeza con uno de los gorros de red de aquélla, alto y desprovisto de adornos. Y la perspectiva de hallar debajo el rostro pálido y grave y los suaves ojos grises de Dinah se convertía en alegre sorpresa al ver que habían sido reemplazados por las sonrosadas y redondas mejillas de Hetty y por sus ojos oscuros y coquetones. Los niños se levantaron de la silla y la rodearon saltando y palmoteando, y hasta Alick profirió una grave carcajada desde el lugar en que se hallaba. Aprovechando el ruido, la señora Poyser se apresuró a enviar a Nancy a la bodega con una gran medida de peltre, que tenía algunas probabilidades de estar libre de los encantamientos.

—¡Caramba, Hetty! ¿Te has vuelto metodista? —preguntó el señor Poyser con la lenta carcajada que sólo emiten las personas corpulentas—. Antes de que puedas parecerlo será preciso que se te adelgace un poco más la cara. ¿Verdad, Adam? ¿Por qué te has puesto todo eso?

—Adam ha dicho que le gustan más el traje y el gorro de Dinah que los que yo llevo —contestó Hetty sentándose con gazmoñería—. Ha dicho que las personas tienen mejor aspecto cuando llevan trajes feos.

—No es eso —contestó Adam contemplándola con admiración—. Sólo he dicho que a Dinah le sentaba muy bien. Y si hubiese añadido que a usted le sientan perfectamente, no diría nada más que la verdad.

—Has pensado que Hetty era un fantasma, ¿eh? —preguntó el señor Poyser a su esposa, que volvía a ocupar su asiento—. Te has dado un susto de muerte.

—Qué importa eso ya —replicó la señora Poyser—, no arreglará los jarros rotos, ni tampoco las carcajadas. Siento mucho, señor Bede, que tenga que esperar tanto rato para beber un vaso de cerveza, pero llegará dentro de un minuto. Sírvase usted mismo las patatas que quiera. Sé que le gustan. Mira, Tommy: si no dejas de reírte en el acto, te mando a la cama. ¿De qué te ríes? Me gustaría saberlo. Un gorrito no da para tanta risa. Ojalá la gente quisiera parecerse a Dinah en algo más que en el gorro. Además, no me parece bien que en esta casa se bromee a costa de la hija de mi hermana, que acaba de separarse de nosotros con gran disgusto por mi parte. Y si hay algo que sé es que si viniera la desgracia, si yo tuviese que guardar cama o mis niños estuvieran a punto de morir, porque nadie sabe lo que puede ocurrir, o el ganado volviese a tener la morriña, o, en fin, todo marchase de mal en peor, tengo la certeza de que a todos nos gustaría mucho ver otra vez el rostro de Dinah debajo de este gorro, tanto si es elegante como si no. Porque la pobrecilla siempre está dispuesta a acudir en caso de apuro y quiere a las personas más cuando más necesitadas están.

Como ya habrá observado el lector, la señora Poyser sabía muy bien que nada podía derrotar a lo cómico como lo terrible.

Tommy, que era un muchacho muy sensible y estaba muy encariñado con su madre, aparte de que había comido tantas cerezas que se sentía menos dueño de sí mismo que de costumbre, se asustó tanto con el horroroso cuadro que su madre hizo de un futuro posible que se echó a llorar; y el bondadoso padre, indulgente con todas las debilidades salvo la pereza, dijo a Hetty:

—Mejor te quites todo eso, hija mía. A tu tía le da pena.

Cuando Hetty subió de nuevo la escalera, la llegada de la cerveza constituyó una agradable distracción, pues Adam tuvo que dar su opinión sobre la calidad de la nueva cerveza, la cual, naturalmente, fue halagadora para la señora Poyser; luego siguió una discusión acerca de los secretos de la fabricación de la cerveza, conviniendo todos en que resultaba una economía muy dudosa de que los granjeros se hiciesen su propia malta. La señora Poyser tuvo tantas oportunidades de lucir sus conocimientos, que al terminar la cena volvió a llenar el jarro de cerveza y, cuando el señor Poyser hubo encendido la pipa, la buena mujer estaba ya de excelente humor y dispuesta, a petición de Adam, a ir en busca del torno de hilar.

—¡Ah! —dijo Adam después de examinarlo—. Eso es trabajo de tornero. Hay que hacer una rueda nueva. Lo llevaré al tornero del pueblo, pues en casa no tengo lo necesario. Si me hace el favor de mandar mañana el torno al taller del señor Burge, lo tendrá reparado el miércoles próximo. Precisamente ahora —continuó diciendo— quiero arreglar un poco el taller de mi casa para hacer trabajos de ebanistería. En horas libres siempre me he dedicado a eso, y es perfecto, porque no da mucho trabajo y no se necesitan grandes cantidades de material. Seth y yo vamos a empezar a trabajar por nuestra cuenta de este modo, pues conozco a un hombre de Rosseter que nos comprará cuanto hagamos y además tendremos encargos del mismo pueblo.

El señor Poyser escuchó muy interesado ese proyecto, que consideró un paso más que daba el joven para alcanzar su independencia; y luego dio su aprobación al modelo del armario de cocina destinado a contener, de un modo ordenado y claro, especias, objetos de loza, paños y trapos de cocina. Hetty, que vestía otra vez su propio traje y llevaba el pañuelo echado hacia atrás por el calor, estaba sentada cerca de la ventana ocupada en escoger las grosellas, y Adam podía verla muy bien. Así trascurrió el tiempo agradablemente hasta que el joven se puso en pie para marcharse. Le invitaron a volver pronto, pero no a quedarse un rato más, pues en aquella época de tanto trabajo a nadie le gustaba levantarse a las cinco de la mañana con sueño.

—Creo que voy a visitar al maestro Massey —dijo Adam—, pues ayer no estuvo en la iglesia y hace ya una semana que no le veo.

Hasta ahora nunca había faltado a la iglesia.

—No sabemos nada de él —dijo el señor Poyser—; ahora los chicos tienen vacaciones y no puedo darle noticias del maestro.

—¿Pero cree que es conveniente ir a su casa a estas horas de la noche? —exclamó la señora Poyser mientras doblaba la labor de calceta.

—¡Oh! Massey se acuesta muy tarde, además aún no ha terminado la clase nocturna. Algunos de los alumnos acuden a la escuela muy tarde, pues viene de muy lejos. Y el mismo Barde no se acuesta hasta las once.

—Pues entonces no me gustaría que viviese con nosotros —dijo la señora Poyser—. Esos individuos se duermen a veces con la vela encendida, se derrite el sebo y se cae al suelo, y a la mañana siguiente quien entre en la habitación corre el peligro de romperse la crisma.

—¡Caramba! Las once es tarde. Muy tarde —repitió el viejo Martin—. En toda mi vida no me he acostado a esa hora, salvo cuando asistía a una boda o a un bautizo, o me quedaba de guardia en el campo, o bien cuando celebrábamos la cena de la cosecha. Las once de la noche es una hora muy avanzada.

—Pues yo me acuesto muchas veces después de las doce —dijo Adam riéndose—. Pero no porque me entretenga bebiendo o comiendo, sino porque me quedo a trabajar. Buenas noches, señora Poyser. Buenas noches, Hetty.

La joven sólo pudo corresponder con una sonrisa, pero no le fue posible dar la mano, pues la tenía manchada del jugo de las grosellas. Los demás, sin embargo, estrecharon cordialmente la gran mano que el joven les ofrecía, y le pidieron que volviera pronto.

—¿Qué te parece? —dijo el señor Poyser en cuanto Adam hubo desaparecido—. ¡Quedarse hasta después de las doce para trabajar! Pocos hombres de veintiséis años encontrarás que puedan comparársele. Si conquistas a Adam por marido, Hetty, estoy seguro de que llegarás a poseer un cochecillo.

Hetty iba de un lado a otro de la cocina ocupada en sus grosellas, y por esta razón su tío no vio el desdeñoso movimiento de cabeza con que ella le contestó. Ahora ya no le parecía cosa envidiable ir en un cochecillo.

# XXI

## La escuela nocturna y el maestro

La casa de Barde Massey era una de las pocas diseminadas en el extremo del pueblo que cruzaba el camino de Treddleston. Adam llegó allí un cuarto de hora después de haber salido de Hall Farm, y al apoyar la mano en el picaporte, vio a través de la ventana ocho o nueve cabezas inclinadas sobre los pupitres y alumbradas por delgadas velas.

Al entrar advirtió que era clase de lectura, y Barde Massey se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza dejándole que se sentara donde quisiera. Aquella noche no había ido a tomar lección y su mente estaba demasiado ocupada con asuntos personales, llena de recuerdos por las dos horas pasadas con Hetty para entretenerse con un libro hasta que terminara la hora de clase. Por esta razón se sentó en un rincón y dejó vagar su mirada por la habitación. Durante muchos años Adam había contemplado aquella misma escena. Sabía de memoria todos los rasgos y arabescos del modelo de caligrafía de Barde Massey suspendido de la pared y sobre la cabeza del maestro, como si quisiera ofrecer un elevado ideal a las mentes de sus discípulos. Conocía los lomos de todos los libros del estante situado en la pared por encima de los clavos destinados a colgar las pizarras; recordaba cuántos granos de maíz se habían caído de la mazorca que colgaba de una de las vigas; durante mucho tiempo se esforzó en agotar los recursos de su imaginación para comprender qué aspecto había tenido el mazo de algas correosas y cómo crecieron en su líquido elemento; y desde el lugar en que se hallaba casi no podía distinguir el viejo mapa de Inglaterra que colgaba de la pared opuesta, pues con los años había

adquirido un color pardo amarillento parecido al de una pipa de espuma de mar. La escena que se desarrollaba era muy familiar para él; mas la costumbre no le hizo indiferente, de modo que, a pesar de sus preocupaciones, Adam se sintió momentáneamente interesado por los alumnos: aquellos hombres rudos que sostenían penosamente el lápiz o la pluma con sus manos entumecidas, o que recibían humildemente la clase de lectura. Estos últimos eran los tres alumnos más atrasados y se sentaban enfrente del pupitre del maestro. Adam lo habría notado solamente con fijarse en la cara de Barde Massey mientras éste miraba por encima de sus gafas, que en ese momento hizo descender apoyándolas en el extremo de la nariz pues no las necesitaba. El rostro del maestro había tomado su expresión más suave; las espesas y grises cejas dibujaban el ángulo más agudo de bondad compasiva, y la boca, habitualmente apretada y con el labio inferior sobresaliente, parecía dispuesta a pronunciar una palabra o sílaba de auxilio en el momento que fuese necesario. Aquella cariñosa expresión era de lo más interesante porque la nariz del maestro, aquilina, irregular y ligeramente torcida, tenía un carácter formidable; y su frente mostraba aquella tensión peculiar que siempre da indicios de un temperamento extremadamente impaciente; las venas azules surgían como cuerdas bajo la piel transparente y amarillenta, y la frente terrible quedaba suavizada por la abundancia de cabello, grueso y gris.

—No, Bill, no —decía Bartle con tono bondadoso y haciendo una seña a Adam—. Vuelve a empezar y tal vez sepas cómo se pronuncian la *d*, la *r* y la *y*. Es la misma lección de la semana pasada. Ya te acordarás, no te preocupes.

Bill era un individuo robusto, de unos veinticuatro años, excelente aserrador de piedra y capaz de ganar el mejor jornal que pudiese conseguir un muchacho de su edad; pero sin duda le parecía mucho más difícil la lección de lectura de palabras monosilábicas que el habérselas con la piedra más dura que hubiese aserrado en su vida. Se quejaba de que las letras se parecían tanto que no había manera de distinguirlas, pues, como ya es sabido, su oficio no le exigía hacer tan diminutas distinciones como las que existen entre una letra cuyo rabo se dirige hacia arriba y otro que lo tenga en dirección opuesta. Sin embargo, Bill estaba firmemente decidido a aprender a leer, y eso por dos razones: la primera,

porque su primo Tom Hazelow podía leer muy bien cualquier cosa, ya estuviese impresa o manuscrita, y además le había escrito una carta desde treinta kilómetros de distancia contándole que prosperaba en el mundo y que le habían dado un empleo de encargado. En segundo lugar, porque Sam Phillips, que era su compañero de trabajo, había aprendido a leer después de cumplir los veinte años. Y Bill se creía capaz de hacer lo mismo que Sam puesto que se sentía con fuerzas para vencerle en todo. Y así, señalaba con el dedo índice tres palabras al mismo tiempo y volvía la cabeza hacia un lado para poder fijarse mejor en la que debía leer de aquel grupo. La cantidad de conocimientos que Barde Massey debía de poseer era algo tan impreciso y enorme, que la imaginación de Bill retrocedía asustada. Y seguramente no se habría atrevido a negar que el maestro tuviese algo que ver en la sucesión de los días y las noches y en los cambios de tiempo.

El hombre sentado al lado de Bill pertenecía a un tipo diferente: era un ladrillero metodista que después de pasar treinta años de su vida muy satisfecho de su ignorancia, «adquirió religión» y, con ella, el deseo de leer la Biblia. Pero también para él la instrucción resultaba algo muy duro y aquella misma noche, al salir, rezó solicitando auxilio, puesto que había emprendido aquella dura tarea con el único objeto de alimentar mejor su alma, conocer mayor cantidad de frases bíblicas y de himnos que le ayudasen a desterrar los malos recuerdos y las tentaciones de sus antiguas costumbres, o, en una palabra, al mismo diablo. El ladrillero había sido un famoso cazador furtivo y hasta se sospechaba, si bien no había pruebas contra él, que disparó un tiro en la pierna de un guarda jurado. Pero, fuese o no verdad esto último, lo cierto es que después del accidente, que coincidió con la llegada de un predicador metodista a Treddleston, se observó un gran cambio en el ladrillero; y aunque en la vecindad se le conocía con el renombre de Azufre, nada le aterraba tanto como seguir tratando al malvado enemigo que olía a dicha sustancia mineral. Era un individuo de ancho pecho y de temperamento fervoroso, lo cual le hacía más apto para adquirir ideas religiosas que para el humano conocimiento del alfabeto. Además un correligionario había debilitado su resolución asegurándole que la letra era enemiga del espíritu, y expresó el temor de que Azufre tuviese un interés exagerado en adquirir

conocimientos.

El tercer principiante era un alumno que prometía mucho más. De alta estatura, flaco y sarmentoso, y casi tan viejo como Azufre, tenía el rostro pálido y las manos teñidas de azul. Era tintorero, y mientras estaba ocupado en sus trabajos de teñir las madejas de fabricación casera y las faldas de las viejas, se sintió impulsado por la ambición de aprender algo más acerca de los extraños secretos de los colores. Gozaba ya de gran reputación en la comarca por sus tintes y se esforzaba en descubrir algún método para reducir el gasto que le daban los colores carmesíes y escarlatas. El droguero de Treddleston le dio a entender que podría ahorrar mucho trabajo y dinero aprendiendo a leer, y por eso empezó a dedicar sus horas libres a la escuela nocturna, resuelto también a que su hijo no perdiera el tiempo y acudiera a las clases diurnas del señor Massey en cuanto tuviese la edad adecuada.

Era conmovedor ver a aquellos tres hombres hechos y derechos, con las huellas del duro trabajo diario visibles en sus cuerpos, inclinándose con tanto interés sobre los viejos y desgastados libros para leer, a costa de grandes esfuerzos, frases semejantes a «La hierba es verde», «La leña está seca», «El trigo está maduro», o las aún más difíciles columnas de palabras muy semejantes salvo por la primera letra. Parecían tres enormes animales salvajes haciendo humildes esfuerzos para aprender a ser humanos. Y ver a tan crecidos alumnos como aquéllos conmovía las fibras más sensibles de Barde Massey, de ahí que nunca les dirigiese severos epítetos ni palabras impacientes. El maestro no gozaba ni mucho menos de un carácter imperturbable y en las noches musicales se hacía evidente que la virtud de la paciencia no le había tocado en suerte; pero aquella noche, mientras miraba a Bill Downes por encima de sus lentes volver la cabeza a un lado en su esfuerzo desesperado por distinguir las letras *d*, *r*, e *y*, sus ojos despidieron un breve resplandor.

Después de la clase de lectura, dos jóvenes entre dieciséis y diecinueve años llegaron con imaginarias facturas escritas en sus pizarras. El maestro les invitó a calcular mentalmente y la prueba obtuvo tan poco éxito que Barde Massey, tras dirigirles una mirada amenazadora a través de sus lentes durante unos minutos, empezó a hablar casi a gritos, recalcando las frases mientras golpeaba la mesa

con el bastón.

—Está claro que no habéis mejorado en quince días, y ahora os voy a decir la causa. Queréis aprender a contar, y eso está muy bien, pero creéis que basta con venir aquí dos o tres horas por semana y que en cuanto salís a la calle ya no hay que hacer nada más. No pensáis más que en divertiros y, por consiguiente, olvidáis lo que os enseño. Os figuráis también que los conocimientos se adquieren sin esfuerzo. Venís a la escuela del viejo Massey pagándole seis peniques por semana y creyendo que os enseñará a contar sin que vosotros os molestéis para nada. Pero si queréis adquirir instrucción, os costará algo más de seis peniques. Si queréis aprender a calcular, es preciso hacerlo mentalmente, fijándoos bien. Saber hacer una suma es fácil, pues después de escribir los sumandos en un papel cualquiera sabe hacerlo, por tonto que sea. Y así podéis deciros: «Yo soy un tonto, y Jim otro. Si mi tonta cabeza pesa cuatro kilos y la de Jim tres kilos trescientos, ¿cuánto pesa más la mía que la de Jim?». El hombre que desee aprender a calcular ha de proponerse sumas él mismo y buscar mentalmente la solución. Cuando está sentado haciendo zapatos, puede contar los puntos de cinco en cinco, calcular el precio a que sale cada punto y averiguar cuánto gana en una hora; luego puede preguntarse cuánto dinero ganaría al cabo del día y, finalmente, cuál sería el jornal de diez obreros que trabajasen tres años, veinte o cien. Mientras tanto podrá manejar su aguja tan deprisa como de costumbre, como si tuviese la cabeza ocupada en tonterías. Pero, en fin, haced lo que queráis. Cuanto menos estudiéis, más tiempo tardaréis en aprender. Ninguno de mis alumnos de las clases nocturnas viene aquí a perder el tiempo, todos trabajan con mucho interés. Por otra parte, yo no despido a nadie por ser tonto. Si Billy Taft, el idiota, quisiera aprender alguna cosa, yo no me negaría a enseñarle. En cambio, no quiero prodigar mis conocimientos a gente que cree que no debe hacer más que pagar seis peniques por semana. Por consiguiente, no volváis a presentaros ante mí si no me demostráis que habéis trabajado por vuestra parte, en vez de creer que yo trabajaré por vosotros. Esta es mi última palabra.

Con esta frase final, Barde Massey dio un golpe más fuerte con su bastón y los avergonzados muchachos salieron sin decir una palabra. Los demás alumnos no tenían otra cosa que hacer que

mostrar sus cuadernos de escritura, en varias fases de progreso, desde simples rayas a escritura corriente. Y hasta los mismos errores de la escritura, por garrafales que fuesen, le parecían a Barde menos desagradables que las cuentas equivocadas. Juzgó con mayor severidad que de costumbre las *z* de Jacobo Storey, de las que el pobre muchacho había llenado una página con el rasgo superior en dirección contraria a la debida, pese a que él mismo se daba cuenta de que aquellas letras tenían algo equivocado. Para disculparse, adujo que se trataba de una letra que apenas se empleaba, y que a su juicio pusieron allí para terminar el alfabeto, porque el mismo efecto habría hecho el signo &.

Finalmente los alumnos cogieron los sombreros y salieron después de dar las buenas noches. Conocedor de las costumbres de su maestro, Adam se levantó y preguntó:

—¿Quiere que apague las velas, señor Massey?

—Sí, hijo mío. Apágalas todas menos ésta, que me servirá para ir al comedor. Y ahora que estás cerca, cierra la puerta de la calle —dijo Barde tomando el bastón y apoyándose en él para bajar del taburete.

Apenas estuvo en el suelo cuando se vio en la necesidad de aquel apoyo, pues la pierna izquierda del maestro era más corta que la derecha. Pero a pesar de su cojera, el buen Massey era un hombre tan activo que apenas podía creerse que aquello constituyese un hecho desgraciado, y si el lector le hubiese visto atravesar la clase y subir el escalón para entrar en la cocina, tal vez comprendería la razón de que los niños traviesos creyesen que podía llegar a correr y que su bastón les alcanzaría por deprisa que huyesen.

En cuanto apareció en la puerta de la cocina empuñando la vela, se oyó un leve quejido en el rincón de la chimenea y apareció una perra de color pardo oscuro, perteneciente a la inteligente raza de patas cortas y cuerpo largo. Se acercó a su amo arrastrándose por el suelo, meneando el rabo y vacilando antes de dar un solo paso, como si su afecto se dividiese penosamente entre el amo y lo que quedaba en el rincón de la chimenea.

—Bueno, Vixen. ¿Cómo están los pequeños? —preguntó el maestro de escuela acercándose al rincón de la chimenea y levantando la vela para alumbrar el canasto donde dos cachorros, ciegos todavía, levantaban la cabeza hacia la luz desde su nido de

franela y lana.

Vixen no se resignaba siquiera a que su amo contemplase a sus hijitos, de modo que penetró en el cesto y volvió a salir, comportándose como una hembra loca e imprudente[6], aunque, al mismo tiempo, parecía ser juiciosa como un enano que tuviese cabeza y cuerpo de viejo y piernas diminutas.

—Veo que se ha hecho con una familia, señor Massey —dijo Adam sonriendo al entrar en la cocina—. Creí que la ley prohibía semejante cosa en esta casa.

—¿La ley? ¿De qué sirve la ley cuando un hombre es lo bastante estúpido para permitir la entrada de una mujer en la casa? —preguntó Barde alejándose del cesto con cierta amargura. Siempre hablaba de Vixen como de una mujer y parecía no advertir que empleaba una figura retórica—. De haber sabido que Vixen era mujer, no habría impedido que la ahogaran aquellos muchachos. Pero en cuanto la tuve en mis manos, no pude hacer más que admitirla en mi casa. Y mira lo que me ha regalado ahora esta moza hipócrita y desvergonzada.

Barde pronunció estas palabras con tono de reproche y miró a Vixen, que bajó la cabeza y luego lo observó, al parecer muy confusa.

—Y además me trajo estos cachorros el domingo y a la hora de ir a la iglesia. Habría pagado cualquier cosa por ser un criminal y estrangular a la madre y a los hijos con una sola cuerda.

—Me alegro mucho de que su ausencia de la iglesia no tuviese un motivo más importante —dijo Adam—. Temí que estuviese enfermo por primera vez en su vida. Y lamenté mucho no verle ayer.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé —dijo Barde con tono bondadoso y apoyando su mano hasta el hombro del joven, que casi se hallaba al mismo nivel de su propia cabeza—. Hasta ahora has pasado muchas penalidades, mas espero que te aguardan mejores tiempos. Tengo que darte algunas noticias, pero antes quiero cenar, tengo hambre. De modo que siéntate.

Barde se dirigió a su pequeña despensa y sacó un excelente pan hecho en casa; en aquellos tiempos era un lujo extraordinario comer pan una vez al día en vez de torta de avena. El maestro se justificaba diciendo que debido a sus ocupaciones necesitaba tener

el cerebro bien nutrido y que las tortas de avena alimentaban más los huesos que la cabeza. Luego sacó un pedazo de queso y un jarro de litro coronado de espuma y los dejó en una mesita redonda que había al lado del sillón junto a la chimenea, flanqueada por el cesto de Vixen a un lado y por un estante con libros en el otro. La mesa estaba tan limpia como si Vixen hubiese sido una excelente ama de casa provista de un delantal de cuadros, y el mismo aspecto tenían el suelo, la antigua prensa de roble esculpido, la mesa y las sillas, mobiliario por el que en nuestra época las grandes casas pagarían sumas muy elevadas, pero que en los días en que estaban de moda los muebles con patas de araña y cupidos incrustados, Barde los había adquirido a cambio de una vieja canción.

—Acércate, muchacho, acércate; aunque no hablaremos de negocios hasta después de cenar. Ningún hombre habla con juicio con el estómago vacío. Pero —añadió Barde poniéndose de nuevo en pie— debo dar la cena a esa maldita Vixen, aunque ahora la desvergonzada no hace otra cosa que criar a esos cachorros innecesarios. Todas las mujeres hacen lo mismo. Como no tiene cerebro que alimentar, la comida se convierte en grasa o en cachorros.

Sacó de la despensa un plato con restos de comida en el cual Vixen fijó enseguida la mirada, saltando de su cesto para dar cuenta de ello en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo he cenado ya, señor Massey —dijo Adam—, así que me quedaré mirando cómo lo hace usted. He estado en Hall Farm donde, como ya sabe, cenan temprano, pues se acuestan con las gallinas.

—Poco sé acerca de sus costumbres —replicó Barde con cierta sequedad y mientras cortaba el pan—. Voy muy pocas veces a su casa, aunque me son muy simpáticos los muchachos, y Martin Poyser es un hombre muy agradable. Para mi gusto, hay demasiadas mujeres en aquella casa. Odio el ruido de sus voces, porque zumban o chillan sin parar. La señora Poyser habla con una voz tan aguda como un pífano, y en cuanto a las jóvenes, preferiría contemplar a unas larvas acuáticas que, como ellas, han de convertirse en mosquitos que te pican y te asaetan. Toma un poco de cerveza, muchacho. La he sacado para ti.

—No, señor Massey —contestó Adam, que aquella noche tomaba

más en serio que nunca la manía de su viejo amigo—. No debe ser tan duro con los seres que Dios creó para que fuesen nuestras compañeras. A un obrero le iría muy mal no tener una esposa que cuidara de la casa y de la comida y que no lo mantuviera todo limpio y cómodo.

—¡Tonterías! Es una de las mentiras más estúpidas que han inventado los hombres eso de que una mujer contribuye a la comodidad de la casa. Esta versión circula porque como existen las mujeres, hay que darles alguna ocupación. Yo te aseguro que no hay nada en el mundo que un hombre no pueda hacer mejor que una mujer, a excepción, naturalmente, de tener hijos, e incluso eso lo hacen bastante mal. Ojalá pudiesen encargarse los hombres también de eso. Una mujer es capaz de hacerte un pastel cada semana, durante toda su vida, y no llegar a comprender que cuanto más caliente esté el horno, menos durará la operación. O también te hará potaje todos los días, durante veinte años seguidos, y nunca pensará en medir la proporción de la harina y de la leche. Un poco más o menos, pensará, no significa nada y, como es natural, a veces el potaje sólo será bueno para tirarlo a la basura. Ella, en cambio, pondrá la harina, la leche o el agua como excusa, y no se atribuirá nunca la culpa. Mírame a mí. Yo amaso mi propio pan, y todos los días lo hago igual, año tras año; pero si en la casa hubiese otra mujer además de Vixen, tendría que rogar todos los días a Dios que me diese paciencia, porque seguro que el pan saldría mal amasado y mal cocido; y en cuanto a la limpieza, mi casa está más limpia que cualquier otra del pueblo, a pesar de que todas están llenas de mujeres. El chico de Will Baker viene a ayudarme por las mañanas y en una hora lo limpiamos todo, sin ruido, hacemos lo mismo que una mujer en tres horas, quien, además, te echaría cubos de agua en las piernas y dejaría en medio del comedor los hierros de atizar el fuego para que tropezaras con ellos y te destrozaras las espinillas. No me digas que Dios ha creado a tales seres como compañeras de los hombres. No digo que no hiciese a Eva para ser la compañera de Adán en el Paraíso, porque allí no era posible estropear ninguna comida, ni existía otra mujer con la que pudiese chismorrear, así como tampoco forma alguna de hacer tonterías; y, sin embargo, fíjate en que se aprovechó de la única que tenía a su disposición para cometer la mayor torpeza del mundo. Pero decir que las

mujeres son ahora una bendición para los hombres es una afirmación que no se halla en las Escrituras y que además es impía. Lo mismo sería decir que las víboras y las avispas, así como los jabalíes y las fieras, son una bendición, cuando únicamente constituyen males en este estado de prueba de los que un hombre debe alejarse cuanto pueda en su vida, con la esperanza de que en la otra ya no tendrá que sufrirlos.

Barde se había enojado y excitado tanto en el curso de su invectiva, que olvidó la cena y sólo utilizaba el cuchillo para golpear la mesa con el mango. Y al pronunciar las últimas palabras, sus golpes eran tan frecuentes y su voz estaba tan irritada, que Vixen se creyó en el deber de salir del cesto y dar un ladrido.

—Cállate, Vixen —gritó Bartle volviéndose a ella—. Eres como las demás mujeres, te apresuras a meter baza antes de saber de qué se trata.

La perra volvió a meterse en el cesto muy humillada y su amo continuó en silencio la cena, pues Adam optó por no interrumpirle. Sabía que el anciano estaría de mejor humor después de cenar y de encender la pipa. Por otra parte, el joven ya estaba acostumbrado a oírle hablar de ese modo, pero jamás supo bastante de la vida pasada de Barde para explicarse si su visión de las comodidades del matrimonio estaban fundadas o no en la experiencia propia. Barde guardaba siempre una estricta reserva acerca de este particular, e incluso era un secreto el lugar en que había vivido antes de los veinte años, edad en la que, afortunadamente para los campesinos y artesanos de aquella ciudad, pasó a vivir entre ellos en calidad de único maestro de escuela. Y siempre que le dirigían una pregunta sobre este asunto, Barde contestaba: «¡Oh! Viví en muchos sirios, pero principalmente en el sur». Y para habitantes de Loamshire una ciudad o pueblo de África significaba lo mismo que ese «sur».

—Ahora, muchacho —dijo Barde en cuanto se hubo bebido el segundo jarro de cerveza y encendido la pipa—, ahora vamos a hablar. Pero, ante todo, dime si hoy has tenido alguna noticia especial.

—No. O por lo menos no me acuerdo.

—Bueno. Al parecer guardan el secreto —replicó Massey—. Yo me he enterado por casualidad, y creo que es una noticia que te interesa.

Entonces Barde chupó repetidas veces la pipa mirando al mismo tiempo a Adam fijamente. Aquel hombre impaciente no sabía conservar encendida la pipa dando continuas y suaves chupadas; se le apagaba con frecuencia y luego aspiraba el humo rápidamente para compensar. Por fin dijo:

—Satchell ha tenido un ataque de parálisis. Me enteré por el muchacho que enviaron a Treddleston en busca del médico antes de las siete de la mañana. Como ya sabes, tiene más de sesenta años y puede estar contento si no se muere de ésta.

—Creo que en la parroquia esta noticia producirá más alegría que tristeza —dijo Adam—. Es un hombre egoísta, chismoso e intrigante; además, nadie ha perjudicado al anciano caballero tanto como él. En realidad quien tiene la culpa de todo es el caballero, que ha confiado a ese hombre la administración de sus propiedades para ahorrarse el sueldo de un buen recaudador. Pero en realidad ha perdido bastante más que el sueldo de un par de administradores, a causa de la mala administración de los bosques. Tal vez ahora busque a otro hombre que le convenga más, pero no veo en qué me ha de beneficiar eso.

—Pues yo sí —replicó Barde—. Y otros lo ven tan bien como yo. Ya sabes que el capitán llegará pronto a su mayor edad y se supone que entonces su voto pesará más que ahora. También sabes, como yo, que el capitán aprovechará la primera oportunidad que se le presente para mejorar la administración de los bosques, y ha dicho delante de muchas personas que, si en su mano estuviese, te encargaría a ti de la administración. Carroll, el mayordomo del señor Irwine, se lo oyó decir hace muy pocos días. El sábado por la noche estábamos fumando una pipa en casa de Casson y llegó Carroll y nos lo contó. Además dijo que en cuanto alguien diga una palabra en tu favor, el párroco le apoyará. Te aseguro que en casa de Casson se habló largo y tendido de ti.

—¿Cómo? ¿Hablaron de eso delante del señor Burge? —preguntó Adam—. ¿Estaba allí?

—Estuvo, pero se marchó antes de la llegada de Carrol, y Casson, a quien siempre le gusta llevar la voz cantante, opinó que debía confiarse a Burge la administración de los bosques. «Es hombre de peso», dijo, «y tiene tal vez sesenta años de experiencia en las maderas. Adam Bede podría actuar bajo sus órdenes, pues no

parece probable que el caballero lo llame para ocupar ese puesto cuando tiene a otros hombres mejores y de más experiencia al alcance de su mano». «Se equivoca, Casson», repliqué yo. «Tenga en cuenta una circunstancia: Burge es comprador de madera, de modo que resultaría una torpeza entregarle los bosques para que pudiera realizar sus propias compras. Supongo que usted no permitirá que sus clientes calculen a su criterio lo que han bebido. Y en cuanto a edad, eso es algo que depende de la calidad del vino. De sobra sabe todo el mundo quién lleva el negocio de Jonathan Burge».

—Le agradezco mucho esas palabras, señor Massey —contestó Adam—. Pero debo confesar que, por esta vez, Casson tenía razón. No es muy probable que el caballero consienta en contratarme, pues hace un par de años le ofendí y estoy seguro de que no me ha perdonado aún.

—¿Cómo fue eso? Nunca me lo habías contado —observó Barde.

—¡Oh! Se debió a una tontería. Hice un marco para un biombo de la señorita Lydia. Ya sabe que siempre está ocupada en labores. En esa ocasión me dio instrucciones muy concretas sobre ese biombo, de modo que se habló de él y se tomaron medidas como si estuviéramos planeando la construcción de una casa. Sin embargo, fue un trabajo muy bonito y lo hice con mucho gusto. Pero ya sabe que esas tonterías requieren bastante tiempo. Trabajaba en el marco en horas extraordinarias, a veces hasta muy tarde, y además tuve que ir en varias ocasiones a Treddleston para comprar clavos de bronce y cosas por el estilo. Hice tornear las patas y los extremos y luego realicé alguna labor de talla, de modo que el conjunto quedó bastante bien. Yo estaba satisfecho de mi trabajo y cuando lo llevé a la señorita Lydia me ordenó que se lo mostrase en la sala para darme instrucciones a fin de clavar la tela. Era una bonito bordado que representaba a Jacob y a Raquel besándose y rodeados de ovejas. El anciano caballero estaba sentado allí, como tiene por costumbre. En fin, la señorita estaba muy satisfecha de mi trabajo, y me preguntó el precio. Ya sabe que no hablo sin pensar. Había calculado el precio con exactitud, aunque no hice factura, y le dije que me debía una libra y trece chelines. Con eso quedaban pagados los materiales y mi trabajo, aunque no sobradamente. El caballero levantó los ojos al oírme, miró el biombo y dijo: «¿Una libra y trece chelines por ese trasto? Si gastas el dinero en estas tonterías,

querida Lydia, vale más que te vayas a comprarlas a Rosseter en vez de pagar aquí un mal trabajo por el doble de lo que vale. Estas cosas no son para encargarlas a carpinteros como Adam. Dale una guinea, y nada más». La señorita Lydia creyó lo que el anciano le decía, y como no le gusta desprenderse de su dinero, aunque en el fondo no es mala mujer, empezó a abrir el bolso mientras se sonrojaba. Yo entonces le hice una reverencia y le dije: «No, señora; muchas gracias. Prefiero regalarles ese biombo, si me hace el favor de aceptarlo. Le he pedido el precio por mi trabajo, y sé que lo vale. Además, con permiso de su señoría, sé que en Rosseter no encontraría un biombo como ese por menos de dos guineas. Estoy dispuesto a regalarle mi trabajo, porque como lo he hecho en horas que me pertenecen, a nadie le importa lo que haga con ellas; pero, si quiere pagármelo, no puedo rebajar el precio, pues eso sería dar a entender que le pedí más de lo justo. Así, con su permiso, señora, me despido». Incliné la cabeza y salí antes de que pudiese contestarme, porque se quedó con el bolso en la mano y sin saber qué hacer. Yo no quise mostrarme irrespetuoso, y hablé con cuanta cortesía pude, pero no consiento que alguien crea que le engaño. Aquella misma tarde, el lacayo de la casa me entregó una libra y trece chelines envueltos en un papel. Y desde entonces estoy seguro que el caballero no me soporta.

—Es probable —contestó Bartle pensativo—. El único modo de convencerle sería demostrarle que sus intereses saldrían beneficiados, y eso solamente puede lograrlo el capitán.

—No lo sé —replicó Adam—, el caballero es bastante inteligente, pero la inteligencia no basta para hacer que la gente se convenza de lo que le interesa. Hay que tener juicio para distinguir lo malo de lo bueno, y será difícil convencer al viejo de que ganará tanto o más obrando correctamente que valiéndose de ardides e intrigas. Además, yo no tengo ningún interés en trabajar a sus órdenes. No quiero pelearme con ningún caballero y menos con un anciano que, como él, tiene más de ochenta años. No creo que estuviéramos mucho tiempo de acuerdo. Si el capitán fuese dueño de la propiedad, la cosa cambiaría por completo. Es hombre de conciencia, que quiere actuar bien, y a mí me gustaría más trabajar para él que para otro.

—Bueno, bueno, muchacho, cuando la fortuna llame a tu puerta,

no salgas a la ventana para decirle que se aleje. Has de aprender a calcular en la vida igual que con los números. Y ahora te repito lo que te dije hace diez años, cuando diste una paliza a Mike Holdsworth, que quería pasar un chelín falso, antes de enterarte si lo hacía en broma o en serio. Eres demasiado orgulloso y siempre estás a punto para enfrentarte a las personas que no opinan como tú. Que yo sea un poco irritable y gruñón, pase: soy un viejo maestro y no deseo ni necesito ascender. ¿Pero para qué he perdido el tiempo enseñándote a escribir, a dibujar y a medir si no has de progresar en el mundo y demostrar a todo el mundo que vale más tener una cabeza que una zanahoria sobre los hombros? ¿Acaso vas a perder las oportunidades que se te ofrezcan porque percibas un olor que nadie ha notado más que tú? Es una tontería tan grande como la de creer que una esposa es capaz de proporcionar comodidades a un hombre. ¡Tonterías y nada más que tonterías! Deja que crean eso las personas que no saben ni sumar. Suma un tonto con otro tonto, y a los seis años hay seis tontos más.

Durante esta exhortación se había apagado la pipa; Barde se interrumpió para encender una cerilla visiblemente irritado, y luego chupó con resolución, fijando su mirada en Adam, que se esforzaba por no echarse a reír.

—Hay mucho de verdad en lo que dice, señor Massey —replicó el joven en cuanto consiguió contenerse—. Pero comprenderá que mis esperanzas no han de basarse en cosas improbables. Lo que he de hacer es trabajar lo mejor posible, con los materiales y las herramientas de que dispongo. Si se presenta una buena oportunidad, pensaré en lo que me ha dicho; pero hasta entonces no confiaré más que en mi cabeza y en mis manos. He decidido dedicarme con mi hermano Seth a trabajos de ebanistería en horas extraordinarias, a fin de ganar una o dos libras más. Pero ahora ya es tarde y no llegaré a casa antes de las once. Y es posible que mi madre permanezca despierta, pues está más impaciente que nunca. Así que buenas noches.

—Bueno, bueno. Te acompañaré hasta la puerta. Hace una noche muy hermosa —dijo Barde tomando el bastón.

Vixen se puso en pie a su vez y, sin cruzar más palabras, los dos hombres salieron acompañados por la perra a la luz de las estrellas, cruzaron el campo de patatas de Barde y se encaminaron al portón.

—Si puedes, ven a cantar el viernes por la noche —dijo el viejo mientras cerraba el portón y luego se apoyaba en él.

—Sí, sí —contestó Adam encaminándose hacia la pálida faja del camino.

No había nadie más moviéndose por el pueblo a esas horas. Los dos asnos grises que se distinguían frente a unas matas de aulaga estaban tan inmóviles como si fuesen de piedra. Barde fijó la mirada en la figura de su amigo hasta que desapareció en la oscuridad, mientras que Vixen, indecisa entre los dos objetos de su afecto, se metió dos veces en la casa para dar un lametón a sus cachorros.

—Sí, sí —murmuró el maestro mientras Adam desaparecía—. Cada día progresas algo, pero no serías lo que eres si no tuvieses en tu cabeza una parte del cojo Barde. Hay muchos mozos fuertes y grandes como una torre que nunca habrían sabido el ABC de no haber sido por Barde Massey. ¿Qué quieres, Vixen, desvergonzada e indecente? ¿Qué ocurre? ¿Quieres que vaya adentro? ¡Ay de mí! ¡Ya nunca más volveré a ser el dueño de mi casa! ¿Y qué haré de esos perrillos cuando sean dos veces más grandes que tú? Porque estoy seguro que el padre es ese enorme *bull-terrier* de Will Baker. ¿No es así, desvergonzada indecente?

Al oír estas palabras, Vixen se metió el rabo entre las piernas y echó a correr hacia la casa, porque a veces hay asuntos que las hembras bien educadas deben callar.

—Pero ¿qué se saca de hablar a una mujer con hijos? —continuó Barde—. No tienen conciencia ni vergüenza, ¡y para qué llorar por la leche derramada!

# LIBRO TERCERO

# XXII

## Hacia la fiesta de cumpleaños

Era el 13 de julio, y hacía uno de esos pocos días calurosos —media docena escasa— que a veces se dan hacia la mitad del lluvioso verano inglés. No había llovido en tres o cuatro días y el tiempo era magnífico para aquella época del año; había menos polvo que de costumbre en los setos oscuros y la manzanilla silvestre que crecían a lo largo de los caminos; sin embargo, la hierba estaba lo bastante seca para que los niños pudiesen revolcarse por ella, y no había ninguna nube, sólo una larga franja de luz suave, ondulada y muy alta en el cielo lejano. Era un tiempo magnífico para una fiesta de julio al aire libre, aunque tal vez no el mejor día del año para nacer. La naturaleza parece hacer una cálida pausa en semejantes días; las flores más hermosas han desaparecido, la dulzura de los primeros brotes y de las vagas esperanzas ha pasado ya. Y no obstante aún no ha llegado la época de la siega y de almacenar el grano, y temblamos ante la posibilidad de que una tormenta destruya el precioso fruto en el momento en que ha alcanzado la madurez. Los bosques tienen un color uniforme verde oscuro. Las carretadas de heno ya no circulan por los caminos, derramando parte de su aromática carga sobre las ramas de las moras. Los pastos tienen un ligero tono pardusco, pero el trigo no ha alcanzado aún su último esplendor rojo y oro. Los corderos y los terneros han perdido ya toda huella de su carácter inocente y juguetón y se han convertido en estúpidos carneros y en vacas jóvenes. Pero en las granjas reinan ahora unos días de descanso; es la pausa que se hace entre las cosechas del heno y del trigo, y los granjeros y labradores de Hayslope y Broxton piensan

que el capitán llega a su mayoría de edad en un momento muy oportuno, pues así ellos podrán gozar sin temor de los placeres del gran barril de cerveza que se fabricó el otoño siguiente al nacimiento del heredero y que había de beberse cuando cumpliese veintiún años. Desde primeras horas de la mañana el sonido de las campanas de la iglesia ha alegrado el ambiente, y ahora todo el mundo se apresura a acabar el trabajo impostergable antes de las doce, hora en que habrá que emprender el camino hacia el cazadero.

El sol del mediodía penetraba en el dormitorio de Hetty por la ventana desprovista de postigos y caía directamente sobre su cabeza mientras ésta se contemplaba en el antiguo y moteado espejo. Pero era el único en el que podía verse el cuello y los brazos, pues tenía otro más pequeño que había cogido de la habitación de al lado —la que había sido de Dinah—, que no le permitía verse más que la barbilla y aquella hermosa parte del cuello donde la redondez de las mejillas se confundía con otras redondeces sombreadas por los oscuros rizos del cabello. Y aquel día pensaba más que nunca en su cuello y en sus brazos, porque en el baile de la tarde no llevaría ningún pañuelo, y el día anterior se había empleado a fondo en su traje de color rosa y blanco para llevar las mangas largas o cortas según le apeteciese. En ese momento vestía igual que lo haría por la tarde, y llevaba un camisolín de encaje «verdadero» que le había prestado su tía para tan extraordinaria ocasión, pero no tenía ningún otro adorno, pues incluso se había quitado los pendientes pequeños que llevaba todos los días. Pero al parecer le quedaba una cosa por hacer antes de ponerse el pañuelo y las mangas largas que había de llevar durante el día, pues abrió el cajón que contenía sus tesoros particulares. Aún no había pasado un mes desde que la vimos abrir aquel mismo cajón, el cual contenía ahora nuevos tesoros, mucho más preciosos que los antiguos, ya relegados a un rincón. Hetty no deseaba ponerse otra vez los grandes pendientes adornados con cristales de color, porque en una cajita forrada de satén blanco tenía a su disposición otros de oro, perlas y granates. ¡Oh! ¡Qué delicioso le resultó sacarlos de la cajita para contemplarlos! El lector no debe mostrarse filósofo, diciendo que Hetty, que ya era muy hermosa, debía de haber sabido que importaba muy poco llevar joyas o no; y que, además, el

contemplar irnos pendientes que sólo podía llevar en su dormitorio apenas podía darle ninguna satisfacción, puesto que la esencia de la vanidad vive de las impresiones producidas en los demás; pero cuando se es demasiado razonable no se llega a entender la naturaleza femenina. Procure, pues, el lector, desprenderse de todo prejuicio racional, como si se quisiera estudiar la psicología de un canario, y limítese a observar los movimientos de aquella hermosa criatura mientras vuelve la cabeza a un lado, dirigiendo una sonrisa inconsciente a los pendientes encerrados en el estuche. Tal vez el lector se figurará que pensaba entonces en una persona que se los había regalado y que recordaba el momento en que recibió el obsequio. Nada de eso, pues en tal caso lo mismo le habrían importado los pendientes que otro adorno cualquiera y a mí me consta que prefería aquél a cualquier otro imaginable.

—¡Qué orejitas tan bonitas! —había dicho Arthur una tarde con la intención de pellizcarlas; Hetty estaba sentada en la hierba a su lado y sin sombrero.

—Me gustaría mucho tener unos pendientes —dijo ella casi sin darse cuenta, pues aquel anhelo estaba tan cerca de sus labios que lo exteriorizó inmediatamente.

Y al día siguiente, es decir, de eso hacía una semana, Arthur se dirigió a caballo a Rosseter para comprarlos. Aquel pequeño deseo expresado con tanta inocencia le había parecido algo encantador; jamás había oído nada semejante. Así que envolvió el estuche en muchos y grandes papeles para disfrutar viendo a Hetty mientras lo desenvolvía con creciente curiosidad, cosa que sucedió tal como había imaginado.

No. Hetty no pensaba en quien se los había regalado mientras los miraba, porque los sacó de la caja no para llevárselos a los labios, sino a fin de ponérselos en las orejas. Sólo un momento para ver lo bien que le sientan mientras los mira reflejados en el espejo de la pared, primero de un lado y luego del otro, como un pájaro que escucha. Es imposible no hacer tonterías con los pendientes siendo una muchacha tan hermosa como es, pues ¿con qué objeto habrían hecho aquellas perlas delicadas y aquellos cristales preciosos sino para tales orejas? Ni siquiera parecen un defecto los agujeritos que se ven en ellas en cuanto se quita los pendientes. Quizás las ondinas y otros seres sin alma posean naturalmente

agujeros en las orejas a propósito para suspender joyas. Hetty debe de ser una de ellas. Es demasiado doloroso pensar que es una mujer, y que tiene un destino de mujer ante ella; una mujer que, en su joven ignorancia, teje una ligera red de locura y de vanas esperanzas a su alrededor, que un día se cerrará para oprimirla como un traje venenoso y rencoroso que convertirá sus juguetonas sensaciones de mariposa en una vida de profunda angustia humana.

Pero como no puede dejarse un rato puestos los pendientes, pues sus tíos la esperan, vuelve a colocarlos rápidamente en la caja y la cierra. Llegará el día en que podrá llevar los pendientes que quiera y ya en ese momento vive en un mundo invisible de brillantes trajes, resplandeciente gasa, satén suave y terciopelo, según ha visto en el guardarropa de la señorita Lydia que un día le enseñó la doncella del cazadero. Siente ya los brazaletes en sus muñecas y pisa una mullida alfombra al situarse ante un alto espejo. Pero aún tiene otra cosa en el cajón que quizás sí puede atreverse a llevar en esa ocasión colgada de la cadena de bayas marrón oscuro que suele ponerse en los días señalados, con un pequeño y achatado frasco de perfume en su extremo y metido dentro del traje —y Hetty *debe* ponerse las bayas de color marrón oscuro porque de lo contrario parecería que le falta algo a su cuello—. Hetty no estaba tan entusiasmada con el guardapelo como con los pendientes, aunque era grande y muy bonito y tenía unas flores esmaltadas en la parte posterior, así como un hermoso marco de oro en torno al cristal, que dejaba ver un mechón de cabello de color castaño y ligeramente ondulado, y sobre él dos rizos de cabello más oscuro. Podría llevar aquel guardapelo debajo del traje y así nadie lo vería. Pero Hetty tenía aún otra pasión, desde luego menor que su amor al lujo, y ésta, precisamente, era la que le obligaba a llevar el guardapelo oculto en el pecho. Lo habría llevado siempre si se hubiese atrevido a soportar las preguntas de su tía sobre el lazo rojo que se colgaría del cuello. Así que deslizó el guardapelo en la cadena de bayas y cerró el collar en torno a su cuello. La cadena era corta, y el guardapelo colgaba muy poco por debajo del escote de su vestido. En ese momento no le quedaba otra cosa que hacer que ponerse las mangas largas, su pañuelo nuevo de gasa y el sombrero de paja, aquel día adornado de blanco en vez de rosa, pues las antiguas cintas habían perdido el color con el sol de julio. Aquel

sombrero constituía la gota que colmaba el vaso de la amargura de Hetty, pues no era nuevo y nadie dejaría de advertir que estaba bastante requemado; en cambio tema la certeza de que Mary Burge llevaría un sombrero o un gorro nuevos. En busca de consuelo contempló sus finas medias blancas de algodón realmente eran bonitas; había dado todo el dinero que tenía ahorrado a cambio de ellas. Los sueños que Hetty albergaba con respecto al futuro no la dejaban insensible al triunfo en el presente. Era indudable que el capitán Donnithorne la amaba, que no miraría siquiera a nadie más, pero, en cambio, la gente ignoraría que él la quería y a la joven no le gustaba aparecer a sus ojos mal vestida e insignificante, ni siquiera por un momento.

El grupo de los asistentes a la fiesta estaba reunido ya cuando la joven bajó; todos, por supuesto, con su traje de los domingos; las campanas habían resonado de tal modo aquella mañana en honor del vigésimo primer aniversario del capitán, y se acabaron tan temprano los trabajos, que Marty y Tommy no estuvieron tranquilos hasta que su madre les aseguró que el ir a la iglesia no formaba parte de las festividades del día. El señor Poyser propuso dejar la casa a solas asegurando que «no había que temer que alguien entrase a robar, ya que todo el mundo estaría en el cazadero, incluso los ladrones».

—Si cerramos la casa —añadió—, todos los hombres podrán ir a la fiesta; éste es un día que no verán dos veces en toda su vida.

Pero la señora Poyser le contestó con decisión:

—Jamás he dejado abandonada la casa, y jamás la dejaré. La semana pasada vimos a bastantes vagabundos capaces de arramblar con todos nuestros jamones y cucharas. Y se ponen de acuerdo, preparan trampas, y ya podemos estar contentos de que no envenenen los perros para asesinarnos luego en la cama cualquier viernes por la noche, cuando tenemos en casa el dinero para pagar a los obreros. Además esos vagabundos saben tan bien como nosotros el lugar adonde vamos. Y si el viejo Harry quiere hacer una de las suyas, puedes apostarte cualquier cosa a que encontrará el medio.

—Eso de asesinarnos en la cama es una tontería —dijo el señor Poyser—. ¿Tengo o no tengo una escopeta en el dormitorio? Además, tú tienes un oído tan fino que descubrirías hasta un ratón que estuviese royendo el tocino. Pero para que estés tranquila, Alick

puede quedarse en casa la mitad del día, y Tim volver hacia las cinco para relevarlo. Y si ven algún sospechoso, que suelten a Growler, y también al perro de Alick, que estará dispuesto a clavar los dientes en la pierna de cualquier vagabundo en cuanto su amo le haga la menor señal.

La señora Poyser aceptó este arreglo, pero creyó aconsejable atrancar puertas y ventanas. Luego, en el último momento, antes de emprender el camino, Nancy, la criada de la lechería, cerró los postigos de la casa, incluso los de la ventana que se hallaba bajo la inmediata observación de Alick y de los perros, que debía considerarse la menos indicada para sufrir cualquier intrusión.

El cochecillo cubierto y sin muelles estaba preparado para transportar a toda la familia, a excepción de los criados del género masculino. El señor Poyser y el abuelo ocuparon el asiento delantero; dentro había sitio para todas las mujeres y los niños; cuanto más lleno estuviese el vehículo, mejor, porque entonces el traqueteo no molestaría tanto, aparte de que la gruesa Nancy, que tenía unos brazos muy voluminosos, constituía un excelente almohadón para amortiguar los golpes. Pero el señor Poyser guió al paso para evitar cualquier riesgo de volcar en aquel día caluroso; y hasta hubo tiempo de cambiar saludos y observaciones con los que iban a pie y se dirigían al mismo lugar, puntitos de colores vivos que se movían sin cesar salpicaban los caminos entre los verdes prados y los dorados campos de trigo; un chaleco escarlata hacía juego con las amapolas que balanceaban sus cabezas entre el trigo, o bien el pañuelo azul oscuro, con los extremos flotantes, a través de una camisa blanca y flamante de obrero. Todo Broxton y todo Hayslope debían ir al cazadero a divertirse en honor del heredero. Y los viejos y viejas, que nunca habían llegado tan lejos en aquella dirección, por lo menos durante los últimos veinte años, hacían el viaje desde Broxton y Hayslope en uno de los carros de los granjeros por consejo del señor Irwine. Las campanas de la iglesia habían vuelto a tocar por última vez, y luego los compañeros descendieron por la ladera de la colina para tomar parte en la fiesta; y antes de que terminasen las campanadas se oyó otra música y el viejo Brown, el caballo que arrastraba el coche del señor Poyser, enderezó las orejas. Era la banda del Club Benéfico, que acudía vestida de luces: sus miembros llevaban brillantes chales azules y

charreteras del mismo color y en su bandera se veía el lema «Viva el amor fraternal» en torno a un dibujo que representaba una cantera de piedra.

Como se comprenderá, los carruajes debían quedarse fuera del cazadero, todo el mundo había de apearse junto a la caseta del portero y hacer retroceder a los vehículos.

—El cazadero parece una feria —dijo la señora Poyser al bajar del coche viendo los grupos diseminados a la sombra de los grandes robles, mientras los muchachos corrían por las zonas soleadas para examinar las altas cucañas rematadas por los premios destinados a los vencedores—. Nunca habría pensado que en las dos parroquias hubiese tanta gente. ¡Dios mío! ¡Qué calor hace cuando uno se aleja de la sombra! Ven aquí, Totty, se te van a quemar las mejillas. Podrían haber guisado aquí con el calor del sol y se habrían ahorrado el gasto de leña. Voy a la habitación de la señora Best para descansar un poco.

—Espera, espera —dijo el señor Poyser—. Aquí viene al carro con los viejos. Seguro que no volveremos a verles apearse del carro y andar todos juntos. Se acuerda de algunos, ¿verdad, padre?

—¡Ya lo creo! —dijo el viejo Martin andando despacio a la sombra del soportal de la casa del portero, desde donde podía ver el grupo de ancianos que bajaban del carro—. Recuerdo que Jacob Taft anduvo ochenta kilómetros persiguiendo a los rebeldes escoceses cuando éstos se retiraron de Stoniton.

Él mismo se sintió rejuvenecido, como si tuviese una larga vida por delante, al ver el patriarca de Hayslope, el viejo tío Taft, descender del carro y avanzar hacia él con la cabeza cubierta por el gorro de dormir marrón y apoyado en sus dos bastones.

—¿Qué hay, señor Taft? —gritó el viejo Martin con cuanto vigor le fue posible, pues aunque le constaba que el viejo era sordo como una tapia, no pudo dejar de saludarle—. Es usted un hombre muy valiente. Aún podrá divertirse hoy, a pesar de sus noventa y pico de años.

—Soy su servidor, señores, su servidor —decía el tío Taft con voz temblorosa al advertir la gente que le rodeaba.

El grupo de ancianos, vigilados por sus hijos e hijas envejecidos y encanecidos a su vez, avanzó por el camino de carruajes en dirección a la casa, donde se les había preparado una mesa especial;

mientras tanto, el grupo de Poyser atravesó tranquilamente la hierba a la sombra de los grandes árboles sin perder de vista la fachada de la casa, con su césped bien cortado y sus arriates de flores, y la hermosa carpa de tela a listas situada en un extremo del césped y en ángulo recto con otras dos carpas mayores, colocadas a cada lado del espacio abierto en que habían de celebrarse los juegos. La casa no habría sido más que una sencilla mansión cuadrada del tiempo de la reina a no ser por los restos de una antigua abadía con la que estaba unida por uno de sus extremos, del mismo modo como a veces se levanta una nueva granja en el extremo de otras construcciones más antiguas y bajas destinadas a la misma función. Los hermosos restos de aquel edificio quedaban un poco retirados y bajo la sombra de altas hayas; en ese momento el sol alumbraba la fachada más alta y saliente, que tenía todas las persianas corridas y la vivienda parecía dormida a causa del calor del mediodía. Hetty sintió pena. Arthur debía de estar en alguna de las habitaciones posteriores, acompañado de grandes personajes y no podría enterarse de su llegada ni la vería hasta mucho rato después, cuando acabaran de cenar y él hiciera acto de presencia para dirigir la palabra a sus invitados.

Pero Hetty se equivocaba en parte de sus conjeturas. No había llegado ningún personaje a excepción de los Irwine, para quienes se había enviado el coche muy temprano, y Arthur no se hallaba entonces en ninguna habitación de la parte trasera, sino que, en compañía del rector, paseaba por los anchos claustros de piedra de la vieja abadía donde se habían dispuesto las largas mesas para los arrendatarios y criados de las haciendas. Aquel día Arthur tenía el aspecto de un joven apuesto inglés, estaba muy contento y vestía un levitón de color azul brillante de última moda, y ya no llevaba el brazo en el cabestrillo. Era un hombre, como sabemos, franco y espontáneo, pero también este tipo de jóvenes tienen secretos que no dejan huella en sus rostros juveniles.

—La verdad es que los arrendatarios han tenido más suerte que nadie —dijo al entrar en los frescos claustros— porque esto es un estupendo comedor para un día caluroso como hoy. Nos dio un magnífico consejo con respecto a la comida, Irwine. Dar la mejor posible y sólo a los arrendatarios era lo que más nos convenía, teniendo en cuenta que yo sólo disponía de una cantidad limitada,

porque aunque mi abuelo me habló de una *carte blanche*, al final no se decidió a confiar en mí.

—No importa, así todo el mundo disfrutará más —dijo el señor Irwine—. En estas cosas el pueblo confunde la liberalidad con el escándalo y el desorden. Resulta grandioso decir que se asaron muchos bueyes y ovejas enteros y que en el festín comió todo el que quiso; pero al final lo que ocurre es que nadie come bien. Si da a la gente una buena comida y una cantidad moderada de cerveza al mediodía, podrán divertirse con los juegos en cuanto el sol empiece a perder fuerza. No puede impedir que algunos estén un poco mareados al atardecer, pero la verdad es que la borrachera armoniza mejor con la oscuridad que con la luz.

—No creo que tengamos muchos borrachos. Por de pronto ya me he librado de la gente de Treddleston dándoles una fiesta especial en la ciudad. He encargado a Casson, a Adam Bede y a otros buenos muchachos que vigilen la cerveza y no permitan que las cosas vayan demasiado lejos. Pero ahora veamos si están dispuestas las mesas para los arrendatarios más importantes arriba.

Subieron la escalera de piedra que conducía a la larga galería que había sobre los claustros y en la que habían desaparecido ya las antiguas pinturas llenas de polvo por lo menos desde tres generaciones anteriores. Eran malos retratos de la reina Isabel y de sus damas, del general Monk con su ojo tuerto, Daniel entre los leones y Julio César a caballo, con una nariz prominente y una corona de laurel sosteniendo en la mano sus *Comentarios*.

—Es muy agradable que hayan salvado esta parte de la antigua abadía —dijo Arthur—. Si alguna vez llego a ser el amo de este lugar, haré restaurar la galería, porque en la casa no tengo ninguna sala tan grande como ésa. La segunda mesa está destinada a las esposas de los granjeros y a los niños. La señora Best dijo que las mujeres y las criaturas estarían más cómodas separadas de los demás. Yo me empeñé en que vinieran los niños para reunir a toda la familia. Yo seré más tarde «el viejo caballero» para esos niños, y éstos referirán a sus hijos que yo era un joven mucho más agradable que mi propio hijo. Abajo también hay otra mesa para las mujeres y los niños. Pero ya los verá a todos, porque espero que me acompañará después de cenar.

—Desde luego —dijo el señor Irwine—. No quiero perderme su

primera alocución a los arrendatarios.

—Hay otra cosa que oirá con mayor gusto —dijo Arthur—. Vamos a la biblioteca y se lo contaré todo mientras mi abuelo está en la sala con las señoras. Es algo que le sorprenderá —continuó diciendo mientras se sentaban—. Al fin y al cabo mi abuelo ha hecho una cosa buena.

—¿Se trata de Adam?

—Sí. Quería ir a decírselo, señor Irwine, pero no pude por mis muchas ocupaciones. Según ya sabe, había desistido de tratar del asunto con mi abuelo por creer que era inútil; pero ayer por la mañana me hizo llamar antes de que yo saliera y me asombró diciendo que había decidido ya todo lo que convenía hacer, en vista de que el viejo Satchell se vería obligado a dejar de trabajar, y que se proponía confiar a Adam la administración de los bosques, con el salario de una guinea por semana y el uso de un póney mantenido y cuidado aquí. Creo que el secreto está en que debió de comprender que era un buen plan desde el primer momento, pero tuvo que vencer alguna antipatía personal contra Adam, aparte de que basta que yo le proponga una cosa para que él la rechace. En mi abuelo se observan grandes contradicciones. Me consta que quiere dejarme todo el dinero que ha ahorrado, y que incluso dejará una cantidad muy escasa a la pobre tía Lydia, que ha sido su esclava toda la vida, de modo que no le corresponderán más de unas quinientas libras por año, a fin de legarme mayor cantidad a mí; y, sin embargo, algunas veces me odia por el hecho de ser su heredero. Estoy convencido de que si me rompiese el cuello lo consideraría la mayor desgracia que puede ocurrirle, sin embargo parece complacerse en zaherirme y molestarme continuamente.

—¡Ah, hijo mío! No sólo el amor de la mujer es pura ficción. Hay gran cantidad de amor que no ama en el mundo masculino; pero háblame de Adam. ¿Ha aceptado el cargo? No sé si es mucho más provechoso que su trabajo actual, aunque por otra parte le dejará bastante tiempo libre.

—Cuando le hablé de ello, al principio estuvo vacilando largo rato. Objetaba que no se consideraba capaz de dar satisfacción a mi abuelo. Pero yo le rogué que si no tenía alguna otra razón especial que se lo impidiera, aceptase el puesto para hacerme un favor personal y siempre suponiendo que le gustase el cargo y no tuviese

que abandonar otra cosa más provechosa. Él me aseguró que prefería ese trabajo a cualquier otro, y que éste constituiría un gran adelanto en sus negocios, pues le permitiría hacer lo que deseaba desde mucho tiempo atrás, o sea dejar de trabajar para Burge. Dijo que tendría tiempo de sobra para ocuparse de sus pequeños negocios, a los que se dedicaría con su hermano Seth, y que quizás podría ir ampliándolos gradualmente. Por fin aceptó, y hoy comerá con los grandes arrendatarios, a quienes me propongo anunciarles su nombramiento y pedirles que beban a la salud de Adam. Será un pequeño drama que representaré en honor de mi amigo. Es un buen muchacho y aprovecho la oportunidad para que todo el mundo sepa la consideración y el aprecio en que le tengo.

—Y es un drama en el que mi amigo Arthur se ha reservado el papel principal —replicó sonriendo el señor Irwine. Pero al ver que Arthur se ruborizaba, continuó—: Mi papel, según ya sabe, es el del viejo Fogy, que no encuentra nada que admirar en los jóvenes… Y ni siquiera admito estar orgulloso de mi alumno cuando hace algo agradable. Aunque, por una vez, tendré que actuar de amable y anciano caballero y secundar su brindis en honor de Adam. ¿Ha cedido también su abuelo acerca del otro punto, o sea consintiendo en tener a un hombre respetable como mayordomo?

—¡Oh, no! —Arthur abandonó el sillón impacientemente y se puso a pasear por la estancia con las manos en los bolsillos—. Creo que tiene algún proyecto acerca del arrendamiento de la granja del cazadero y pretende regatear la provisión de leche y manteca para la casa. Pero yo no le hago preguntas, porque eso me irrita demasiado. Creo que se propone tratar todos los asuntos personalmente y no tomar ningún mayordomo. De todos modos es admirable su energía.

—Vayamos con las señoras —dijo el señor Irwine levantándose a su vez—. Quiero decir a mi madre que usted le ha dispuesto un magnífico trono bajo la carpa.

—Sí. Y además hemos de ir a comer —dijo Arthur—. Deben de ser las dos, porque ya oigo la campanilla que llama a los arrendatarios.

# XXIII

## La comida

En cuanto Adam se enteró de que comería arriba en compañía de los grandes arrendatarios, se sintió molesto al verse realzado con respecto a su madre y Seth, que habían de comer en los claustros de la planta baja. Pero el mayordomo señor Mills le aseguró que el capitán Donnithorne había dado órdenes especiales acerca de ello y que se enfadaría mucho si Adam no ocupaba el sitio señalado.

El joven se conformó y fue en busca de Seth, que se hallaba a pocos metros de distancia.

—Oye, Seth —le dijo—, el capitán me manda decir que quiere que coma arriba, y, según asegura el señor Mills, está empeñado; quizás haría mal en rehusar. Pero no me gusta la idea de ocupar un lugar más importante que tú y que nuestra madre, como si yo fuese mejor que los de mi propia sangre. Espero que no te enfadarás.

—De ningún modo, muchacho —replicó Seth—. Tu honor es nuestro honor y si has merecido mayor respeto, a ti mismo te lo debes. Cuanto más alto te vea sobre mí, mejor, siempre y cuando sigas demostrándome un cariño fraternal. El cambio se debe a que has sido nombrado administrador de los bosques, y no me parece mal. Es un puesto de confianza, y ahora estás muy por encima de los obreros.

—Sí —replicó Adam—. Pero todavía nadie sabe nada de este asunto. Yo no he comunicado aún al señor Burge que voy a dejar su casa, y no me gustaría decírselo a nadie antes de que él lo sepa, porque no hay duda de que se resentiría. A la gente la extrañará verme allí y creo que adivinarán la razón y empezarán a preguntarse unos a otros; sé que desde hace tres semanas no se

habla de otra cosa.

—Bueno, tú puedes decir que has recibido la orden de ir arriba pero que no te han explicado la causa. Es la verdad, y en cuanto a nuestra madre, se alegrará mucho. Vamos a decírselo.

Adam no era el único invitado a comer arriba por razones distintas de la cantidad con que contribuía a las rentas del propietario. Había otras personas de ambas parroquias, respetables por sus funciones más que por su dinero, y entre ellas estaba Barde Massey. Su cojera era más acusada que nunca en aquel día caluroso; Adam se quedó atrás cuando sonó la campana llamando a comer para acompañar a su viejo amigo, pues además le intimidaba reunirse con el grupo de los Poyser en aquella fiesta tan sonada. Ya se presentaría alguna oportunidad de acercarse a Hetty durante el día; Adam se contentaba con eso, pues no quería arriesgarse a ser el blanco de las bromas a costa de la joven y él, y es que aquel enorme muchacho, franco y valiente, era muy tímido y desconfiado con respecto a sus amores.

—Hola, maestro Massey —dijo Adam al reunirse con Barde—. Yo también comeré arriba con usted; el capitán me lo ha ordenado.

—¡Ah! —dijo Barde deteniéndose y apoyando una mano en la espalda del joven—. En tal caso es que hay algo. ¿Te has enterado de lo que quiere hacer el caballero?

—Sí, señor. Puedo decirle lo que sé, porque me consta que guardará silencio si se lo ruego, y también estoy persuadido de que no divulgará una palabra hasta que el asunto sea del dominio público, pues tengo grandes razones para desear que no se sepa.

—Confía en mí, muchacho, confía en mí. Ya sabes que no tengo ninguna mujer que me quiera sonsacar para luego divulgarlo a los cuatro vientos. Si alguna vez te confías a un hombre, procura que sea soltero.

—Pues bien, ayer se decidió que yo me encargue de administrar los bosques. El capitán me llamó para ofrecerme el cargo mientras yo dirigía la instalación de los postes y de las carpas. Y acepté. Pero si alguien le pregunta algo arriba, finja que no sabe nada y desvíe la conversación. Se lo agradeceré mucho. Y ahora, vamos, pues sin duda seremos los últimos.

—No temas, sé lo que debo hacer —dijo Bartle avanzando al mismo tiempo—. Esta noticia será la salsa que sazonará mi comida.

Muy bien, muchacho; llegarás a ser alguien. Por mi parte, no tendría inconveniente en ponerte frente a cualquiera para medir y calcular. Has recibido una buena instrucción. Sí, sin duda alguna.

En cuanto estuvieron arriba, la cuestión que Arthur había dejado sin resolver relativa a quién sería presidente y quién vicepresidente, estaba aún discutiéndose, de manera que la entrada de Adam pasó inadvertida.

—Lo mejor es —decía el señor Casson— que puesto que el viejo señor Poyser es el más anciano de la sala, se siente a la cabecera de la mesa. No en vano fui mayordomo durante quince años; puedo aseguraros que aprendí cuáles son las cosas correctas y cuáles no en una comida.

—Nada de eso —decía el viejo Martin—. Yo lo he dejado todo en manos de mi hijo y ahora no soy arrendatario. Dejen que mi hijo ocupe la cabecera. Los viejos ya hemos tenido muchas oportunidades y ahora hay que dejar paso a los jóvenes.

—Yo creía que el arrendatario más importante sería el que tuviese más tierras y no el más viejo —observó Luke Brilton, que no sentía ninguna simpatía por el crítico señor Poyser—. Aquí tenemos al señor Holdsworth, que posee mayor extensión de tierra arrendada que otro cualquiera de la propiedad.

—Bueno —dijo el señor Poyser—. Supongamos que se sienta en la cabecera el que tenga las tierras peor cuidadas. Quien adquiera semejante honor no será envidiado seguramente.

—Aquí viene el maestro Massey —dijo el señor Craig, quien, como es natural, sólo quería tener la fiesta en paz—. El maestro de escuela nos dirá qué debemos hacer. ¿Quién debe sentarse a la cabecera, señor Massey?

—El más corpulento —replicó Bartle—. Y así no molestará a su vecino. Y el que le siga en corpulencia se sentará frente a él.

Este modo original de zanjar la disputa originó grandes carcajadas, aunque para ello habría bastado cualquier respuesta menos graciosa. El señor Casson, sin embargo, no consideró que esa solución fuese incompatible con su dignidad y con su conocimiento superior, así que tomó parte en las carcajadas hasta que se dio cuenta de que era el segundo en corpulencia. Martin Poyser hijo era el más corpulento; a él le correspondía presidir la mesa, y el señor Casson, que le seguía en peso, quedaba nombrado vicepresidente.

A causa de este arreglo, Adam, que lógicamente estaba en el extremo de la mesa, fue blanco de la observación inmediata del señor Casson, quien, ocupadísimo con el debate, no se había fijado en su entrada. Según ya sabemos, el señor Casson consideraba a Adam un poco ambicioso y entrometido, y opinaba que los señores hacían a aquel carpintero más caso de lo que convenía, porque apenas se ocupaban del señor Casson, quien, por espacio de quince años, había sido un mayordomo excelente.

—¡Vaya, señor Bede! Usted es de los que suben deprisa —dijo al ver que Adam se sentaba—. Creo recordar que nunca había comido aquí.

—No, señor Casson —contestó Adam con una voz tan fuerte que pudo oírse en toda la mesa—. Nunca había comido aquí; pero he venido por expreso deseo del capitán Donnithorne, y espero que no moleste a nadie.

—Nada de eso —contestaron varias voces a coro—. Al contrario, nos alegramos mucho de que haya venido. ¿Hay alguien que diga lo contrario?

—Cuando acabemos de comer nos cantará «Muy lejos y sobre las montañas», ¿verdad? —dijo el señor Chowne—. Me gusta mucho esa canción.

—¡Bah! No tiene comparación con las canciones escocesas —dijo el señor Craig—. Por mi parte nunca he cantado, pues siempre he tenido otras cosas más importantes que hacer. A un hombre que tiene la cabeza llena de los nombres y la naturaleza de las plantas no le queda sitio para recordar canciones. Pero yo tenía un primo segundo que tenía mucha facilidad en recordar canciones escocesas. También es verdad que no pensaba en nada más.

—¡Las canciones escocesas! —exclamó Massey con enorme desdén—. Estoy hasta las narices de ellas. No sirven más que para asustar a los pájaros, es decir, a los pájaros ingleses, porque los escoceses pueden cantar en escocés si les da la gana. Dad gaitas a los muchachos en vez de carracas, y os aseguro que no habrá ave que tenga ganas de comerse el trigo.

—Hay personas que encuentran un placer muy grande en criticar lo que no conocen —dijo el señor Craig.

—¡Bah! Las canciones escocesas se parecen mucho a una mujer vocinglera y fastidiosa —continuó diciendo Barde sin prestar

atención a las palabras del señor Craig—; repiten el mismo tema innumerables veces y nunca llegan a un final razonable. Cualquiera podría creer que las canciones escocesas dirigen una pregunta a alguien tan sordo como el tío Taft y que jamás obtienen respuesta.

A Adam no le importaba gran cosa sentarse al lado del señor Casson, pues desde su sitio podía ver a Hetty, que se sentaba no muy lejos de él en la mesa de al lado. La joven, sin embargo, ni siquiera había notado su presencia; toda su rabiosa atención estaba concentrada en Totty, quien insistía en poner los pies sobre el banco, con lo cual amenazaba manchar de polvo el traje blanco y rosa de Hetty. Apenas las gordezuelas piernas de la niña habían sido obligadas a quedar colgantes, volvían a subir, pues Totty estaba demasiado ocupada contemplando las grandes bandejas en busca del *plum-pudding* para que se fijara siquiera en lo que hacían sus piernas. Hetty, agotada ya la paciencia, frunció las cejas, contuvo las lágrimas y dijo:

—¡Oh, querida tía! Hazme el favor de reñir a Totty; no hace más que levantar las piernas y ensuciarme el traje.

—¿Qué tienes que decir de la niña? Nunca estás contenta con ella —replicó la madre—. Déjala que venga a mi lado y yo cuidaré de ella.

Adam no pudo menos que observar la expresión de malhumor de Hetty; sus grandes ojos parecían aumentar de tamaño por las lágrimas que estaban a punto de derramar. La apacible Mary Burge, que estaba sentada lo bastante cerca para observar la contrariedad de Hetty, así como también que Adam tenía los ojos fijos en ella, creyó que un muchacho tan juicioso como ése debía de tener en cuenta el escaso valor de la belleza de una mujer cuyo carácter era tan malo. Mary era una buena muchacha que jamás se dejaba arrastrar por los malos sentimientos, pero en ese momento se dijo que puesto que Hetty tenía mal carácter, convenía que Adam se enterase. Y si Hetty hubiera sido una muchacha vulgar, en aquel momento habría parecido fea y desagradable, así que cualquier juicio moral que se hiciese sobre ella habría sido seguramente exacto. Pero aun en su enfado había algo encantador, y aquella explosión de malhumor parecía más un disgusto infantil que un enfado de persona mayor, de modo que el severo Adam no sintió ningún movimiento de desaprobación, sino una compasión risueña,

como si hubiese visto a un gatito encorvar la espalda o a un pajarillo con el plumaje erizado. No podía comprender la razón de su disgusto y lo único que se decía era que aquella jovencita era la más hermosa del mundo, y que si él podía evitarlo nada volvería a disgustarla nunca más. En cuanto Totty se fue de su lado, Hetty sorprendió la mirada de Adam y le dirigió una resplandeciente sonrisa, saludando con un movimiento de cabeza. Aquello era lo más parecido a un flirteo; Hetty sabía muy bien que Mary Burge estaba mirándolos. Pero aquella sonrisa fue como un trago de vino para Adam.

# XXIV

## El brindis

Cuando la comida terminó y sirvieron las primeras jarras de la cerveza procedente del gran barril del año del natalicio, se hizo sitio para el grueso señor Poyser a un lado de la mesa y pusieron dos sillas en la cabecera. Se había convenido ya exactamente lo que haría el señor Poyser en cuanto apareciese el joven caballero, y durante los últimos cinco minutos aquél había estado muy abstraído, con los ojos fijos en el oscuro cuadro que tenía delante, mientras revolvía las monedas sueltas y otros objetos en los bolsillos del pantalón.

Cuando entró el joven caballero acompañado por el señor Irwine, todos se pusieron en pie; aquel homenaje resultó muy agradable para Arthur, a quien le gustaba sentir su propia importancia y además apreciaba mucho la simpatía de aquella gente; necesitaba persuadirse de que todos le tenían consideración y afecto. Su rostro era fiel reflejo del placer que experimentaba cuando dijo:

—Mi abuelo y yo esperamos que nuestros amigos presentes hayan comido bien y que les haya gustado la cerveza del año de mi nacimiento. El señor Irwine y yo hemos venido a probarla con vosotros, y estoy seguro de que a todos les parecerá muy bien que el rector nos acompañe en estos momentos.

Todos los ojos se volvieron entonces hacia el señor Poyser que, con las manos aún hurgando en los bolsillos, empezó con la decisión propia de un reloj que da lentamente las campanadas:

—Capitán, hoy mis vecinos me han encargado hablar en su nombre, porque cuando la gente piensa del mismo modo, con uno

solo que hable basta. Y aunque quizás hemos sido de distintas opiniones sobre muchas cosas, ya que a un hombre le gusta mover la mano de un modo y a su vecino de una manera diferente (y no se crea que con eso quiero hablar de los trabajos agrícolas de los demás), en lo que diré estoy seguro de que todos somos del mismo parecer con respecto a nuestro señor. Todos nosotros le conocimos cuando era pequeño y jamás hemos sabido de usted cosa alguna que no fuese buena y honorable. Habla y obra bien y nos alegra mucho pensar que llegará un día en que será nuestro señor, porque estamos seguros de que hará bien a todo el mundo y de que si puede evitarlo ningún hombre comerá el pan amargo. Eso es lo que quería decir y también lo que querían decir todos. Y cuando un hombre ha dicho lo que quería, lo mejor es que se calle, porque la cerveza no mejora mientras está en la jarra en espera de ser bebida. Y no voy a decir qué nos ha parecido la cerveza, porque no hemos querido bebería sin brindar antes a su salud. La comida ha sido excelente y si a alguien no le ha gustado es su problema. En cuanto a la presencia del señor rector, de sobra sabe él que en todas partes se le recibe lo mejor que se puede; y espero y esperamos todos que vivirá lo bastante para vernos envejecer a todos y a nuestros hijos convertidos en hombres y mujeres, así como a su señoría en padre de familia. Y no tengo nada más que decir con respecto a este día; bebamos, pues, a la salud de nuestro joven señor, y lancemos tres hurras.

Inmediatamente empezaron los gritos, el ruido de vasos, las exclamaciones repetidas; éstas resultan más agradables que la música más sublime a los oídos de quien recibe este tributo por primera vez. Arthur sintió un remordimiento mientras oía el discurso del señor Poyser, pero fue demasiado débil para anular el placer que sentía al oír tantos elogios. ¿Acaso no merecía en conjunto lo que acababan de decir de él? Tal vez había algo en su conducta que a Poyser no le habría gustado si lo hubiera sabido…, pues conviene tener en cuenta que ningún hombre, por justo que sea, puede resistir sin temor una inspección severa. Aunque Poyser, por otra parte, no debía de saberlo porque, en resumidas cuentas, ¿qué había hecho él? Quizás ir demasiado lejos en un flirteo, pero otro hombre, en su lugar, habría actuado mucho peor. No pasaría nada malo, no podía ocurrir ninguna desgracia, porque en cuanto

volviese a verse a solas con Hetty le diría que no debía pensar en serio en él o en cuanto había ocurrido. Ya comprenderá el lector que Arthur necesitaba sentirse satisfecho de sí mismo. Las ideas desagradables debían desaparecer para dejar sitio a sus buenas intenciones para el futuro, y pudo formar éstas con tanta rapidez que tuvo tiempo de sentirse inquieto y tranquilizarse antes de que el señor Poyser terminase su lento brindis y, cuando llegó la ocasión de contestar, en conjunto se sentía ya con el corazón libre de cualquier temor.

—Os doy las gracias a todos, mis queridos amigos y vecinos —dijo Arthur—, por la buena opinión que tenéis de mí y los buenos deseos que me ha expresado el señor Poyser en su nombre y en el vuestro; os aseguro que mi mayor deseo consistirá en merecerlos. En el curso natural de las cosas podemos esperar que, si vivo lo suficiente, un día u otro llegaré a ser vuestro señor, y en realidad, precisamente basándose en esta esperanza, mi abuelo ha deseado que celebrase este día para presentarme ante vosotros; y espero alcanzar esta posición no sólo para gozar del poder y de los placeres, sino como un medio de beneficiar a mis vecinos. Un hombre tan joven como yo no debería hablaros de labores agrícolas, puesto que me aventajáis por edad y por experiencia. Sin embargo, estos asuntos me han inspirado siempre gran interés y he procurado aprender cuanto me ha sido posible. Y en cuanto el curso de los acontecimientos ponga la propiedad en mis manos, mi primer deseo será dar a mis arrendatarios todo el aliento y todo el auxilio que puede proporcionarles un propietario, mejorando sus tierras y esforzándome en favorecer su economía doméstica. Desearé que mis buenos arrendatarios me consideren su mejor amigo y nada me hará tan feliz como respetar a todos los hombres de la propiedad y ser respetado, a mi vez, por ellos. No es hora de entrar en detalles, y así, me limito a corresponder a vuestros buenos deseos diciéndoos que mis propias esperanzas coinciden con ellos; que quiero realizar lo que esperáis de mí y que soy de la opinión del señor Poyser acerca de que cuando un hombre ha dicho lo que quería debe callarse; mas el placer que experimento ante vuestro brindis no sería perfecto si no bebiésemos también a la salud de mi abuelo, que para mí ha sido padre y madre a la vez. Y no diré más hasta que conmigo hayáis bebido a su salud en un día en que, por su

deseo, me presento ante vosotros como representante futuro de su nombre y de su familia.

Tal vez ninguno de los presentes, a excepción del señor Irwine, comprendió por completo y dio su aprobación al gracioso modo con que Arthur propuso un brindis a la salud de su abuelo. Los granjeros creían que el joven caballero conocía de sobra el odio que sentían por el viejo propietario, y la señora Poyser dijo «que era mejor no meneado». Los rústicos labriegos no comprenden con facilidad los refinamientos del buen gusto, pero no podían negarse a aquel brindis, y en cuanto todos hubieron bebido, Arthur añadió:

—Os doy las gracias, tanto en nombre de mi abuelo como en el mío propio. Y ahora quiero deciros otra cosa, porque deseo que compartáis el placer que eso me causa y espero que opinaréis lo mismo que yo. Estoy seguro de que ninguno de los que estamos aquí deja de tener una alta opinión de mi amigo Adam Bede. En toda esta vecindad es sabido que no existe otro hombre en cuya palabra se pueda confiar más que en la suya; que, cuando emprende algo, lo hace bien y cuida tanto de los intereses de quien le emplea como si fuesen suyos propios. Y me enorgullece decir que me encariñé con Adam en mi infancia y que nunca he olvidado mi amistad hacia él. Eso demuestra que sé reconocer a los hombres honrados. Durante largo tiempo deseé que se le confiara la administración de los bosques de la propiedad, que son muy valiosos. Y eso no sólo por la alta opinión que me merece su carácter, sino también porque posee los conocimientos y la habilidad que le hacen digno de tal puesto. Me complazco en deciros que es deseo de mi abuelo, y que ya está decidido, que Adam administre los bosques; este cambio, estoy seguro, resultará beneficioso para la propiedad. Y espero que ahora todos vosotros os uniréis a mí para beber a su salud, deseándole para esta vida todas las prosperidades que se merece.

»Pero aún hay otro amigo mío, más antiguo que Adam Bede, aquí presente, y no necesito deciros que es el señor Irwine. Estoy persuadido de que, como yo, opinaréis que no podemos beber a la salud de nadie sin haberlo hecho antes por la suya. Me consta que todos vosotros tenéis razones para quererle, pero ninguno de sus feligreses las tiene en tal número y de tal calidad como yo. Por consiguiente, llenad los vasos y bebamos por nuestro excelente

rector. ¡Tres veces hurra!

Este brindis fue acogido con el entusiasmo que faltó en el anterior, y sin duda el momento más pintoresco fue cuando el señor Irwine se levantó para hablar y se volvieron a él los rostros de todos. La superior elegancia de sus facciones era más notable que la de Arthur por contraste con las de los que le rodeaban. Arthur tenía un semblante típicamente inglés y más común, y su traje resplandeciente y a la última moda estaba más cerca del gusto de un joven granjero que del señor Irwine, que se empolvaba los cabellos y vestía traje negro, algo desgastado pero muy limpio, y que, al parecer, era el de las grandes solemnidades, pues aquel hombre tenía el misterioso secreto de no llevar nunca un traje que pareciese nuevo.

—No es la primera vez, ni mucho menos —dijo—, que he dado las gracias a mis feligreses por sus muestras de bondad y aprecio; pero la afabilidad entre vecinos figura entre las cosas más preciosas que pueden obtener los ancianos. En realidad, nuestra reunión de hoy es una prueba de que cuando lo bueno llega a la mayoría de edad y, al parecer, tiene larga vida por delante, hay razón para alegrarse; y la relación entre nosotros como clérigo y feligreses llegó a su mayoría de edad hace dos años, porque se han cumplido ya veintitrés desde que vine a vivir entre vosotros, y aquí veo a algún hombre alto y de agradable aspecto, y a algunas muchachas lozanas que no me miraron tan afectuosamente cuando las bauticé. Pero estoy seguro de que no os extrañará el hecho de que entre todos esos hombres jóvenes, el que mayor interés me inspira es el señor Arthur Donnithorne, a quien acabáis de expresar vuestros buenos deseos. Durante varios años tuve él placer de ser su profesor y, como es natural, gocé de más frecuentes oportunidades de conocerle de un modo íntimo que cualquiera de los presentes; y tengo cierto orgullo, así como siento un gran placer, al aseguraos que comparto vuestras esperanzas con respecto a él y vuestra confianza en su posesión de las cualidades que han de hacerle un excelente propietario en cuanto le llegue el tiempo de ocupar tan importante puesto entre vosotros. Tenemos iguales ideas acerca de los mismos asuntos; ya veis cómo un hombre que está próximo a los cincuenta puede coincidir con un joven de veintiún años, el cual acaba de expresar unos sentimientos que comparto con todo mi

corazón; no quiero, por lo tanto, perder la ocasión de manifestarlo. Y este sentimiento es su alta consideración y su respeto por Adam Bede. Como es sabido, todo el mundo se ocupa más de las personas que gozan de una posición elevada, y sus virtudes son más alabadas que las de aquellos cuya vida transcurre en un ambiente humilde; mas todo hombre de buen sentido sabe la importancia que tienen estos trabajos y estas vidas humildes y qué buenos son los resultados cuando cada una de ellas realiza debidamente su trabajo. Y estoy conforme con mi amigo, el señor Arthur Donnithorne, en creer que cuando un hombre entregado a estos trabajos modestos demuestra tener un carácter que le haría ejemplar en cualquier situación que ocupase, es preciso reconocer su mérito. Es uno de aquellos hombres a quienes hay que honrar y sus amigos deberían estar complacidos. Conozco bien a Adam Bede, me consta que es buen obrero, así como un hijo y un hermano excelente, y enuncio una verdad sencillísima al decir que le respeto cuanto puedo respetar a un hombre. Pero no os hablo de ningún desconocido. Algunos de vosotros sois sus íntimos amigos y creo que no hay aquí quien no le conozca bastante para no brindar con gusto a su salud.

En cuanto se interrumpió el señor Irwine se levantó Arthur y, llenando su vaso, dijo:

—¡Bebamos por Adam Bede y que viva lo suficiente para tener hijos tan fieles y tan inteligentes como él mismo!

Ninguno de los oyentes, ni siquiera Barde Massey, se entusiasmó tanto como el señor Poyser al oír este brindis. Aun cuando le había costado lo indecible pronunciar su discurso, habría empezado otro si no hubiese comprendido la inconveniencia de semejante iniciativa; de todos modos exteriorizó sus sentimientos bebiendo la cerveza con desacostumbrada rapidez y dejando caer el vaso sobre la mesa con fuerza. Si Jonathan Burge y otros experimentaron algún disgusto, se esforzaron en aparentar satisfacción; el brindis fue, al parecer, unánime y cordial.

Adam estaba más pálido que de costumbre cuando se levantó para dar las gracias a sus amigos. Aquel tributo público le había conmovido, cosa muy natural puesto que se hallaba en presencia de todo su pequeño mundo, unido en aquellos momentos para honrarle. No sentía ninguna timidez ante la necesidad de hablar, ni tampoco le turbaba la vanidad ni la falta de palabras. Se puso en

pie y permaneció erguido como de costumbre, con la cabeza algo echada hacia atrás y las manos inmóviles, dando muestras de la ruda dignidad peculiar de los obreros inteligentes, honrados y bien constituidos, que nunca se preocupan de saber cuál es su papel en el mundo.

—Me ha cogido por sorpresa —dijo—. No esperaba nada semejante, y esto excede en mucho mis más optimistas expectativas. Pero tengo grandes razones para estarle agradecido, capitán, y a usted también, señor Irwine, así como a todos mis amigos presentes, por haber bebido a mi salud, deseándome toda clase de bienes. Sería una tontería decir que no merezco la opinión que tenéis de mí. Agradecería muy mal vuestra bondad si dijese que me conocéis desde hace años y que todavía no sabéis nada de mí. Todos sabéis perfectamente que si me encargo de un trabajo lo hago a conciencia, tanto si me lo pagan bien como si no. Me avergonzaría de permanecer ante vosotros si no fuese verdad. Pero creo que es lo que un hombre debe hacer y por lo tanto no hay que jactarse de ello. Por esta razón estoy convencido de que nunca he hecho otra cosa sino cumplir con mi deber; y hagamos lo que hagamos, siempre haremos uso del espíritu y de las facultades que nos han sido otorgadas. Y así vuestra bondad no es ninguna deuda hacia mí, sino un don gratuito, y por esta razón lo acepto y os lo agradezco. En cuanto a este nuevo empleo que he aceptado os diré que no he hecho más que conformarme con los deseos del capitán Donnithorne y que me esforzaré en cumplir sus expectativas. Nada me contentará más que trabajar a sus órdenes y el saber que, al mismo tiempo que me gano el pan, cuido de sus intereses. Creo que es uno de los caballeros que desean obrar bien y dejar el mundo algo mejor de como lo encontraron; opino que todo el mundo debería intentar lo mismo, tanto si es noble como si pertenece al pueblo, y tanto si proporciona el dinero necesario para emprender una obra importante como si ejecuta el trabajo con sus propias manos. No es éste el momento de hablaros más de lo que siento por él, pues espero demostrarlo con mis actos el resto de mi vida.

Hubo diversidad de opiniones acerca del discurso de Adam; algunas mujeres murmuraron que no se había mostrado lo bastante agradecido y que había hablado con mucho orgullo; pero la mayor parte de los hombres dijeron que nadie habría sido capaz de hablar

con más entereza y que Adam era un excelente muchacho. Mientras se cruzaban tales observaciones y se preguntaban mutuamente qué haría el viejo caballero con el mayordomo y si por fin contrataría a un administrador, se levantaron los dos caballeros y fueron hacia la mesa de las mujeres y los niños. Allí, por supuesto, no se había servido cerveza fuerte, sino los postres, vino dulce de grosellas para los niños y excelente jerez para las mujeres. La señora Poyser ocupaba la presidencia de la mesa y Totty se sentaba en su regazo, metiendo su naricita en un vaso de vino en busca de las nueces que flotaban en él.

—¿Cómo está, señora Poyser? —preguntó Arthur—. Supongo que habrá disfrutado del estupendo brindis de su esposo.

—¡Oh, señor! Los hombres tienen la lengua muy torpe y casi es preciso adivinar lo que quieren decir, como con los niños que empiezan a hablar.

—¿Cómo? ¿Acaso cree que usted habría hablado mejor en su lugar, señora Poyser? —preguntó riéndose el señor Irwine.

—Gracias a Dios, señor, cuando quiero decir algo encuentro las palabras apropiadas, y no por eso censuro a mi marido, porque si bien es hombre de pocas palabras, sostiene lo que dice.

—Con toda seguridad nunca he visto reunión más agradable que la de hoy —observó Arthur mirando a su alrededor a los niños de mejillas sonrosadas—. Mi tía y la señorita Irwine subirán a veros dentro de un rato. Temían el ruido de los brindis, pero sería una vergüenza que no os viesen sentados a la mesa.

Arthur continuó hablando con las madres y acariciando a los niños, mientras que el señor Irwine se limitaba a saludar a distancia para que nadie apartase su atención del joven caballero que era el héroe de aquel día. Arthur no se atrevió a detenerse cerca de Hetty y se limitó a saludarla con un movimiento de cabeza al pasar frente a ella. Aquella tonta sintió que su corazón se llenaba de descontento, porque ¿qué mujer queda satisfecha ante un desdén fingido, aun cuando sepa que es la máscara del amor? Hetty pensó que pasaría un día de lo más desagradable; por un momento la luz de la verdad iluminó sus sueños. El mismo Arthur que pocas horas antes le había parecido tan cercano, estaba entonces muy lejos, igual que el héroe de una gran procesión queda separado de un insignificante espectador confundido entre la multitud.

# XXV

## Los juegos

El gran baile no debía empezar hasta las ocho de la noche, aunque para los jóvenes y las muchachas que quisieran bailar en el sombreado césped no faltaba la música en ningún momento. ¿Acaso la banda del Club Benéfico no era capaz de tocar jigas, contradanzas y bailes en general? Además había una gran banda contratada en Rosseter, que gracias a sus maravillosos instrumentos de viento y a lo mucho que los músicos hinchaban las mejillas, constituía una diversión extraordinaria para los niños y las niñas. Sin hablar del violín de Joshua Rann, que con generosa previsión había traído consigo su instrumento para el caso de que alguien tuviese el buen gusto de preferir un baile ejecutado por él solo.

Mientras tanto, cuando el sol abandonó el espacio descubierto frente a la casa, empezaron los juegos. Había por supuesto cucañas bien enjabonadas, para que los jóvenes y los muchachos se encaramasen por ellas, carreras de viejas, carreras de sacos, pesos para que los levantasen los hombres fornidos, y una larga lista de pruebas como, por ejemplo, recorrer el mayor número de metros posible saltando sobre un solo pie; en todos aquellos ejercicios Wiry Ben resultó ser el más hábil de toda la comarca. Y como fin de fiesta había una carrera de burros, la más sublime de todas las carreras, basada en la gran idea socialista de que todos hicieran correr a sus respectivos animales para dar el premio al asno que corriese menos.

Poco después de las cuatro, la magnífica y anciana señora Irwine, vestida con su traje de damasco adornado con encajes y joyas, apareció acompañada por Arthur y seguida por toda la familia de la mansión para ocupar el sillón elevado que se había

dispuesto bajo la carpa de tela a rayas y desde donde iba a entregar los premios a los vencedores. La tristona y severa señorita Lydia había solicitado designar tan regio cometido a aquella anciana y majestuosa señora, y Arthur aprovechó esta oportunidad para satisfacer la afición de su madrina a representar papeles distinguidos. El viejo señor Donnithorne, limpio, perfumado y arrugado, acompañó a la señora Irwine con su ácida y meticulosa cortesía. El señor Gawaine dio el brazo a la señorita Lydia, que vestía un traje muy elegante de seda de color rosado; y la pálida Anne Irwine pasó en último lugar, conducida por su hermano. No había sido invitado ningún amigo de la familia, aparte del señor Gawaine. Al día siguiente se celebraría una gran comida para los notables de la región, pero aquel día se necesitaban todas las fuerzas para divertir a los arrendatarios.

En frente de la carpa había una zanja que dividía el prado del parque, pero se tendió un puente para dejar paso a los vencedores, y los grupos de invitados permanecieron en pie, sentados en bancos o repartidos a ambos lados del espacio libre, desde las carpas blancas hasta la zanja.

—La verdad es que es un bonito espectáculo —dijo la anciana señora con su voz profunda en cuanto estuvo sentada, y contempló la brillante escena que destacaba sobre un fondo verde oscuro—. Es muy probable que ésta sea la última fiesta a la que vaya, a no ser que te apresures a casarte, Arthur. Pero cuida de conquistar a una esposa encantadora, porque de lo contrario me moriré sin verla.

—Es usted muy exigente, madrina —dijo Arthur—, y estoy seguro de que mi elección no la contentará.

—No te perdonaré si no es bonita y no admitiré como excusa el hecho de que sea una muchacha buena, porque éste es el argumento que se aduce siempre con una persona vulgar. Tampoco ha de ser tonta, porque necesitarás que te dirija a ti y eso no podría hacerlo ninguna mujer estúpida. Oye, Dauphin, ¿quién es ese muchacho alto de rostro tan bondadoso? Ese que va con la cabeza descubierta y que parece cuidar mucho de aquella mujer alta que tiene al lado. Sin duda es su madre. Esto es evidente.

—¿No lo conoce, madre? —preguntó el señor Irwine—. Es Seth Bede, el hermano de Adam. Un metodista, pero muy buen muchacho. El pobre Seth ha pasado una mala temporada, creo que

a causa de la desgraciada muerte de su padre; además Joshua Rann me ha dicho que quería casarse con aquella hermosa predicadora metodista que estaba aquí hace un mes, y supongo que ella lo rechazó.

—Recuerdo haber oído hablar de esa joven. Pero aquí hay muchas personas desconocidas para mí; han crecido tanto desde los tiempos en que las trataba.

—¡Qué vista tan excelente tiene! —exclamó el anciano señor Donnithorne, que sostenía ante sus ojos un binóculo—. No comprendo cómo puede ver a tanta distancia la expresión del rostro de ese joven. Para mí no es más que una mancha confusa. En cambio seguro que la aventajo cuando haya que mirar de cerca, pues soy capaz de leer sin lentes los caracteres impresos más pequeños.

—¡Ah, mi querido señor! Usted empezó siendo muy miope y los que tienen ese defecto conservan mejor la vista. Yo, en cambio, para leer necesito cristales muy gruesos, aunque mis ojos ven con toda perfección las cosas distantes. Si pudiese vivir cincuenta años más, llegaría a ser ciega para todo aquello que no estuviese fuera del alcance de la vista de los demás, igual que un hombre que está dentro de un pozo y que no puede ver otra cosa que las estrellas.

—Mirad —dijo Arthur—, todas las viejas están ya dispuestas a emprender la carrera—. ¿Por quién apuesta usted, Gawaine?

—Por esa de largas piernas, aunque quizá obtenga la victoria esa otra que parece hecha de alambres.

—Hacia la derecha están los Poyser y no muy lejos —dijo la señorita Irwine—. La señora Poyser le está mirando ahora. Demuéstrele que la ha visto.

—Con mucho gusto —dijo la anciana dama saludando muy amable a la señora Poyser—. Una mujer que me obsequia con tan excelentes quesos, es merecedora de mis atenciones. ¡Dios mío, qué criatura tan gorda tiene en las rodillas! ¿Y quién es esa hermosa muchacha de ojos negros?

—Hetty Sorrel —contestó la señorita Lydia Donnithorne—. Es sobrina de Martin Poyser; una muchacha muy joven y bien parecida. Mi doncella le ha enseñado algunas labores de aguja y últimamente remendó unos encajes míos de un modo muy aceptable.

—Hace ya seis o siete años que vive con los Poyser, madre. Sin duda la ha visto alguna vez —observó la señorita Irwine.

—No, aún no la conocía, hija. Por lo menos como es ahora —dijo la señora Irwine sin dejar de mirar a Hetty—. Es muy guapa. Una belleza perfecta. Desde mi juventud no había visto a una joven tan hermosa. ¡Qué lástima que esa belleza deba ser entregada a los granjeros, cuando tan necesaria sería en una buena familia sin fortuna! En cambio, la pobre se casará con un hombre que no la considerará más hermosa que si tuviese los ojos redondos y el pelo rojo.

Arthur no se atrevió a volver los ojos hacia Hetty mientras hablaba de ella la señora Irwine. Fingió no oír nada y estar ocupado en algo en el otro lado. Pero veía muy bien, aun sin mirar; al oír cómo alababan su belleza, vio a la joven más bella que nunca, porque la opinión de otras personas era el aire en el que mejor crecían los sentimientos de Arthur. Sí. Aquella muchacha era capaz de hacer perder la cabeza a cualquier hombre, y cualquier otro que se hubiera encontrado en su lugar habría sentido lo mismo que él. De este modo, estar dispuesto a dejarla, como había decidido, sería un acto que siempre recordaría con orgullo.

—No, madre —dijo el señor Irwine contestando a sus palabras—. En eso no estoy conforme con usted. La gente del pueblo no es tan tonta como se figura. El hombre más vulgar, si posee un gramo de buen sentido y de sentimientos, advierte muy bien la diferencia que existe entre una mujer delicada y otra ordinaria. Incluso un perro distingue esa diferencia. Tal vez el hombre no sea capaz de explicar la influencia que esa belleza más refinada ejerce sobre él; pero la siente.

—¡Dios mío! ¡Dauphin! ¿Cómo puede ser que un soltero como tú sepa todas esas cosas?

—Precisamente en estos asuntos los solteros somos más sabios que los casados, porque tenemos más ocasiones de examinar el asunto de un modo general. Así en la crítica de la mujer no influye el hecho de que una de ellas le pertenece. Como ejemplo de lo que digo, aquella hermosa predicadora metodista que mencionaba hace poco, me dijo que había predicado a los más rudos mineros y éstos siempre la trataron con gran respeto y simpatía. La razón es, aunque quizás ella la desconozca, que ella misma posee grandes

cantidades de ternura, refinamiento y pureza. Y ni siquiera los individuos más rudos dejan de sentir la influencia distinguida y refinada de semejante mujer.

—Aquí viene una muchachota a recibir el premio —dijo el señor Gawaine—. Debe de haber tomado parte en la carrera de sacos que se ha celebrado antes de nuestra llegada.

Aquella muchachota era nuestra antigua conocida Bessy Cranage, llamada también Bess Chad, cuyas grandes mejillas rojas habían sido objeto de una exageración de color tal que si se tratara de un cuerpo celestial la habría hecho sublime. Bessy, lamento mucho decirlo, se había puesto de nuevo los pendientes tras la marcha de Dinah y se había acicalado con todos los lujos que estaban a su alcance. Cualquiera que hubiese podido encaminar el corazoncito de Bessy hubiera visto que se parecía mucho al de Hetty en sus esperanzas y en sus ansiedades, aunque quizás la ventaja habría estado del lado de Bess por lo que se refiere a los sentimientos. En cambio no se podía negar que, en apariencia al menos, eran muy distintas. El lector podría verse inclinado a dar un buen tirón de orejas a Bessy, y, en cambio, con gusto hubiese besado las de Hetty.

Bessy se había visto tentada a participar en la difícil carrera, en parte por alegre atrevimiento y en parte para conseguir el premio. Alguien había dicho que los premios consistían en abrigos y otras prendas de ropa excelentes, y cuando se acercó a la tienda abanicándose con el pañuelo, sus ojos redondos brillaban de entusiasmo.

—Aquí está el premio para la primera carrera de sacos —dijo la señorita Lydia tomando un gran paquete de la mesa en la que estaban dispuestos los premios y dándoselo al señor Irwine antes de la llegada de Bessy—. Es una excelente bata de sayal y una pieza de franela.

—Supongo que no se te ocurriría, tía, que la vencedora sería tan joven —observó Arthur—. ¿No podrías encontrar otra cosa para esa muchacha y guardar esa bata horrible para una mujer de más años?

—Yo solamente he comprado cosas útiles y de abrigo —replicó la señorita Lydia mientras arreglaba sus encajes—. No creo conveniente estimular el amor al lujo en las jóvenes de esta clase. Aquí tengo una capa de color rojo, pero es para la vieja que obtenga

la victoria.

Este lenguaje en boca de la señorita Lydia hizo asomar una expresión burlona al rostro de la señora Irwine mientras miraba a Arthur; Bessy se acercó y empezó a hacer reverencias.

—Esta niña es Bessy Cranage, madre —dijo el señor Irwine con acento bondadoso—. Es la hija de Chad Cranage. Supongo que recordará a Chad Cranage el herrero.

—Claro que sí —contestó la señora Irwine—. Bien, Bessy; aquí tienes tu premio. Son cosas calientes para este invierno. Estoy segura de que te ha costado mucho alcanzar la victoria en un día tan caluroso.

Cuando Bess vio la horrible bata, que además resultaba demasiado abrigada para aquel día de julio, se le cayó el alma a los pies. Volvió a hacer algunas reverencias sin levantar los ojos, aunque le temblaban las comisuras de la boca, y luego se alejó.

—¡Pobre muchacha! —dijo Arthur—. Ha sufrido una gran decepción. ¡Ojalá tuviésemos algo más de su gusto!

—Parece una muchacha muy atrevida —observó la señorita Lydia—. Por mi parte no tengo ningunas ganas de complacerle.

Arthur decidió en silencio hacer a Bess un regalo en dinero antes de que terminase el día, a fin de que se comprase algo que le gustase más; pero ella, que ignoraba el consuelo de que sería objeto, salió del espacio abierto donde podían verla desde la carpa, y después de arrojar el lío de ropa al pie de un árbol, empezó a llorar entre las risas burlonas de otras muchachas. En esa situación la encontró su discreta prima mayor, que no había perdido el tiempo en acudir a la fiesta después de confiar el niño a su marido.

—¿Qué te pasa? —dijo la matrona Bess tomando el lío y examinándolo—. Seguro que has tomado parte en la carrera y como premio te han dado una excelente ropa de lana que ya podían haber reservado para la gente sensata. Podrías darme un poco de esta tela para hacer vestidos al niño. Sé que lo harás, Bessy, porque eres una buena muchacha.

—Te lo regalo todo —contestó la joven Bessy desdeñosamente y limpiándose las lágrimas.

—Ya que no lo quieres, lo acepto —dijo la desinteresada prima, que se alejó con el lío de ropa para que la muchacha no cambiase de opinión.

Pero aquella joven robusta estaba dotada de una gran elasticidad espiritual que le impedía entregarse por mucho rato al dolor, de modo que en cuanto se dispusieron a celebrar la carrera de burros, su desencanto se desvaneció pensando en la deliciosa excitación que le produciría estimular a aquellos animales con sus silbidos, mientras los muchachos los azuzaban con sus garrotes. Pero ya es sabido que la mente asnal tiene la facultad de adoptar una línea de conducta que se halla en relación inversa de los argumentos utilizados; lo cual, si se piensa, exige un gran vigor mental en tales animalitos; y así, el primer burro demostró una gran inteligencia quedándose clavado en el suelo cuando empezaron a llover los palos sobre su cuerpo, tan contundentes como el granizo. Grandes eran los gritos de la multitud y radiante la sonrisa de Bill Downes, el aserrador de piedra y jinete de aquel magnífico animal, que permanecía tranquilo y con las piernas rígidas en medio de su triunfo.

Arthur, que se había encargado personalmente de comprar los premios para los hombres, hizo feliz a Bill regalándole un magnífico cortaplumas con hojas y accesorios suficientes para ser de utilidad a un hombre que se hallara en una isla desierta. Apenas salió de la tienda llevando el premio en la mano cuando se supo que Wiry Ben proponía divertir a todo el mundo, antes de que los nobles invitados fuesen a cenar, con un ejercicio improvisado y gratuito, es decir, un baile del que tal vez no le correspondiese la paternidad, pero que ejecutó de un modo tan complicado y original que nadie pudo negarle el aplauso. El orgullo que Wiry Ben sentía por su habilidad como bailarín —habilidad que siempre producía gran efecto en la verbena anual— sólo necesitaba para asomar a la superficie mayor cantidad de buena cerveza. En ese momento estaba convencido de que el noble auditorio se quedaría asombrado al contemplar sus habilidades; además Joshua Rann le alentó aduciendo que convenía hacer algo para complacer al joven caballero y recompensarle de cuanto había hecho por ellos. Y el lector se sorprenderá menos de que tan grave personaje tuviese esa opinión cuando sepa que Ben había rogado al señor Rann que le acompañase con su violín; Joshua tenía la certeza de que aun en el caso de que el baile no fuese notable, ello quedaría muy bien compensado por la música. Adam Bede, que se hallaba en una de las grandes carpas donde se

discutía este plan, pidió a Ben que no hiciese tonterías, pero esta observación sirvió para decidir más a Ben, que no quería dejar de hacer algo por la única razón de que Adam Bede no estuviese conforme.

—¿Qué es eso? —observó el viejo señor Donnithorne—. ¿Lo has organizado tú, Arthur? Ahí va el sacristán con su violín y un individuo muy ágil con un ramo de flores en el ojal.

—No —contestó Arthur—; no tengo ni idea. ¡Caramba! ¡Va a bailar! Es uno de los carpinteros… No recuerdo su nombre.

—Es Ben Cranage, y le llaman Wiry Ben —contestó el señor Irwine—. Un individuo algo travieso. Querida Anne, ya veo que estás cansada. Permíteme que te acompañe para que descanses un poco antes de cenar.

La señorita Anne estuvo conforme y se levantó; su buen hermano se la llevó mientras Joshua empezaba a tocar los primeros acordes del aria «La escarapela blanca», desde los que, a través de una serie de transiciones, pensaba poder pasar a una variedad de tonadas ejecutadas con excelente oído y bastante habilidad. Y le habría exasperado mucho saber que la atención general estaba fija en las habilidades coreográficas de Ben y que casi nadie hacía caso de la música.

No sé si el lector habrá visto alguna vez a un campesino inglés ejecutar una danza. Es posible que haya visto bailar a algún artista disfrazado de campesino, que realiza graciosos movimientos con las caderas y la cabeza. Pero eso no es más que una mala imitación. Wiry Ben bailaba muy serio, como si fuese un filósofo que experimenta la cantidad de movimientos raros que pueden ejecutar los miembros humanos.

Para acallar la risotada general que provenía de la carpa a rayas, Arthur aplaudía sin cesar y exclamaba: «¡Bravo!». Pero Ben tenía un admirador cuyos ojos seguían sus movimientos con tanta gravedad como la suya propia al ejecutarlos. Era Martin Poyser, que estaba sentado en un banco con su hijo Tommy entre las rodillas.

—¿Qué te parece eso? —preguntaba a su mujer—. Baila tan al compás de la música como si fuese una pieza de relojería. Cuando era más ligero bailaba bastante bien, pero nunca llegué a hacerlo como ese muchacho.

—Si baila así no es porque sus miembros sean ágiles, sino

porque no tiene nada en la cabeza —contestó la señora Poyser—. De lo contrario nunca habría tenido el impulso de hacer de saltamontes delante de los señores, que se ríen de él con toda su alma.

—Pues mucho mejor si se divierten —contestó el señor Poyser, que era algo lento en advertir el lado ridículo da las cosas—. Pero parece que ahora se marchan a cenar. Vamos a ver qué hace Adam Bede. Está encargado de vigilar las bebidas y cosas por el estilo. Y creo que el pobre no va a divertirse mucho.

# XXVI

## El baile

Arthur había elegido el vestíbulo principal como sala de baile, y había acertado, porque ninguna otra estancia era tan espaciosa ni gozaba de la ventaja de que sus puertas diesen al jardín; además ninguna tenía tan fácil acceso desde las demás habitaciones. En realidad, el suelo de piedra no era apropiado para bailar, pero los danzarines estaban acostumbrados a bailar en Navidad sobre las losas de la cocina. Era uno de esos vestíbulos que hacen parecer armarios a las habitaciones que desembocan en ellos, y que están adornados con ángeles de estuco, con trompetas y guirnaldas de flores en el alto techo, así como por grandes medallones y distintos héroes en las paredes, alternando con algunas estatuas metidas en hornacinas. Es decir, un lugar muy apropiado para colocar grandes ramas de verde, y el señor Craig tuvo así ocasión de lucir su buen gusto y sus maravillosas plantas de estufa. Los anchos peldaños de la escalera de piedra estaban cubiertos de almohadones para que sirvieran de asiento a los niños que habían de presenciar el baile hasta las nueve y media, vigilados por las doncellas; y como la fiesta estaba reservada para los principales arrendatarios, el espacio disponible era suficiente. Grandes lámparas de papel de colores colgaban entre guirnaldas de vegetación e iluminaban el vestíbulo. Cuando las esposas y las hijas de los agricultores se asomaron a aquel lugar, creyeron que no era posible una esplendidez mayor y se imaginaron cómo serían las habitaciones del rey y de la reina. Al pensar en los primos y conocidos que quedaban fuera se apenaron al advertir que no tendrían esa ocasión de ver cómo marchaban las cosas en el gran mundo. Aunque el sol no se había puesto aún, las

lámparas estaban ya encendidas, y en el exterior reinaba aquella luz suave que permite ver los objetos con mayor claridad que en pleno día.

Alrededor de la casa se desarrollaba una escena muy agradable. Los granjeros y sus familias paseaban por el césped, entre las flores y los arbustos, o por el ancho camino que nacía en la fachada este; a ambos lados del camino se extendía una faja de musgo interrumpida de vez en cuando por algún cedro de ancha copa o por algún gran abeto piramidal que dirigía sus ramas hacia el suelo. Poco a poco iban desapareciendo del jardín los grupos de aldeanos; los jóvenes eran atraídos por las luces que empezaban a resplandecer en las ventanas de la galería de la abadía destinada a sala de baile para ellos, y algunos de los mayores creían ya llegada la ocasión de volver a casa. Entre estos últimos figuraba Lisbeth Bede, y Seth la acompañó, no sólo impulsado por el amor filial, sino porque su conciencia no le habría permitido tomar parte en el baile. Para Seth aquel día había resultado muy melancólico; nunca había tenido más presente a Dinah que en aquella fiesta, donde nada se le parecía. Cuanto más miraba a los rostros frívolos de las muchachas vestidas de alegres colores, más vivamente la veía a ella, igual que la belleza y la grandeza de una Virgen se siente más intensamente cuando nos la ha ocultado una figura vulgar por un momento.

Pero la presencia de Dinah en su mente sólo servía para soportar mejor el humor de su madre, que a última hora se mostró más inquieta que nunca. La pobre Lisbeth sufría a causa de una extraña lucha de sensaciones. La alegría y el orgullo que había sentido al enterarse del honor tributado a su querido hijo Adam, empezaban a ceder bajo el peso de los celos y la inquietud, que se acentuaron cuando Adam fue a decirle que el capitán deseaba que se quedase al baile. Veía a Adam alejarse de ella por momentos, y Lisbeth llegó a desear sus antiguas penas, pues entonces el joven parecía preocuparse más por su madre.

—Eso de tomar parte en un baile no me parece bien —dijo— cuando tu padre apenas hace cinco semanas que fue enterrado.

—No pienses así, madre —dijo Adam procurando ser cariñoso ese día—. Yo no bailaré, me limitaré a asistir a la fiesta. Pero como el capitán desea que me quede, parecería un desaire no acceder. Y ya sabes cómo se ha portado hoy conmigo.

—Bueno. Haz lo que quieras, tu madre no tiene el derecho de inmiscuirse en tu vida. Ahora yo soy una vieja y tú empiezas a abandonarme en busca del sol que más calienta.

—Bueno, madre. Voy a decir al capitán que no quieres que me quede y que me permita volver a casa. Creo que no lo tomará a mal —dijo con esfuerzo, pues en realidad deseaba estar aquella noche cerca de Hetty.

—No quiero que hagas eso, el joven caballero podría enfadarse. Haz lo que te ha mandado, y Seth y yo nos iremos a casa. Comprendo que es un gran honor que te consideren así. ¿Y quién puede estar más orgullosa que tu madre? ¿Acaso no te he criado yo?

—Pues bien, adiós, madre. Adiós, muchacho. Acuérdate de Gyp cuando llegues a casa —dijo Adam volviéndose hacia la puerta que conducía al espacio destinado a los juegos con objeto de reunirse con los Poyser; había estado tan ocupado durante toda la tarde que no tuvo tiempo de hablar con Hetty.

Pronto sus ojos distinguieron un grupo distante y supo que era el que buscaba. Y como aquel grupo regresaba entonces hacia la casa, se apresuró a reunirse con él.

—¡Hola, Adam! Me alegro mucho de volver a verle —dijo el señor Poyser, que llevaba a Totty en brazos—. Ahora que ha terminado el trabajo deseará divertirse un poco. Hetty ha comprometido ya muchísimos bailes y yo le he preguntado si había hablado con usted sobre el asunto.

—El caso es que no quería bailar esta noche —contestó Adam, que en cuanto miró a Hetty estuvo tentado a cambiar de intención.

—¡Tonterías! —exclamó el señor Poyser—. Tenga en cuenta que esta noche va a bailar todo el mundo, a excepción del viejo caballero y de la señora Irwine. La señora Best nos ha dicho que la señorita Irwine y la señorita Lydia bailarán también y que el joven caballero lo hará en primer lugar con mi esposa, para inaugurar el baile. Así que ella se verá obligada a bailar, aunque no lo ha hecho desde la Navidad anterior al nacimiento de la niña. Por tanto, Adam, usted que es un muchacho joven y guapo, no debe daros vergüenza sino que tiene que bailar como todos los demás.

—Claro —dijo la señora Poyser—. No sería bien visto. Me consta que el baile es una tontería; pero si nos abstenemos de hacer

muchas cosas por ser tonterías, apenas podríamos disfrutar en este mundo.

Cuando el caldo está servido conviene bebérselo, porque si no se enfría.

—En tal caso, si Hetty quisiera bailar conmigo —dijo Adam, conformándose con el argumento de la señora Poyser o cediendo a otro impulso—, bailaría con ella los bailes que tenga libres.

—No tengo pareja para el cuarto baile —dijo Hetty—. De modo que, si quiere, podemos bailarlo.

—Pero debería bailar el primer baile —dijo el señor Poyser—, porque de lo contrario llamará la atención de todo el mundo. Hay multitud de muchachas entre quienes elegir, y no olvidemos que a ellas no les gusta ver a los hombres sin bailar y en un rincón.

Adam, convencido de la justicia de la observación del señor Poyser, se dijo también que no sería conveniente no bailar con nadie más que con Hetty; y recordando que Jonathan Burge tenía aquel día algunos motivos para estar resentido, resolvió invitar a la señorita Mary a bailar el primer baile, en caso de que no estuviera comprometida.

—Están dando las ocho en el reloj —dijo el señor Poyser—. Así que hemos de apresurarnos para que el caballero y las damas no lleguen antes que nosotros; eso no estaría bien.

En cuanto entraron en el vestíbulo y los tres niños se hubieron sentado en los escalones al cuidado de Molly, se abrieron las puertas de la sala y entró Arthur vestido de uniforme y acompañado de la señora Irwine. Condujo a la dama a un estrado provisto de dosel y adornado con plantas de estufa, donde ella y la señorita Anne habían de sentarse en compañía del anciano señor Donnithorne para contemplar el baile como hacen los reyes y las reinas de las comedias. Arthur se vistió de uniforme para complacer, según dijo, a los arrendatarios, quienes opinaban que su grado militar era un camino para alcanzar mayores dignidades. Y no tenía inconveniente alguno en complacerlos, porque en realidad el uniforme le sentaba muy bien.

Antes de sentarse, el anciano caballero recorrió el vestíbulo para saludar a los arrendatarios y dirigir palabras amables a sus mujeres. Siempre era muy cortés, pero tras largas reflexiones, los agricultores habían descubierto que aquella cortesía era uno de los indicios de la

dureza de su corazón. Se observó que aquella noche se mostraba particularmente afable con la señora Poyser, a quien preguntó por su salud, recomendándole que se fortaleciera por medio del agua fría y evitando tomar medicinas. La señora Poyser le hizo una reverencia y le dio las gracias con un gran dominio de sí misma; pero en cuanto se hubo alejado murmuró a oídos de su marido: «Me apostaría la cabeza a que nos prepara alguna jugarreta. El viejo Harry no menea nunca el rabo sin tener motivos». El señor Poyser no tuvo tiempo de contestar, porque en ese momento se acercó Arthur y dijo:

—Señora Poyser, vengo a rogarle el favor de que me conceda este primer baile; y usted, señor Poyser, vaya a invitar a mi tía, porque le reclama como pareja.

Las pálidas mejillas de la mujer se ruborizaron al notar el honor de que era objeto, mientras Arthur la conducía a un extremo de la estancia; pero el señor Poyser, a quien una jarra de más le había devuelto su juvenil confianza en su aspecto y en su habilidad como bailarín, les acompañó, muy orgulloso, elogiándose en secreto y persuadido de que la señorita Lydia en toda su vida tendría una pareja como él, capaz de levantarla del suelo tantas veces como quisiera. A fin de equilibrar los honores entre las dos parroquias, la señorita Irwine bailó con Luke Britton, el granjero más importante de Broxton, y el señor Gawaine lo hizo con la señorita Britton. El señor Irwine, después de dejar a su hermana Anne descansando, fue a la galería de la abadía, según había convenido con Arthur, para ver cómo iba la alegría de los demás invitados. Mientras tanto, en el vestíbulo las otras parejas menos distinguidas ocupaban sus puestos respectivos. Hetty fue invitada por el inevitable señor Craig, y Mary Burge por Adam; entonces sonaron los primeros acordes de la extraordinaria contradanza, que es el mejor de todos los bailes.

¡Qué lástima que el suelo no fuese de madera! En ese caso los gruesos zapatos de los presentes al compás de la música habrían resonado mejor que muchos tambores juntos. ¿Dónde podríamos contemplar en nuestros días aquel alegre pataleo, aquellos graciosos movimientos de cabeza, la gracia ondulante de las manos que se ofrecían? Aquel baile sencillo de honradas matronas que, por espacio de una hora, olvidaban el cuidado de la casa y de la lechería; que recordaban, pero no fingían la juventud perdida; que

no estaban celosas, sino, por el contrario, orgullosas de las jovencitas que tenían a su lado; aquella alegría de los graves maridos, que dirigían pequeños cumplidos a sus esposas, como si hubiesen vuelto los días en que las cortejaban; aquellos jóvenes y aquellas muchachas algo confusos y tímidos con sus respectivas parejas, que no tenían nada que decirse; todo aquello sería algo muy agradable de ver ahora, en vez de los corpiños escotados y las largas faldas, de las miradas que se fijan en los trajes y de los hombres indolentes de botas de charol que sonríen con doble intención.

En aquel baile sólo una cosa molestaba a Martin Poyser, y era que siempre se tropezaba con Luke Britton, aquel estúpido granjero. Pensó en dirigirle una mirada fría al pasar por delante de él, pero como tenía en frente a la señorita Irwine y no al desagradable Luke, se abstuvo para no molestar a la pobre señorita. Así que se entregó a la hilaridad, sin pensar en la conveniencia de su conducta.

¡Cómo latía el corazón de Hetty mientras Arthur se acercaba a ella! Aquel día apenas la había mirado, pero ahora debería tomarle la mano. ¿Se la estrecharía? ¿Fijaría los ojos en ella? Estaba segura de que se echaría a llorar si él no le daba ninguna muestra de cariño. Ya había llegado. Le tomó la mano… y se la estrechó. Hetty palideció al mirarle por un instante y al encontrar sus ojos antes de empezar a bailar. Aquella pálida mirada causó a Arthur un dolor apagado, aunque no tuvo más remedio que bailar, sonreír y bromear como si nada ocurriese. La misma cara pondría Hetty cuando le dijera lo que había decidido comunicarle; y él no podría soportarlo otra vez, y cometería la tontería de abandonarse de nuevo a aquella pasión. En realidad, las miradas de Hetty no tenían tanto significado como él se figuraba. Sólo eran la señal de una lucha entre el deseo de que él se fijara en ella y el temor de que otros lo advirtiesen. Pero el rostro de Hetty tenía un lenguaje que expresaba muy bien sus sensaciones. Hay semblantes a los que la naturaleza dota de un sentimiento y de una expresión que no pertenecen al alma humana que vive en el interior, sino que hablan de las alegrías y de las tristezas de pasadas generaciones; ojos que expresan el profundo amor que sin duda ha existido y existe aún en alguna parte, pero que no lo sienten ellos. Del mismo modo que un idioma puede expresar una poesía que ignora los labios que lo usan,

aquella mirada de Hetty oprimía a Arthur con un temor que contenía en sí una delicia terrible y no confesada; es decir, el recelo de que ella le quisiera demasiado. Le esperaba una dura tarea y en aquel momento se dijo que habría dado tres años de su juventud a cambio de abandonarse sin remordimientos a su pasión por Hetty.

Estas eran las ideas que cruzaban la mente de Arthur mientras acompañaba a la señora Poyser, que jadeaba agotada y se decía en secreto que nadie la obligaría a bailar de nuevo, a descansar al comedor, donde habían servido ya la cena para los invitados que quisieran tomarla.

—Espero que Hetty no se olvide de que debe bailar con usted, señor —dijo la buena e inocente mujer—, porque es tan despistada que puede haber comprometido todos sus bailes. Por eso le he recomendado que reservase algunos.

—Muchas gracias, señora Poyser —dijo Arthur estremeciéndose ligeramente—. Ahora siéntese en ese sillón. Mills le servirá lo que desee.

Se alejó en busca de otra pareja entrada en años, pues había que honrar a las mujeres casadas antes de invitar a las jóvenes. Y así prosiguieron los bailes de la comarca, el ruido de pies, las graciosas inclinaciones de cabeza y el suave balanceo de las manos.

Por fin llegó el cuarto baile, tan deseado por el grave Adam, convertido ahora en un delicado muchacho de dieciocho años; cuando nos enamoramos por primera vez, todos somos así. Adam apenas había estrechado alguna vez las manos de Hetty y sólo bailó con ella en otra ocasión. La había seguido ansioso con la mirada durante toda la noche, a pesar suyo, y eso había acabado de enamorarle. Se dijo que tenía unos movimientos preciosos y unas maneras encantadoras. Aquella noche sonreía menos que de costumbre y parecía estar dominada por la melancolía. «¡Dios la bendiga! —se dijo Adam—. ¡Ojalá fuesen capaces de hacerla dichosa un fuerte brazo que trabaje para ella y un corazón fiel que la ame!».

Y entonces se vio a sí mismo regresando a casa del trabajo, atrayendo a Hetty y sintiendo su suave mejilla contra la suya. De este modo llegó a olvidar dónde estaba e igual le habría importado que la música y el ruido de los pasos fueran el rumor de la lluvia y los aullidos del viento.

Había llegado la ocasión de ir en busca de la joven, pues iba a empezar el baile. Hetty se hallaba en el extremo del vestíbulo, cerca de la escalera, hablando en voz baja con Molly, que acababa de entregarle a la dormida Totty para ir a buscar los chales y los gorros. La señora Poyser se llevó a los dos niños al comedor para darles un poco de pastel antes de que emprendiesen el regreso en el coche con el abuelo, y Molly iba a seguirles cuanto antes.

—Permítame que sostenga a la niña —dijo Adam mientras Molly subía la escalera—. Los niños pesan mucho cuando están dormidos.

Hetty aceptó con gusto la oferta, pues sostener a la niña de pie no le resultaba muy agradable. Pero este segundo traslado tuvo la desgraciada consecuencia de despertar a Totty, que, como todas las niñas de su edad, lo hizo en el momento menos oportuno. Cuando Hetty la dejaba en brazos de Adam y aún no había retirado los suyos, Totty abrió los ojos y empezó a dar puñetazos con la izquierda en el brazo de Adam y con la derecha agarró al collar de cuentas de Hetty. El guardapelo salió de su escondite y la cadena se rompió, de modo que Hetty no pudo evitar que todo se desparramara por el suelo.

—¡El guardapelo, el guardapelo! —dijo en voz baja y asustada a Adam—. No se preocupe de las cuentas.

Adam pudo ver dónde había caído la joya, pues ésta atrajo su mirada en cuanto asomó por el borde del vestido: estaba en el entarimado de madera dispuesto para la banda de música, y mientras Adam la recogía, pudo ver el cristal que protegía dos mechones de pelo, uno oscuro y otro más claro. El medallón cayó cara arriba, por lo que no se rompió el cristal. Adam le dio la vuelta con la mano y vio el lado posterior, que era de oro y esmalte.

—No le ha pasado nada —dijo devolviéndoselo a su dueña, que tenía ambas manos ocupadas en sostener a Totty.

—¡Oh, no importa! No vale nada —dijo Hetty que, si bien palideció en un primer momento, luego se había sonrojado.

—¿Que no importa? —preguntó Adam con gravedad—. Pues me ha parecido muy asustada. Lo conservaré mientras no pueda cogerlo —añadió cerrando la mano sobre él para que no creyese que quería examinarlo de nuevo.

Mientras tanto, Molly volvió con los gorros y los chales y en cuanto se hubo hecho cargo de Totty, Adam dejó el guardapelo en

la mano de Hetty, quien lo tomó con aparente indiferencia y se lo guardó en el bolsillo. Interiormente estaba enfadada con Adam por haberlo visto, pero decidió no dar muestra de ninguna agitación.

—Mire —dijo—. Ya va a empezar el baile. Vamos.

Adam asintió en silencio. Se sentía dominado por la extrañeza y por la inquietud al mismo tiempo. ¿Acaso tenía Hetty un pretendiente a quien él no conocía? Ninguno de sus amigos o conocidos podía haberle regalado un guardapelo como ése; y ninguno de sus admiradores estaba en situación de novio aceptado, como sin duda sería el caso del que le había regalado aquella joya. Adam se perdía en la imposibilidad de encontrar alguna persona que justificara sus temores. Sólo sentía, con dolor terrible, que había en Hetty algo desconocido para él, y que mientras había estado meciéndose en las dulces esperanzas de que ella le correspondiese, ella había entregado su amor a otro. El placer de bailar con Hetty se había desvanecido; sus ojos la miraban con una expresión inquieta e interrogante; no acertaba a decirle cosa alguna, y ella, a su vez, tampoco parecía inclinada a hablar, de modo que ambos se alegraron de que terminase el baile.

Adam estaba decidido a no quedarse más tiempo; nadie le necesitaba y nadie notaría su ausencia. En cuanto salió al exterior empezó a andar a pasos rápidos, según su costumbre, huyendo sin saber de qué, atormentado por el presentimiento de que el recuerdo de aquel día, por otra parte tan lleno de honores y de promesas, quedaría envenenado para siempre. De pronto, cuando ya estaba lejos del cazadero, se detuvo sobresaltado por un rayo de esperanza que le devolvió la vida. Quizás era un tonto al dar tanta importancia a aquel detalle insignificante. Hetty, aficionada como era a las baratijas, bien podía haberse comprado aquélla. Es verdad que parecía valiosa, como las joyas guardadas en estuches de satén en la joyería de Rosseter. Pero Adam tenía nociones muy poco claras del valor de esas cosas y se dijo que quizás no costaría más de una guinea. Era posible que Hetty hubiese tenido esta cantidad ahorrada y, en tal caso, era muy capaz de gastársela de aquel modo. Era muy joven y, a su pesar, le gustaban los adornos. Pero siendo así, ¿por qué se asustó y cambió de color al ver que se caía, fingiendo luego que no le importaba nada? ¿Se habría avergonzado de que él viese que poseía una cosa tan bonita y pensase que hizo

mal al gastar su dinero en ella, pues le constaba que a Adam no le gustaba su afición a las baratijas? Eso sería una prueba de que le importaba su opinión. Y, a juzgar por el silencio y la gravedad de que él dio muestras luego, tal vez se disgustó y creyó que se mostraba muy severo con sus pequeñas debilidades. Mientras Adam andaba con menor agitación, examinando esta nueva esperanza, lamentaba haberse portado de un modo tan impropio y haber disgustado a la pobre muchacha. Indudablemente esta última suposición era la verdadera, porque ¿cómo podía Hetty tener un novio sin que él lo supiese? Jamás la joven se alejaba de la casa de su tío durante más de un día. No podía mantener ninguna relación sin que sus parientes lo supieran ni intimidades que sus tíos ignoraran. Sería una locura imaginarse que un novio pudiese haberle regalado aquel guardapelo. El mechón negro era de Hetty, sin duda alguna, aunque Adam no había podido examinarlo muy bien, y en cuanto al de color más claro, ignoraba de quién podría ser. Quizás perteneció a su padre o a su madre, que murieron cuando ella era niña y, en tal caso, era natural que junto a aquel recuerdo guardase unos cuantos cabellos suyos.

Adam se acostó consolado después de tejer una ingeniosa red de probabilidades para engañarse a sí mismo: la mejor pantalla que un hombre juicioso puede situar entre él y la verdad. Su último pensamiento consciente se confundió con el sueño, en el que creyó verse otra vez junto a Hetty, en Hall Farm, rogándole que le perdonase por haberse mostrado tan frío y silencioso.

Mientras él soñaba de este modo, Arthur bailaba con Hetty y le decía con palabras apresuradas:

—Estaré en el bosque pasado mañana a las siete. Ve lo más pronto que puedas.

Las locas alegrías y esperanzas de Hetty, que antes había visto amenazadas y casi muertas por una nonada, revivieron inconscientes del peligro que la amenazaba. Era feliz por primera vez en aquel día y deseaba que el baile durase horas enteras. Lo mismo habría querido Arthur, pues aquélla era la última debilidad que se permitía; y un hombre jamás siente con mayor intensidad la deliciosa languidez de una pasión que cuando se ha persuadido de que al día siguiente ha de alejarla de sí.

Pero los deseos de la señora Poyser eran completamente

opuestos, pues estaba alarmada por el temor de que se retrasara la elaboración de los quesos al día siguiente. Ahora que Hetty había cumplido con su deber bailando una vez con el joven caballero, el señor Poyser debía salir para ver si el cochecillo había vuelto a buscarles, pues eran ya las diez y media, y aunque su marido quiso darle a entender la inconveniencia de ser los primeros en marcharse, la señora Poyser mantuvo su decisión con firmeza, a pesar de todos los pesares.

—¡Cómo! ¿Se va ya, señora Poyser? —dijo el anciano señor Donnithorne cuando ella fue a despedirse y a pedirle permiso para marcharse—. Esperaba que nadie se fuese antes de las once. La señora Irwine y yo, que somos viejos, tenemos la intención de quedarnos hasta entonces.

—Es natural, su señoría, que los caballeros se queden hasta hora avanzada, pues no han de pensar en sus quesos. Para nosotros es ya muy tarde, y no hay manera de dar a entender a las vacas que mañana no las ordeñaremos tan pronto. Por consiguiente, háganos el favor de excusamos y de permitir que nos marchemos.

—Mira —dijo a su marido en cuanto hubieron subido al cochecillo—, preferiría tener en un solo día la colada y la fabricación de la cerveza que asistir otra vez a una fiesta como ésa. No hay nada que fatigue tanto como ir de un lado a otro y mirar a un sitio sin saber lo que harás un momento después; y además no dejar de sonreír a todo el mundo como si fueras una vendedora de mercado, para que nadie piense que eres una maleducada. Y en cuanto la fiesta termina, lo único que tienes es la cara pálida y el estómago revuelto por comer cosas que no te gustan nada.

—No, no —replicó el señor Poyser, que estaba contentísimo y convencido de que había pasado un gran día—. De vez en cuando conviene un poco de diversión. Y tú has bailado tan bien como cualquiera, de modo que puedes desafiar a todas las mujeres casadas de la parroquia por lo que se refiere a la ligereza de las piernas. Además, el joven caballero te ha tributado un gran honor al bailar contigo en primer lugar. Sin duda eso se debe a que yo ocupé la cabecera de la mesa y fui el primero en brindar. Y Hetty, también…, estoy seguro de que nunca ha bailado con otra pareja semejante… Un distinguido caballero, vestido de uniforme. Mira, Hetty, eso te servirá como recuerdo de tu juventud cuando seas

vieja. Entonces podrás contar que bailaste con el joven señor el día en que cumplió su mayoría de edad.

# Libro cuarto

# XXVII

## Una crisis

En la segunda quincena de agosto, es decir, tres semanas después de la fiesta del cumpleaños de Arthur, había empezado la siega del trigo en las tierras del norte de nuestro condado de Loamshire, pero la cosecha se vería postergada por las fuertes lluvias que originaron inundaciones y grandes daños en toda la comarca. Los granjeros de Broxton y Hayslope, al estar situados en tierras altas y en valles cruzados por arroyos, no habían sufrido los efectos de estas lluvias, y como no puedo afirmar que fuesen personas excepcionales que prefiriesen el bien general al suyo propio, ya comprenderá el lector que no les disgustaba el rápido aumento del precio del pan, tanto más cuanto que abrigaban esperanzas de segar su trigo en perfecto estado; y, en efecto, algunos días de sol y unos vientos que acabaron de secar la tierra, confirmaron estas esperanzas.

El 18 de agosto fue uno de estos días, pues brilló el sol de un modo mucho más alegre a los ojos de todos tras los días nublados anteriores. Enormes masas de nubes cruzaban rápidamente el cielo azul, y las grandes montañas redondeadas que había más allá del cazadero parecían moverse a causa de sus fugitivas sombras. El sol quedaba oculto por un instante, y luego brillaba cálido, con renovada alegría; el viento arrancaba las hojas, aún verdes, de los arbustos; en torno a las granjas se oía un ruido frecuente de puertas que se cerraban; las manzanas se caían al suelo, y los caballos, sueltos junto a los senderos en el prado comunal, mostraban sus crines agitadas por el viento. Sin embargo el viento contribuía a la alegría general a causa del resplandor del sol. Era un día alegre para los niños, que corrían y gritaban, en su deseo de hacer más ruido

que la naturaleza, y las personas mayores también estaban muy contentas, pues creían que, en cuanto hubiese cesado el vendaval, vendrían días más hermosos. Sólo deseaban que el trigo no estuviese lo bastante maduro, para que no se deshicieran las espigas, y el grano no se dispersara y acabara desperdiciándose.

No obstante, aquel día podía traer un gran dolor a un hombre. Porque si es cierto que la naturaleza parece presentir en ciertos momentos la suerte de un individuo, también es verdad que muchas veces no da ninguna importancia a la de otro. No hay hora en que no nazcan la alegría y el dolor simultáneamente; cada mañana espléndida trae nuevas enfermedades y nuevas aflicciones, así como también nuevas fuerzas para el genio y para el amor. Los hombres son numerosos y sus suertes muy distintas, de modo que no es de extrañar que la naturaleza se muestre con frecuencia en contradicción con las crisis de nuestras vidas. Somos hijos de una dilatada familia y, por consiguiente, debemos aprender que nuestras desgracias no tienen una importancia muy grande, y que hemos de contentarnos con una dicha moderada y ayudarnos unos a otros cuanto nos sea posible.

Adam tenía un día muy atareado, pues últimamente trabajaba el doble que de costumbre; continuaba ejerciendo de encargado para Jonathan Burge hasta que se encontrase alguna otra persona conveniente para ocupar su puesto, y Jonathan no tenía ninguna prisa en hallarla. Sin embargo desempeñó su doble cometido con satisfacción, pues sus esperanzas con respecto a Hetty se habían renovado. Desde el día de la fiesta del cumpleaños, la joven parecía hacer un esfuerzo por ser amable con él siempre que se veían, como si quisiera darle a entender que le había perdonado su silencio y su frialdad durante el baile. Él no volvió a mencionar el guardapelo; se sentía demasiado feliz cuando ella le sonreía y además advirtió en la joven un carácter más suave, algo que interpretó como ternura y seriedad femenina.

«¡Ah! —pensaba una y otra vez—. La pobrecilla sólo tiene diecisiete años, y no hay duda de que pronto se volverá más reflexiva. Su tía dice siempre que es muy hábil e inteligente para el trabajo. Estoy seguro de que será una esposa de quien mi madre no tendrá motivo de queja».

En realidad, desde la fiesta de cumpleaños no la había visto más

que dos veces en su casa; porque un domingo, cuando él se disponía a acompañarla desde la iglesia a Hall Farm, Hetty se unió al grupo de los principales servidores del cazadero y volvió a casa con ellos, casi como si estuviera dispuesta a alentar al señor Craig.

—Se aficiona demasiado a las personas que encuentra en las habitaciones del ama de llaves —observó la señora Poyser—. A mí nunca me han gustado mucho los criados, pues son como los perros rollizos de las personas distinguidas, que no sirven para ladrar ni para el carnicero, sino sólo para ser mostrados en público.

Otra tarde Hetty fue a Treddleston a comprar algunas cosas; cuando Adam volvía a su casa, con gran sorpresa la vio a cierta distancia atravesando un portillo bastante apartado del camino del pueblo. Pero cuando se apresuró a ir a su encuentro, notó que ella le saludaba muy amable, y hasta le rogó que la acompañase al ver que él se disponía a dejarla en la puerta del patio de su casa. Le explicó que, al volver a Treddleston, había dado una vuelta por los campos porque no quería regresar tan pronto a su casa; era muy agradable disfrutar del aire y de la luz; su tía siempre se oponía a su deseo de salir.

—¡Oh, venga conmigo! —dijo cuando él se disponía a despedirse junto a la puerta.

Adam no se sintió con fuerzas para negarse y siguió a la joven. La señora Poyser se mostró contenta al verla y se limitó a hacer una ligera observación acerca de su tardanza; en cuanto a Hetty que, cuando él la había encontrado, parecía estar muy pensativa, sonrió, habló y atendió a todo el mundo con desacostumbrada rapidez.

Esta fue la última vez que la vio. Adam pensaba organizarse el trabajo de modo que tuviera tiempo para ir al día siguiente a la granja. Según le constaba, ella iría al cazadero para coser en compañía de la doncella de las señoras, de modo que Adam se proponía trabajar lo máximo aquella tarde para poder disponer de la siguiente.

Una de sus tareas consistía en vigilar unas pequeñas reparaciones en la granja del cazadero, que, hasta entonces, había ocupado Satchell, el administrador. Corría el rumor de que el anciano caballero iba a alquilar a un hombre elegante, de botas altas, a quien se vio un día dirigirse allá. Sólo el deseo de adquirir un arrendatario podía explicar que el caballero se hubiese decidido

a hacer reparaciones, aunque los reunidos el sábado por la tarde en el establecimiento del señor Casson convinieron, entre el humo de las pipas, que ningún hombre que tuviese sentido común tomaría la granja del cazadero, a no ser que se le diese un poco más de tierra de labor. Pero, fuera lo que fuere, el caso es que se habían encargado las reparaciones para ejecutarlas con toda rapidez; y Adam, actuando en nombre del señor Burge, cumplía las órdenes con su energía habitual. Pero aquel día había estado tan ocupado en otros lugares que no pudo llegar a la granja del cazadero hasta muy avanzada la tarde; entonces observó que un tejado viejo que se disponía a apuntalar había cedido. Sin duda convenía acabar de echarlo abajo, y Adam imaginó inmediatamente un plan para construirlo de nuevo a fin de convertirlo en establo de vacas y terneras y depósito de herramientas, aunque sin gran gasto de material. En cuanto se hubieron marchado los obreros, se sentó, tomó su libreta de bolsillo y se entretuvo en trazar un plano y en hacer una lista de los gastos, para mostrárselo todo a Burge a la mañana siguiente y que éste pudiese lograr la aprobación del caballero. Realizar un buen trabajo, por pequeño que fuese, era siempre algo agradable para Adam. Se había instalado ante un banco de carpintero en el que apoyaba su libreta, y silbaba volviendo la cabeza a uno y otro lado con una sonrisa de satisfacción y hasta de orgullo, porque si a Adam le gustaba hacer un buen trabajo, también le satisfacía enorgullecerse de haberlo hecho. Creo que las únicas personas que no tienen esta debilidad son las que carecen de amor propio.

Eran casi las siete cuando se ponía la chaqueta para marcharse; al dar la última mirada, observó que Seth, que había estado trabajando allí aquel día, se había dejado el capazo de las herramientas. «¡Caramba! Se ha olvidado las herramientas —pensó Adam—. Y mañana debe trabajar en el taller. Nunca he visto a un muchacho tan distraído. Si tuviese la cabeza suelta, sería capaz de olvidársela también. Por suerte me he dado cuenta y podré llevarme sus cosas».

Las construcciones de la granja se hallaban a un extremo del cazadero y a unos diez minutos de la abadía. Adam llegó hasta allí en su póney para dejar su montura en la cuadra antes de regresar a casa. Al llegar a la cuadra, encontró al señor Craig, que había ido a

examinar el nuevo caballo del capitán, en el cual éste debía montar dos días después. El señor Craig entretuvo un rato a Adam para contarle que todos los criados iban a reunirse en la puerta del patio para desear buena suerte al joven caballero en cuanto saliese. Por esta razón, cuando Adam llegó al cazadero con el capazo de las herramientas cargado al hombro, el sol ya estaba a punto de ponerse y dirigía sus rayos rojizos y casi horizontales entre los troncos de los viejos robles tiñendo la tierra con un resplandor extraordinario, como si estuviese cubierta de joyas. El viento había cesado por fin y sólo soplaba una suave brisa que agitaba las hojas de tallos delicados. Cualquiera que hubiese permanecido en casa todo el día habría tenido mucho gusto en salir a dar un paseo, pero como Adam había estado al aire libre, deseaba acortar el camino de regreso; y así se dispuso a hacerlo, atravesando el cazadero y cruzando la alameda que hacía varios años que no pisaba. Caminó pues por los estrechos senderos que se abrían entre los helechos seguido por Gyp, sin entretenerse en observar los magníficos cambios de luz y, en realidad, sin fijarse en ellos, aunque se daba cuenta de su existencia con una apacible satisfacción que se confundía con las ideas sugeridas por su día de trabajo. ¿Cómo podría no haber sentido aquella belleza?

De pronto, Adam recordó lo que el señor Craig había dicho acerca de Arthur Donnithorne, y pensó en su partida y en los cambios que podrían tener lugar antes de que regresara. Luego evocó con afecto antiguas escenas de amistad juvenil y pensó en las buenas cualidades de Arthur, de las que Adam se enorgullecía, como siempre ocurre con un superior que nos honra. Una naturaleza como la de Adam, con gran necesidad de amor y de amistad, deposita gran parte de su felicidad en lo que puede creer y sentir por los demás. Él no tenía ningún mundo ideal de héroes muertos, conocía muy poco de la vida de los hombres en el pasado, y por tanto necesitaba dedicar su admiración y su afecto a los seres que vivían en su tiempo. Estas ideas agradables sobre Arthur hicieron aparecer en su rostro, habitualmente grave, una expresión mucho más suave. Tal vez fueron la causa de que, al abrir el viejo portón verde que conducía a la alameda, se detuviese para acariciar a Gyp y dirigirle una palabra afectuosa.

Después de esta pausa reanudó el paso siguiendo el ancho y

sinuoso sendero que conducía a la alameda. ¡Qué hermosas encinas! Le gustaban sobre todo los árboles hermosos. Del mismo modo que un pescador se fija sobre todo en el mar, Adam disfrutaba más viendo los árboles que otra cosa. Los conservaba en la memoria, como podría hacerlo un pintor, y recordaba todas las rugosidades y nudos de su corteza, las curvas y los ángulos de sus ramas y podía calcular con exactitud la altura y el grosor de un tronco con sólo detenerse a contemplar el árbol. No es de extrañar, pues, que a pesar de su deseo de apretar el paso, no pudiera menos que interrumpirlo para admirar una enorme encina que crecía en un recodo del sendero y convencerse de que no se trataba de dos árboles unidos, sino de uno solo. Durante el resto de su vida recordaría aquel momento en que examinaba tranquilamente el árbol, igual que un hombre recuerda la última mirada que dirigió al hogar en el que transcurrió su infancia antes de darse la vuelta y perderlo de vista para siempre. La encina se hallaba en el último recodo del sendero, antes de desembocar en la alameda, en un túnel de ramas que dejaban pasar la luz crepuscular, y en cuanto Adam se apartó del árbol para continuar la marcha, se fijó en dos figuras que se hallaban a veinte metros de distancia.

Se quedó paralizado y pálido como una estatua. Las dos figuras estaban de pie, con las manos unidas, y a punto de despedirse; y cuando se inclinaban para besarse, Gyp, que había estado corriendo por entre las matas, los vio y dio un ladrido. Se separaron sobresaltadas y acto seguido una atravesó el portón que había en el extremo de la alameda y la otra, dando media vuelta, echó a andar lentamente hacia Adam, que continuaba pálido y apretaba convulsivamente el palo del que colgaba el capazo de herramientas sobre su hombro; al mismo tiempo, miraba al individuo que se aproximaba de un modo en el que el asombro se transformaba rápidamente en ferocidad.

Arthur Donnithorne parecía estar sofocado y excitado; había recurrido a la bebida para hacer más soportables sus ideas desagradables. Aquel día debió de beber más vino que de costumbre y estaba aún bajo su agradable influencia, de modo que aquel encuentro no buscado con Adam no le produjo la incomodidad que le habría producido de haber estado sobrio. Además, creía que Adam era la más comprensiva de cuantas personas hubieran podido

haberle sorprendido con Hetty, y con seguridad no divulgaría el descubrimiento. Arthur estaba seguro de que el hombre incluso se reiría en cuanto le explicase el asunto. Por eso se dirigió a él tranquilamente, mientras su rostro congestionado, su traje de tarde de fino lienzo y las manos blancas y cubiertas de joyas, medio metidas en los bolsillos de su chaleco, brillaban a la extraña luz de la tarde que las nubes reflejaban sobre los árboles.

Adam seguía inmóvil y sin dejar de mirarle mientras se acercaba. Entonces comprendió todo lo que había ocurrido; se explicó la existencia del guardapelo y todos los detalles que antes le habían parecido dudosos; una terrible y deslumbradora luz alteró el sentido de todo lo ocurrido en el pasado. De haber movido un solo músculo, habría saltado sobre Arthur como un tigre; y en medio de las emociones encontradas que llenaron aquellos largos momentos, se dijo que no cedería a la pasión, sino que hablaría como era debido. Se quedó como petrificado por una invisible fuerza, que no era otra que su voluntad firme.

—¿Qué hay, Adam? —preguntó Arthur—. Has estado contemplando esas hayas viejas, ¿eh? Aunque el hacha no las amenaza, pues esta alameda es sagrada. Cuando me dirigía a mi rincón favorito, o sea el Hermitage, me he encontrado a la guapa Hetty Sorrel. Hetty no debería andar por ahí a estas horas. Por eso la acompañé hasta el portón y le pedí un beso como recompensa. Ahora debo irme; esto está muy húmedo. Buenas noches, Adam, ya nos veremos mañana para despedirnos.

Arthur estaba demasiado preocupado por representar bien su papel para advertir la expresión del rostro de Adam; no lo miraba directamente, sino que paseaba su vista indiferente a su alrededor, y de pronto levantó un pie para examinar la suela del zapato. No quería decir más; creía haber engañado ya al honrado Adam, y así, una vez pronunciadas las últimas palabras, echó a andar.

—Un momento, señor —dijo Adam con voz perentoria y sin volverse—. Tengo que decirle unas palabras.

Arthur se detuvo sorprendido. A las personas sensibles les afecta tanto el cambio de tono como una palabra inesperada, y el capitán Donnithorne tenía además un carácter a la vez afectuoso y altivo. Todavía le sorprendió más que Adam no se moviese, sino que continuase de espaldas a él, como para indicarle que retrocediera.

¿Qué se proponía? Quizás quería tratar en serio aquel incidente. ¡Al diablo con él! Arthur sintió nacer su cólera. Su predisposición protectora tenía su punto débil, y con la rabia y la confusión se mezclaba el sentimiento de que un hombre como Adam, a quien había favorecido tanto, no tenía derecho a criticar su conducta. Sin embargo, se sentía dominado, como siempre ocurre al que obra mal, por el hombre cuya buena opinión desea merecer. Así pues, pese a su orgullo y su carácter, había tanto ruego como cólera al replicar:

—¿Qué quieres decir, Adam?

—Quiero decirle, señor —contestó el joven, con el mismo tono severo y sin volverse—, que no me engaña con sus palabras. Ésta no es la primera vez que se encuentra con Hetty Sorrel en la alameda y tampoco la primera que la besa.

Arthur no sabía si Adam hablaba basándose en suposiciones o en su conocimiento de lo ocurrido. Esta inseguridad le impidió dar una respuesta prudente; en cambio, aumentó su irritación y exclamó secamente:

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que en vez de actuar como un caballero correcto y honorable, según le creía hasta ahora, se ha portado como un bribón, un egoísta y un desconsiderado. Sabe tan bien como yo a lo que conduce que un caballero como usted bese y corteje a una joven como Hetty y, además, le haga regalos que ella no se atreve a mostrar a nadie. Y vuelvo a decir que actúa como un bribón, un egoísta y un ligero de cascos, aunque me duele en el alma hablarle de este modo, ya que preferiría haber perdido mi mano derecha.

—Pues ahora déjame que te diga, Adam —replicó Arthur conteniendo su creciente irritación y esforzándose en hablar con tono ligero—, que no solamente das pruebas de ser un impertinente, sino que además eres tonto. Todas las muchachas guapas no son tan inocentes como tú para imaginarse que si un caballero admira su belleza y las distingue con alguna atención, ello tiene necesariamente algún significado especial. A todo hombre le gusta flirtear con una muchacha hermosa y a éstas también les divierte. Cuanta mayor es la distancia que hay entre ambos, menor es el perjuicio posible, pues se supone que las muchachas no se verán tentadas a engañarse a sí mismas.

—Ignoro lo que significa eso de flirtear. Pero si quiere decir comportarse con una mujer como si la amase, pero sin quererla, le diré que no es acción digna de un hombre honrado, y lo que no es honrado puede perjudicar. No soy tonto y usted tampoco, y de sobra sabe que lo que dice no es cierto. Sabe muy bien que si se hiciese pública la conducta que ha seguido con Hetty, ella perdería su reputación, acarreando la vergüenza y el disgusto a ella y a sus parientes. ¿Qué importaría entonces que le haya hecho regalos y besado sin mala intención? Nadie lo creería y, por otra parte, no venga diciéndome que ella no se engaña. Le aseguro que se ha hecho tremendas ilusiones con respecto a usted, y que eso tal vez envenene el resto de su vida; además, ella no querrá nunca a otro hombre ni será feliz con su marido.

A medida que Adam hablaba, Arthur fue tranquilizándose, pues comprendió que éste no sabía nada de lo ocurrido y que no había sucedido nada irreparable con aquel encuentro molesto. Aún podía engañar a Adam. En su ingenuidad, Arthur se había metido en una situación en la que su única esperanza consistía en pronunciar una mentira detrás de otra. Y este descubrimiento calmó un poco su cólera.

—En fin, Adam —concluyó en un tono de amistosa condescendencia—, quizás tengas razón. Es posible que haya ido demasiado lejos al fijarme en esa belleza, robándole un beso de vez en cuando. Eres un hombre tan grave y serio que no comprendes esas pequeñas tentaciones. Por nada del mundo quisiera causar el menor perjuicio a esa pobre muchacha o a los excelentes Poyser. Pero creo que das demasiada importancia al asunto. Como ya sabes, me voy mañana, de modo que ya no podrá haber motivo para nuevas tentaciones. Ahora, despidámonos y no hablemos más del asunto. Todo esto quedará olvidado muy pronto.

—¡De ningún modo!

Adam pronunció estas palabras con una rabia que no pudo contener; arrojó al suelo el capazo de las herramientas y echó a andar hasta situarse frente a Arthur. Presa de los celos, se consideraba injuriado personalmente. ¿Quién de nosotros, en los primeros momentos de agonía, puede imaginarse que el causante de nuestro dolor no ha querido herirnos? En nuestra rebelión instintiva contra el dolor volvemos a ser niños y deseamos vivamente poder

vengarnos. En aquel momento Adam sólo podía pensar que le habían robado a Hetty, y que se la había quitado a traición el hombre en quien más había confiado. Se situó pues frente a Arthur mirándole con ojos feroces, los labios descoloridos y los puños apretados, y el tono duro que antes se había esforzado para que no reflejara más que justa indignación, desapareció para dar paso a una voz ronca y temblorosa de rabia.

—¡No! Esto no se olvidará muy pronto, porque usted se ha interpuesto entre ella y yo, cuando ella podía haberme amado; no se olvidará en poco tiempo, porque me ha robado la felicidad, cuando yo le creía mi mejor amigo y hombre de nobles sentimientos, para quien me enorgullecía trabajar. ¿De modo que la ha besado sin dar importancia al asunto? Yo no la he besado en mi vida; pero en cambio he trabajado muchos años para tener el derecho de besarla. ¡Y habla de eso como si no tuviera ninguna importancia! Qué poco le preocupa lo que puede perjudicar a otros, siempre y cuando se divierta aun a costa de los demás. Le devuelvo todos sus favores, puesto que no es el hombre que me figuraba. Nunca más volveré a considerarle mi amigo. Preferiría tenerle por enemigo y luchando en contra de mis intereses. Eso es lo único que puede hacer.

Y el pobre Adam, que estaba poseído por la cólera, se quitó el gorro y la chaqueta, demasiado cegado por la pasión para advertir el cambio sufrido por Arthur mientras él hablaba. Los labios del caballero estaban tan pálidos como los suyos y su corazón latía con violencia. El descubrimiento de que Adam amaba a Hetty le hizo comprender su indignación y su sufrimiento, no sólo como una consecuencia de su falta, sino como un agravante de su error. Las palabras de odio y de desprecio —las primeras que oía en su vida— parecían saetas de fuego que le producían heridas incurables. Todos los razonamientos que habrían podido ocurrírsele en disculpa propia le abandonaron, y por un momento se vio ante el primer mal irrevocable que cometía en toda su vida. Sólo tenía veintiún años, y tres meses antes, y aun bastante después, había pensado con orgullo que nadie podía hacerle el menor reproche a su conducta. Su primer impulso, de haber tenido tiempo, habría consistido quizás en pronunciar palabras de disculpa. En cuanto a Adam, tras arrojar al suelo la gorra y la chaqueta, vio a Arthur de pie, pálido e inmóvil y

con las manos todavía metidas en los bolsillos del chaleco.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No quiere luchar conmigo como un hombre? Ya sabe que no le atacaré mientras esté así.

—Vete, Adam —dijo Arthur—. No quiero luchar contigo.

—No —contestó Adam con amargura—. No quiere luchar conmigo… porque cree que soy vulgar, y que puede ultrajarme a su antojo.

—Nunca he querido ultrajarte —contestó Arthur encolerizado a su vez—. Ignoraba que tú la amabas.

—Pero ha hecho lo posible para que ella le ame a usted —replicó Adam—. Es un hombre de dos caras. Nunca más volveré a creer una sola de sus palabras.

—Vete, te digo —exclamó airado Arthur—, o nos arrepentiremos los dos.

—No —dijo Adam con voz convulsa—. Juro que no me iré sin luchar con usted. ¿Necesita que le provoque más? En tal caso, le diré que es un cobarde y que le desprecio.

Arthur volvió a sonrojarse; ciego de ira, apretó el puño derecho y, como un rayo, asestó un golpe a su contrario que le obligó a retroceder tambaleándose. Su sangre hervía, igual que la de Adam; los dos hombres, olvidando sus sentimientos del pasado, lucharon con la ferocidad instintiva de las panteras a la luz creciente del crepúsculo. El joven caballero de manos delicadas era un digno adversario del carpintero, salvo por la fuerza, y así, la habilidad de Arthur en parar los golpes le sirvió para prolongar la lucha unos momentos más. Pero cuando se combate sin armas, la victoria es para el más fuerte, siempre que éste no pierda la cabeza, de modo que Arthur tenía que acabar sucumbiendo a un buen golpe de Adam, igual que una barra de acero se rompe al recibir el golpe de otra de hierro. Pronto llegó aquel golpe; Arthur cayó y su cabeza quedó oculta por una mata de helechos; Adam sólo podía divisar su cuerpo vestido con un traje oscuro.

Se quedó inmóvil, a la pálida luz del crepúsculo, en espera de que Arthur se pusiera en pie. Por fin había asestado aquel golpe decisivo, en el que había concentrado todas sus fuerzas. ¿Y cuál era el resultado? ¿Qué había logrado? Sólo satisfacer su pasión y su ansia de venganza. No había conseguido salvar a Hetty, ni tampoco cambiar lo ocurrido. Todo estaba igual que antes. Adam no pudo

sino deplorar la inutilidad de su furor.

¿Pero por qué no se levantaba Arthur? Seguía completamente inmóvil y a Adam le parecía que el tiempo no pasaba. ¡Dios mío! ¿Habría golpeado demasiado fuerte? Adam se estremeció al pensar en su propia fuerza; se arrodilló junto a Arthur y le levantó la cabeza que reposaba entre los helechos. El caballero no daba señales de vida y tenía los ojos y los dientes apretados. El horror lo inundó por completo; Arthur tenía la muerte dibujada en el rostro y Adam no podía remediarlo. No hizo un solo movimiento y se quedó arrodillado como la imagen de la Desesperación contemplando a la de la Muerte.

# XXVIII

## Un dilema

Apenas habían pasado unos minutos, aunque a Adam le parecieron horas, cuando percibió un destello de vida en el rostro de Arthur, acompañado de un estremecimiento en su cuerpo. La intensa alegría que inundó su alma reavivó una parte de su antiguo afecto.

—¿Le duele algo, señor? —preguntó cariñosamente aflojando la corbata de Arthur, quien dirigió a Adam una mirada vaga y se sobresaltó al recobrar la memoria. No hubo respuesta.

—¿Le duele algo, señor? —repitió Adam con voz temblorosa. Arthur llevó la mano a los botones del chaleco, y en cuanto Adam los desabrochó dio un gran suspiro.

—Deja que repose la cabeza en el suelo —dijo débilmente—, y dame un poco de agua.

Adam dejó suavemente en el suelo la cabeza del caballero y vaciando el capazo de las herramientas, echó a correr hacia el extremo de la alameda en busca de un arroyo. Al volver con el capazo, que dejaba escapar el agua aunque todavía estaba medio lleno, Arthur le dirigió una mirada más despierta.

—¿Puede beber con la mano, señor? —preguntó Adam arrodillándose de nuevo para levantar la cabeza de Arthur.

—No —contestó éste—; mójame la cabeza.

El agua le fue muy bien, y finalmente pudo incorporarse apoyado en el brazo de Adam.

—¿Siente algún dolor en la cabeza, señor? —preguntó Adam.

—No, ninguno; pero no tengo fuerzas para nada. —Hizo una pausa y luego dijo—: Supongo que he perdido el sentido cuando me

has dado un golpe y me he caído al suelo.

—Sí, señor. Y a Dios gracias no ha sido nada —contestó Adam—. Creía que habría sido peor.

—¿De modo que pensabas que me habías matado? Ven, ayúdame a ponerme en pie. Todo da vueltas a mi alrededor y apenas puedo andar —dijo Arthur mientras se apoyaba en el brazo de Adam—. Me has dado un puñetazo terrible. Creo que no soy capaz de andar solo.

—Apóyese en mí, señor. Yo le llevaré —dijo Adam—. ¿Prefiere estar un rato sentado sobre mi chaqueta? Yo le sostendré y es posible que se encuentre mejor dentro de un par de minutos.

—No —dijo Arthur—. Iré al Hermitage, allí hay un poco de licor. Estamos muy cerca de la puerta. Ayúdame a llegar allí.

Anduvieron despacio y descansando con frecuencia, pero sin cruzar palabra. Ambos pensaban en la escena que habían vivido unos momentos antes de que Arthur recobrara el sentido. En el estrecho sendero que corría por entre los árboles, era ya noche cerrada, pero el claro alrededor del Hermitage permitía a la luz de la luna atravesar las ventanas. Los pasos de los dos hombres, mitigados por la gruesa alfombra de agujas de abeto, no hacían ningún ruido, y la tranquilidad exterior parecía acentuar su preocupación. Arthur sacó la llave del bolsillo y la entregó a su compañero para que abriese la puerta. Este, que ignoraba que el caballero había amueblado el viejo Hermitage para convertirlo en un cómodo refugio, se quedó sorprendido al ver aquella habitación, que mostraba señales de ser visitada con frecuencia.

Arthur soltó el brazo de Adam y se sentó en la otomana.

—Por ahí encontrarás mi cantimplora —dijo—. Es un estuche de piel con una botella y un vaso.

Adam no tardó mucho en encontrarlo.

—Hay muy poco licor en la cantimplora, señor —dijo vertiendo el líquido en el vaso y mirándolo al trasluz—. Apenas hay suficiente para llenar este vasito.

—Bueno, dámelo —dijo Arthur aún muy abatido.

En cuanto hubo tomado algunos sorbos, Adam añadió:

—Si quiere puedo ir en busca de más licor. Volveré muy pronto. Le sería muy difícil volver a casa si no toma un buen licor.

—Sí, ve; pero no cuentes a nadie que estoy mal. Pregunta por mi

criado Pym, y dile que se lo pida a Mills, y no digas que estoy en el Hermitage. Trae también un poco de agua.

Para Adam fue un alivio tener algo que hacer y ambos se separaron con satisfacción, aunque fuese por poco tiempo. Pero su apresuramiento no le impidió a Adam revivir el dolor de las últimas horas, y tampoco le evitó pensar en el triste futuro que le aguardaba.

Después de la salida de Adam, Arthur permaneció inmóvil durante unos minutos; luego se levantó débilmente de la otomana y buscó algo por la estancia iluminada por la luz de luna. Era un cabo de vela de cera que estaba en el batiburrillo de artículos de escritorio y de dibujo. Luego buscó el medio de encenderla, y en cuanto lo hubo logrado, registró con cuidado la habitación, como si quisiera cerciorarse de que no había nadie. Por fin encontró un pequeño objeto que se metió en el bolsillo; pero lo pensó mejor y lo arrojó al cesto de los papeles. Era un pañuelo femenino de seda roja. Puso la vela sobre la mesa y volvió a tenderse en la otomana, fatigado por el esfuerzo.

Cuando volvió Adam, al entrar despertó a Arthur del sopor en que estaba sumido.

—Muy bien —dijo Arthur—. Necesito tomar un cordial.

—Me alegro mucho de que haya encendido la luz —dijo Adam —; estuve tentado de pedir una linterna.

—No, no; la vela durará bastante y pronto podré regresar.

—No quisiera marcharme antes de dejarle en casa, señor —dijo Adam con tono inseguro.

—No, mejor será que te quedes. Siéntate.

Adam se sentó y se quedaron frente a frente, guardando un silencio violento, mientras Arthur bebía con lentitud algunos tragos de coñac y de agua, visiblemente aliviado; su postura era más cómoda y parecía menos dominado por las sensaciones físicas; Adam observaba con atención estas señales y empezaba a tranquilizarse con respecto al estado de Arthur; en cambio, aumentaba la impaciencia propia del que ha suspendido la indignación al ver el mal estado físico en que se halla el culpable. Sin embargo, antes de expresar su enfado con palabras, debía confesar la injusticia de sus insultos. Tal vez deseaba hacer cuanto antes esta confesión para quedar en libertad de indignarse de

nuevo. Y, a medida que observaba la mejoría de Arthur, sentía la tentación de hablar, aunque finalmente se dijo que sería más conveniente dejarlo para el siguiente día. Mientras guardaron silencio, los dos jóvenes no se miraron, y Adam tuvo el presentimiento de que si volvían a hablar del asunto y se miraban cara a cara se encolerizarían otra vez. Continuaron callados hasta que la llama de la vela empezó a parpadear en su soporte; el silencio era cada vez más incómodo para Adam. Arthur tomó otro vaso de agua y coñac, se puso el brazo debajo de la cabeza y encogió una pierna para adoptar una postura más cómoda. Eso dio a Adam la tentación de hablar.

—¿Se encuentra mejor, señor? —dijo cuando se apagó la vela y ambos quedaron ocultos por la oscuridad, que apenas suavizaba la luz de la luna.

—Sí, estoy mucho mejor. No tengo ganas de moverme pero en cuanto me haya bebido esto, volveré a casa.

Hubo una ligera pausa antes de que Adam añadiera:

—He perdido el dominio de mí mismo y he dicho cosas que no son ciertas. Yo no tenía ninguna razón para hablar como si usted me hubiese injuriado. Usted no tenía ningún motivo para sospecharlo, puesto que yo siempre he mantenido en secreto mis sentimientos hacia ella. —Hizo una nueva pausa, y luego siguió diciendo—: Es posible que le haya juzgado con demasiada severidad, pues, a mi pesar, a veces soy muy duro; pero también creo que su conducta es resultado de la frivolidad, una frivolidad mayor de la que yo creí posible en un hombre de corazón y de conciencia. Usted y yo no somos semejantes, y podemos mostrarnos imprudentes en nuestros juicios. Dios sabe que mi mayor alegría sería pensar mejor sobre usted.

Arthur sólo deseaba irse a casa sin decir nada más, pues tenía la mente demasiado turbada y el cuerpo muy débil para volver a tratar del asunto aquella noche. Sin embargo, se alegró de que Adam se refiriese otra vez a la cuestión de un modo que le facilitaba la réplica. Arthur se hallaba en la desagradable situación de un hombre franco y generoso que ha cometido un error y se ve obligado a engañar. No tenía más remedio que frenar su impulso de contestar a la verdad con la sinceridad y a la confianza con la franqueza, de modo que su deber se había convertido en una

cuestión de táctica. Sus actos actuaban sobre él y le gobernaban con terrible tiranía, obligándole a seguir una conducta que pugnaba con sus sentimientos normales. Lo único que podía hacer era engañar a Adam cuanto pudiera, para que pensara de él mejor de lo que merecía. Y cuando oyó las palabras de honrada retractación y la triste declaración de Adam, se vio obligado a alegrarse de los restos de confianza ignorante que aquello ponía al descubierto. Y si no contestó en el acto, fue por la necesidad que experimentaba de actuar con cautela.

—No hables más de cólera, Adam —dijo con voz desfallecida pues le costaba mucho hablar—. Perdono tu injusticia momentánea, muy natural en ti dadas las opiniones exageradas que sostienes. Espero que no por haber luchado seamos menos amigos en el futuro. Has llevado la ventaja, cosa muy justa, porque yo fui el más culpable de los dos. Y ahora, démonos la mano.

Y Arthur tendió la suya, pero Adam continuó inmóvil.

—No es que me niegue a ello, señor; pero no puedo estrecharle la mano hasta que hayamos aclarado como es debido algunos puntos. Hice mal al hablar como si me hubiese injuriado a sabiendas, pero no en lo que le dije sobre su conducta con Hetty. No puedo estrecharle la mano como si fuésemos tan amigos como antes, pues para eso será preciso que se justifique por completo.

Arthur no tuvo más remedio que tragarse el orgullo y el resentimiento al retirar su mano. Se quedó silencioso unos instantes, y luego dijo con toda la indiferencia que le fue posible:

—No sé qué quieres decir con eso de justificarme, Adam. Ya te he dicho que te tomas demasiado en serio lo que no es más que un ligero flirteo. Pero si tienes razón al suponer que eso envuelve algún peligro, piensa en que me iré el sábado y que el asunto terminará aquí. En cuanto al dolor que esto te haya causado, lo siento con toda el alma. Más no puedo decir.

Adam no contestó, pero se puso en pie y volvió la cara hacia una de las ventanas como si contemplase la negrura de los abetos. En realidad no pensaba en otra cosa que en el conflicto que se desarrollaba en su interior. Su resolución de no volver a hablar del asunto hasta el día siguiente era inútil; debían hacerlo enseguida. Trascurrieron varios minutos antes de que se volviese y se aproximara a donde estaba Arthur. Luego se quedó de pie y le

contempló desde su altura.

—Mejor será que hable claro —dijo con evidente esfuerzo—, aunque resulte duro. Para mí, señor, este asunto no es insignificante, como tal vez lo es para usted. Yo no soy uno de esos hombres capaces de hacer el amor a una mujer y luego a otra, sin preocuparse del perjuicio que pueda causarles. Lo que siento por Hetty es un amor distinto, que quizás nadie puede imaginarse. Después de mi conciencia y de mi buen nombre, ella lo es todo para mí. Y si es cierto lo que ha dicho, de que lo ocurrido no fue más que un juego que terminará con su marcha, en tal caso puedo esperar y confiar en que, al fin, su corazón se interese por mí. No me atrevo a creer que me engaña y, a pesar de las apariencias, estoy dispuesto a prestar fe a sus palabras.

—Si no me creyeses, más perjuicio harías a Hetty que a mí —replicó Arthur con violencia, poniéndose en pie y dando algunos pasos. Pero fue a sentarse en una silla y, con voz más débil, añadió —: Al parecer, olvidas que al sospechar de mí la estás insultando a ella.

—No, señor —dijo Adam con voz tranquila, como aliviado en parte, ya que era demasiado sincero para distinguir entre la falsedad directa y la indirecta—. No, señor; las cosas no están claras entre Hetty y usted. Usted obra con conocimiento de causa, haga lo que haga; pero ¿cómo sabe lo que hay en la mente de Hetty? No es más que una niña y cualquier hombre de conciencia debería desear cuidarla. Por eso y a pesar de lo que pueda creer, opino que ha alterado la paz de su mente y que ella le ha entregado su corazón; y hablo así porque ahora veo con claridad muchas cosas que antes no comprendía. Usted, en cambio, no da ninguna importancia a lo que ella pueda sentir y ni siquiera se preocupa por eso.

—Dios mío, Adam, déjame en paz —exclamó Arthur impetuosamente—. Lo sé de sobra, no hace falta que me atormentes. —Apenas hubo pronunciado estas palabras, advirtió su improcedencia.

—Pues bien, ya que lo comprende —exclamó Adam—, si advierte las ideas nocivas que le ha infundido, dándole a entender que la ama, cuando en realidad no es así, he de hacerle una petición, y conste que no hablo por mí mismo, sino en beneficio de ella. Le ruego que la desengañe antes de marcharse. Piense que no

se marcha para siempre, y que si la deja con esas falsas ideas acerca de sus sentimientos, es decir, en la creencia de que la quiere como ella le quiere a usted, no hará más que desear su regreso y el mal será todavía más grave. Es probable que si la desengaña ahora, la pobrecilla tenga un gran disgusto, pero, al fin y al cabo, eso le ahorrará otras penas mayores. Le ruego que le escriba una carta y yo cuidaré de que la reciba; dígale la verdad y asuma toda la culpa por haberse portado como no tenía derecho a hacerlo con una mujer que no es su igual. Le hablo claro, señor, pues no puedo hacerlo de otro modo. En este asunto nadie más que yo puede cuidar de Hetty.

—Haré lo que considere más apropiado —dijo Arthur cada vez más irritado y perplejo—, y no pienso prometerle nada. Tomaré las medidas que considere convenientes.

—No —replicó Adam en tono brusco y decidido—. No me basta. Quiero conocer el terreno que piso y estar seguro de que pone fin a una situación que no debería haber comenzado. No olvido el respeto que le debo como caballero; pero en este asunto soy tan hombre como usted y no puedo desistir de mi empeño.

Por unos momentos guardaron silencio y finalmente Arthur dijo:

—Te veré mañana. Hoy no tengo fuerzas para más, me siento enfermo.

Mientras hablaba, se levantó y cogió la gorra, como si se dispusiera a marcharse.

—¡No volverá a verla! —exclamó Adam, de nuevo presa de la cólera y del recelo, yendo hacia la puerta y apoyando la espalda en ella—. Dígame que no puede ser mi esposa, que ha estado mintiendo, o, de lo contrario, prométame que hará lo que le he pedido.

Al proponer esta alternativa, Adam parecía la personificación de un terrible destino para Arthur, quien dio un par de pasos y luego se detuvo, débil, tembloroso y enfermo de cuerpo y alma. La lucha que Arthur libraba en su interior se les hizo muy larga a los dos hombres y, por fin, el joven caballero replicó débilmente:

—Te lo prometo. Déjame marchar.

Adam se separó de la puerta y la abrió; cuando Arthur llegó al primer escalón, volvió a detenerse y se apoyó en la jamba.

—No está bastante fuerte para ir solo, señor. Tome de nuevo mi

brazo.

Arthur no contestó y siguió andando seguido por Adam. Pero después de algunos pasos se detuvo otra vez y dijo fríamente:

—Creo que tendré que molestarte. Ya es tarde y puede que en casa se inquieten por mí.

Adam le tendió el brazo y siguieron andando sin pronunciar palabra hasta llegar al lugar en que estaban el capazo y las herramientas.

—Debo recoger las herramientas, señor —dijo Adam—. Son de mi hermano y temo que se oxiden. Le ruego que espere un minuto.

Arthur se detuvo en silencio y no volvieron a cruzar palabra hasta llegar a la puerta lateral de la casa, por la que el caballero esperaba poder entrar sin ser visto. Entonces se volvió a su compañero y le dijo:

—Gracias. No necesito molestarte más.

—¿Qué hora le parece más apropiada para que venga a verle mañana, señor? —preguntó Adam.

—Mándame aviso mañana por la tarde, a las cinco. No antes.

—Buenas noches, señor —contestó Adam.

Pero no hubo respuesta, pues Arthur había entrado ya en la casa.

# XXIX

## A La mañana siguiente

Arthur no pasó la noche en vela, sino que durmió bien y duran, te muchas horas. Pero a las siete tiró de la campanilla y asombró a Pym declarando que iba a levantarse y que a las ocho en punto quería desayunar.

—Procura también que esté ensillada mi yegua a las ocho y media, y cuando baje mi abuelo dile que esta mañana estoy mucho mejor, y que he salido a dar un paseo.

Hacía ya una hora que estaba despierto y no tuvo paciencia para permanecer más tiempo en la cama. En el lecho, el día de ayer es siempre opresivo. Y un hombre que puede levantarse, aunque no sea más que para silbar o para fumar, tiene ya un presente que ofrece alguna resistencia al pasado y sensaciones que se oponen a los recuerdos tiránicos. Arthur se dijo que un paseo a caballo acabaría de entonarle. Hasta la presencia de Pym, que le atendía con la deferencia habitual, era algo agradable para él después de las escenas del día anterior. El hecho de haber perdido el respeto de Adam era una herida en su autoestima que le infundía la sensación de haber perdido la dignidad a los ojos de todos, igual que el sobresalto producido por un peligro real asusta a la mujer nerviosa, impidiéndole incluso andar pues todas sus percepciones se confunden con la sensación del peligro.

Como ya sabemos, Arthur tenía una naturaleza afectuosa. Los actos de bondad eran para él tan fáciles como una mala costumbre; eran la exteriorización habitual de su debilidad y de sus buenas cualidades, de su egoísmo y de su simpatía. No le gustaba ser testigo del dolor y, en cambio, quería ser mirado por ojos

agradecidos, como dispensador del placer. Cuando tenía siete años dio un día un puntapié a un cuenco de caldo del jardinero, sin otro motivo que el placer de darlo y sin fijarse en que aquello contenía la comida del anciano; pero al enterarse de tan triste hecho, sacó del bolsillo su caja de lápices preferida y un cuchillo de mango de plata y se los ofreció como compensación. Desde entonces fue siempre así, deseoso de hacer olvidar cualquier ofensa mediante una compensación. Si en su naturaleza había alguna amargura, sólo podía sentirla contra quien no quisiera reconciliarse con él. Y quizás había llegado el momento de sentir esa amargura. En el primer momento experimentó dolor y remordimiento al descubrir que la felicidad de Adam dependía de sus relaciones con Hetty. De haber existido la posibilidad de dar a Adam una compensación diez veces mayor, o si un regalo o algo semejante hubiese devuelto a Adam la alegría y la posibilidad de seguir considerando a Arthur como un bienhechor, no hay duda de que éste se habría apresurado a dejarle satisfecho sin vacilar un momento, y hasta se sentiría más inclinado a él, sin cansarse nunca de indemnizarle. Pero Adam no podía aceptar compensación alguna; sus sufrimientos no podían ser borrados de ese modo, y ninguna recompensa habría sido capaz de devolverle el respeto y el afecto que sentía por Arthur. Era un obstáculo inamovible contra el cual no servía ninguna presión: la personificación de lo irrevocable de la falta de Arthur, cosa que a éste llegaba a asustarle verdaderamente. Las palabras de desdén, su negativa a estrecharle la mano, el dominio que ejerció sobre él en la última conversación en el Hermitage y, sobre todo, la convicción de haber sido derribado, cosas con las cuales un hombre no llega a reconciliarse ni siquiera en las circunstancias más heroicas, le oprimían produciéndole un dolor inaguantable, mucho más molesto que el mismo arrepentimiento. Arthur se había persuadido de que no había hecho ningún mal. Y si nadie le hubiese dicho lo contrario, más rápido habría sido su convencimiento. Nuestro sentido moral aprende las maneras de la buena sociedad y sonríe cuando sonríen los demás; pero si alguna persona ruda califica con rudeza nuestras acciones, nada le cuesta sumarse al bando de nuestros contrarios. Y así le ocurría a Arthur: el juicio de Adam sobre él y las palabras violentas del joven desarmaban los argumentos que él mismo elaboraba con objeto de calmarse.

No debe entenderse por eso que Arthur había estado en paz consigo mismo antes del descubrimiento de Adam. Las luchas y las resoluciones se habían transformado en convulsión y en ansiedad. Estaba desesperado por Hetty y por sí mismo de tener que abandonarla. Tanto cuando adoptaba alguna decisión como cuando faltaba a ellas, siempre miró más allá de su pasión sabiendo que terminaría con la separación; pero su naturaleza era demasiado tierna y ardiente para no sufrir en el acto de la despedida. Y en cuanto a Hetty, se sentía totalmente angustiado. Había descubierto el sueño en que vivía la joven en espera de convertirse en una dama vestida de sedas y de satenes. Y cuando por primera vez él le habló de su marcha, ella le rogó, temblorosa, que le permitiese huir con él para casarse. El recuerdo de aquella escena fue lo que más le dolió cuando oyó los reproches de Adam. Él nunca había pronunciado una sola palabra para engañarla; la joven había tejido ese sueño con su propia fantasía infantil; pero tuvo que confesarse que él la había ayudado con sus propios actos. Y, para aumentar el engaño, aquella última tarde no se atrevió a insinuar la verdad a Hetty. Se vio obligado a calmarla con tiernas palabras de esperanza para no sumirla en una violenta desesperación. Se daba perfecta cuenta de la situación; comprendía el dolor de la querida niña en aquellos momentos, y, no sin ansiedad, pensó en lo tenaces que podrían ser sus sentimientos en lo venidero. Esto era lo único que le inquietaba, pues todo lo demás podría eludirlo persuadiéndose a sí mismo. Todo aquel asunto era un secreto, pues los Poyser no tenían la menor sospecha. Nadie, excepto Adam, conocía lo ocurrido y tampoco nadie había de saberlo, pues Arthur había dado a entender a Hetty que resultaría fatal descubrir, por medio de las miradas o de las palabras, que existía alguna intimidad entre ellos. Y Adam, que conocía la mitad de su secreto, más bien contribuiría a guardarlo que a traicionarlo. Era un asunto desgraciado, sin duda alguna, pero no había necesidad de empeorarlo con exageraciones imaginarias y presentimientos funestos de lo que, probablemente, no llegaría nunca. Hetty quizás pasaría algunos apuros por otra causa, en otra ocasión. Y acaso más tarde podría hacer mucho por ella y compensarle todas las lágrimas que ahora derramase por él. En lo futuro, ella disfrutaría de las ventajas de su cariño a cambio del dolor que ahora sufría. Así es como el bien puede ser una

consecuencia del mal. ¡Y qué modo más bonito de arreglar las cosas!

Tal vez el lector se pregunte cómo puede ser éste el mismo Arthur que, dos meses atrás, tenía aquellos sentimientos tan puros, aquel honor delicado que retrocedía ante la posibilidad de herir un sentimiento, que no se consideraba capaz de algo más importante que eso, y que, por otra parte, creía que su propia autoestima era un tribunal mucho más alto que la opinión de los demás. Sin duda alguna era el mismo, aunque en condiciones distintas. Nuestros actos nos determinan tanto a nosotros como nosotros a ellos; y hasta que no sepamos cuáles han sido o serán las combinaciones particulares de los hechos exteriores e interiores que constituyen las acciones críticas de un hombre, mejor será que no nos creamos conocedores de su carácter. En todos los actos hay una terrible coerción que puede convertir, primero, a un hombre honrado en un embustero, y luego reconciliarlo consigo mismo. A esta razón se debe el hecho de que la segunda falta se presentase a él como el único bien practicable. La acción que, antes de la comisión de una falta cualquiera, ha sido vista de acuerdo con el sentido común y con un sentimiento puro, que constituye la salud del alma, se examina luego con ingeniosidad apologética, mediante la cual todas las cosas que los hombres llaman hermosas y feas parecen estar constituidas por tejidos muy semejantes. Europa se ajusta a sí misma a un *fait accompli* y lo mismo hace un personaje particular…, hasta que tal ajuste plácido se ve turbado por una consecuencia convulsiva.

No hay hombre capaz de evitar este efecto viciador de una falta contra sus propios sentimientos de rectitud, y el efecto fue mucho más fuerte en Arthur a causa de su necesidad de autoestima, que, mientras su conciencia estaba en paz, era una de sus mejores salvaguardias. El acusarse a sí mismo era demasiado penoso para él, y no se atrevía a pensar siquiera en ello. Tenía necesidad de persuadirse de que no merecía demasiadas censuras; incluso empezó a compadecerse de sí mismo por la necesidad de engañar a Adam; ése era un recurso opuesto a la sinceridad de su naturaleza, pero también lo único que podía hacer.

En fin, cualquiera que fuese el cambio que en él se hubiese operado, lo cierto es que era muy desgraciado; no sólo con respecto

a Hetty, sino también a causa de la carta que prometió escribir y que ahora le parecía una barbaridad enorme, aunque un momento más tarde la consideraba como el mayor acto de bondad que podía realizar en beneficio de la joven. Y en medio de estas reflexiones sentía, de vez en cuando, el repentino impulso de huir con Hetty, a despecho de todas las demás consideraciones.

En tal estado mental, las cuatro paredes de su habitación le parecían una cárcel intolerable. Le daban la sensación de que lanzaban sobre él una legión de pensamientos y emociones contradictorios, algunos de los cuales, tal vez, desaparecerían al aire libre. Sólo le quedaban una o dos horas para decidirse y, por consiguiente, había de tranquilizarse y poner alguna claridad en sus ideas. Una vez a lomos de Meg y recibiendo el aire fresco de aquella hermosa mañana, sería mucho más dueño de la situación.

El hermoso animal arqueó su cuello a la luz del sol, rascó la grava con el casco y se estremeció de placer cuando su amo le acarició el hocico y le dio algunas palmadas, dirigiéndole palabras más cariñosas que de costumbre. El joven sentía más afecto por el animal a causa de que éste ignoraba sus secretos.

Arthur hizo trotar a su montura durante ocho kilómetros más allá del cazadero, hasta que hubo llegado al pie de una montaña, donde no había setos o árboles que bordearan el camino. Entonces dejó la brida sobre el cuello de Meg y se dispuso a tomar una decisión.

Hetty sabía ya que su entrevista del día anterior iba a ser la última antes de la marcha de Arthur. No cabía pues la posibilidad de convenir otra sin despertar sospechas. Ella parecía una niña asustada incapaz de pensar en nada; al oír hablar de separación, se echaba a llorar y levantaba luego el rostro para que, a fuerza de besos, se secaran sus lágrimas. Y, como es lógico, él no podía hacer más que consolarla y dejarla sumida en sus sueños. Una carta constituiría un despertar terrible para la joven. Sin embargo, era cierto lo que dijo Adam: eso le evitaría un largo engaño, mucho peor que un dolor momentáneo e inmediato… Además, era el único modo de contentar a Adam, a quien era preciso complacer por más de una razón. ¡Si él hubiese podido verla otra vez! Pero era imposible. Entre ambos se extendía un seto espinoso de inconvenientes, y una imprudencia en ese momento sería fatal. Y

aun cuando pudiera verla de nuevo ¿qué bien resultaría de eso? Sólo aumentar el dolor al ser testigo de la pena de la joven, que, luego, haría más penoso su recuerdo. En cambio, lejos de él, Hetty tendría motivos suficientes para dominarse.

Tuvo entonces un temor repentino que ensombreció sus pensamientos: que Hetty, en su dolor, pudiese apelar a alguna medida violenta; y después de aquel temor llegó otro que acentuó la sombra; pero se los sacudió con la fuerza de la juventud y de la esperanza. ¿Qué razones tenía para pintar tan negro el porvenir? Las mismas que para obrar en sentido contrario. Se dijo también que no merecía que las cosas tomasen mal camino; jamás había actuado mal a sabiendas y contra los dictados de su conciencia, y en este caso había sido guiado por las circunstancias. Y en él existía una confianza implícita de ser, en el fondo, un buen muchacho, y de que la Providencia no le trataría mal.

De todos modos, no evitaría lo que viniese; lo único que podía hacer por el momento era facilitar el entendimiento entre Adam y Hetty. Quizás el corazón de ésta se inclinaría hacia Adam, según el joven le había indicado; en tal caso el daño no sería muy grande, puesto que el más ardiente deseo de aquél era casarse con Hetty. En realidad, Adam era un hombre engañado, y de un modo que a Arthur le habría parecido un grave insulto de ser él la víctima. Esta era una reflexión que invalidaba la esperanza consoladora, y las mejillas de Arthur ardieron de vergüenza y de irritación al pensar en ello. Pero ¿qué podría hacer un hombre ante tal dilema? El honor le mandaba no pronunciar una sola palabra que pudiese injuriar a Hetty. Su primer deber era protegerla. Jamás habría dicho ni permitido que se creyese una mentira con respecto a él mismo. Y, sin embargo, si existían disculpas para el proceder de un hombre, sin duda alguna él las tenía todas. (Es una lástima que las consecuencias no estén determinadas por las excusas sino por las acciones).

En fin, era preciso escribir la carta, pues era el único medio que prometía una salida. Los ojos de Arthur se llenaron de lágrimas al imaginar a Hetty en el momento de leerla; pero para él sería igualmente duro escribirla. No haría nada que le pareciese fácil, y este último pensamiento le ayudó a llegar a una conclusión. Nunca habría podido tomar deliberadamente una decisión que causara

dolor a otro, quedándose él tranquilo por completo. Hasta un rapto de celos, al pensar en que iba a entregar a Hetty a Adam, acabó de convencerle de que llevaba a cabo un sacrificio.

Una vez hubo llegado a esta conclusión, hizo dar media vuelta a Meg y al trote regresó a su casa. Ante todo, era preciso escribir la carta, y dedicaría el resto del día a otros asuntos, pues así no tendría tiempo de pensar en su propio drama. Por suerte, Irwine y Gawaine irían a cenar con él, y a las doce del siguiente día el cazadero estaría ya a muchos kilómetros de distancia. Pensar en esas ocupaciones constantes le proporcionaba cierta seguridad contra el indomable impulso de ir en busca de Hetty para hacerle alguna loca proposición que anulase todo lo anterior. La sensible Meg corría cada vez más deprisa, obedeciendo a los ligeros movimientos de su jinete, hasta que el trote se convirtió en un rápido galope.

—Creí que el señor estaba enfermo ayer noche —dijo el viejo John, el caballerizo, mientras comía con los demás criados—. Esta mañana, en cambio, ha estado a punto de reventar la yegua.

—A veces esto es un buen síntoma, John —observó el bromista cochero.

—Pues en tal caso podría tener un poco de compasión por el pobre animal —replicó John malhumorado.

Adam acudió temprano al cazadero para enterarse del estado de Arthur y se tranquilizó al saber que había salido a dar un paseo a caballo. A las cinco de la tarde regresó con puntualidad y le mandó aviso de su llegada. Pocos minutos después compareció Pym llevando una carta en la mano, que entregó a Adam diciéndole que el capitán estaba demasiado ocupado para recibirle y que había escrito cuanto tenía que decirle. La carta estaba dirigida a Adam, quien se abstuvo de abrirla hasta después de haber salido. Contenía un pliego sellado y dirigido a Hetty. En el interior de la cubierta, Adam leyó:

*En la carta adjunta he escrito lo que deseabas. Te dejo en libertad de decidir si harás bien entregándola a Hetty o devolviéndomela. Pregúntate, una vez más, si no darás un paso que le pueda causar mayor dolor que el silencio.*

*No hay necesidad de que volvamos a vemos ahora. Dentro de*

*algunos meses nos encontraremos, a buen seguro, en mejores condiciones.*

A. D.

«Tal vez tiene razón en no querer verme —pensó Adam—. No hay ninguna necesidad de que crucemos palabras desagradables, y tampoco serviría de nada que nos diésemos la mano, diciéndonos que volvemos a ser amigos. No nos une ya la amistad, y es mejor no fingir.

Comprendo que el perdón es un deber del hombre, pero a mi juicio eso no significa sino que se está dispuesto a abandonar toda idea de venganza; nunca puede indicar que se tienen los mismos sentimientos que antes, pues eso es imposible. Él ya no es el mismo hombre para mí; es como si hubiese medido mi trabajo desde un punto de partida falso y tuviese que repetir la operación».

Pero el problema de la entrega de la carta absorbió pronto todos sus pensamientos. Arthur se había quedado tranquilo dejando que Adam tomase esta decisión después de avisarle; y Adam, que no era hombre dado a la indecisión, vaciló entonces. Tomó, por fin, la resolución de adoptar algunas precauciones que le indicasen lo que convenía hacer, averiguando, en cuanto le fuese posible, el estado de ánimo de Hetty antes de decidirse.

# XXX

## La entrega de la carta

Al domingo siguiente, Adam se reunió con los Poyser a la salida de la iglesia, esperando que le invitarían a acompañarles a casa. Llevaba la carta en el bolsillo y deseaba tener una oportunidad de hablar con Hetty a solas. En la iglesia no le había podido ver el rostro, porque ella cambió de asiento, y cuando él se acercó para darle la mano, notó que estaba muy pensativa y reservada. Lo esperaba, pues era la primera vez que la veía después de haberla sorprendido con Arthur en la alameda.

—Venga con nosotros, Adam —dijo el señor Poyser en cuanto llegaron a la primera curva del camino.

Cuando estuvieron en los campos, Adam se atrevió a ofrecer el brazo a Hetty. Los niños pronto les dieron una oportunidad para quedarse algo atrás, y entonces el joven dijo:

—¿Quiere hacerme el favor de salir a dar un paseo conmigo por el jardín esta tarde si hace buen tiempo, Hetty? Tengo que decirle algo.

—Muy bien —contestó la joven, que deseaba tanto como él tener una conversación particular.

Hetty se preguntaba lo que Adam pensaría de ella y de Arthur. Sin duda les había visto besarse; no cabía ninguna duda; pero no sabía nada de la escena posterior. Su primera idea fue pensar que Adam estaría enfadado con ella y que referiría lo ocurrido a sus tíos, pero nunca imaginó siquiera que Adam se atrevería a decir una palabra al capitán Donnithorne. Le alivió su conducta bondadosa, y también su petición de hablar a solas con ella, porque al verle con sus tíos temió que les refiriese lo sucedido. Pero ya que deseaba

conversar con ella particularmente, podría averiguar lo que pensaba y lo que se proponía hacer. Pensaba persuadirlo de que no hiciese nada en contra de ella; incluso podría, quizás, darle a entender que no quería a Arthur, y era muy probable que mientras Adam tuviese alguna esperanza de conquistarla haría lo que ella le pidiese. Además, debía continuar alentándole para que no se enfadasen sus tíos y no sospechasen que tenía un amante secreto.

El pequeño cerebro de Hetty urdía esta combinación mientras iba cogida del brazo de Adam, y contestaba «sí» o «no» a las ligeras observaciones que él hacía sobre las muchas acerolas que tendrían los pájaros en el próximo invierno y de las bajas nubes que, con dificultad, durarían hasta la mañana siguiente. Y cuando se reunieron con sus tíos, la joven pudo seguir entregada a sus reflexiones sin que la interrumpiese nadie, porque el señor Poyser sostuvo que, aunque a un joven le pudiera gustar llevar del brazo a la joven a quien cortejaba, no por eso dejaría de parecerle bien un poco de charla sobre negocios, y, por su parte, sentía curiosidad de enterarse de las noticias más recientes de la granja del cazadero. Así, y durante el resto del paseo, monopolizó la conversación de Adam; y Hetty pudo elaborar sus pequeños planes mientras andaba por entre las matas cogida del brazo de Adam, imaginando algunas escenas en que daría muestras de su astucia como si fuese una coqueta elegantemente vestida que estuviese sola en su *boudoir*. Porque si una belleza rústica de gruesos zapatones tiene un disgusto, resulta asombroso ver cuánto se parecen sus procesos mentales a los de una dama de la buena sociedad que aplique su refinada inteligencia al problema de cometer algunas indiscreciones sin comprometerse en lo más mínimo.

Quizás la comparación no era tanto, ya que Hetty se sentía muy desgraciada. La despedida de Arthur constituía para ella un doble dolor, pues confundido con el tumulto de la pasión y de la vanidad siempre tenía el vago e indefinido temor de que el porvenir pudiese ser muy distinto de sus sueños. Se repetía las consoladoras palabras que Arthur pronunció en su última entrevista: «Volveré por Navidad y entonces veremos lo que puede hacerse». Se apoyaba en la creencia de que él la quería tanto que nunca sería feliz sin ella; y continuaba guardando su secreto: el de que un gran caballero la amaba. Y eso le infundía gran orgullo y le daba cierta superioridad

sobre todas las muchachas que conocía. Pero la inseguridad del futuro, las posibilidades a las que no podía dar forma empezaron a pesar sobre ella como el aire invisible.

Se veía sola en su pequeña isla de sueños y a su alrededor estaban las aguas negras y desconocidas por las que se había alejado Arthur. Al mirar hacia adelante no podía animarse, sino que se veía obligada a contemplar el pasado para construir sus esperanzas en palabras y caricias pretéritas; pero desde el jueves por la tarde sus confusas ansiedades habían quedado casi olvidadas ante el miedo más concreto de que Adam pudiese revelar a sus tíos lo que sabía, de modo que la inesperada proposición de éste de hablar con ella a solas hizo que sus pensamientos tomasen otra dirección. Deseaba no perder la oportunidad de aquella tarde, y así, después de tomar el té, y cuando los niños salieron al jardín y Totty quiso acompañarles, Hetty, con una rapidez que sorprendió a la señora Poyser, exclamó:

—Yo iré con ella, tía.

A nadie le extrañó que Adam se dispusiera a salir a su vez, y muy pronto él y Hetty estaban solos y juntos en el sendero bordeado de avellanos, mientras los niños se mantenían ocupados cogiendo grandes nueces verdes para jugar, y Totty los contemplaba embelesada con la expresión propia de un cachorro. Hacía muy poco tiempo, apenas dos meses, que Adam, con la mente llena de deliciosas esperanzas, había estado en aquel mismo jardín junto a Hetty. Desde el último jueves había recordado a menudo aquella escena: la luz del sol atravesando las ramas de los manzanos; las grosellas y el dulce rubor de Hetty. Y aquel recuerdo le importunó también en la triste tarde nebulosa, pero él se esforzó en olvidarlo para que la emoción no le hiciese hablar más de lo que convenía a Hetty.

—Después de lo que vi el jueves por la tarde, Hetty —empezó a decir—, espero que no me querrá mal por lo que tengo que comunicarle. Si le hubiese cortejado un hombre que pudiera hacerla su mujer y yo supiera que usted le quería y deseaba casarse con él, no tendría el menor derecho de pronunciar una palabra sobre el asunto. Pero como veo que le hace el amor un caballero que nunca se casará con usted, puesto que ni siquiera piensa en ello, me veo obligado a intervenir por su bien. Hablaré, pues, de eso,

sustituyendo a sus padres, porque de este asunto podrían resultar considerables daños.

Las palabras de Adam aliviaron uno de los temores da Hetty, pero también acentuaron sus desagradables presentimientos. La joven estaba pálida y temblorosa, y, de no haber temido traicionar sus sentimientos, no hay duda de que hubiese contradicho a Adam. No obstante, guardó silencio.

—Es usted muy joven, Hetty —continuó él tiernamente—, y ha visto muy poco de lo que ocurre en el mundo. Me corresponde, pues, la obligación de hacer por usted cuanto pueda, con objeto de evitarle disgustos por no conocer el camino que sigue. Si alguien, además de yo mismo, supiera lo que yo sé sobre su encuentro con el joven caballero, no hay duda de que se lo contaría a todo el mundo y usted perdería su reputación. Además, tendrá que sufrir las consecuencias de haber entregado su amor a un hombre que nunca se casará con usted, y que no podrá cuidar de usted en toda su vida.

Adam hizo una pausa y miró a Hetty, que cogía maquinalmente unas hojas de los avellanos para romperlas luego entre sus manos. Con la terrible agitación que le producían las palabras de Adam, había olvidado sus pequeños planes y sus respuestas preconcebidas, como si se tratase de una lección mal aprendida. En la tranquila certeza que Adam mostraba había una fuerza cruel que amenazaba destruir las imprecisas esperanzas e ilusiones que ella se había forjado. Deseaba contradecirlo violentamente, pero se dejó dominar por la decisión de ocultar sus sentimientos. No podía hacer otra cosa que contestar a ciegas, porque era incapaz de calcular el efecto de sus palabras.

—¡No tiene derecho a decir que le quiero! —replicó con voz débil, aunque impetuosa, arrancando al mismo tiempo otra hoja que destrozó entre sus dedos.

Estaba muy hermosa en su palidez y agitación, con los ojos oscuros e infantiles muy abiertos y la respiración más agitada que de costumbre. Mientras la miraba, el corazón de Adam se sentía atraído hacia ella.

—No tengo más remedio que creerlo así, Hetty —dijo tiernamente—, porque no puedo imaginar que permitiese a un hombre besarla, regalarle un guardapelo con un mechón de su cabello, o que fuese a su encuentro en la alameda, y todo sin que

usted le amara. No la censuro; ya sé que estas cosas empiezan del modo más natural del mundo y sin que tengan ninguna importancia, hasta que al final uno se encuentra comprometido y sin saber cómo liberarse. A él es a quien debo censurar por haberle arrebatado su amor de esta manera, cuando de sobra le constaba que no podría darle la debida compensación. Ha estado jugando con usted y sin correspondería con los sentimientos que un hombre debería haberle demostrado.

—Pues él me quiere y lo sé mejor que usted —replicó Hetty, quien ya había olvidado todo salvo el dolor y la ira que le causaban las palabras de Adam.

—No, Hetty —replicó éste—. Si la quisiera de veras, nunca se habría portado de ese modo. Él mismo me dijo que el haberla besado y hecho algunos regalos carecía de toda importancia, y quiso darme a entender que usted opinaba de la misma manera acerca del particular. Pero yo sé que no es cierto, y no puedo dejar de pensar que usted ha confiado en su amor esperando que la querría lo bastante para casarse con usted a pesar de su condición de caballero. Y por eso debo hablarle del asunto, Hetty, por miedo de que se engañe usted misma. Le aseguro que nunca entró en su cabeza la idea de tomarla por esposa.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Cómo se atreve a asegurarlo? —exclamó Hetty temblando de pies a cabeza.

La firmeza con que hablaba Adam le infundió un temor inmenso. No le quedó bastante presencia de ánimo para decirse que Arthur había tenido quizás razones que le aconsejaban no decir la verdad a Adam. Pero las palabras y las miradas de Hetty fueron suficientes para decidir a este último, quien comprendió que no tendría más remedio que darle la carta.

—Tal vez no me crea, Hetty, porque aún lo tiene en buena opinión, creyéndose que la ama más de lo que en realidad la quiere. Pero en mi bolsillo llevo una carta que él le escribió y que me entregó con el encargo de que la hiciese llegar a sus manos. No he leído esta misiva, pero él me aseguró que en ella dice la verdad. Mas antes de dársela, reflexione, Hetty, y no permita que las ilusiones se apoderen demasiado de su mente. Y aun en el caso de que él estuviese dispuesto a cometer la tontería de casarse con usted, ello no le habría dado la felicidad; puede estar segura.

Hetty no replicó una sola palabra, aunque la mención de la carta que Adam no había leído le infundió algunas esperanzas. No tema ninguna duda de que en la misiva Arthur le diría cosas muy distintas de las que Adam pensaba.

—No me coja manía, Hetty, por el hecho de que yo sea el que le traiga este dolor. Dios sabe que he sufrido bastante en mi deseo de evitárselo. Piense también que nadie más que yo está enterado de eso, y que yo cuidaré de usted como si fuese su hermano. Para mí es la misma de siempre, porque no creo que haya hecho mal alguno a sabiendas.

Hetty fue a coger la carta, pero Adam no quiso soltarla sin terminar de hablar. Ella no se fijó en lo que el joven le decía, ni siquiera le oyó, pero en cuanto él soltó la carta, Hetty se apresuró a metérsela en el bolsillo sin abrirla y luego echó a andar con gran rapidez, como deseosa de volver a casa.

—No la lea todavía —dijo Adam—, espere a estar sola. Espérese un poco, y llamemos a los niños. Además, está muy pálida y tiene mala cara; su tía podría notarlo.

Hetty le hizo caso y una vez más apeló a su innato disimulo, que casi había olvidado por culpa de las palabras de Adam. Tenía la carta en el bolsillo y abrigaba la seguridad de que ella le había de dar consuelo, a pesar de lo que dijera su compañero. Echó a correr en busca de Totty y regresó muy pronto con la niña y con mejor color en el rostro; por su parte la pequeña se veía muy contrariada por haberse visto obligada a tirar una manzana verde en la que había clavado los dientes.

—Ven, Totty —dijo Adam—. Te subiré en hombros y estarás tan alta, tan alta, que podrás tocar las ramas de los árboles.

¿Qué niña pequeña se ha negado alguna vez a dejarse consolar por una persona mayor que la coja con fuerza y la eleve a grandes alturas? Ni siquiera creo que Ganimedes llorase cuando lo arrebató el águila para depositarlo sobre el hombro de Júpiter. Totty sonrió complacida desde su posición elevada y segura, y este espectáculo fue muy agradable a los ojos de la madre, que estaba en la puerta de la casa y vio a Adam cuando se acercaba cargado con su pequeña carga.

—¡Dios te bendiga, corazón mío! —dijo la madre con una amorosa expresión que iluminó sus ojos, mientras Totty se inclinaba

hacia adelante con los brazos extendidos. La señora Poyser no tenía en aquel momento ojos para Hetty, y dijo sin mirarla:

—Ve en busca de un poco de cerveza, Hetty; las dos muchachas están ocupadas con los quesos.

En cuanto hubo ido en busca de la cerveza y encendido la pipa de su tío, tuvo que acostar a Totty, pero muy pronto bajó con la niña, que ya llevaba su camisón, porque lloraba sin querer dormir. Luego fue necesario preparar la cena, y Hetty debía prestar su ayuda. Adam permaneció en la casa más tiempo del que tenía por costumbre, y mientras tanto entretuvo al matrimonio para que no pensasen en Hetty y la dejasen en paz. En su deseo de que la joven pasara la velada sin ser molestada por nadie, se quedó largo rato y se alegró al observar el dominio que la joven tenía sobre sí misma. Le constaba que aún no le había sido posible leer la carta, pero olvidaba que la joven esperaba que la misiva contradiría todo cuanto él le había confesado. Al joven le fue muy desagradable dejarla, y, sobre todo, le apenó pensar que habrían de trascurrir varios días sin que pudiese saber cómo soportaba su dolor. Finalmente tuvo que marcharse después de estrecharle cariñosamente la mano y darle las buenas noches, y esperó que ella considerara aquello como una leve señal de que su amor siempre sería un refugio, porque él continuaba siendo el mismo a pesar de todo. Se marchó a casa muy preocupado buscando justificaciones que explicaran la imprudente conducta de la joven, dando la culpa de su debilidad a su dulce y afectuosa naturaleza; en cambio, censuraba cada vez con más dureza a Arthur, diciéndose que su conducta no tenía ninguna excusa posible. Su desesperación ante el sufrimiento de Hetty, y su angustia al pensar que ella quizás estaría siempre lejos de su alcance, acabó de aumentar su encono contra el mal amigo causante de aquella desgracia. Adam era un muchacho recto, sincero, inteligente y honrado, pero si Arístides el Justo estuvo alguna vez celoso y enamorado, no hay duda de que en tal momento no fue magnánimo del todo. Y no puedo pretender que Adam, en aquella época penosa de su vida, sintiese algo más que indignación y compasión. Estaba celoso en extremo y, en la misma proporción que su amor le hacía indulgente para juzgar a Hetty, la amargura le inclinaba a condenar, cada vez con mayor severidad, a Arthur.

«Es muy explicable que la pobrecita perdiese la cabeza —pensó — al ver que un caballero, con sus buenos modales y elegantes trajes, se presentaba ante ella y la trataba con aquel atrevimiento que es característico de los nobles; además, ahora es muy posible que ya no le guste un hombre del pueblo».

Y al pensar en las manos blancas de Arthur, sacó las suyas del bolsillo y se quedó contemplando la dureza de las palmas y las uñas rotas.

«No se puede negar que soy un hombre rudo y, ahora que me fijo en ello, me explico que no pueda gustar a una mujer; sin embargo, nada me costaría encontrar esposa si mi corazón no estuviese ya entregado a ella. Pero poco me importa lo que las demás mujeres piensen de mí si ella no puede quererme. Tal vez habría llegado a amarme, a mí o a otro hombre cualquiera, y a nadie habría temido yo si él no se hubiera interpuesto entre los dos. Ahora, en cambio, le resultaré odioso, porque soy muy distinto de él. Y no sé lo que pasará cuando comprenda que Arthur se ha divertido a su costa. Quizás se muestre dispuesta a casarse con cualquiera. Pero lo mejor es no pensar en esto. Debo dar gracias al cielo de que no haya ocurrido algo peor; y he de recordar que no soy el único hombre que no goza de absoluta felicidad en esta vida. Muchas cosas se hacen con el corazón triste. Así lo quiere Dios, y debemos conformarnos. No es posible que sepamos mejor que Él lo que nos conviene y no lo averiguaremos nunca, aunque pasáramos la vida tratando de comprenderlo. Sin embargo, estoy seguro de que me habría muerto de pena al verla hundida en la vergüenza y el dolor a causa del hombre en quien siempre pensé con orgullo. Y puesto que no ha ocurrido, no tengo derecho a quejarme. Cuando no se ha perdido un brazo o una pierna, no hay que lamentar una o dos heridas superficiales».

Cuando Adam llegaba a este punto en sus reflexiones, cruzó un portillo y divisó a un hombre que andaba a corta distancia. Reconoció a Seth, que volvía de un sermón nocturno, y apresuró el paso para alcanzarle.

—Creí que habrías llegado a casa antes que yo —dijo Adam cuando Seth se volvió para esperarle—; hoy me he retrasado un poco.

—Yo también, pues me entretuve hablando después del sermón

con John Barnes, que pretende seguir un camino de perfección y quería preguntarle acerca de ello. Es uno de esos individuos que te llevan más lejos de lo que te figuras. No se encuentran muchos como él.

Siguieron andando juntos y durante dos o tres minutos no cruzaron una sola palabra. Adam no se sentía dispuesto a tratar de sutilezas religiosas, en cambio tenía deseos de cambiar unas palabras de afecto fraternal. En él era un impulso raro, a pesar de lo mucho que se querían él y Seth. Muy pocas veces hablaban de asuntos personales o hacían alusión a sus problemas familiares. Adam era reservado por naturaleza, y Seth mostraba cierta timidez con respecto a su hermano, más práctico que él.

—Oye, Seth —dijo Adam apoyando el brazo en los hombros de su hermano—, ¿has tenido noticias de Dinah desde que se marchó?

—Sí —contestó Seth—. Me autorizó a escribirle para comunicarle cómo seguíamos y de qué modo nuestra madre había soportado su dolor. Hace quince días le escribí y le dije que tenías un nuevo empleo y que nuestra madre estaba más contenta; y el miércoles pasado, cuando fui al correo de Treddleston, encontré una carta de ella. Me parece que te gustaría leerla, pero no te dije nada porque noté que estabas muy preocupado. Esta carta se lee con facilidad, pues Dinah, para ser mujer, escribe muy bien.

Seth sacó la carta del bolsillo y la tendió a Adam quien la cogió y dijo:

—En realidad he tenido estos días grandes preocupaciones; debes excusarme si he estado más silencioso o malhumorado que de costumbre. No por eso te quiero menos, y estoy persuadido de que siempre estaremos unidos.

—Nada tengo que dispensarte, Adam, pues de sobra sé que tus sentimientos son siempre los mismos.

—Nuestra madre ya está en la puerta para ver si llegamos —dijo Adam mientras emprendían la subida de la cuesta—. Como de costumbre, está a oscuras. ¡Hola, Gyp! Parece que estás contento de verme.

Lisbeth entró de nuevo en la casa y encendió una vela, porque acababa de oír los pasos de sus hijos sobre la hierba aun antes de que Gyp empezase a ladrar.

—¡Hola, hijos míos! Nunca se me hicieron tan largas las horas

como este domingo. ¿Qué habéis hecho hasta ahora?

—Sería mejor que no estuvieras a oscuras —dijo Adam—. Eso hace que el tiempo parezca más largo, madre.

—¿Y para qué tendría que encender una vela en domingo cuando estoy sola en casa y es pecado trabajar, de modo que ni siquiera puedo entretenerme haciendo calceta? Ya es bastante largo el día para que esté mirando el libro, que no sé leer. ¡Pues sí que sería un buen modo de acortar el tiempo el malgastar una buena vela! ¿Cuál de los dos quiere cenar? Porque estoy segura de que a estas horas o no tenéis apetito o habéis cenado ya.

—Yo tengo hambre, madre —dijo Seth sentándose a la mesita que acababa de poner después de encender la luz.

—Yo he cenado ya. Ven Gyp —dijo Adam tomando de la mesa una patata fría y acariciando la ruda cabeza gris levantada hacia él.

—No tienes por qué dar nada al perro —dijo Lisbeth—, ya le he dado de comer. Ten la seguridad de que no me olvido de él cuando no tengo otra cosa tuya en que ocuparme.

—Pues, entonces, ven, Gyp —dijo Adam—. Nos iremos a la cama. Buenas noches, madre. Estoy muy cansado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lisbeth a Seth en cuanto Adam hubo desaparecido escalera arriba—. Hace unos días que está muy triste. Esta mañana, después de que te marcharas, le sorprendí en el taller sentado y sin hacer nada, y ni siquiera tenía un libro delante.

—Estos últimos días ha trabajado mucho, madre, y estoy seguro de que tiene preocupaciones. Procura fingir que no lo has notado; no quiero que se enfade. Sé con él tan bondadosa como puedas y no le digas nada que le moleste.

—¿Quién habla de molestarle? ¿Y cómo puedo ser más bondadosa con él? Voy a hacerle una torta para que desayune mañana.

Al llegar a su cuarto, Adam se quitó la chaqueta y el chaleco y, a la luz de la vela de sebo, empezó a leer la carta de Dinah:

> *Mi querido hermano Seth: Hace ya tres días que su carta estaba en Correos sin que yo lo supiera, porque no tenía bastante dinero para pagar el porte. Aquí estamos pasando una temporada de miseria y de enfermedad a causa de las lluvias que han caído, como si, de nuevo, se hubiesen abierto las ventanas*

*del cielo; y tener dinero en una temporada como ésta, cuando hay tantas necesidades, sería como desconfiar de la misericordia divina. Hablo de eso porque no quisiera que se figurase que he demorado la respuesta o que me alegré poco de los bienes terrenos que han correspondido a su hermano Adam. Está muy justificado el honor y el amor que le demuestra, pues Dios le ha otorgado grandes dones y los utiliza como el patriarca José, quien, al verse exaltado a un puesto de poder y de confianza, pensaba con ternura en su padre y en su hermano menor. Mi corazón se inclina hacia su anciana madre desde el día en que pude permanecer a su lado en horas de tristeza. Háblele de mí y dígale que todas las tardes pienso en ella, cuando llega el crepúsculo, recordando cuando estuve a su lado y con las manos cogidas, mientras yo pronunciaba palabras de consuelo que me fueron dictadas por el cielo. ¡Ah! Es una hora bendita, Seth, cuando decrece la luz exterior y el cuerpo está algo fatigado por el trabajo. Entonces brilla con mayor fuerza la luz interior y tenemos una sensación más fuerte de confianza en el poder de Dios. Suelo sentarme a oscuras en mi habitación y cierro los ojos, lo cual me da la ilusión de que ya no tengo cuerpo y de que no sufriré más necesidades. Entonces las penalidades, las tristezas, el pecado que he podido ver por doquier y que me han hecho llorar, todas las angustias de los hijos de los hombres, que a veces me envuelven como una súbita oscuridad, parecen pesar sobre mí como si compartiese la cruz del Redentor. Comprendo que el amor infinito también sufre y llora, y que sólo el ciego egoísmo puede buscar el modo de evitar el dolor que sufre toda la creación. Con seguridad no es ninguna bendición el verse libre del dolor mientras éste y el pecado existan en el mundo. El dolor es una parte del amor y éste no trata de librarse de aquél. No sólo me dice esto el espíritu, sino que lo advierto en las mismas palabras del Evangelio. ¿Acaso no hay súplicas en el cielo? ¿Acaso no está allí el hombre del dolor, en el cuerpo crucificado, dentro de cuya envoltura camal ascendió al cielo? ¿Y no es Él uno solo con el Amor infinito, del mismo modo que nuestro amor se confunde con nuestro dolor?*

*Últimamente me han preocupado mucho tales ideas y he comprendido, con nueva claridad, el significado de estas*

*palabras: «Si el hombre me ama, que tome mi cruz». Y me ha parecido que eso explicaba las penas y las persecuciones que atraemos sobre nosotros mismos al confesar el nombre de Jesús. Mas, sin duda, estas ideas son muy limitadas. La verdadera cruz del Redentor era el pecado y el dolor del mundo, que tanto agobiaba su corazón, y ésta es la cruz que hemos de compartir con Él si queremos gozar de una parte de ese amor divino que se confunde con su dolor.*

*En la parte que me ha correspondido y acerca de la cual me pregunta, tengo más de lo que necesito. He trabajado sin parar en la fábrica, aunque algunos obreros han sido despedidos temporalmente. Estoy mucho más fuerte, de modo que siento muy poco cansancio después de andar o de hablar largo rato. Lo que dice acerca de que sigue viviendo en su casa con su madre y su hermano me demuestra que está muy bien guiado; es indudable que debe continuar ahí, pues buscar en otra parte mayores bendiciones sería igual que depositar una falsa ofrenda sobre el altar esperando que viniese a consumirla un fuego divino. Mi trabajo y mi alegría están aquí, entre las montañas, y algunas veces llego a temer que me intereso demasiado por mi vida entre esta gente, y que me desagradaría ser llamada a otra parte.*

*Le agradezco las noticias que me da de mis queridos amigos de Hall Farm; porque si bien les escribí una carta, aún no he recibido respuesta. Mi tía no se decide nunca a escribir; comprendo, porque lo he visto, que el trabajo de la casa es suficiente para ella. Mi corazón no la olvida, y tampoco a sus hijos, que son mis parientes más próximos. Tampoco dejo de recordar nada de aquella casa. En mis sueños me parece volver a ella y con gran frecuencia, en lo mejor de mi trabajo o de mis predicaciones, se presenta súbitamente el recuerdo de todos, como si necesitasen algo o sufriesen algún dolor, lo cual todavía me resulta oscuro. Es posible que esto tenga algún significado y espero la ocasión de que lo vea con claridad. Usted me dice que todos están bien.*

*Espero que volveremos a vemos en este mundo, aunque quizás no por ahora, porque mis hermanos en Leeds quieren tenerme algún tiempo entre ellos en cuanto se me presente la oportunidad de salir de Snowfield.*

*Adiós, querido hermano, aunque en realidad esto no es una despedida, porque los hijos de Dios que han podido verse cara a cara, que han podido comulgar juntos y sentir que en ambos obra el mismo espíritu, nunca se hallarán separados, aunque las montañas se interpongan entre ellos. Sus almas parecen dilatarse gracias a esta unión y sus pensamientos influyen continuamente uno sobre otro, comunicándose nuevas fuerzas. Su fiel hermana y compañera de trabajos en Jesucristo.*

DINAH MORRIS

*P. D. No tengo bastante habilidad para escribir en caracteres tan pequeños como usted, y mi pluma se mueve despacio. Por eso apenas puedo expresar lo que hay en mi mente. Salude a su madre con un beso de mi parte. Cuando nos despedimos me pidió que la besara dos veces.*

Adam dobló la carta, y estaba sentado en el cabezal de la cama con la cabeza apoyada en el brazo cuando Seth entró en la habitación.

—¿Has leído la carta? —le preguntó.

—Sí —dijo Adam—. No sé lo que habría pensado de ella y de su carta si nunca la hubiese visto. Creo que me habría parecido una vulgar farsante. Pero esa joven da la impresión de que cuanto hace y dice está bien, de modo que mientras leía la carta me pareció estar viéndola. Es maravilloso cómo recuerdo su cara y su voz. Estoy seguro, Seth, de que te haría muy feliz y que es la mujer que te conviene.

—No hay que pensar en eso —dijo Seth con acento dolido—. Me habló con gran firmeza y no es mujer capaz de decir una cosa y pensar en otra.

—No, pero podrían variar sus sentimientos. A veces las mujeres llegan a amar a un hombre de un modo gradual, y no es el mejor fuego el que estalla de pronto. Yo, en tu lugar, iría a verla de vez en cuando.

Además, te convendría marcharte tres o cuatro días, y estoy seguro de que no te resultarían muy largos los cincuenta kilómetros que habrías de recorrer.

—Mucho me gustaría volverla a ver si a ella no le importara —contestó Seth.

—No le disgustará —añadió Adam poniéndose en pie y apartando la chaqueta—. Para todos nosotros sería muy agradable que te aceptase. Recuerda que nuestra madre la acogió con mucho cariño y parecía estar muy contenta en su compañía.

—Sí —dijo Seth con timidez—. Y Dinah siente mucho afecto por Hetty. Piensa mucho en ella.

Adam no contestó nada y los dos hermanos se separaron después de darse las buenas noches.

# XXXI

## En el dormitorio de Hetty

Ya no había bastante luz para acostarse sin una vela, ni siquiera en casa de la señora Poyser, donde todo el mundo se iba a dormir temprano; así pues, Hetty empuñaba una al subir a su dormitorio poco después de la marcha de Adam, y una vez allí cerró la puerta por dentro. Por fin podría leer la carta. Era preciso encontrar algún consuelo. ¿Cómo podía Adam saber la verdad? Era muy explicable que el joven hablase como lo hacía.

Dejó la vela sobre un mueble y sacó la carta. Olía débilmente a rosas, lo cual le dio, por un instante fugaz, la ilusión de que Arthur estaba a su lado. Luego llevó la misiva a los labios y sintió que desaparecían todos sus temores. Mas su corazón empezó a palpitar de un modo raro y le temblaron las manos al romper el sello. Leía con lentitud, pues no tenía facilidad para comprender la escritura de un caballero, aunque Arthur se había esforzado en escribir del modo más claro posible.

> *Queridísima Hetty: Siempre te dije la verdad al asegurarte que te amaba y que nunca olvidaré nuestro amor. Seré tu verdadero amigo mientras viva, y espero poder probártelo de mil maneras. Si en esta carta digo algo que te apene, no creas que es por falta de amor y de ternura, pues por ti sería capaz de hacer cualquier cosa, siempre y cuando hubiese de proporcionarte la felicidad. No sin gran pena puedo imaginarme a mi pequeña Hetty derramando lágrimas cuando no estoy a su lado para secárselas con mis besos. Y, si me dejase llevar por mis impulsos,*

*estaría ahora contigo en vez de escribirte. Mucho me cuesta despedirme de ti para siempre y más aún escribir palabras que puedan parecerte crueles, aunque son hijas de mis mejores sentimientos.*

*Queridísima Hetty, adorada mía; por dulce que haya sido nuestro amor y a pesar de lo feliz que yo sería si me amaras durante toda la vida, comprendo que habría sido mejor para los dos no haber conocido nunca esta dicha, y que mi deber me obliga a rogarte que me quieras y me recuerdes lo menos posible. La culpa es mía, porque soy incapaz de resistir el deseo de estar cerca de ti, a pesar de saber que mi amor podría causarte grandes dolores. Yo debía haber resistido a mis sentimientos, y eso es lo que hubiese hecho de ser mejor de lo que soy; pero ahora, cuando ya no puede cambiarse lo pasado, tengo la obligación de velar por ti y evitarte determinados daños. Desde luego, comprendo que sería un gran mal para ti seguir profesándome tu amor, lo cual te impediría pensar en otro hombre que, con su afecto, puede hacerte más feliz que yo, y tampoco debes continuar esperando en el futuro algo que no puede llegar a ocurrir. Ten en cuenta, querida Hetty, que si yo accediese a lo que tú me pediste un día, y te hiciese mi esposa, realizaría un acto que serviría más para tu desgracia que para tu bienestar. Sé que no podrás ser feliz más que casándote con un hombre de tu propia condición. Y si yo me casara contigo, sólo aumentaría el mal que ya he hecho, además de faltar a mi deber con la sociedad. Tú, querida Hetty, desconoces en absoluto el mundo en que he de vivir siempre, y estoy seguro que empezarías a aborrecerme, porque en muy pocas cosas seríamos semejantes.*

*Y puesto que no puedo casarme contigo, es preciso que nos separemos; hemos de procurar no seguir considerándonos enamorados uno de otro. No sabes cuán desgraciado soy al escribirte así, pero no puedo hacer otra cosa. Enfádate conmigo, adorada mía, porque lo merezco, pero no creas que dejaré de quererte y de sentir agradecimiento hacia ti, y que no me acordaré más de mi Hetty. Y si te agobia algún dolor, cosa que no podemos prever, ten la certeza de que para remediarlo haré cuanto esté a mi alcance.*

*Ya una vez te dije adonde debías dirigir tu carta si querías*

*escribirme, pero anoto esta misma dirección al pie, por si acaso la has olvidado. De todos modos, no me escribas a no ser que pueda hacer algo por ti, porque, querida Hetty, tú y yo hemos de esforzamos en pensar el uno en el otro lo menos que podamos. Perdóname y procura olvidar todo cuanto se relaciona conmigo, a excepción de que mientras viva seguiré siendo tu fiel amigo.*

*ARTHUR DONNITHORNE*

Hetty leyó lentamente esta carta y, cuando levantó el rostro, en el antiguo y turbio espejo se reflejó su palidez, un rostro blanco como el mármol, de formas infantiles; pero en él se veía algo más intenso que la tristeza propia de una niña. Hetty no vio su propio rostro, no vio nada, y sólo sintió que tenía frío, que se encontraba mal y que temblaba. La carta se agitó en su mano y luego la dejó encima del mueble. Aquel temblor y aquel frío eran algo horrible que le hacía olvidar las ideas que lo producían, y se levantó para tomar una gruesa capa con la que se envolvió y se sentó, como si solamente quisiera recobrar el calor. Luego tomó la carta con mano más firme, y empezó a leerla de nuevo. Aquella vez se le llenaron los ojos de lágrimas, y fueron tan abundantes que la cegaron y hasta humedecieron el papel. Sólo comprendía que Arthur se mostraba muy cruel, tanto por escribirle de aquel modo como por no querer casarse con ella. Para ella no existían razones que lo impidiesen. ¿Cómo podía creer que resultaría una desgracia de la realización de todos sus sueños? No podía imaginarse la posibilidad de aquella desdicha de ninguna manera.

Al dejar de nuevo la carta, descubrió en el espejo su propia imagen; tenía los ojos enrojecidos y el semblante húmedo de lágrimas. Se veía como una compañera que pudiese compadecerse de ella. Se apoyó en los codos y contempló aquellos ojos oscuros y llenos de lágrimas; se fijó en la boca temblorosa; observó que las lágrimas eran cada vez más abundantes y que la boca se agitaba a causa de los sollozos.

El desmoronamiento del mundo de sus sueños, el horrible golpe que acababa de recibir su pasión, deprimieron de tal modo su espíritu, deseoso de placeres, y lo agobiaron con un dolor tan grande, que incluso aniquiló su resistencia y suprimió su cólera. Se quedó sollozando hasta que se apagó la bujía y luego, fatigada,

dolorida y atontada por el llanto, se tendió en la cama sin desnudarse y se quedó dormida.

Penetraba en la estancia la débil luz del amanecer cuando despertó, un poco después de las cuatro, sintiéndose desgraciada, aunque de momento no recordaba la causa. Sin embargo, poco a poco la luz de la verdad penetró en su mente. Luego se asustó al pensar que debería ocultar su dolor, y también soportarlo, mientras durase la luz de aquel nuevo día. No pudo permanecer tendida por más tiempo; se levantó y se acercó a la mesa, donde aún estaba la carta; abrió el cajoncito de sus tesoros, que contenía los pendientes y el guardapelo, pruebas de su corta felicidad y de la eterna tristeza que había de seguirla. Mirando las pequeñas joyas que antes solía contemplar y acariciar como precursoras del futuro paraíso de riquezas que la esperaba, revivió los momentos en que había recibido aquellos pequeños regalos acompañados de tiernas caricias, de hermosas palabras y de brillantes miradas que la llenaban de maravillada y deliciosa sorpresa, pues todo aquello era mucho más dulce que cuanto hubiera podido imaginarse. Y el mismo Arthur que la miró y le habló de aquel modo, que, al parecer, estaba aún a su lado, y cuyo brazo creía sentir en tomo a su cuerpo, así como también el contacto de su mejilla y el aliento de sus labios, aquel mismo Arthur era el hombre cruel que le había escrito aquella carta, aquella carta que abrió y desdobló de nuevo para poder leerla por tercera vez. Su atontamiento, hijo del llanto de la noche pasada, la obligó a repetir la lectura de la carta para convencerse de que era cierta su desgracia y, en efecto, tan cruel como se imaginaba. Para ello tuvo que acercarse a la ventana porque, de otra suerte, la escasa luz reinante no se lo habría permitido. Sí, era peor todavía, era aun más cruel. Encolerizada, arrugó el papel y sintió odio hacia aquel hombre a quien tanto había amado.

Pero aquella mañana no derramó lágrimas, pues las había agotado durante la noche anterior, y así sus ojos permanecieron secos y se vio sumida en una tristeza mayor que en los primeros momentos.

Durante todas las mañanas de su vida o, por lo menos, así se lo imaginaba, tendría que levantarse persuadida de que el día no iba a proporcionarle ninguna dicha. No hay desesperación tan absoluta como la que sentimos en los primeros momentos de nuestro primer

dolor, cuando aún ignoramos qué es el haber sufrido y el haberse consolado, el haber sentido desesperación y, más tarde, el haber recobrado la esperanza. Mientras Hetty empezaba a quitarse indolentemente la ropa que llevó durante toda la noche para lavarse y peinarse, se dijo que su vida seguiría siendo siempre igual, que en adelante sólo haría cosas que no le proporcionarían ningún placer, que tendría que seguir entregándose a las antiguas tareas y ver a personas que no le importaban nada, yendo a la iglesia y a Treddleston, a tomar el té con la señora Best, y todo ello sin que una idea feliz pasara por su mente. Sus cortas y venenosas dichas marchitaron para siempre todas las pequeñas alegrías que, en otro tiempo, constituyeron la dulzura de su vida: el traje negro y dispuesto para la feria de Treddleston, la invitación en casa del señor Britton, la verbena de Broxton, la idea de las negativas que daría a los jóvenes del lugar y la esperanza de su propia boda, que llegaría, por fin, cuando ya tuviese un traje de seda y mucha ropa… Todo eso le parecía triste y aburrido, todo en adelante sería tan triste para ella, y siempre viviría sin esperanzas y agobiada por deseos imposibles.

Se interrumpió en su tarea de desnudarse y se apoyó en el viejo armario ropero. Llevaba los brazos y el cuello desnudos y su cabello colgaba formando delicados rizos, tan hermoso como aquella noche, dos meses atrás, cuando paseaba por su dormitorio llena de vanidad y de esperanza. Ahora ya no pensaba en su cuello ni en sus brazos. Incluso su propia belleza la dejaba indiferente. Sus ojos contemplaban con tristeza la ordinaria y vieja habitación, y luego, sin ver nada, se fijaban en el día naciente. ¿Atravesó su mente el recuerdo de Dinah? ¿Pensó en sus palabras proféticas, que la hicieron enfadar, o en el ruego afectuoso que le dirigió al recomendarle que pensara en ella en un caso de necesidad? No, porque aquella impresión había sido demasiado leve para que guardase memoria de ella. Cualquier consuelo o prueba de afecto que Dinah hubiese podido darle entonces habría sido indiferente para Hetty, pues aquella mañana no pensaba en otra cosa que en su pasión tronchada. Solamente se decía que no podría continuar allí, llevando la antigua vida; y que sería mejor que fuera en busca de algo nuevo para no sumirse en la rutina diaria. Por su gusto se habría marchado aquella misma mañana sin ver de nuevo los

rostros de las personas que habitaban en la casa. Pero Hetty no tenía una naturaleza que se complaciera afrontando dificultades, y no se atrevía a desprenderse de lo que le era familiar para ir, a ciegas, en busca de algo desconocido. Su naturaleza era vanidosa, no apasionada; y en caso de verse obligada a recurrir a una medida violenta, sólo lo haría impulsada por la desesperación y el terror. En el estrecho círculo de su imaginación apenas había espacio para sus pensamientos, y pronto tomó una decisión que la alejaría de su vida presente. Rogaría a su tío que le permitiese ser doncella de servicio. La de la señorita Lydia la ayudaría a conseguir empleo en cuanto supiese que tenía el permiso de su tío.

Después de tomar esta decisión, recogió su cabello y empezó a lavarse. Ahora ya le resultaba más fácil bajar las escaleras y portarse como de costumbre. Aquel mismo día pediría permiso a su tío. Gracias a la excelente salud de que gozaba la joven, para que en su rostro se mostrasen las huellas del sufrimiento habría sido preciso que éste fuese largo y continuado, y en cuanto hubo sujetado su peinado con el pequeño gorro, un observador no muy atento habría sentido solicitada su atención más por la redondez de sus mejillas y de su cuello, y por la negrura de sus ojos y pestañas, que por un pequeño indicio de tristeza. Pero en cuanto tomó la arrugada carta para guardarla en el cajón a fin de ocultarla a las miradas, derramó ardientes lágrimas que no le proporcionaron el alivio del llanto de la noche pasada. Se secó rápidamente, resuelta a no llorar durante el día para que nadie observase su dolor ni su desengaño; y la idea de que en ella estarían fijos los ojos de sus tíos le dio el dominio de sí misma que con frecuencia acompaña a un gran temor. En efecto, Hetty pensaba en su dolor secreto del mismo modo que el enfermo y mísero preso puede pensar en la picota. Sus tíos juzgarían vergonzosa su conducta, y la vergüenza equivalía a la tortura. Esta era la pobre conciencia de Hetty.

Así pues, cerró su cajón y salió para dedicarse a su trabajo.

Por la tarde, cuando el señor Poyser estaba fumando su pipa, Hetty aprovechó la oportunidad de que se hubiese ausentado su tía para decirle:

—Tío, quisiera que me permitieses ser doncella de servicio.

El señor Poyser se quitó la pipa de la boca y, muy sorprendido, miró a la joven. Esta, que se dedicaba a coser en aquel momento,

prosiguió activamente su tarea.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza, hija mía? —dijo por fin después de soltar una bocanada de humo.

—Me gustaría… mucho más que el trabajo de la granja.

—Nada de eso. Lo crees así porque desconoces ese trabajo, hija mía. Piensa que no sería tan bueno para tu salud, ni tampoco para tu suerte en la vida. Por mi parte, deseo que estés a nuestro lado hasta que te cases con un buen hombre; eres mi sobrina carnal y por nada del mundo quisiera que fueses a servir, ni siquiera a casa de un caballero, mientras yo tenga una casa para que vivas en ella.

El señor Poyser hizo una pausa y luego dio un par de caladas a su pipa.

—Me gusta la labor de aguja —dijo Hetty—, y estoy segura de que ganaría un buen sueldo.

—¿Te ha tratado con severidad tu tía? —preguntó el señor Poyser, sin hacer caso del último argumento de la joven—. Si es así, no hagas caso, hija, porque lo hace por tu bien. Te quiere, y estoy seguro de que muy pocas mujeres te habrían tratado tan bien como ella.

—No, no es a causa de mí tía —replicó Hetty—, sino porque ese trabajo me gustaría más.

—Desde luego comprendo que te convenía aprender a coser y por eso te di permiso, en vista de que la señora Pomfret estaba dispuesta a enseñarte. Nunca se sabe lo que puede ocurrir y conviene estar preparado para todo. Pero jamás pensé en que tuvieras que ir a servir. En mi familia todos hemos comido nuestro propio pan y queso, desde los tiempos más remotos, ¿verdad, padre? Estoy seguro de que no le gustaría que su nieta fuese a ganar un sueldo.

—De ningún modo —contestó el viejo Martin con tono decidido e inclinándose para fijar los ojos en el suelo—. Pero esta chica se parece a su madre. No sabes cuánto me costó dominarla hasta que, al fin, se casó, contra mi gusto, con un sujeto que sólo tenía dos cabezas de ganado cuando podría haber tenido lo menos diez en su granja. Y así la pobre murió antes de los treinta años.

Pocas veces el viejo pronunciaba tantas palabras seguidas, pero la pregunta de su hijo cayó como un trozo de combustible seco sobre los tizones de un resentimiento que aún no se había

extinguido y que había causado que el abuelo siempre se mostrase más indiferente con respecto a Hetty que con los hijos de su hijo. La fortuna de la madre de Hetty se había desvanecido en las manos de aquel inútil de Sorrel, y era indudable que la niña había heredado el carácter de su padre.

—¡Pobrecilla! —dijo Martin hijo, que lamentaba haber provocado aquella dureza retrospectiva—. Tuvo muy mala suerte. En cambio, Hetty tiene la oportunidad de casarse con el mejor muchacho de toda la comarca.

Después de hacer esta insinuación, el señor Poyser se entregó de nuevo a su pipa y al silencio, aunque sin dejar de mirar a Hetty para ver si daba alguna señal de haber renunciado a su mal aconsejado deseo. Pero en vez de eso, Hetty, aun a pesar de sí misma, se echó a llorar, no sólo a causa de la negativa, sino también por la tristeza que había contenido durante todo el día.

—¡Vamos, vamos! —dijo el señor Poyser con tono risueño y al parecer sin dar importancia al asunto—. Vamos, no llores. El llanto queda para los que no tienen hogar y no para los que quieren abandonar el suyo. ¿Qué te parece? —continuó dirigiéndose a su esposa, que en ese momento acababa de regresar y que movía con feroz rapidez las agujas de su labor de calceta, como si este movimiento le fuese tan necesario como el de las antenas a un insecto.

—¿Qué me parece? Pues que no tardarán en robamos las gallinas, porque esta muchacha se olvida de encerrarlas por las noches en los gallineros. ¿Y qué te pasa ahora, Hetty? ¿Por qué lloras?

—Pues porque quiere ser doncella de servicio —dijo el señor Poyser—, y yo le he dicho que no piense en esas tonterías.

—Ya me figuraba yo que se le había ocurrido algún disparate, porque en todo el día no ha abierto la boca. Esto se debe a la costumbre de tratar con los criados del cazadero; no sé por qué hemos sido tan tontos de permitírselo. Ella se figura que con esa gente llevaría una vida más distinguida, y quizás se imaginará, también, que pertenecen a su propia clase; ¡y pensar que la he tenido en mi casa desde que no era mayor que Marty! Es posible que haya llegado a creer que una doncella de servicio no tiene nada que hacer salvo llevar trajes bonitos. Esa muchacha, desde que

amanece hasta que se acuesta, no piensa más que en ponerse trapos, hasta el punto de que, muchas veces, le he preguntado si preferiría ser un espantapájaros de los que se ponen en los campos, porque entonces estaría formada de trapos por dentro y trapos por fuera. Yo nunca le daré mi consentimiento para que vaya a trabajar de doncella de servicio mientras tenga parientes que estén dispuestos a cuidarla hasta que se case con alguien que valga más que un criado, pues éstos no son caballeros ni personas corrientes. Viven sin hacer nada útil y, generalmente, se contentan con cruzar las manos a la espalda por debajo del faldón de la librea, en espera de que su mujer trabaje para ellos.

—Eso es —replicó el señor Poyser—. Hemos de procurarle un buen marido, y, por suerte, lo tenemos al alcance de la mano. Vamos, hija, no llores más y vete a la cama. Ya cuidaré yo de que seas algo mejor que una doncella de servicio, y por ahora procura que no tengamos que hablar más de eso.

Cuando Hetty hubo desaparecido escalera arriba, añadió:

—No comprendo por qué quiere marcharse; últimamente parecía corresponder a Adam Bede.

—Es imposible saber lo que quiere; esa muchacha es de hielo. Incluso he llegado a creer que Molly sentiría más abandonarnos, a pesar de que sólo lleva un año con nosotros, que la misma Hetty, que ha vivido tanto tiempo en esta casa. Y si le ha dado la manía de querer ser doncella de servicio por su trato frecuente con los criados del cazadero, ya verás cómo pongo remedio enseguida a eso.

—Estoy seguro de que sentiríais separarte de ella —observó el señor Poyser—. No sólo porque su trabajo es bastante útil, sino también porque le has tomado cariño. ¿No es cierto?

—¿Que si lo sentiría? La quiero bastante más de lo que merece. Ya ves cómo nos habría dejado. No en vano ha estado siete años a mi lado y le he enseñado cuanto he podido, para no cobrarle cariño. ¡Cuántas veces he pensado también que una buena parte de los lienzos que tengo guardados servirían para darle sábanas y manteles cuando se casara y viviera en la parroquia con nosotros, sin alejarse nunca de nuestras miradas! He sido una tonta pensando así con respecto a ella, cuando es una desagradecida que jamás nos ha tenido el menor afecto.

—No debes dar tanta importancia a eso —replicó el señor

Poyser, conciliador—. Estoy seguro de que nos quiere, pero como es tan joven apenas sabe lo que desea. Piensa que a estas edades cualquiera sería capaz de abandonar la casa sin saber por qué.

Las respuestas de su tío, sin embargo, tuvieron sobre Hetty otro efecto además de desalentarla y de hacerla llorar. Comprendió muy bien a quién se refería aquél al aludir a su matrimonio, y al futuro que se le destinaba, y en cuanto volvió a encontrarse en su dormitorio, la posibilidad de casarse con Adam se le ofreció de un modo distinto. En una mente en la que no se desarrollan fuertes simpatías por nadie, y donde no existe el sentido de la justicia y de la razón en que pueda apoyarse su naturaleza agitada para adquirir el valor de sufrir, uno de los primeros resultados del dolor es el de agarrarse, de un modo desesperado y vago, a cualquier cosa que pueda cambiar el estado de las cosas. La limitada visión de Hetty sobre su futuro, que en ningún momento fue más allá que un cálculo fantástico de sus probables placeres y dolores, había quedado interrumpida a causa de sus actuales sufrimientos, y por ello se sentía dispuesta a tomar una de esas decisiones irreflexivas y convulsivas por las cuales hombres y mujeres desgraciados se lanzan, de una pena temporal, a la desgracia de toda una vida.

¿Por qué no casarse con Adam? Poco le importaba una cosa u otra, siempre que trajese algún cambio en su vida. Confiaba en que él seguiría deseoso de tenerla por esposa, pero no se preocupó para nada por la felicidad del propio muchacho.

Tal vez el lector creerá muy extraño este movimiento impulsivo hacia una decisión que podría haberle parecido repugnante dada la situación en que se hallaba la joven en la segunda noche de su tristeza.

En efecto, los actos de un alma tan pequeña y trivial como la de Hetty, cuando luchan entre los distintos destinos propios del ser humano, suelen ser siempre raros. De igual modo son extraños los movimientos de la pequeña nave que, sin lastre alguno, surca el tempestuoso mar. Y sin embargo, ¡qué hermosa era con su blanca vela a la luz del sol, cuando estaba anclada en la tranquila bahía!

«Dejad que soporte la pérdida el hombre que desató sus amarras». Pero eso no salvaría la hermosa embarcación que pudo haber sido la alegría de una larga vida.

# XXXII

## La señora Poyser habla claro

En la reunión del siguiente sábado por la tarde en Donnithorne Arms, hubo una discusión muy animada acerca del incidente ocurrido aquel mismo día; nada menos que la segunda aparición del individuo elegante de botas altas, y que, según decían algunos, era un granjero que deseaba arrendar la granja del cazadero, mientras que otros sostenían que era el futuro administrador; pero el señor Casson, testigo personal de la visita del forastero, dijo desdeñosamente que no era más que un recaudador, como lo había sido el mismo Satchell. Nadie pensó siquiera en contradecir el testimonio del señor Casson, que aseguraba haber visto al forastero.

—Le he visto con mis propios ojos —dijo—. Le vi venir a lo largo del prado del manzano silvestre, iba en una yegua de pelo corto. Yo me disponía a tomar un vaso de vino, pues eran las diez de la mañana, hora en que acostumbro a hacerlo. Y dije a Knowles cuando se acercó con su carro: «¿Quieres hoy un poco de cebada, Knowles?». Y me volví hacia el granero por el lado del camino de Treddleston. Entonces, al pasar junto al fresno, vi al hombre de las botas altas que venía montado en una yegua de pelo corto. ¡Que no me mueva más si miento! Me quedé quieto hasta que se acercó, y le dije: «Buenos días, señor». Deseaba oír su voz para saber si era un campesino, y por eso repetí: «Buenos días, señor. Hace muy buen tiempo para la cebada, ¿no le parece? Si tenemos suerte habrá buena cosecha». Y él me contestó: «Tiene razón». Pero por el acento de sus palabras —añadió el señor Casson guiñando un ojo—, comprendí que no procedía de ciento cincuenta kilómetros de distancia y estoy seguro de que mi acento debió de parecerle raro,

como os ocurre a todos los de Loamshire que no habláis como es debido.

—¿Que no hablamos como es debido? —exclamó Barde Massey con acento desdeñoso—. Usted sí que habla como es debido, igual que un cerdo que chilla podría figurarse que toca el cornetín.

—Tal vez me engaño —contestó el señor Casson con amarga y sardónica sonrisa—. Me parece que un hombre que ha vivido, como yo, muchos años entre caballeros, ha de saber lo que es hablar bien, por lo menos tanto como un maestro de escuela.

—No dudo —contestó Barde con tono irónico— de que usted se ha forjado ilusiones acerca de la perfección de su acento. Puede estar seguro de que cuando la cabra de Michael Holdsworth empieza a balar, se figura que lo hace con un acento intachable.

Como todos eran naturales de Loamshire, ni uno sólo dejó de burlarse del señor Casson, quien, muy juiciosamente, volvió a referirse al primer asunto de la conversación, el cual, lejos de quedar agotado en una sola velada, se renovó al día siguiente en el cementerio, antes de la misa.

Dos o tres días después, hallándose la señora Poyser a la puerta de su casa ocupada en hacer calceta, vio al anciano caballero entrar en el patio a lomos de su póney negro, seguido por el lacayo John. Y la buena señora siempre citaría aquella visión como un caso de corazonada, que tenía algo más que su penetración habitual, pues en el instante en que fijó los ojos en el caballero, se dijo: «No me extrañaría que viniese a hablar de ese individuo que va a tomar en arriendo la granja del cazadero, y con el deseo de que Poyser haga algo en su favor. Pero mi marido dará pruebas de ser tonto si lo hace».

Algo raro debía de haber en el aire, porque eran contadísimas las visitas que el caballero hacía a sus arrendatarios; y aunque durante el año anterior la señora Poyser se había recitado muchos discursos imaginarios que pensaba dirigir al caballero la primera vez que apareciese en la granja, el caso es que tales discursos continuaron siendo imaginarios.

—Buenos días, señora Poyser —dijo el anciano caballero mirándola con sus ojos de miope, cosa que, según pensó la buena mujer, casi la ofendía, pues no parecía sino que ella fuese un insecto y que el caballero se dispusiera a aplastarla con el pulgar.

—Servidora de su señoría —contestó sin embargo haciendo una reverencia y avanzando luego hacia él, pues no era mujer capaz de mostrarse descortés con sus superiores si antes no la provocaban seriamente.

—¿Está en casa su esposo, señora Poyser?

—Sí, señor. En la era. Voy a hacerle llamar y, mientras tanto, tenga la bondad de echar pie a tierra y de entrar.

—Gracias, así lo haré. Quiero consultarle sobre un pequeño asunto, pero a usted también le atañe, si no más. Deseo su opinión.

—Hetty, ve corriendo y di a tu tío que venga —ordenó la señora Poyser al entrar en la casa.

El anciano caballero se inclinó para responder a la reverencia de Hetty mientras que Totty, dándose cuenta de que llevaba un delantal manchado de confitura de grosella, ocultaba el rostro detrás del reloj y de vez en cuando asomaba, furtiva, la cabeza para contemplar al recién llegado.

—¡Qué hermosa cocina! —dijo el señor Donnithorne contemplándola con admiración. Siempre hablaba del mismo modo cortés, pronunciando las palabras con mucha claridad, tanto si éstas eran dulces como duras—. Además la tiene muy limpia, señora Poyser; le aseguro que prefiero esta casa a otra cualquiera de la propiedad.

—Pues bien, señor, ya que le gusta tanto, le agradecería mucho que consintiera en hacer algunas reparaciones, porque el maderamen está carcomido y la bodega tan llena de agua que casi llega a la rodilla. Si quiere puede comprobarlo, aunque espero que no dudará de mis palabras. ¿No quiere sentarse, señor?

—Aún no. Quiero ver su lechería; hace muchos años que no lo he hecho. Por otra parte, todo el mundo se hace lenguas del queso y de la manteca que elabora —dijo el caballero al parecer seguro de que entre él y la señora Poyser no podía originarse ninguna desavenencia—. Me parece ver la puerta abierta desde aquí. No le sorprenda si miro con deseo su crema y su manteca. Tengo casi la certeza de que las de la señora Satchell no se podrían comparar con las suyas.

—No puedo decirlo, señor —respondió la señora Poyser—, pues nunca tengo ocasión de ver la manteca de otras casas, aunque me bastaría con olería para saber cómo es.

—¡Ah! Eso es lo que me gusta —dijo el señor Donnithorne mirando a su alrededor en aquel húmedo templo de la limpieza, pero sin moverse de la puerta—. Estoy seguro de que desayunaría con mucho más apetito si supiese que la manteca y la crema procedían de esta lechería. Realmente es un espectáculo muy agradable. Muchas gracias, pero mi ligera tendencia al reumatismo me hace temer la humedad y por eso me sentaré en su cómoda cocina. ¡Ah, Poyser! ¿Cómo está? ¿Ocupado como siempre en sus asuntos? He estado visitando la hermosa lechería de su esposa, la mejor ama de casa de toda la parroquia, ¿verdad?

El señor Poyser acababa de entrar en mangas de camisa, con el chaleco desabrochado y el rostro más colorado que de costumbre por haberse dedicado a clavar algunas estacas. Y mientras estaba allí de pie, rubicundo, sano y radiante al lado del pequeño, sarmentoso, frío y viejo caballero, parecía una manzana madura junto a una pera reseca.

—¿Quiere sentarse en este sillón, caballero? —dijo acercándole el sillón de su padre—. Lo encontrará muy cómodo.

—No, muchas gracias. Nunca me siento en los sillones —dijo el anciano caballero dejándose caer en una sillita que había junto a la puerta—. ¿Sabe, señora Poyser…? Pero háganme el favor de sentarse los dos. ¿Sabe que no estoy nada satisfecho del modo como la señora Satchell lleva la lechería? Opino que no tiene, como usted, un buen método.

—La verdad, señor, es que no puedo hablar de eso —contestó la señora Poyser con voz dura, enrollando y desenrollando su calceta y mirando al exterior por la ventana mientras continuaba de pie ante el anciano.

Poyser podía sentarse si quería, se dijo, pero ella estaba dispuesta a no hacerlo ni a tomar parte en ninguna conversación de tono suave. El señor Poyser que, por el contrario, estaba muy satisfecho, se sentó en su sillón.

—Y ahora, Poyser, puesto que Satchell ya ha dejado la granja, me propongo arrendarla a un hombre respetable. Estoy cansado de cuidarla yo; ya sabe que en estos casos nada sale bien. Es muy difícil encontrar un administrador competente y, por lo tanto, creo que usted y yo, Poyser, así como también su excelente esposa, aquí presente, podríamos llegar a un arreglo que nos proporcionaría

mutuas ventajas.

—¡Oh! —exclamó el señor Poyser, ignorando en absoluto adonde quería ir a parar su interlocutor.

—Si me es permitido hablar, señor —observó la señora Poyser después de mirar con lástima a su marido por su llaneza—, le diré que usted sabe más que yo; pero no comprendo qué nos importa a nosotros la granja del cazadero, pues ya tenemos bastante con la nuestra. Desde luego, me alegro de que venga a vivir a la parroquia una persona respetable, pues no faltan los que carecen de esta condición.

—Le aseguro que en el señor Thurle encontrará a una persona excelente, y no dudo de que se alegrará de haber consentido en el plan que voy a mencionar, especialmente si, como espero, lo encuentra ventajoso para usted como para él.

—La verdad, señor, es que si es ventajoso para nosotros, se tratará del primer ofrecimiento de esta clase que he oído en mi vida. En este mundo es muy distinto obtener ventajas o darlas. Y no hay duda de que, en general, es preciso esperar mucho antes de que vengan a ofrecérnoslas.

—El caso es, Poyser —dijo el caballero pasando por alto la teoría de la señora Poyser acerca de la prosperidad en el mundo—, que en la granja del cazadero hay demasiadas tierras de pasto y, en cambio, son escasas las de labor, según opinión de Thurle, quien, en realidad, sólo aceptará la granja con la condición de que se haga algún cambio con respecto a las tierras; al parecer, su esposa no es una lechera tan experimentada como la señora Poyser. Así pues, el plan que se me ha ocurrido es hacer un pequeño cambio. Si poseyera usted los pastos de abajo, podría aumentar su lechería, lo cual resultaría provechoso bajo la dirección de su esposa; y a cambio yo le pediría que abasteciese mi casa de leche, crema y manteca a los precios del mercado. Por otra parte, Poyser, usted entregaría a Thurle las lomas de arriba y de abajo que, en realidad, en la estación lluviosa más le molestan que otra cosa. Se corre mucho menos peligro con las tierras de pasto que con las de trigo.

El señor Poyser estaba con el cuerpo inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y la boca casi cerrada, al parecer muy preocupado en hacer coincidir las puntas de sus dedos para que representasen con la mayor exactitud posible los costillajes

de un navío. Era demasiado listo para no comprender lo que se le proponía y para ignorar la opinión de su mujer acerca del asunto; pero no le gustaba dar respuestas desagradables, a no ser que se tratase de defender la calidad de su trabajo, y siempre prefería ceder que tener una disputa. Además, aquel asunto atañía más a su mujer que a él mismo. Por eso, después de unos momentos de silencio, la miró y le preguntó suavemente:

—¿Qué dices a eso?

La señora Poyser había fijado la mirada severa en su marido mientras éste guardaba silencio, pero ahora volvió el rostro de pronto, contempló con mirada gélida el tejado del establo de las vacas, y atravesando con una de las agujas la labor de calceta, la sujetó con firmeza entre sus manos.

—¿Que qué digo? Que puedes hacer lo que quieras. Eres dueño de ceder o no tus campos antes de terminado el plazo de arriendo, que caerá el año próximo, el día de San Miguel; pero, por mi parte, no quiero trabajar más en la lechería, ni por dinero ni por consideración alguna. Y, según veo, aquí no hay dinero ni consideración, sino egoísmo por parte de los demás y el deseo de meterse el dinero en el bolsillo. Comprendo que hay quien nació dueño de la tierra y que otros han de trabajarla con el sudor de su frente —y la señora Poyser se detuvo un instante para recobrar aliento—. También sé que el deber de los cristianos es someterse a sus mayores y superiores, pero no quiero ser mártir ni quedarme con la piel y los huesos en beneficio de cualquier propietario de Inglaterra, aunque se trate del mismo rey Jorge.

—No, no, mi querida señora Poyser, nada de eso —dijo el caballero confiando aún en sus dotes de persuasión—. Nadie pretende que trabaje más de lo debido. Si se fija bien verá que, de este modo, su trabajo disminuye en vez de aumentar. En la abadía se necesita tanta leche que apenas podrá hacer más manteca y más quesos que en la actualidad; y yo creo que vender la leche es un medio más provechoso de sacar producto de una lechería, ¿no cree?

—Eso es verdad —replicó el señor Poyser, incapaz de contenerse y no dar su opinión acerca de algo relacionado con los beneficios que reportaba la explotación de la granja y olvidando también que, en su caso, no era una cuestión puramente abstracta.

—Me atrevo a decir —replicó con amargura la señora Poyser,

volviéndose ligeramente hacía su marido y mirándole con atención concentrada—, me atrevo a decir que estas cosas se afirman muy pronto al amor del fuego y fumando una pipa. Si se pudiera hacer un pudín con sólo pensar en la masa, pronto estaría preparada la comida. ¿Cómo sé yo si necesitarían la leche de un modo constante? ¿Quién me asegura que, dentro de algunos meses, no preferirán aumentar el sueldo a los criados en vez de mantenerlos, y entonces yo me despertaré por las noches preocupada por mis noventa litros de leche y sabiendo que Dingall no me comprará más manteca, aun cuando yo produzca mayor cantidad? Y tendremos que cebar cerdos y luego pedir de rodillas al carnicero que nos los compre; eso después de perder más de la mitad por culpa del sarampión, aparte del trabajo de traer y llevar, que emplearía media jornada de un hombre y un caballo, lo cual habría que descontarlo de los beneficios. Pero hay gente que se figura que con un cedazo podrá transportar toda el agua que quiera.

—Esta dificultad de traer y llevar la leche no tendrá que sufrirla, señora Poyser —dijo el caballero, figurándose que la discusión de los detalles indicaba ya, por parte de la señora Poyser, cierta conformidad lejana—. Bethell se encargaría de hacer el transporte con el carro y el caballo regularmente.

—¡Oh, señor! Si me lo permite, le diré que nunca quisiera ver a los criados de los caballeros entrar en mi casa para hacer la corte a mis dos criadas, que, sin duda, se quedarían embobadas escuchando sus chismes en el momento en que tendrían que estar fregando el suelo. Aunque me costara la ruina, nunca consentiré en tal cosa.

—Bueno, Poyser —dijo el caballero cambiando de táctica como si la señora Poyser se hubiera retirado de la habitación—, haga lo que quiera. No me será difícil llegar a otro acuerdo para abastecer mi casa y tampoco olvidaré su buena disposición para complacer a su señor y a un vecino. Sé que le gustaría mucho renovar vuestro arrendamiento por tres años más cuando expire el plazo actual. Por su parte, Thurle, que es hombre de algún capital, se encargaría con gusto de las dos haciendas, ya que pueden explotarse juntas; pero no quiero reñir con un antiguo arrendatario como usted.

Verse alejada de este modo de la discusión habría sido más que suficiente para exasperar a la señora Poyser, aun sin la amenaza final. Su esposo, realmente alarmado ante la posibilidad de tener

que abandonar la casa donde había nacido, se disponía a empezar una explicación amable.

—La verdad, señor —dijo—, es que me parece difícil…

Pero en aquel momento, la señora Poyser estalló con la desesperada determinación de hablar claro aquella vez, aunque le ordenasen abandonar la granja y su único amparo fuese el asilo.

—Pues bien, señor, si se me permite hablar, y digo esto porque hay quien se figura que el papel de las mujeres consiste en estarse contemplando con toda tranquilidad cómo sus maridos venden el alma, le diría que si el señor Thurle está tan dispuesto a arrendar las dos granjas, es una lástima que no tome esta y vea si le gusta vivir en una casa en la que hay todas las plagas de Egipto: la bodega llena de agua y de sapos y ranas que saltan por la escalera; los suelos podridos y las ratas y ratones que se comen todo el queso y corren por encima de nuestras cabezas cuando estamos en la cama, hasta el punto de que llegamos a temer que se nos coman vivos… Y gracias a Dios que, por ahora, no han devorado todavía a ninguno de nuestros hijos. La verdad, me gustaría ver si hay otro arrendatario, además de Poyser, dispuesto a soportar que no se haga nunca la menor reparación, a pesar de que todo se cae de viejo, y que después tenga que pagar la renta que pagamos. Mire, mire si encuentra a un extraño que quiera llevar esta vida. Estoy segura de que no lo hallará. ¡Ah! ¿No me quiere escuchar? —continuó la señora Poyser siguiendo al anciano más allá de la puerta.

En efecto, éste, después de los primeros momentos de sorpresa, se puso en pie, la saludó moviendo la mano y, sonriendo, fue en busca de su caballo. Pero no pudo alejarse inmediatamente, porque John hacía pasear al animal por el patio y estaba a alguna distancia cuando le llamó su amo.

—Huya, si quiere, de mis palabras, señor, e intrigue para hacernos algún daño, puesto que tiene al viejo Harry por amigo, a falta de otro; pero le digo de una vez para siempre que no somos mudos para que se abuse de nosotros y que no consentiremos que se nos explote como si no supiéramos lo que debemos hacer. Y si soy la única que le dice la verdad, sepa que lo mismo piensa todo el mundo en esta parroquia y en la inmediata, porque su nombre no es querido en ninguna parte, si exceptuamos a dos o tres viejos a

quienes les da, a veces, alguna ropa de franela y un plato de sopa con la esperanza de salvar su alma, como si fuese muy difícil salvar una cosa tan pequeña.

En determinadas ocasiones dos criadas y un carretero pueden constituir un público temible, y mientras el caballero salía montado en su caballo negro, su intensa miopía no le impidió observar que Molly, Nancy y Tim sonreían no lejos de allí. Quizás sospechó que el malhumorado y viejo John se reía también a su espalda, lo cual era cierto. Mientras tanto, el *bull-dog* y el *terrier* negro y pardo, el perro pastor de Alick, y el ánsar que aleteaba a una distancia conveniente de los cascos del caballo, parecían corear de un modo formidable el solo de la señora Poyser.

Apenas vio ésta que el caballo se alejaba, dio media vuelta, dirigió a las dos risueñas muchachas una mirada que las obligó a echar a correr, y, quitando la lanza que atravesaba su calceta, reanudó su labor con su rapidez habitual mientras volvía a entrar en la casa.

—Veo que le has hablado claro —dijo el señor Poyser algo alarmado e intranquilo; no le hacía ninguna gracia el estallido de su mujer.

—Sí. Le he dicho la verdad —empezó la señora Poyser—. Y no sabes lo desahogada que me he quedado. La vida acaba por resultar inaguantable cuando se ha eje callar y si te ves obligada a decir lo que piensas un poco cada día y no de una vez. Y aunque llegue a ser tan vieja como el caballero, no me arrepentiré de haberlo hecho.

—Pero, en cambio, no te gustará cambiar de casa cuando venza el plazo del arrendamiento —dijo el señor Poyser—, ni ir a vivir a una parroquia desconocida donde no tengas a nadie con quien tratar. Eso será muy duro para nosotros dos y también para mi pobre padre.

—De nada sirve preocuparse. De aquí a entonces pueden ocurrir muchas cosas. Antes de que venza el arrendamiento quizás el capitán será ya dueño de todo —dijo la señora Poyser, inclinada al parecer a ser optimista contra su costumbre y a no perder la esperanza con respecto a un conflicto que ella misma se había buscado sola.

—No me preocupo, te lo aseguro —dijo el señor Poyser abandonando su sillón y dirigiéndose lentamente a la puerta—, pero

me sabría muy mal dejar esta hacienda y la parroquia en que nací y me he criado, y donde también nació mi padre. Si eso ocurriese dejaríamos aquí nuestras raíces y no prosperaríamos en ninguna parte.

# XXXIII

## Más eslabones

Recogieron por fin la cebada y se celebraron las cenas de las cosechas sin esperar la de las habas. Se cosecharon también las manzanas y las nueces, y se guardaron debidamente. El olor a suero de las granjas había sido sustituido por un fuerte aroma de cerveza. Los bosques que había detrás del cazadero adquirieron un solemne esplendor bajo los cielos encapotados. Llegó la fiesta de San Miguel, con sus olorosos cestos de ciruelas y sus flores aromáticas; pero el señor Thurle, aquel imponente y magnífico granjero, no acudió a la granja del cazadero, y el anciano caballero no tuvo más remedio que buscar un nuevo arrendatario. Era cosa sabida en las dos parroquias que el plan del caballero se había frustrado a consecuencia de la negativa de los Poyser, que no quisieron aceptar sus condiciones, y en todas las granjas de la vecindad se discutieron las verdades de la señora Poyser con un entusiasmo que aumentaba gracias a la repetición frecuente. Las nuevas de que Bonaparte volvía de Egipto eran relativamente insípidas, y la derrota de los franceses en Italia carecía de importancia al lado de la que sufrió el viejo caballero ante la señora Poyser. El señor Irwine había oído una versión distinta del hecho de labios de cada uno de sus feligreses con excepción de los habitantes del cazadero. Pero, como siempre, evitó con habilidad cualquier disputa con el señor Donnithorne y no pudo darse el placer de reírse del chasco del viejo con nadie más que con su propia madre, la cual declaró que, si sus medios se lo permitían, de buena gana concedería una pensión vitalicia a la señora Poyser; no obstante, como compensación, quiso invitarla a fin de oír de sus labios un relato de la escena ocurrida.

—No, no, mamá —dijo el señor Irwine—. Eso ha sido un acto de justicia irregular por parte de la señora Poyser, y un magistrado como yo no debe apoyar este proceder. Tampoco debe saberse que yo estoy enterado del asunto, pues perdería la poca influencia que tengo sobre el anciano.

—Pues bien, me gusta esa mujer bastante más que sus quesos de crema —dijo la señora Irwine—. Posee el ánimo de tres hombres, y tiene una lengua afilada.

—¡Ya lo creo! Su lengua corta como una navaja de afeitar. Además, su conversación es muy original. Es una de esas inteligencias no cultivadas que suministran a una comarca toda clase de proverbios. Ya le dije lo que una vez oí de sus labios refiriéndose a Craig: «Creo que se parece a un gallo que está convencido que el sol sale todos los días con el único objeto de oírle cantar». Es una fábula de Esopo en una sola frase.

—De todos modos será muy desagradable que el viejo no les renueve su arrendamiento el próximo día de San Miguel. ¿No te parece?

—Quizás sí lo haga. Además, Poyser es un arrendatario tan bueno, que sin duda Donnithorne lo pensará dos veces y digerirá su malhumor antes de echarlos. Pero si les da el aviso el día de la Virgen, Arthur y yo removeremos cielo y tierra para hacerle cambiar de opinión. No conviene que se marchen unos feligreses tan antiguos.

—Nadie sabe lo que ocurrirá antes del día de la Virgen —dijo la señora Irwine—. El día del cumpleaños de Arthur me pareció que el viejo estaba un poco débil. Ya sabes que tiene ochenta y tres años, de modo que la edad es más que suficiente… Sólo las mujeres deben vivir tantos años.

—Siempre y cuando tengan hijos solteros, que se verían perdidos sin ellas —contestó el señor Irwine riéndose y besando la mano de su madre.

También la señora Poyser contestó a los temores de su marido diciéndole que nadie sabía lo que podía ocurrir antes del día de la Virgen. Esta era una de aquellas proposiciones generales e innegables que, por lo común, se expresan para dar un sentido particular también innegable. Pero realmente sería pensar muy mal de la naturaleza humana si se considerase como ofensa criminal

imaginar la muerte del mismo rey cuando éste hubiese ya cumplido los ochenta y tres años. De ser así, solamente los bretones más estúpidos podrían ser súbditos reales.

Aparte de este presentimiento, las cosas marcharon como de costumbre en casa de los Poyser. La dueña creyó observar una conducta sorprendente y muy mejorada por parte de Hetty. En realidad, la muchacha parecía tener un carácter mucho más hermético, y a veces no era posible sacarle una palabra del cuerpo; pero, en cambio, pensaba mucho menos en sus trajes y se dedicaba a su trabajo sin que nadie tuviera que recordárselo. Además, resultaba muy notable el hecho de que ya no quisiera salir y de que incluso costase persuadirla de que lo hiciera. También acató la orden de su tía de suprimir las lecciones semanales de costura en el cazadero sin un gruñido. Quizás finalmente la muchacha estuviera interesada por Adam, y también era posible que su repentino deseo de ir a servir se debiese a un disgusto entre ambos que, por suerte, ya debía de haber pasado. Siempre que Adam iba a Hall Farm, Hetty parecía estar más alegre y hablaba más que en otros tiempos; en cambio, cuando el señor Craig u otro de sus pretendientes iba a hacerle una visita, mostraba su malhumor sin disimulo.

Al principio, Adam la observaba con temblorosa ansiedad, que pronto desapareció para dar lugar a la sorpresa y a una esperanza deliciosa. Cinco días después de entregarle la carta de Arthur, se aventuró a volver a la granja, no sin temer que su visita resultase penosa para la joven. Al llegar no la encontró en la casa y se sentó a hablar con el señor y la señora Poyser por espacio de unos minutos, temiendo a cada momento que le dijesen que Hetty estaba enferma. Pero en breve oyó los ligeros pasos que tan bien conocía, y cuando la señora Poyser dijo «¿Dónde has estado, Hetty?», Adam se vio obligado a dar media vuelta, aunque temió verla muy cambiada. Y casi se sobresaltó al notar que sonreía como si le mirase con satisfacción y que a primera vista tenía el mismo aspecto de siempre, a excepción de que llevaba un gorro, cosa que nunca había hecho antes. Pero al fijarse más en ella mientras iba de un lado para otro o se sentaba a trabajar, notó que, en efecto, había sufrido un cambio. Sus mejillas estaban tan sonrosadas como siempre y sonreía de la misma manera, pero en sus ojos había algo distinto, así como también en la expresión de su cara y en todos sus movimientos.

Adam creyó que notaba en ella algo más duro y menos infantil.

«¡Pobre chiquilla —se dijo—, siempre ocurre igual! La pobrecilla ha tenido el primer disgusto de su vida, pero es animosa y lo soporta bien, gracias a Dios».

A medida que trascurrieron las semanas, observó que ella parecía muy complacida al verle, que volvía hacia él su hermoso rostro como para darle a entender la alegría con que le acogía, y luego se dedicaba a su trabajo con la misma tranquilidad de siempre, sin dar muestras de ningún pesar, de modo que él empezó a creer que los sentimientos de la joven con respecto a Arthur habían sido menos profundos de lo que se imaginara en el primer momento de indignación y de alarma, y que ella, gracias a su imaginación infantil, pudo creer que Arthur la amaba y que se casaría con ella, aunque luego se había curado de esa locura. Y quizás se debía todo, según él llegó a esperar en sus momentos de mayor confianza, a que lentamente el corazón de la joven se inclinaba hacia el hombre que, como le constaba, sentía por ella un amor serio y profundo.

Tal vez podrá creer el lector que Adam no era muy sagaz en sus interpretaciones y que hacía mal en enamorarse de una muchacha que, en realidad, no tema otra cualidad que su belleza, y a la que él atribuía toda clase de virtudes, procurando incluso disculparla por haberse enamorado de otro, y esperando sus miradas bondadosas, del mismo modo que un perro aguarda que los ojos de su amo se vuelvan hacia él. Pero en una cosa tan compleja como la naturaleza humana es casi imposible fijar reglas sin excepción. Desde luego me consta que, por regla general, los hombres sensibles se enamoran de las mujeres más espirituales que conocen, y que son capaces de ver claro a través de los bonitos engaños de las hermosas coquetas sin creerse nunca amados cuando no lo son, dejando de amar en las ocasiones oportunas y casándose, al fin, con la mujer que más les conviene. En una palabra, se granjean la aprobación de todas las muchachas solteras de su vecindad. Pero, de vez en cuando, se presenta una excepción de esta regla, y mi amigo Adam era una de ellas. Por mi parte, no por eso le respeto menos. Y hasta llego a creer que el amor profundo que sentía por la hermosa Hetty procedía del mismo vigor de su naturaleza y no de ninguna debilidad.

Nuestro buen Adam no tenía bonitas palabras para expresar sus sentimientos por Hetty; era incapaz de disfrazar así el misterio dándole una apariencia de conocimiento; consideraba, con la mayor franqueza, que su amor era un misterio, y sólo sabía que la contemplación y el recuerdo de la joven le conmovían profundamente, actuando en todo su amor y en toda su ternura, así como en su fe y en su valor. ¿Cómo podía, pues, imaginarse ningún egoísmo, dureza o mezquindad en la joven? Él creó la mente que, según pensaba, era la de ella, y se la imaginó generosa, tierna y cariñosa.

Las esperanzas que sentía con respecto a Hetty suavizaron un poco su opinión sobre Arthur. Estaba seguro de que las atenciones de éste con la joven habían debido de ser muy ligeras; desde luego no tendría que habérselas tributado, dada la posición social de Arthur; era también probable que no hubiesen constituido nada más que un juego que a él le cegó por miedo al peligro, pero que, al mismo tiempo, le impidió causar una impresión profunda en el corazón de Hetty. A medida que se renovaron las esperanzas de felicidad en el corazón de Adam, empezaron a morir su indignación y sus celos. Hetty no era desgraciada, y hasta llegó a creer que ella le manifestaba mayor simpatía que antes, de modo que, algunas veces, cruzaba por la mente de Adam la idea de que incluso la amistad con Arthur, que creyó muerta, podría revivir, y que, en lo venidero, no tendría que despedirse de aquellos magníficos bosques, sino que los querría más porque pertenecían a su amigo. Aquella nueva promesa de felicidad, que inundó su espíritu inmediatamente después del estallido de dolor, causó un agradable efecto en el joven, que estaba acostumbrado a las penalidades y a las esperanzas moderadas. ¿Acaso le sería al fin propicia la suerte? Así lo parecía, porque a principios de noviembre Jonathan Burge, viendo que era imposible reemplazar a Adam, se decidió a ofrecerle una participación en sus negocios sin otra condición que la de continuar dedicándole sus energías y renunciar a establecerse por su cuenta. Tanto si quería casarse con la hija de su patrono como si se casaba con otra mujer, Adam se había hecho demasiado necesario para que se pudiera prescindir de él, pues la inteligencia del joven era mucho más importante para Burge que la misma habilidad de sus manos; además, el hecho de que se le hubiese encomendado la

administración de los bosques constituía una diferencia muy escasa con respecto a sus servicios, puesto que cuando se tuviera que comprar alguna madera del caballero sería muy fácil apelar a una tercera persona. Adam vio cómo se ampliaban sus horizontes de un trabajo próspero, en el que siempre pensó con ambición. Podría llegar quizás a construir un puente, el edificio de un ayuntamiento o una fábrica, porque siempre se dijo que el negocio de construcción de Jonathan Burge era como una bellota capaz de ser la madre de un enorme roble. Por eso, al oír tales proposiciones, dio la mano a Burge y regresó a su casa con la mente llena de felices ideas, a las cuales estaba asociada, huelga decirlo, la deliciosa imagen de su adorada.

Adam podría ya tomar una casa para él solo y pasar lo suficiente a su madre para que continuase viviendo en la antigua; sus esperanzas justificarían su próximo casamiento, y si Dinah quisiera aceptar a Seth, su madre viviría, quizás, más contenta estando separada de Adam. Pero se recomendó a sí mismo no obrar con precipitación ni poner a prueba los sentimientos de Hetty hasta que tuviesen tiempo de fortalecerse. Al día siguiente, al salir de la iglesia, iría a Hall Farm a comunicarles estas noticias. Estaba seguro de que el señor Poyser se pondría más contento que si le diesen un billete de cinco libras esterlinas, y también podría observar si Hetty se alegraba. Con todas las cosas que llenaban su mente, el tiempo pasaría rápido, y la vehemencia que en los últimos tiempos había llegado a dominarle no le obligaría a pronunciar palabras prematuras. Pero cuando llegó a su casa y comunicó a su madre tales noticias mientras cenaba, la pobre mujer casi lloró de alegría y quiso obligarle a que comiese el doble de lo acostumbrado para celebrar su buena suerte. Luego Adam no pudo dejar de prepararla, con cariño, para el cambio que se avecinaba, diciéndole que la antigua casa sería muy pequeña para que todos ellos continuasen habitándola.

# XXXIV

## El noviazgo

El domingo siguiente fue muy seco y realmente agradable, teniendo en cuenta que era el 2 de noviembre. El cielo estaba nublado, pero las nubes se hallaban a gran altura y el viento era tan suave que las hojas amarillentas que se veían bajo los setos sólo caían por estar ya secas. A pesar de todo, la señora Poyser no fue a la iglesia, pues tenía un resfriado muy fuerte; dos inviernos atrás había tenido que guardar cama durante varias semanas a causa de un gran constipado. En vista de que su mujer no iba a la iglesia, el señor Poyser consideró que lo mejor que podía hacer era quedarse a su vez en casa para acompañarla.

Quizás no hubiese podido explicar claramente las razones de tal resolución, pero ya se sabe que nuestras convicciones más firmes dependen, en determinados casos, de impresiones sutiles que apenas se pueden expresar con palabras. Lo cierto es que ningún individuo de la familia Poyser fue a la iglesia aquella tarde, a excepción de Hetty y de los niños. No obstante, Adam se sintió lo bastante atrevido para reunirse con ellos después del servicio religioso y manifestó su deseo de acompañarles a casa. Mientras atravesaron el pueblo pareció ocuparse tan sólo de Marty y de Tommy, hablándoles de las ardillas que había en el bosque y asegurándoles que los llevaría allí algún día. Pero una vez hubieron llegado a los campos, les preguntó cuál de los dos hermanos corría más, y les propuso hacer una carrera para ver quién llegaba antes a casa, prometiendo que el vencedor iría con él al bosque antes que el vencido. Sin embargo, puso la condición de que Tommy saliese primero por ser el más pequeño.

Nunca Adam se había sentido tan decidido como aquel día. En cuanto los muchachos se hubieron alejado, se volvió para mirar a la joven y dijo:

—¿Quiere apoyarse en mi brazo, Hetty?

Pronunció estas palabras con tono de súplica, como si ya hubiese hecho esta misma petición y ella se hubiera negado. Hetty lo miró sonriendo y en el acto pasó su redondo brazo por el del joven. Desde luego eso a ella no le importaba gran cosa, pero comprendió que para Adam tenía mucho significado, y por su parte deseaba que el joven continuase manifestándole su amor. Tampoco latió más deprisa su corazón mientras contemplaba tristemente los setos casi desprovistos de hojas y los campos labrados; pero Adam, por su parte, apenas se daba cuenta de que andaba. Se dijo que Hetty notaría la ligera presión que él ejercía sobre su brazo; las palabras se precipitaban a sus labios, pero no se atrevía a pronunciarlas, y así, guardó silencio mientras atravesaban aquel campo. La tranquila paciencia con que había esperado el amor de Hetty, contentándose con verla y pensar en el futuro, le había abandonado desde el terrible choque que experimentara tres meses antes. La agitación de los celos dio a su pasión una nueva intranquilidad y casi no podía soportar el temor y la incertidumbre. Pero si bien no se sentía con fuerzas para hablar de su amor a Hetty, por lo menos le refiriría sus esperanzas y observaría si le gustaba. Por eso, en cuanto fue dueño de sí mismo, dijo:

—Voy a comunicar a su tío algunas noticias que le sorprenderán, Hetty, y creo que también las oirá con gusto.

—¿De qué se trata? —preguntó la joven con indiferencia.

—Pues de que el señor Burge me ha ofrecido una participación en sus negocios, y yo he aceptado.

Se observó un cambio en el rostro de la joven, aunque sin duda no se debió a la impresión agradable de esta noticia, sino a que sintió una repentina alarma, porque había oído tantas veces a su tío decir que Adam podría casarse con Mary Burge y tener una participación en los negocios en cuanto expresara tales deseos que, inmediatamente, se le ocurrió pensar que Adam había renunciado a su amor a causa de lo sucedido últimamente, y decidido, en cambio, casarse con Mary Burge. Con esa idea en la cabeza y antes de que la razón le indicase su imposibilidad, se sintió defraudada y más sola

que nunca. Se dijo también que la única persona en quien había confiado la abandonaba a su vez, y eso le llenó los ojos de lágrimas. Los tenía entonces fijos en el suelo, pero Adam pudo verle el rostro, notó las lágrimas y exclamó:

—¡Hetty! ¡Querida Hetty! ¿Por qué llora?

Mientras tanto recorrió con su pensamiento todas las causas posibles del llanto de la joven y, por fin, dio con la verdad. Hetty creía que él iba a casarse con Mary Burge y quizás esta suposición le producía pena. Adam abandonó en el acto toda precaución y empezó a temblar de alegría. Luego se inclinó hacia ella, le tomó la mano y dijo:

—Ahora ya puedo pensar en casarme, Hetty, puesto que me será posible dar algunas comodidades a mi esposa; pero, si usted no me quiere, por mi parte no pensaré en ninguna otra mujer.

Hetty levantó los ojos y le sonrió a través de sus lágrimas, como hiciera con Arthur Donnithorne la primera noche en el bosque, cuando se figuró que no acudiría y, sin embargo, al final se presentó ante ella. Sentía un débil triunfo, y sus grandes ojos negros y sus dulces labios eran tan hermosos como siempre, quizás más que nunca, porque últimamente Hetty se había convertido ya en una adorable mujer. Adam apenas podía creer en la felicidad de aquel momento. Su mano derecha sujetó la izquierda de la joven y la oprimió contra su corazón mientras se inclinaba hacia ella.

—¿Me ama de veras, Hetty? ¿Querrá ser mi esposa para amarme y cuidarme mientras viva?

Hetty no contestó, pero el rostro de Adam estaba muy próximo al suyo, y ella apoyó su redonda mejilla en la de él como podría haberlo hecho un garito. Quería ser acariciada y forjarse la ilusión de que Arthur estaba a su lado.

Adam ya no necesitó oír palabra alguna después de notar aquel movimiento de la joven, y los dos apenas cruzaron otra palabra durante el resto del paseo. Él preguntó únicamente:

—¿Me permite que se lo diga a sus tíos, Hetty?

Y ella, sonriendo, le contestó:

—Sí.

Aquella noche el hogar de Hall Farm proyectó sus rojos resplandores sobre los alegres rostros de los reunidos, cuando Hetty subió a su cuarto y Adam aprovechó la oportunidad para comunicar

al matrimonio y al abuelo que ya se sentía con fuerzas para mantener a una esposa y que Hetty le había aceptado.

—Espero que no tendrá ninguna objeción que oponer a nuestro noviazgo —dijo Adam—. Aunque todavía soy pobre, ella no carecerá de nada mientras yo pueda trabajar.

—Nada de eso —replicó el señor Poyser mientras el abuelo se inclinaba hacia adelante y decía a su vez: «Ningún inconveniente, ninguno»—. ¿Qué objeciones podemos hacer contra usted, amigo mío? Nada importa que aún sea pobre, porque hay tanto dinero en su cabeza como en campo labrado; sólo falta dejar pasar algún tiempo. Y como quizás no tenga lo bastante para empezar, nosotros le ayudaremos a amueblar la casa. Tenemos bastantes plumas y grandes piezas de tela, ¿verdad?

Dirigió esta pregunta a la señora Poyser, que estaba envuelta en un chal y demasiado ronca para hablar con facilidad. Al principio se limitó a mover la cabeza de arriba a abajo, pero luego fue incapaz de resistir la tentación de ser más explícita.

—Mal iríamos si no tuviésemos abundancia de plumas y de tela, cuando jamás he vendido un pollo sin desplumar y el torno de hilar no para ningún día de la semana.

—Ven, hija mía —dijo el señor Poyser cuando bajó Hetty—. Ven a darnos un beso para que te deseemos buena suerte.

Hetty se acercó despacio y besó a su corpulento y bondadoso tío.

—Ahora —dijo éste dándole cariñosas palmadas en la espalda— ve a besar a tu tía y a tu abuelo. Veré con tanto gusto tu casamiento como si fueses mi propia hija, y lo mismo opina tu tía, porque después de los siete años que has vivido con nosotros, te quiere de todo corazón. Pero —añadió en broma cuando Hetty hubo besado a su tía y al anciano— también Adam querrá un beso; no tengo ninguna duda de ello, y además le corresponde en derecho.

Hetty se volvió sonriendo mientras el señor Poyser exclamaba:

—Venga, Adam, y bese a Hetty.

Adam se puso en pie ruborizado como una doncella, a pesar de ser un muchacho alto y fuerte, y rodeando a Hetty con un brazo, se inclinó y la besó en la frente.

Aquella escena a la luz del hogar resultaba muy simpática. La cocina no estaba alumbrada por bujías, que eran innecesarias, pues el fuego resplandeciente se reflejaba en el pulimentado roble y en

los utensilios de peltre. Por otra parte nadie quería trabajar durante la tarde del domingo, y hasta la misma Hetty sentía cierto contento rodeada como estaba de tanto amor. El afecto de Adam y sus caricias no despertaron su pasión ni satisfacían su vanidad, sin embargo era lo mejor que le ofrecía la vida y además le prometía algún cambio.

Antes de que se marchase Adam, hubo grandes discusiones sobre la posibilidad de encontrar una casa para que la habitase el nuevo matrimonio. No había ninguna desocupada, a excepción de una inmediata a la de Will Maskery, o sea en el pueblo, pero tenía el inconveniente de ser demasiado pequeña. El señor Poyser insistía en que lo mejor sería conseguir que Seth y su madre se trasladasen de domicilio y dejasen la antigua casa para Adam, quien podría agrandarla pues tenía bastante terreno destinado a depósito de maderas y a jardín; pero Adam se resistía a que su madre abandonase la antigua vivienda.

—Bueno, bueno —dijo por fin el señor Poyser—. No tenemos necesidad alguna de dejarlo todo decidido esta misma noche. Hay que darse tiempo para reflexionar. De todos modos no os podréis casar antes de Pascua. A mí no me gustan los noviazgos largos; sin embargo es preciso esperar algún tiempo para prepararlo todo como es debido.

—No hay duda —dijo a su vez la señora Poyser con voz ronca—. Los cristianos no pueden casarse como si fuesen pájaros.

—Por mi parte no estoy nada contento —dijo el señor Poyser—, pues pienso que quizás nos obliguen a dejar la hacienda y nos veamos forzados a trasladarnos a treinta kilómetros de distancia.

—¡Dios mío! —dijo el viejo mirando al suelo y levantando las crispadas manos a la altura de su blanca cabeza—. Me será muy doloroso abandonar este lugar para que me entierren en una parroquia desconocida. Además, en otra parte te harán pagar el doble, por lo menos —añadió mirando a su hijo.

—En fin, padre, no hay que apurarse por ahora —dijo Martin hijo—. Aún es posible que venga el capitán y nos ponga en paz con el viejo. Yo confío mucho en eso, pues sé que el capitán es hombre capaz de arreglar estas cosas.

# XXXV

## El temor oculto

Adam estuvo muy atareado durante el tiempo que medió entre los meses de noviembre y febrero, y raras veces, si se exceptúan los domingos, pudo ver a su prometida. Sin embargo, en aquella temporada fue muy feliz, pues veía acercarse el día de su casamiento, ya definitivamente señalado para celebrarse en los primeros días del mes de marzo. A la casa vieja se habían añadido dos nuevas habitaciones, porque finalmente se convino que su madre y su hermano vivirían con ellos. Lisbeth se echó a llorar de tal manera al pensar que tendría que dejar a Adam, que éste rogó a Hetty que, por amor a él, consintiera en el deseo de la anciana de vivir con ellos.

Con gran alegría por parte de Adam la joven aceptó, porque su mente estaba en aquel momento agobiada por otros temores y poco le importaban los caprichos o deseos de Lisbeth. Adam se consoló muy pronto del disgusto que le dio Seth cuando, al regresar de su visita a Snowfield, le dijo que su empeño había sido inútil, pues Dinah no pensaba siquiera en casarse. Y cuando Adam dijo a su madre que Hetty consentía en vivir con todos y que ya no habría necesidad de pensar en separarse, la anciana le contestó en un tono más alegre que nunca desde que se habló de su casamiento:

—Bueno, hijo mío; así seré feliz. Yo no me ocuparé más que de los trabajos pesados para que ella no se canse y, además, no tendremos que repartir la vajilla, que siempre he visto en los mismos estantes.

En el cielo de la felicidad de Adam sólo había una nube: a veces Hetty parecía ser desgraciada. Pero a todas sus preguntas ansiosas y

tiernas, ella contestaba con voz firme que estaba muy satisfecha y que no deseaba nada más. Y después de estas palabras, se mostraba más alegre que de costumbre. Tal vez sólo estaba algo cansada del trabajo y agobiada por la ansiedad, porque poco después de Navidad la señora Poyser cogió otro resfriado, que se convirtió muy pronto en una inflamación de los pulmones, y esta enfermedad la retuvo en cama durante todo el mes de enero. Hetty tuvo que cuidar del gobierno de la casa y hasta suplir a Molly mientras ésta cuidaba a su señora; y, al parecer, la joven se entregó en cuerpo y alma a sus nuevas funciones con todo el ardor de que era capaz, de modo que el señor Poyser decía a Adam que sin duda se proponía demostrar cuán buena ama de casa sería; pero como al mismo tiempo temía que se excediese en su trabajo, comprendía que debería gozar de algún descanso en cuanto su tía estuviese restablecida.

Este deseado acontecimiento ocurrió en la primera quincena de febrero, cuando ya el tiempo fue más benigno y empezó a fundirse la nieve en las montañas. Pocos días después de que su tía bajase a la cocina, Hetty fue a Treddleston a comprar algunas cosas que se necesitaban para la boda, y la señora Poyser la regañó por no haberse acordado de ello antes, observando que si se hubiese tratado de algún traje o de alguna gala no habría dejado de ir.

Eran las diez cuando Hetty salió, de modo que la escarcha de las primeras horas de la mañana se había fundido ya. Los buenos días de febrero tienen en sí una esperanza más alegre que otros cualesquiera del año. Resulta agradable exponerse a los suaves rayos del sol, contemplar el paciente trabajo de los caballos de labranza, que dan la vuelta en el extremo del surco, y pensar, al mismo tiempo, que ya se acercan los hermosos días del año. Los pájaros parecen comprenderlo también, y sus voces son tan diáfanas como el aire claro de la mañana. No hay todavía hojas en los árboles y en los setos, pero, en cambio, los pastos tienen un tono verde brillante que contrasta singularmente con el color pardo de las ramas y de la tierra recién labrada. Entonces el mundo parece magnífico y resulta delicioso recorrer los valles y hasta trasponer las montañas. Eso he pensado muchas veces al verme en países extranjeros, donde los campos y los bosques se han presentado a mis ojos con el mismo aspecto que los de nuestro Loamshire inglés;

he visto la tierra rica y recién labrada con igual cuidado y los bosques cubriendo las suaves pendientes para morir junto a los verdes prados; pero, de pronto, he divisado a la orilla del camino algo que me ha recordado que no estoy en Loamshire. He visto la imagen de una gran agonía, la agonía de la Cruz. Quizás la he descubierto junto a las apretadas flores del manzano o alumbrada por el sol, al lado de los campos de trigo, o tal vez al dar la vuelta junto al bosque e inmediata a un manso arroyo, y seguro que si en este mundo hubiese un viajero que no conociese la historia de la vida del hombre, aquella imagen de agonía le parecería fuera de lugar al verla rodeada de la alegre naturaleza. Ignoraría, quizás, que detrás de las flores del manzano, entre el dorado trigo o también debajo de los arbustos, pudiese existir un corazón humano angustiado, una lozana joven que ignorase dónde podría hallar refugio contra la vergüenza; y no comprendería nuestra vida mucho más que un cabritillo extraviado, que anduviera errante, a la caída de la tarde, por entre los solitarios brezales; y, sin embargo, se hallaría junto a una de las mayores amarguras que existen.

Tales cosas se ven, a veces, ocultas entre los soleados campos y detrás de los vergeles floridos. Y el rumor del manso arroyo cuando uno se acerca a un pequeño arbusto puede confundirse con un desesperado sollozo humano. No es de extrañar que la religión del hombre comprenda tanta tristeza y tampoco que necesite a un Dios que sufra.

Hetty, cubierta por su roja capa y su caliente gorro, y llevando en la mano un cesto, se dirigía hacia un portillo que daba al camino de Treddleston, pero no gozaba de la alegría de la luz del sol, ni pensaba, esperanzada, en el acontecimiento que se avecinaba. Apenas se daba cuenta del resplandor del astro diurno; además, hacía varias semanas que tenía algo que la hacía temblar y estremecerse. Sólo deseaba verse en la carretera a fin de andar despacio, sin preocuparse de su propio aspecto, y entregarse a sus tristes pensamientos; al atravesar el portón desembocó en un sendero que corría entre los campos y los setos espesos. Sus oscuros ojos miraban sin ver los campos. Pero en aquellos ojos no había lágrimas, ya que las derramaba abundantes por las noches antes de acostarse. Junto al siguiente portillo el sendero se bifurcaba, ofreciéndole dos caminos, uno de ellos cruzaba los setos y volvería

a conducirla al camino principal, en tanto que el otro pasaba por entre los campos y la llevaría hacia las tierras de pasto, donde no vería a nadie. Escogió este último y empezó a andar un poco más deprisa, como si, de pronto, hubiese pensado en el objeto hacia el cual valía la pena encaminarse cuanto antes. Pronto se halló entre los prados, que se inclinaban en suave pendiente, y dejó el terreno llano para descender por una bajada. Más allá había un bosquecillo y se encaminó hacia él. Pero no era un bosquecillo, sino un estanque oscuro y rodeado de arbustos lleno de las lluvias del invierno, hasta el punto que algunos de los arbustos más pequeños estaban casi cubiertos por el agua. Se sentó en la orilla y sus ojos, como si obedeciesen la orden reiterada de un cerebro obsesionado, parecían tratar de averiguar qué clase de lecho sería aquél para una novia.

No, no tuvo valor para saltar a aquel frío lecho; y aunque se hubiese decidido, podrían encontrarla allí y descubrir la razón de su suicidio. Sólo le quedaba un recurso: marcharse a donde no pudieran encontrarla. A partir del triste día de su compromiso con Adam, esperó y esperó con la ciega y vaga esperanza de que ocurriese «algo»; pero ya no le era posible esperar más. Toda la fuerza de su carácter se había concentrado en un esfuerzo encaminado a disimular y se horrorizaba de todo aquello que pudiera traicionar su miserable secreto. Varias veces tuvo la idea de escribir a Arthur para comunicarle lo que le ocurría, pero siempre acabó por desistir. Él no podría hacer nada en su favor, ni protegerla contra el descubrimiento y el respeto de sus parientes y vecinos que, de nuevo, constituían todo su mundo, ahora que ya se había desvanecido su loco sueño. Su imaginación no esperaba ya ninguna felicidad proveniente de Arthur, porque éste no podía hacer nada que satisficiera o calmase su orgullo. No. Algo ocurriría, «debía» ocurrir algo que la liberase de aquel temor. En las almas jóvenes, infantiles e ignorantes, siempre hay esta ciega confianza en alguna casualidad imprevista, y es tan difícil que un muchacho o una niña crean que puede ocurrirles una tremenda desgracia como figurarse que han de morir.

Pero la necesidad la agobiaba; la fecha de su matrimonio estaba cercana y no podía continuar asida a su ciega esperanza. No tenía más remedio que huir, ocultarse donde no la encontrasen sus

parientes; pero el terror de ir errante por el mundo, del cual no sabía nada, hizo que la posibilidad de ir en busca de Arthur la tranquilizase en parte. Se sentía tan indefensa y tan incapaz de cuidar de su propio futuro que la esperanza de confiar en él le ofrecía un consuelo mucho más fuerte que su orgullo. Y mientras estaba sentada junto al estanque, se estremecía al contemplar el agua fría y oscura; la esperanza de que él la recibiese con ternura, de que la amase y la amparase, le proporcionaba un calor agradable que, por el momento, le dejaba indiferente con respecto a todo lo demás. Y así empezó a pensar exclusivamente en su proyecto de fuga.

Pocos días atrás había recibido una carta de Dinah llena de bondadosas palabras acerca del próximo matrimonio, del que se había enterado por medio de Seth; y cuando Hetty leyó la carta, en voz alta, a su tío, éste dijo: «Me gustaría mucho que volviese Dinah, porque sería un gran consuelo para tu tía, en cuanto tú te hayas marchado. Creo que harías muy bien, hija mía, en ir a verla en cuanto puedas, para persuadirla de que vuelva contigo. Tal vez la convencerías diciéndole que su tía la necesita y vencerías su resistencia a abandonar su residencia actual». A Hetty no le gustó la idea de ir a Snowfield y tampoco deseaba ver a Dinah, de modo que contestó: «Está muy lejos, tío». Pero ahora se dijo que aquella visita le serviría de pretexto para huir. Al regresar a su casa le diría a su tía que quería ir a pasar una semana o diez días en Snowfield, y luego, en cuanto llegase a Stoniton, donde nadie la conocía, preguntaría por el coche que pudiese llevarla a Windsor. Arthur estaba allí; ella iría a su encuentro.

En cuanto Hetty decidió este plan, se puso en pie, tomó el cesto y emprendió el camino hacia Treddleston a fin de comprar las cosas que le habían encargado para la boda, aun cuando sabía que nunca las necesitaría. Y se dijo que debía tener cuidado de no despertar ninguna sospecha acerca de su proyectada fuga.

La señora Poyser se sorprendió agradablemente al saber que Hetty iría a visitar a Dinah con objeto de procurar traérsela consigo y convencerla de que se quedase en la casa después de su casamiento. Puesto que el tiempo era bueno, cuanto antes se marchase, mejor; al llegar por la noche, Adam dijo que si Hetty podía salir a la mañana siguiente, él procuraría acompañarla hasta

Treddleston para dejarla en el coche de Stoniton.

—Mucho me gustaría ir contigo para cuidarte, Hetty —dijo a la mañana siguiente apoyado en la portezuela del coche—, mas espero que, a lo sumo, tardarás una semana, aunque este tiempo se me hará muy largo.

Al mismo tiempo la miraba con cariño, y su fuerte mano estrechó la de la joven. Hetty experimentó cierta sensación de protección al verse ante Adam, sensación a la que ya estaba acostumbrada. ¡Ojalá hubiese podido deshacer lo pasado y no haber conocido otro amor que su tranquilo afecto por Adam! Y las lágrimas inundaron sus ojos cuando le dirigió otra mirada.

«Que Dios premie su bondad conmigo», murmuró Adam mientras emprendía el camino de regreso.

Pero Hetty no derramó aquellas lágrimas por Adam, ni tampoco por el dolor que éste sentiría en cuanto se convenciese de que ella había huido para siempre, sino que lloró por su propio infortunio que la alejaba de aquel hombre valeroso y tierno, que le ofrecía su vida entera, y por la desdicha que, a su pesar, la arrojaba como indefensa mendiga a los pies del hombre que consideraría una desgracia el hecho de que ella se viese obligada a buscar su protección.

A las tres de la tarde de aquel día, cuando Hetty estaba en el coche que había de llevarla, según decían, a Leicester, es decir, todavía a gran distancia de Windsor, presintió vagamente que quizás realizaba aquel pesado viaje en dirección a una nueva desdicha.

Sin embargo, Arthur estaba en Windsor. Seguro que no se enfadaría con ella y, si no continuaba demostrándole su cariño, por lo menos la acogería con bondad, como le había prometido.

# LIBRO QUINTO

# XXXVI

## El viaje hacia la esperanza

El viejo cochero de Cakburne, al ver a aquella hermosa joven entre los viajeros del exterior, la invitó a sentarse a su lado y, considerándose en su calidad de cochero y de hombre en la obligación de iniciar el diálogo por medio de una broma, así lo hizo en cuanto hubieron abandonado los mojones indicadores de la proximidad de la población. Después de dar varios latigazos y de dirigir con el rabillo del ojo algunas miradas a Hetty, levantó los labios por encima de la bufanda y exclamó:

—Estoy seguro de que, por lo menos, mide metro ochenta y cinco de alto, ¿no es así?

—¿Quién? —preguntó Hetty algo sobresaltada.

—Pues el novio a quien ha dejado atrás o al lado del cual se dirige ahora.

Hetty se sonrojó y luego palideció, figurándose que aquel cochero sabía algo de ella. Sin duda conocería a Adam y le diría adonde había ido, pues para los campesinos es difícil creer que las personas notables de su propia parroquia no son conocidas en las demás y, de igual modo, Hetty no podía imaginarse que una broma casual coincidiese de tal modo con la verdad. Por esa razón se quedó demasiado asustada para contestar.

—¡Vamos, vamos! —dijo el cochero al observar que su chanza no tenía el éxito esperado—. No se lo tome en serio, y si se ha portado mal ese muchacho, busque otro novio. Una hermosa joven como usted puede tener los que quiera.

Hetty se tranquilizó un tanto al observar que el cochero ya no aludía a sus asuntos personales, pero no se atrevió a preguntarle

sobre el camino que había de seguir para ir a Windsor. Le dijo que iba a poca distancia de Stoniton, y así, en cuanto el coche se detuvo ante una posada, se apresuró a alejarse hacia otra parte de la ciudad. Al forjar el plan de irse a Windsor no previo ninguna dificultad, pues sólo pensaba en huir; y cuando hubo logrado su propósito gracias a la fingida visita a Dinah, se concentró en su encuentro con Arthur y también imaginó la acogida que éste le dispensaría sin preocuparse para nada de los incidentes del viaje. Era demasiado ignorante para prever ningún detalle, y con el dinero que llevaba, o sea tres guineas, se creyó ampliamente provista. Solamente al conocer el coste del pasaje en el coche que iba a Stoniton empezó a alarmarse con respecto al resto del viaje, y entonces, por vez primera, comprendió su ignorancia acerca de los lugares que había de atravesar para llegar a Windsor. Angustiada por esta nueva alarma, atravesó las tristes calles de Stoniton y, por fin, se metió en una mala posada en busca de un alojamiento barato para pasar la noche. Una vez allí preguntó al posadero si podía indicarle el camino que había de seguir para llegar a Windsor.

—No lo sé muy bien —contestó el interpelado—. Windsor debe de estar muy cerca de Londres, porque el rey vive allí. De todos modos, convendrá que vaya primero a Ashby, es decir, hacia el sur. Pero entre esta ciudad y Londres hay tantos lugares como casas en Stoniton. Por mi parte, nunca he viajado. Pero ¿cómo se explica que una muchacha tan joven como usted se disponga a emprender tan largo viaje?

—Voy a reunirme con mi hermano, que es soldado y está en Windsor —dijo Hetty asustada por la pregunta del posadero—. No tengo bastante dinero para pagar mi pasaje en el coche. ¿Cree que mañana por la mañana encontraré algún carro que se dirija a Ashby?

—¡Oh! Hay muchos carros, pero no es posible saber con certeza de dónde salen. Tampoco puede recorrer la ciudad para averiguarlo y, por consiguiente, sería mejor que echase a andar; no hay duda de que, por fin, hallaría en la carretera algún carro que se dirigiese allá.

Cada una de estas palabras contribuía a desalentar más y más a Hetty; veía que su camino se iba alargando y hasta llegar a Ashby le parecía ya algo difícil. Tal vez emplease un día entero en llegar allí

y, sin embargo, apenas tenía importancia comparado con el resto del viaje. Pero debía hacerlo y llegar junto a Arthur. ¡Oh, cuánto deseaba encontrar a alguien que le tuviese afecto! Nunca se había levantado por la mañana sin la certeza de ver rostros familiares; por otra parte, el viaje más largo que hizo en su vida fue a Rosseter, montada en la grupa del caballo de su tío. Y he aquí que ahora ella, que meses antes no tenía otro pesar que envidiar una nueva cinta a Mary Burge o la riña de su tía por no haber cuidado a Totty, tenía que emprender un viaje interminable, sola, abandonando su hogar y sin nada más que una trémula y lejana esperanza. Por primera vez, mientras aquella noche estuvo tendida en esa cama extraña y dura, comprendió que su hogar era muy agradable, su tío muy bondadoso con ella y que su suerte en Hayslope, entre las cosas y la gente a quienes conocía —enorgulleciéndose de un traje o de un gorro, sin tener que ocultar nada a nadie—, era precisamente la que habría deseado encontrar al despertarse, diciéndose que aquella huida febril y angustiosa no era más que una corta pesadilla. Con añoranza y pesar pensó en todo lo que había dejado atrás. Sentía su corazón lleno de desgracia y no podía pensar siquiera en los pesares de otras gentes. Y, sin embargo, antes de aquella carta cruel, Arthur fue siempre tierno y cariñoso. Este recuerdo aún le resultaba encantador, a pesar de que era sólo una bebida calmante que le hacía soportable su pena. Porque Hetty no podía concebir otra existencia futura que la de vivir oculta, ya que ni siquiera el amor le ofrecería ningún goce y su propia vida estaría ligada a la vergüenza…

A la mañana siguiente se levantó temprano y, después de desayunar un poco de leche y pan, salió hacia el camino que conducía a Ashby bajo un cielo encapotado, plomizo, con una faja amarillenta en el horizonte como una esperanza que se pierde. El desaliento de su corazón ante la dificultad de su viaje hizo que temiese gastar su dinero, quedándose tan desamparada que no le cupiese otro recurso que pedir limosna; Hetty no sólo era orgullosa por carácter, sino que, además, pertenecía a una clase digna: la que paga la mayor parte de los impuestos en favor de los pobres y que se estremece ante la idea de tener que vivir gracias a esos mismos impuestos. No se le había ocurrido nunca que pudiese obtener algún dinero vendiendo los pendientes y el guardapelo que llevaba

consigo, y así hizo uso de su aritmética y de su conocimiento de los precios para calcular cuántas comidas y cuántos recorridos podría realizar con sus dos guineas y los pocos chelines que le quedaban y que le parecían tener un aspecto melancólico, como si fuesen las pálidas cenizas de las llameantes monedas de oro.

Al salir de Stoniton anduvo varios kilómetros con relativo ánimo, imponiéndose sucesivamente como meta momentánea algún punto distante, un árbol o un portón, y cuando lo alcanzaba se ponía contenta. Pero en cuanto llegó al mojón indicador de que había recorrido seis kilómetros —el primero que descubrió junto al camino—, sintió gran desaliento al ver cuán poco había avanzado. Estaba fatigadísima y hambrienta, pues si bien acostumbraba a hacer una vida activa, no tenía, en cambio, el hábito de realizar grandes marchas, que producen una fatiga distinta de la actividad cotidiana. Mientras miraba el mojón, sintió algunas gotas de agua que le caían en el rostro; en aquel momento empezaba a llover. Ésta era una nueva complicación que no se le había ocurrido y, anonadada, se sentó en el escalón de un portillo y empezó a sollozar histéricamente. Las primeras penalidades equivalen a la primera vez que probamos una comida amarga. Al principio parece insoportable, pero como no tenemos nada más para calmar el hambre, tomamos otro bocado y, por fin, nos parece posible continuar comiendo. En cuanto Hetty se consoló un poco gracias a sus sollozos, reunió su escaso valor; puesto que llovía, debía esforzarse por llegar a un pueblo donde hallase descanso y cobijo. Poco después, y mientras seguía su fatigosa marcha, oyó el ruido de unas pesadas ruedas a su espalda; se acercaba un carro cubierto y vio que al lado de los caballos iba el carretero chasqueando de vez en cuando su látigo. Lo esperó, diciéndose que si el carretero no era un hombre intratable le rogaría que la dejase subir al carro. Cuando se acercó, el carretero permanecía atrás, pero la joven vio en la parte delantera algo que le dio ánimos. En otro momento cualquiera de su vida no lo habría notado, pero entonces despertó en ella una nueva sensibilidad. Era un perrito de ojos tímidos y de color blanco y marrón, iba sentado en la parte delantera del carro, y temblaba incesantemente. A Hetty no le gustaban mucho los animales, pero en aquel momento le pareció que aquel desgraciado ser tenía muchos puntos en común con ella misma y, sin darse cuenta de la

razón, se sintió más animada a hablar al carretero. Este era un hombre corpulento y rojizo que, a guisa de manta, llevaba un saco sobre los hombros.

—¿Me permite que suba al carro si se dirige a Ashby? —preguntó Hetty—. Le pagaré.

—Bueno —dijo aquel enorme individuo sonriendo con la lentitud propia de los hombres de su tipo—. No tengo inconveniente en que suba, aunque sea sin pagar, si no le importa ir encima de unos fardos de lana. ¿De dónde viene? ¿Para qué quiere ir a Ashby?

—Vengo de Stoniton y voy muy lejos, a Windsor.

—¿Para qué?

—Para reunirme con mi hermano, que es soldado y está allí.

—Bueno. Yo no voy más que a Leicester, y ya es bastante lejos; pero le dejaré subir al carro si no tiene mucha prisa. Los caballos no sentirán su peso, como no notan el del perrito que va delante y que recogí en el camino hace cosa de quince días. Creo que es un animal perdido; no hace más que temblar. Deme el cesto, y la haré subir por la parte trasera del carro.

El tenderse sobre unos fardos de lana con una abertura entre las cortinas del toldo para dejar entrar el aire, era un verdadero lujo para Hetty en aquellos momentos, de modo que casi se durmió hasta que el carretero fue a preguntarle si quería bajar para comer un poco. Él mismo se disponía a hacerlo en aquella taberna. Por la noche, y a hora muy avanzada, llegaron a Leicester, y así pasó el segundo día del viaje de Hetty. No gastó más dinero que el necesario para pagar su comida, pero comprendió que le resultaría intolerable viajar con tanta lentitud, de modo que, a la mañana siguiente, se dirigió a la casa de postas con objeto de preguntar si le costaría mucho hacer el viaje en coche, y también cuáles eran las ciudades que había de atravesar para llegar a Windsor. Sí. La distancia era demasiado grande y los coches muy caros, de modo que se vio obligada a renunciar a ellos; pero el anciano empleado de la oficina, conmovido al ver su hermoso y ansioso rostro, le escribió en un papel los nombres de las principales ciudades que debía atravesar. Este fue el único consuelo que tuvo en Leicester, porque los hombres la miraban en las calles y por primera vez en su vida Hetty deseó que nadie se fijara en ella. Emprendió de nuevo el camino, pero aquel día tuvo más suerte, porque pronto la alcanzó

un carretero que la llevó a Hinckley, y al haber encontrado una silla de posta de retorno, con un postillón borracho que la asustó guiando los caballos peligrosamente y dirigiéndole observaciones en broma mientras se retorcía sobre la silla, antes de la noche se vio en el corazón de Warwickshire; pero aún, según le dijeron, a cosa de ciento cincuenta kilómetros de Windsor. ¡Oh, qué grande era el mundo y cuánto le costaba realizar aquel viaje! Por equivocación se dirigió a Stratford-on-Avon, porque Stratford figuraba en la lista de poblaciones que le dieron y entonces se enteró que se había desviado bastante de su camino. Hasta el quinto día no llegó a Stony Stratford. Mirando el mapa, este viaje parece muy corto y el lector recordará, quizás, las agradables excursiones que ha hecho junto a las risueñas orillas del Avon; mas para la pobre Hetty fue un trayecto largo y penoso. Le parecía que aquella comarca de campos llanos, de setos y de casas desperdigadas, de pueblos y de ciudades de mayor importancia —todo lo cual resultaba indiferente a sus ojos — había de ser interminable y que ella se vería condenada a vagar por allí por toda la eternidad, esperando junto a las barreras de peaje a que apareciese algún carro, para luego enterarse de que iba a muy poca distancia, quizás al molino, que estaba situado a un kilómetro; además le repugnaba entrar en las tabernas para comer y preguntar, porque siempre estaban llenas de hombres que la miraban y le dirigían bromas torpes. Estaba agotada por la fatiga y por la ansiedad; tenía el rostro muy pálido y más desencajado que durante la temporada que había pasado en casa agobiada por sus temores. Cuando por fin llegó a Stony Stratford, su impaciencia y su cansancio eran ya excesivos para que pensase siquiera en economizar. Decidió tomar el coche para recorrer el resto del viaje, aunque tuviese que quedarse sin dinero. Una vez en Windsor ya no necesitaría nada más que encontrar a Arthur. En cuanto hubo pagado el pasaje en el coche, sólo le quedó un chelín y, al bajar frente a la posada de Green Man, en Windsor, a las doce del día séptimo de su viaje, hambrienta y exhausta, el cochero se le acercó y le rogó que se acordase de él. Llevó la mano al bolsillo y sacó el chelín, pero las lágrimas inundaron sus ojos al pensar que iba a dar lo último que le quedaba para pagar alguna comida que sin duda necesitaba antes de salir en busca de Arthur. Por eso tendió el chelín al cochero, lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y le

preguntó:

—¿Puede devolverme seis peniques?

—No quiero nada —replicó él con bondadosa rudeza—. Guárdese el chelín.

El posadero de Green Man había presenciado aquella escena, y era hombre cuya glotonería le servía para conservar no sólo su persona, sino también sus buenos sentimientos; aparte de que el hermoso y lloroso rostro de Hetty habría sido capaz de despertar la compasión de cualquiera.

—¡Entre, joven! ¡Entre! —dijo—. Entre a tomar algo. Está cansada y hambrienta. No es difícil adivinarlo.

Condujo a la joven al interior del establecimiento, y le dijo a su esposa:

—Lleva a la sala a esta joven. Está un poco fatigada y no parece feliz del todo.

Hetty se irritaba consigo misma al notar que no podía contener el llanto, pues creía no tener ningún motivo para llorar ya, puesto que estaba en Windsor y no lejos de Arthur.

Contempló con ansiosos y hambrientos ojos el pan, la carne y la cerveza que le sirvió la hostelera, y durante unos minutos olvidó todos sus dolores ante la deliciosa sensación de satisfacer el hambre y recobrar las fuerzas. La hostelera, que se había sentado frente a ella, la miraba con atención mientras comía.

—No está en situación de viajar —dijo fijándose al mismo tiempo en el detalle de que Hetty no llevaba ninguna sortija—. ¿Viene de lejos?

—Sí —contestó Hetty más aliviada cuando hubo comido, aunque aquella pregunta le indicó la conveniencia de dominarse—. Vengo de muy lejos y estoy muy fatigada. Pero ya me encuentro mejor. ¿Podría decirme qué camino he de tomar para ir ahí?

Al mismo tiempo sacó del bolsillo un pedazo de papel. Era el final de la carta de Arthur donde él había escrito sus señas.

Mientras hablaba entró el posadero, quien empezó a mirarla atentamente como hiciera su mujer. Tomó el papel que Hetty tendía a través de la mesa y leyó las señas.

—¿Qué debe hacer en esa casa? —preguntó.

Los posaderos y todas aquellas personas que no tienen asuntos urgentes propios suelen hacer cuantas preguntas pueden antes de

proporcionar los informes pedidos.

—Deseo ver a un caballero que está allí —dijo Hetty.

—Allí no hay ningún caballero —replicó el buen hombre—. Está cerrado… hace más de quince días. ¿A qué caballero quería ver? Tal vez pueda indicarle dónde encontrarle.

—Al capitán Donnithorne —contestó Hetty temblorosa, pues su corazón latía de un modo doloroso al ver destruida su esperanza de encontrar inmediatamente a Arthur.

—¿El capitán Donnithorne? Espere un poco —dijo el posadero con lentitud—. ¿No estaba en la milicia de Loamshire? Es un oficial joven y alto, de tez blanca y patillas rojizas. Tiene un criado que se llama Pym.

—¡Sí, sí! —exclamó Hetty—. Ya veo que lo conoce. ¿Dónde está?

—Pues a gran distancia de aquí. La milicia de Loamshire se ha ido a Irlanda. Hace ya quince días que marcharon.

—Mira, se ha desmayado —observó la hostelera apresurándose a sostener a Hetty, que había perdido el sentido y parecía un hermoso cadáver.

La llevaron al sofá y le aflojaron el traje.

—Sospecho que en todo esto hay algo muy desagradable —dijo el posadero mientras iba en busca de agua.

—Bastante se ve lo que hay —dijo la mujer—. Desde luego no se trata de una tunanta. Eso ya se ve. Tiene aspecto de ser una muchacha campesina decente y, a juzgar por su acento, viene de muy lejos. Habla como aquel palafrenero que tuvimos y que era natural del norte. Era un hombre honrado y tengo entendido que por allá la gente es muy buena.

—Nunca vi en mi vida a una muchacha tan hermosa —observó el marido—. Parece un cromo. No se cansa uno de mirarla.

—Sí, pero más le valdría haber sido menos guapa y tener mejor conducta —sentenció la hostelera, que sin ningún género de dudas toda su vida había tenido mejor conducta que belleza—. Pero ya vuelve en sí. Trae un poco más de agua.

# XXXVII

## El viaje hacia la desesperación

Hetty estuvo demasiado enferma durante el resto de aquel día para contestar a las preguntas que le dirigían y ni siquiera pudo pensar con claridad sobre los males que la aguardaban. Únicamente comprendió que sus esperanzas se habían disipado y que, en vez de encontrar un refugio, había hallado un desierto donde no había un lugar para ella. La cama cómoda y los cuidados de la buena hostelera le proporcionaron algún alivio, semejante al que experimenta el hombre fatigado de andar que decide tenderse en la arena en vez de seguir camino bajo los ardientes rayos del sol.

Pero cuando el sueño y el descanso le hubieron devuelto la fuerza necesaria para recobrar la conciencia de su situación; cuando, a la mañana siguiente, la luz del amanecer la obligó a concentrarse de nuevo en buscar remedio a sus dolores, empezó a preguntarse qué podía hacer; luego recordó que ya no tenía dinero y se estremeció al imaginarse errante entre desconocidos; la experiencia de su viaje a Windsor no le abría perspectivas muy prometedoras. ¿Hacia dónde se encaminaría? ¿Qué haría? Aun en el caso de que pudiese conseguirlo, no le habría sido posible dedicarse a ningún trabajo. No le quedaba más remedio que mendigar. Recordó entonces a una mujer joven a quien un domingo encontraron apoyada en la pared de la iglesia de Hayslope, casi muerta de frío y de hambre, y con un niño en brazos. La recogieron y la llevaron a la parroquia. ¡La parroquia! El lector no podrá comprender el efecto de estas palabras en una mente como la de Hetty, que se había educado entre personas de sentimientos algo duros con respecto a la pobreza, que vivían entre los campos y se

compadecían muy poco de la miseria y de los harapos, pues si bien en las ciudades se ven como una desgracia, en los pueblos se consideran el resultado de la pereza y del vicio. Y, precisamente, la pereza y el vicio proporcionaban cargas a la parroquia.

¡Cuánto deseaba estar de nuevo en su casa, querida y cuidada como siempre había estado! Las riñas de su tía por naderías le habrían parecido deliciosa música, y hasta las echaba de menos, porque no había entonces nada grave de que acusarse. ¿Podía ser ella la misma Hetty que solía ocuparse de hacer la manteca en la lechería, mientras por la ventana se asomaban las rosas? ¿Sería la misma fugitiva a quien sus amigos no querrían abrir la puerta, la misma que estaba tendida en aquel lecho extraño, sabiendo que no tenía dinero para pagar los cuidados que recibía y que debería ofrecer a aquellos desconocidos algo de la ropa que llevaba en el cesto? Entonces pensó en su guardapelo y en sus pendientes, y viendo que tenía cerca el bolso, lo cogió y extendió el contenido sobre el lecho. En sus estuchitos forrados de seda granate encontró el guardapelo y los pendientes; un dedal de plata con la inscripción «Acuérdate de mí»; un canuto de acero con un chelín dentro y una carterita de cuero rojo que se sujetaba por medio de una correa; ya no deseaba volver a usar aquellos hermosos pendientes, adornados con delicadas perlas y granates, que se puso con tanta alegría a la brillante luz del sol del 30 de julio. Su cabeza reposaba, lánguida, sobre la almohada, y la tristeza que se advertía en su frente y en sus ojos era demasiado intensa para que ella pensase en otros recuerdos. De pronto se llevó las manos a las orejas; los pendientes de oro que llevaba también valdrían algo. Sí, sin duda alguna podría obtener algún dinero a cambio de aquellos adornos. Los que Arthur le había regalado debieron de costar una gran suma. Los dueños de aquella casa habían sido muy buenos para ella y era probable que quisieran ayudarle a vender sus joyas.

Sin embargo, el dinero no duraría mucho tiempo. ¿Qué haría en cuanto lo hubiese gastado? ¿Adónde iría? La horrible idea de que sufriría necesidades y de que se vería obligada a mendigar, le hizo pensar por un momento en volver al lado de sus tíos para rogarles que la perdonaran y se compadeciesen de ella. Pero retrocedió ante aquella idea como si se tratase de un metal candente; jamás podría soportar aquella vergüenza ante sus tíos, ante Mary Burge, los

criados del cazadero, los habitantes de Broxton y todos cuantos la conocían. ¿Qué haría? Ante todo se alejaría de Windsor, viajaría como lo hizo la semana anterior y se aventuraría por los campos verdes y llanos, rodeados de altas montañas donde nadie pudiese verla o conocerla; y allí, cuando ya no le quedase otro remedio, tal vez tendría el valor suficiente para ahogarse en algún estanque como el que había a corta distancia de su casa. Sí, saldría lo antes posible de Windsor. No quería que la gente de la posada supiese quién era ella o la razón por la que había ido en busca del capitán Donnithorne. Y creyó que debía buscar alguna excusa que explicase sus preguntas sobre el paradero de Arthur.

Después de adoptar esta idea volvió a guardar sus joyas en el bolso, dispuesta a levantarse y a vestirse antes de que volviese la dueña de la casa. Tenía la mano apoyada en la cartera de cuero rojo cuando se le ocurrió que quizás podía haber algo dentro que hubiese olvidado, algo que pudiera vender, pues aunque ignoraba lo que podía hacer en su vida, deseaba tener los medios de prolongarla todo lo posible, y cuando se desea encontrar algo, no vacilamos en buscarlo en los lugares más extraños. No, allí no había más que algunos alfileres y agujas y unos pétalos secos de tulipán entre las hojas de papel en que anotara sus pequeñas cuentas. Pero en una de aquellas hojas había un nombre que, aun habiéndolo visto con frecuencia, nunca guardó para Hetty el valor que entonces adquirió de algo nuevo y recién descubierto. En el papel se leía: «Dinah Morris, Snowfield». Encima había un versículo escrito a lápiz por la mano de Dinah una tarde en que ambas estaban sentadas juntas y Hetty, por casualidad, dejó ante ella la cartera abierta. Hetty no leyó entonces el versículo, porque únicamente le llamó la atención el nombre. Por primera vez recordó sin indiferencia la afectuosa bondad que Dinah le había demostrado siempre, y también las palabras que ésta pronunció en su dormitorio, es decir, que Hetty debía de recordarla como una buena amiga en caso de necesidad. ¿Y si fuese en busca de Dinah para rogarle que la ayudase? Ella no pensaba del mismo modo que la gente en general; para Hetty era algo inexplicable, pero sabía que Dinah era siempre buena. No podía imaginarse a Dinah demostrándole su desaprobación o su desdén, y mucho menos hablándole con violencia o alegrándose de su desgracia y calificándola de castigo. Dinah no parecía pertenecer

al mundo de la gente cuyas miradas de fuego tanto temía Hetty. Pero ni siquiera a ella quería pedirle misericordia ni hacerle una confesión; no pudo decidirse a ir en busca de Dinah; sólo pensó en ella como posible alternativa en caso de no tener bastante valor para morir.

La buena hostelera se quedó asombradísima al ver poco después a Hetty bajar la escalera cuidadosamente y, al parecer, tranquila y decidida. Hetty le dijo que se encontraba muy bien, que sólo era el agotamiento del viaje. Hacía días que había dejado su casa con objeto de averiguar el paradero de su hermano, el cual se había fugado, y como ella creía que habría sentado plaza de soldado, era fácil que el capitán Donnithorne lo supiese, ya que en otras ocasiones este último había demostrado su bondad con respecto a aquel mismo hermano. La historia no era muy ingeniosa y la buena mujer se quedó mirando con cierto recelo a Hetty mientras se la refería; pero aquella mañana la joven estaba tan resuelta y tenía un aspecto tan distinto del día anterior, que la hostelera no se atrevió a hacer ninguna observación que pudiese parecer indiscreta. Tan sólo la invitó a desayunar con ellos, momento en el que Hetty mostró sus pendientes y su guardapelo, rogando al posadero que le ayudase a venderlos. Dijo que su viaje le había costado mucho más dinero del que esperaba y que, como no tenía valor para volver con sus amigos, necesitaba vender aquello cuanto antes.

No era la primera vez que la hostelera veía aquellas joyas, porque el día anterior había examinado el contenido del bolso de Hetty; ella y su marido comentaron lo extraño que era que una campesina tuviese en su poder tales objetos, lo cual aumentó su convicción de que había sido miserablemente engañada por el oficial.

—Bueno —le dijo el posadero cuando Hetty hubo dejado en la mesa aquellos preciosos adornos—. Podríamos llevarlos a una joyería que está aquí cerca, pero me temo que no le querrán dar ni la cuarta parte de lo que valen. Además, supongo que no le gustaría desprenderse de ellos —añadió, mirándola con la mayor atención.

—¡Oh, no me importa! —objetó Hetty—, siempre y cuando obtenga el dinero necesario para volver…

—Además, si va a venderlos, podrían pensar que los ha robado, porque no es muy corriente que una joven como usted tenga esas

joyas.

El rostro de Hetty se sonrojó de pura indignación.

—Pertenezco a una familia respetable y no soy una ladrona.

—Desde luego ya veo que no lo es —dijo la hostelera—, y tú no tienes derecho a hablar de esta manera —añadió volviéndose indignada a su marido—. Es evidente que todo eso se lo han regalado.

—Yo no quise decir semejante cosa —contestó el marido disculpándose—. No hice más que expresar lo que podía pensar el joyero para pagar menos.

—Bueno —dijo la mujer—. Suponte que tú adelantas algún dinero sobre todo eso; si ella quiere recuperarlo cuando esté de vuelta en su casa, podrá hacerlo. Pero si no recibimos noticias dentro de dos meses, podremos disponer de esos objetos a nuestro gusto.

No quiero dar a entender que en esta proposición de la hostelera no hubiese cierto egoísmo y la esperanza de obtener la recompensa de sus buenos sentimientos con la definitiva posesión de los pendientes y del guardapelo. En realidad, la buena mujer tuvo una clara visión del efecto que harían los pendientes en sus propias orejas. El posadero examinó las joyas y frunció los labios con aire pensativo. Sin duda deseaba lo mejor para Hetty pero ¿cuántas personas animadas de buenas intenciones perderían la ocasión de conseguir un pequeño beneficio? A la dueña de la posada le afecta sinceramente que se marche uno de sus huéspedes, lo respeta en extremo y se alegra si alguien se muestra generoso con él; pero al mismo tiempo le entrega una cuenta en la que obtiene el mayor beneficio posible.

—¿Cuánto dinero necesita para volver a su casa, joven? —preguntó por fin el excelente posadero.

—Tres guineas —contestó Hetty recordando la suma que tenía al salir por falta de otro término de comparación y temiendo pedir demasiado.

—Bueno. No tengo inconveniente en prestarle tres guineas —dijo el posadero—. Y si me las devuelve podrá disponer de nuevo de sus joyas. Mientras tanto, le aseguro que el Green Man no echará a correr.

—¡Oh, sí! Le agradeceré mucho que me adelante esa suma —

exclamó Hetty aliviada al pensar que no tendría que ir a casa del joyero para sufrir el examen o el interrogatorio de éste.

—Y si quiere recobrar las joyas, escriba cuanto antes —dijo la hostelera—, porque cuando hayan trascurrido dos meses dispondremos de ellas como nos convenga.

—Sí —contestó Hetty con indiferencia.

Marido y mujer quedaron igualmente contentos con este arreglo. El primero pensó que si Hetty no reclamaba las joyas podría llevarlas a Londres y venderlas muy bien; en cambio, la mujer se dijo que convencería al buen hombre para que se las regalase. Y, sin embargo, los dos creían hacer un bien a la pobre Hetty, a la hermosa joven de aspecto respetable que se hallaba en una situación penosa. No quisieron cobrarle nada por la comida ni por el alojamiento, y a las once Hetty se despidió de ellos con la misma resolución y tranquilidad de que diera muestras aquella mañana, y subió al coche que había de llevarla a treinta kilómetros de distancia por el mismo camino que siguiera al llegar.

Cuando abandonó el coche emprendió de nuevo la marcha a pie, a fin de aprovechar viajes baratos en los carros que encontraba, comiendo con la mayor economía, siempre adelante, pero sin un objetivo definido, aunque extrañamente seguía el mismo camino de la ida pero a la inversa, pese a que estaba resuelta a no regresar a casa. Tal vez actuaba así por su atracción hacia los campos de Warwickshire, cuyos altos setos le ofrecerían un escondrijo seguro aun en invierno, cuando los árboles estaban desprovistos de hojas. Andaba más despacio que a la ida, y con frecuencia descansaba largas horas debajo de los árboles; sus hermosos e inexpresivos ojos miraban sin ver; se imaginaba en la orilla de un pantano escondido como aquel en que estuvo a punto de arrojarse y se preguntaba si los que se ahogaban sufrían mucho y si después de la muerte habría algo peor de lo que temía en la vida. Las doctrinas religiosas nunca causaron mucha impresión en Hetty; era una de aquellas personas que han sido bautizadas, han aprendido el catecismo, han sido confirmadas y han ido a la iglesia los domingos, y que, sin embargo, jamás se han apropiado de un sentimiento o de una idea cristianos, de modo que el lector no comprendería las ideas de Hetty durante aquellos días horribles si se imaginase que estaban influidas por las esperanzas o por los temores religiosos.

Decidió ir de nuevo a Stratford-on-Avon, adonde la primera vez había llegado por error, pues recordaba un estanque oculto entre los campos. Sin embargo, seguía economizando el dinero, continuaba llevando el cesto y la vida era tan intensa en ella, que la muerte le parecía muy lejana. Deseaba comer y descansar, y buscaba ambas cosas desesperadamente justo en el momento en que creía estar en la orilla desde la cual podría dar un salto hacia la muerte. Habían pasado ya cinco días desde que salió de Windsor, cinco días en que había ido de un lado para otro, evitando siempre cualquier conversación y toda mirada interrogadora y esforzándose en recobrar su orgullosa independencia cuantas veces se veía sometida a alguna observación.

Por las noches buscaba un alojamiento decente, se vestía con cuidado por las mañanas y emprendía, animosa, su camino, o buscaba un cobijo en caso de lluvia, como si todavía le importase conservar la vida. Y, sin embargo, en sus momentos de mayor dolor, la tristeza de su rostro era distinta de la que pudo contemplar en el espejo empañado de su habitación. En sus ojos había aparecido una mirada dura y hasta feroz, aunque sus pestañas eran tan largas como siempre y aún conservaban su oscura brillantez. Sus mejillas nunca se llenaban de hoyuelos, pues raras veces sonreía. Su rostro era lozano, infantil y siempre hermoso, pero de él habían desaparecido el amor y la confianza, y así su belleza era triste y en sus labios apasionados no se advertía la menor pasión.

Por fin se vio entre los campos con que había estado soñando, y en un largo y estrecho sendero que conducía a un bosque. ¡Oh! ¡Si hubiese allí un estanque! Estaría más oculto que si se hallase entre los campos. Pero no, aquello no era un bosque sino un grupo de matorrales que, en otro tiempo, fue depósito de cantos rodados, y los montículos y hondonadas estaban cubiertos de maleza y de arbustos. Los recorrió de un lado a otro, esperando siempre encontrar un depósito de agua en una hondonada, hasta que, finalmente, se agotó y tuvo que sentarse a descansar.

La tarde estaba ya avanzada y el cielo plomizo se oscurecía como si el sol estuviese a punto de ocultarse. Poco después Hetty se puso en pie; pronto reinaría la oscuridad y más valía buscar abrigo para la noche, aunque se prometió dedicar el día siguiente al hallazgo del estanque. Se había perdido entre los campos y tanto le

importaba seguir una dirección como otra; anduvo largo rato sin encontrar ningún pueblo ni casa, pero en el extremo de un prado observó que se interrumpía la línea de los setos y que la tierra se hundía y dos árboles se inclinaban sobre aquella abertura. El corazón de Hetty se aceleró al imaginarse que allí estaba el estanque que andaba buscando. Se acercó a aquel lugar pisando la espesa hierba; estaba pálida y temblorosa; era como si no lo hubiera estado buscando, como si lo hubiera encontrado a pesar de sí misma.

Allí estaba, y a la luz del crepúsculo tenía un color negruzco. Todo estaba inmóvil y no se oía cosa alguna. Dejó el cesto en el suelo y luego se sentó, temblando, sobre la hierba. El estanque tenía la profundidad propia del invierno, de modo que en cuanto se secase en verano, como ocurría a los estanques de Hayslope, nadie podría ya identificar su cuerpo. Pero estaba el cesto y era necesario ocultarlo o arrojarlo al agua lleno de piedras. Empezó a buscarlas y pronto recogió cinco o seis, que dejó al lado del cesto. Hecho esto se sentó; no había ninguna prisa; disponía de toda la noche para ahogarse. Apoyó el codo en el cesto; estaba cansada y hambrienta. En el cesto llevaba tres bollos que había comprado en el mismo lugar donde había comido. Los sacó y se los comió con apetito, y luego volvió a quedarse sentada y mirando al estanque. La satisfacción que sintió al calmar el hambre y aquella mirada fija y ensoñadora, le produjeron un extraño torpor. Apoyó la cabeza en las rodillas y se quedó dormida.

Al despertar vio que era de noche y estaba helada. Aquella oscuridad le dio miedo y sintió temor de la larga noche que la esperaba. ¡Si pudiera echarse al agua! Pero no; todavía no. Empezó a andar para coger calor, como si éste pudiera darle mayor decisión. El hogar resplandeciente, el calor y las voces de su casa, la seguridad y la paz que en ella se gozaba, los campos familiares, las personas conocidas, los domingos y fiestas, con sus sencillas alegrías de ponerse un vestido nuevo y de ir a divertirse…, esas dulces imágenes de su vida resurgieron ante Hetty y extendió sus brazos hacia ellas como a través de un profundo abismo. Al pensar en Arthur apretó los dientes y lo maldijo sin saber el alcance que podía tener su maldición. Deseó que él también conociese la desolación, el frío y la vida de vergüenza que no se atrevía a dar término

apelando a la muerte.

El horror de aquel frío, de la oscuridad y de la soledad lejos de las miradas de la gente, crecía por momentos; le parecía estar muerta y comprendió que, en realidad, había perdido la vida y deseaba volver a ella. Pero no; aún vivía, todavía tenía que dar aquel horrible salto. Sintió una extraña y contradictoria mezcla de alegría y de tristeza. Tristeza por no atreverse a afrontar la muerte, y alegría por seguir viviendo, por ser todavía capaz de ver la luz, de sentir el calor.

Empezó a andar de un lado a otro para vencer el frío que sentía y, al mismo tiempo, distinguió algunas de las sombras que la rodeaban a medida que sus ojos se acostumbraban más a la noche; divisó la oscura línea de los matorrales, el rápido movimiento de algún animal, tal vez una rata campestre, que corría por entre la hierba. Ya no creía que la oscuridad fuese un obstáculo, y se sintió capaz de atravesar el campo y llegar al portillo. Una vez en el campo de al lado creyó recordar que, cerca de un aprisco, había un cobijo de aliagas. Si pudiera llegar hasta allá, no tendría tanto frío. E incluso podría pasar la noche en aquel abrigo, pues recordaba que Alick lo hacía en la época de pastoreo. El recuerdo de aquella cabaña le devolvió la alegría y la esperanza.

Tomó el cesto y atravesó el campo, pero trascurrió un buen rato antes de que encontrase el cobijo. El ejercicio y el deseo de hallarlo fueron, para ella, un motivo que contribuyó a disminuir el horror de la oscuridad y de la soledad. En el campo inmediato había algunas ovejas, y las asustó al dejar el cesto en el suelo para atravesar el portillo; el ruido de sus movimientos la consoló, le dio la certeza de que no se había equivocado. Ese era el campo del cobijo, pues recordaba haber visto en él aquellas ovejas.

Siguió pues el camino, llegó al portón del otro lado y, al encontrar el aprisco, no tardó en descubrir la cabaña, según le demostró el contacto punzante de las aliagas que, en ese momento, le pareció delicioso. Había encontrado ya un abrigo y, dando la vuelta en torno a él, llegó a la puerta y la abrió. Era un lugar reducido y maloliente pero cálido y, además, tenía bastante paja en el suelo. Hetty se dejó caer, sintiendo un alivio extraordinario. Empezó a llorar, cosa que no había hecho desde que salió de Windsor, y con lágrimas y sollozos expresó la histérica alegría de

vivir aún, de encontrarse todavía en la tierra y con las ovejas a corta distancia. La sola sensación de sus propios miembros le resultaba deliciosa. Se levantó las mangas y se besó los brazos con apasionado amor a la vida.

Pronto el calor y el cansancio la adormecieron en medio del llanto, y soñó que aún estaba en la orilla del estanque, creyendo que ya había saltado al agua; se despertó sobresaltada y se preguntó dónde estaba. Finalmente la venció el sueño y su cabeza, protegida por el gorro, halló una almohada en la pared, y así, aquella alma desgraciada, indecisa entre dos terrores iguales, encontró el único alivio que aún le quedaba, es decir, la inconsciencia.

Pero ¡ay!, este alivio pareció terminar apenas hubo empezado. Hetty soñó que estaba en el cobijo y que su tía empuñaba una vela encendida; tembló bajo su mirada y abrió los ojos. No vio ninguna vela, pero sí la luz de la mañana que atravesaba la puerta abierta. Y también la miraba un hombre desconocido de cierta edad.

—¿Qué hace aquí, joven? —preguntó con rudeza.

Ante ese temor real y esa vergüenza, tembló aún más que en el sueño bajo la mirada de su tía.

Comprendió que era como una pordiosera, por haber sido sorprendida en aquel lugar. Pero a pesar del temblor, experimentó tal deseo de explicar su presencia que halló enseguida las palabras apropiadas.

—Me he extraviado —dijo—. Me dirijo hacia el norte y ayer tarde abandoné el camino para atravesar los campos, y me sorprendió la noche. ¿Quiere indicarme el camino que me conduzca al pueblo más inmediato?

Se puso en pie mientras hablaba, se llevó las manos al gorro para ajustárselo y luego tomó el cesto.

El hombre le dirigió una mirada bovina sin decir palabra. Unos segundos después se volvió y se dirigió a la puerta; al llegar allí ladeó la cabeza y dijo:

—Sí, puedo mostrarle el camino para ir a Norton. Pero ¿por qué salió de la carretera? —añadió en tono de reproche—. Podía haberle ocurrido una desgracia.

—Sí —replicó Hetty—; no volveré a hacerlo. Le prometo seguir el camino si es tan amable para indicarme por dónde puedo llegar a él.

—Mejor sería que consultara los postes indicadores o preguntase a la gente —replicó aquel hombre con tono más brusco aún—. Cualquiera que la viese la tomaría por una bruja.

Hetty se asustó al oír aquellas palabras y más aún cuando su interlocutor le dijo que se marchase pronto. Mientras lo seguía y salía del cobijo, pensó en darle seis peniques a cambio de su indicación y para que no la creyese una bruja. Y cuando él se detuvo para señalarle la dirección del camino, Hetty echó manó al bolsillo para sacar los seis peniques. Su interlocutor se volvía ya sin despedirse, pero ella le ofreció la moneda, diciendo:

—Muchas gracias. ¿Quiere aceptar esto por su molestia?

Aquel hombre contempló la moneda y replicó:

—No necesito su dinero para nada. Mejor tenga cuidado de que no se lo roben, cosa que ocurrirá si anda vagando por los campos como una loca.

Dicho esto se alejó y Hetty emprendió el camino. Había llegado el nuevo día y se veía obligada a seguir andando. Ya no había que pensar en ahogarse, pues no tenía fuerzas para hacerlo, por lo menos mientras le quedase dinero para comprar comida y fuerza para seguir andando. Pero el incidente de aquella mañana había aumentado sus temores para cuando se le terminara el dinero definitivamente. Entonces tendría que vender el cesto y la ropa, y empezaría a tener aspecto de mendiga o de bruja. Había desaparecido ya de ella la apasionada alegría de vivir que había sentido por la noche tras evitar la muerte en el frío estanque. A la luz de la mañana, tras la impresión de la dura mirada del hombre, la vida era tan terrible como la misma muerte, o incluso peor; un miedo al que se sentía encadenada y del que habría querido retroceder como del estanque negro, pero no había refugio en el que esconderse.

Sacó él dinero del bolso y lo contó. Aún le quedaban veintidós chelines, que le podían durar muchos días, por lo menos hasta llegar a Stonyshire, o sea a muy poca distancia de Dinah. Desde que había desistido de arrojarse al estanque, la tenía más presente. Si se hubiera tratado de ir solamente al encuentro de Dinah, y de que nadie más que ésta se enterara, tal vez Hetty se habría resuelto a hacerlo. La voz suave y los ojos compasivos de Dinah la habrían atraído a su lado. Pero luego los demás se enterarían, y esta

vergüenza le daba tanto miedo como la misma muerte.

Debía seguir andando sin parar, en espera de que un acceso de desesperación le diese el valor que le faltaba. Tal vez la muerte acudiría a su encuentro, pues cada día se sentía más fatigada. Y, sin embargo, porque así es el extraño carácter de nuestras almas, que por medio de un deseo agradable nos conducen al fin que tememos, cuando Hetty salió de Norton preguntó cuál era el camino más directo para ir hacia el norte y hacia Stonshire, y no dejó de seguirlo durante todo el día.

¡Pobre y errante Hetty, de cara infantil, a la que se asomaba su triste alma desesperada, y cuyo pequeño corazón y estrecha mente no le dejaban sitio para nada más que para sus propios dolores, de modo que podía saborearlos con más intensa amargura! Mi corazón sangra por ella al verla proseguir viaje con sus cansados pies o sentada en un carro, en tanto que mira sin ver el camino que tiene delante, importándole muy poco adonde ha de conducirla hasta que se presenta el hambre y le hace desear la proximidad de un pueblo.

¿Y cuál será el fin? ¿Cuál el término de su viaje sin objetivo determinado, lejos del amor, y pensando en los seres humanos sólo armada de un sentimiento de orgullo, agarrándose a la vida como lo hace un pobre animal perseguido y herido?

Dios nos libre a ti y a mí, lector, de ser los protagonistas de una tragedia como ésa.

# XXXVIII

## Pesquisas

Transcurrieron con la tranquilidad acostumbrada para la familia de Hall Farm los primeros diez días siguientes a la partida de Hetty, y Adam, por su parte, pasó aquel tiempo entregado a su trabajo habitual. Todos esperaban que Hetty estuviese ausente una semana o diez días, por lo menos, y quizás un poco más si Dinah se decidía a regresar con ella, pues era muy posible que algo impidiese a ésta salir inmediatamente de Snowfield. Pero en cuanto hubieron trascurrido quince días, todos empezaron a sentir cierta sorpresa de que Hetty no estuviese ya de vuelta; sin duda la estancia con Dinah le había resultado mucho más agradable de lo que era de suponer. Adam estaba ya impaciente por verla y resolvió que si no llegaba al día siguiente, que era sábado, él saldría el domingo por la mañana en su busca. Ese día no había coche, pero saliendo antes de amanecer y quizás aprovechando algún carro que encontrase por el camino, llegaría bastante temprano a Snowfield para traerse consigo a Hetty al día siguiente, así como a Dinah si ésta quería acompañarles. Ya era tiempo de que Hetty volviese a su casa, y así, Adam decidió perder el lunes en recogerla.

Su proyecto recibió la aprobación de los habitantes de la granja cuando les visitó el sábado por la tarde. La señora le encargó muy especialmente no volver sin Hetty, pues ya había estado ausente demasiado tiempo, teniendo en cuenta las cosas que había de preparar para mediados de marzo, aparte de que una semana era tiempo más que sobrado para quien quisiera reponer su salud. En cuanto a Dinah, la señora Poyser tenía poca esperanza de que quisiera ir a vivir con ella, a no ser que le hiciesen creer que los

habitantes de Hayslope eran el doble de pobres y miserables que los de Snowfield.

—Además —terminó diciendo la señora Poyser—, podría decirle que solamente le queda una tía y que ésta tiene muy mala salud. También puede ocurrir que para el próximo San Miguel nos hallemos a treinta kilómetros de distancia de aquí y que nos muramos entre extraños, dejando a nuestros hijos abandonados y huérfanos de padre y madre.

—No es para tanto —observó el señor Poyser, que nunca tenía tan trágicas ideas—. Tú estás cada día mejor y hasta engordas. Sin embargo, me gustaría mucho que viniese Dinah, porque te ayudaría con los niños. Ellos la quieren mucho.

Así pues, el domingo, al apuntar el día, Adam emprendió la marcha. Seth le acompañó durante un par de kilómetros, pues al pensar en Snowfield y en la posibilidad de que Dinah volviese se sentía inquieto, y el simple hecho de acompañar a Adam le proporcionaba cierta tranquilidad. Era la última mañana de febrero y el cielo estaba gris y las nubes muy bajas, y junto al camino y en los negros matorrales se veían aún los cristales de la escarcha. Oyeron el rumor del regato que bajaba por la montaña y el débil piar de los primeros pájaros. Andaban en silencio, aunque experimentando una sensación muy agradable de compañerismo.

—¡Adiós, muchacho! —exclamó Adam poniendo la mano en el hombro de Seth y mirándole con afecto antes de separarse—. ¡Ojalá pudieras acompañarme todo el camino y ser tan feliz como yo!

—Estoy contento, Adam, muy contento —replicó Seth con tono alegre—. Al fin y al cabo, me quedaré soltero toda la vida y podré jugar con tus hijos.

Se separaron y Seth emprendió el camino de su casa, repitiendo mentalmente uno de sus himnos favoritos.

*Oscura y triste es la mañana*
*cuando tú no la acompañas;*
*el día del regreso carece de alegría*
*hasta que yo veo los rayos de tu misericordia,*
*hasta que tu luz interior llega*
*a alegrar mis ojos y a calentar mi corazón.*
*Visita, pues, esta alma mía;*

*atraviesa la penumbra del pecado y del dolor;*
*lléname del resplandor divino,*
*dispersa mi incredulidad,*
*muéstrate más cada vez*
*y brilla para iluminar el día.*

Adam iba mucho más deprisa, y cualquiera que hubiese transitado por el camino de Oakbourne aquella mañana a la salida del sol, habría recibido una impresión muy agradable al ver a aquel muchacho alto y fornido que andaba con paso vivo y con la marcialidad propia de un soldado mientras dirigía sus ojos agudos y alegres hacia las azules montañas que empezaban a mostrarse a la luz del sol. Pocas veces en la vida de Adam estuvo su rostro tan libre de inquietud como aquella mañana; y esta serenidad, como ocurre casi siempre en las mentes prácticas como la suya, le hacía más atento a los objetos que le rodeaban y le disponía mejor a hacer observaciones aplicables a sus planes favoritos y a sus ingeniosas ideas. Su felicidad, el conocimiento de que sus pasos lo aproximaban cada vez más a Hetty, que muy pronto sería suya, era para sus pensamientos lo que el dulce aire de la mañana para sus sensaciones, y le daba un bienestar que hacía agradabilísima la actividad. De vez en cuando sus pensamientos se detenían sólo en Hetty, alejando toda otra imagen que no se refiriese a ella; y, al mismo tiempo, sentía un agradecimiento intenso por haber sido favorecido por aquella felicidad, maravillándose de que la vida pudiese resultar tan dulce. Nuestro amigo Adam tenía una mente devota, aunque quizás mostraba alguna impaciencia con respecto a las palabras de devoción; su ternura estaba muy cerca de su reverencia, de modo que en cuanto se agitaba una, lo mismo le ocurría a la otra. Pero después de recrearse en estas ideas, las de orden práctico aparecían con redoblado vigor, y aquella mañana no hacía más que pensar en el modo de arreglar los caminos; y se imaginaba los beneficios que podrían resultar para la comarca de los esfuerzos de un solo caballero que quisiera dedicarse a mejorar las vías de comunicación de su distrito.

Le pareció muy corto el trayecto de quince kilómetros hasta Oakbourne, y desayunó en esa linda población contigua a las montañas. Más allá, el paisaje era menos risueño. Ya no se

divisaban bosques ni casas rodeadas de árboles, ni tampoco setos frondosos, sino unas paredes de piedra gris que dividían los pobres pastos y, a veces, algunas casas de piedra gris emergiendo de una tierra más gris todavía.

«Está claro que en esta tierra reina el hambre —se dijo Adam—. Preferiría ir hacia el sur donde, según dicen, la tierra es tan llana como una mesa; sin embargo Dinah prefiere vivir en un país donde puede consolar a la gente y, siendo así, hace bien en habitar en esta región. No hay duda de que aquí deben de pensar que les ha caído del cielo, como los ángeles en el desierto, para dar ánimos a los que no tienen nada que comer».

Al divisar Snowfield, se dijo que aquella población estaba en armonía con la comarca que la rodeaba, a pesar de que la corriente que atravesaba el valle, donde estaba instalado el molino, hacía verdecer muy agradablemente los campos. La población tenía un aspecto triste y gris y se hallaba en la ladera de una empinada montaña, pero Adam no se dirigió a ella, porque Seth le había dicho dónde podría encontrar a Dinah. Se trataba de una casita de tejado de paja algo separada de la población y a poca distancia del molino, una edificación vieja situada junto al camino y que tenía delante un campo de patatas. Allí Dinah vivía con un matrimonio anciano, y si ella y Hetty estuviesen fuera en aquel momento, Adam podría preguntarles adonde habían ido o a qué hora estarían de regreso. Era posible que Dinah hubiese salido a predicar y también que dejara en casa a Hetty; Adam así esperaba, y en cuanto reconoció la casita brilló en su rostro una involuntaria sonrisa, propia del que espera una alegría inmediata.

Apresuró el paso a lo largo del estrecho sendero y llamó a la puerta. La abrió una mujer ya anciana y muy limpia, que meneaba la cabeza con un temblor convulsivo.

—¿Está en casa Dinah Morris?

—No, no está —contestó la vieja mirando al desconocido con tanta extrañeza que hablaba con gran lentitud—. ¿Quiere hacer el favor de entrar? —añadió retirándose para dejarle paso—. Supongo que será el hermano del joven que vino hace poco, ¿no es así?

—Eso es —contestó Adam entrando—. Era Seth Bede y yo soy Adam. Me encargó presentarles sus respetos a usted y a su esposo.

—Hágame el favor de devolvérselos. Es un joven muy agradable

y usted se parece mucho a él, aunque es más moreno. Siéntese en ese sillón. Mi marido aún no ha vuelto de la iglesia.

Adam se sentó pacientemente, pues no quería agobiar a la pobre mujer con preguntas, pero miraba con atención hacia la escalera de caracol que vio en un rincón, creyendo que Hetty habría oído su voz y se apresuraría a bajar.

—¿De modo que ha venido a ver a Dinah Morris? —dijo la vieja poniéndose en pie—. ¿No sabe que está ausente?

—No —contestó Adam—, aunque ya me lo figuraba, al ser domingo. Y en cuanto a la otra joven…, ¿está en casa o ha salido con Dinah?

La anciana miró a Adam muy extrañada.

—¿Que si ha salido con ella? —preguntó—. Dinah ha ido a Leeds, una gran ciudad de la que habrá oído hablar, donde hay muchos hijos de Dios. Se marchó quince días antes del viernes pasado, porque le enviaron el dinero necesario para hacer el viaje. Mire, aquí está su habitación —añadió abriendo la puerta y sin fijarse en el efecto que sus palabras hacían en Adam.

Este se levantó y la siguió para dirigir una mirada escrutadora a la pequeña estancia provista de una cama estrecha, del retrato de Wesley colgado de la pared y de algunos libros encima de la gran Biblia. Abrigaba la injustificada esperanza de que Hetty pudiera estar allí, pero al ver que la estancia se hallaba vacía se quedó un momento sin hablar, presa de un temor indefinido e intenso de que hubiese podido ocurrirle algo a la joven durante el viaje. Pero la vieja hablaba y comprendía con tanta lentitud que aún cabía en lo posible que Hetty estuviese en Snowfield.

—Es una lástima que no lo supiera —dijo—. ¿Ha venido de su país expresamente para verla?

—Pero ¿dónde está Hetty? ¡Hetty Sorrel! —preguntó Adam de pronto.

—No conozco a nadie con ese nombre —replicó la anciana extrañada—. ¿Le han dicho que estaba en Snowfield esa persona?

—¿No vino aquí una joven, muy joven y guapa…, hace ya más de quince días para ver a Dinah Morris?

—No. No he visto a ninguna joven.

—Piénselo bien. ¿Está segura? ¿Una muchacha de dieciocho años, con los ojos negros y el cabello rizado del mismo color, que

vestía una capa roja y llevaba un cesto en la mano? Si la ha visto, no es posible que la haya olvidado.

—No, quince días antes del viernes pasado, o sea cuando se marchó Dinah, no vi a ninguna persona y desde entonces no ha venido nadie a preguntar por ella, a excepción de usted, porque todos los de aquí saben ya que se ha marchado. ¡Dios mío! Pero ¿qué ocurre?

La anciana pudo ver la mirada de espanto que asomó a los ojos de Adam, pero éste no se quedó confundido ni paralizado, sino que, por el contrario, empezó a pensar rápidamente dónde podría conseguir noticias de Hetty.

—Sí. Una joven salió de nuestro pueblo para ver a Dinah. Marchó ya hace más de quince días. Yo he venido con objeto de recogerla y temo que le haya ocurrido algo. No puedo entretenerme. Buenos días.

Salió de la casita y la anciana fue hasta la puerta meneando la cabeza, mientras él se dirigía casi corriendo a la población, con objeto de preguntar en el lugar donde se detenía el coche de Oakbourne.

No, nadie había visto por allá a una joven de las señas de Hetty. Preguntó si el coche había tenido algún accidente unos quince días atrás, y le contestaron negativamente; además, aquel día no salía ningún vehículo que pudiese llevarlo a Oakbourne. En vista de ello decidió marcharse a pie, pues no podía permanecer allí en la inacción. Mas el posadero, observando que Adam estaba muy inquieto e interesándose por aquel asunto, con el entusiasmo propio de un hombre que pasa la mayor parte del tiempo con las manos en los bolsillos contemplando una calle obstinadamente monótona, le ofreció llevarle aquella misma tarde a Oakbourne en su coche, y como aún no eran las cinco de la tarde, Adam tenía tiempo más que sobrado para comer y llegar a Oakbourne antes de las diez de la noche. El posadero declaró que él también deseaba ir allá y que podría hacerlo aquella misma tarde, de modo que así dispondría del lunes entero. Una vez Adam hubo intentado, en vano, comer algo, se guardó en el bolsillo algunas cosas que no pudo tragar y, después de beber un vaso de cerveza, se manifestó dispuesto a emprender el viaje. Al pasar por delante de la casita, se le ocurrió preguntar a la vieja dónde podría encontrar a Dinah en Leeds, pues si los

habitantes de Hall Farm vivían un gran disgusto, y el joven era pesimista al respecto, los Poyser querrían saber las señas de Dinah para hacerla llamar. Pero ésta no había dejado ninguna dirección, y la vieja, cuya memoria para los nombres era muy mala, no pudo recordar el de la mejor amiga de Dinah entre la gente de Leeds.

Durante el largo viaje en el coche del posadero, Adam tuvo tiempo para hacer toda clase de conjeturas, tan pronto pesimistas como optimistas. En un primer momento, después de descubrir que Hetty no había estado en Snowfield, atravesó su mente, produciéndole una impresión dolorosa la idea de que ella había podido ir en busca de Arthur. Pero luego procuró alejar de sí aquella sospecha desagradable. Sin duda había ocurrido algún accidente. Por una extraña casualidad, Hetty debió de subir en Oakbourne a otro coche con diferente destino; tal vez luego se puso enferma y no quiso alarmar a su familia, comunicándole la noticia. Pero estas vagas improbabilidades pronto quedaron desplazadas por el temor y por horribles ideas. Hetty debió de engañarse a sí misma al pensar que podría amarle y casarse con él, pues en realidad sólo amaba a Arthur; y ahora, desesperada al ver tan próxima la fecha de la boda, resolvió huir y reunirse con aquél. Despertaron de nuevo sus celos y su indignación y hasta imaginó que Arthur había obrado con falsedad, escribiendo a Hetty y tentándola para que fuese a reunirse con él, decidido finalmente a que no perteneciese a otro hombre. Quizás tenía él la culpa de todo lo ocurrido y había dado instrucciones a la joven para que le siguiese hasta Irlanda, pues Adam averiguó en el cazadero que hacía ya tres semanas que estaba allí. Recordó las miradas tristes de Hetty desde su compromiso, exagerando la importancia de estas observaciones de un modo penoso. Sin duda él había sido demasiado confiado. La pobrecilla quizás ignoraba sus propios sentimientos y creyó que podría olvidar a Arthur, y momentáneamente se sintió atraída por el hombre que le ofrecía su amor fiel y protector. A pesar de todo no la censuraba, porque sin duda ella jamás deseó causarle aquel dolor. La culpa la tenía aquel hombre que había jugado con sus sentimientos de un modo tan egoísta y que después quizás la había llamado a su lado.

En Oakbourne el palafrenero del Royal Oak recordaba a una joven de las señas que le dio Adam; había tomado el coche de

Treddleston hacía ya más de quince días. Dijo que no podía menos de recordar a aquella hermosa joven y que estaba seguro que no tomó el coche de Buxton, que se dirigía hacia Snowfield, pero que la perdió de vista mientras estaba ocupado con los caballos y no volvió a divisarla. Entonces Adam se dirigió a la casa de la que partía el coche de Stoniton, porque éste era un lugar adonde Hetty debía de dirigirse primero, cualquiera que fuese su destino, ya que no se aventuraría a ir más que por las carreteras principales. Allí también la habían visto y recordaban que se sentó en la delantera junto al cochero, pero fue imposible encontrar a éste, pues hacía ya tres o cuatro días que lo habían sustituido en su empleo. Quizás lo hallasen en Stoniton, preguntando en la posada donde el coche se había detenido. Así el inquieto y dolorido Adam tuvo necesidad de esperar a la mañana siguiente; mejor dicho, hasta las once, hora en que salía el coche.

En Stoniton hubo otra demora, porque el viejo cochero que llevó a Hetty había salido de la población y no volvería hasta la noche. Al regresar recordó muy bien a Hetty y también la broma que le dirigió y que repitió varias veces a Adam; había observado que a la joven debía de ocurrirle algo raro, pues sus palabras no la hicieron ni siquiera sonreír. Añadió que la había perdido de vista en cuanto bajó del coche. Parte de la siguiente mañana fue empleada en investigaciones en todas las casas de la ciudad desde las cuales partía algún vehículo, pero todo fue en vano, porque ya sabemos que Hetty salió a pie de Stoniton en las primeras horas de la mañana. Luego Adam recorrió todas las barreras de peaje de las carreteras, con la vaga esperanza de que alguien la recordase, pero no pudo seguir sus huellas más allá, de modo que no tuvo más remedio que regresar a casa para trasmitir aquellas malas noticias a los habitantes de Hall Farm. En cuanto a lo que haría luego, sólo pudo tomar dos resoluciones en la confusión de sus ideas: nada diría de la conducta de Arthur Donnithorne con respecto a Hetty hasta que fuese absolutamente necesario, porque aún cabía la posibilidad de que la joven volviese, y, en tal caso, el haber revelado aquel secreto constituiría una vergüenza para ella. También decidió que en cuanto llegara a su casa, después de preparar lo necesario para ausentarse de nuevo, emprendería el viaje a Irlanda, y si en el camino no encontraba huellas de Hetty,

buscaría a Arthur Donnithorne para averiguar qué sabía él sobre los movimientos de la joven. Varias veces se le ocurrió la idea de consultar al señor Irwine, pero eso sería inútil del todo, a no ser que le revelase lo ocurrido, sin callar nada, traicionando el secreto. Parece raro que Adam, en su incesante preocupación por Hetty, nunca pensase que la joven se había dirigido a Windsor ignorando que Arthur ya no estaba allí. Quizás no pudiera concebir que Hetty fuese en busca del caballero sin ser llamada. No podía imaginar ninguna causa que la obligase a dar semejante paso, en vista de la carta que le había escrito Arthur en el mes de agosto. En su mente no había más que una alternativa: o bien Arthur le había escrito de nuevo para tentarla, o, simplemente, ella huyó de la inminente boda al darse cuenta de que no podría amarle bastante y temiendo, por otra parte, la indignación de sus parientes en cuanto se retractase.

Decidido a ir en busca de Arthur, le torturaba la idea de haber perdido dos días en vano; y, sin embargo, puesto que no quería decir a los Poyser las sospechas que tenía sobre Hetty, ni su intención de seguirla, era conveniente demostrarles que había hecho cuanto humanamente era posible para averiguar su paradero.

Después de las doce de la noche del martes, Adam llegó a Treddleston y, deseando no molestar a su madre ni a Seth, y evitar, al mismo tiempo, sus preguntas a aquellas horas, fue a acostarse sin desnudarse a el Waggin Overthrow, donde se sumió en profundo sueño a causa del cansancio, aunque no durmió más de cuatro horas, pues antes de las cinco salió para continuar su viaje de regreso aprovechando la primera luz de la mañana. Siempre llevaba en el bolsillo la llave de su taller, a fin de poder entrar a cualquier hora, y deseaba hacerlo entonces sin despertar a Lisbeth, pues, ante todo, quería hablar con Seth para rogarle que se lo dijera a su madre cuando fuese necesario. Sin hacer ruido entró en el patio e hizo girar con suavidad la llave en la cerradura; pero, como ya esperaba, Gyp, que estaba en el taller, dio un ladrido. Se calló al ver el gesto de Adam que le imponía silencio; y en su muda alegría, y desprovisto de rabo como estaba, tuvo que contentarse con frotar su cuerpo contra las piernas de su amo.

Adam estaba demasiado disgustado para fijarse en el afecto del perro. Se dejó caer en el banco y se quedó mirando a su alrededor

las herramientas y las faenas empezadas, preguntándose si en adelante volvería a disfrutar con ellas. Mientras tanto Gyp, comprendiendo vagamente que a su amo le ocurría algo desagradable, apoyó la cabeza en su rodilla y contrajo las cejas para mirarle. Como desde el domingo por la tarde Adam había estado constantemente entre gente desconocida y en lugares que le eran extraños, sin recordar los detalles de su vida diaria, al verse de pronto otra vez en su casa y rodeado por los objetos familiares que, al parecer, habían perdido todo su encanto, la horrible realidad de su pena lo agobió con nuevo peso. Ante él vio una cómoda sin terminar que se había dedicado a construir en los momentos de ocio para Hetty.

Seth no oyó la entrada de su hermano, pero en cambio se despertó a causa del ladrido de Gyp, de modo que Adam le oyó moverse en la habitación superior mientras se vestía. Seth pensó en su hermano enseguida. Se dijo que volvería aquel día; los asuntos le reclamarían al siguiente, aunque le resultaba agradable pensar que había hecho un viaje mucho más largo de lo previsto. ¿Vendría también Dinah? Seth se dijo que ésta sería la mayor felicidad que podría esperar, aunque ya no tenía esperanza de que llegase a quererle lo bastante para casarse con él; pero, como se decía con frecuencia, más valía ser amigo y hermano de Dinah que marido de otra mujer cualquiera. Si por lo menos pudiese estar siempre a su lado en vez de vivir tan lejos de ella…

Bajó la escalera y abrió la puerta interior que desde la casa conducía al taller para dejar salir a Gyp, pero se quedó inmóvil, en el umbral de la puerta, sobresaltado al ver a Adam sentado en el banco, pálido, sin muestras de haberse lavado, con los ojos hundidos y casi con el aspecto que tienen los borrachos por la mañana. Seth no tardó en comprender la causa. Aquello no se debía a la embriaguez, sino a una gran calamidad. Adam levantó los ojos y se quedó mirándole sin hablar y Seth se aproximó al banco temblando de tal manera que apenas pudo pronunciar una palabra.

—¡Dios tenga piedad de nosotros, Adam! —dijo por fin en voz baja y sentándose al lado de su hermano.

Adam no era capaz de contestar. Aquel hombre fuerte, acostumbrado a suprimir todo síntoma de dolor, se sintió como un niño al notar la aproximación de una persona que le demostraba

simpatía, y arrojándose al cuello de Seth se echó a llorar.

Seth estaba ya preparado para lo peor, porque no recordaba haber visto nunca llorar a su hermano.

—¿Ha muerto, Adam? —preguntó en voz baja mientras su hermano levantaba la cabeza y trataba de dominarse.

—No, hermano. Pero ha desaparecido. Ha huido de nosotros. No ha estado en Snowfield. Dinah se ausentó de allí hace más de quince días, precisamente cuando Hetty salió de casa. Y a partir de Stoniton, se han perdido sus huellas por completo.

Seth guardó silencio; no se le ocurría nada que pudiese explicar la fuga de Hetty.

—¿Tienes idea de la razón de esta conducta? —preguntó por fin.

—Tal vez no me amaba y se asustó al ver que se aproximaba la fecha de nuestra boda. Sin duda eso es lo que ha ocurrido —contestó Adam decidido a no dar ninguna otra razón.

—Parece que se levanta nuestra madre. ¿Se lo diremos?

—Todavía no —contestó Adam poniéndose en pie y apartándose el cabello del rostro, como para dominarse mejor—. No conviene decírselo todavía; además, debo emprender otro viaje después de ir al pueblo y a Hall Farm. Tampoco puedo decirte adonde voy, pero tú darás a entender a todo el mundo que me he ausentado por cuestiones de negocios, porque no quiero que nadie se entere de este asunto. Ahora voy a lavarme —añadió Adam dirigiéndose a la puerta del taller; pero, después de dar uno o dos pasos, se volvió y, fijando en su hermano una mirada tranquila y triste, añadió—: Tendré que llevarme todo el dinero que tenemos ahorrado, Seth, pero si me ocurre algo todo lo demás será tuyo, para que puedas cuidar de nuestra madre.

Seth estaba pálido y tembloroso, y comprendió que en todo aquello debía de haber un secreto terrible.

—Hermano —dijo con voz débil, y nunca llamaba «hermano» a Adam más que en los momentos solemnes—. Estoy seguro de que no harás nada que Dios no pueda bendecir.

—No tengas miedo, muchacho, pues sólo deseo cumplir el deber de un hombre.

La idea de que si explicaba sus preocupaciones a Lisbeth ella le agobiaría con sus interminables preguntas, fue suficiente para devolver a Adam su habitual firmeza y el dominio de sí mismo. Dijo

pues a su madre, cuando ésta bajó, que se había sentido enfermo al regresar y que por aquella causa pasó la noche en Treddleston, y que el dolor de cabeza que aún tenía era la razón de su palidez y de sus ojos hundidos.

Ante todo decidió ir al pueblo, ocupar una hora en sus asuntos y comunicar luego a Burge su necesidad de ausentarse, rogándole, al mismo tiempo, que no lo comunicase a nadie; además, deseaba no ir a Hall Farm a la hora del almuerzo, cuando estuvieran allí los niños y los criados, y todo el mundo pudiera sorprenderse de que hubiese regresado sin Hetty. Esperó a que el reloj diera las nueve antes de abandonar el almacén de maderas del pueblo, y luego, a campo traviesa, se dirigió a la granja. Al aproximarse observó con gran satisfacción que el señor Poyser acudía a su encuentro; eso le evitaría la triste necesidad de entrar en la casa. El señor Poyser avanzaba alegre en aquella mañana de marzo; tal vez sentía ya la primavera. Se disponía a inspeccionar cómo herraban un caballo de tiro y empuñaba una escarda como compañero de camino. Se sorprendió mucho al ver a Adam, pero como no era hombre dado al pesimismo, preguntó:

—¿Es usted, Adam? ¿De modo que ha estado ausente todo este tiempo y no se ha traído a las muchachas? ¿Dónde están?

—No. No las he traído —contestó el joven volviéndose para indicar su deseo de acompañar al señor Poyser.

—¡Caramba! —exclamó Martin fijándose con más atención en el rostro del joven—. Tiene mala cara. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí —contestó Adam con acento doloroso—. Ha ocurrido algo muy desagradable. No he podido encontrar a Hetty en Snowfield.

El bondadoso rostro del señor Poyser dio muestras de asombro y alarma.

—¿Que no la ha encontrado? ¿Qué le ha sucedido? —preguntó imaginándose ya algún accidente.

—No sé lo que le habrá ocurrido, pero el caso es que no fue a Snowfield. Tomó el coche para ir a Stoniton, pero después de llegar a esta población ya no he podido saber lo que fue de ella.

—¿Quiere decir que ha huido? —exclamó Martin deteniéndose y tan asombrado que ni siquiera se daba cuenta de la gravedad de sus palabras.

—Sin duda ha huido —replicó Adam—. Probablemente no

quería casarse conmigo. No puede ser otra cosa. La pobrecilla debió de engañarse acerca de sus sentimientos.

Martin guardó silencio durante un par de minutos, mirando al suelo y arrancando la hierba con la escarda sin darse cuenta de lo que hacía. La lentitud de su comprensión crecía cuando el tema de la conversación era una calamidad. Por fin levantó los ojos y mirando a Adam le dijo:

—Esa muchacha no le merece, Adam. Me parece que yo no tengo ninguna culpa, aunque, como es mi sobrina, siempre he insistido en que se casara con usted. No puedo ofrecerle ninguna excusa, amigo mío, pero comprendo que ha de ser un golpe muy doloroso para usted.

Adam no pudo replicar palabra y el señor Poyser, después de dar unos pasos más, añadió:

—Seguro que se habrá marchado con objeto de emplearse en alguna casa como doncella, porque hace más de medio año se le metió esta manía en la cabeza y quiso que yo le diera mi consentimiento. En cambio yo deseaba algo mejor para ella —añadió meneando tristemente la cabeza—. Y no comprendo cómo ha tomado esa resolución, después de darle su palabra y de tenerlo todo preparado.

Adam tenía muy buenos motivos para no contradecir al señor Poyser y hasta él mismo pensó en la posibilidad de que tuviese razón, pues en realidad no le constaba que Hetty se hubiese marchado en busca de Arthur.

—Es mejor que haya obrado así —dijo en tono tan firme como pudo— si comprendió que no podía quererme por marido. Vale más huir que arrepentirse después. Espero que no la tratará mal si vuelve, como sin duda hará si le parece duro vivir alejada de su casa.

—Nunca volveré a quererla como antes —dijo Martin en tono decidido—. Se ha portado mal con usted y con nosotros. De todos modos no le volveré la espalda, porque es muy joven y ésa sólo habrá sido su primera falta. No sabe lo difícil que me resultará decírselo a su tía. ¿Por qué no habrá venido Dinah con usted? Habría podido tranquilizar mucho a mi mujer.

—Dinah no estaba en Snowfield, pues se marchó quince días antes y no me fue posible averiguar sus señas en Leeds; de lo

contrario se la habría traído.

—Mejor habría hecho viviendo con sus parientes —exclamó indignado el señor Poyser— que ir a predicar entre los extraños.

—Me veo obligado a dejarle, señor Poyser —dijo Adam—; tengo mucho que hacer.

—Sí. Vale más que se ocupe de sus asuntos y yo se lo diré a mi mujer cuando llegue a casa. Es un encargo muy difícil.

—Le ruego —añadió Adam— que durante una o dos semanas procure que no se entere nadie de lo ocurrido. Yo no se lo he dicho todavía a mi madre, porque no sabemos en qué parará este asunto.

—Sí, sí. Cuanto menos se hable de eso, mejor. No hay ninguna necesidad de decir que se han roto las relaciones y quizás no tardaremos en recibir noticias suyas. Deme la mano, muchacho. ¡Ojalá pudiese darle una compensación!

El señor Poyser pronunció estas palabras con voz entrecortada y Adam comprendió sus sentimientos; los dos hombres honrados se estrecharon la mano para expresar su mutua comprensión.

Nada impedía a Adam ya su inmediata partida. Encargó a Seth que fuese al cazadero para comunicar al caballero que Adam Bede se había visto obligado a emprender un viaje repentino y también que dijera lo mismo, y nada más, a cualquiera que preguntase por él. Si los Poyser se enteraban de que había vuelto a marcharse, supondrían por qué.

Había proyectado emprender el viaje al salir de Hall Farm, pero sintió el impulso de ir a visitar al señor Irwine para confiarse a él, y por fin resolvió hacerlo. Se disponía a emprender un largo y difícil viaje por mar sin que nadie supiese adonde iba. ¿Y si le ocurría alguna cosa? ¿Y si necesitaba la ayuda de alguien para encontrar a Hetty? Podía fiarse del señor Irwine. Su deseo de no comunicar a nadie el secreto de la joven tuvo que ceder ante la necesidad de que otra persona además de él mismo estuviera dispuesto a defenderla en el peor de los casos. Con respecto a Arthur, aunque éste no hubiera incurrido en un nuevo pecado, Adam comprendió que no tenía necesidad de guardar silencio si así lo exigía el interés de la misma Hetty.

«Debo hacerlo —pensó resolviéndose al fin—. Es lo más conveniente. No puedo actuar solo por más tiempo».

# XXXIX

## Se reciben noticias

Adam tomó la dirección de Broxton y anduvo con paso vivo, consultando al mismo tiempo su reloj, pues temía que el señor Irwine hubiese salido a cazar. El temor y el apresuramiento le causaron una gran excitación antes de llegar a la puerta de la rectoría, y una vez allí descubrió en la grava las huellas recientes de los cascos de un caballo.

Pero estas huellas se dirigían hacia la puerta, y aunque había un caballo junto a la cuadra, éste no pertenecía al señor Irwine. Sin duda aquella mañana alguien había ido a visitar al rector para consultarle algún asunto, de modo que el señor Irwine tenía que estar en su casa. Pese a todo, Adam apenas pudo recuperar la calma lo suficiente para comunicar a Carrol que deseaba hablar con su señor.

El doble sufrimiento de lo cierto y lo incierto había empezado a debilitar las fuerzas de aquel hombre vigoroso. El mayordomo le miró extrañado mientras él se dejaba caer en un banco del vestíbulo y contemplaba distraído el reloj que colgaba de la pared opuesta. El criado dijo que su amo tenía visita, pero en aquel momento se oyó la puerta del estudio; al parecer se iba el visitante, y como Adam tenía prisa, el criado se dispuso a comunicarlo cuanto antes a su amo.

Adam continuó sentado y observando el reloj. El minutero recorrió cinco minutos y después diez con un tictac monótono e indiferente; el joven observaba su movimiento y escuchaba el ruido de la máquina como si tuviese alguna razón concreta para hacerlo. En los momentos de gran sufrimiento es frecuente que haya estas

pausas, cuando nuestro cerebro aturdido no se halla en situación de pensar en nada y sólo se fija en cosas triviales. Es como si este atontamiento viniese a proporcionarnos algún descanso de un dolor que ni siquiera nos permite dormir.

Volvió Carrol y su aparición recordó a Adam la situación en que se hallaba. Fue introducido inmediatamente en el estudio y mientras Carrol decía:

—No sé quién es ese individuo tan raro que se ha ido. El señor lo ha hecho pasar al comedor. También mi amo tiene una cara muy extraña, como si estuviese asustado.

Adam no hizo caso de estas palabras, porque nada le importaban los asuntos de los demás, pero cuando penetró en el estudio y pudo contemplar el rostro del señor Irwine, comprendió que le ocurría algo, pues el párroco no mostraba la expresión amistosa y cordial acostumbrada. Sobre la mesa había una carta abierta y la mano del señor Irwine estaba posada en ella; la mirada que cambió con Adam no podía deberse sólo a la preocupación de algún asunto desagradable, porque luego fijó los ojos en la puerta como si la aparición del joven fuese algo muy angustioso para él.

—¿Quiere hablarme, Adam? —preguntó esforzándose en dar alguna firmeza a su voz—. Siéntese —añadió señalando una silla que se hallaba frente a él y a más de un metro de distancia.

Adam se sentó, diciéndose que aquella extraña frialdad del señor Irwine era otra dificultad que no esperaba. Pero cuando el joven se resolvía a hacer algo, no renunciaba a ello, a no ser que tuviera razones imperiosas.

—He venido a verle, señor, porque es la persona a quien más respeto en el mundo. He de comunicarle algo muy penoso, que oirá con dolor, del mismo modo como yo se lo contaré. Pero si hablo de las faltas de otras personas, no crea que lo hago sin motivos muy fundados.

El señor Irwine hizo un movimiento de afirmación con la cabeza, y Adam continuó con voz trémula:

—Según ya sabe, señor, estaba convenido que nos casase, a Hetty y a mí, el día quince de este mes. Yo creí que me amaba, y era el hombre más feliz de la parroquia, pero me ha sucedido una horrible desgracia.

El señor Irwine se puso en pie de un salto; pero luego, decidido

a dominarse, se acercó a la ventana y miró a través de los cristales.

—Se ha marchado, señor, y no sabemos adonde. El viernes hizo quince días que salió, diciendo que iba a Snowfield, y yo fui el domingo pasado para traerla, pero supe que no había ido allá y que tomó el coche para Stoniton, donde se han perdido sus huellas. Ahora me dispongo a realizar un largo viaje para ver si la encuentro, y no puedo confiar a nadie más que a usted adonde me dirijo.

El señor Irwine se alejó de la ventana y volvió a sentarse.

—¿Y no tiene ninguna idea de la razón de su marcha? —preguntó.

—Es evidente que no quería casarse conmigo, señor —contestó Adam—. Debió de asustarse al ver tan próxima la fecha de la boda. Pero me temo que eso no es todo, porque en este asunto hay otro interesado.

En aquel momento, en el rostro ansioso del señor Irwine brilló un resplandor de alegría. Adam, que miraba al suelo, hizo una pausa. Lo que aún tenía que decir resultaba muy duro; sin embargo levantó la cabeza, miró al señor Irwine y continuó hablando, pues estaba resuelto a hacer lo que se había propuesto.

—Ya sabe quién es el hombre a quien tuve por mi mejor amigo. Me enorgullecía pasar el resto de mi vida trabajando para él, y éstos fueron mis sentimientos desde que ambos salimos de la niñez.

Como si el señor Irwine hubiese perdido el dominio de sí mismo, cogió el brazo de Adam, que reposaba en la mesa, y oprimiéndolo con gran fuerza, dijo con los labios pálidos y la voz apresurada:

—No, Adam, no. ¡Por Dios le ruego que no lo diga!

Sorprendido por la violencia del sentimiento del señor Irwine, Adam se arrepintió de las palabras que acababan de salir de sus labios y guardó un silencio angustioso. El señor Irwine aflojó la presión sobre el brazo de Adam y se sentó diciendo:

—Continúe; debo enterarme de todo.

—Ese hombre jugó con los sentimientos de Hetty y se portó con ella como no tenía derecho a hacerlo, dada la diferente posición social de ambos. Le hizo regalos y ambos salían a pasear juntos. Lo descubrí dos días antes de que él se marchase; los sorprendí mientras se besaban cuando se despedían en la alameda. Entonces yo no había dicho nada a Hetty de mi amor, aunque hacía mucho

tiempo que la amaba y ella lo sabía. Pero a él le censuré su comportamiento y cruzamos palabras violentas y hasta algunos golpes. Después él me dijo solemnemente que no había ocurrido nada serio y que sólo se trataba de un flirteo sin importancia; pero yo le obligué a escribir una carta a Hetty diciéndole esto mismo, porque advertí con claridad, y gracias a varios detalles que hasta entonces no habían tenido ninguna importancia para mí, que él se había apoderado de su corazón y que Hetty estaba ya tan ilusionada que no podría amar a ningún otro hombre que la quisiera por esposa. Entregué la carta a Hetty y pareció que ella soportaba aquel disgusto mejor de lo que yo me había imaginado. Luego empezó a demostrarme cada vez mayor simpatía. Me atrevo a afirmar que la pobrecilla no conocía sus propios pensamientos, pero que los comprendió cuando ya era demasiado tarde. No quiero censurarla, porque estoy seguro de que nunca se propuso engañarme. Pero tuve motivos para creer que me amaba y… ya sabe lo demás, señor. Ahora sospecho que él obró con falsedad conmigo y que luego escribió a Hetty para que acudiese a su lado. Esto es lo que voy a averiguar, porque soy incapaz de volver al trabajo sin saber qué ha sido de ella.

Durante la relación de Adam el señor Irwine tuvo tiempo de recobrar el dominio de sí mismo, a pesar de las penosas ideas que había en su mente. Entonces recordó con amargura la mañana en que Arthur desayunó con él y pareció estar dispuesto a hacerle una confidencia. Era evidente que quiso confesarle lo que ocurría. Y si la conversación hubiese tomado otro giro… Si él mismo no hubiese sido tan delicado rehuyendo inmiscuirse en los secretos ajenos… Era cruel pensar que un detalle sin importancia le había impedido intervenir a tiempo para que no ocurriese aquella desgracia. Entonces vio de una vez la verdad de la historia entera. Y, por otra parte, sintió una compasión inmensa y el mayor respeto por aquel hombre sentado ante él, tan maltratado ya por la suerte y dispuesto a ir al encuentro de un dolor imaginario, cuando tan cerca tenía otro verdadero, terrible, y mucho más grande de lo que podía imaginarse. Su propia agitación se vio contenida por el terror respetuoso que suele infundirnos una gran angustia, pues la que tenía que comunicar a Adam le invadía incluso a él mismo. De nuevo posó la mano en el brazo apoyado en la mesa, pero aquella

vez con expresión cariñosa, mientras decía solemnemente:

—Ha sufrido ya mucho en la vida, querido Adam, de modo que sabe soportar virilmente el dolor. Y ahora he de advertirle que va a sufrir uno bastante mayor que todos cuantos ha conocido. Por lo menos no es usted culpable de nada y por lo tanto ignora el peor de todos los dolores. ¡Dios ayude a quien no se encuentre en este caso!

Los dos hombres se miraron muy pálidos; Adam temblaba de pies a cabeza y el señor Irwine vacilaba paralizado por la compasión. Pero siguió diciendo:

—Esta mañana he recibido noticias de Hetty. No ha ido al encuentro de él. Está en Stonyshire, es decir, en Stoniton.

Adam se puso en pie de un salto, pero el señor Irwine volvió a apoyar la mano en su brazo y le dijo:

—Espere, Adam, tranquilícese. —Hizo una pausa y añadió—: Se halla en una situación tan desagradable que tal vez sufriría menos si la hubiese perdido para siempre.

Temblaron los labios de Adam, pero no pronunció una sola palabra. Luego hizo un esfuerzo y consiguió murmurar:

—Dígame, por Dios, lo que pasa.

—Ha sido detenida…, está en la cárcel.

Adam reaccionó como si lo hubiesen insultado. Acudió la sangre a su rostro y gritó:

—¿Por qué?

—Por un gran crimen… Por haber matado a su propio hijo.

—¡No puede ser! —exclamó Adam saltando de la silla y dando un paso hacia la puerta. Pero se volvió de pronto, apoyando la espalda en la librería y mirando con ferocidad al señor Irwine—. ¡No es posible! Ella no tenía ningún hijo. ¡No es culpable! ¿Quién la acusa?

—¡Dios quiera que sea inocente, Adam! Esto es lo que debemos esperar.

—Pero ¿quién la acusa? —exclamó Adam con violencia—. Cuéntemelo todo.

—Aquí hay una carta del magistrado ante quien compareció, y en el comedor está el agente de policía que la detuvo. No ha querido confesar su nombre, ni decir de dónde viene, pero me temo que se trata de Hetty. La descripción de su persona concuerda perfectamente, a excepción de que, según dicen, está muy pálida y,

al parecer, enferma. En su bolso llevaba una libreta con cubierta de cuero y en ella dos nombres escritos. En la primera página se leía «Hetty Sorrel, Hayslope», y casi al final, «Dinah Morris, Snowfield». No quiere decir cuál es su nombre, lo niega todo y no contesta a ninguna pregunta. Por esta razón se me ha rogado que, en mi calidad de magistrado, tome las medidas necesarias para identificarla, ya que creen probable que su nombre sea el primero que figura en la libreta.

—Pero ¿qué pruebas tienen contra ella, en caso de que sea Hetty? —exclamó Adam con violencia y temblando de un modo extraordinario—. Yo no lo creo. Eso no es posible y ninguno de nosotros puede creerlo.

—Hay una prueba terrible de que tuvo la tentación de cometer el crimen; pero aún podemos tener la esperanza de que no lo haya cometido. Esfuércese en leer esta carta, Adam.

Este tomó el papel entre sus temblorosas manos y procuró fijar en él los ojos. Mientras tanto, el señor Irwine fue a dar algunas órdenes. Al volver, los ojos de Adam estaban aún fijos en la primera página; no podía leer ni comprender las palabras. Arrojó la carta sobre la mesa y cerró los puños.

—¡Esto es obra suya! —exclamó—. Si se ha cometido un crimen, el culpable es él y no ella. Él le enseñó a mentir. Él también me engañó a mí. Que comparezca ante el tribunal junto ella y entonces yo diré cómo se apoderó de su corazón y cómo la indujo a obrar mal y luego me mintió. ¿Acaso él ha de quedar en libertad, mientras castigan a la pobrecilla, tan débil y tan joven?

La imagen suscitada por estas últimas palabras dio una nueva dirección a los enloquecidos sentimientos de Adam. Guardó silencio, mirando a un ángulo de la estancia, como si viese algo, y luego, en tono de suplicante angustia, añadió:

—¡No puedo soportarlo! Eso es demasiado para mí. ¡Es horrible pensar que esa mujer sea mala!

El señor Irwine volvió a sentarse en silencio, pues sabía de sobra que las palabras de consuelo habrían sido inútiles en aquel momento. Además Adam había envejecido de pronto, como les ocurre a veces a las personas jóvenes en momentos de terrible emoción —la piel descolorida, las arrugas que rodeaban su boca temblorosa, el fruncimiento de las cejas—, y la visión de aquel

hombre fuerte, trastornado por un invisible dolor, todo eso le conmovió tan profundamente que hablar le resultaba muy difícil. Adam estaba en pie e inmóvil, con los ojos fijos y sin ver nada. Era evidente que en aquel momento revivía toda la historia de su amor.

—No es posible que ella haya hecho eso —exclamó sin mover los ojos, como si hablase consigo mismo—. El miedo la obligó a ocultarlo… Yo la perdono por haberme engañado… Te perdono, Hetty, porque a ti te engañaron también… Pero nunca me lo harán creer…

Volvió a guardar silencio durante unos instantes y luego añadió con ferocidad:

—Voy a buscarle… Y lo llevaré a donde pueda ser testigo de su desgracia, para que nunca pueda olvidarse de ella, para que el remordimiento le persiga día y noche y no le abandone mientras viva… De nada le valdrán esta vez las mentiras; iré y lo traeré a rastras si es preciso.

Cuando se dirigía hacia la puerta, se detuvo de pronto y empezó a buscar el sombrero con la mirada, sin parecer darse cuenta de dónde estaba ni en compañía de quién. El señor Irwine le había seguido y, cogiéndole por el brazo, le dijo con firmeza:

—No, Adam. Estoy seguro de que optará por quedarse para ver qué puede hacerse para ayudarla a ella, en vez de emprender un inútil viaje para vengarse. Ya será castigado sin necesidad de que usted intervenga. Además, ya no está en Irlanda, ahora seguramente se halla de regreso a su casa, o, por lo menos, llegaría antes que usted; porque su abuelo, según me consta, hace cosa de diez días que le escribió llamándole. Mejor será que me acompañe a Stoniton. He encargado un caballo para usted y saldremos en cuanto se haya tranquilizado.

Mientras el señor Irwine hablaba, Adam volvió a darse cuenta del lugar en que se hallaba. Se frotó el cabello y la frente y prestó atención.

—Recuerde —continuó diciendo el señor Irwine— que además de usted hay otras personas interesadas en este asunto. Por ejemplo, los buenos Poyser, a quienes esta desgracia causará una impresión considerable. Y espero de usted, Adam, que recordando su deber para con Dios y para con los hombres, se esforzará en hacer todo cuanto sea preciso en favor de esa joven.

En realidad, el señor Irwine propuso el viaje a Stoniton pensando en Adam, pues la actividad con algún propósito definido era el mejor medio de contrarrestar la violencia del sufrimiento de aquellas primeras horas.

—¿Quiere acompañarme a Stoniton, Adam? —preguntó después de una ligera pausa—. Ante todo, tenemos que convencernos de que se trata de Hetty. ¿No le parece?

—Sí, señor. Haré lo que crea más oportuno. ¿Y en cuanto a la familia Poyser?

—Mejor será que no sepan nada hasta mí regreso. Entonces estaré enterado de algunos detalles que ahora desconozco, y, desde luego, volveré lo antes que pueda. Venga, los caballos ya están preparados.

# XL

## La amargura

El señor Irwine regresó de Stoniton aquella misma noche, en una silla de posta, y las primeras palabras que Carrol le dijo al llegar fueron que el caballero Donnithorne había muerto. Lo habían encontrado inerte en su cama, a las diez de aquella mañana. Además, le dijo que la señora Irwine le esperaba despierta y que había encargado que no se acostase sin verla.

—¡Gracias a Dios que has regresado, Dauphin! —dijo la señora Irwine al ver entrar a su hijo—. Resulta que el mal estado del anciano caballero, que le obligó a llamar a Arthur de modo tan repentino tenía, sin duda, enorme importancia. Supongo que Carrol te habrá dicho ya que esta mañana encontraron a Donnithorne muerto en la cama. Otra vez creerás mis profecías, aunque me atrevo a decirte que no viviré lo suficiente para pronosticarte sino mi propia muerte.

—¿Y qué han hecho con Arthur? —preguntó el señor Irwine—. ¿Han mandado algún mensajero para esperarle en Liverpool?

—Sí, Ralph salió con este objeto antes de que nosotros recibiésemos la noticia. No sabes lo que me alegro de vivir todavía para ver a mi querido Arthur dueño del cazadero y administrando las propiedades con bondad y generosidad. Ahora será tan feliz como un rey.

A su pesar, el señor Irwine profirió un ligero gemido. Estaba agotado por la ansiedad y por la pena, y las ligeras palabras de su madre le resultaban casi intolerables.

—¿Qué te pasa, Dauphin? ¿Ha ocurrido algo desagradable? ¿O quizás piensas en el peligro que puede correr Arthur al cruzar el

terrible canal de Irlanda en esta época del año?

—No, madre. No pensaba en eso. Pero no estoy de humor para alegrarme ahora.

—Te ha preocupado demasiado ese asunto legal que te obligó a ir a Stoniton. ¿De qué se trata, que no puedes decírmelo?

—Ya lo sabrá, madre. Por el momento no puedo decírselo. Buenas noches. Espero que podrá dormir ahora; ya no tengo nada más que comunicarle.

El señor Irwine desistió de enviar una carta al encuentro de Arthur, puesto que ya no serviría para apresurar su regreso; las noticias de la muerte de su abuelo le traerían con tanta celeridad como fuese posible. Se dispuso a acostarse para gozar de un descanso merecido antes de que llegase la mañana, y con ella el deber de comunicar aquellas horribles nuevas a Hall Farm y al hogar de Adam.

El joven no había regresado aún de Stoniton, pues no se decidía a ver a Hetty, pero tampoco a alejarse de ella.

—Es inútil, señor —dijo al rector—. Es inútil que regrese, porque no podría trabajar mientras ella esté aquí y tampoco tengo fuerzas para soportar la vista de las cosas y de las personas que rodean mi hogar. Alquilaré aquí una habitación, desde la cual pueda ver las paredes de la cárcel, y quizás lograré, a su debido tiempo, el permiso para visitarla.

Adam seguía creyendo que Hetty era inocente del crimen que se le imputaba; y el señor Irwine, comprendiendo que la convicción de su culpabilidad sería un dolor más para el joven, no le comunicó que el examen de los hechos la condenaba. Tampoco había ninguna razón para seguir agobiando más al pobre muchacho, y así, el rector, al despedirse, se limitó a decir:

—Si las pruebas llegasen a acusarla demasiado, Adam, todavía podemos esperar el perdón. Su juventud y otras circunstancias serían atenuantes en su favor.

—¡Ah! Convendría que la gente se enterase de cómo se vio obligada a obrar mal —exclamó Adam con amargura—. Convendría que todos supieran que un distinguido caballero le hizo el amor y le arrebató la razón. Recuerde, señor, según me ha prometido, que dirá a mi madre, a Seth y a los habitantes de la granja, quién la llevó por el mal camino, porque, de lo contrario, pensarían de ella

peor de lo que merece. Tenga en cuenta que hará un mal a la pobrecilla disculpándole a él, porque yo le creo a él más culpable, y sepa que si usted lo disculpa yo le acusaré.

—Creo que su petición es muy justa, Adam —replicó el señor Irwine—. Pero cuando esté más tranquilo juzgará a Arthur con mayor misericordia. Por ahora, yo digo solamente que su castigo corre a cargo de otras manos y no de las suyas.

El señor Irwine lamentaba mucho tener que referir la parte que Arthur había tomado en aquella triste historia, pues sentía por el joven un afecto paternal e incluso había estado muy orgulloso de él. Pero comprendió claramente que muy pronto se conocería el secreto, aun haciendo caso omiso de la decisión de Adam, pues no era posible esperar que Hetty persistiese en su obstinado silencio. Decidió no ocultar nada a los Poyser, y decírselo todo de una vez, porque ya no había tiempo para disimular la gravedad del suceso. El juicio de Hetty se celebraría durante la Cuaresma, o sea a la siguiente semana, en Stoniton. No era de esperar que Martin Poyser se escapase de ser llamado como testigo y, por consiguiente, convenía que estuviese enterado del asunto lo antes posible.

Antes de las diez de la mañana del martes, Hall Farm era la morada del dolor, a causa de la desgracia que había caído sobre ella, mucho peor que la muerte. La deshonra familiar era demasiado profunda, incluso a los ojos del bondadoso Martin Poyser hijo, para que nadie sintiera la menor compasión por Hetty. Él y su padre eran granjeros de sencilla mentalidad que estaban orgullosos de su intachable nombre, así como también de proceder de una familia cuyos individuos pudieron siempre llevar la cabeza muy alta, porque su vida fue correctísima desde que su apellido figuró por primera vez en el registro de la parroquia. Y Hetty los había deshonrado a todos, con una deshonra tal que jamás podría borrarse. Esta era la idea principal del padre y del hijo, que sentían la quemadura del deshonor que destruía en ellos toda otra sensibilidad; y el señor Irwine se sorprendió en extremo al observar que la señora Poyser se mostraba mucho menos severa que su marido. Muchas veces nos extraña la severidad de que en determinadas ocasiones dan muestras las personas de carácter suave; y la razón es que éstas son más susceptibles de dejarse guiar por las convenciones tradicionales.

—Estoy dispuesto a pagar cuanto sea necesario para lograr que la pongan en libertad —dijo el buen señor Poyser una vez se hubo marchado el señor Irwine y mientras el abuelo lloraba sentado en el sillón—. Pero no quiero acercarme a ella ni volver a verla en la vida, y nunca más, ni en esta parroquia ni en otra, podremos llevar la cabeza alta. El párroco ha hablado de la gente que nos compadece y eso es más que nada algo desagradable.

—¿Que nos compadecen? —replicó el abuelo—. Nunca, en toda mi vida, necesité la compasión de nadie. ¡Desgraciado de mí, que me veré compadecido a los setenta y dos años de edad, que cumplí el día de Santo Tomás, y cuando ya me quedan muy pocos que pasar en la tierra! Y por si esto no fuera bastante, tendré que ir a morir a otro sitio y unos desconocidos me llevarán a la tumba.

—No se inquiete, padre —dijo la señora Poyser, que había hablado muy poco sorprendida por la extraordinaria severidad y decisión de su marido—. Siempre estará rodeado de sus hijos y tanto sus nietos como su nieta crecerán igual en otra parroquia que en ésta.

—No, ya no podremos continuar en esta comarca —dijo el señor Poyser mientras grandes lágrimas resbalaban por sus redondas mejillas—. ¡Tanto que nos habíamos preocupado de que el viejo caballero nos avisara el día de la Virgen de que no podía renovar nuestro arrendamiento! Ahora seré yo mismo el que esta tarde busque a alguien que pueda encargarse de cosechar lo que he sembrado, porque no quiero continuar más de lo necesario en las tierras que pertenecen a esa familia. ¡Y yo que siempre tuve a Arthur por un hombre digno, y me alegraba al pensar que podía llegar a ser nuestro señor! Nunca más me descubriré ante él ni entraré en ninguna iglesia donde él esté… Ese hombre ha traído la vergüenza a una familia respetable… Y fingía ser amigo de todo el mundo… El pobre Adam… ¡Y mira que ha sido amigo de Adam! Eso sí, y mientras le hablaba de un modo muy agradable y le hacía propuestas amistosas, envenenaba la vida del pobre muchacho; él tampoco podrá quedarse en esta comarca.

—Pues tú tendrás que ir al tribunal y confesar que eres pariente de ella —observó el anciano—. Y quien pagará los platos rotos es esa pobrecilla Totty, quien aunque no tiene más que cuatro años, le echarán algún día en cara que su prima fue juzgada por el tribunal

por haber asesinado a su hijo.

—Ella no tiene ninguna culpa de lo ocurrido —replicó la señora Poyser profiriendo un sollozo—; pero el que está arriba cuidará de esa criatura inocente, porque, de lo contrario, no sería cierto nada de lo que nos enseñan en la iglesia. Lo peor de todo sería morir y dejar a mis pobres hijos sin nadie que los cuidara.

—Si supiéramos dónde está Dinah podríamos llamarla —dijo el señor Poyser—. Pero Adam afirmó que no había dejado sus señas en Leeds.

—Seguro que vive con aquella mujer que era amiga de su tía Mary —replicó la señora Poyser algo tranquilizada por aquella idea de su marido—. Muchas veces he oído a Dinah hablar de ella, aunque no recuerdo qué nombre le daba. Pero podemos preguntar a Seth Bede. Sin duda alguna lo sabe, porque parece que se trata de una predicadora a quien consideran mucho los metodistas.

—Haré llamar a Seth —dijo entonces el señor Poyser—. Le mandaré aviso por medio de Alick o le rogaré que nos comunique el nombre de esa mujer, y tú podrías escribir una carta para mandarla a Treddleston tan pronto como sepamos las señas.

—De poco sirven las cartas cuando estamos apurados y deseamos que venga alguien —dijo la señora Poyser—. Además, puede ser que ella ande de un lado para otro y tarde en recibir nuestra carta.

Antes de que Alick llegase con el mensaje, también Lisbeth había pensado en Dinah y había dicho a Seth:

—No habrá consuelo para nosotros en este mundo hasta que puedas lograr que Dinah Morris venga a nuestro lado, como hizo cuando murió mi pobre marido. Me gustaría mucho que viniese a cogerme de la mano y a hablarme como lo hizo entonces. Ella me diría cosas convenientes y descubriría algo bueno en todo eso para evitar que se destroce el corazón de ese pobre muchacho que jamás ha hecho nada malo en la vida, pues siempre ha sido el mejor amigo que se podía hallar en la comarca. ¡Oh, pobre hijo mío! ¡Pobre Adam!

—Supongo que no querrás que te deje sola para ir en busca de Dinah —observó Seth mientras su madre sollozaba.

—¿Ir a buscarla? —preguntó luego Lisbeth levantando los ojos e interrumpiendo sus sollozos, como el niño que llora y deja de

hacerlo repentinamente ante la promesa de un consuelo—. ¿Sabes acaso dónde está ahora?

—Muy lejos, madre. Está en Leeds, que es una gran ciudad. Pero yo podría estar de vuelta dentro de tres días si así lo deseas.

—No, no, no me abandones. Sin embargo, sería mejor que fueses a ver a tu hermano y volvieses a decirme qué hace. El señor Irwine me prometió venir a comunicármelo. Pero cuando él me habla apenas entiendo lo que me dice. Vale más que vayas tú, puesto que Adam no me permitiría que fuese yo. ¿No podrías escribir una carta a Dinah? Bastante te gusta escribir cuando nadie te lo pide.

—El caso es que no sé dónde vive en esa ciudad —replicó Seth —. Si voy allí, puedo averiguarlo, preguntando a los miembros de la Sociedad. Quizás si escribo en el sobre «Sarah Billiamson, predicadora metodista, Leeds», recibirá la carta, porque es casi seguro que Dinah viva en casa de ésta.

En aquel momento llegó Alick con el mensaje de Hall Farm, y al saber Seth que la señora Poyser escribiría a Dinah, abandonó el propósito de hacerlo él mismo; en cambio se dirigió a la granja para decirles las señas que podrían poner en el sobre, avisándoles también de que quizás hubiese alguna demora en la entrega de la carta, puesto que él desconocía la dirección exacta.

Al salir de casa de Lisbeth, el señor Irwine se dirigió a la de Jonathan Burge, a quien también era preciso informar de la razón que obligaba a Adam a estar ausente durante algún tiempo; y antes de las seis de aquella tarde pocas eran las personas de Broxton y Hayslope que no se hubiesen ya enterado de la triste noticia. El señor Irwine no había mencionado a Burge el nombre de Arthur. Y, sin embargo, la historia de su conducta con Hetty, con todas sus terribles consecuencias, fueron pronto del dominio público como la muerte de su abuelo y la toma de posesión de su herencia. Martin Poyser no creyó necesario guardar silencio ante dos vecinos que se atrevieron a visitarle, para estrecharle tristemente la mano, en el primer día de su dolor. Y Carrol, que tenía las orejas abiertas para todo lo que ocurría en la rectoría, llegó a conocer una versión bastante exacta de la historia y tuvo numerosas oportunidades de divulgarla.

Uno de los vecinos que fueron a visitar a Poyser y le estrecharon la mano en silencio durante unos minutos fue Barde Massey. Tras

cerrar la escuela, se dirigió a la rectoría, adonde llegó hacia las siete y media de la tarde. Hizo presentar sus cumplidos al señor Irwine y le rogó que le perdonara por molestarle a aquellas horas, pero añadió que tenía que decirle algo. Fue introducido en el estudio y muy pronto compareció el señor Irwine.

—¿Qué hay, Barde? —dijo tendiéndole la mano. Este no era su modo habitual de saludar al maestro de escuela, pero el dolor nos induce a tratar del mismo modo a todos los que simpatizan con nosotros.

—Supongo, señor, que ya se imaginará a lo que vengo —dijo Barde.

—Sin duda a saber la verdad de las tristes noticias que habrán llegado a sus oídos… acerca de Hetty Sorrel.

—No, señor. Sólo deseo enterarme de lo que se relaciona con Adam Bede. Tengo entendido que le dejó en Stoniton, y le ruego que haga el favor de decirme cómo está ese pobre muchacho y qué se propone hacer. En cuanto a esa muchacha a quien se han tomado la molestia de meter en la cárcel… no me importa nada absolutamente… a no ser por el daño o el bien que pueda hacer a un hombre honrado, a un muchacho a quien quiero y de quien espero que puede hacer gala en el mundo de los escasos conocimientos que le he transmitido. Sepa, señor, que es el único alumno que he tenido en esta región de estúpidos capaz de comprender algo de matemáticas. Si el pobre muchacho no hubiese tenido que trabajar tanto, habría podido llegar a un grado mucho más elevado y entonces quizás no habría ocurrido nada de eso… Es posible que no hubiese sucedido.

Barde estaba excitado por la caminata y por la impresión recibida ante semejantes noticias, y en aquella primera ocasión que se le ofreció para desahogarse, se mostró incapaz de contenerse. Pero se interrumpió para secarse la frente y enjugarse las lágrimas.

—Le ruego que me perdone, señor —dijo cuando esta pausa le hubo dado tiempo para reflexionar—, si de este modo exteriorizo mis sentimientos, igual que lo hace mi estúpida perra, que se pone a aullar cuando nadie le escucha. En realidad, he venido a escucharle y no a hablar…, si usted quiere tomarse la molestia de decirme lo que hace el pobre muchacho.

—No se violente, Barde —dijo el señor Irwine—. El caso es que

en este momento lo ignoro tanto como usted. Estoy muy apenado, y créame que me cuesta mucho guardar en silencio mis propios sentimientos para ocuparme de los de los demás. Comparto su ansiedad por Adam, aunque no es la única persona cuyos sentimientos me importan en este momento. Se propone permanecer en Stoniton hasta después del juicio que, probablemente, se celebrará dentro de ocho días. Ha tomado allí una habitación y le alenté a que lo hiciera, porque creo que en la actualidad conviene que esté lejos de su casa. El pobre muchacho aún cree en la inocencia de Hetty… Desea hacer acopio de valor para verla, si le dejan, y desde luego no quiere alejarse del lugar donde ella se encuentra.

—¿Cree pues que esa muchacha es culpable? ¿Opina que la ahorcarán?

—Temo que corre un gran peligro de que la condenen, porque las pruebas son muy desfavorables para ella. Además, existe el agravante de que lo niega todo. Niega incluso haber tenido un hijo, y eso en contra de la evidencia. Yo la visité y también conmigo guardó el mayor silencio; al verme retrocedió como un animal asustado; nunca me ha impresionado tanto un cambio como el suyo. Sin embargo, creo que en el peor de los casos podremos lograr que la perdonen, aunque sólo sea para favorecer a las personas inocentes que están relacionadas con este asunto.

—¡Eso es una tontería! —exclamó Barde olvidando en su irritación a quién hablaba en aquellos momentos—. Perdóneme, señor, pero quiero decir que es una tontería que las personas inocentes se preocupen de si la ahorcan o no. Creo que cuanto antes quiten del mundo a mujeres como ésa, mejor; y también convendría que condenasen a la misma pena a los hombres que son cómplices de tales crímenes. ¿Qué bien ha de resultar de que vivan unos bichos como ésos y de que sigan comiendo el pan de los seres racionales? Y si Adam es lo bastante imbécil para preocuparse de ella, yo no quiero que sufra más de lo necesario. ¿Está muy triste el pobre muchacho? —añadió Barde quitándose las gafas y volviendo a ponérselas como si con ello quisiera consolarse a su imaginación.

—Sí, temo que el pobre está muy dolido. Da muestras de haberse impresionado mucho y dada la actitud violenta de que dio muestras ayer, me habría gustado mucho quedarme a su lado.

Mañana volveré a Stoniton y tengo bastante confianza en la fuerza de voluntad de Adam para esperar que soportará lo peor sin sentirse inclinado a tomar ninguna decisión imprudente.

El señor Irwine exteriorizaba así sus pensamientos y apenas se daba cuenta de que hablaba a Barde Massey; con la última frase quiso expresar la posibilidad de que Adam, impulsado por su deseo de venganza, buscara un enfrentamiento que habría de tener un fin más funesto que el ocurrido en la alameda. Esta posibilidad aumentaba la ansiedad con que esperaba la llegada de Arthur. Pero Barde creyó que el señor Irwine se refería al suicidio y en su rostro se pintó la alarma.

—Voy a decirle lo que pienso, señor —replicó—, y espero que lo apruebe. Cerraré mi escuela y si vienen los alumnos, que se vuelvan. Iré a Stoniton para velar por Adam hasta que haya terminado este asunto. Fingiré que deseo presenciar las sesiones del tribunal; a eso él no puede oponerse. ¿Qué le parece, señor?

—Muy bien —dijo el señor Irwine indeciso—. Eso tendría algunas ventajas y le agradezco la amistad que demuestra por ese pobre muchacho, Bartle… Pero tenga mucho cuidado con lo que le dice, porque me temo que no siente mucha compasión por la debilidad de la pobre Hetty.

—Confíe en mí, señor, confíe en mí. Sé lo que quiere decirme. En mis tiempos yo también fui un tonto, pero eso debe quedar entre usted y yo. No hablaré mucho con Adam, sino que me limitaré a vigilarle, procuraré que coma y le dirigiré alguna palabra de consuelo.

—Obrando así —contestó el señor Irwine algo tranquilizado con respecto a la discreción de Bartle— creo que realizará una buena acción. También convendría que comunicase a la madre y al hermano de Adam su intención de ir a su lado.

—Sí, señor, sí. —Bartle se levantó y se quitó las gafas—. Así lo haré, aunque la madre de ese muchacho no hace más que quejarse continuamente. No me gusta oírla, si bien reconozco que es una mujer limpia y aseada, y no una de esas puercas de pueblo. Buenas tardes, señor, y le agradezco los momentos que me ha dedicado. En este asunto es amigo de todo el mundo, sí, de todo el mundo. No hay duda de que ha tomado sobre usted una pesada carga.

—Adiós, Bartle; hasta que nos veamos en Stoniton, como sin

duda nos veremos.

Bartle salió de la rectoría evitando las preguntas de Carrol, y en cuanto vio a Vixen, que se acercaba trotando con sus cortas patas, exclamó muy airado:

—No tendré más remedio que llevarte conmigo, aunque como mujer no sirves para nada. Si te dejase aquí serías capaz de meterte en algún lío que te ocasionara la muerte. Sí, no me lo niegues. Y hasta quizás te caerías en una trampa de lobo. Además no tengo ninguna duda de que frecuentarías las malas compañías y que meterías el hocico en todos los agujeros y rincones que no te incumbieran. Pero te advierto que si cometes algún acto deshonroso, yo no te apoyaré. ¿Lo oyes? Ten la seguridad de que te dejaré abandonada. ¡No lo olvides!

# XLI

## La víspera del juicio

Una habitación alta, en una calle triste de Stoniton, con dos camas, una de ellas sobre el suelo. Eran las diez de la noche del jueves, y junto a la oscura pared que había frente a la ventana cerrada e impedía que la luz de la luna luchara con la de una pobre vela de sebo, estaba Bartle Massey fingiendo leer, aunque, en realidad, miraba por encima de las gafas a Adam Bede, que se había sentado en el lado opuesto de la estancia.

Si no se lo dijéramos al lector, éste no habría reconocido al joven; estaba mucho más flaco, tenía los ojos hundidos y no se había afeitado; parecía un enfermo que acaba de abandonar el lecho. Su cabello negro y espeso le cubría casi toda la frente y no se preocupaba de apartarlo para observar mejor lo que le rodeaba. Tenía un brazo apoyado sobre el respaldo de la silla y parecía estar contemplando sus manos cruzadas. Pero al oír una llamada a la puerta se levantó.

—Ya está aquí —dijo Bartle Massey levantándose a su vez para abrir.

Era el señor Irwine; Adam se quedó de pie, con instintivo respeto, mientras el señor Irwine se acercaba a él y le ofrecía la mano.

—Me he retrasado, Adam —dijo aceptando la silla que Bartle le ofrecía—. Pero tardé en salir de Broxton más de lo que me proponía, aparte de que desde mi llegada he estado muy ocupado. Ahora ya he terminado, por lo menos lo que se puede hacer hoy. Sentémonos pues.

Adam tomó maquinalmente su silla, y Barde, a falta de otro

asiento, se acomodó en la cama que quedaba en segundo término.

—¿La ha visto, señor? —preguntó Adam con voz trémula.

—Sí, Adam. El capellán y yo hemos pasado un largo rato con ella.

—¿Le ha preguntado, señor…? ¿Le dijo algo acerca de mí?

—Sí —contestó el señor Irwine después de ligera vacilación—. Le hablé de usted. Le dije que deseaba verla antes del juicio, si ella lo consentía.

Mientras el señor Irwine hizo una pausa, Adam lo miró con ojos interrogantes.

—Ya sabe que se niega a ver a todo el mundo, Adam. No se trata sólo de usted…; alguna influencia fatal parece haber cerrado su corazón contra sus amigos y parientes. Por eso se ha limitado a contestar «no» a mí y al capellán. Hace tres o cuatro días, antes de que le hablara de usted, cuando yo le pregunté si quería ver a algún individuo de su familia, quizás para franquearse con él, ella se echó a temblar y replicó: «Dígales que no vengan a verme. No quiero ver a nadie».

Adam inclinó la cabeza y se quedó silencioso. Los tres callaron durante unos momentos y luego Irwine dijo:

—No quisiera aconsejarle contra sus propios sentimientos, Adam, si éstos se inclinan a verla mañana, aun sin su consentimiento. Es muy posible, a pesar de que las apariencias indican lo contrario, que esa visita pueda afectarla de un modo favorable. Pero lamento tener que decir que apenas tengo alguna esperanza de que eso ocurra. No pareció conmovida cuando mencioné su nombre; se limitó a decir «no» del mismo modo frío y obstinado que de costumbre; y si este encuentro no tuviese efectos favorables sobre ella, para usted no sería más que un sufrimiento inútil e intenso. Está muy cambiada.

Adam se puso en pie y luego tomó el sombrero que estaba sobre la mesa, pero se quedó inmóvil y miró al señor Irwine como si quisiera dirigirle una pregunta difícil de formular. Bartle Massey se levantó sin hacer ruido, dio vuelta a la llave en la cerradura y luego la quitó y se la guardó en el bolsillo.

—¿Ha vuelto él? —preguntó Adam por fin.

—No —contestó el señor Irwine—. Deje el sombrero, Adam, a no ser que quiera salir conmigo a tomar el fresco. Mucho me temo

que no ha salido todavía.

—No tiene ninguna necesidad de engañarme, señor —dijo Adam con dureza y en tono de enojada sospecha—. Nada debe temer de mí, pues sólo quiero justicia. Quiero que él sufra lo mismo que ella. Lo ocurrido es cosa suya… Ella era una pobre niña, capaz de conquistar el corazón de todo el mundo… Nada me importa lo que haya hecho, porque él fue quien la obligó. Y es preciso que lo sepa, que lo comprenda y, si hay un Dios justo, entenderá el crimen que ha cometido al hundir en el pecado y en la desgracia a una pobre criatura como ésa.

—No le engaño, Adam —contestó el señor Irwine—. Arthur Donnithorne no ha vuelto aún y no se le esperaba cuando salí de Broxton. Le he dejado una carta y así se enterará de lo que ha ocurrido en cuanto llegue.

—Veo que a usted nada le importa eso —exclamó Adam indignado—. No hace caso siquiera de que la pobre esté sumida en la vergüenza y en la desgracia, y él, en cambio, lo ignora todo y no sufre absolutamente nada.

—Tenga presente, Adam, que lo sabrá y sufrirá larga y amargamente. Tiene corazón y tiene conciencia. Estoy seguro de ello, pues conozco muy bien su carácter. También estoy completamente convencido de que no cayó en la tentación sin haber sostenido consigo mismo una lucha verdaderamente desesperada. Es posible que sea un hombre débil, pero no un criminal ni un monstruo de egoísmo. Estoy persuadido de que eso será para él un golpe cuyos efectos sufrirá durante toda su vida. ¿Por qué quiere vengarse de ese modo? Recuerde que ninguna de las torturas que pudiera infligirle la beneficiaría a ella en lo más mínimo.

—No. ¡Oh, Dios mío, no! —gimió Adam dejándose caer en la silla—. Pero lo más horrible de todo es que eso no puede deshacerse. ¡Mi pobre Hetty…! ¡Ya no podrá volver a ser mi dulce Hetty…! ¡El ser más hermoso que Dios crió…, que me sonreía…, incluso creo que me amaba…, y era tan buena…!

La voz de Adam fue perdiendo volumen hasta que no fue más que un ronco murmullo, como si hablase consigo mismo. Pero luego, repentinamente, se quedó mirando al señor Irwine y exclamó:

—Pero ¿es tan culpable como dicen? Usted no lo cree, señor,

¿verdad? No es posible que ella haya hecho eso.

—Quizás nunca lo sabremos con certeza, Adam —contestó el señor Irwine con afectuoso acento—. En estos casos se forma el juicio basándose en las pruebas y, sin embargo, por falta de un pequeño detalle podemos sufrir una grave equivocación. Pero suponga lo peor; no tiene derecho a decir que él es culpable del crimen y que debería recibir el castigo. No corresponde a los hombres el repartir la culpabilidad moral y el castigo. Es imposible evitar los errores cuando se quiere señalar al culpable de un acto criminal, y el problema de la responsabilidad que verdaderamente le cabe a un hombre por las consecuencias imprevistas de sus propios actos, es tan grande que deberíamos temblar al pensar en ella. Las malas consecuencias que un sencillo acto de egoísmo puede contener constituyen un pensamiento tan horrible que sin duda debería despertar algún sentimiento menos peligroso que el deseo de castigar. Usted, Adam, cuando esté tranquilo, será muy capaz de comprender eso. Ni por un momento se figure que no me hago cargo de la angustia que despierta en usted ese deseo de venganza, pero piense que si obedece a su pasión, porque es pasión y se engaña al llamarla justicia, podría ocurrirle lo mismo que a Arthur, y tal vez peor, porque su pasión le arrastraría, quizás, a cometer un crimen horrible.

—No, no sería peor —dijo Adam amargamente—. No creo que pueda ser peor. Nada me importaría cometer una maldad de la que tuviese que sufrir yo solo, pero no quisiera haber obligado a esa pobrecilla a cometer un crimen y luego ver cómo la castigan, en tanto que a mí no me culpan de nada. Y sólo por un poco de placer, como si ese hombre no tuviese en el pecho un corazón humano. ¿Cree que él no pudo prever lo que ha ocurrido? De sobra lo supo; no tenía derecho a esperar que sus actos pudiesen acarrear a la pobre Hetty otra cosa que la vergüenza y el deshonor. Y, sin embargo, trató de salir del paso con algunas mentiras. No. Se ahorca a muchas personas que no son culpables de un crimen tan grande. Deje que un hombre haga lo que quiera, si sabe que el castigo ha de recaer sobre él solo y no es tan cobarde y egoísta como para quedarse a un lado mientras el castigo cae sobre otra persona.

—En eso vuelve a engañarse en parte, Adam. No existe ningún

acto criminal cuyo castigo recaiga sobre un solo hombre. Es imposible que se aísle usted mismo y diga que el mal que está en usted no ha de extenderse. Las vidas humanas se hallan de tal manera relacionadas unas con otras como el aire que respiramos; el mal se propaga de un modo tan necesario como la misma enfermedad. Comprendo y siento la extensión terrible de sufrimiento que ese pecado de Arthur ha causado a los demás. Pero lo mismo sucede con todos los pecados que hacen sufrir a otros, además de a quienes los cometen. Un acto de venganza por su parte contra Arthur no sería más que otro mal que vendría a sumarse a los que ya sufrimos, y ocasionaría el mayor dolor a todos aquellos que se aman. Y al cometer un crimen impulsado por la ciega furia, no remediaría ninguno de los males presentes, sino que añadiría a ellos otros nuevos. Puede decirme quizás que no medita ningún acto de venganza fatal; pero los pensamientos de su mente son los que harían nacer tales acciones mientras siguiera albergando esas ideas, mientras no comprendiese que el querer castigar a Arthur sólo obedece al deseo de venganza y no a la justicia, y que, por consiguiente, corre peligro de cometer un gran delito. Recuerde lo que usted mismo me dijo acerca de sus sentimientos después de haber dado a Arthur aquel fuerte golpe en la alameda.

Adam guardó silencio, pues las últimas palabras suscitaron una vivida imagen del pasado, y el señor Irwine le dejó entregado a sus pensamientos mientras hablaba con Barde Massey acerca del entierro del viejo señor Donnithorne y de otros asuntos de menor interés. Al fin Adam se volvió y en un tono más normal dijo:

—No le he preguntado acerca de los habitantes de Hall Farm, señor. ¿Ha venido el señor Poyser?

—Sí. Esta noche se halla en Stoniton. Pero no pude aconsejarle que viniera a verle, Adam. El pobre hombre está muy afectado y es mejor que no le vea hasta que usted esté más tranquilo.

—¿Ha ido Dinah a su casa, señor? Seth me dijo que la habían llamado.

—No. El señor Poyser me comunicó que aún no había llegado cuando él salió. Temen que la carta no haya llegado a sus manos, porque al parecer desconocían sus señas.

Adam se quedó pensativo unos instantes, y luego dijo:

—No sé si Dinah sentirá deseos de verla, aunque quizás los

Poyser se opusieran, puesto que ellos mismos no quieren visitarla. Sin embargo, creo que Dinah se decidirá a hablarle, porque los metodistas no tienen ningún reparo en frecuentar las cárceles. Seth me aseguró que ella obraría así. Dinah siempre la trató con mucho cariño, aunque no sé si pudo hacerle algún bien. ¿La conoce usted, señor?

—Sí. Incluso sostuve con ella una conversación y me pareció una joven muy agradable. Y ahora que la menciona, le diré que me gustaría mucho que viniese, porque es posible que una mujer suave y cariñosa como ella inclinase a Hetty a abrir su corazón. El capellán de la cárcel es hombre de maneras algo bruscas.

—De todos modos, aunque viniese sería inútil —dijo Adam tristemente.

—Si hubiese pensado antes en esta solución, habría tomado algunas medidas para encontrarla —dijo el señor Irwine—, pero temo que ya es demasiado tarde. En fin, Adam, tengo que marcharme. Procure descansar esta noche. Dios le bendiga. Le veré mañana temprano.

# XLII

## La mañana del juicio

A la una del día siguiente, Adam estaba solo en su alta y triste habitación; su reloj se hallaba sobre la mesa y al alcance de su mirada, como si pretendiera contar los largos minutos. No sabía lo que podrían decir los testigos en el juicio, pues él mismo había evitado conocer los detalles relacionados con la detención y la acusación de Hetty. Aquel muchacho activo y valeroso, que sin vacilar se habría enfrentado a cualquier peligro o trabajo para librar a Hetty de una desgracia, se sintió impotente para presenciar un daño y un sufrimiento irremediables. Su cariño, que habría sido una fuerza impulsora de ser posible emprender alguna acción, se convirtió en angustia al verse obligado a observar la más absoluta pasividad; o bien buscó una salida activa al pensar en aplicar la justicia a Arthur. Las naturalezas enérgicas, fuertes para realizar grandes hazañas, se alejan con frecuencia de los que sufren sin esperanza, como si tuviesen el corazón duro. A ello les obliga el dolor que se apodera de ellos. Y retroceden movidas por un instinto que no pueden dominar, del mismo modo como retrocederían ante un gran dolor físico. Adam estaba dispuesto a visitar a Hetty, si ella lo consentía, por creer que podría resultar algún bien para la joven y ayudarla a olvidar aquella dureza terrible de que le habían hablado. Si ella comprendía que Adam no le guardaba rencor, tal vez le abriese su corazón. Pero tomó esta resolución sólo a costa de un gran esfuerzo. Temblaba ante la idea de ver su cambiado rostro, del mismo modo que una mujer asustada tiembla al pensar en el bisturí del cirujano; y prefería pasar aquellas horas de incertidumbre dolorosa antes de soportar la agonía de presenciar el

juicio.

El sufrimiento profundo e indescriptible puede ser llamado bautismo, regeneración e iniciación de un nuevo estado. Los tristes recuerdos, los amargos pesares y la dolorosa compasión, así como las súplicas al derecho invisible, todas las emociones intensas que llenaron los días y las noches de la semana anterior y que, de nuevo, se presentaban a él como una ansiosa multitud en las horas de aquella mañana, daban a Adam la impresión de que todos los años anteriores de su vida habían transcurrido en una existencia soñolienta y le hacían creer que acababa de despertarse para experimentar, con tremenda intensidad, toda clase de sensaciones. Le parecía que siempre había dado muy poca importancia al sufrimiento de los hombres; y que todo lo que antes había soportado y denominaba dolor, no era más que un simple arañazo o un ligero golpe que no había dejado ninguna huella. Sin duda una gran angustia puede realizar el trabajo de muchos años y es posible que salgamos de tal bautismo de dolor con el alma llena de nueva comprensión y de nueva piedad.

—¡Oh, Dios mío! —gimió el joven mientras se apoyaba en la mesa y contemplaba la blanca esfera del reloj—. ¿Es posible que los hombres hayan sufrido antes, como yo mismo… y que las pobres y desgraciadas criaturas indefensas hayan sufrido como ella…? ¿Que eso le ocurra a esa pobre desgraciada que, hace tan poco tiempo, era tan hermosa y parecía tan feliz… cuando besaba a los miembros de su familia, que le deseaban toda suerte de felicidades…? ¡Oh, pobre Hetty mía…! ¿Recordarás acaso esa escena?

Adam se sobresaltó y dirigió los ojos hacia la puerta. Vixen había empezado a gemir y en la escalera se oía ya el ruido del bastón de un cojo. Era Barde Massey que volvía. ¿Habría terminado todo?

Entró el maestro de escuela y, acercándose a Adam, le cogió la mano y le dijo:

—He venido a verte, hijo mío, aprovechando unos momentos en que todo el mundo ha salido de la sala del tribunal.

El corazón de Adam latió con tanta fuerza que no pudo replicar cosa alguna. Solamente respondió al apretón de la mano de su amigo y éste, acercando la otra silla, se sentó junto a él y se quitó el sombrero y las gafas.

—Nunca me había ocurrido antes eso de salir con las gafas puestas. Me había olvidado de ellas por completo.

El anciano hizo esta observación trivial creyendo que valía más no reaccionar a la agitación de Adam, pues así éste comprendería de un modo indirecto que aún no podía comunicarle nada decisivo.

—Ahora —dijo levantándose otra vez— quiero que comas un poco de pan y bebas del vino que nos ha mandado el señor Irwine. Se enojaría mucho conmigo si no te hiciera comer y beber. Ven —añadió, tomando la botella y el pan y poniendo un poco de vino en un vaso—. Yo también tomaré algo. Ven a beber conmigo, muchacho.

Adam alejó con suavidad el vaso y dijo en tono de súplica:

—Cuénteme lo que ha ocurrido, señor Massey. Dígamelo todo. ¿Esta allí ella? ¿Han empezado ya?

—Sí, hijo mío. Empezaron cuando llegué yo; pero van muy despacio, mucho. Además, el abogado defensor aprovecha la ocasión para meter baza en cuanto puede, y luego pierde mucho tiempo preguntando a los testigos y disputando con los demás abogados. Eso es todo lo que puede hacer a cambio del dinero que le han dado, que es una gran suma. Sí, muy importante. Es un hombre muy inteligente y con unos ojos capaces de encontrar una aguja en un pajar. Al hombre que no tenga sentimientos le gustará, quizás, enterarse de lo que ocurre ante el tribunal, pero el que sea de carácter tierno y cariñoso, se volvería tonto en aquel lugar. Créeme que con gusto renunciaría a las cifras para siempre a cambio de poder traerte alguna buena noticia.

—Pero ¿se presenta mal el caso para ella? —preguntó Adam—. Comuníqueme lo que han dicho. Quiero saberlo y conocer todas las acusaciones.

—Pues las pruebas principales las han dado los médicos; y todos la acusan, a excepción de Martin Poyser…, el pobre Martin. Todos los asistentes se compadecían de él, y cuando lo vieron aparecer resonó entre la multitud un rumor semejante a un sollozo. Lo peor fue cuando le ordenaron mirar a la acusada. Eso fue muy cruel para el desgraciado, mucho. Ten en cuenta, Adam, que el pobre hombre siente lo ocurrido tanto como tú mismo. Es preciso que ayudes a Martin y que muestres algún valor. Ahora bebe un poco de vino y procura portarte como un hombre.

Barde había pronunciado las palabras más apropiadas. Adam tomó el vaso obedientemente y bebió un poco.

—Dígame qué aspecto tenía ella —rogó.

—Asustada, muy asustada, cuando entró en la sala. La pobrecilla vio por vez primera a la multitud y a los jueces. Entre el público hay numerosas mujeres estúpidas, con galas y dijes en manos y brazos, con trajes elegantes y la cabeza cubierta de plumas, sentadas al lado del juez. Cualquiera podría creer que se han vestido así para avisar a los hombres de la conveniencia de no relacionarse nunca más con ninguna mujer. Miraban sin cesar, de un lado a otro, y hablaban en voz baja entre sí. Pero la acusada se quedó como una imagen pálida, mirando sus manos y sin que al parecer oyese ni viese nada. Estaba blanca como el papel, y no contestó cuando le preguntaron si se confesaba culpable o no; en vista de ello decidieron juzgarla como no culpable. Pero al oír el nombre de su tío se estremeció. Luego, cuando le ordenaron que la mirase, ella inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos. Al pobre hombre le temblaba la voz y le era muy difícil hablar. Los miembros del tribunal que, generalmente, son duros como clavos, lo trataron lo mejor que pudieron. El señor Irwine se puso a su lado y salió con él de la sala. ¡Ah, qué grande es para un hombre poder apoyar a un vecino y a un amigo y sostenerle en un caso tan terrible como ése!

—¡Dios le bendiga y a usted también, señor Massey! —dijo Adam en voz baja y apoyando la mano en el brazo del maestro.

—Sí. El párroco es un hombre excelente. Tiene muy buen sentido y no dice más de lo necesario. No es de esos que creen que pueden consolar a una persona charlando con ella, ni le dan a entender que conocen mejor que ella misma el disgusto que la agobia. En mis tiempos he tratado a personas así, en el sur, cuando yo mismo me hallaba en una situación desagradable. El señor Irwine también es testigo de la defensa, hablará de las buenas costumbres de la acusada.

—Pero ¿y las pruebas? ¿Son muy comprometedoras para ella? ¿Qué le parece, señor Massey? Dígame la verdad.

—Sí, hijo mío, sí. Vale más decir la verdad cuanto antes, porque al fin y al cabo acabarías conociéndola. El testimonio de los médicos es muy grave para ella, mucho. Ella, en cambio, sigue

negando que haya tenido un hijo. Esas estúpidas mujeres no comprenden la inutilidad de negar lo que está probado. Estoy seguro de que esta táctica la perjudicará a los ojos del jurado, y, si el veredicto le es adverso, el tribunal se sentirá menos inclinado a la clemencia. Pero el señor Irwine hará cuanto pueda; de eso podemos estar seguros, Adam.

—¿De modo que en la sala del tribunal nadie la apoya, nadie parece deseoso de favorecerla?

—A su lado se sienta el capellán de la cárcel, pero es hombre con cara de hurón y muy distinto del buen señor Irwine. Me han dicho que los capellanes de la cárcel son siempre lo peor del clero.

—Se comprende que así sea —dijo Adam con amargura. Luego se puso en pie y miró con fijeza hacia la ventana, como si examinase una nueva idea.

—Señor Massey —dijo por fin separándose el cabello de la frente—, le acompañaré al tribunal. Sería una cobardía por mi parte no ir. Yo la apoyaré cuanto pueda, a pesar de las mentiras que ha declarado. No deberían condenar a esa pobre niña y sus parientes no habrían de abandonar a una persona de su propia sangre. Todo el mundo solicita la misericordia de Dios y nosotros mismos no la ejercemos. Yo, en otro tiempo, era bastante duro con los demás, pero ya no volveré a obrar así. Le acompañaré, señor Massey, iré con usted.

Era tan decidido el tono de Adam que Barde comprendió la inutilidad de contrariarle, aunque lo hubiera deseado. Por consiguiente, se limitó a contestar:

—En tal caso, Adam, come y bebe un poco más. Hazlo por mí. Mira, yo también comeré para hacerte compañía.

Impulsado ya por una resolución, Adam tomó un poco de pan y bebió un vaso de vino. Estaba desencajado, sin afeitar, pero más animado y se parecía un poco al Adam de otros tiempos.

# XLIII

## El veredicto

La sala que aquel día se utilizó para celebrar el juicio era una estancia enorme, en la actualidad destruida por un incendio. La luz del mediodía, que caía sobre aquella numerosa congregación de cabezas humanas, penetraba a través de una fila de ventanas altas, de estilo gótico y provistas de cristales de colores. En el extremo más lejano se veían unas oxidadas armaduras y bajo el amplio arco de la gran ventana, en cuyo centro se alzaba una columna, colgaba una cortina de tapicería antigua, en la que se divisaban unas tristes figuras que más parecían un sueño borroso de tiempos pasados. Se trataba de un lugar que, durante el resto del año, parecía contener los vagos recuerdos de reyes antiguos, desgraciados, destronados y encerrados en una prisión. Pero aquel día habían huido todas aquellas sombras y ninguno de los que se hallaban en la enorme sala sentía la presencia de un dolor imaginario, sino de otro muy real que atravesaba los corazones generosos.

Pero aun ese dolor pareció leve cuando la alta figura de Adam Bede se mostró junto al banquillo de la acusada. A la viva luz que reinaba en la sala y entre los rostros flacos y afeitados de los demás hombres, las huellas del sufrimiento que se advertían en su semblante llamaron la atención incluso del señor Irwine, que ya lo había visto a la escasa luz de la habitación que ocupaba. Y los vecinos de Hayslope, que estaban presentes y que, en su ancianidad, referirían la historia de Hetty Sorrel al amor de la lumbre, jamás olvidaron mencionar cuánto se emocionaron al ver al pobre Adam Bede, cuya alta cabeza sobresalía por encima de todo el mundo, en el momento que fue a sentarse al lado de la joven.

Pero ésta no le vio. Se hallaba en la misma posición descrita por Barde Massey, con las manos cruzadas y los ojos fijos en ellas. En los primeros instantes Adam no se atrevió a mirarla; mas, por último, cuando la atención de la sala se fijó en los detalles propios del juicio, volvió resueltamente el rostro hacia ella.

¿Por qué le habían dicho que estaba muy cambiada? En el cadáver de la persona que amamos vemos el parecido, que entonces es más acentuado, por el hecho de que antes vivía y ahora ya no existe. De nuevo vio Adam el dulce rostro y el hermoso cuello, los delicados rizos, las largas y negras pestañas, las redondas mejillas y los maravillosos labios; desde luego estaba pálida y flaca, pero seguía siendo la misma Hetty de siempre. A otros quizás les parecería que el demonio la había transformado con una sola de sus centelleantes miradas, arrugando el alma femenina que la animaba y dejándole sólo una dura y desesperada obstinación. Pero Adam vio que aquella acusada, pálida y desencajada, era la misma Hetty que le sonrió en el jardín, bajo los manzanos; vio el cadáver de Hetty que, al principio, temió mirar, y del cual luego ya no podía apartar los ojos.

Pero entonces oyó algo que le obligó a escuchar e hizo menos absorbente su contemplación. En el lugar destinado a los testigos había una mujer de edad mediana, que hablaba con voz clara y firme, y dijo:

—Me llamo Sarah Stone. Soy viuda y tengo una pequeña tienda en la que vendo tabaco, rapé y té, en el callejón de la Iglesia de Stoniton. La acusada es la misma joven que, con aspecto de cansada y enferma, y con un cesto colgado del brazo, me pidió alojamiento en mi casa un sábado por la tarde o, mejor dicho, el 27 de febrero. Tomó mi casa por una posada, a causa de un cartel que tengo colgado sobre la puerta. Pero cuando le dije que no admitía huéspedes, la acusada empezó a llorar y dijo que estaba muy fatigada para ir a otra parte, y que sólo deseaba una cama para pasar la noche. Su hermosura y aspecto respetable, así como la situación desagradable en que parecía hallarse, me emocionaron y no me atreví a despedirla. La hice sentar, le di té y le pregunté adonde iba y dónde estaban sus familiares. Ella contestó que volvía a su casa, que sus parientes eran granjeros y que aún le faltaba recorrer una distancia considerable para llegar a su lado; añadió

que había hecho un largo viaje que le costó más de lo que se figuraba, de modo que le quedaba ya muy poco dinero y temía ir a donde le hiciesen pagar una cantidad importante. Se había visto obligada a vender la mayor parte de las cosas que llevaba en el cesto, pero estaba dispuesta a darme un chelín por la cama. Me pareció que no había ninguna razón para oponerme a complacer a la joven. Sólo tengo un dormitorio, pero hay en él dos camas, y así, le dije que podía quedarse conmigo. Me figuré que había sido engañada y se hallaba en situación comprometida, pero puesto que se dirigía a casa de sus parientes, sería una buena obra protegerla de nuevas contrariedades.

La testigo añadió que aquella noche la acusada dio a luz a una criatura, e identificó la ropa que ella misma proporcionó y gracias a la cual vistió al recién nacido.

—Es la misma ropa. La hice yo y la tenía guardada desde que nació mi último hijo. Favorecí cuanto pude a la madre y al niño, y no me fue posible dejar de interesarme por ellos. No llamé al médico porque, al parecer, no era necesario. Al día siguiente rogué a la madre que me indicase el nombre de sus parientes y me dijera dónde vivían, con objeto de escribirles. Ella me contestó que se proponía hacerlo ella misma, pero no aquel día. Y a pesar de cuanto le dije en contra, aquella misma tarde se levantó y vistió. Dijo que se sentía fuerte y demostró un valor sorprendente. Decidí ir a la iglesia para hablar con nuestro ministro. Salí de casa hacia las ocho y media. Para marcharme no utilicé la puerta de la tienda, sino otra que hay en la parte posterior de la casa y que da a un estrecho callejón. Sólo dispongo de la planta baja, y tanto la cocina como el dormitorio dan a dicho callejón. Dejé a la acusada en la cocina, sentada junto al fuego, y con el niño en la falda. No había llorado ni parecía desalentada como la noche anterior. Observé sin embargo una mirada rara en sus ojos, y al atardecer noté que tenía las mejillas muy rojas. Temí que tuviese fiebre y me propuse llamar a una amiga mía, mujer muy experimentada, para que la viese. La noche era muy oscura y, al salir, no cerré la puerta, porque en realidad no tiene cerradura, sino sólo una aldaba en la parte interior, de modo que cuando no hay nadie en la casa tengo la costumbre de salir por la puerta de la tienda. Pero me pareció que no había peligro de dejar la puerta abierta durante mi corta

ausencia. Me entretuve más de lo que quería, pues tuve que esperar que mi amiga pudiese acompañarme. Había pasado ya una hora y media desde que salí, y cuando llegamos a casa vi la bujía encendida, como antes, pero la acusada y el niño habían desaparecido. Como es natural, yo me asusté y me enojé al notar su ausencia. No di parte, sin embargo, porque no creí que quisiera hacer nada malo y además me constaba que llevaba en el bolsillo el dinero necesario para comprar comida y obtener albergue. No quería que la persiguiese la policía, pues la joven tenía el derecho de marcharse de mi casa si le parecía bien.

Tal declaración produjo un efecto eléctrico en Adam y le dio nuevas fuerzas. Hetty no podía ser culpable del crimen; sin duda amaba a su hijo de todo corazón, ya que, de lo contrario, no se lo habría llevado, pues podía haberlo dejado en aquella casa. La criatura murió de muerte natural y ella no hizo más que ocultarla. Los niños recién nacidos mueren con facilidad, de modo que lo más probable era que existiesen sospechas, aunque ninguna prueba de culpabilidad. Su mente estaba ocupada por numerosos argumentos contrarios a tales sospechas, y por eso no pudo atender a las preguntas que hizo el abogado defensor de Hetty, que, sin éxito, trataba de demostrar que la acusada había demostrado algún sentimiento maternal con respecto a su hijo. Mientras se interrogaba a aquella testigo, Hetty continuó tan inmóvil como siempre, sin que, al parecer, se enterase de lo que ocurría; pero la voz del testigo siguiente hizo vibrar en ella una cuerda que aún era sensible; se sobresaltó visiblemente y le dirigió una mirada de temor, pero en el acto volvió la cabeza y miró a sus manos como antes. Aquel testigo era un hombre, un rudo campesino, que dijo:

—Me llamo John Olding, soy labrador y vivo en
Tedd's
Hole, a tres kilómetros de Stoniton. El limes hizo ocho días; a cosa de la una de la tarde, me dirigía al soto de Hetton y a quinientos metros de distancia vi a la acusada, que llevaba una capa roja, sentada bajo un almiar y no lejos del portillo. Se puso en pie al verme, como si quisiera alejarse, pero como se hallaba junto a un sendero público, entre los campos, nada de particular tenía que estuviese allí, aunque me fijé en ella por su palidez y por su aspecto de temor. De no ser por el buen traje que llevaba, la habría tomado

por una mendiga. Me pareció que no estaba en sus cabales, pero me dije que eso no importaba. Me quedé mirándola para ver si volvía, pero ella continuó andando hasta perderse de vista. Tuve que ir al otro lado del soto con objeto de examinar unas estacas. En el soto hay un camino que lo atraviesa, pero a derecha y a izquierda son numerosos los pasos donde se ha cortado algún árbol. Yo no seguí el camino en línea recta, sino que me volví al llegar a la mitad y tomé un atajo en dirección al lugar adonde quería dirigirme. Apenas hube dado unos pasos, cuando oí un grito extraño. Me dije que no pertenecía a ninguno de los animales que conozco, mas no creí necesario detenerme para examinar la causa. Luego volví a oírlo y me pareció tan extraordinario en aquel lugar, que me detuve para ver quién gritaba de ese modo. Incluso pensé que si se trataba de un animal raro podría venderlo bien. Me costó mucho averiguar de dónde procedía y empecé a mirar por entre las matas. Luego me pareció que aquel extraño animal estaba en el suelo. Miré por entre unas ramas caídas, mas no pude encontrar nada y, por fin, el grito dejó de oírse. Tuve que renunciar a descubrir la causa y continué dedicado a mis asuntos. Pero cuando volví al mismo sitio, en mi camino de regreso, cosa de una hora más tarde, dejé en el suelo unas estacas que llevaba a cuestas y empecé a registrar otra vez. Precisamente cuando me inclinaba para dejar las estacas en el suelo, vi a muy corta distancia de mí una cosa blanca y de forma rara. Me arrodillé y fui a recogerlo, y entonces me di cuenta de que era la mano de un niño.

Estas palabras hicieron que todos se estremecieran. Hetty temblaba visiblemente y por vez primera parecía prestar atención a lo que decía un testigo.

—Había allí una gran cantidad de leña sobre un pequeño hueco y la mano sobresalía por entre la madera. Sin embargo, un agujero me permitió ver la cabeza de una criatura. Me apresuré a quitar todos aquellos estorbos y saqué al niño. Observé que iba bien vestido, pero su cuerpecito estaba frío y me figuré que había muerto. Salí corriendo del bosque y fui a mi casa a mostrar la criatura a mi mujer. Ella me dijo que había muerto y que lo mejor sería llevar el cadáver a la parroquia y avisar a la policía. Yo dije: «Apostaría cualquier cosa a que esta criatura pertenece a la joven que encontré cuando iba al soto». Ella se había alejado y

desaparecido a lo lejos. Y yo llevé el cadáver a la parroquia de Hetton, lo comuniqué a la policía y luego al juez Hardy. Hecho esto fuimos en busca de la joven, hasta que anocheció, y como no la encontramos, dimos aviso a Stoniton para que pudiesen detenerla. A la mañana siguiente se me presentó un policía para que le acompañase al lugar en que hallé el cadáver. Cuando llegamos allí vimos a la acusada sentada junto al matorral, no lejos del lugar en que dejó a la criatura.

Se echó a llorar al vernos, pero no se movió. En el regazo tenía un gran trozo de pan.

Mientras hablaba aquel testigo, Adam profirió un leve gemido de desesperación. Había ocultado el rostro en el brazo, que apoyaba en la mesa que tema delante. Aquel era el momento culminante de su sufrimiento. Hetty era culpable, sin duda alguna y, en silencio, el joven suplicaba el auxilio de Dios. No oyó más de aquella declaración y ni siquiera se dio cuenta de cuando el presidente declaró que ya no había más testigos de cargo, y no notó tampoco que el señor Irwine empezaba su declaración, dando cuenta al tribunal de la excelente conducta de Hetty en su propia parroquia y de las costumbres virtuosas en que se había criado. Esta declaración no tendría ninguna influencia en el veredicto, pero él la hizo para contribuir a la petición de clemencia, que el propio abogado defensor habría hecho de habérsele permitido hablar en beneficio de la acusada, favor no concedido a los criminales en aquellos tiempos de severidad.

Por fin, Adam levantó la cabeza al advertir un gran movimiento a su alrededor. El juez había dirigido la palabra al jurado que, en aquel momento, se retiraba a deliberar. No estaba ya lejos el instante decisivo. Adam sintió tal horror que no pudo mirar a Hetty, quien volvió a sumirse en su indiferencia y en su dureza habituales. Todo el mundo la miraba, pero ella parecía no darse cuenta de nada.

Durante aquel intervalo hubo en la sala un rumor compuesto de roces, murmullos y leves zumbidos. Ya no había necesidad de prestar atención y todo el mundo sentía el deseo de expresar en voz baja alguna opinión más o menos ofensiva. Adam se quedó mirando pero sin ver siquiera los objetos que tenía delante. Mientras tanto, los miembros del tribunal hablaban en tono de indiferencia y el

señor Irwine lo hacía en voz baja y vehemente con el juez. Adam no vio cómo el rector volvía a sentarse muy agitado y meneaba tristemente la cabeza cuando alguien le susurraba algo al oído. Los sentimientos de Adam eran demasiado intensos para fijarse en lo que ocurría a su alrededor.

Transcurrió un cuarto de hora escaso, antes de que el golpe que avisaba que el jurado había llegado a un acuerdo diera a entender a todo el mundo la obligación de guardar silencio. Este era absoluto mientras se pronunciaban los nombres de los jurados y se obligaba a la acusada a levantar la mano. Luego se preguntó al jurado cuál era su veredicto.

—¡Culpable!

Era precisamente lo que todo el mundo esperaba, pero se oyó un suspiro general al notar que no se solicitaba la clemencia del tribunal. La acusada no gozaba de la simpatía de la audiencia, porque lo horrible de su crimen quedaba acentuado por su dura inmovilidad y su obstinado silencio. Ni siquiera el veredicto, según creyeron los observadores lejanos, fue bastante para sacarla de su apatía, aunque los que estaban cerca de ella pudieron observar que temblaba de pies a cabeza.

Volvió el silencio cuando el juez se cubrió con su toga negra y apareció a su espalda el capellán revestido de sus hábitos eclesiásticos. Luego, antes de que el ujier tuviese tiempo de recomendar silencio, éste se hizo más profundo. El presidente dijo entonces:

—Hester Sorrel…

El rostro de Hetty se cubrió de rubor, pero luego volvió a ponerse pálida al mirar al juez, y se quedó con los ojos muy abiertos y fijos, como si estuviese petrificada por el miedo. A Adam, que no volvió el rostro hacia ella, le pareció que los separaba un abismo insondable. Pero al oír las palabras «… para ser colgada por el cuello hasta que sobrevenga la muerte», en la sala resonó un grito agudo. Era Hetty. Adam dio un salto y extendió los brazos hacia ella, pero la distancia que los separaba era demasiado grande y la joven cayó desmayada y se la llevaron fuera de la sala.

# XLIV

## El regreso de Arthur

Cuando Arthur Donnithorne desembarcó en Liverpool y leyó la carta de su tía Lydia, anunciándole con breves palabras la muerte de su abuelo, su primera exclamación fue:

—¡Pobre abuelo! ¡Ojalá hubiese estado a su lado en el momento de su muerte! Quizás deseó algo que ahora no sabré nunca. El pobre ha tenido una muerte muy triste.

Es imposible decir que su dolor fuera más profundo de lo que dan a entender esas palabras. Mientras la silla de posta lo llevaba rápidamente hacia la mansión de la que, en adelante, sería señor, trataba de recordar todo aquello que pudiese demostrar cierto respeto por los deseos de su abuelo, siempre y cuando no estuviese en contradicción con los suyos propios acerca del bien que pensaba realizar en pro de la propiedad y de los arrendatarios. Había llegado la hora de empezar su verdadera vida; ahora tendría la oportunidad de realizar sus proyectos y se beneficiaría de ello. Demostraría a los habitantes de Loamshire lo que era un noble propietario rural y no habría cambiado ese destino por cualquier otra suerte bajo el sol. Se veía ya cabalgando por las montañas, en los hermosos días del otoño, examinando sus planes favoritos de drenaje y de cercado; luego, admirado como el mejor jinete en el mejor caballo durante las cacerías; juzgado favorablemente en los días de mercado y disfrutando de la fama de señor excelente; pronunciando discursos en las comidas que se dan en tiempo de elecciones, y demostrando grandes conocimientos agrícolas; protector de cualquier trabajo útil, severo censor de los arrendatarios negligentes y buen compañero a quien todos tendrían la mayor simpatía. Vio alegres rostros que le

saludarían en todas partes y no dudó de que las familias vecinas sostendrían con él las mejores relaciones del mundo. Los Irwine cenarían con él todas las semanas y tendrían su propio coche para hacer el trayecto, pues Arthur encontraría un modo delicado de proporcionárselo; y, puesto que disponía del curato de Hayslope, obligaría al vicario a aceptar doscientas libras más al año. En cuantos a su tía, gozaría de todas las comodidades posibles, y seguiría viviendo en el cazadero, si así lo deseaba, a pesar de sus costumbres de solterona, por lo menos hasta que él se hubiese casado. Eso, sin embargo, estaba aún borroso en el cuadro de su futuro, porque Arthur no había encontrado a la mujer que representaría el papel de digna compañera del mejor caballero rural de Inglaterra.

Éstas eran las ideas principales de Arthur, condensadas en algunas frases que, en realidad, no son sino la lista de las escenas de un gran panorama lleno de color, de detalles y de vida. Los felices rostros que Arthur veía y que le saludaban no eran pálidas abstracciones, sino caras sonrosadas, verdaderas y muy familiares para él: la de Martin Poyser estaba entre ellas y también divisó las de toda la familia de éste.

¿También la de Hetty?

Sí. Porque Arthur se creía en paz con ella, si bien no estaba tan satisfecho con respecto a lo que había ocurrido unos meses antes, y hasta sentía un calor especial en las orejas cada vez que recordaba la escena con Adam; pero, en cambio, estaba tranquilo con respecto al presente. El señor Irwine, con quien se había carteado regularmente, le había dado cuenta de las noticias referentes a los lugares y a las personas, y le había comunicado, tres meses atrás, que Adam Bede no se casaría con Mary Burge, como primero se había imaginado, sino con Hetty Sorrel. Tanto Martin Poyser como el mismo Adam habían hablado de eso con el señor Irwine, y le dijeron que el joven estaba enamorado de Hetty desde dos años atrás, y que ambos jóvenes se habían puesto de acuerdo para casarse en marzo. Aquel robusto Adam era más sensible de lo que el rector se imaginaba. Se trataba de unos amores idílicos, y si esto no le hubiese ocupado demasiado espacio en su carta, le habría gustado describir a Arthur la timidez y las sencillas y vigorosas palabras con que el excelente muchacho le comunicó su secreto. Y

le constaba que Arthur recibiría con gusto la noticia de que Adam iba a ser muy feliz.

Sí, realmente le pareció a Arthur que no había bastante aire en la estancia para satisfacer su renovada vida en cuanto leyó este pasaje de la carta. Abrió las ventanas de par en par y luego salió a tomar el aire de diciembre, saludando a todos cuantos conocidos vio, con tanta alegría como si acabase de recibir noticias de otra victoria de Nelson. Por vez primera desde su llegada a Windsor se sentía totalmente alegre. La carga que pesara sobre sus hombros había desaparecido y el temor ya no existía. Se dijo que ahora nada le impediría olvidar sus amargos sentimientos con respecto a Adam. Podía ya ofrecerle su mano y rogarle que volviesen a ser amigos, a pesar de aquel recuerdo penoso que aún hacía arder sus orejas. Había sido derribado y por eso se vio obligado a mentir. Esas cosas siempre dejan una cicatriz, por mucho que se quiera evitar. Pero si Adam se mostraba como en otros tiempos, Arthur deseaba corresponder con iguales sentimientos y haría lo posible para que el joven participase en sus negocios y en su futuro, como siempre deseó antes de aquel maldito encuentro del mes de agosto. Pero no; aún haría más por Adam de lo que hubiese hecho antes de ocurrir aquella escena desagradable. El marido de Hetty tendría sobre él derechos especiales y la misma Hetty vería que todos los dolores que pudo sufrir en el pasado por su culpa estaban más que compensados; aunque realmente ella no había debido de quererle mucho, puesto que pudo resolverse a ser esposa de Adam.

Ya se ve, pues, cuál era el cuadro que Arthur se imaginaba de Adam y de Hetty en el panorama de su porvenir. Corría entonces el mes de marzo y pronto se casarían los dos jóvenes. Quizás se habrían casado ya. Y ahora Arthur estaba en situación de hacer mucho por ellos. ¡Dulce y querida Hetty! Sin duda la pequeñuela no llegó a quererle tanto como él la quiso, porque aún ahora se sentía atraído por ella, de manera que temía verla, y también es preciso confesar que había hecho muy poco caso a las demás mujeres desde que se despidió de la joven. Aquella pequeña figura que se dirigía hacia él en la alameda, aquellos ojos negros de largas pestañas y de infantil expresión, y los hermosos labios que se acercaban a los suyos para besarle…, esta imagen no se había debilitado en su memoria a pesar del tiempo trascurrido. Y no había duda de que

seguiría siendo tan hermosa como siempre. Era imposible imaginarse que la vería muy pronto, pero estaba seguro de que en cuanto eso sucediera no podría dejar de temblar. Claro que no estaba enamorado de Hetty; había deseado con toda su alma, durante meses enteros, que ésta se casara con Adam, y nada contribuía más a su propia felicidad, en esos momentos, que la idea de esa boda. Era el exagerado efecto de la imaginación el que hacía latir apresuradamente su corazón cuando pensaba en ella. En cuanto la viese convertida en esposa de Adam, ocupada en los trabajos prosaicos de su nuevo hogar, tal vez llegaría a extrañarse de sus anteriores sentimientos. Gracias a Dios, todo se había arreglado muy bien. Ya podía dedicarse por entero a sus asuntos; no había por qué temer que reincidiese en sus tonterías.

¡Qué agradable resultaba el chasquido del látigo del postillón, así como la sensación de verse transportado con tanta rapidez a través de los paisajes ingleses, tan semejantes a los de su propio pueblo, aunque quizás no tan encantadores! Atravesó el mercado de una ciudad muy semejante a Treddleston, en la cual las armas del señor del lugar se veían en el cartel de la posada principal; luego, más campos y matorrales, cuya vecindad a una población como aquélla indicaba sobradamente que tenías que pagar un arrendamiento muy elevado; después las tierras empezaron a ofrecer un aspecto más pobre, los bosques fueron más frecuentes y, de vez en cuando, se veía alguna casa blanca o roja situada en una prominencia moderada, lo que permitía contemplar sus parapetos y chimeneas por entre las densas masas de olmos y robles, enrojecidas ahora por las flores tempranas. Y luego aparecía el pueblo, la pequeña iglesia con su tejado rojo, de aspecto humilde incluso, entre las casas de madera, y los antiguos cementerios verdes, rodeados de plantas espinosas. En aquellos lugares no había nada brillante y lozano, a excepción de los niños, que abrían los ojos de par en par al contemplar el paso de la rápida silla de posta. Tampoco había nada ruidoso, a excepción de los perros ladradores, pertenecientes a una raza extraña. ¡Cuánto más hermoso era el pueblo de Hayslope! Y estaba dispuesto a no dejarlo nunca tan abandonado como aquel que cruzaba en ese momento. Realizaría grandes obras de reparación en las casas y en los edificios de las granjas, de modo que los que viajasen en sillas de posta por el

camino de Rosseter no tendrían más remedio que admirar el pueblo. Adam Bede dirigiría todas aquellas reparaciones, porque ahora ya tenía una participación en los negocios de Burge, y, si era necesario, Arthur metería algún dinero en la empresa y hasta compraría la parte del viejo dentro de uno o dos años. Lo ocurrido durante el último verano fue una gran falta en la vida de Arthur, pero se proponía compensarla con su conducta futura. Muchos, en su lugar, habrían sentido el deseo de vengarse de Adam, pero él no pensaba así, pues estaba dispuesto a no recordar pequeñeces semejantes, ya que había sido él quien tuvo la culpa de todo; y aunque Adam se mostró brutal y violento, debía reconocerse que se vio en un doloroso dilema, porque el pobre muchacho estaba enamorado y fue provocado; no, Arthur no sentía ningún odio contra nadie; era feliz y procuraría la dicha de todos los que dependieran de él.

¡Ah! Por fin se le apareció su querido pueblo de Hayslope, durmiendo en la montaña, como lugar apacible que era, a la luz de las últimas horas de la tarde; y frente a las grandes montañas de Binton divisó la negrura de los bosques que cubrían las laderas y, por último, la pálida fachada de la abadía, que asomaba por entre los robles del cazadero como si desease presenciar su regreso.

«¡Pobre abuelo! Ya ha muerto. También, en otro tiempo, fue joven y heredó la propiedad, y debió de hacer sus planes. ¡Estas son las vueltas que da el mundo! La pobre tía Lydia debe de estar muy desconsolada, pero es preciso mimarla del mismo modo que ella mima al gordo Fido».

En el cazadero se esperaba con ansiedad el ruido de las ruedas de la silla de posta de Arthur, porque era viernes y el entierro ya se había aplazado dos días. Antes de que se detuviera en la arena del patio, todos los criados de la casa se habían congregado para recibirle y darle, una grave bienvenida, según correspondía a la casa en la que había un muerto. Un mes antes quizás les habría sido muy difícil mostrar su tristeza cuando el señor Arthur fuera a tomar posesión de su herencia, pero los corazones de los criados estaban aquel día muy apesadumbrados por otra causa independiente de la muerte del anciano caballero, y más de uno habría deseado estar a más de treinta kilómetros de distancia, como le ocurría ahora al señor Craig, sabiendo lo que sería de Hetty Sorrel, la linda Hetty Sorrel, a quien todos estaban acostumbrados a ver semanalmente.

Todos ellos sentían, sin embargo, la parcialidad de los criados que están muy a gusto en su empleo, y no estaban inclinados a demostrar la severa indignación de los arrendatarios, sino por el contrario a excusar a su joven señor; sin embargo, los criados principales, que durante muchos años habían mantenido relaciones de buena amistad con los Poyser, no podían dejar de decirse que la muy esperada llegada del joven caballero para hacerse cargo de la propiedad carecía del aspecto agradable esperado.

A Arthur no le pareció sorprendente la expresión seria de sus servidores. Él mismo se sentía muy conmovido al verlos de nuevo, diciéndose que en aquel momento se presentaba a ellos con un nuevo carácter. Era aquella una emoción más agradable que penosa, y que quizás es la más deliciosa para un hombre bondadoso y consciente del poder que tiene ya para satisfacer sus buenos sentimientos. Y su corazón se dilató de un modo agradable al preguntar:

—¡Hola, Mills! ¿Cómo está mi tía?

Pero el señor Bygate, el abogado, que no se había movido de la casa desde que ocurrió el fallecimiento, se adelantó para saludarle con la mayor deferencia y contestar a sus preguntas. Arthur entró con él en la biblioteca, donde le esperaba su tía Lydia. Ésta era la única persona de la casa que no sabía una palabra con respecto a Hetty. Su dolor, como hija soltera, no le dejaba pensar en nada más que en las disposiciones del entierro y en su propia suerte. Y, según suelen hacer las mujeres, lloraba por el padre que había dado importancia a su propia vida y mucho más al decirse que, con toda seguridad, no le lloraba nadie más.

Arthur la besó con mayor ternura que en ninguna otra ocasión de su vida.

—Querida tía —le dijo con cariño mientras le estrechaba la mano—; tu pena es la más legítima de todas, pero has de procurar darme ocasión de mitigártela en lo que sea posible.

—Fue tan repentino y tan horrible, Arthur… —dijo la señorita Lydia.

Y empezó a relatar a su sobrino los detalles de la muerte. Este, en cuanto hizo su tía una pausa, exclamó:

—Ahora, tía, te voy a dejar durante un cuarto de hora, pues tengo que ir a mi habitación. Luego volveré. Supongo, Mills —

añadió dirigiéndose al mayordomo, que se hallaba en la entrada del vestíbulo y parecía algo inquieto—, que ya tendré preparada mi habitación.

—Sí, señor, y hay allí varias cartas para usted. Las encontrará en el escritorio de su tocador.

Al entrar en la pequeña antecámara que se conocía con el nombre de «tocador», pero que, en realidad, Arthur usaba tan sólo para descansar y para escribir, dirigió una mirada al escritorio y vio que contenía varías cartas y algunos paquetes. Pero como se hallaba cubierto de polvo a consecuencia de su largo y precipitado viaje, deseaba lavarse y cambiarse de ropa antes de leer las cartas. Pym se ocupó de prepararlo todo, y Arthur, ya refrescado, como si estuviese dispuesto a empezar un nuevo día, volvió al tocador para abrir la correspondencia.

La carta que se hallaba encima de las demás tenía el sobrescrito vuelto hacia arriba. Era de mano del señor Irwine, como Arthur vio enseguida, y observó, además, que había una frase añadida: «Para ser entregada en cuanto llegue». Arthur se apresuró a romper el sello.

He aquí lo que le comunicaba el buen sacerdote:

> *Le envío esta carta con el deseo de que se la entreguen inmediatamente después de su llegada. Tal vez entonces estaré en Stoniton, a donde me llama el deber más penoso de toda mi vida, y conviene que sepa, sin demora, cuanto tengo que decirle.*
>
> *No trataré de añadir una sola palabra de reproche al castigo que le ha correspondido. Todo lo que pudiese escribir en este momento carecería de significado al lado de lo que expresa la verdad sencilla.*
>
> *Hetty Sorrel está en la cárcel y el viernes será juzgada por el crimen de infanticidio…*

Arthur no leyó más. Se puso en pie de un salto y durante un minuto tembló de pies a cabeza con violencia, como si la vida se le escapase de su cuerpo a sacudidas; luego salió corriendo de la estancia, sin dejar de sostener la carta, cruzó el pasillo y bajó las escaleras en dirección al vestíbulo. Mills estaba allí todavía, pero Arthur no le vio al pasar por su lado como un hombre perseguido.

El mayordomo le siguió con toda la prisa que le permitieron sus años, pues adivinó adonde se dirigía su señor.

Cuando el mayordomo llegó a la cuadra, vio que estaban ensillando un caballo y que Arthur se esforzaba en leer el resto de la carta. En cuanto le entregaron el caballo se la guardó en el bolsillo y, al ver el rostro ansioso de Mills, exclamó agitado:

—Dígales que me he marchado a… Stoniton.

Y, dicho esto, saltó sobre la silla y se alejó a todo galope.

# XLV

## En la cárcel

Poco antes de la puesta del sol de aquella tarde, un caballero de cierta edad estaba apoyado de espaldas contra la puertecilla de la cárcel de Stoniton, mientras dirigía algunas palabras finales al capellán, mirando al suelo y acariciándose la barba con aire pensativo. De pronto le obligó a levantar la mirada una voz clara y femenina que preguntó:

—¿Me permiten entrar en la cárcel?

El interpelado volvió la cabeza y miró con atención a la que acababa de hablar, aunque no le contestó.

—Yo la he visto antes de ahora —dijo por fin—. ¿Se acuerda del día en que fue a predicar al parque de Hayslope, en Loamshire?

—Sí, señor. ¿Es usted el caballero que estuvo escuchando montado a caballo?

—Sí. ¿Para qué quiere entrar en la cárcel?

—Quisiera ver a Hetty Sorrel, a esa joven que ha sido condenada a muerte, y, si se me permite, desearía hacerle compañía. ¿Tiene autoridad en la cárcel, señor?

—Sí. Soy magistrado y puedo lograrle el permiso de entrar. Pero ¿conoce a la acusada?

—Sí. Somos parientes. Mi tía se casó con su tío, Martin Poyser. Yo estaba en Leeds y no me enteré de esta desgracia a tiempo para venir antes. Y le ruego, señor, por el amor de nuestro Padre celestial, que me deje entrar y permanecer con ella.

—¿Y cómo sabía que había sido condenada a muerte, si acaba de llegar de Leeds?

—Después del juicio he visto a mi tío, señor. El pobre ha

regresado a su casa y a la desgraciada pecadora la han olvidado todos. Por eso le ruego que obtenga el permiso para que pueda quedarme a su lado.

—¡Cómo! ¿Tendrá el valor de permanecer toda la noche en la cárcel? Además, la condenada está tan triste y silenciosa que apenas contesta cuando se le dirige la palabra.

—¡Oh, señor! Tal vez Dios querrá abrir su corazón. No nos entretengamos.

—Pues, venga —dijo el anciano caballero llamando a la puerta para entrar—. Me consta que tiene una llave para abrir los corazones.

En cuanto se halló en el patio de la cárcel, Dinah se quitó maquinalmente el gorro y el chal, por la costumbre que tenía de hacerlo cuando predicaba, rezaba o visitaba a los enfermos. Y, al entrar en la habitación del carcelero, dejó ambas prendas en una silla, casi sin fijarse en lo que hacía. No se advertía en ella ninguna agitación, sino una tranquilidad concentrada, como si aun cuando hablaba su alma estuviese entregada a la oración y reposando en un apoyo invisible.

Después de hablar al carcelero, el magistrado se volvió hacia ella y le dijo:

—El carcelero le acompañará al calabozo de la presa y le dejará allí toda la noche, si lo desea, pero no podrá tener ninguna luz encendida, porque eso es contrario al reglamento. Yo soy el coronel Townley. Si puedo ayudarle en algo, pregunte al carcelero las señas de mi domicilio y procure verme. Me intereso bastante por Hetty Sorrel, a causa de ese buen muchacho, Adam Bede. Por casualidad le vi en Hayslope la misma tarde en que le vi predicar a usted. Y hoy, en el tribunal, a pesar de su aspecto enfermo, le reconocí.

—¡Oh, señor! ¿No podría decirme algo más acerca de él? ¿Sabe dónde se aloja? Se lo pregunté a mi tío, pero el pobre estaba tan apenado que no pudo recordarlo.

—Cerca de aquí. Me enteré por medio del señor Irwine. Habita en casa de un hojalatero, en la calle que está a la derecha de la cárcel. Le acompaña un maestro de escuela. Ahora, adiós, y le deseo el mayor de los éxitos.

—Adiós, señor. Le quedo muy agradecida.

Mientras Dinah cruzaba el patio de la cárcel en compañía del

carcelero, la solemne luz de la tarde parecía dar mayor altura a las paredes de la prisión, y el dulce y pálido rostro de la joven tenía más parecido con una flor blanca a causa de la negrura del fondo. El carcelero la miraba de soslayo, pero no habló, comprendiendo quizás que el sonido de su voz ruda sería discordante. Encendió una luz al entrar en el oscuro corredor que conducía al calabozo de la condenada, y en tono muy cortés, dijo:

—En la celda debe de reinar ya la oscuridad. Pero, si quiere, puedo alumbrarle un poco con mi luz.

—Muchas gracias —contestó Dinah—, quiero estar sola.

—Como guste —dijo el carcelero haciendo girar la gruesa llave en la cerradura y abriendo la puerta lo estrictamente necesario para dar paso a Dinah.

Un rayo de luz de su linterna cayó en el rincón opuesto del calabozo, donde Hetty estaba sentada sobre su jergón de paja, con el rostro casi hundido entre las rodillas. Parecía estar dormida y, sin embargo, el ruido de la cerradura habría debido despertarla.

La puerta se cerró otra vez, de modo que la única luz que hubo en el calabozo fue la del cielo crepuscular, del que se divisaba una pequeñísima parte por la alta y enrejada ventana, suficiente para distinguir los rostros humanos. Dinah se quedó inmóvil por espacio de un minuto, sin atreverse a hablar, creyendo, tal vez, que Hetty estaría dormida. Miró pues a aquel cuerpo inmóvil, con el corazón lleno de zozobra, y luego, con voz suave, exclamó:

—¡Hetty!

Esta hizo un ligero movimiento y tuvo un leve sobresalto, como si hubiese recibido una débil sacudida eléctrica; pero no levantó la mirada. Dinah volvió a hablar con voz más fuerte, movida por una intensa emoción.

—¡Hetty! Soy Dinah.

De nuevo se sobresaltó la condenada y, sin descubrir el rostro, levantó un poco la cabeza, como si quisiera escuchar.

—Hetty… Ha venido a verte Dinah.

Después de una ligera pausa, Hetty levantó la cabeza lentamente, con timidez, y luego miró a Dinah. Los dos pálidos rostros se contemplaron; uno con expresión desesperada y el otro lleno de afecto y de tristeza. Dinah, inconscientemente, abrió los brazos y exclamó:

—¿No me conoces, Hetty? ¿No te acuerdas de Dinah? ¿Te figurabas que no vendría a verte cuando eres desgraciada?

Hetty siguió contemplando a Dinah, aunque en un primer momento lo hizo como un animal que mira con gran atención y, sin embargo, continúa receloso.

—He venido para estar contigo, Hetty. No para dejarte, sino para acompañarte y para ser tu hermana hasta el último momento.

Lentamente y mientras Dinah hablaba, Hetty se levantó, dio un paso y cayó en los brazos de aquélla.

Así estuvieron un buen rato, pues ninguna de las dos sentía el impulso de separarse. Hetty, sin darse cuenta, se agarró a aquel ser que la abrazaba, mientras se sentía caer, indefensa, en un oscuro y profundo abismo. Y Dinah sintió una intensa alegría al notar aquel primer síntoma de que su amor era aceptado por la desdichada. Mientras estaban así se debilitó la luz, y cuando por fin se sentaron en el jergón de paja, sus rostros eran ya invisibles.

No cruzaron ninguna palabra; Dinah esperaba que Hetty pronunciase alguna de un modo espontáneo, pero la desventurada parecía estar sumida en la misma desesperación hosca, aunque tenía cogida una mano de Dinah y apoyaba su mejilla sobre el cuerpo de ésta. Deseaba el contacto humano, pero no por eso dejaba de continuar hundiéndose en aquel sombrío abismo.

Dinah empezó a dudar de si Hetty sabría quién estaba sentada a su lado. Temió que el sufrimiento y el miedo pudiesen haber arrebatado la razón de la pobre pecadora, pero comprendió, según dijo después, que no debía apresurar la obra de Dios; con frecuencia obramos con demasiada prisa, como si Dios no se manifestase también con nuestro silencio y no hiciese patente su amor por medio de nosotros. Dinah no sabía cuánto tiempo estuvo de aquel modo, pero oscureció más y más, hasta el punto de que sólo pudo divisar una pálida faja de luz en la pared opuesta. Todo lo demás era negro. En cambio, sentía con mayor intensidad la presencia divina, como si ella misma formase parte de ésta, porque, en efecto, la compasión divina latía en su corazón y tenía cada vez mayor deseo de salvar a aquella pobre abandonada. Por fin se sintió inclinada a hablar; quería saber si Hetty era capaz de comprender sus palabras:

—Hetty —dijo con suavidad—, ¿sabes quién está a tu lado?

—Sí —contestó ella con lentitud—. Dinah.

—¿Y te acuerdas de cuando las dos estábamos en Hall Farm y de la noche en que te dije que deberías recordarme como amiga en caso de necesidad?

—Sí —contestó Hetty—. Pero no puedes hacer nada por mí, pues me ahorcarán el lunes…, y hoy es viernes.

Mientras Hetty pronunciaba estas palabras, se apretó con más fuerza contra Dinah, temblando al mismo tiempo.

—No, Hetty, no puedo salvarte de la muerte. Pero ¿no te parece que sufres menos cuando tienes alguien a tu lado que te compadece…, a quien puedes hablar para comunicarle lo que hay en tu corazón? Sí, Hetty; te apoyas en mí y te alegras de tenerme a tu lado.

—¿No me abandonarás, Dinah? ¿Continuarás aquí hasta el último instante? —preguntó la presa.

—No te abandonaré, Hetty. Continuaré a tu lado hasta el fin; pero he de decirte que en este calabozo hay alguien más, alguien que se halla muy cerca de ti.

—¿Quién? —preguntó Hetty sobresaltada.

—Alguien que te ha acompañado durante las horas de tu pecado y de tu desgracia. Ha conocido todos tus pensamientos…, ha visto adonde ibas, dónde te sentabas, y dónde volvías a levantarte, y todo cuanto has hecho para ocultarte en la oscuridad. Y el lunes, cuando yo ya no pueda seguirte…, cuando mis brazos no te alcancen…, cuando la muerte nos haya separado, Él, que está con nosotras ahora, y que lo sabe todo, continuará también a tu lado. Y no importa que estemos vivos o muertos, porque siempre nos hallamos en presencia de Dios.

—¡Oh, Dinah! ¿No hará nadie algo por mí? ¿Me ahorcarán? Quisiera que me dejasen vivir.

—¡Pobre Hetty! La muerte te parece horrible. Comprendo que es algo espantoso. Pero si tuvieras un amigo que cuidase de ti después de la muerte…, en ese otro mundo, alguien cuyo amor es mayor que el mío…, que lo puede todo…, si Dios, nuestro Padre, fuese tu amigo y estuviese dispuesto a salvarte del pecado y del sufrimiento, de modo que nunca tuvieses ideas malas ni dolor… Si pudieses creer que Él te ama y quiere ayudarte, del mismo modo que crees que yo te quiero y deseo venir en tu ayuda, con seguridad no te

parecería tan horrible morir el lunes próximo. ¿No es cierto?

—Pero yo no sé nada de eso —dijo Hetty con la mayor tristeza.

—Eso, Hetty, es porque tú le cierras tu alma, tratando de ocultar la verdad. El amor de Dios y su misericordia lo pueden todo y especialmente vencer nuestra ignorancia y debilidad y también quitarnos la carga de nuestras pasadas maldades. De todo pueden librarnos, a excepción de los pecados de los que no nos arrepintamos y que no queramos confesar. Crees en mi amor y en mi compasión hacia ti, Hetty; pero si no me hubieses permitido acercarme a ti o no me hubieras mirado o hablado, me habrías impedido ayudarte. No me habría sido posible darte a entender mi amor, ni expresarte lo que siento por ti. Por consiguiente, no te prives del amor de Dios, no continúes sumida en el pecado. Él no puede bendecirte mientras en tu alma exista la falsedad; su misericordia no podrá llegar hasta ti mientras no le abras tu corazón y digas: «He cometido esta gran maldad, ¡oh, Dios mío!, sálvame y purifícame del pecado». Mientras no lo hagas, infeliz, tu propia culpa te arrastrará a la mayor desgracia después de la muerte, como te ha sumido en ella en este mundo, pobre Hetty mía. El pecado te sume en la desesperación. Podemos gozar de la luz y del amor de Dios en cuanto renegamos del pecado. Entonces Dios entra en nuestras almas, nos enseña y nos da fuerza y tranquilidad. Arroja, pues, tu pecado, Hetty; hazlo inmediatamente; confiesa la maldad que has cometido; el pecado de que eres culpable ante Dios, que es tu Padre celestial, y así, arrodillémonos juntas, porque estamos en presencia de Dios.

Hetty obedeció la indicación de Dinah y se dejó caer de rodillas. Aún continuaban las dos con las manos unidas y hubo un largo silencio, que interrumpió Dinah diciendo:

—Hetty, ahora estamos delante de Dios, y Él espera que le digas la verdad.

De nuevo reinó el silencio y, por fin, Hetty suplicó:

—Dinah…, ayúdame… No puedo sentir lo mismo que tú…, mi corazón está endurecido…

Dinah estrechó la mano de su compañera y toda su alma se exteriorizó por medio de su voz:

—¡Jesús, salvador nuestro! Has conocido las profundidades de todas las penas; has entrado en las oscuras tinieblas donde no está

Dios y has proferido el grito de los olvidados. Ven, Señor, y recoge los frutos de tu obra y de tus enseñanzas. Extiende tu mano, Tú que eres todopoderoso para salvar a los mayores pecadores, salva a esta alma perdida. Está rodeada de espesas tinieblas; lleva los grilletes de su pecado y no puede moverse para llegar hasta d; sólo siente su corazón endurecido y nota su absoluta indefensión. Y me ruega a mí, que soy tu débil sierva… Salvador nuestro… Te lo rogamos. Escúchanos. Atraviesa la oscuridad. Mírala con tu rostro amoroso y triste, cuya contemplación permitiste incluso a quienes te negaron; y, además, suaviza su dulce corazón. Mira, Señor. Te la traigo como antes llevaban a tu presencia a los enfermos y a los impedidos, con objeto de que la cures. Yo la sostengo en mis brazos y la presento a ti. El temor y el temblor se han apoderado de ella, pero sólo teme el dolor y la muerte del cuerpo; infunde en ella la vida del espíritu y pon un nuevo temor en su ánimo; el del pecado. Haz que ella confíese su pecado y ruegue el perdón antes de que llegue la noche.

—¡Dinah! —sollozó Hetty rodeando con sus brazos el cuello de la joven—. Hablaré…, lo diré todo…, no ocultaré nada más…

Pero las lágrimas y los sollozos eran demasiado violentos. Dinah la levantó con suavidad y la sentó de nuevo en el jergón, situándose luego a su lado. Trascurrió bastante tiempo antes de que las convulsiones de la garganta desaparecieran, y aun entonces las dos jóvenes permanecieron un rato silenciosas, aunque cogidas de la mano.

Por fin, Hetty murmuró:

—En efecto, lo hice, Dinah… Lo enterré en el bosque…, a mi hijito…, y él lloraba… Yo le oí…, le oí llorar durante toda la noche y desde gran distancia…, y volví a causa del llanto.

Hizo una pausa y luego, con mayor apresuramiento y en tono de súplica, añadió:

—Pero yo pensé que quizás no moriría…, que alguien lo encontraría… No lo maté… No lo maté yo misma. Lo puse allá y lo cubrí, pero al volver ya no estaba. Yo era muy desgraciada, Dinah. No sabía adonde ir. Quise matarme, pero no tuve ánimos. ¡Oh! Quise arrojarme a un estanque, ¡pero no me fue posible…! Fui a Windsor… ¿No lo sabías? Fui a su encuentro, para que cuidase de mí; pero él se había marchado y luego no supe qué hacer. No me atreví a volver a casa…, no era posible, no habría tenido fuerzas

para mirar a nadie, porque se habrían burlado de mí. Algunas veces pensé en ti y hasta en acudir a tu lado, porque estaba segura de que tú me acogerías y que no te avergonzarías de mí; incluso llegué a creer posible contártelo todo. Pero luego todos habrían acabado por saberlo y no me sentía con fuerzas para soportar eso. Y en parte por haber pensado en ti, volví a Stoniton; además estaba tan asustada ante la posibilidad de ir errante de un lado a otro, como una mendiga… A veces llegué a imaginarme que más valdría volver a la granja. ¡Oh, era espantoso, Dinah! Fui muy desgraciada… Deseé muchas veces no haber nacido y me dije que nunca más me gustaría contemplar los verdes campos, porque a causa de mi desgracia llegué a odiarlos con toda el alma.

Se detuvo un momento y luego prosiguió:

—Por fin llegué a Stoniton, y aquella noche tuve mucho miedo al verme tan cerca de mi casa. Luego nació mi hijito, cuando yo no lo esperaba; y se me ocurrió la idea de librarme de él y volver a mi casa. Esta idea se me ocurrió de repente, mientras estaba tendida en la cama y recobraba rápidamente las fuerzas. Deseé reanudar el camino y regresar a mi casa. No pude resignarme a la soledad y a pedir limosna para comer. Eso me dio fuerza y resolución para levantarme y vestirme. Creí que debía de abandonar a mi hijo, aunque ignoraba cómo lo haría. Me pareció que podía encontrar un estanque, y así, cuando aquella mujer salió de su casa, me sentí con fuerzas para hacer cualquier cosa. Estaba resuelta a librarme de la causa de mis desgracias y a volver a casa y no comunicar jamás la causa de mi fuga. Me puse el gorro y el chal y salí a la calle oscura, con el niño bajo mi capa; anduve deprisa hasta llegar a una calle lejana, donde vi una taberna; entré para tomar una bebida caliente y comer un poco de pan. Luego seguí andando, sin ver apenas el suelo que pisaba; luego apareció la luna y pude andar más deprisa. Abandoné el camino para meterme en los campos, pues temía que alguien me viese alumbrada por la luz de la luna. Y llegué a un pajar, donde creí poder tenderme y pasar la noche. Había en el pajar una hendidura, en la que pude arreglarme un lecho; me tendí cómodamente y el niño estaba caliente a mi lado. Sin duda debí de dormir unas horas, porque al despertar vi que era de día, aunque la luz era escasa; el niño lloraba. A poca distancia divisé un bosque…, y me dije que quizás hubiese allí un estanque o un pantano. Era tan

escasa la luz reinante que creí poder ocultar el niño allí y alejarme antes de que se despertase la gente. Entonces se me ocurrió volver a casa. Aprovecharía los carros que encontrase por la carretera y llegaría junto a mis tíos; entonces les diría que había salido con objeto de buscar algún empleo, pero que no pude encontrarlo. Con toda mi alma, Dinah, deseaba verme de nuevo segura en mi casa. No sé cuáles eran mis sentimientos acerca del niño. A veces me figuraba odiarlo, y, sin embargo, su llanto resonaba sin cesar en mis oídos, y yo no me atrevía a mirar sus manitas y su cara. Registré el bosque, pero no pude encontrar ningún depósito de agua.

Hetty se estremeció, guardó silencio unos instantes y al reanudar su confesión lo hizo en voz muy baja.

—Llegué a un lugar donde había un montón de leña y entonces me senté en el tronco de un árbol para pensar lo que haría. De pronto vi un agujero debajo de un nogal, algo semejante a una pequeña tumba. Y con la rapidez del rayo se me ocurrió la idea de dejar allí al niño y ocultarlo con los trozos de leña. ¡Si supieras, Dinah, cómo lloraba! No pude acabar de ocultarlo y entonces me dije que quizás llegaría alguien, se haría cargo de él y no moriría. Y me apresuré a salir del bosque, pero era inútil que me alejase, pues oía su llanto sin cesar. Cuando salí a los campos, me pareció que no podía seguir andando, como si alguien me retuviese a pesar de mi deseo. Luego me senté junto al pajar para ver si llegaba alguien; tenía mucha hambre y sólo me quedaba un pedazo de pan. Y no podía marcharme. Después de mucho rato, horas y horas, llegó aquel hombre; llevaba una blusa y me miró de tal manera que me asusté. Así que me apresuré a levantarme y echar a andar. Me figuré que iría al bosque y quizás encontraría al niño. Yo, mientras tanto, llegué a un pueblo bastante alejado del bosque y me sentí enferma, débil y hambrienta. Allí compré pan, pero no me atreví a quedarme en el pueblo. Seguía oyendo el llanto del niño y me pareció que los demás lo oían como yo. Por esta razón seguí andando, pero estaba muy cansada y oscurecía ya. Por fin, junto al camino, vi un henil, bastante alejado de las casas. Me dije que podría ocultarme allí, entre el heno y la paja, y que no vendría nadie. Entré y observé que el lugar estaba lleno de haces de paja y también había bastante heno. Me arreglé una cama en un rincón, donde nadie pudiese encontrarme, y estaba tan cansada y débil que me dormí. Sin

embargo, poco después me despertó el llanto del niño y me figuré que aquel hombre que me vio venía a prenderme. Debí de dormir bastante tiempo, aunque ignoraba cuánto, porque, al ponerme en pie para salir del henil, no sabía si era de noche o de día. Pronto descubrí, sin embargo, que estaba amaneciendo y entonces desanduve lo andado hasta llegar al bosque. ¡No pude remediarlo, Dinah! El llanto del niño me obligó a hacerlo, y, sin embargo, estaba asustadísima. Creía que el hombre de la blusa me vería, que sabría que yo había abandonado a mi hijo, pero seguí adelante a pesar de todo. Ya no pensaba en volver a casa, pues esta idea había desaparecido de mi mente. No pensaba en nada más que en el lugar en que había dejado a mi hijo. Todavía me parece estar viendo aquel sitio. ¡Oh, Dinah! No puedo apartarlo de mi mente.

Hetty se abrazó de nuevo a Dinah y se estremeció otra vez. Hubo un largo silencio antes de que continuase diciendo:

—No encontré a nadie, pues era muy temprano y, por fin, llegué al bosque. Reconocí muy bien el camino que llevaba al nogal. Y a cada paso que daba seguía oyendo el llanto del niño. Me figuré que estaba vivo, e ignoro si eso me asustó o me alegró. No sé lo que pensaba; sólo sabía que estaba en el bosque y oía llorar a mi hijo. Ignoro lo que sentí hasta que me di cuenta de que había desaparecido. Cuando lo dejé allí me dije que tal vez lo encontraría alguien y lo salvaría de la muerte; pero, al darme cuenta de que ya no estaba, me quedé anonadada. Ni siquiera pensé en moverme; me sentía muy débil. Me veía incapaz de echar a correr y tenía la certeza de que todos los que me viesen sabrían lo que había hecho. Me quedé como una estatua, incapaz de pensar ni de hacer cosa alguna; me pareció que me quedaría allí para siempre y que nada cambiaría. Pero finalmente llegaron y se me llevaron.

Hetty guardó silencio, pero volvió a estremecerme como si aún tuviese que hacer más revelaciones. Dinah estaba tan impresionada que experimentó una imperiosa necesidad de llorar. Por fin, Hetty exclamó, igualmente entre sollozos:

—Dime, Dinah, ¿crees que Dios hará desaparecer ese llanto y aquella tumba del bosque ahora que lo he confesado todo?

—Recemos, pobre pecadora. Caigamos otra vez de rodillas y roguemos a Dios misericordioso.

# XLVI

## Horas de angustia

El domingo por la mañana, cuando las campanas de la iglesia de Stoniton llamaban para el servicio matutino, Barde Massey regresó a la habitación de Adam, después de una corta ausencia, y dijo:

—Tienes una visita, Adam.

El joven, que se había sentado de espaldas a la puerta, se puso en pie para volverse en el acto, con el rostro sonrojado y la mirada llena de ansiedad. Estaba más flaco y más desencajado que antes, pero aquel domingo por la mañana se había lavado y afeitado.

—¿Hay noticias? —preguntó.

—Tranquilízate, muchacho —contestó Barde—. Procura calmarte. No es nada de lo que te figuras. Solamente la joven metodista que viene ahora de la cárcel. Está en la parte inferior de la escalera y desea saber si quieres recibirla, porque tiene algo que decirte sobre esa desgraciada. Me ha dicho también que no quería subir sin tu permiso. Incluso ha creído que tú saldrías para hablar con ella. Por lo común, esas mujeres predicadoras no son tan tímidas.

—Haga el favor de decirle que suba —contesto Adam.

Se quedó en pie ante la puerta, y en cuanto entró Dinah, fijando en él sus ojos grises de suave expresión, pudo notar en el acto el gran cambio que había experimentado el joven desde el día que lo vio en su propia casa. Y en la clara voz de ella se notó cierto temblor mientras le daba la mano y le decía:

—Consuélese, Adam Bede, porque el Señor no la ha olvidado.

—Dios bendiga su acción —replicó Adam—. El señor Massey me comunicó ayer que había usted ido a la cárcel.

Ninguno de los dos fue capaz de decir otra cosa y se quedaron frente a frente, guardando silencio. Y Barde Massey, que se había puesto las gafas, parecía extasiado al contemplar el rostro de Dinah. Sin embargo, fue el primero en volver en sí y dijo:

—Siéntese, joven, siéntese.

Y, al mismo tiempo, le ofreció una silla y retrocedió para sentarse en la cama.

—Gracias, amigo, pero no quiero sentarme —dijo Dinah—, porque he de volver cuanto antes. La pobrecilla me rogó que no estuviese ausente mucho rato. He venido, Adam Bede, para rogarle que consienta en ver a la pobre pecadora para despedirse de ella. Quiere pedirle perdón y vale más que vaya a verla hoy y no mañana temprano, porque entonces tendrá poco tiempo.

Adam temblaba y finalmente se dejó caer de nuevo en la silla.

—No es posible que ocurra una cosa tan horrible —dijo—. Lo aplazarán. Quizás le otorgarán el perdón. El señor Irwine me dijo que había esperanza y aseguró que yo no debía perder el ánimo.

—Estas palabras me parecen una bendición —dijo Dinah con los ojos llenos de lágrimas—. Es horrible pensar que la pobrecilla tenga que dejar tan pronto este mundo. Pero, pase lo que pase, espero que querrá ir a verla para que ella le diga las palabras que hay en su corazón. Y aunque su pobre alma está en las tinieblas y discierne muy pocas cosas más allá de la carne, ya no la domina la dureza del corazón y está contrita… Me lo ha confesado todo. Ha desaparecido el orgullo de su corazón y se apoya en mí, en busca de auxilio y deseosa de que la enseñe. Eso me infunde gran confianza, porque no puedo menos de pensar que muchas veces nos equivocamos al medir el amor divino basándonos en el conocimiento de los pecadores. Ella se dispone a escribir una carta a sus amigos y parientes de Hall Farm, para que yo se la entregue después de su muerte y cuando le dije que usted estaba aquí, me contestó: «Me gustaría mucho despedirme de Adam y rogarle que me perdone». ¿Quiere venir, Adam?

—No puedo. No puedo despedirme de ella mientras exista alguna esperanza. No hago más que escuchar los ruidos de la prisión, porque no creo posible que vaya a morir de muerte tan vergonzosa.

Se levantó de nuevo y miró a través de la ventana, mientras

Dinah esperaba con su habitual paciencia. Después de un par de minutos, él se volvió y dijo:

—Iré, Dinah…, mañana por la mañana…, si es preciso. Seguramente me sentiré más animado si sé que no hay otro remedio. Dígale que la perdono, y que iré… en el último momento.

—No quiero contrariar los impulsos de su corazón, Adam —dijo Dinah—, pero debo apresurarme a volver a su lado, porque ella no quiere perderme de vista. Antes apenas correspondía a mi afecto, pero ahora ha abierto su corazón. Adiós, Adam, que nuestro Padre celestial le consuele y le dé la fuerza necesaria para soportar el dolor.

Dinah le ofreció la mano y Adam la estrechó en silencio. Barde Massey se puso en pie para abrir la puerta, pero antes de que llegase junto a ella, la joven le dijo adiós y empezó a bajar la escalera con sus ligeros pasos.

—Bueno —dijo Barde quitándose las gafas y guardándolas en el bolsillo—. Es muy justo que si en el mundo han de existir mujeres destinadas a causar molestias, por lo menos las haya también capaces de consolar. Y ésta es una de ellas, sin duda alguna. Es una lástima que sea metodista. Pero ya es sabido que no existe una sola mujer que no esté loca de remate.

Adam no se acostó aquella noche, porque la excitación y la ansiedad, que aumentaban por momentos a medida que se aproximaba la hora fatal, eran excesivas para permitirle dormir. Y a pesar de sus ruegos y de las promesas de que no haría ningún ruido, el maestro de escuela tampoco se acostó.

—¿Qué me importa dormir una noche más o menos? —dijo—. Tiempo me quedará para hacerlo cuando me hayan enterrado. Por consiguiente, déjame que te haga compañía mientras pueda.

En aquella pequeña habitación, la noche fue larga y penosa. A veces Adam se ponía en pie y paseaba un rato de un lado a otro, y luego se sentaba para ocultar el rostro, sin que se oyese otro ruido que el tictac del reloj que estaba sobre la mesa o la caída de las cenizas del fuego que cuidaba el maestro. A veces exclamaba con la mayor vehemencia:

—Si yo hubiese podido hacer algo por salvarla…, o declarar algo a su favor, pero no tengo más remedio que esperar, no puedo hacer nada. ¡Y pensar lo distinta que sería nuestra suerte de no haber sido

por él! ¡Dios mío! Precisamente hoy deberíamos habernos casado.

—Sí, hijo mío —decía Bartle con ternura—. Es muy duro, mucho; pero recuerda que cuando pensaste en casarte con ella ya suponías que en su interior había algo que desconocías. Sin embargo, no pudiste imaginar que se hubiese vuelto tan mala.

—Ya lo sé —contestó Adam—. Yo me figuraba que era una muchacha afectuosa y tierna, incapaz de mentir o de actuar mal. ¿Cómo podía imaginarme otra cosa? Además, estoy seguro de que si él no hubiera llegado a conocerla y yo me hubiese casado con ella, para amarla y cuidarla, jamás habría cometido ningún acto reprobable. Poco importa que yo hubiese tenido que sufrir un poco a su lado, pues, en cualquier caso, nunca habría ocurrido esta desgracia.

—Eso nunca se sabe, muchacho. Nunca es posible asegurar lo que va a ocurrir. Tu dolor actual es muy grande, pero ya se calmará a medida que trascurra el tiempo. Estoy seguro de que volverás a ser un hombre feliz y quizás de todo esto te resultará algún bien que ahora no podemos adivinar.

—¿Que de eso resultará algún bien? —exclamó Adam apasionadamente—. Eso no cambiará el mal. Su desgracia no puede evitarse ni deshacerse. Odio oír hablar a esas personas que para todo tienen remedio. Más valdría que se ocupasen en que no ocurriesen las cosas malas. Cuando un hombre ha destrozado la vida de su prójimo, no tiene derecho a consolarse pensando que de ello puede resultar algún bien, porque el bien que corresponde a otro nunca podrá borrar la vergüenza o la desgracia de esa pobre muchacha.

—Bueno, hijo mío —dijo Barde en tono cariñoso, que contrastaba con su habitual impaciencia—. Soy un viejo y hace ya muchos años también estuve en una situación desagradable. Es muy fácil hallar razones para justificar la resignación de los demás.

—Señor Massey —dijo Adam—, comprendo que mi carácter es impetuoso y a veces obro de un modo imprudente. Le debo otro comportamiento. Pero no por eso piense mal de mí.

—De ninguna manera, hijo mío. No tengas cuidado.

Así pasaron la noche, muy inquietos, hasta que la fría aurora y la luz del día les proporcionaron la tranquilidad de que a veces se goza en el borde de la desesperación. Pronto no habría ya motivo

de inquietud ni de ansiedad.

—Vamos ahora a la cárcel, señor Massey —dijo Adam al ver que su reloj señalaba las seis.

—Si hubiese alguna noticia ya la sabríamos.

No. No había ninguna noticia, no se había recibido la orden de suspender la ejecución.

Adam permaneció media hora en el patio antes de que pudiese hacer pasar a Dinah el aviso de su llegada. Pero resonó una voz junto a su oído y a su pesar, se enteró de la orden fatal:

—Hay que preparar el carro para las siete y media.

Era preciso ir a dar a Hetty el último adiós, pues no había ya ninguna esperanza.

Diez minutos después Adam se encontraba a la puerta de la celda. Dinah le había mandado aviso de que no podía ir a recibirle, pues no se decidía a abandonar a Hetty un solo momento, y añadió que estaba ya preparada para la entrevista.

Al entrar no pudo verla, pues la agitación le quitó el uso de sus sentidos y le pareció que el calabozo estaba completamente a oscuras. En cuanto la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, se quedó un momento tembloroso y atontado. Sin embargo, pronto empezó a distinguir los objetos y no tardó en ver los negros ojos fijos en él una vez más, aunque no había en ellos una expresión sonriente.

¡Oh, Dios mío, qué tristes estaban! La última vez que la vio fue cuando se despidió de ella, con el corazón lleno de alegría, de esperanza y de amor, y entonces le miraron sonrientes y llenos de lágrimas, en aquel rostro gracioso e infantil. Ahora el semblante de la joven parecía de mármol. Los dulces labios estaban pálidos, entreabiertos y temblorosos. Habían desaparecido todos los hoyuelos, a excepción de uno que nunca se borraba de su rostro. ¡Oh, y lo peor era que seguía pareciéndose a ella misma! La pobre Hetty le miró con inmensa tristeza, como si se hubiese levantado entre los muertos para comunicarle su desgracia.

Estaba abrazada a Dinah y apoyaba su mejilla en la de ésta. Parecía como si todo su vigor dependiese de aquel último contacto.

Cuando los tristes ojos de ambos se encontraron, cuando Hetty y Adam se miraron el uno al otro, ella también advirtió la transformación del joven, cosa que, al parecer, le infundió nuevos

temores. Era la primera vez que veía a alguien cuyo rostro parecía reflejar el cambio sufrido por ella misma. Adam era a la vez un recuerdo del feliz pasado y una imagen del espantoso presente, y, al mirarle, Hetty se estremeció más intensamente.

—Háblale, Hetty —dijo Dinah—. Dile lo que hay en tu corazón.

Hetty obedeció como una niña.

—Adam…, lo siento mucho… Me he portado muy mal contigo. ¿Quieres perdonarme antes de mi muerte?

—Sí, te perdono, Hetty —contestó un Adam sollozante—. Hace ya mucho tiempo que te he perdonado.

En los primeros momentos, al ver a Hetty sumida de tal modo en la angustia, Adam creyó que su cerebro iba a estallar; pero el sonido de su voz al pronunciar aquellas palabras de arrepentimiento hizo vibrar en él una cuerda que estaba menos tirante; experimentó cierto alivio en aquella situación insoportable y a sus ojos se asomaron algunas lágrimas, que no había derramado desde que se abrazó a Seth en los primeros días de su dolor. Hetty hizo un movimiento involuntario hacia él y le dijo con timidez:

—¿Quieres volver a besarme, Adam, a pesar de lo mala que he sido?

Adam tomó la pálida mano que ella le tendía y cruzaron un triste beso de despedida eterna.

—Y dile a él —añadió Hetty con voz de extraña firmeza—, dile…, porque nadie más que tú puede decírselo, que cuando fui en su busca y no lo encontré, le odié y le maldije… Pero Dinah dice que he de perdonarle…, y así lo procuro…, para que Dios me perdone a mí.

En aquel momento resonó un ruido en la puerta, giró la llave en la cerradura y, cuando se abrió, Adam vio algunos rostros desconocidos. Estaba demasiado agitado para fijarse en nada más, y ni siquiera observó que el señor Irwine formaba parte del grupo. Comprendió que empezaban los últimos preparativos y que no podía continuar allí. En silencio le dejaron salir y se encaminó a su solitaria habitación, dejando a Barde Massey para que fuese testigo de lo que iba a ocurrir.

# XLVII

## El último momento

Hubo un suspiro general que algunas personas recordaron mejor que sus propios pesares cuando, en la mañana gris, la carreta fatal, en la que estaban subidas dos mujeres, atravesó la multitud en dirección al horrible símbolo de la muerte repentina y deliberadamente infligida.

Todo Stoniton había oído hablar de Dinah Morris, la joven metodista que había conseguido que la obstinada criminal confesara, y, por consiguiente, había tanto interés en verla a ella como a Hetty.

Pero Dinah apenas se fijaba en la multitud. Cuando Hetty vio la muchedumbre que esperaba su paso, se abrazó convulsivamente a Dinah.

—Cierra los ojos, Hetty —le dijo su compañera—. Y recemos sin parar.

Y, en voz baja, mientras la carreta atravesaba la curiosa multitud, dirigió la última súplica al cielo en favor de la temblorosa condenada, que se agarraba a ella como si fuese una niña amedrentada que tratase de ocultarse en el regazo de su madre.

Dinah ignoraba el silencio de la multitud, que la contemplaba con admiración. No sabía, tampoco, lo cerca que estaban de la plaza fatal. De pronto el vehículo se detuvo y casi perdió el sentido al oír un fuerte y horrible grito, como si fuese el aullido de numerosos demonios. El que profirió Hetty se mezcló con el de la muchedumbre, y ambas jóvenes, horrorizadas, se abrazaron.

Pero aquel grito no era de maldición, ni tampoco de cruel alegría. Anuncia la aparición de un jinete que atraviesa la multitud

a galope. El caballo parece exánime, pero aún responde a las espuelas del caballero, que mira con ojos de loco algo que nadie más que él sabe. Agita una mano que sujeta un papel, como haciendo una señal.

El sheriff le reconoce. Es Arthur Donnithorne, que lleva en la mano el perdón, conseguido tras grandes dificultades.

# XLVIII

## Otro encuentro en el bosque

A la tarde siguiente dos hombres marchaban, desde puntos opuestos, en dirección al mismo lugar e impulsados por el mismo recuerdo. La escena era la alameda del cazadero de Donnithorne, y el lector ya supondrá quiénes eran aquellos dos hombres.

En la misma mañana se había celebrado el entierro del anciano caballero y se leyó el testamento; y aprovechando el primer momento libre que tuvo, Arthur Donnithorne salió a dar un paseo para fijar su porvenir y confirmarse en su triste decisión. Y creyó que en la alameda podía hacerlo mejor que en otro lugar cualquiera.

También Adam había regresado de Stoniton el lunes por la mañana y aquel día no abandonó su casa más que para ir a visitar a los habitantes de Hall Farm, con objeto de añadir más información a las noticias del señor Irwine. Convino con los Poyser que los seguiría al lugar adonde marchasen para establecerse, cualquiera que éste fuese, porque estaba dispuesto a dimitir de la administración de los bosques tan pronto como ello le fuese posible; terminaría también sus negocios con Jonathan Burge, e iría a establecerse con su madre y Seth cerca de los amigos a quienes se sentía unido por el dolor.

—Seth y yo no tardaremos en encontrar trabajo —dijo—. Un hombre que sabe su oficio en todas partes está como en su casa. Por consiguiente, volveremos a empezar. Mi madre no se opone, porque desde que he vuelto a casa dice que está decidida a que la entierren en otra parroquia, siempre y cuando yo esté a gusto en otra parte. Es maravillosa su conformidad. Parece como si el gran dolor que

hemos sufrido la hubiese apaciguado y calmado. Todos estaremos mejor en otra comarca, aunque, de todos modos, nos será muy doloroso abandonar esto. Sin embargo, señor Poyser, no quiero separarme de usted y de los suyos, porque el dolor ha creado entre nosotros un lazo de parentesco.

—Sí, amigo mío —contestó Martin—. Nos iremos a donde no podamos oír el nombre de ese individuo, pero dudo de que podamos alejarnos bastante para que la gente no descubra por qué nos hemos marchado de aquí, que uno de los nuestros ha sido deportado más allá de los mares después de haberse librado de la horca.

Aquella tarde era la última que Adam pensaba dedicar al dolor. La ansiedad había desaparecido y era preciso que se resignase con lo que ya no podía cambiarse. Estaba resuelto a no ver nunca más a Arthur Donnithorne, siempre y cuando le fuese posible evitarlo. No tenía tampoco nada que decirle de parte de Hetty, pues ésta le había visto y Adam no se fiaba de sí mismo, pues ya había aprendido a temer la violencia de sus sentimientos. Las palabras del señor Irwine acerca de que debía recordar sus temores después de golpear a Arthur en la alameda, continuaban fijas en su memoria.

Sin cesar pensaba en Arthur y también continuamente recordaba la alameda y, en especial, el lugar donde divisó a las dos figuras inclinadas una hacia otra.

«Esta tarde iré allá por última vez —se dijo—. Eso me hará bien y volveré a sentir lo mismo que después de haberle derribado. Comprendo que hice mal y lo mismo sentí en cuanto lo hube hecho, al creer que había muerto».

Y así fue como Arthur y Adam, a la misma hora, se dirigían al mismo sitio.

Adam vestía su traje de faena, porque, dando un suspiro de alivio, se quitó el otro en cuanto llegó a su casa. Y si hubiese llevado al hombro el capazo de las herramientas, habría podido parecerse a su propio espectro, al mismo Adam Bede que penetró en la alameda aquella tarde de agosto, o sea ocho meses atrás. Pero no llevaba consigo el capazo, ni andaba o miraba a su alrededor tan erguido como antes. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón y tenía la mirada fija en el suelo. En cuanto hubo entrado en la alameda se detuvo ante un haya. Conocía muy bien aquel árbol,

pues era el poste indicador del fin de su juventud, del momento en que tuvo que renunciar a sus más caras ilusiones. Estaba seguro de que nunca más volvería a tenerlas, y, sin embargo, en aquel momento recordó con nostalgia el afecto que había sentido por Arthur Donnithorne, en quien tanta confianza depositara antes de la escena ocurrida ocho meses atrás. Era el suyo un afecto parecido al que se siente por los muertos porque en realidad, para Adam, el Arthur de su adolescencia no existía ya.

Percibió el ruido de unos pasos que se acercaban, pero como el haya estaba en una curva del camino, no pudo ver quién llegaba hasta que, de pronto, y a dos metros de distancia, se presentó la alta y esbelta figura, vestida de luto, de Arthur. Ambos se sobresaltaron y se contemplaron en silencio. Durante los quince días anteriores, Adam se había imaginado con frecuencia frente a frente con Arthur, como en aquel momento, dirigiéndole palabras que habían de causarle grandes remordimientos, el mismo dolor que él había producido. Y también se dijo, muchas veces, que más convenía evitar tal encuentro. Pero, al imaginárselo, siempre se figuró a Arthur como en aquella tarde del mes de agosto, es decir, sonriente, descuidado y alegre; por eso la solemne figura dolorida que vio ante él le conmovió un poco. Adam ya sabía lo que era el dolor y no podía enfrentarse a un hombre dolido. No sintió ningún impulso al que tuviera que resistir, y el silencio le pareció el mejor reproche. Arthur fue el primero en hablar.

—Es una suerte que nos hayamos encontrado, porque deseaba verte. Incluso estaba dispuesto a llamarte mañana.

Hizo una pausa y Adam no contestó.

—Comprendo que te disguste verme —continuó Arthur—, pero eso no es fácil que vuelva a ocurrir durante muchos años.

—No, señor —contestó fríamente Adam—. Eso es, precisamente, lo que quería escribirle mañana, pues deseo evitar todo trato con usted y que otro venga a encargarse de administrar los bosques.

Arthur sufrió el impacto del reproche y tuvo que hacer un esfuerzo para replicar.

—También yo quería hablarte de esto. No deseo suavizar tu indignación contra mí o rogarte que hagas algo en mi favor. Sólo quiero pedirte que me ayudes a atenuar las consecuencias desagradables del pasado, que ya no es posible alterar. No me

refiero a las consecuencias que se relacionan conmigo, sino con los demás. Sé que puedo hacer muy poco, y comprendo que no podré modificar lo peor. Pero algo puedo hacer y en eso debes ayudarme. ¿Quieres escucharme con paciencia?

—Sí, señor —contestó Adam después de ligera vacilación—. Le oiré y si puedo mejorar alguna cosa, lo haré sin duda, porque ya sé que la cólera no arregla nada.

—Yo me dirigía ahora al Hermitage —dijo Arthur—. ¿Quieres acompañarme para que nos sentemos allí? Podremos hablar mejor que aquí.

Nadie había entrado en el Hermitage después del momento en que ambos habían salido de él, porque Arthur había guardado la llave en su escritorio. Y al abrir la puerta vieron la vela consumida en su palmatoria y el sillón en el mismo lugar en que se sentó Adam; allí estaba, también, el cesto de los papeles a rebosar, y en su interior Arthur pudo divisar el pañuelo de seda roja. Y sin duda le habría sido muy doloroso volver a entrar en aquel lugar si sus pensamientos anteriores no fueran tan tristes.

Se sentaron frente a frente, en los mismos sitios que habían ocupado en la otra ocasión, y Arthur dijo:

—Voy a marcharme, Adam. Me propongo ingresar en el ejército.

El pobre Arthur se imaginó que esa noticia impresionaría a Adam, despertando quizás su simpatía; pero los labios del joven permanecieron cerrados y no se alteró la expresión de su rostro.

—Quiero decirte —continuó Arthur— que una de mis razones para marcharme es que nadie tenga necesidad de salir de Hayslope, porque no quiero que nadie abandone este lugar por culpa mía. Haría cualquier cosa y no vacilaría ante ningún sacrificio para evitar un nuevo dolor a los demás y a consecuencia… de lo ocurrido.

Las palabras de Arthur tuvieron un efecto distinto por completo del que había imaginado. Al advertir Adam su deseo de compensar en lo posible el mal que había hecho, sintió despertar su indignación. Estaba dispuesto a afrontar cara a cara los hechos penosos, y Arthur, en cambio, parecía inclinado a apartar la vista de ellos. Además, Adam sentía el receloso orgullo de un pobre en presencia de un rico, y con su severidad de otros tiempos, replicó:

—Ya es demasiado tarde para eso, señor. Lo que debe hacer un

hombre es evitar una mala acción antes de realizarla, porque los sacrificios no pueden deshacer los hechos. Cuando se ha herido los sentimientos de las personas, no es posible compensarlas con ningún favor.

—¿Favor? —exclamó—. ¿Cómo puedes imaginarte que me propongo semejante cosa? Pero el señor Irwine me ha dicho que los Poyser piensan abandonar la granja en que han vivido durante varios años, mejor dicho, durante varias generaciones. ¿No comprendes, como comprende el señor Irwine, que, si se les pudiera persuadir de que olvidasen el sentimiento que les obliga a alejarse, sería mucho mejor que continuasen en el mismo sitio y rodeados de los vecinos y de los amigos que les quieren y les conocen?

—Eso es verdad —replicó fríamente Adam—. ¡Pero no es tan fácil convencer a la gente! Muy duro será para Martin Poyser tener que marcharse a otra localidad, para verse rodeado de rostros extraños, después de haberse criado en Hall Farm y antes de él su padre; pero aún más duro le sería quedarse. Estas cosas, señor, ya no tienen remedio.

Arthur guardó unos instantes de silencio, porque a pesar de sus sentimientos el orgullo protestaba al oír las palabras de Adam. ¿Acaso no sufría él también? ¿No se veía obligado a renunciar a sus más queridas esperanzas? Y advertía que, como ocho meses atrás, Adam le obligaba a sentir con mayor intensidad lo irrevocable de su imprudente conducta, y que le presentaba precisamente la resistencia que más irritaba a su ardiente y vehemente naturaleza. Pero su cólera se apaciguó gracias a la misma influencia que calmó la de Adam cuando, poco antes, se vieron frente a frente, es decir, gracias a las huellas del sufrimiento de un rostro muy conocido. Y Arthur terminó su lucha interior diciéndose que todo podía perdonárselo a Adam, pues él, a su vez, tuvo que sufrir mucho. Sin embargo, hubo un tono de ruego y de disgusto juvenil en su voz cuando dijo:

—Pero la gente puede empeorar las injurias gracias a una conducta poco razonable, o entregándose a la cólera en vez de pensar en el futuro. Si yo tuviera que permanecer aquí y actuar como propietario rural —añadió con mayor vehemencia—, si nada me importase lo que he hecho y las desgracias que he causado, tú, Adam, tendrías motivo más que sobrado para marcharte y para

aconsejar a los demás que te imitasen. Entonces tendrías alguna razón para empeorar las cosas; pero cuando te digo que voy a ausentarme por espacio de muchos años, cuando tú sabes muy bien lo que eso significa para mí y cómo destruye todos los planes de felicidad que había formado, es imposible que un hombre razonable como tú crea que los Poyser tienen motivo para insistir en marcharse. Comprendo sus sentimientos relativos a esta deshonra. El señor Irwine me lo ha contado todo, pero también es de la opinión que deberían convencerse de que no están deshonrados a los ojos de sus vecinos, y si tú me ayudas, incluso sería posible persuadirles de que continuaran donde están, siempre y cuando tú también continúes administrando mis bosques.

Arthur hizo una pausa y luego añadió en tono de súplica:

—Sabes perfectamente que aparte de lo que yo haga, tú puedes llevar a cabo muchas cosas buenas en favor de los demás. También es posible que tengáis a otro señor, por quien trabajaríais a gusto. Si yo muero, heredará la propiedad mi primo Tradgett, que tomará mi nombre. Mi primo es un buen muchacho; tú ya le conoces.

Adam se sintió impresionado por estas palabras que acababa de pronunciar el mismo Arthur honrado y generoso a quien tanto había querido y de quien se enorgulleció en otro tiempo. Pero los recuerdos más recientes no abandonaban su memoria, así que guardó silencio. Pese a eso, Arthur leyó la respuesta en su rostro y ello le animó a decir con mayor vehemencia:

—Además, si tú quieres hablar a los Poyser, si quieres tratar del asunto con el señor Irwine, pues él piensa ir a verte mañana, y si, además, unieses tus razones a las suyas para aconsejarles que no se marchasen… Me consta que no aceptarían de mí ningún favor y no me propongo tal cosa. Pero estoy seguro de que, al fin, sufrirían bastante menos. Irwine cree lo mismo y ten en cuenta que él gozará de la máxima autoridad en la propiedad, pues ha consentido en hacerse cargo de ella. En realidad, sólo estarán sujetos a un hombre a quien respetan y a quien quieren. Y lo mismo ocurriría con respecto a ti, Adam, de modo que si persistís en marcharos, veré en ello vuestro deseo de infligirme un dolor mayor.

Arthur guardó silencio unos instantes.

—Yo no me portaría así contigo —añadió con voz agitada—. Si estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo, me esforzaría en obrar

mejor.

Adam hizo un movimiento de inquietud en su sillón, miró al suelo y Arthur continuó:

—Tal vez en tu vida, Adam, no hayas hecho nunca ninguna cosa de la que tengas que arrepentirte. De otro modo serías más generoso. Entonces sabrías que esto es mucho peor para mí que para ti.

Arthur se levantó, fue a mirar a través de la ventana, dando la espalda a Adam, y continuó:

—¿Acaso no la amé yo también? ¿No la vi ayer? ¿No la recordaré tanto como puedas recordarla tú? ¿Y no crees que tú sufrirías bastante más si fueses culpable?

Hubo un largo silencio mientras Adam luchaba consigo mismo. Los espíritus superficiales, cuyas sensaciones emotivas dejan poca impresión en su ánimo, no apreciarían la lucha que hubo de sostener antes de levantarse y volverse hacia Arthur. Este lo oyó moverse y miró a su compañero, quien dijo:

—Es cierto lo que dice, señor. Soy duro y ello está en mi naturaleza. Lo fui con mi padre por su mala conducta. He sido duro con todo el mundo, a excepción de ella, pues me pareció que nadie la compadecía bastante, y su dolor casi me volvió loco. Y cuando vi que sus parientes de la granja eran demasiado duros con ella, me prometí ser, en adelante, más comprensivo y benévolo con todo el mundo. Tal vez por haberme afectado tanto todo lo de ella no me he portado bien con usted. Sé que en mi vida debo arrepentirme de algunas cosas y comprendo que ya es demasiado tarde. Fui demasiado severo con mi padre, que ya ha muerto; ahora lo comprendo. Por consiguiente, no tengo derecho a hacer lo mismo con usted, para tener que arrepentirme luego.

Adam pronunció estas palabras como hombre resuelto a decir cuanto sentía, pero añadió un poco indeciso:

—Otra vez no quise estrecharle la mano, señor, cuando usted me lo pidió. ¿Querrá ahora hacerlo, a pesar de mi negativa anterior?

La blanca mano de Arthur cayó en el acto sobre la de Adam, y por un momento los dos volvieron a sentir su antiguo afecto.

—Adam —dijo Arthur dispuesto ya a confesarlo todo—, nada de eso habría ocurrido si yo hubiera sabido que tú la querías. Eso me habría ayudado a salvarme. Yo luché; nunca tuve la menor

intención de causar ningún daño. Luego te engañé a ti, lo cual tuvo peores consecuencias. Pero creí que no tenía otro remedio y que era lo mejor que podía hacer. En aquella carta le pedí que me comunicase cualquier dificultad en que pudiera hallarse, pues estaba dispuesto a hacer en su favor cuanto me fuese posible. Pero todo empezó mal desde el principio y finalmente ha terminado de un modo horrible. Dios sabe muy bien que daría mi vida porque no hubiese ocurrido nada de eso.

Continuaron sentados frente a frente y Adam dijo con voz trémula:

—¿Cómo estaba cuando la dejó, señor?

—No me lo preguntes, Adam —contestó Arthur—, porque a veces creo que voy a volverme loco al pensar en su aspecto y al recordar lo que me dijo. Por otra parte, no pude obtener un perdón completo, ni me fue posible evitar su deportación. Nada podré hacer por ella durante esos largos años y hasta es posible que la pobre muera y nunca más vuelva a tener consuelo.

—¡Ah, señor! —dijo Adam que, por primera vez, sentía su propio dolor en armonía con Arthur—. Usted y yo hemos pensado en la misma cosa cuando estábamos separados. Rogaré a Dios que le ayude, así como le ruego que me ayude a mí.

—Y ahora pienso en esa cariñosa mujer, Dinah Morris —dijo Arthur, siguiendo el hilo de sus pensamientos y sin comprender el sentido de las palabras de Adam—. Dice que la acompañará hasta el último momento, hasta el instante de su marcha. Y la pobrecilla busca en ella el amparo como fuente de todo consuelo. Capaz sería de adorar a esa mujer, y no sé, realmente, qué haría si ella no estuviese allí. Cuando vuelva, Adam, procura verla, porque ayer no pude expresarle mis sentimientos. Dile —añadió Arthur esforzándose en dominar su emoción, mientras sacaba del bolsillo el reloj y la cadena—, dile que te he rogado que le entregases esto. Ya sé que a ella no le importan esas cosas, ni nada de lo que pueda darle. Sin embargo quizás le sea útil el reloj, y a mí, en cambio, me complacerá saber que ella lo usa.

—Se lo daré, señor —dijo Adam—, y le comunicaré sus palabras. Ella me dijo que volvería a Hall Farm para vivir con sus parientes.

—Además, procura persuadir a los Poyser de que se queden —añadió Arthur recordando el asunto que habían olvidado ambos al

sentir renacer su amistad—. Tú quédate también y ayuda al señor Irwine a realizar las reparaciones y las mejoras necesarias en la propiedad.

—Hay un detalle, señor, en el que quizás no ha pensado —replicó Adam con acento afable e inseguro—, y es que tanto yo como los Poyser si nos quedamos será porque nuestra conciencia así nos lo ordena; no porque esperemos ser premiados por nuestra resignación.

—Mira, Adam —exclamó Arthur—, te suplico que no empeores mi situación, porque ya estoy bastante castigado.

—No, señor, no —contestó Adam mirándole con tristeza y afecto—. No quiera Dios tal cosa. Impulsado por la pasión me habría alejado de esta comarca, pero entonces me figuraba que usted mostraba cierta indiferencia por lo sucedido. Por consiguiente, me quedaré y haré cuanto pueda. Por ahora no puedo pensar más que en trabajar bien y mejorar las cosas todo lo que me sea posible.

—Ahora nos despediremos, Adam. Mañana verás al señor Irwine y podrás consultarle cuanto quieras.

—¿Se marcha tan pronto, señor? —preguntó Adam.

—Lo antes posible, en cuanto haya dispuesto lo necesario. Adiós, Adam.

—Adiós, señor. ¡Dios le bendiga!

De nuevo se estrecharon la mano y Adam salió del Hermitage diciéndose que su dolor era más soportable, puesto que ya no sentía ningún odio.

En cuanto se cerró la puerta tras él, Arthur se acercó al cesto de los papeles y sacó el pañuelo de seda rojo.

# Libro sexto

# XLIX

## En Hall Farm

El tibio sol de una tarde de otoño, dieciocho meses después de los acontecimientos que acabamos de relatar, bañaba con sus rayos oblicuos el patio de Hall Farm. Era la hora en que las vacas, ahítas de luz y de hierba fresca, volvían a los establos. La señora Poyser, para quien esta sencilla escena constituía un magnífico espectáculo, acostumbraba sentarse a aquella hora a la puerta de la casa con la calceta entre las manos.

Sin embargo, aquel día apenas prestó atención a la llegada de los pacíficos rumiantes, pues había entablado una discusión con Dinah mientras la joven cosía unos cuellos de camisa del señor Poyser, y soportó pacientemente que Totty le rompiese por tres veces el hilo, tirándole del brazo con el ruego insistente de que contemplase la muñeca de madera, sin piernas, cubierta por una camisa azul, y cuya cabeza calva acariciaba la niña con entusiasmo sentada en una silla al lado de Dinah. Totty tenía ya dos años más que cuando la conoció el lector y bajo su delantalito llevaba un traje negro. Del mismo color vestía la señora Poyser y eso acentuaba el parecido familiar entre ella y Dinah. Por lo demás, apenas se advertía algún cambio en nuestras viejas amigas ni en su agradable morada provista de muebles y utensilios de roble pulimentado y de peltre.

—Nunca he visto a nadie como tú, Dinah —dijo la señora Poyser—. Cuando te metes una idea en la cabeza, no hay manera de convencerte de lo contrario. Y, por más que digas, eso no es religión. Recuerda que el «sermón de la montaña», que tanto te gusta leer a los niños, recomienda hacer cosas agradables a los

demás. No dudo de que si alguien te pidiese algo poco razonable, como regalar la capa o dejarte pegar, te manifestarías dispuesta a ello; pero, en cambio, demuestras la mayor testarudez al negarte a hacer cosas que aconseja el sentido común.

—No, querida tía —dijo Dinah sonriendo y sin abandonar su tarea—. Tu deseo bastaría para que yo hiciese cualquier cosa, siempre que no fuese inconveniente.

—¿Inconveniente? Estás acabando con mi paciencia. Me gustaría saber qué hay de inconveniente en que vivas con tus amigos y seas feliz con ellos, pues no quieren más que tu bien y están dispuestos a mantenerte, aunque tu trabajo no pagara con exceso lo poco que comes y lo mal que vistes. ¿Y a quién has de ayudar y consolar en el mundo, más que a los que son de tu propia sangre, es decir, a mí, que soy tu tía, y tu única pariente, cuando sabes que todos los inviernos me veo al borde de la tumba sin contar con que esa niña se morirá de pena si te marchas y que el abuelo aún no hace un año que se murió, y que tu propio tío te echaría mucho de menos, pues nadie como tú sabe encender su pipa y cuidarle? Y yo, por mi parte, ya puedo confiarte la manteca, aunque me costó bastante trabajo enseñarte; además, piensa en lo que hay que coser y en que si te marchases tendría que mandarlo a Treddleston, a que lo hiciese una desconocida. Y todo porque te crees obligada a vivir entre aquel montón de piedras, es decir, un lugar por el que los mismos cuervos pasan de largo.

—Querida tía Rachel —contestó Dinah mirando a la señora Poyser—, tu bondad te hace creer que te soy útil. En realidad no me necesitas, porque Nancy y Molly son muchachas inteligentes que trabajan muy bien, y tú, gracias a Dios, tienes muy buena salud; mi tío vuelve a estar alegre, y ambos tenéis muchos amigos y vecinos, que vienen todos los días a visitar a mi tío. Así pues, no me echarás de menos. En cambio, en Snowfield hay muchos hermanos míos que sufren gran necesidad y que carecen de todos los consuelos y comodidades que vosotros tenéis. Siento la obligación de volver al lado de aquellos desgraciados y me veo atraída por las montañas, donde me bendecían al llevar palabras de vida y de esperanza a los tristes y pecadores.

—Sí —replicó la señora Poyser dirigiendo una mirada distraída a las vacas—, esto es lo que me dices siempre. ¿Para qué quieres ir a

predicar más de lo que predicas ahora? ¿Acaso no te vas todos los domingos, Dios sabe adonde, a predicar y a rezar? ¿No hay bastantes metodistas en Treddleston, ni bastante gente que te demuestre su simpatía? ¿No hay, acaso, en esta misma parroquia, que tienes al alcance de la mano, bastante gente a la que convenga cuidar, corregir y consolar? Por ejemplo, ahí tienes a Bess Cranage, que a las tres semanas de haberte marchado ya no pensará en otra cosa que en trajes y lazos. En cambio, mientras estés aquí, con seguridad no hará tal cosa. Pero supongo que te importan muy poco las personas de esta comarca, porque de lo contrario te quedarías con tu tía, a quien puedes prestar muy valiosa ayuda.

Había entonces algo en la voz de la señora Poyser que ésta no quiso dar a entender, y así, se volvió para consultar el reloj y dijo:

—Mira, ya es la hora del té y si Martin está en la era se tomará con gusto una taza. Ven, querida Totty, deja que tu madre te ponga el gorro y luego ve a la era a buscar a tu padre y dile que antes de marcharse venga a tomar una taza de té. Avisa también a tus hermanos.

Totty salió a cumplir estas instrucciones, mientras la señora Poyser ponía lo necesario sobre la brillante mesa de roble y cogía las tazas de té del aparador.

—Y en cuanto a que Nancy y Molly sean inteligentes en su trabajo —añadió—, te engañas por completo. Tanto importa que sean inteligentes como tontas, porque una no puede fiarse de ellas ni por espacio de un minuto. Siempre hay que vigilarlas para que no se estén mano sobre mano. Y suponte que este invierno caigo enferma, como me ocurrió el pasado, ¿quién cuidará de ellas si tú te marchas? Luego a esa pobre niña estoy segura de que le ocurriría algo. La dejarían caer en el fuego, coger la sartén con el aceite hirviendo, o sufriría algún accidente que la dejase inválida para toda la vida. Y de todo eso tendrías tú la culpa, Dinah.

—Tía —dijo Dinah—, te prometo volver en invierno si estás enferma. En cuanto me necesites siempre me tendrás a tu lado. Pero la verdad es que conviene a mi alma alejarme de esta vida cómoda y lujosa, en la que tengo demasiadas cosas de que gozar, y así, por lo menos, me iré aunque sólo sea por un tiempo. Nadie más que yo sabe lo que me conviene y los peligros que corro. Tu deseo de que me quede no es un deber que me niegue a cumplir porque vaya

contra mis deseos. Es una tentación que he de resistir, porque de lo contrario el amor al prójimo se dormiría en mi alma, cerrándola a la luz celestial.

—No llego a comprender qué quieres decir al hablar de lujos y de comodidades —replicó la señora Poyser mientras cortaba el pan y la manteca—. Cierto es que aquí puedes comer bien, porque nadie en mi casa puede quejarse de que no le doy lo necesario. Pero he notado que cuando hay algo que radie quiere comerse, lo tomas tú siempre. Pero mira —añadió de pronto—, aquí tenemos a Adam Bede que trae a la niña. Me extraña que haya venido tan temprano.

La señora Poyser se encaminó hacia la puerta para tener el placer de ver a su hijita y la miró con amor; sin embargo le dijo:

—¡Qué vergüenza, Totty! Las niñas de cinco años ya no deben consentir que las lleven en brazos. Le va a fatigar, Adam, pesa mucho. Déjela, déjela en el suelo.

—No, no —contestó Adam—. Puedo levantarla con una sola mano y ni siquiera tengo necesidad de emplear el brazo.

Totty, indiferente a las observaciones de su madre, se vio depositada en el suelo junto a la puerta, y la madre subrayó su reprensión con un diluvio de besos.

—Sin duda se extraña de verme a esta hora —dijo Adam.

—Sí. Pero entre —contestó la señora Poyser dejándole paso—. Supongo que no ocurre nada desagradable.

—Nada malo —contestó Adam acercándose a Dinah y tendiéndole la mano.

Ella había abandonado su tarea e instintivamente se puso en pie al acercarse él, y un ligero rubor tiñó sus pálidas mejillas cuando le dio la mano y le miró con timidez.

—Vengo a decirle algo, Dinah —añadió Adam sin que al parecer se diese cuenta de que todavía le tenía la mano cogida—. Mi madre está un poco indispuesta y se ha empeñado en que vaya a pasar la noche con ella, si es tan buena como para hacer caso de su petición. Yo le prometí venir a verle y a pedírselo a mi regreso del pueblo. La pobre trabaja mucho y todavía no he podido lograr que tome una muchacha para que la ayude. No sé lo que podré hacer para convencerla.

Al dejar de hablar, Adam abandonó la mano de Dinah y se quedó esperando la respuesta; pero antes de que ella abriese los

labios, la señora Poyser dijo:

—Fíjate. Ya te dije antes que en esta parroquia había bastantes personas de quien podrías cuidar, sin necesidad de alejarte. Aquí tienes a la señora Bede que empieza a envejecer y que no querrá que la cuide nadie más que tú. Seguro que la gente de Snowfield ya se habrá acostumbrado a pasarse sin ti durante tu ausencia.

—Me pondré el gorro y saldré enseguida, si usted, tía, no quiere que haga antes alguna otra cosa —dijo Dinah guardando su labor.

—Sí. Quiero que hagas otra cosa, que tomes el té. Ya está preparado, y usted, Adam, tome también una taza si no tiene demasiada prisa.

—Sí, tomaré una taza, muchas gracias, y luego acompañaré a Dinah. Tengo que ir a casa directamente, pues he de anotar irnos cálculos de maderas.

—¡Cómo, Adam! ¿Usted por aquí? —exclamó el señor Poyser entrando sudoroso y en mangas de camisa, seguido por sus dos hijos, que se le parecían tanto como dos elefantitos se parecen a sus mayores—. ¿Cómo es que le vemos a esta hora?

—He venido con un encargo de mi madre. Vuelve a sentir su antigua molestia y desea que Dinah vaya a hacerle un poco de compañía.

—Bueno. No tenemos inconveniente en cedérsela un poco, para el bien de su madre —dijo el señor Poyser—. Pero no le permitiremos salir de aquí más que para irse con su marido.

—¿Con su marido? —exclamó Marty, que estaba en el periodo más prosaico de las mentes juveniles—. Dinah no tiene marido.

—¿Dejarla salir? —exclamó la señora Poyser mientras ponía una torta en la mesa y se sentaba luego para servir el té—. Convendrá no dejarla salir ni siquiera con su marido. Vamos a ver, Tommy, ¿qué haces con la muñeca de tu hermana? Déjala enseguida y no la molestes. Si te portas mal, no probarás la torta.

Tommy, con verdadera simpatía fraternal, se divertía en levantar la camisa de la muñeca de Totty, exponiendo su cuerpo roto a la burla de todo el mundo, y esta indignidad hizo enojar en extremo a Totty.

—¿Qué crees que me está diciendo Dinah desde que acabamos de comer? —preguntó la señora Poyser a su marido.

—Soy muy mal adivino —contestó éste.

—Que quiere volver a Snowfield para trabajar en la fábrica y morirse de hambre como antes, y como si no tuviese parientes ni amigos.

El señor Poyser no encontró palabras para expresar su extraordinario asombro. Se limitó a mirar a su esposa y a Dinah, quien se había sentado al lado de Totty para proteger a la niña de las jugarretas de su hermano y en aquel momento preparaba el té de la niña. Si el señor Poyser hubiera sido hombre capaz de fijarse en ello, habría notado un cambio en Dinah, porque ésta no solía mudar de color y en aquel instante tenía las mejillas coloradas. El señor Poyser la encontró más bonita que nunca, aunque su rubor apenas fue un leve tono rosado que se esparció por su rostro. Tal vez se debiera a que su tío la miraba con tanta fijeza, pero es imposible saberlo, pues en aquel momento Adam decía con sorpresa:

—Yo esperaba que Dinah seguiría viviendo entre nosotros durante toda su vida e incluso me figuraba que había abandonado la idea de volver a Snowfield.

—Todo el mundo creería eso con razón —contestó la señora Poyser—, pero hay que ser metodista para saber de lo que es capaz una metodista. Es como el que quiere averiguar lo que persiguen los murciélagos al vuelo.

—¿Qué te hemos hecho, Dinah, para que quieras dejarnos? —preguntó el señor Poyser con la taza de té en la mano—. Eso es casi faltar a tu palabra, porque tu tía creía que seguirías viviendo entre nosotros.

—No, tío —contestó Dinah esforzándose en aparentar tranquilidad—. Al llegar ya dije que estaría algún tiempo entre vosotros, para consolar a mi tía.

—¿Y quién te ha dicho que has dejado de ser un consuelo para mí? —exclamó la señora Poyser—. Si no quieres seguir en mi compañía, mejor sería que no hubieses venido. Así no te echaría de menos.

—No debes decir eso —objetó el señor Poyser—, porque la verdad es que hemos de estarle agradecidos, tanto si quiere marcharse como si no. Pero creo que haría mal dejando una buena casa como ésta para ir a una comarca donde la tierra no vale nada.

—Pues precisamente por eso se quiere ir, y ésta es la razón que

da —dijo la señora Poyser—. Siempre dice que este país es demasiado agradable, que aquí come más de lo debido y que la gente no es bastante pobre. Quiere marcharse la semana próxima y no hace caso de mis palabras. Con esta gente suave y apacible siempre ocurre lo mismo. Por mucho que se diga no se dejan convencer. Ahora, que yo creo que el ser tan testarudo no está de acuerdo con la religión. ¿No le parece, Adam?

Este comprendió que Dinah estaba más apurada que nunca y, deseando acudir en su auxilio, dijo mirándola con afecto:

—Por mi parte, nunca encuentro mal nada de lo que hace Dinah. Creo que sus ideas son siempre mejores que cuanto podemos imaginamos. Le agradecería mucho que se quedase entre nosotros, pero no deseo contradecirla acerca del particular. Todos le debemos mucho para obrar así.

Como ocurre con frecuencia, estas palabras, encaminadas a favorecer a Dinah, fueron las que ella sintió más. Acudieron tan rápidas las lágrimas a sus ojos que no pudo ocultarlas; y se puso apresuradamente en pie, dando a entender que iba en busca del gorro.

—¿Por qué llora Dinah, madre? —preguntó Totty.

—Has ido demasiado lejos —dijo el señor Poyser a su mujer—. No tenemos derecho de impedirle que haga lo que quiera. Por más que te enojes conmigo, yo no diré ni una sola palabra contra ella.

—Pues tengo razón al decirle lo que le he dicho, porque de lo contrario me habría callado. Ten presente que yo la quiero y que estoy acostumbrada a que viva en esta casa. Y en cuanto se marche, me sentiré tan incómoda como una oveja recién esquilada. Además, no me parece bien que abandone una parroquia donde tanto se la quiere. El señor Irwine la trata como si fuese una señora, a pesar de pertenecer al metodismo y de la manía que le ha dado de andar predicando por ahí. Y Dios me perdone si hago mal en hablar así.

—Sí —contestó el señor Poyser en tono de broma—, pero cuéntale ahora a Adam lo que el señor Irwine te dijo un día. Mi mujer, Adam, dijo en cierta ocasión que el predicar era el único defecto que encontraba en Dinah, y el señor Irwine le contestó: «No debe usted tenerle mala voluntad por ello, porque la pobre no tiene ningún marido a quien predicar. Usted misma, estoy seguro de que predica más de un sermón al señor Poyser». Bien te contestó el

párroco. Y cuando se lo conté a Barde Massey, también se echó a reír.

—Sí. Cuando los hombres pierden el tiempo mirándose unos a otros y con la pipa en la boca, siempre tienen ganas de bromear a costa de las pobres mujeres —dijo la señora Poyser—. Dale cuerda a Barde Massey y ya verás las tonterías que suelta por aquella boca. Mira, Totty, sube a ver qué hace la prima Dinah y dale un beso.

Dio este encargo a Totty para impedir que ésta se echara a llorar, pues Tommy, que ya no temía quedarse sin torta, se dedicaba a hacer muecas a su hermanita, cosa que a ella le parecía un grave insulto.

—Creo que está muy ocupado ahora, ¿verdad, Adam? —preguntó el señor Poyser—. Burge está cada día peor de su asma y haría bien no yendo de un lado a otro, como de costumbre.

—La verdad es que tenemos mucho trabajo, pues no sólo hay las reparaciones de la propiedad, sino que tenemos que construir algunas casas en Treddleston.

—Apostaría un penique a que la casa nueva que está construyendo Burge en su terreno es para él y para su hija Mary —observó el señor Poyser—. Pronto dejará los negocios y querrá que se encargue usted de todo, pagándole un tanto cada año. Espero que pronto le veremos viviendo en la colina.

—A decir verdad —contestó Adam—, me gustaría mucho tener todo el negocio en mis manos, y no porque quiera ganar más dinero, ya que ahora, con el que gano, puedo ahorrar, pues sólo hemos de mantenernos nosotros dos y mi madre. Pero me gustaría hacer lo que me pareciera mejor, y haría muchas cosas que ahora no puedo intentar siquiera.

—¿Se lleva bien con el nuevo administrador? —preguntó el señor Poyser.

—Sí, es un buen hombre que entiende de agricultura y de la cría de ganado, y además está desecando las tierras pantanosas; en fin, cumple bien con sus obligaciones. Un día debería ir por Stonyshire para ver los cambios que están haciendo allí. Pero no sabe nada de construcción. Es muy difícil encontrar un hombre que tenga nociones generales de todo, pues la mayoría no piensa más que en su propia especialidad. No obstante, el señor Irwine tiene más conocimientos de construcción que un arquitecto, porque éstos, que

son personas distinguidas, no saben a veces dónde poner una chimenea. Yo opino que un hombre práctico, que tenga un poco de gusto, es el mejor arquitecto para las construcciones sencillas, y cuando yo mismo he hecho los planos, disfruto realmente en construir una casa.

El señor Poyser escuchaba con interés y admiración las palabras de Adam, pero tal vez le recordaron que su granero necesitaba su cuidado, porque en cuanto hubo dejado de hablar se puso en pie y dijo:

—Bueno, amigo mío. Yo me despido de usted porque he de volver al granero.

Adam se levantó también al ver que entraba Dinah con el gorro puesto y el cesto en la mano, precedida de Totty.

—Veo que ya está dispuesta, Dinah, y, por consiguiente, podemos marcharnos, porque cuanto antes llegue a casa, mejor será —dijo Adam.

—Madre —exclamó Totty con su aguda vocecita—. Dinah estaba rezando y al mismo tiempo lloraba.

—Calla —dijo su madre—. Las niñas no deben hablar de estas cosas.

Entonces su padre, riéndose, subió a Totty a la mesa de servicio para que le diese un beso. Ya se advierte que el matrimonio Poyser no seguía principio alguno para la educación de los niños.

—Vuelve mañana si la señora Bede no te necesita, Dinah —dijo la señora Poyser—. Pero ya sabes que puedes quedarte el tiempo que sea necesario, en caso de que esté enferma.

Dinah y Adam se despidieron y luego salieron los dos juntos de Hall Farm.

# L

## En la casita

Al salir al camino, Adam no ofreció su brazo a Dinah. Aún no lo había hecho nunca, a pesar de la frecuencia con que paseaban juntos, porque había observado que a la joven no le gustaba dar el brazo a Seth y por eso llegó a suponer que no le resultaba agradable.

—¿De modo, Dinah, que no sería feliz estableciéndose definitivamente en Hall Farm? —preguntó Adam con un interés fraternal que excluía todo sentimiento personal—. Es una lástima, en vista de lo mucho que le quieren.

—Ya sabe, Adam, que les quiero y me interesa mucho su bienestar, pero en la actualidad no me necesitan; se ha aliviado ya mucho su tristeza y comprendo que debo volver a mi antiguo trabajo, el cual me proporciona un bienestar que he echado de menos últimamente, en medio de la abundancia. Comprendo que en vano queremos huir de la tarea que nos señala Dios, cuando deseamos encontrar mayor bendición para nuestras almas, como si quisiéramos elegir por nosotros mismos el lugar en que sentiremos con mayor plenitud la presencia divina, en vez de buscarla del único modo que puede hallarse, o sea con amorosa obediencia. Ahora creo tener una prueba suficiente de que mi trabajo está en otra parte, por lo menos durante algún tiempo. En los años venideros, si se debilitase la salud de mi tía o me necesitara por otra causa cualquiera, no tendría inconveniente en volver.

—Usted sabe lo que le conviene, Dinah —contestó Adam—. No creo que se opusiera a los deseos de ellos, que tanto le quieren, sin apoyarse en muy buenas razones. No tengo derecho a decir que eso

me pesa, pues de sobra le consta cuáles son mis motivos para considerarla muy por encima de todos mis amigos. Y si el cielo hubiese ordenado que fuese mi hermana y viviese con nosotros toda la vida, yo lo habría considerado la mayor de las bendiciones que pudiera cabernos. Pero Seth me ha dicho que no hay esperanza de que ocurra así, porque sus sentimientos son muy distintos; aunque comprendo que hago mal hablándole de eso.

Dinah no contestó y los dos siguieron andando en silencio, hasta que llegaron a un portillo de piedra. Adam pasó primero y se volvió para ofrecerle la mano, a fin de ayudarla a subir un escalón muy alto; de este modo no tuvo más remedio que mirarla a la cara. Le sorprendió que sus ojos grises, por lo común serios y afables a un tiempo, tuvieran esa mirada inquieta y brillante que suele acompañar a la agitación contenida, y el leve rubor de sus mejillas, que ya tenía al bajar la escalera de su casa, se le había acentuado. En realidad no parecía Dinah, sino una hermana suya. Adam se quedó muy sorprendido; por unos momentos hizo algunas conjeturas y luego dijo:

—Espero no haberle molestado por lo que acabo de decir. Quizás he hablado con demasiada franqueza. No deseo nada que a usted pueda desagradarle, y, si le parece bien, puede ir a vivir a cincuenta kilómetros de distancia. Pensaré en usted tanto como ahora, porque forma parte de unos recuerdos que no puedo alejar de mí.

¡Pobre Adam! Así disparatan los hombres. Dinah no contestó nada, pero luego dijo:

—¿Ha tenido noticias de ese pobre joven desde la última vez que hablamos de él?

Dinah siempre hablaba así al referirse a Arthur, y nunca olvidaba su aspecto cuando lo vio en la cárcel.

—Sí —contestó Adam—. El señor Irwine me leyó ayer parte de una de sus cartas. Asegura que pronto se firmará la paz, aunque nadie cree que dure mucho. Él, sin embargo, dice que no desea volver por aquí. Todavía se lo impide el estado de su corazón. Y es mejor para todos que continúe ausente. El señor Irwine cree que hace bien no viniendo. Es una carta muy triste. Pregunta por usted y por los Poyser, como siempre hace. Una cosa hay en la carta que me impresionó mucho. «No puede figurarse lo viejo que me siento

—dice—. Ya no me divierto. Y lo que más me estimula es saber que, al día siguiente, me espera una marcha o un combate».

—Es una naturaleza ardiente, como Esaú, que siempre me ha inspirado gran compasión —contestó Dinah—. Aquel encuentro entre los dos hermanos, en que Esaú se muestra tan afable y cariñoso, y Jacob tan tímido y desconfiado, a pesar de sentir el favor divino, es una cosa que siempre me ha conmovido profundamente. Y en varias ocasiones he sentido la tentación de decir que Jacob era hombre de espíritu mezquino. Pero éste es nuestro destino: hemos de aprender a ver el bien en medio de las cosas desagradables.

—¡Ah! —exclamó Adam—. A mí me gusta más leer lo que se cuenta de Moisés en el Antiguo Testamento. Se encargó de una empresa muy difícil y murió dejando que otros recogiesen los frutos de sus esfuerzos. El hombre debe tener valor para mirar así su vida y pensar en lo que ocurrirá después de su muerte. Una obra concreta es lo que perdura, aunque sólo se trate de un pavimento. Si se ejecuta bien, alguien sale beneficiado, aparte del mismo que lo ha hecho.

Ambos se alegraban de hablar de asuntos no personales, y de este modo continuaron hasta atravesar el puente del arroyo del Sauce.

—Aquí está Seth —dijo Adam—. Ya me figuraba que llegaría pronto a casa. ¿Está enterado de su proyectada marcha, Dinah?

—Sí, se la comuniqué el domingo pasado.

Adam recordó entonces que Seth había llegado muy triste a casa, el domingo por la mañana, circunstancia muy rara en él últimamente, porque la felicidad que le proporcionaba ver a Dinah cada semana parecía compensar el dolor de saber que no quería casarse con él. Aquella tarde tenía el mismo aire de satisfacción ensoñadora y benévola, hasta que se acercó Dinah y vio las huellas de las lágrimas en sus delicados párpados y pestañas. Dirigió una rápida mirada a su hermano, pero éste no sentía la misma emoción que Dinah, pues en su rostro se advertía la acostumbrada mirada tranquila e indiferente. Seth se esforzó en no dar a entender a Dinah que había observado aquella extraña expresión en su rostro, y así, se limitó a decir:

—Me alegro mucho de que haya venido, Dinah, porque nuestra

madre ha pasado el día entero esperando su llegada. Sólo despertarse por la mañana se puso a hablar de usted.

Cuando entraron en la casita encontraron a Lisbeth sentada en su sillón, demasiado fatigada por la preparación de la cena a pesar de que tenía la costumbre de emprender este trabajo con mucha anticipación, para salir a la puerta, como de costumbre, en cuanto oía las pasos de cualquiera de sus hijos.

—Por fin has venido, hija mía —exclamó al ver a Dinah—. ¿Por qué has pasado tanto tiempo sin hacerme una visita?

—Veo, querida amiga mía —dijo Dinah tomándole la mano a la anciana—, que no está bien. De haberlo sabido antes me habría apresurado a venir.

—¿Y cómo querías saberlo si no vienes nunca? Mis hijos sólo saben lo que yo les digo, porque mientras me ven mover los brazos y los pies se figuran que estoy bien. De todos modos no estoy muy mal; sólo tengo un resfriado que me ha dejado un poco dolorida. Y mis hijos insisten en que tome a alguien para hacer mi trabajo. Llegan a marearme. Si tú vinieras a vivir conmigo, me dejarían en paz. Estoy segura de que los Poyser no te necesitan tanto como yo. Pero quítate el gorro y deja que te mire.

Dinah se apartó, pero Lisbeth la retuvo mientras ella se quitaba el gorro y luego contempló su rostro como se mira a un copo de nieve recientemente caído para renovar las antiguas impresiones de pureza y cariño.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lisbeth asombrada—. ¿Por qué has llorado?

—He tenido un pequeño pesar que desaparecerá —contestó Dinah, que no quería suscitar las recriminaciones de Lisbeth diciéndole que se disponía a abandonar Hayslope—. Pronto se enterará, porque esta misma noche trataremos del asunto. Me quedaré con usted hasta mañana.

Lisbeth se apaciguó con esta promesa, y así tuvo toda la velada para hablar a solas con Dinah. En la casita había una nueva habitación, que habían construido dos años atrás en espera de que llegase otro habitante. Y allí se sentaba Adam cuando tenía que escribir o hacer algún plano. Seth fue también allí a pasar la tarde, pues comprendió que su madre quería verse a solas con Dinah.

En la casita hubo entonces dos escenas agradables. A un lado se

veía a la anciana, dura, de facciones pronunciadas y anchos hombros, vestida con una chaqueta de color azul y un pañolón de color marrón, que volvía los ojos debilitados y ansiosos hacia el blanco rostro y la esbelta figura vestida de negro que iba de un lado a otro con gran actividad, o se sentaba junto al sillón de la anciana, estrechando su arrugada mano, mientras la miraba y le hablaba en un lenguaje que Lisbeth comprendía mucho mejor que la Biblia o el libro de himnos. Aquella noche no quiso que le leyese nada, y rogó a Dinah que cerrase el libro, porque quería hablar y conocer el motivo de su llanto.

Al otro lado de la pared se hallaban los dos hermanos, tan parecidos entre sí a pesar de su diferencia. Adam tenía las cejas fruncidas, el cabello revuelto y el rostro moreno animado por un color vigoroso, mientras permanecía absorto en sus cálculos. Seth, cuyas facciones eran casi una copia de las de su hermano, aunque tenía el cabello castaño y los ojos azules y soñadores, miraba a veces hacia la ventana, cuando levantaba los ojos de un libro comprado recientemente; era la historia abreviada de *Madame Guyon*, escrita por Wesley, historia que maravillaba e interesaba mucho al joven.

—¿Puedo ayudarte en algo esta noche? —le preguntó a su hermano—. No quisiera hacer ruido en el taller.

—No, Seth —contestó Adam—. Nadie puede ayudarme en mi trabajo. Vale más que te entretengas leyendo.

Con frecuencia y cuando Seth no se daba cuenta de ello, Adam se interrumpía en su tarea de dibujar y miraba a su hermano con ojos risueños. Sabía que le gustaba tener la cabeza llena de ideas, que, sin embargo, no podía explicar, y aunque eso no le servía de nada, le hacía feliz. Por esta razón, hacía ya cosa de un año que Adam se mostraba cada vez más indulgente con Seth. Era una manifestación de la ternura originada por el dolor que aún sentía.

Luego, pensando en Dinah, Adam se dijo: «Es muy raro que esa muchacha no quiera a mi hermano, pues cualquiera al verle pensaría que es el hombre más indicado para ella. Pero, sin duda, su corazón se inclina a otras cosas. Es una de esas mujeres que no sienten deseo de tener un marido y unos hijos propios. Cree que entonces no pensaría más que en su propia vida, y como está acostumbrada a vivir solamente para los demás, no puede soportar

la idea de que su corazón se cierre para ellos. Es muy distinta de las otras mujeres que conozco. Ya me di cuenta hace mucho tiempo. Cuando puede hacer un favor a alguien, se queda más satisfecha que nunca, y el matrimonio no hay duda de que le impediría dedicarse a la vida que ahora lleva. Y la verdad es que no tengo derecho de pensar que haría mejor en casarse con Seth, como si yo fuese más inteligente que ella o que Dios mismo, que la ha hecho tal como es, cuando le debo tantos favores y, como yo, otras muchas personas».

Estas ideas cruzaron por la mente de Adam al notar en el rostro de Dinah cierto disgusto cuando él le manifestó su pesar porque no se casara con Seth. Por eso se apresuró a decirle que hacía bien obrando como creyese conveniente, y le expresó su resignación al comprender que su marcha era inevitable. Estaba persuadido también de que a la joven le constaba con cuánto gusto la vería él continuamente, para hablar con ella y recordar cosas pasadas y dolorosas. Dinah pudo advertir su afecto y su respeto cuando Adam se mostró conforme con que se marchara y, sin embargo, el joven tenía el recelo de no haber hablado como convenía y que por esta razón Dinah no acabara de comprender sus sentimientos.

La joven debió de levantarse al día siguiente un poco antes de salir el sol, porque bajó la escalera a cosa de las cinco. Lo mismo hizo Seth, pues como Lisbeth se obstinaba en rehusar cualquier ayuda femenina en la casa, aprendió a hacerse útil para evitar determinadas faenas a su madre. Espero que no por eso el lector le creerá afeminado. Adam, por su parte, que se acostó muy tarde, dormía aún y no era fácil que le vieran antes de la hora del desayuno.

A pesar de la frecuencia con que Dinah había visitado a Lisbeth en el espacio de aquellos dieciocho meses, no había dormido en la casita desde la noche de la muerte de Mathias, es decir, desde la ocasión en que, como ya recordará el lector, Lisbeth alabó sus hábiles movimientos y hasta dio su aprobación al potaje. Durante tan largo intervalo Dinah había progresado mucho en sus conocimientos caseros, y aquella mañana, ayudada por Seth, limpió toda la casa y la ordenó de tal manera que incluso su tía Poyser habría quedado satisfecha. En la casita ya no reinaba un orden y una limpieza exquisitos, desde que el reumatismo de Lisbeth la

había obligado a abandonar en gran parte sus hábitos de limpieza.

Cuando la casa quedó a su gusto, Dinah entró en la nueva habitación en que Adam había estado trabajando la noche anterior, para ver qué era preciso hacer allí. Abrió la ventana, dejó entrar el aire fresco de la mañana y el aroma de los rosales silvestres; los rayos del sol, casi horizontales, rodearon su pálido rostro y el cabello castaño, mientras ella empuñaba la larga escoba y barría cantando al mismo tiempo en voz baja uno de los himnos de Charles Wesley:

> *Rayo eterno de luz divina, fuente de inextinguible amor en quien brilla la gloria del Padre a través de la tierra y del cielo.*
>
> *Jesús, descanso del fatigado caminante, hazme llevar tu fácil yugo, da firme paciencia a mi pecho e infúndeme amor intachable y santo temor.*
>
> *Apacigua mis pasiones violentas, tranquiliza mi tembloroso corazón; tu poder es mi fuerza y mi fortaleza, porque todo sirve a tu voluntad soberana.*

Dejó a un lado la escoba y cogió un trapo para quitar el polvo; quien hubiese vivido en casa de la señora Poyser sabría cómo acostumbraba Dinah a limpiar, pues no perdonaba el menor rincón, aunque estuviese oculto. Sólo quedaba la mesa donde descansaban los papeles y las reglas de Adam, y Dinah se quedó indecisa, mirando aquellos objetos con timidez. Era bochornoso ver cuánto polvo había por allí, y mientras vacilaba, oyó unos pasos, que le parecieron de Seth, junto a la puerta abierta sus espaldas, y en voz alta preguntó:

—Dígame, Seth, ¿se enfada mucho su hermano si le revuelven los papeles?

—Mucho, cuando no los devuelven a su sitio —dijo una voz profunda que no era la de Seth.

Era como si Dinah hubiese tocado sin darse cuenta una cuerda muy tensa; se estremeció y, por un momento, no supo lo que le ocurría. Luego se dio cuenta de que se sonrojaba y no se atrevió a mirar a su alrededor; se quedó en silencio y muy apurada al ver que no era capaz de dar los buenos días con naturalidad. Adam, al ver que ella no se volvía para verle sonriente, temió que hubiese

tomado en serio sus palabras y se acercó a la joven de un modo que ella no tuvo más remedio que mirarle.

—¿Acaso se figura que soy un hombre gruñón en mi casa? —dijo sonriente.

—No —contestó Dinah mirándole con timidez—. Nada de eso. Pero podía haberse enfadado si le hubiese revuelto los papeles.

Recuerde que incluso Moisés, que era el más apacible de los hombres, se encolerizaba en algunas ocasiones.

—Venga pues —dijo Adam mirándola con afecto—. Le ayudaré a quitar todo eso y a ponerlo en su sitio, y así no ocurrirá nada desagradable. Ya veo que, en cuanto a limpieza y orden, se parece cada día más a su tía.

Emprendieron juntos aquella tarea, pero Dinah no había recobrado bastante la serenidad para reírse de esta observación, y Adam la miraba con inquietud.

Se dijo que la joven parecía estar algo enfadada con él, y era evidente que no le demostraba la misma bondad y franqueza que otras veces. Quería que ella lo mirase y disfrutara tanto como él del trabajo que hacían, que más bien merecía el nombre de juego. Pero Dinah no le miró, cosa que resultaba fácil dada la estatura del joven, y cuando por fin ya no hubo más polvo que quitar y él no tuvo otra excusa para permanecer a su lado, se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Está disgustada conmigo, Dinah? Supongo que no habré hecho o dicho algo que pueda haberle molestado.

Esta pregunta la sorprendió, pero también la alivió, pues dio un nuevo curso a sus pensamientos. Lo miró entonces fijamente y casi con lágrimas contestó:

—¡Oh, no, Adam! ¿Cómo puede pensar eso?

—No tendría fuerzas para soportar su enfado —dijo Adam—, porque no sabe cuánto me importa su buena opinión de mí, Dinah. Eso es lo que quise decirle ayer al manifestarle mi conformidad por su marcha, si usted misma la cree conveniente. Es decir, que en caso de que le pareciese bien marcharse, yo me abstendría de manifestar mi disgusto. Aunque, por otra parte, sentiría tener que despedirme de usted.

—Sí, querido amigo —dijo la joven temblando aunque esforzándose en hablar con firmeza—. Sé que siente por mi un

afecto fraternal y que, con frecuencia, nuestras almas se comunican con mucho cariño; pero en este instante experimento muchas sensaciones y no debe fijarse en mis sentimientos. Me siento llamada a abandonar por algún tiempo a mis parientes, pero eso es una prueba, porque la carne es débil.

Adam comprendió cuánto la apenaba tener que contestar.

—Seguramente la molesto hablando así, Dinah. Y por consiguiente, me callaré.

Aquella escena era muy sencilla, lector, pero es casi seguro que tú también habrás estado enamorado más de una vez, aunque no quieras confesárselo a tus amigos. De ser así, no pensarás ya que las palabras insignificantes, las miradas tímidas y los trémulos contactos son triviales, porque sabrás que esas cosas forman parte del lenguaje del alma.

# LI

## La mañana del domingo

El ligero ataque de reumatismo de Lisbeth no era lo bastante serio para justificar que Dinah pasara otra noche lejos de Hall Farm, y mucho menos cuando ya estaba decidida a dejar tan pronto a su tía; de modo que por la tarde era preciso despedirse.

—Hasta dentro de bastante tiempo —dijo Dinah, que ya había comunicado a Lisbeth su resolución.

—Pues entonces será para todo lo que me queda de vida, porque ya no volveré a verte —contestó la anciana—. Ten presente que no viviré mucho. Y cuando enferme para morir, tú no podrás venir a mi lado y acabaré la vida deseando en vano tu presencia.

Este fue el estribillo de sus quejumbrosas palabras de aquel día, porque como Adam no estaba en casa, ella no se esforzó por contener sus quejas. Repetidas veces atormentó a Dinah preguntándole por qué se marchaba y se negó a aceptar las razones de la joven. Además, se lamentaba con frecuencia de que no quisiera casarse con uno de sus hijos, para convertirse a su vez en su hija.

—Comprendo que no quieras a Seth —dijo—, porque no es bastante inteligente para ti, aunque es un muchacho muy bueno y que me ayuda mucho cuando estoy enferma. Además, es tan aficionado a la Biblia y a las cosas de la iglesia como tú. Me hago cargo de que desearías un hombre más inteligente, y en este caso te convendría Adam. Estoy segura de que él no tendría ningún inconveniente y de que llegaría a quererte si tú te lo propusieras. Él, sin embargo, es testarudo y no hay nadie capaz de obligarle a que desista de sus propósitos. No obstante, sería un buen marido para

una mujer como tú.

Dinah trató de evitar las preguntas de Lisbeth, ocupándose en pequeños trabajos de la casa que la obligaban a ir de un lado a otro, y en cuanto Seth llegó por la tarde se puso el gorro para marcharse.

Dinah se despidió de muy mala gana, y se imaginó que en cuanto se marchara la pobre vieja se asomaría a la puerta para contemplarla hasta que se perdiese de vista.

—Dios esté con ellos —rogaba Dinah mientras volvía la cabeza para mirar hacia la casa desde el último portillo—. Que Dios les compense sus dolores con numerosas alegrías.

Lisbeth volvió por fin al interior de la casa y se sentó en el taller al lado de Seth, que estaba ocupado en ajustar algunas piezas de madera torneada traídas del pueblo para hacer una caja de labores que quería regalar a Dinah antes de su marcha.

—Podrás verla el domingo todavía —dijo la anciana—. Y si fueras bueno para algo, conseguirías que viniese a verme otra vez antes de marcharse a Snowfield.

—Ten presente, madre, que Dinah vendrá en cuanto haya una razón para hacerlo y que no habrá necesidad de que me moleste en convencerla. Por otra parte, estoy seguro de que cree que volver para despedirse de ti sólo serviría para causarte una emoción penosa.

—No se marcharía si Adam la quisiera y se casara con ella. Pero nada me sale bien —exclamó Lisbeth en tono de queja.

Seth interrumpió su trabajo y, ruborizándose un poco, miró a su madre.

—¡Cómo! ¿Te ha dado a entender ella algo acerca de eso? —preguntó en voz baja.

—No me ha dicho una palabra. Pero los hombres parecéis tontos y siempre necesitáis que se os digan las cosas, porque no sabéis comprender lo que pasa.

—Pero ¿por qué opinas así, madre? ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—Poco importa cómo se me ha ocurrido. Sé que ella le quiere y eso basta. Y él tal vez quisiera casarse con ella si estuviese enterado, pero nunca se le ocurrirá tal cosa si no se lo dice alguien.

La opinión de Lisbeth acerca de los sentimientos de Dinah no era cosa nueva para Seth, pero las últimas palabras le alarmaron, pues

creyó que se disponía a abrir los ojos a su hermano. Él no estaba seguro de los sentimientos de Dinah, pero sí de los de Adam.

—No, madre —dijo por fin—. No debes decir una palabra de eso a Adam. Puesto que Dinah no te ha dicho nada, no tienes derecho a estar segura de sus sentimientos. No tengo la menor duda de que eso impresionaría mucho a mi hermano, que siente gratitud y afecto por Dinah, pero, en cambio, no creo que esté dispuesto a casarse con ella. Tampoco Dinah le querría por esposo, pues, a mi parecer, no tiene intención de casarse.

—Tú piensas así porque no te quiere a ti —exclamó Lisbeth impaciente—. Con quien no querrá casarse es contigo; lo menos que podrías hacer es alegrarte de que quisiera a tu hermano.

—Haces mal en pensar eso de mí, madre —contestó Seth resentido—. Tan contento estaría yo de tenerla por hermana como tú por hija. No me mueve el egoísmo, y me disgustará que vuelvas a hablarme de ese modo.

—Bueno, no te enfades si te digo cosas semejantes.

—Piensa, madre, que harías un flaco servicio a Dinah diciendo a Adam lo que imaginas, y las consecuencias podrían ser desagradables, porque si Adam no comparte esos sentimientos, se encontrará violento con ella. Y estoy seguro de que él no tiene esas intenciones.

—No me digas que estás seguro de eso, porque no sabes una palabra. ¿Para qué habrá ido con tanta frecuencia a casa de los Poyser, sino para ver a esa joven? Fíjate en que va allí más a menudo que antes. Quizá él mismo no se haya dado cuenta de su deseo de verla, pero la echará mucho de menos cuando se vaya. Y estoy segura de que no pensará en casarse si alguien no se lo dice. Si tú tuvieras algún cariño por tu madre se lo dirías y procurarías que Dinah no se marchara; para mí sería el único consuelo que puedo esperar en esta vida, antes de que me entierren junto a mi marido bajo el espino blanco.

—Haces mal en juzgarme así, madre. Pero yo obraría contra mi conciencia al asegurar, sin saberlo positivamente, cuáles son los sentimientos de Dinah. Además, creo que ofendería a Adam hablándole de matrimonio, y te aconsejo que no lo hagas tú. Puedes estar engañada con respecto a Dinah; a juzgar por lo que ella misma me dijo el domingo, estoy persuadido de que no quiere casarse.

—Siempre te gusta llevar la contraria. Si fuese algo que a mí no me agradase, no tardarías en hacerlo.

Dicho esto, Lisbeth se puso en pie y salió del taller, dejando a Seth muy preocupado de que su madre turbase los pensamientos de Adam hablándole de Dinah. Pero no tardó en consolarse, diciéndose que, a partir de lo ocurrido con Hetty, Lisbeth siempre se había manifestado muy reservada con Adam sobre los asuntos sentimentales; lo más probable era, pues, que no se atreviese a tratar de aquello y, aunque lo hiciese, Adam no le prestaría la menor atención.

Seth estaba en lo cierto al creer en la timidez de su madre, de modo que durante los tres días siguientes las ocasiones que se presentaron a la anciana para hablar con Adam fueron demasiado escasas y cortas para que se decidiese. En sus largas horas de soledad no hacía más que pensar en Dinah, y al fin, llegó a sentirse incapaz de contenerse por más tiempo. Pero el domingo por la mañana, cuando Seth se fue a la iglesia de Treddleston, se presentó la peligrosa oportunidad.

Aquél era para Lisbeth el rato más feliz de toda la semana; como en Hayslope no había servicio religioso hasta la tarde, Adam se quedaba en casa leyendo, ocupación que su madre no se atrevía a interrumpir. Además, solía estar ocupada en preparar una comida mejor que de costumbre para sus hijos, muchas veces para Adam y ella solos, porque Seth acostumbraba ausentarse durante todo el día; y el olor de la carne asada que se desprendía de la cocina, el tictac del reloj que parecía resonar de un modo distinto el día de fiesta, su querido Adam, sentado a corta distancia de ella y vestido con su mejor traje, sin ocuparse de nada importante, de modo que ella podía ir a acariciarle el cabello si quería, eran cosas que hacían feliz a Lisbeth durante la mañana del domingo.

El libro que Adam solía leer entonces era una gran Biblia con imágenes, y aquella mañana la puso frente él, en la blanca y redonda mesa de la cocina, pues a pesar del calor del fuego se había sentado allí sabiendo que a su madre le gustaba tenerlo cerca y que era el único día de la semana en que podía complacerla. Al lector le habría gustado mucho ver a Adam ocupado en leer la Biblia. Como nunca la abría en un día laborable, resultaba ser el libro del domingo, y para él constituía a la vez un tratado de historia, una

colección de biografías y un tomo de poesías. Tenía una mano metida entre los botones de su chaleco y la otra dispuesta a volver las hojas; y en el curso de la mañana el lector habría podido observar muchos cambios en la expresión de su rostro. A veces sus labios se movían como para pronunciar las palabras que leía, si encontraba una oración apropiada para sí mismo, como, por ejemplo, las palabras que al morir pronunció Samuel dirigidas al pueblo; luego sus cejas se levantaban y temblaban un poco las comisuras de los labios, animados por la compasión, cuando el viejo Isaac se encontraba con su hijo, cosa que le conmovía mucho; en otras ocasiones y mientras leía el Nuevo Testamento, aparecía una mirada solemne en su rostro y a veces meneaba la cabeza en silencioso asentimiento o levantaba la mano para dejarla caer de nuevo; y algunas mañanas, al leer los evangelios apócrifos, que le gustaban mucho, las palabras agudas del hijo de Sirach hacían asomar una sonrisa a sus labios y también le complacía observar ciertas diferencias en un escritor apócrifo, pues Adam, que era un buen feligrés, conocía muy bien los artículos de fe.

En los momentos que sus tareas la dejaban libre, Lisbeth se sentaba frente a su hijo y se quedaba observándole hasta que, por fin, no podía contenerse más e iba a hacerle una caricia para llamarle la atención. Aquella mañana Adam leía el Evangelio de San Mateo y Lisbeth estuvo unos momentos a su lado, acariciándole el cabello, más suave que de costumbre, y luego se quedó mirando la enorme página, maravillada por el misterio de las letras. Se sintió alentada a continuar las caricias, porque cuando se acercó, el joven se reclinó en el respaldo del sillón para mirarla con cariño y dijo:

—Esta mañana, madre, te veo muy animada y alegre. Gyp también quiere que le mire, pues se da cuenta de que te quiero más a ti.

Lisbeth permaneció en silencio; habría deseado decir tantas cosas. Luego el joven volvió la hoja y apareció un ángel sentado en una gran losa alejada del sepulcro. Este dibujo despertó una extraña asociación de ideas en Lisbeth, porque al ver a Dinah por primera vez se había acordado de ella. Y cuando Adam hubo dado vuelta a la hoja y levantado el libro para que ella pudiese contemplar bien el ángel, su madre exclamó:

—Es ella… ¡Es Dinah!

Adam sonrió y, mirando con mayor atención el rostro del ángel, exclamó:

—Se parece un poco, pero creo que Dinah es más bonita aún.

—Pues, si te parece tan bonita, ¿por qué no la quieres?

Adam la miró sorprendido y replicó:

—¿Acaso crees que no quiero a Dinah?

—No —replicó Lisbeth asustada de su propio valor, aunque comprendió que ahora que estaba roto el hielo debía continuar hablando—. ¡Vaya un cariño el que se siente por una persona a la que se deja marchar a cincuenta kilómetros de distancia! Si la quisieras bastante ella no se marcharía.

—Pero si ella quiere, yo no tengo el derecho de impedírselo —contestó Adam fijando la mirada en el libro, como si quisiera continuar la lectura, pues preveía ya una serie de quejas que no habían de conducir a nada.

Lisbeth volvió a sentarse frente a él, y dijo:

—Ella no se marcharía si tú pensases lo contrario.

—¿Lo contrario? ¿Qué quieres decir, madre? —preguntó Adam mirándola con cierta ansiedad.

—Pues, sencillamente, que no te fijas en nada y que no piensas más que en tu trabajo —dijo Lisbeth casi llorando—. No piensas en que no es posible seguir así toda tu vida, como si en vez de ser de carne y hueso fueses de madera. ¿Y qué harás cuando se haya muerto tu madre y nadie cuide de ti ni te prepare la comida?

—No comprendo adonde quieres ir a parar —dijo Adam algo molesto por los gemidos de su madre—. ¿Deseas algo de mí?

—Si tú quisieras, yo podría tener alguien que me acompañase y me consolase, y que me cuidara cuando estuviese enferma.

—¿Y quién tiene la culpa sino tú, madre, que no quieres tomar a una muchacha que te ayude? Si trabajas como lo haces es en contra de mi voluntad. Ahora ya podemos permitirnos eso y te lo he dicho bastantes veces. Si consintieras, todos estaríamos mejor.

—¿Y por qué quieres que meta en casa a una muchacha del pueblo o de Treddleston, a quien no haya visto en la vida? Antes preferiría meterme en el ataúd de una vez, sin esperar a que me encierren en él.

Adam guardó silencio y procuró continuar su lectura. Aquélla era la mayor severidad que podía demostrar a su madre en la

mañana del domingo. Pero Lisbeth había ya avanzado demasiado para contenerse, y después de un minuto escaso de silencio, añadió:

—De sobra sabes a quién quisiera tener conmigo. Pocas son las personas a quienes hago llamar cuando las necesito. Tú mismo la has ido a buscar bastantes veces.

—Ya veo que te refieres a Dinah, madre —dijo Adam—; pero es inútil que te empeñes en lo imposible. Si Dinah estuviese dispuesta a quedarse en Hayslope, no por eso abandonaría la casa de su tía, donde la consideran como a una hija, aparte de que está más obligada con ellos que con nosotros. Si se hubiese casado con Seth ello habría sido una gran bendición para todos nosotros, pero ya sabes que, en esta vida, no siempre las cosas vienen a medida de nuestro deseo. Por esta razón has de resignarte y conformarte a no tener a tu lado a esa joven.

—No puedo resignarme cuando es la mujer que te conviene, y nadie podrá convencerme de que Dios no la ha enviado a nuestro lado sino para que se case contigo. ¿Qué importa que sea metodista? Ya no se acordaría más de eso en cuanto os hubierais casado.

Adam se inclinó en el respaldo del sillón y miró a su madre. Ahora comprendía adonde quería llegar desde el principio de la conversación. Desde luego era un deseo poco razonable y además impracticable; pero de todos modos aquella idea le impresionó. Y enseguida comprendió que, ante todo, había de procurar que su madre no volviese a hablar del asunto.

—Madre —dijo con acento grave—, estás hablando sin saber lo que dices. No vuelvas a tratar de este asunto. Dinah no quiere casarse, porque su corazón la inclina a otro género de vida.

—Es natural que no quiera casarse —replicó Lisbeth con impaciencia—, cuando el hombre que le gusta no se resuelve a pedirle su mano. Ten la seguridad de que yo no me habría casado nunca con tu padre si él no me lo hubiese propuesto. En cuanto a Dinah, puedes estar seguro de que te quiere tanto como yo quise a mi pobre Thias.

La sangre tiñó las mejillas de Adam y, por unos momentos, no supo siquiera dónde estaba. Su madre y la cocina habían desaparecido para él y no pudo ver más que el rostro de Dinah vuelto hacia el suyo. Experimentó algo así como una resurrección

de su muerta alegría, pero despertó rápidamente de aquel sueño, aunque el despertar fue helado y triste; habría cometido una tontería al creer en las palabras de su madre, que no tenía ninguna razón para hablar como lo hacía. Así pues, quiso expresar enérgicamente su incredulidad, aunque quizás lo hizo para obligar a su madre a que le proporcionase alguna prueba, suponiendo que existiese.

—¿Por qué dices esas cosas, madre, cuando no tienes motivos en que apoyarte? Sabes que no hay nada que te dé derecho a hablar como lo haces.

—Entonces, tampoco lo tendré para decir que ha cambiado el tiempo cuando lo observo por la mañana al levantarme. Ella no quiere a Seth por marido, ¿no es así? No quiere casarse con él, pero, en cambio, he observado que no te mira a ti del mismo modo que a Seth. Reacciona igual cuando se le acercan Seth o Gyp, pero se pone a temblar cuando te sientas a su lado a la hora del desayuno y fijas los ojos en ella. Tú te crees que tu madre no sabe nada, pero piensa que yo viví antes de que tú nacieras.

—De todos modos, creo que el temblor no significa amor —exclamó Adam con ansiedad.

—Pues ¿qué significa? Supongo que no será un modo de expresar el odio. Además ¿por qué no ha de quererte? ¿Dónde encontrará un hombre mejor y más inteligente que tú? Por otra parte, no tiene ninguna importancia el hecho de que sea metodista.

Adam se había metido las manos en los bolsillos y tema los ojos fijos en el libro, aunque sin distinguir ninguna letra. Temblaba como un buscador de oro que, de pronto, descubre indicios de un buen yacimiento, pero que al mismo tiempo tiene la visión de los inconvenientes con que ha de tropezar. No podía decidirse a confiar en la perspicacia de su madre, pues quizás ella veía lo que deseaba ver. Y, sin embargo, ahora que se lo había hecho notar, recordó algunos detalles, muy débiles, que le parecían ser una confirmación de las palabras de la anciana.

Lisbeth observó la emoción de su hijo y continuó diciendo:

—Y en cuanto a ti, ya verás cómo te quedas cuando ella se haya marchado. La quieres más de lo que tú mismo sospechas, porque la sigues con la mirada del mismo modo que Gyp hace contigo.

Adam no pudo continuar sentado por más tiempo. Se levantó,

descolgó el sombrero y salió al campo. Este se hallaba alumbrado por el sol de la primera parte del otoño, que ya no calienta tanto como el del verano, pero que alumbra casi con el mismo resplandor. Además, era un sol de domingo, más apacible y agradable para el trabajador, que dejaba algunas perlas del rocío en las telarañas que se hallaban a la sombra de los setos.

Adam necesitaba la influencia tranquilizadora de la naturaleza. Se asombraba de la rapidez con que se había apoderado de él la idea de que Dinah pudiese amarle, y lo dominó de tal manera que todos sus demás sentimientos desaparecieron ante el deseo impetuoso de convencerse de que era cierto. Era extraño que hasta aquel momento nunca cruzara por su imaginación la idea de que pudieran ser novios, y, sin embargo, ahora comprendió que existía la posibilidad; ya no tenía más duda ni vacilación con respecto a sus deseos, que el pájaro que vuela hacia la abertura por la que se cuelan los rayos del sol.

Y fueron los rayos del sol, precisamente, los que en aquella luminosa mañana de otoño apaciguaron su espíritu, pero no le dieron ninguna resignación para el caso de estar equivocado, sino que, más bien, le proporcionaron un suave aliento en sus esperanzas. El amor de ella era muy parecido a aquel sol apacible, de tal manera que tanto el uno como el otro parecían la misma cosa a los ojos de Adam. Dinah estaba ligada a él a consecuencia de los tristes recuerdos de su primera pasión, recuerdos que ella no le inducía a echarlos al olvido, sino que con su amor les daba un nuevo carácter sagrado.

¿Y Seth? ¿Sería muy grande su dolor? Quizás no, porque últimamente parecía estar resignado y el buen muchacho era incapaz de sentir celos egoístas; nunca los tuvo del cariño que su madre testimoniaba a Adam. ¿Habría notado él también algo de lo que decía su madre? Adam deseaba saberlo, pues se fiaba más de las observaciones de Seth que de las de la anciana. Debía hablar con su hermano antes de ir a ver a Dinah, y después de tomar esta resolución, volvió a entrar en la casita y preguntó a su madre:

—¿Te ha dicho Seth algo sobre cuándo volvería? ¿Regresará a comer?

—Sí, hijo. Volverá, por casualidad, porque no ha ido a Treddleston.

—¿Sabes qué camino ha tomado? —preguntó Adam.

—No. Pero siempre se va al prado comunal. Mejor que yo conoces sus costumbres.

Adam deseaba ir al encuentro de Seth, pero tuvo que contentarse con pasear por los campos inmediatos, para descubrir su llegada lo antes posible. No tardaría más de una hora, porque Seth comparecería para comer, o sea a las doce. Adam no se sintió inclinado a entregarse de nuevo a la lectura de la Biblia, y así, se quedó mirando a lo lejos, junto al arroyo, pero en realidad no veía nada. Repetidas veces su visión fue interrumpida por la extrañeza y la fuerza de sus propios sentimientos, así como por la intensidad y la dulzura de aquel nuevo amor, igual que el artesano descubre, extrañado, la habilidad de que está dotado para el ejercicio de un arte que había abandonado por algún tiempo. ¿Cómo se explica que los poetas hayan dicho tantas cosas bellas acerca de nuestro primer amor y tan pocas respecto al último? ¿Acaso los primeros poemas son los mejores? ¿No es más lógico que los aventajen los que componen en la edad madura, cuando tienen una experiencia mayor y unos afectos más arraigados? La voz aflautada del joven tiene, sin duda, sus encantos; pero el hombre puede producir una música más rica y melodiosa.

Por fin apareció Seth a gran distancia y Adam se apresuró a ir a su encuentro. El primero se quedó sorprendido, comprendiendo que había ocurrido algo; pero en cuanto se aproximó Adam, su rostro le dio a entender que no era nada alarmante.

—¿Dónde has estado? —preguntó Adam.

—He ido al prado comunal —contestó Seth—. Dinah ha predicado ante un pequeño grupo de oyentes, en la casa de Brimstone, como le llaman. Son gente que apenas van a la iglesia, pero, en cambio, les gusta oír a Dinah. Ha glosado el versículo «No vengo a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se arrepientan». Y ha ocurrido una cosa muy curiosa. Casi todas las mujeres han llevado a sus hijos, pero hoy vi a un niño de tres o cuatro años, robusto y de cabello rizado, a quien no conocía. Al principio, y mientras nosotros cantábamos, hizo muchas travesuras; pero cuando nos sentamos y Dinah empezó a hablar, se quedó inmóvil como una estatua, mirando a Dinah con la boca abierta, y luego se alejó de su madre y fue a tirar de la falda de Dinah para

llamarle la atención. Ella lo tomó y lo sentó en su regazo, sin dejar de hablar. A partir de aquel momento estuvo quietecito y acabó por dormirse, de modo que la madre, al verlo, se echó a llorar conmovida.

—Es una lástima que ella no quiera ser madre, puesto que le gustan tanto los chiquillos —observó Adam—. ¿Crees que aún está resuelta a no casarse, Seth? ¿Te parece que no hay nada que pueda obligarla a cambiar de opinión?

Seth advirtió algo raro en el rostro de Adam, y así, antes de contestar le dirigió una larga mirada.

—No puedo afirmar nada sobre eso —replicó—. Si te refieres a mí, te diré que he renunciado a toda esperanza, porque ella no quiere ser mi mujer. Me trata como un hermano, y ya es bastante.

—Pero ¿crees que puede querer a otro para casarse con él? —preguntó Adam con cierta timidez.

—Algunas veces he pensado en eso —contestó Seth tras una ligera vacilación—, pero Dinah no permitiría nunca que el amor la separase del camino que, según cree, Dios mismo le ha ordenado recorrer. Si le pareciese que la orden no procedía de Él no se dejaría arrastrar por ningún interés humano. Además, siempre ha dicho claramente que su destino en este mundo era cuidar de los demás sin pensar nunca en ella misma.

—Pero suponte —añadió Adam con vehemencia—, suponte que existiera un hombre capaz de dejarle hacer lo que quisiera, sin inmiscuirse en su conducta. Ella podría seguir ocupándose de sus actuales tareas, como si aún continuase soltera. Otras mujeres de su secta se han casado también, aunque es preciso confesar que no hay ninguna que se le parezca, pero, de todos modos, algunas han seguido predicando y cuidando a los enfermos y menesterosos. Por ejemplo, la señora Fletcher, de quien ella habla a veces.

Seth comprendió entonces el alcance de las palabras de su hermano. Se volvió hacia él, le apoyó la mano en el hombro y preguntó:

—¿Acaso quieres casarte con ella, hermano?

Adam le miró con expresión vacilante y replicó:

—¿Te disgustaría mucho que me quisiera más a mí que a ti?

—De ningún modo —contestó Seth con cordialidad—. ¿Cómo puedes figurarte tal cosa? ¿Acaso sentí tan poco tu dolor, que no

pueda compartir tu alegría?

Hubo un corto silencio mientras seguían andando, y luego Seth dijo:

—Nunca sospeché que la quisieras por mujer.

—¿Crees inútil que piense en eso? ¿Qué te parece? —preguntó Adam—. Nuestra madre me ha hablado esta mañana y me ha hecho ver la verdad de mis sentimientos. Además, está segura de que Dinah me quiere y de que me aceptará con gusto. Sin embargo, temo que haya hablado sin motivo, y por eso quisiera que me dijeses si has notado algo.

—Es difícil hablar de eso, porque temo equivocarme. Además, no tengo derecho a interpretar los sentimientos de las personas, cuando ellas mismas no quieren manifestarlos. —Seth hizo una pausa y añadió—: Mejor sería que se lo preguntases. No se ofendió conmigo cuando le expresé mis sentimientos, y creo que tú tienes más derecho a hacerlo que yo mismo, aunque no pertenezcas a la Sociedad. Dinah, sin embargo, no aprueba las ideas exclusivistas de sus correligionarios y no se opone a que otras personas entren a formar parte de la Sociedad, siempre que sus sentimientos sean apropiados. Y sé que algunos de los hermanos de Treddleston están disgustados con ella por esta causa —concluyó.

—¿Dónde pasará el resto del día? —preguntó Adam.

—Dijo que hoy mismo se disponía a marcharse; éste es el último día que ha de pasar aquí, pero antes debe ir a leer la Biblia a los niños.

Adam no contestó, pero resolvió ir a verla aquella misma tarde y no acudir a la iglesia, porque allí no habría pensado más que en Dinah; por consiguiente, dejó que sus correligionarios cantasen sin él los acostumbrados himnos.

# LII

## Adam y Dinah

Serían las tres de la tarde cuando Adam entró en el patio de la granja y despertó a Alick y a los perros de su siesta dominguera. El pastor dijo que todo el mundo había ido a la iglesia a excepción de la joven señora, pues así llamaba a Dinah. Sus palabras no disgustaron a Adam, aunque «todo el mundo» comprendiese a Nancy, la muchacha encargada de la lechería, cuyas tareas eran a veces incompatibles con su asistencia a la iglesia.

En la casa reinaba el silencio; las puertas estaban cerradas y hasta las mismas piedras parecían experimentar la influencia de un día festivo. Adam oyó el suave goteo de la bomba, que era el único ruido perceptible, y luego llamó a la puerta con suavidad, según convenía dado el silencio reinante.

Se abrió la hoja de madera y apareció Dinah ante sus ojos, sonrojándose intensamente al ver a Adam a semejante hora del día, cuando, según le constaba, tenía la costumbre de hallarse en la iglesia. El día anterior él habría dicho sin ninguna dificultad «He venido a verle, Dinah, sabiendo que todos los demás están ausentes», pero hoy algo le impidió hablar así y, en silencio, le ofreció la mano. Ninguno de los dos habló, aunque habrían deseado hacerlo, mientras Adam entraba y se sentaban. Dinah ocupó la silla que acababa de abandonar y que estaba situada junto a la esquina de la mesa y cerca de la ventana. En la primera había un libro cerrado, porque la joven había estado sentada hasta entonces y contemplando el fuego del hogar. Adam tomó asiento frente a ella, en el sillón del señor Poyser.

—Espero que su madre no esté enferma otra vez —dijo Dinah

después de recobrar el ánimo—. Seth me dijo que hoy se encontraba bien.

—En efecto, hoy está muy animada —contestó Adam satisfecho al advertir la turbación de Dinah en su presencia, aunque a su vez se sintió algo tímido.

—Ahora no hay nadie más en casa —dijo Dinah—, pero puede esperar. Sin duda algo le ha impedido ir a la iglesia.

—Sí —contestó Adam. Hizo una pausa y luego añadió—: Pensaba en usted. Por eso no he ido a la iglesia.

El joven observó que hacía esta confesión de un modo repentino y al mismo tiempo tímido, porque creyó que Dinah comprendería muy bien lo que quería decirle, pero la franqueza de esas palabras hizo que ella las interpretase como la expresión de un cariño fraternal por su próxima marcha, y con tranquilidad contestó:

—No tenga cuidado ni se inquiete demasiado por mí, Adam, porque en Snowfield tengo todo cuanto me hace falta. Además, mi conciencia está tranquila, porque al marcharme no ando en busca de mi propia satisfacción.

—Pero ¿y si las cosas fueran distintas, Dinah? —observó Adam con cierta indecisión—. ¿Si supiera algo que ahora ignora?

Dinah le miró con atención, pero él, en vez de continuar, tomó una silla y se sentó más cerca de la joven. Esta se asustó un poco y luego se concentró en el pasado. ¿Habría algo perteneciente a aquellos días desgraciados que ella ignoraba?

Adam la miró y le pareció muy dulce contemplar sus ojos, que entonces lo observaban con expresión interrogante, y, por un momento, olvidó lo que quería decir o la necesidad de explicarse.

—Dinah —exclamó de pronto cogiéndole las dos manos—, la amo con todo mi corazón y con toda mi alma. Después de Dios, que me crió, la amo a usted sobre todas las cosas.

Los labios de Dinah palidecieron hasta ponerse blancos como sus mejillas, y la joven tembló bajo el impulso de una alegría dolorosa. Sus manos estaban frías como la muerte entre las de Adam, y no pudo retirarlas porque él las retenía con fuerza.

—No me diga que no le es posible amarme, Dinah, ni que debemos separamos y pasar la vida lejos uno de otro…

Temblaban las lágrimas en los ojos de Dinah y empezaron a caer antes de que pudiera contestar. Luego lo hizo con voz baja y

apacible.

—Sí, querido Adam. Hemos de someternos a otra voluntad, debemos separamos.

—No, si me quiere, Dinah. Si me ama no será preciso hacer tal cosa —exclamó Adam con apasionamiento—. Dígame…, dígame que me ama más que a un hermano.

Dinah confiaba demasiado en la divina voluntad para intentar siquiera alcanzar un fin valiéndose de algún subterfugio. Se reponía ya de la primera impresión y contempló a Adam con ojos sinceros al contestar:

—Sí, Adam, mi corazón se siente atraído hacia usted; y por mi propia voluntad, si no tuviese ningún motivo contrario, hallaría mi felicidad estando cerca de usted para dedicarle todos mis desvelos. Pero tiemblo al pensar que dejaría de regocijarme y de llorar con los demás, que no pensaría en la presencia divina y que no buscaría más amor que el suyo.

Adam no contestó enseguida. Ambos se miraron en doloroso silencio, porque la primera sensación del amor mutuo excluye todas las demás, pues quiere gozar del alma ella sola.

—Entonces, Dinah —dijo Adam por fin—, ¿cómo es posible que algo se oponga a que nos pertenezcamos uno a otro y vivamos juntos? ¿Quién puso este gran amor en nuestros corazones? ¿Existe algo más santo que esto? Piense en que podremos rogar a Dios que nos acompañe continuamente, para ayudamos uno a otro en todo lo que sea bueno. Yo nunca intentaría siquiera interponerme entre Dios y usted, ni le diría que no debía hacer esto o aquello. Estaría en libertad, como en la actualidad, de seguir los dictados de su conciencia.

—Sí, Adam —dijo Dinah—. Sé que el matrimonio es un estado de santidad para quienes son llamados a él y no tienen más propósitos que los de seguir la ley de Dios. Pero, desde mi infancia, he seguido otro camino; toda mi paz y toda mi alegría han procedido siempre de no vivir para mí, de no tener necesidades ni deseos propios para vivir sólo en Dios y para sus hijos, cuyas tristezas y alegrías me ha dado a conocer. Estos años pasados han sido una bendición para mí y comprendo que si prestara oídos a otra voz que me apartase de este camino volvería la espalda a la luz que siempre me ha alumbrado, y es posible que entonces las

tinieblas se apoderasen de mí. No podríamos bendecimos mutuamente, Adam, si quedasen dudas en mi alma, y si, cuando ya fuese demasiado tarde, yo sintiera añoranza por esta existencia que ahora llevo.

—Pero si en su mente hubiese aparecido un nuevo sentimiento, Dinah, y si su amor se inclinase a vivir más cerca de mí que de los demás, creo que eso sería una señal evidente de que le convenía cambiar de vida. ¿Acaso el amor no justifica estas cosas?

—Tengo la mente, Adam, llena de estas ideas, porque desde que me ha dado a conocer su amor, lo que antes me parecía claro resulta oscuro y confuso. Ya hace algún tiempo que sentí mi corazón atraído hacia usted, y eso cuando el suyo no me pertenecía aún; mis pensamientos estaban fijos en usted, de modo que mi alma había perdido su libertad y yo me dejaba esclavizar por un afecto terrenal que me infundía los mayores temores acerca de lo que pudiese ser de mí. En los demás afectos siempre me he contentado con una pequeña recompensa o con ninguna, pero, en cambio, ahora mi corazón empezaba a desear un amor igual por parte suya. Y no tenía ninguna duda de que debería luchar contra eso, como si fuese una poderosa tentación. Y, por otra parte, me parecía evidente la orden de alejarme.

—Pero ahora, querida Dinah, ahora que ya sabe que la amo, más que usted a mí… todo es diferente y todo ha cambiado. Ya no pensará en alejarse, sino que se quedará para ser mi querida esposa, y yo daré gracias a Dios por haberme concedido esta nueva vida y sentiré una gratitud mucho mayor que en cualquier otra ocasión de mi existencia.

—Es muy duro para mí no poder atender sus suplicas y usted mismo comprenderá cuán desagradable es tener que obrar así, pero el caso es que me agobia un gran temor. Me parece como si usted me tendiera sus brazos y me llamara para vivir y ser feliz, al mismo tiempo que Jesús me mira y me señala a los pecadores y afligidos. Muchas veces, durante mi vida, he tenido esta visión en los momentos de soledad, y me ha asustado la idea de volverme dura y egoísta y de negarme a llevar con gusto la cruz del Redentor.

Dinah cerró los ojos y tuvo un ligero temblor.

—Adam —continuó diciendo—, usted no desea que busquemos nuestro bien por medio de una infidelidad contra la luz que

alumbra nuestras almas. Estoy segura de que no lo consideraría un bien. No tengo duda de que usted y yo estamos de acuerdo acerca de esto.

—En efecto, Dinah —dijo Adam con tristeza—. Nunca le obligaré a obrar contra su conciencia. Pero no puedo abandonar la esperanza de que llegue a pensar de otra manera. No creo que su amor por mí pudiera endurecerle el corazón; mi amor sólo sería una adición a lo que ya ha sido y no se privaría de ninguno de sus sentimientos, porque creo que ocurre lo mismo con el amor y la felicidad que con la tristeza, o sea que cuanto más sabemos de ellos, más comprendemos la vida de los demás y así podemos mostrarnos más compasivos y deseosos de ayudarles.

Dinah estaba silenciosa y tenía los ojos fijos, contemplando algo que sólo era visible para ella. Adam continuó defendiendo su causa, y añadió:

—Usted podría hacer casi lo mismo que ahora. Yo no le obligaría a acompañarme a la iglesia los domingos, sino que podría ir a donde quisiera, para enseñar a la gente; y aun cuando yo prefiero ir a la iglesia, nunca quisiera imponerle cosa alguna, como si pensara que mis palabras fuesen mejores para usted que el seguir su propia conciencia. Y, de igual modo, podría cuidar de los enfermos; incluso dispondría de más medios para proporcionarles alguna comodidad. En una palabra, que continuaría con sus amigos que la quieren, para ayudarles y ser una bendición para ellos.

Dinah guardó silencio durante un rato. Adam continuaba estrechándole las manos y la miraba con temblorosa ansiedad; ella volvió sus ojos graves y afectuosos y con voz triste le dijo:

—Hay mucha verdad en lo que dice, Adam, y existen numerosas servidoras de Dios que tienen mayor vigor que yo y que, gracias al cuidado del marido y de los hijos, observan que aumenta la capacidad de su corazón para amar al prójimo. Pero yo no creo que me ocurriese eso, porque desde que mi afecto se encaminó, de un modo desmedido, hacia usted, he gozado de menos paz y alegría en Dios, y hasta he sentido en mi corazón algo así como una división. Y ahora fíjese en mi situación, Adam; la vida que he llevado es como mi infancia; y si por un momento siento el deseo de seguir la voz que me llama a otra tierra desconocida, no tengo más remedio que temer que mi alma echara un día de menos la bendición que

había olvidado. Y donde entra la duda, el amor no es perfecto. Esperaré a recibir más claras instrucciones y por ahora debo apartarme de usted y ambos hemos de sometemos por entero a la voluntad divina. Algunas veces nos vemos en la precisión de dejar al pie del altar nuestros afectos naturales y legítimos.

Adam no se atrevió a seguir insistiendo, porque Dinah no era mujer que mintiese ni se dejase dominar por sus caprichos. De todos modos, aquello era muy duro para él y se quedó mirando a la joven con expresión muy triste.

—Pero quizás quedará convencida y sentirá la inclinación de acercarse a mí para no separaros nunca más. ¿No le parece, Dinah?

—Hemos de someternos, Adam. Dentro de algún tiempo comprenderemos claramente cuál es nuestro deber, y puede ocurrir que cuando yo haya vuelto a mi antigua vida estos pensamientos y deseos se desvanezcan y se conviertan en cosas inexistentes. Entonces comprenderé que no debo pensar en el matrimonio. Mientras tanto debemos esperar.

—Dinah —exclamó Adam con tristeza—, seguro que no me ama como yo a usted, porque de lo contrario no sentiría esas dudas. Pero es natural que no sea así, porque yo no soy tan bueno como usted. En cuanto a mí, no dudo siquiera en que hago muy bien en amar a la mujer más excelente que Dios ha puesto ante mis ojos.

—No, Adam. Estoy segura de que mi amor por usted no es débil, porque mi corazón sólo desea oírle y verle, casi del mismo modo como un niño desea la protección y la ternura de las personas fuertes de quienes depende. Si sólo le quisiera de un modo superficial, no temería que llegase a apoderarse del culto de mi templo interior. Pero usted me dará fuerzas y no me impedirá nunca la obediencia a los mandatos de Dios.

—Salgamos al sol, Dinah, y vayamos a dar un paseo. Yo no diré una sola palabra que pueda molestarla.

Salieron y se encaminaron a los campos, donde podrían encontrarse con la familia a su regreso de la iglesia. Adam invitó a su compañera a que se apoyara en su brazo y ella obedeció. Este fue el único cambio que se habría podido observar en ellos desde la última vez que salieron a pasear juntos. Y ni la tristeza que sentía ante la próxima marcha de la joven, ni la misma incertidumbre de lo que resultaría de aquello, fue capaz de quitar a Adam la dulce

convicción de que Dinah le amaba. Se prometió quedarse hasta la noche en Hall Farm, para estar junto a ella lo más posible.

—¡Caramba! Por ahí vienen Adam y Dinah —exclamó el señor Poyser mientras abría el portón más lejano del cercado—. Ya me extrañó no ver al muchacho en la iglesia. Escucha —añadió el buen Martin después de una ligera pausa—, a ver si adivinas lo que acaba de ocurrírseme.

—No será nada extraordinario, pues salta a la vista que Adam quiere a Dinah.

—¿Y no lo habías notado antes?

—¡Claro que sí! —replicó la señora Poyser que, en general, procuraba dárselas de muy ladina—. No soy de esas que cuando ven el gato en la lechería se extrañan de lo que ocurre luego.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Ya sabes que no soy charlatana y que cuando no hay necesidad de hablar, me callo.

—Pero Dinah no le aceptará, ¿no te parece?

—Creo —contestó la señora Poyser sin tomar las necesarias precauciones contra una posible sorpresa— que esa muchacha no se casará con nadie y que si acaso lo hace será con un metodista y que, además, será cojo o estará inválido.

—Sin embargo, sería muy agradable que se casaran esos dos muchachos —dijo Martin volviendo la cabeza a un lado, como si le complaciera esta idea—. Y a ti, ¿no te gustaría?

—¡Ya lo creo! Entonces ella ya no se marcharía a Snowfield ni estaría a cincuenta kilómetros de distancia y yo no me vería obligada a valerme de los vecinos, que no tienen ningún parentesco conmigo, aparte de que me avergonzaría de que mi lechería tuviese el mismo aspecto que la de algunas mujeres que conozco. Por eso hay manteca de colores raros en el mercado. También me gustaría ver a esa pobre muchacha establecida como debe estar una mujer cristiana, en su propia casa y con una familia. Y yo le daría gran cantidad de lienzo y de plumas, porque, después de mis hijos, es la persona que más quiero en el mundo. Además, cuando está en casa, me siento muy tranquila.

—¡Dinah! —gritó Tommy echando a correr a su encuentro—. Mi madre acaba de decir que no querrás casarte más que con un metodista cojo. Si es así, eres muy tonta —añadió cogiendo a Dinah

con ambas manos y empezando a bailar a su lado tontamente.

—Le hemos echado de menos en la iglesia, Adam —dijo el señor Poyser—. ¿Cómo ha sido eso?

—Quería ver a Dinah, porque ya sabe que se marcha muy pronto —contestó el joven.

—¡Ah, querido amigo! ¿No será capaz de persuadirla de que se quede? Búsquele un buen marido en la parroquia. Si hace eso le perdonaremos que no vaya a la iglesia. De todos modos, no se marchará antes de la cena de la cosecha, que daremos el miércoles; usted está invitado. Asistirán Barde Massey y también Craig. No lo olvide y venga a las siete, porque mi mujer no quiere que se retrase nadie.

—Sí —contestó Adam—. Si puedo, vendré, aunque casi nunca estoy seguro de lo que podré hacer unos días más tarde, porque a veces me retiene el trabajo más de lo que espero. ¿Se quedará hasta el fin de semana, Dinah?

—Sí, sí —dijo el señor Poyser—. No la dejaremos marchar antes.

—No tiene ninguna prisa —observó la señora Poyser—, porque por allí apenas hay que comer.

Dinah sonrió, pero no hizo ninguna promesa de quedarse. Durante el resto del paseo siguieron hablando de otras cosas, entreteniéndose, a la luz del sol, para contemplar la bandada de ánades que picoteaban por entre las gavillas; también comentaron, con exclamaciones de asombro, la gran abundancia de frutos del viejo peral; Nancy y Molly se habían apresurado a volver a casa, una al lado de la otra, llevando cuidadosamente envueltos en sus pañuelos los libros de oraciones, en cuyas páginas apenas podían leer mucho más que las letras de gran tamaño y los «amén».

# LIII

## La cena de la cosecha

Cuando Adam se dirigía a su casa el miércoles por la tarde a eso de las seis, vio a alguna distancia la última carga de cebada que transportaban a la puerta del patio de Hall Farm y oyó los cánticos de la fiesta de la cosecha, elevándose y descendiendo como una ola. Cada vez más débiles y más musicales a causa de la distancia, llegaron hasta él las notas de las canciones, que murieron casi cuando se hallaba ya en el arroyo del Sauce. El sol poniente, que alumbraba las cimas de las montañas de Binton, convirtiendo las cabras en blancas manchas de luz, resplandecía también sobre las ventanas de la casita, haciéndolas brillar entre los tonos ambarinos o de amatista del paisaje. Aquello era más que suficiente para dar a Adam la impresión de que estaba en un gran templo y de que el lejano canto era casi sagrado.

«Es maravilloso —pensó— ver cómo estos sonidos penetran en el corazón de uno, como si fuesen una campana funeral, a pesar de que expresan uno de los tiempos más alegres del año y la época en que los hombres están más llenos de gratitud. Tal vez sea porque siempre resulta triste pensar en algo que ya ha pasado, y esto, en realidad, es una despedida de todas nuestras alegrías. Se parece a lo que siento por Dinah. Jamás me habría imaginado que su amor pudiese ser la mayor de las bendiciones de mi vida si lo que yo supuse una bendición no me hubiera sido arrancado violentamente, dejándome más necesitado que nunca y con mayor deseo de un consuelo más grande y mejor».

Esperaba volver a ver aquella noche a Dinah y obtener el permiso de acompañarla hasta Oakbourne; entonces le rogaría que

fijase un plazo para que él pudiera ir a Snowfield para saber si también tenía que renunciar a su última esperanza.

El trabajo en casa, y después ponerse el traje nuevo, le ocupó hasta las siete, hora en que emprendió el camino hacia Hall Farm, dudando de si, a pesar de sus rápidos pasos, llegaría a tiempo para tomar la carne asada que se serviría después del pudín, pues la señora Poyser habría servido la cena con su característica puntualidad.

Cuando Adam penetró en la vivienda, percibió un gran ruido de cuchillos, de platos de peltre y de cubiletes de estaño, pero ninguna voz se oía por encima de este acompañamiento, porque como todos estaban ocupados en comer la carne asada, la seriedad de tal asunto impedía a los buenos labradores ocuparse de otra cosa, aun en el improbable caso de tener necesidad de comunicarse algo; y en cuanto al señor Poyser, que estaba a la cabecera de la mesa, tenía bastante quehacer cortando la carne para atender siquiera a la conversación de Barde Massey o del señor Craig.

—Aquí, Adam —dijo la señora Poyser, que estaba en pie vigilando a Molly y a Nancy en su papel de camareras—. Aquí tiene su sitio, entre el señor Massey y los niños. Ha sido una lástima que no llegase a tiempo, para ver el pudín entero.

Adam miró en torno de la mesa, buscando una cara femenina, pero Dinah no estaba allí. No se atrevió a preguntar por ella, y, además, su atención fue solicitada por los saludos, de modo que tuvo que contentarse con la esperanza de que Dinah estuviese en la casa, aunque poco inclinada a participar de la fiesta en la víspera de su marcha.

Aquella mesa ofrecía un espectáculo magnífico. A su cabecera estaba Martin Poyser, corpulento y con el rostro risueño, sirviendo la aromática carne a los criados y mostrándose muy complacido cuando volvían a presentarle los platos vacíos. Aunque comúnmente Martin tenía muy buen apetito, se olvidó aquella noche de comer la carne que tenía en el plato, porque resultaba en extremo agradable levantar los ojos de vez en cuando e interrumpir su tarea de servir para ver a los demás disfrutando de la cena; en efecto, casi todos ellos, a excepción del día de Navidad y de los domingos, tomaban la comida fría y hecha de cualquier manera, sentados junto a unos setos, bebiendo la cerveza de la propia botella y de un modo más

propio de los patos que de los bípedos humanos. Martin Poyser se figuraba débilmente el aroma que tales hombres debían de hallar en la carne asada y caliente y en la cerveza recién sacada del tonel. Por eso volvía la cabeza a un lado y guardaba silencio, dando un codazo a Barde Massey para que observara a Tom Tholer, el tonto del pueblo, mientras le servían la segunda ración de carne. El rostro del pobre hombre expresó la mayor delicia cuando le entregaron la segunda ración y sostenía el tenedor y el cuchillo en alto, como si fuesen sagrados cirios; pero su alegría era demasiado intensa para seguir expresándola. Y así, un momento después, emprendía el ataque de la carne con un ansia de lobo. El enorme cuerpo de Martin Poyser se estremecía de la risa, y se volvió hacia su mujer para ver si ésta había observado la pantomima de Tom; y por un momento, los dos esposos estuvieron mirándose muy satisfechos.

Tom Tholer era el favorito de todos en la granja y representaba en ella el papel de bufón, pues sus agudezas, no muy notables por cierto, servían, sin embargo, para divertir a aquella buena gente.

A excepción de Tom, Martin Poyser se enorgullecía de sus criados y de sus labradores, diciéndose que eran los mejores de todo el condado. Por ejemplo, allí estaba Kester Bale, el viejo del gorro de cuero y de la cara arrugada. En todo Loamshire no había otro que entendiese mejor que él los trabajos de una granja. Es cierto que el pobre andaba encorvado, pero era muy hábil y una excelente persona.

En el otro extremo de la mesa y frente a su amo estaba Alick, el jefe de los pastores, hombre de rostro enrojecido y de anchas espaldas, que no estaba en muy buenas relaciones con el viejo Kester. En realidad la conversación entre ambos hombres se limitaba a algún gruñido de vez en cuando, y era muy probable que no tuviesen distintas opiniones con respecto a los trabajos pastoriles o agrícolas. Además, Alick era hombre rudo, y tenía una expresión propia de *bull-dog*, pero, al mismo tiempo, era la personificación de la honradez, pues cuidaba los bienes de su amo como si fuesen propios. Timothy, el carretero, que era un hombre de muy buen carácter y que adoraba a los caballos, estaba algo resentido con Alick y pocas veces se hablaban o se miraban, ni aun cuando se veían ante una buena comida; pero como, por otra parte, solían demostrar los mismos sentimientos hacia los demás, es de creer que

no por eso dejaban de ser amigos. Ya se advierte que el carácter bucólico en Hayslope no se parecía en nada al que han descrito algunos poetas. Tampoco era fácil descubrir una sonrisa en el rostro de los labradores, y no todos eran tan honrados como Alick. En aquella misma mesa, y entre los servidores del señor Poyser, estaba el enorme Ben Tholoway, fornido trillador a quien sorprendieron más de una vez en el acto de salir de la granja con los bolsillos llenos de grano; sin embargo su amo le había perdonado y continuaba dándole ocupación, porque los Tholoway habían trabajado siempre a las órdenes de los Poyser. Y el último representante de aquella familia comía entonces con la misma serenidad que si jamás hubiese cometido la menor indelicadeza, y como si las miradas de enojo que le dirigía Alick fuesen la mayor injusticia de este mundo.

Se terminó, por fin, la carne asada y poco después se retiró el mantel, dejando sitio para los jarros de cerveza coronados de espuma, así como para las grandes palmatorias de latón que contribuían a la brillantez de la escena. Iba a empezar la gran ceremonia de la noche, o sea la canción de la cosecha, en la que todos habían de tomar parte. Poco importaba que se cantara fuera de tono, porque lo principal era no quedarse con los labios cerrados.

En cuanto al origen de esta canción, ignoro si había llegado a su estado actual tal como salió del cerebro de un solo rapsoda o si fue perfeccionada por una sucesión de ellos. En aquel canto había, sin embargo, una unidad que me inclina a aceptar la primera hipótesis, aunque no ignoro que ésta podría deberse también a la homogeneidad mental de los antiguos labradores, tan distinta de nuestra mentalidad moderna. Algunos creerán quizá que en la primera cuarteta falta un verso, que los rapsodas posteriores sustituyeron por la repetición del primero, y otros, sin embargo, tal vez opinarán que esta repetición es felicísima y acaba de dar carácter a la composición. Al canto acompañaba una libación general. Durante la primera y la segunda cuarteta, que todos entonaron con voz fuerte, no se llenó ningún jarro.

*A la salud de nuestro amo*
*fundador de la fiesta;*
*a la salud de nuestro amo*

*y de nuestra ama.*
*Que alcance prosperidad*
*en todo lo que emprenda,*
*porque todos somos sus servidores*
*y estamos a sus órdenes.*

Pero inmediatamente antes de la tercera cuarteta, el coro empezó a golpear la mesa, produciendo un efecto de címbalos o tambores. Se llenó el jarro de Alick y éste lo vació antes de que cesara el coro.

*Bebed, muchachos, bebed,*
*y procurad no derramar el líquido;*
*pues si lo hacéis tendréis que beber dos veces,*
*porque así lo quiere nuestro amo.*

En cuanto Alick hubo dado pruebas de que tenía el pulso muy firme, llegó la vez al viejo Kester, que estaba a su derecha, y así sucesivamente hasta que cada uno de los invitados se hubo bebido el jarro de cerveza bajo el estímulo del coro.

Tom Saft, maliciosamente, derramó un poco de cerveza como por casualidad, pero la señora Poyser —con demasiado oficiosidad, según pensó él— intervino para evitar la aplicación del castigo.

Cualquiera que hubiese oído los gritos que invitaban a beber continuamente, se habría imaginado una escena distinta de la que ocurría en realidad, porque los comensales no estaban embriagados ni mucho menos, ya que en aquel momento observaban un antiguo rito, llevando a cabo una ceremonia respetable y solemne. Barde Massey, cuyo oído era muy sensible, había salido para ver qué tiempo hacía y no terminó su observación hasta que se apagaron los gritos de los invitados. Los muchachos y Totty se quedaron muy tristes después de eso, porque les había entusiasmado el ruido, y hasta la misma Totty, sentada en la rodilla de su padre, contribuyó al escándalo con su diminuto puño cerrado.

En cuanto Barde volvió a entrar en la sala, se manifestó el deseo general de que alguien cantase solo. Nancy declaró que Timothy el carretero conocía una canción muy bonita, y el señor Poyser le invitó a que la cantase. Él se excusó, algo avergonzado, pero fueron

tantos los gritos generales y los codazos de Ben Tholoway, que el carretero, enojado, llegó a perder la paciencia y se negó a cantar.

En vista de ello invitaron a hacerlo a un muchacho joven llamado David, quien se sonrojó, se rió y se limpió la boca con la manga, como si se dispusiera a obedecer. Pero fue en vano, porque el lirismo de la noche estaba entonces en la bodega y no quería salir todavía.

Mientras tanto, la conversación que se sostenía en la cabecera de la mesa tomó un carácter político. El señor Craig se refería con frecuencia a este asunto, porque se jactaba de saber muchas cosas ignoradas.

—No leo los periódicos —dijo aquella noche—, aunque podría hacerlo si quisiera, ya que la señorita Lydia recibe muchos y enseguida los tira. Sin embargo, Mills se los lee de cabo a rabo, pero no por eso llega a enterarse de lo que dicen. Yo a veces le digo: «Estoy seguro, Mills, de que a pesar de todo lo que lee, no se entera de nada. Y voy a decirle lo que pasa. Usted se figura que el país marcha muy bien, pero mi opinión es que nos gobiernan personas bastante peores que nuestros enemigos. Preferiría que estuviese aquí Bonaparte, con todos los que le acompañan, porque, por lo menos, a esos franceses se les puede derribar con la misma facilidad que si fuesen ranas».

—Tengo entendido —observó el señor Poyser, que escuchaba con el mayor interés— que esa gente no prueba la carne en toda su vida.

—Y yo le digo a Mills —continuó el señor Craig—: «¿Se figura acaso que esos extranjeros nos harían la mitad del daño que hacen los ministros con su mal gobierno? Si el rey Jorge los despidiera a todos y gobernase en persona, las cosas marcharían bastante mejor. Yo, por mi parte, no comprendo por qué se necesita algo más que el rey y el Parlamento. Los ministros son los culpables de todo».

—Tiene mucha razón —replicó el señor Poyser, que escuchaba con atención mientras sostenía a Totty sobre una de sus rodillas—. Y en cuanto a esa paz —añadió el señor Poyser haciendo un gesto de duda y despidiendo una bocanada de humo entre una y otra frase—, no sé qué pensar de ella. La guerra es una cosa muy conveniente para el país, porque, de lo contrario, ¿cómo se podrían mantener los precios altos? Por otra parte, los franceses son mala

gente y lo mejor que se puede hacer es combatirlos sin tregua.

—Tiene razón en parte, Poyser —replicó el señor Craig—, aunque yo no soy contrario a la paz. Podremos interrumpirla cuando nos convenga y, en cuanto a mí, no temo a Bonaparte, a pesar de lo inteligente que dicen que es. Esto es precisamente lo que decía hoy a Mills. El pobre no ve más que por los ojos de Bonaparte, aunque yo le dije más en tres minutos que todo lo que puede leer en los periódicos en un año. Y por eso le hice observar: «¿Soy un jardinero que entiende o no su oficio, Mills? Contésteme a eso». «No hay duda de que lo conoce, Craig», contestó. El pobre Mills no es ninguna mala persona, pero sí un poco tonto. «Bueno», le dije, «siempre me habla de la inteligencia de ese Bonaparte, pero ¿me serviría a mí de mucho ser un excelente jardinero si tuviese que trabajar en un cenegal?». «No», me contestó. «Pues bien, eso es lo que le pasa a Bonaparte. No niego que será todo lo inteligente que quiera, porque, según tengo entendido, no es francés de nacimiento. Pero ¿de qué le sirve toda esa gente que le acompaña? ¿Qué puede hacer con ellos?».

El señor Craig hizo una pausa, dirigiendo a su interlocutor una mirada enfática después de aquel argumento socrático y, dando un fuerte puñetazo en la mesa, añadió:

—Lo cierto es, y muchos podrían atestiguarlo, que si en un regimiento francés faltase un hombre y para sustituirlo vistieran de uniforme a un gran mono, no sería posible distinguir a éste de los demás soldados.

—¡Caramba! —exclamó el señor Poyser impresionado por el alcance político de este hecho y por lo interesante de la anécdota zoológica.

—¡Vamos, Craig! —exclamó Adam—. Eso es demasiado fuerte. Usted no cree lo que dice, y es una tontería querer dar a entender que los franceses valen tan poco. El señor Irwine los ha visto en su propia tierra y dice que entre ellos hay hombres estupendos, y en cuanto a inteligencia y habilidad, no hay duda de que saben hacer cosas muy buenas. Es una tontería rebajar de este modo al enemigo, pues si fuesen tan insignificantes como asegura, ningún mérito tendrían Nelson y todos los demás por haberlos derrotado.

El señor Poyser se quedó indeciso ante aquella contradicción pues, por otra parte, no podía negar el testimonio del señor Irwine.

Sin embargo, Craig era hombre listo y su opinión muy notable. No encontrando respuesta apropiada a las palabras de Adam, se limitó a beber un gran trago de cerveza y luego se quedó mirando su propia pierna, mientras que Barde Massey abandonó el hogar, junto al cual había estado fumando una pipa, e interrumpió el silencio diciendo:

—¿Por qué no fuiste a la iglesia el domingo, Adam? Contéstame a eso, tunante. La antífona salió bastante mal por tu ausencia. ¿Te propones acaso deshonrar a tu maestro en su ancianidad?

—No, señor Massey —contestó Adam—. El señor y la señora Poyser podrán decirle dónde estuve, pues no me hallaba en ninguna mala compañía.

—Se ha marchado, Adam, ya se ha marchado a Snowfield —dijo entonces el señor Poyser, recordando a Dinah por primera vez—. Creí que podría persuadirla de que se quedase, pero fue imposible impedir que se marchara ayer tarde. Mi mujer se quedó tan desalentada que hasta llegué a creer que no tendría ánimos para la fiesta de hoy.

La señora Poyser había recordado muchas veces a Dinah desde el momento en que llegó Adam, pero no tuvo ánimos para darle tan mala noticia.

—¡Cómo! —exclamó Barde enfadado—. ¿De modo que hay una mujer de por medio? En tal caso te abandono, Adam.

—Recuerde que habló muy bien de esa mujer, Barde —observó el señor Poyser—. No, no debe retractarse. Una vez dijo que las mujeres no serían tan desagradables si se pareciesen a Dinah.

—Sólo me refería a su voz, amigo mío. A su voz y nada más —contestó Barde—, porque cuando la oigo hablar, no tengo tentaciones de taparme los oídos con algodón en rama. En cuanto a lo demás, creo que será como las otras mujeres, que se figuran poder lograr que dos y dos son cinco si se empeñan en que así sea.

La señora Poyser no pudo contenerse e intervino:

—Cualquiera que le escuchase pensaría que los hombres son lo bastante listos para contar los granos de trigo que tiene un saco, con sólo acercarse a olerlo. Pero los pobres apenas son capaces de ver tres en un burro.

Martin Poyser se reía muy satisfecho y guiñó el ojo a Adam, como para darle a entender que al viejo maestro de escuela

acababan de sentarle bien las costuras.

—Sí —replicó Barde con ironía—. Las mujeres son muy listas. Saben cómo termina una historia antes de que se la cuenten y hasta adivinan los pensamientos de un hombre mucho antes de que él mismo los conozca.

—Es muy natural —contestó la señora Poyser—, porque los hombres son tan torpes que sus propios pensamientos corren más que ellos, y tienen que agarrarlos por el rabo. Yo misma soy capaz de terminar una media mientras un hombre se dispone a hablar, y cuando, por fin, lo hace, acaba por soltar una tontería. Pero no niego que las mujeres sean tontas, porque Dios todopoderoso las crió para ser las parejas de los hombres.

—¡Vaya unas parejas! —replicó Barde—. En cuanto un hombre dice una palabra, su mujer se apresura a contradecirle. Si a él le gusta la carne caliente, ella le servirá tocino frío, y en cuanto él está alegre, ella empieza a gemir. Los hombres y las mujeres emparejan tan bien como las moscas borriqueras con los pobres asnos. Y las mujeres, como las moscas, tienen un aguijón venenoso que clavan a los pobres hombres.

—Sí —contestó la dueña de la casa—, a los hombres les gustan las mujeres tontas y bobaliconas, que todo lo toman con calma y que, incluso, dan las gracias cuando reciben una coz. Esto es lo que les gusta a los hombres. Quieren tener una tonta a su lado que admita sin cesar su sabiduría. Pero algunos se admiran a sí mismos, y es por eso que hay tantos solterones.

—Escuche, Craig —dijo el señor Poyser en broma—, cásese cuanto antes, para que no le llamen solterón. Ya ve lo que piensan las mujeres de usted.

—¡Bah! —contestó el señor Craig deseoso de reconciliarse con la señora Poyser—. A mí me gustan mucho las mujeres inteligentes y que saben gobernar bien su casa.

—Hace mal en hablar así, Craig —observó Barde—. Usted mismo juzga sus plantas por su utilidad. No estima las matas de guisantes por sus raíces ni las zanahorias por sus flores. Sin embargo, así hay que elegir a las mujeres, porque su inteligencia está siempre oculta y luego apenas sirven para nada. Sin embargo, huelen bien y tienen un bonito aspecto.

La señora Poyser se disponía a contestar airada a esta

observación, pero en aquel momento la atención general se fijó en un extremo de la mesa, donde algunos de los comensales empezaron a cantar a coro, y tan ensordecedor llegó a ser el ruido, que Barde Massey dejó la pipa sobre la mesa y se tapó los oídos con los dedos, mientras que Adam, que hacía bastante rato que deseaba marcharse, desde que se enteró de la ausencia de Dinah, se levantaba y se disponía a despedirse.

—Saldré contigo, muchacho —dijo Barde—. Me marcharé para no quedarme sordo.

—Pues yo le acompañaré hasta su casa —contestó Adam.

—Eso es, y de paso podremos charlar un rato, porque ahora apenas te dejas ver.

—No os marchéis —exclamó Martin Poyser—. Pronto se irán todos, porque mi mujer siempre da por terminada la fiesta a las diez.

Pero como Adam se mostró resuelto, dieron las buenas noches y los dos salieron juntos.

—Esa tonta de Vixen debe de estar gimiendo en casa en espera de mi regreso —dijo Bartle—. Nunca la traigo a esta casa, para que la señora Poyser no le dé mal de ojo y la pobre se quede coja para toda la vida.

—Pues yo no tengo nunca necesidad de ordenar a Gyp que se vuelva —observó Adam riéndose—. Ya lo hace por sí solo sin que se lo mande en cuanto nota que vengo aquí.

—Esa mujer es terrible —dijo Bartle—. Parece que esté hecha de agujas. En cambio, Martin es muy simpático. Sin embargo, le gustan mucho las agujas y el pobre se ha convertido en un acerico.

—A pesar de todo es una mujer leal y buena —dijo Adam—. Se indigna cuando ve entrar algún perro en su casa, pero si dependiesen de ella no los dejaría sin comer. Y si tiene una lengua que corta, posee, en cambio, muy buen corazón. La he visto en momentos difíciles y sé que es una de esas mujeres que valen mucho más que sus palabras.

—No te diré yo que esa manzana no esté sana en su interior, pero me da dentera —contestó Bartle Massey.

# LIV

## El encuentro en la colina

Adam comprendió perfectamente el apresuramiento de Dinah y más bien le dio esperanza que desaliento. Sin duda ella temía que la inclinación que sentía hacia el joven le impidiese obedecer la voz interior que le ordenaba alejarse.

«Me gustaría haberle rogado que me escribiese —pensó—, aunque eso tal vez le habría causado cierta inquietud. La pobre necesita gozar de un poco de tranquilidad y yo no tengo derecho a estar impaciente o a molestarla con mis deseos. Ya me ha comunicado cuáles son sus sentimientos y no es mujer que sepa fingir. Por consiguiente, esperaré con paciencia».

Esta fue la juiciosa resolución de Adam y le fue bien durante las dos o tres semanas en las que pudo alimentar sus recuerdos con la confesión de Dinah de aquel domingo por la tarde. Son extremadamente alentadoras las primeras palabras de amor. Pero hacia mediados de octubre su resolución empezó a flaquear un poco y ofreció algunos síntomas de cansancio. Las semanas eran muy largas; la joven había tenido ya más tiempo del necesario para acabar de decidirse. Por mucho que diga una mujer, después de haber confesado a un hombre que corresponde a su pasión, él se queda tan satisfecho de aquel primer sorbo de felicidad ofrecido por ella que ya no piensa más que en saborear el segundo. Al alejarse de ella pisa la tierra con ágiles pasos y no da ninguna importancia a todas las dificultades. Pronto, sin embargo, desaparece aquel entusiasmo, la tristeza se apodera de él y la posibilidad de revivir aquellos momentos ya no llena. Adam no estaba ya tan confiado como antes y empezó a temer que quizás la antigua vida de Dinah

se habría apoderado por completo de ella y ya no le sería posible el triunfo. De no ser así, la joven podría haberle escrito para darle algún consuelo, pero no parecía sino que ella quisiese hacerle perder toda esperanza. A medida que se desvanecía la confianza de Adam, desaparecía con ella su paciencia y creyó conveniente escribir a Dinah, para que no le dejase en la incertidumbre más tiempo del que fuese necesario. Una noche se acostó más tarde para escribir una carta, pero a la mañana siguiente la quemó, temeroso del resultado. Sería peor recibir una respuesta negativa por carta que verbal, porque la presencia de la joven le reconciliaría con su decisión.

Adam deseaba desesperadamente ver a Dinah, y cuando tal impulso llega a ese grado, un enamorado se siente inclinado a satisfacerlo, aunque para ello tenga que jugarse su porvenir.

¿Qué mal podría resultar de su viaje a Snowfield? Dinah no se disgustaría con él, porque no se lo había prohibido, y quizás le estuviera aguardando y todo. El segundo domingo de octubre el proyecto era tan acertado a los ojos de Adam que, sin esperar más, emprendió el viaje a Snowfield, aunque aquella vez fue a caballo, porque disponía de poco tiempo y pidió prestado el excelente jaco de Jonathan Burge.

¡Cuántos recuerdos le acompañaron en su viaje! Desde la primera vez que fue a Snowfield había ido con frecuencia a Oakbourne, pero más allá de esta población las grandes paredes de piedra gris, el terreno agrietado y los raquíticos árboles parecían referirle de nuevo la historia de aquel penoso pasado que tan bien recordaba. Mas ningún suceso nos parece siempre igual, después de haber trascurrido algún tiempo, o, mejor dicho, en nosotros está la diferencia de interpretación, de modo que Adam atravesaba aquella mañana la desolada región inmerso en nuevos pensamientos que le presentaban de un modo distinto aquella penosa historia.

Quien se alegra del mal de otros tiempos por el hecho de que haya acarreado desgracias a otra persona y sea, para nosotros mismos, una fuente de felicidad, da pruebas de tener un espíritu mezquino, egoísta y hasta blasfemo. Adam nunca cesaba de llorar aquella desgracia que tanta pena le ocasionó y no se alegraba de le que hubiese podido corresponder a otro. En cambio, no es innoble decimos que la mayor comprensión que nos proporciona un

sufrimiento personal, merece el dolor que nos trajo, y esto, precisamente, era lo que se decía Adam aquella mañana mientras iba recordando el pasado. Sus sentimientos con respecto a Dinah, la esperanza de pasar la vida en su compañía, fueron el objeto distante e invisible hacia el cual emprendió el viaje dieciocho meses atrás al ir por primera vez a Snowfield. A pesar de que su amor por Hetty fue tierno y profundo, tanto que nunca podría desarraigarlo de su alma, el que ahora tenía por Dinah era aún más precioso para él, pues lo sentía de un modo más pleno gracias al desarrollo de sus sentimientos ocasionado por aquel profundo dolor. Se decía que le parecía sentir nuevas fuerzas para amarla y para comprender el amor de ella, y que experimentaba una especie de valor gracias a la confianza que le proporcionaba el amor de la joven.

Eran más de las dos de la tarde cuando Adam llegó a la población gris que se extendía por la ladera de la montaña, y miró con atención hacia el valle interior en busca de la vieja casa inmediata al feo molino rojo. Gracias a la suave luz del mes de octubre, la escena era más agradable ahora que en la mañana de primavera en que la contempló por primera vez; las dudas y temores de Adam se suavizaron merced a esta influencia y hasta le pareció contemplar el suave rostro de Dinah, asegurándole, con la mirada, cuanto él deseaba saber.

Desde luego, a semejante hora no esperaba encontrar a la joven en su casa, pero echó pie a tierra, ató el caballo junto a la puerta y se dispuso a preguntar adonde había ido Dinah, pues estaba resuelto a seguirla y a llevársela consigo. Le dijeron que se había marchado a un pueblecito situado a cinco kilómetros de distancia para predicar, como tenía por costumbre. La vieja añadió que cualquiera podía indicarle dónde estaba la aldea. Adam volvió a montar el caballo y se dirigió a la población más cercana. Al llegar a la posada echó pie a tierra y comió apresuradamente, evitando cuanto pudo la charla y las preguntas del hostelero; deseaba ir cuanto antes a la aldea en que se hallaba Dinah. Sin embargo, no pudo salir antes de las cuatro de la tarde, y se dijo que tal vez encontraría a la joven por el camino. Mucho antes de llegar a él, pudo divisar el pequeño pueblo gris desprovisto de árboles, y al aproximarse oyó unas voces que entonaban un himno. Adam pensó que tal vez fuese el último y se dispuso a salir al encuentro de la

joven cuando ésta emprendiese el camino de regreso. Retrocedió pues hasta llegar a lo alto de la colina y se sentó en una piedra a esperar a Dinah.

Eligió ese sitio por estar al abrigo de cualquier mirada indiscreta y rodeado de la inmensidad del cielo y de la tranquila luz de la tarde.

Dinah tardó mucho más de lo que él se había figurado. Tuvo que esperar una hora por lo menos; mientras tanto se alargaban las sombras y disminuía la intensidad de la luz. Por fin distinguió su negra figura que salía de entre las casas grises y se acercaba al pie de la montaña. Al joven le pareció que andaba muy despacio, pero en realidad avanzaba con su paso rápido y seguro. Cuando tomó el sendero que había de conducirla a lo alto de la colina, Adam no se movió, pues no quería presentarse demasiado pronto. Luego temió asustarla, pero se tranquilizó al recordar la serenidad de la joven quien, ciertamente, parecía estar siempre preparada para lo que pudiese ocurrir.

¿Qué estaría pensando mientras subía la colina? Quizás había hallado la paz completa sin él y dejaría de sentir alguna necesidad de amor.

Cuando estuvo muy cerca, Adam se puso en pie. Precisamente en aquel instante Dinah se había detenido para mirar hacia atrás, como suele hacerse cuando se sube una montaña. El joven se alegró porque, con el fino instinto del enamorado, comprendió que sería mejor que le oyese antes de verle. Se acercó a tres pasos de distancia y pronunció su nombre. Ella se estremeció sin mirar a su alrededor, como si no relacionase la voz con un ser vivo. Adam la llamó otra vez y comprendió las ideas que cruzaban su mente. Estaba tan acostumbrada a creer que las impresiones no eran más que mensajes espirituales, que no buscó siquiera al ser material que debía de acompañar a la voz.

Pero al fin se volvió. ¡Cuánto amor había en los suaves ojos grises que fijó en el joven! No se sobresaltó al verle, ni pronunció una sola palabra, pero se acercó a él de modo que Adam pudo rodearle el talle con el brazo.

Continuaron andando en silencio, mientras ella derramaba cálidas lágrimas. Adam estaba contento y silencioso. Dinah fue la primera en hablar.

—Adam —dijo—, así lo quiere Dios. Mi alma está tan unida a la suya que sin usted apenas puede decirse que vivo. Y ahora que está a mi lado y siento que nuestros corazones están penetrados con el mismo amor, noto en mí más fuerza para cumplir las órdenes de Dios.

Adam se detuvo para contemplar sus sinceros y amorosos ojos.

—En tal caso, Dinah, no volveremos a separarnos hasta que nos desuna la muerte.

Dicho esto se besaron con profunda alegría.

No hay cosa más grande para dos almas enamoradas que observar que están unidas para toda la vida y que se ayudarán mutuamente en todos sus trabajos; que una se apoyará en la otra en todas las tristezas, que se consolará en todos los pesares y que, en adelante, ya no serán más que una hasta el momento de la última despedida.

# LV

## Campanas de boda

Un mes después de aquel encuentro en la montaña y en una fría mañana de los últimos días de noviembre, Adam y Dinah contrajeron matrimonio. Tal suceso interesó en extremo al pueblo entero. Todos los obreros del señor Burge tuvieron fiesta y también los del señor Poyser, de modo que la mayor parte de ellos asistieron a la boda vistiendo sus mejores trajes. Creo que no hubo un habitante de Hayslope, mencionado en esta historia y que aún residiera en la parroquia en aquella época, que no estuviera presente en la iglesia para asistir al casamiento de Adam y Dinah, o que, por lo menos, no se hubiera situado a la puerta para verlos salir. La señora Irwine y sus hijas esperaban en su coche a las puertas del templo (porque ya tenían coche) para estrechar las manos de los novios y desearles toda suerte de felicidades; y en ausencia de la señorita Lydia Donnithorne, la señora Best, el señor Mills y el señor Craig, creyeron oportuno representar a la «familia» del cazadero en aquella ocasión. El paseo del cementerio estaba lleno de rostros conocidos, muchos de los cuales contemplaron a Dinah el día en que predicó en el parque, y no era de extrañar el interés que despertaba en todos aquel casamiento, porque nunca se conoció en Hayslope una historia semejante a la de la joven, ni otras circunstancias como las que originaron su casamiento con Adam. Bess Cranage, que vestía su traje y su gorro más hermosos, lloraba como una Magdalena, aunque no supiera el porqué, pues, como Wiry Ben observó juiciosamente, Dinah no se marcharía, y si Bess estaba triste, lo mejor que podía hacer era seguir su ejemplo y casarse con un hombre honrado que la quisiera. Al lado de Bess y

ya dentro de la puerta de la iglesia, estaban los hijos de Poyser, asomando el rostro por encima del respaldo de los bancos para contemplar la misteriosa ceremonia. Totty estaba muy inquieta, pues temía ver salir muy envejecida a Dinah, pues ella creía que ninguna persona casada podía ser joven.

Yo envidio a todos los que pudieron presenciar la salida de Adam y de Dinah. Esta no vestía de negro aquella mañana, porque su tía Poyser no quiso correr tal peligro de atraer la mala suerte y le regaló un traje de boda de color gris, aunque de acuerdo con la moda cuáquera, porque acerca de este detalle Dinah se mostró intransigente. Por eso su blanco rostro se mostraba con dulce gravedad bajo un gorro cuáquero de color gris, sin sonrojarse ni sonreír, aunque con los labios temblorosos de la emoción. Adam, que le ofrecía el brazo, andaba erguido y con la cabeza echada hacia atrás como si quisiera contemplar mejor el mundo, pero no porque estuviese más orgulloso aquella mañana, como suele ocurrirles a los novios, pues en su felicidad nada tema que ver la opinión de la gente. En su alegría había cierta tristeza y Dinah, que lo sabía, no estaba resentida.

Otras parejas seguían a los novios: Martin Poyser, alegre y resplandeciente, daba el brazo a Mary Burge, que era la doncella de honor; luego les seguía Seth, sereno y feliz, dando el brazo a la señora Poyser, y cerraba la marcha Barde Massey al lado de Lisbeth. La anciana llevaba un traje y un gorro nuevos, y estaba tan contenta de que su hijo le hubiera conseguido la hija que ella deseaba, que ni siquiera tenía el menor deseo de quejarse.

Barde Massey consintió en asistir a la boda a ruegos insistentes de Adam, aunque protestando contra el matrimonio en general y contra el de un hombre inteligente en particular. Sin embargo, el señor Poyser, mientras estaban comiendo, le acusó de haber dado a la novia dos besos en vez de uno, que era el que imponía la costumbre.

Siguiendo a la última pareja iba el señor Irwine, muy satisfecho de haber casado a los dos jóvenes. Había visto a Adam en los peores momentos de su dolor, ¿y qué mejor cosecha pudo producir aquel triste tiempo de siembra? El amor que llevó la esperanza y el consuelo en la hora de la desesperación y que entró en el oscuro calabozo y en el alma aún más oscura de Hetty, aquel amor fuerte y

apacible, sería el compañero de Adam y su auxilio hasta la hora de la muerte.

En la puerta del cementerio hubo muchos saludos y bendiciones, y el señor Poyser pudo corresponder muy alegremente a todos, porque aquel día estaba muy satisfecho. La señora Poyser, por su parte, apenas pudo contestar cosa alguna cuando sus vecinos le estrecharon la mano; y Lisbeth se echaba a llorar ante cualquiera que le dijese que había rejuvenecido.

—Esta noticia alegrará mucho a Arthur —dijo el señor Irwine a su madre en el momento de emprender la marcha—. En cuanto lleguemos a casa le escribiré.

# EPÍLOGO

Corrían los últimos días de junio de 1807. Hacía ya media hora que se había cerrado el taller de Adam Bede, en otro tiempo propiedad de Jonathan Burge, y la suave luz de la tarde caía sobre la hermosa casa de paredes marrones y de tejado gris.

Salía de la casa una figura que conocemos muy bien y que se protegía los ojos con una mano paro mirar a gran distancia, porque los rayos del sol, que caían sobre su blanco gorro y en sus cabellos castaños, eran realmente deslumbrantes. Luego la mujer se alejó de la luz del sol para mirar hacia la puerta. Ya se podía distinguir bien su rostro dulce y pálido, que apenas había sufrido algún cambio; sólo estaba un poco más lleno, y congeniaba más con su figura maternal, que todavía se veía ligera y activa en su traje negro riguroso.

—Ya le veo, Seth —dijo Dinah volviéndose hacia la casa—. Salgamos a su encuentro. Ven, Lisbeth. Ven con tu madre.

Respondió a esta llamada una niña sonrosada, de cabellos de color castaño claro y ojos grises, que apenas contaría cuatro años y que, corriendo, fue a coger la mano de su madre.

—Acompáñanos, tío Seth —dijo Dinah.

—Ya vamos —contestó Seth desde dentro.

Seth tardó poco en aparecer y se inclinó al atravesar la puerta, pues estaba más alto que de costumbre a causa de la negra cabeza de su sobrino de dos años, subido sobre sus hombros.

—Vale más que lo lleves en brazos, Seth —dijo Dinah mirando con cariño al pequeño.

—No, a Adam le gusta mucho que lo lleve en hombros y no hay inconveniente en complacerle.

El pequeño Adam respondió a estas palabras de cariño

golpeando con sus pies el pecho de su tío Seth, para quien estar al lado de Dinah y dejarse tiranizar por los hijos de ésta y de Adam constituía el colmo de felicidad.

—¿Dónde lo has visto? —preguntó cuando ya estaban en el campo de al lado—. Yo no lo distingo todavía.

—Entre los setos del camino —contestó Dinah—. He podido divisar su cabeza y sus hombros. Ahora aparece de nuevo.

—Buenos ojos tienes para verle —contestó Seth sonriendo—. Te pareces a mi pobre madre. Siempre espiaba la llegada de Adam y, a pesar de su mala vista, lo descubría antes que nadie.

—Ha tardado más de lo que pensaba —observó Dinah sacando de un bolsillo el reloj de Arthur.

—Tenían mucho que decirse —replicó Seth—, y no hay duda de que la entrevista ha sido emocionante para los dos. Casi han trascurrido ocho años desde que se vieron por última vez.

—Sí —dijo Dinah—. Adam estaba muy impresionado esta mañana, al pensar en el cambio que habría sufrido ese pobre joven tras la enfermedad y los años trascurridos. Además, la muerte de esa pobre desgraciada cuando volvía a nuestro lado, habrá contribuido más todavía a su dolor.

—Mira, Adam —dijo Seth tomando en brazos a su sobrino y señalando a alguna distancia—. Ahí viene papá.

Dinah apresuró el paso; la pequeña Lisbeth echó a correr a toda velocidad y se agarró a la pierna de su padre. Adam la levantó para darle un beso, pero Dinah pudo advertir en su rostro evidentes señales de agitación.

—¿Qué? ¿Quieres que te tome en brazos, pequeño? —dijo tratando de sonreír cuando el niño le tendía sus bracitos, dando muestras de ingratitud al abandonar al tío Seth ahora que ya tenía otro protector.

—Me ha impresionado mucho, Dinah —dijo Adam cuando echaron a andar.

—¿Estaba muy cambiado? —preguntó Dinah.

—Sí y no. Yo le habría conocido en cualquier parte, pero ya no tiene el mismo color en el rostro y, además, parece estar muy triste. Sin embargo, los médicos dicen que se curará con los aires de su tierra. Parece ser que no tiene nada realmente mal y que solamente le ha debilitado la fiebre. De todos modos habla como siempre y me

sonreía como cuando éramos jóvenes. Es maravilloso que cuando sonríe tenga la misma mirada que en otros tiempos.

—Yo nunca he visto sonreír a ese pobre muchacho —dijo Dinah.

—Pues ya le verás sonreír mañana —contestó Adam—. En cuanto hubimos dominado nuestra mutua emoción para poder hablar, lo primero que hizo fue preguntarme por ti. «Supongo que no habrá cambiado», dijo. «Recuerdo muy bien su rostro». Yo le contesté que no habías cambiado nada —añadió Adam mirando con cariño los ojos que su esposa había vuelto hacia él—. «Sólo está un poco más llena, como es natural después de siete años de matrimonio». «¿Me permitirás que mañana vaya a visitarla?», preguntó. «Tengo grandes deseos de decirle lo mucho que he pensado en ella».

—¿Le dijiste que continúo usando su reloj? —preguntó Dinah.

—Sí. Hemos hablado mucho de ti, porque dice que nunca ha conocido a otra mujer que se te pareciera. «Un día me convertiré en metodista», ha dicho. «Y cuando ella predique iré a escucharla». Pero yo le contesté: «No podrá hacer eso, señor, porque la Conferencia ha prohibido predicar a las mujeres, y así mi esposa sólo va a casa de sus vecinos para conversar amistosamente con ellos».

—¡Ah! —exclamó Seth, que no pudo contener un comentario—. Esa Conferencia fue una cosa lastimosa. Si Dinah opinase como yo, habríamos dejado a los partidarios de Wesley para ingresar en algún grupo que no pusiera trabas a la libertad cristiana.

—No, muchacho, no —dijo Adam—. Ella tuvo razón, y tú estabas equivocado. Piensa en que no hay ninguna regla que satisfaga a todos. La mayor parte de las mujeres predicadoras hacían más mal que bien, porque no tenían las condiciones de Dinah. Ella lo comprendió así y ha dado un ejemplo de sumisión, porque eso no le impide dedicarse a enseñar a la gente. Yo estoy conforme con ella y apruebo lo que hizo.

Seth guardó silencio. Aquel era un asunto acerca del cual reinaba alguna disconformidad entre los dos hermanos y por eso casi nunca se aludía a él. Entonces Dinah, deseando cambiar de tema cuanto antes, dijo:

—¿Te has acordado de decir al coronel Donnithorne lo que mis tíos te encargaron?

—Sí. Pasado mañana irá a Hall Farm acompañado del señor Irwine. Este llegó mientras hablábamos de eso y, al principio, se opuso a esa visita para que Arthur no se emocionara demasiado. «Lo primero que hay que hacer», dijo, «es reponerse, y luego quedará en libertad para cuanto se le antoje. Pero hasta entonces no le permitiré desobedecer las órdenes de su tutor». Al parecer, el señor Irwine está muy satisfecho de tenerle a su lado.

Adam hizo una pausa y luego añadió:

—Fue muy emocionante el momento en que nos vimos. Él nunca había tenido ninguna noticia de la pobre Hetty, hasta que el señor Irwine fue a recibirle a Londres, porque se extraviaron las cartas que le escribieron durante su viaje. Lo primero que me dijo, después de estrecharnos las manos, fue: «No he podido hacer nada por ella, Adam. La pobrecilla vivió lo bastante para sufrir, y yo esperaba la ocasión de poder hacer algo en su favor. Por eso tenías mucha razón cuando me advertiste que hay faltas que nunca pueden ser reparadas».

—Aquí vienen el señor y la señora Poyser —observó Seth.

—Así es —dijo Dinah—. Corre, Lisbeth. Ve a dar un beso a la tía Poyser. Entra en casa a descansar, Adam; éste ha sido un día muy penoso para ti.

GEORGE ELIOT (Arbury Farm 1819 Londres 1880), pseudónimo con el que se conoce a la novelista inglesa Mary Ann Evans, pasó su infancia y juventud en el rico campo de Warwickshire, telón de fondo de la mayoría de sus novelas, y también de *Adam Bede*. Recibió una educación esmerada y en su juventud practicó con entusiasmo el calvinismo metodista. Más tarde se interesó por todas las corrientes filosóficas de su tiempo, que marcarían la evolución de su existencia y de su obra. Como otras novelistas inglesas de su época, se interesó por los problemas vinculados con la mujer y su libertad, yendo mucho más allá en sus reivindicaciones. Entre 1854 y 1878 convivió sin casarse con George Henry Lewes, y en 1880, seis meses antes de morir, se casó con J. W. Cross, viejo amigo y admirador.

# Notas

[1] Mum significa «¡chitón!» o «¡silencio!». < <

[2] Tierra de la abundancia concedida a los israelitas en Egipto. <<

[3] El volumen de poemas titulado *Lyrical Ballads* fue publicado anónimamente en 1798 por Wordsworth y Coleridge. «El viejo marinero», de Coleridge, es, significativamente, la historia de un hombre que comete un crimen contra natura. <<

[4] «Tentetieso». < <

[5] Estatua gigante, supuestamente de Memnon, príncipe etíope muerto en la guerra de Troya, que emitía unas notas cuando los primeros rayos del sol la rozaban. <<

[6] Vixen significa mujer colérica, bravía. < <